

HISTORIA GENERAL

DE

LAS MISIONES.

III.

VIAGE PINTORESCO Á LAS CINCO PARTES DEL MUNDO.

HISTORIA GENERAL

DE

LAS MISIONES

DESDE EL SIGLO XIII HASTA NUESTROS DIAS

POR EL

BARON DE HENRION

DE LA ACADEMIA DE LA RELIGION CATÓLICA, DE LAS ACADEMIAS Y SOCIEDADES REALES DE METZ Y DE NANCY; CABALLERO DE LA ORDEN DE LOS SANTOS MAURICIO Y LÁZARO; COMENDADOR DE LA ORDEN DE SAN GREGORIO EL GRANDE, AUTOR DE LA HISTORIA GENERAL DE LA IGLESIA, ETC., ETC.

DEDICADA AL CARDENAL DE BONALD.

OBRA RECOMENDADA POR SU SANTIDAD PIO IX

TRADUCIDA AL CASTELLANO, AMPLIADA, ANOTADA Y ADICIONADA EN LO PERTENECIENTE Á ESPAÑA

por los Sres. Carbonero y Sol, Magan y Caballero.

BAJO LA CENSURA

DEL Dr. D. SALVADOR MESTRES.

TOMO SEGUNDO

PRIMERA SÉRIE

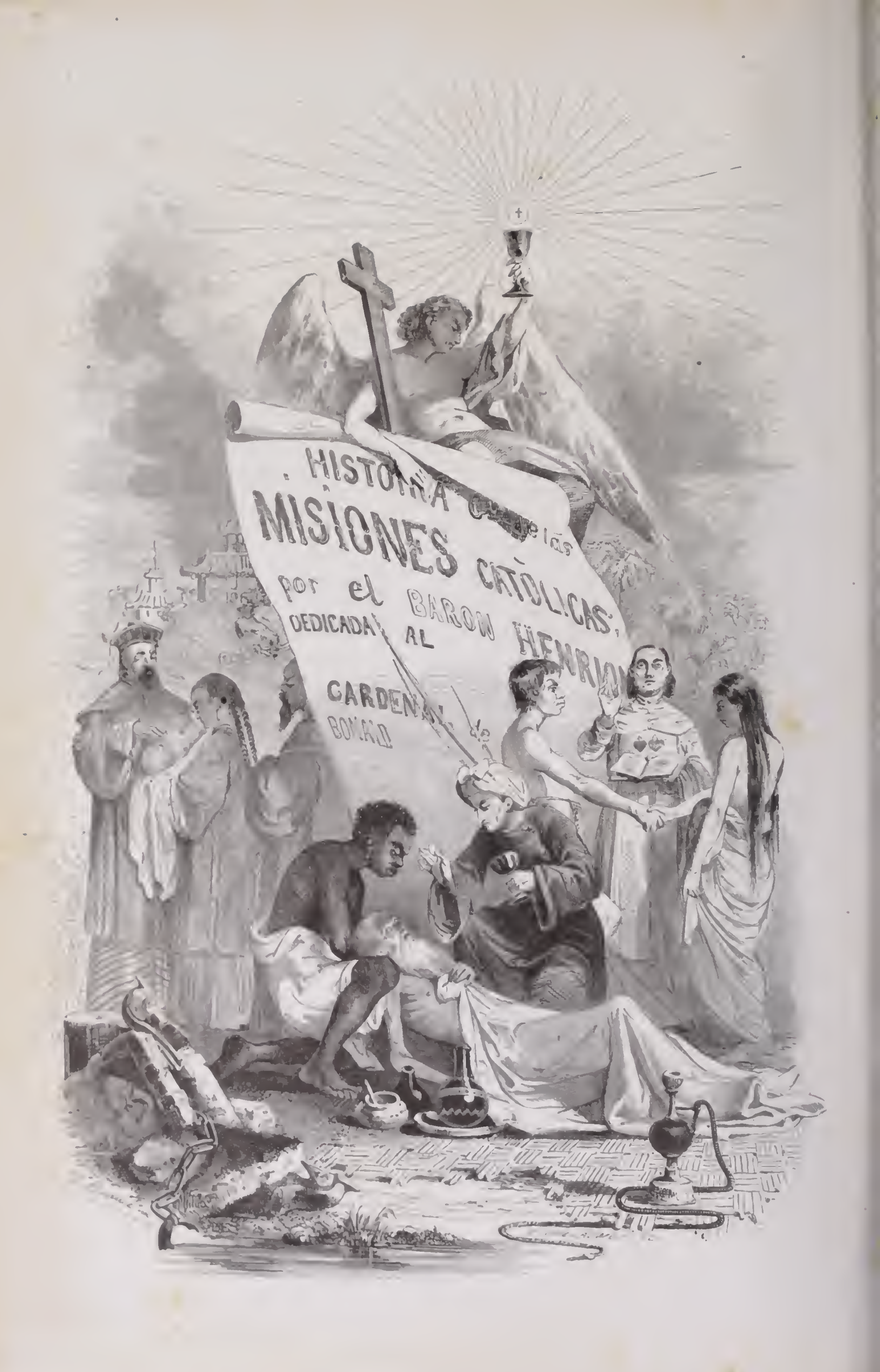
BARCELONA.

LIBRERÍA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR, IMPRESOR DE S. M.

PREMIADO POR S. S. PIO IX

ESCUDILLERS NUM. 57

1863


HISTORIA
las
MISIONES CATÓLICAS,
por el BARON HENRION
DEDICADA AL
CARDEN
BONALD

VIAGE PINTORESCO A LAS CINCO PARTES DEL MUNDO.

HISTORIA GENERAL
DE
LAS MISIONES
DESDE EL SIGLO XIII HASTA NUESTROS DIAS,

POR

EL BARON DE HENRION

de la Academia de la Religion Católica; de las Academias y Sociedades Reales de Metz y de Nancy; Caballero de la Orden de los Santos Mauricio y Lázaro; Comendador de la Orden de S. Gregorio el Grande; Autor de la Historia general de la Iglesia, etc.

DEDICADA AL CARDENAL DE BONALD.

OBRA RECOMENDADA POR S. S. PIO IX.

Traducida libremente al castellano, ampliada, anotada, y adicionada en lo perteneciente á España,

POR LOS

Sres. Carbonero y Sol, Magan y Caballero.

Bajo la censura

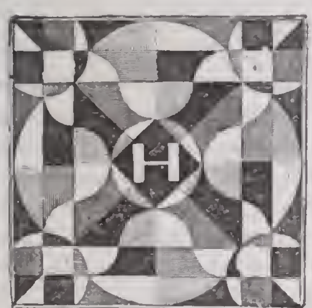
DEL Dr. D. SALVADOR MESTRES.

ESPLÉNDIDA EDICION

ADORNADA CON **300** LÁMINAS FINAS.

RETRATOS, MAPAS GEOGRÁFICOS Y TOPOGRÁFICOS, ETC., ETC.

PROSPECTO.



E AQUÍ una obra de provechosa enseñanza, de vasta erudicion, de importancia suma y de utilidad inmensa, como todas las que se inspiran en el espíritu religioso, orígen inagotable y divino, que desde los dias del pueblo hebreo hasta los nuestros, ha creado esa pléyade, mas numerosa que las estrellas del cielo, de santos mártires, confesores y escritores ilustres. Ese espíritu, unido á la sabiduría del Hombre-Dios, fué del que se inspiraron esos padres de la Iglesia, así griega como latina, esos genios gigantescos, de corazon ardiente y de imaginacion oriental, aparecidos providencialmente como faros luminosos de ciencia, de fervor y caridad, en medio del abatimiento mas vergonzoso de los espíritus, en un imperio gobernado por eunucos, é invadido luego por los bárbaros.

¿Qué doctrina, sino la del Evangelio, enseñó á un Atanasio á soportar con mansedumbre los destierros y persecuciones de sus enemigos, y á resistir las iras de Constancio? ¿Quién dá el poder divino á su palabra y escritos, para que, desde las vastas soledades del Egipto, sin que el *simoun* las lleve ni la abrasadora arena las borre, se esparzan y lleguen hasta los confines del Oriente; dando aliento á los caidos, fe á los cristianos, y espanto á sus perseguidores?

¿Qué musa prestó sus armonías al grande S. Basilio y rodeó de poéticos encantos la austeridad de su vida? ¿Quién le inspiró aquella regla, la mas sabia entre todas las constituciones, y le dotó de aquella elocuencia enérgica, apasionada, conmovedora, en favor del indigente? ¿Quién, sino el espíritu religioso, le hizo comprender y enseñar que la igualdad social existe únicamente en la caridad cristiana?

¿Quién dió aquella elocuencia ardiente y semidivina al Nazianzeno; quién pudo influir en el corazon de un Crisóstomo para esponer á la faz de cristianos, paganos y judíos, y en medio de la sábia y voluptuosa Byzancio, los deberes de la moral mas rígida, y para atacar con varonil esfuerzo los vicios de su pueblo, la molicie y el fausto de los grandes, la licencia de las mugeres y el orgullo de los filósofos?

San Ambrosio, cuyos lábios destilaban miel, ¿en nombre de qué principio y con qué superior fuerza defendió la Basílica Portia, y prohibió en ella la entrada al poderoso conquistador Teodosio, al ver su púrpura cubierta con la sangre de súbditos inocentes?

¿Quién dió la verdadera ciencia á S. Agustin; quién desarrolló ese genio vastísimo que todo lo abarca, y que, á pesar del transcurso de los siglos, llega hasta nosotros, llenándonos de asombro?

No fué por cierto el mundo profano, que en su tiempo llegó al colmo del envilecimiento y de la degradacion, el que le prestó sabiduría; lo fué, sí, una religion que proscribe la esclavitud y devuelve al hombre su dignidad y libertad perdidas; lo fué, una religion que pasó desde las catacumbas al trono de los césares; lo fué, en fin, el cristianismo, asistiendo á la agonía del Imperio; el cristianismo, transformando completamente la sociedad, suavizando y amoldando á sus leyes y doctrinas, la doctrina y las leyes de los bárbaros; el cristianismo, consuelo de todos los dolores, solucion de todos los problemas, fuente de toda vida, y que, á la igualdad estéril ante la ley, añade la fraternidad del corazon, y dá los tesoros de la caridad á la plebe hambrienta y menesterosa. Hé aquí el elevado objeto que alimentó la mente del sabio de Hipona, y que le dió aquel talento de concentracion profunda y sentimental de concepcion sublime y de dulces fruiciones, que solo esperimenta el que con amor puro é ideal solo quiere reinar entre los espíritus.

Citadnos otros nombres que llenen con mas justicia tan brillantes páginas en la historia religiosa, y con decir religiosa, se entiende la historia de la civilizacion. Citadnos reputaciones mas universalmente estendidas y admiradas, consagradas por el juicio inapeiable y desapasionado de la sucesion de los tiempos. La gloria de los sabios, el valor de los guerreros y la fama de los conquistadores se eclipsan ante la de estas columnas firmísimas de la Iglesia, y es porque la verdad religiosa tiene un interés mas general, mas inmediato y de un órden superior á todos los intereses creados.

Pues ahora bien: entre los diversos medios humanos de que la Providencia se vale para aumentar y difundir el conocimiento de nuestra religion augusta, las misiones católicas son sin duda el mas eficaz, á la par que el mas penoso y meritorio. Ellas hacen mas perceptible el carácter universal del catolicismo con las poderosas fuerzas de la caridad en las regiones pobladas por la ignorancia y la barbárie, infiltrándose como los raudales cristalinos en las profundidades de la tierra; ellas, con sus incesantes tareas, con sus sacrificios, y hasta con el martirio, ilustran y santifican al mundo, aumentando la poblacion de la celeste morada. ¡Ah! seguid con los ojos del alma, ya que no podeis acompañarles, porque os rendiria el cansancio y la fatiga; seguid en sus largos viages, al través de los mares, ó por los desiertos que no ha hollado planta humana, á esos infatigables misioneros, á quienes no detienen en su marcha bienhechora los rigores de las estaciones y los climas, lo largo y áspero de los caminos, la evidencia del peligro, ni la multiplicidad de los obstáculos. Vedlos esparcidos por toda la haz de la tierra, en las vastas soledades y sombríos bosques de América, en las mortíferas costas ó abrasados arenales del Africa, en las inmensas sábanas del Asia y en los desconocidos paises de la Oceanía; ved el órden y la táctica de ese ejército del amor divino, de esas invencibles cohortes de la caridad cristiana. El primero que en ellas se distingue, es el sacerdote como padre y legislador de la humanidad; lleva la cruz por única bandera, como signo de la

redencion, y como árbol precioso, bajo cuyas ramas pueden cobijarse todos los pueblos. Siendo su esclusivo objeto el alma del hombre, y no pudiendo esta conquistarse con la fuerza ni sujetarse con grillos ni cadenas, no tiene otras armas para conseguir la victoria, que las de atraccion, de afecto, de ciencia, de mansedumbre, de sufrimiento y de persuasion; como su principal objeto es el religioso, su vida es una contínua lucha que se encuentra frente á frente, y á cada paso, con creencias absurdas, errores inveterados y abominables prácticas; como los bienes materiales son el objeto secundario, el mismo sacerdote se convierte luego en agricultor, que rompe con el arado las entrañas de un suelo vírgen; en operario, que construye, antes que la choza, el altar, antes que su propia morada, la iglesia. ¡Oh! ¡qué superiores son, ó mejor dicho, qué punto de comparacion tienen bajo el aspecto religioso y social las mal llamadas misiones protestantes con las verdaderamente católicas! Nótase desde luego en estas el espíritu de santidad que las guia; precédelas siempre la Cruz, y esta no es un signo que halaga los sentidos, es un instrumento de martirio y de muerte, es la imágen de un suplicio. Las misiones católicas no transigen con prácticas ni creencias opuestas á nuestra religion santa; las misiones católicas no fundan factorías, sino que levantan templos á Dios, como otros tantos castillos para combatir el error; no se crean amigos con la tolerancia, sino enemigos con el consejo, ó hermanos con la correccion y el ejemplo; las misiones católicas no temen el enojo de la soberbia, ni los brutales instintos de la barbárie; las misiones católicas, como avanzadas religiosas, solo viven y alientan con el peligro, penalidades y tribulaciones; cánsales el reposo, y apenas han convertido á un pueblo, cuando le dejan regido por una constitucion regular y duradera, y buscan luego espacios nuevos y desconocidos á sus interesantes empresas; diríase que temen con el reposo quedar demasiado adheridas á la tierra, y procuran llegar pronto al término de este mundo, como principio dichoso del cielo.

Tanto heroismo, tanto desinterés terrenal, tanta abnegacion y sacrificio, tanta sangre derramada, y tanta verdadera ilustracion difundida, forman el cuadro de la presente historia, que ofrecemos al público, rica en hechos prodigiosos, y hasta novelescos en su verdad misma; tierna, grave, de variedad suma é importante bajo todos conceptos; que, mas que *Historia de las Misiones*, debiera llamarse historia de la humanidad ó de la civilizacion de los pueblos. Tal es la que, con copiosa erudicion, amenidad y elegante estilo, ha escrito el baron de Henrion, y la misma que hoy, aumentada é ilustrada con nuevos datos y observaciones, presentamos á nuestros lectores, para fomento de su religiosa piedad, á la par que como medio de ilustracion y recreo.

Encarecer el mérito de este trabajo fuera inútil, cuando es tan conocido su autor, y tanto se ha acreditado en otras producciones, ya notorias en nuestro pais, y que en él han merecido la mas favorable acogida.

Pero si bien la publicacion en nuestro idioma de la *Historia de las Misiones*, y la idea de popularizar y poner al alcance de todos, los triunfos de nuestra religion santa, y los heróicos sacrificios de los adalides de la fé, es en todo tiempo lectura útil y provechosa á todas las clases de la sociedad, tanto mas cuanto que á aquella va unida una instruccion la mas variada y fecunda, ¿qué dirémos de la oportunidad de esta historia en la época presente? Hoy, que la indiferencia religiosa viene á secar en el corazon del hombre los gérmenes del bien y las mas nobles aspiraciones del alma; hoy, que el grosero materialismo que nos circuye, destruyendo las fuerzas intelectuales con asuntos poco elevados, las enerva y esteriliza para los mas importantes y dignos objetos para que fuimos criados; en este período ingrato, que si no desconoce, olvida los legados de la historia; en esta era revolucionaria, que pone sus manos en las mas santas instituciones, que quebranta las leyes y conculca los mas constituidos derechos; en esta época en que tenemos que oir por desgracia defensas y elocuentes apologías de principios que nunca debieron ser atacados; en esta época, ahora repetimos, como antídoto y correctivo de semejantes ideas, juzgamos mas que nunca oportuna la publicacion de las misiones. Refresquen su memoria, ó si no, revuelvan los anales, los que han olvidado ó desconocen el principio religioso, y háganle la justicia que tan dignamente se merece. No pedimos mas. ¿Pero pedimos demasiado? ¿será nuestra súplica voz perdida en el desierto? No; no somos los únicos que volvemos por los fueros de la verdad. Podrá esta oscurecerse por algun tiempo; pero el triunfo á la larga es suyo. Por providencial designio sale la vindicacion de la boca de los mismos hombres del mundo. Entre el tumulto de las luchas de los partidos, entre el goce y embriaguez de los intereses mundanales, se alza la voz severa de la verdad con las formas de la mas elevada elocuencia. Un hombre político ha dicho: «Todo cuanto nace y crece, y resplan-

« dece y dura, y queda en la historia, hasta el siglo XVI, tiene el principio religioso por ge- « nerador y á la iglesia cristiana por madre amorosa y fecunda. De ella son todas las grandes « obras de la paz, todas las colosales empresas de la literatura, todas las maravillas de las ar- « tes, todos los descubrimientos en la ciencia, y todos los progresos y adelantos de la legisla- « cion, de la enseñanza y de la política... » Pues bien; leed la *Historia de las Misiones, licas*, y sabreis la parte que les toca en esa larga y prodigiosa elaboracion, en esa regeneracion social. Leed y meditad sus interesantes páginas, y si no conoceis individualmente á esos soldados de la fé, á esos mártires de la caridad cristiana, destinados á abrir senderos transitables en este valle de lágrimas, haciéndole fructífero con su sangre, relegando su existencia y terminándola en paises los mas apartados del lugar que los vió nacer, conocereis colectivamente esa milicia celestial que dilata todos los dias los horizontes del mundo civilizado, y que ansiosa de otra patria, término de su terrena peregrinacion, redime con sus trabajos las fragilidades de la vida, comprando con el olvido de los hombres la sola gloria de un Dios. Abrid el libro y leed; si sois hombres de corazon, sentid y llorad; si sois hombres de pensamiento, estudiad, aprended, aprovechaos; si sois superficiales, y no buscais mas que un honesto recreo, tambien lo encontrareis en esta obra, que lo abraza todo. La fotografía y el grabado, con sus adelantos y prodigiosos esfuerzos, contribuirán por su parte á haceros mas amena su lectura. Ellos ilustrarán en exactos y completos cuadros los pasages mas interesantes del texto, os ofrecerán copias y exactas vistas de paisages, ciudades, monumentos y antigüedades de las cinco partes del mundo, y por medio de las cartas geográficas y derroteros, os trazarán el camino y las ásperas y dilatadas sendas y distancias, que, regadas las mas veces con su sangre, han recorrido paso á paso los apóstoles del Crucificado, y por último, para perpetuar su memoria, y trasparentar, por decirlo así, en sus rasgos fisionómicos el alma y caridad ardiente que animó á aquellos héroes del cristianismo, numerosos retratos auténticos de los misioneros mas notables, así como de otros personages insignes, completarán el ornamento de esta publicacion, que bajo todos aspectos ha sido considerada por todas las naciones europeas, como uno de los monumentos literario-religiosos que mas han descollado en el siglo XIX. Todas le han apadrinado, todas le han vertido en su respectivo idioma. La España no debe quedarse atrás en popularizar esa obra: nosotros se la proporcionamos, sin que nos arredren los obstáculos y sin escasear sacrificios. Respecto al material interés, no miramos el resultado; atendiendo á su moral provecho, solo pensamos llevarla á cabo, y no dudamos de su buen éxito.

Condiciones de la suscripcion.

La primera entrega de esta importante y magnífica obra, se dá gratis á los Sres. que se suscriben.

Formará dos grandes tomos de 700 páginas, conteniendo TRESCIENTOS grabados sobre acero, retratos, mapas geográficos y topográficos, representando los lugares, trages, usos y costumbres de los paises, y la situacion geográfica de cada uno de ellos.

A fin de que todas las clases de la sociedad puedan adquirir insensiblemente este precioso libro, se publicarán dos entregas semanales (con toda exactitud), conteniendo diez y seis columnas de texto, de impresion y papel superior, dos grabados en una sola hoja, y con una hermosa cubierta de color, á **UN REAL** la entrega en toda España, *porte franco*. Mas adelante la publicaremos con mas rapidez, si fuese del gusto de la mayoría de los Sres. Suscritores.

Los dos tomos contendrán la materia de VEINTE VOLÚMENES en 8.º, y se darán gratis todas las entregas que escedan de las páginas que calculamos debe tener.

En puntos donde no haya corresponsales, puede hacerse la suscricion remitiendo al editor el importe de veinte ó mas entregas, sea en libranzas del Giro-Mútuo ó en sellos de franqueo (certificando la carta), y las remitiremos á correo seguido.

Los prospectos se dan gratis, y las primeras entregas y láminas que adornarán la obra, se hallan de manifiesto en los siguientes

Puntos de suscripcion.

BARCELONA. — Librería del editor de esta obra, D. JUAN OLIVERES, calle de Escudillers, n.º 57, al cual deberan dirigirse los pedidos y [illegible]. En las de *[illegible] — Sobirana — [illegible] — [illegible] — Ferrer — Lopez — Monero — Plus-Ultra — Barau — [illegible] — [illegible] — [illegible] — [illegible] — Gaspar — [illegible] — [illegible] — [illegible] — Font — Rubio — Gorchs — Sierra. — Ginesta. — [illegible] — [illegible] — [illegible] — [illegible] — Cerdá — [illegible] — [illegible] — La Ciutre — Cerrabis — Campañá.*

MADRID. — Librería de *D. [illegible] de S. Martin*, calle de la Victoria, n.º 9, y en las principales de los demas puntos del Reino y de América.

BARCELONA. — Establecimiento tipográfico de D. Juan Oliveres, impresor de S. M., calle de Escudillers, n.º 57

HISTORIA GENERAL DE LAS MISIONES.

CONTINUACION DEL LIBRO SEGUNDO.

DESDE EL ESTABLECIMIENTO DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, HASTA EL DE LA CONGREGACION DE LA PROPAGANDA.

CAPÍTULO XI.

Misiones de los franciscanos en Méjico y en el nuevo Méjico.

Continuaba la familia de S. Francisco derramando su sudor y su sangre para fecundizar las nuevas iglesias de América; puesto que, despues de Juan de Zumarraga, de Luis de Fuensalida y de Alfonso Rengel, últimos misioneros de aquella órden, cuya muerte en Méjico hemos consignado, habian ido desapareciendo tambien otros muchos de aquel vasto teatro del apostolado, aunque para revivir en los dignos sucesores de su celo y de su caridad.

Educados los primeros propagadores de la fé en la provincia de San Gabriel, se habian identificado, por decirlo así, en su espíritu primitivo; y su amor á la cruz, siempre creciente en ellos con el ardor apostólico, les habia hecho resistir todas las fatigas y persecuciones que son el esclusivo patriotismo de los ministros del Evangelio.

Fray Antonio Suarez de Ciudad-Rodrigo, uno de los compañeros de Martin de Valencia (1), predicaba tres veces al dia en tres distintas lenguas, para que pudiesen entenderle todos cuantos para oirle acudian de diferentes regiones. Despues de haber celebrado la misa, bautizaba á los niños y ejercia todas las demás funciones de su ministerio, las cuales le ocupaban á veces todo el dia y una gran parte de la noche; solo comia algunas yerbas, aun cuando debiese asistir á la mesa del obispo de Méjico. Mientras dirigia Suarez la provincia del Santo Evangelio, se puso de acuerdo con el provincial de los dominicos y con el de los agustinos, para acudir al emperador en beneficio de los indígenas, á la sazon bastante oprimidos, y de los que lograron aquellos religiosos mejorar la suerte. Habiendo sido nombrado despues el P. Antonio Suarez, obispo de Nueva Galicia, renunció aquella dignidad, y terminó sus dias en la penitencia y la pobreza en que siempre habia vivido; su muerte tuvo lugar en el año 1553.

Francisco Gimenez, que fué uno de los compañeros de Martin de Valencia, no era menos humilde y penitente que Antonio Suarez de Ciudad-Rodrigo: como le pareciese la dignidad del sacerdocio superior á sus fuerzas, no quiso consentir nunca en que se le ordenase de sacerdote mientras permaneció en los con-

(1) Véase lib. I, cap. XXXVI.

ventos de España. Solo cuando estuvo en Méjico pudo el celo por la salvacion de las almas triunfar de la modestia de Gimenez: eran tantas las almas envueltas en las tinieblas, y tan escasos los sacerdotes que debian disipárselas, que no titubeó por mas tiempo Francisco en abrazar el sacerdocio. Aquella obra de conversion absorvió todas las horas de su vida, sin que el mas rudo y asíduo trabajo, disminuyese nunca el rigor de sus ayunos, mortificaciones y vigilias, medios poderosos para atraerse á los pobres indígenas y para obrar las muchas conversiones que tuvieron lugar durante su apostolado. La justa fama de Gimenez llamó la atencion de Cárlos V, cuando trataba este monarca de erigir á Tabasco (1) en ciudad episcopal, por lo que propuso para aquella diócesis al humilde franciscano, fué tal el espanto que le causó la noticia de su encumbramiento, que anticipó probablemente su muerte. Así lo indica al menos un analista, al decir que Francisco Gimenez no aceptó la dignidad episcopal, y que en breve se durmió en el seno de Dios.

La vida, las virtudes y las escursiones evangélicas de Juan de S. Francisco, natural del reino de Murcia, nos lo presentan como digno cólega de los dos anteriores misioneros, sus hermanos en religion. A los pocos dias de su llegada á la provincia del Santo Evangelio, creia ya el buen religioso perder el tiempo, por no poder predicar á la multitud de idólatras que le rodeaba; así que, procuró aprender desde luego la lengua mejicana, sin dedicarse empero á su estudio, y si tan solo dirigiéndose á Dios, suplicándole con abundantes lágrimas que se la diese á conocer lo mas pronto posible. Refiérese que estando una noche absorto en una profunda meditacion, se vió de pronto inundado de purísima luz, que le obligó á esclamar: *Dominus illuminatio mea et salus mea*; y que al dia siguiente predicó en mejicano ante un numeroso auditorio, con gran asombro de todos. Desde entonces recorrió Juan diferentes provincias, derribando los ídolos, particularmente en Teocan, donde cada familia, cada indígena, tenia sus dioses particulares; al llegar á aquella poblacion, hizo anunciar el misionero el gran sacrificio que pensaba ofrecer al Señor, y en su virtud se reunieron todos los habitantes de la poblacion y de sus alrededores el dia señalado. Despues de una larga y tierna alocucion acerca de la ceguedad de los infieles, engañados por la astucia de Satan y por las imposturas de los sacrificadores, habló de la unidad y santidad del verdadero Dios, de la impiedad de la idolatría y de los castigos reservados á los idólatras. En el momento en que aquella multitud confusa y asombrada, oia con mas atencion sus palabras, mandó el religioso á algunos nuevos convertidos, particularmente á los jóvenes indígenas bautizados y mas instruidos, que librasen á la tierra de las falsas imágenes que la manchaban, y dando el misionero por sí mismo el ejemplo, empezó á derribar los altares y los ídolos, sin que los idólatras ni sus sacerdotes confundidos profiriesen ni una queja. Sin embargo, no fué tan general como era de desear; pocos dias despues sugirió el maligno espíritu á un sectario la idea de vengar aquella afrenta: introdújose el indígena en el convento de franciscanos, acechó escondido al misionero Juan, y á su paso le descargó en la cabeza un golpe terrible que lo tendió al suelo. Fué el asesino inmediatamente detenido, y el cielo obró un doble milagro: el misionero que yacia sin vida se levantó despues de algunos momentos curado, y obtuvo el perdon del asesino, el cual se hizo desde luego instruir y bautizar. Juan de San Francisco, tan célebre ya por su piedad, acabóse de atraer la admiracion general al renunciar modestamente el obispado de Nueva Galicia, y, sobre todo, por haberle permitido Dios resucitar á un muerto. Era tal la confianza que en él se tenia, que una muger, á la

(1) Tabasco lleva el nombre del cacique que poseia aquel país, cuando lo descubrieron los españoles al mando de Cortés. En el año 1525 lo conquistó y redujo á la obediencia de España el capitan Vallecillo y la ciudad del mismo nombre, una de las mas antiguas de Nueva-España, es conocida tambien con el nombre de Nuestra Señora de la Victoria, que le dió Cortés en el año 1519, por la que consiguió en su primer desembarco en aquel país. (Nota del Trad.)

que acababa de morírsele un hijo, lo presentó inmediatamente al siervo de Dios que, despues de una corta oracion, lo devolvió á su madre vivo y sano. Sin dejar de atribuir á la bondad divina la gloria debida, atribuyó siempre el misionero aquel milagro que tantos presenciaron, á la fé ardiente de la jóven madre cristiana. Murió Juan de San Francisco en la ciudad de Méjico en el año 1556, siendo su muerte la del justo.

Las Crónicas de los Menores hablan de Fr. Bernardo Cosin, martirizado por los chichimecas, en el año 1555, en el valle de Guadiana; de Fr. Juan de Tapia, que sufrió tambien el martirio, y del que el indígena Lucas secundó con tanta abnegacion el apostolado; del hermano Juan Serrado, al que dieron muerte las flechas de los chichimecas; de Fr. Juan de Gaona, hijo de una noble y rica familia de la ciudad de Burgos. Despues que hubo profesado, se le permitió á este último ir á cursar teología en Paris, donde tuvo por profesor al P. maestro de Cornibus, uno de los mas ilustres religiosos de su órden; á su regreso la enseñó Juan de Gaona en el convento de Burgos. En el año 1538 partió el jóven religioso para el Nuevo-Mundo, en el que se hizo admirar tanto por su humildad como por su ciencia; murió últimamente en Méjico en el año 1559. Constan así mismo en la propia crónica, los trabajos de Fr. Francisco Lorenzo, natural de Granada, que vistió ya á los diez y siete años el hábito franciscano, siendo desde el primer dia de entrar en la órden seráfica un modelo de austeridad: nada hay en verdad mas sorprendente, que las arriesgadas escursiones de aquel misionero entre los idólatras de Nueva España, cuya barbarie desafió tantas veces, sin tener mas armas que la cruz, ni mas compañía que la del hermano Juan Stivaletza. Lorenzo fué el que evangelizó sin duda á muchos de los salvages que dieron muerte á Juan Calera, y que no habiendo entregado á Juan Collaris todos los vestidos del mártir, cubrian con un hábito de aquel religioso una estátua que paseaban públicamente ciertos dias, en conmemoracion de su odioso triunfo, y cuyo sangriento trofeo entregaron despues al nuevo apóstol franciscano que les habia convertido. Nombrado guardian del convento de Ezetlan, continuó Lorenzo en sus frecuentes misiones sosteniendo y aumentando la fé entre los indígenas, hasta que habiendo sorprendido los infieles una noche el pueblo cristiano en que se hallaba, fué Lorenzo inmolado junto con el hermano Juan, su compañero, al pié mismo del altar en que estaba orando con un crucifijo en la mano.

En el año 1560 murieron los bienaventurados Juan Fucher y Toribio de Benavente; el primero, nacido en Guyena, estaba muy versado en la teología y en el derecho canónico, pero que era aun mas notable por su humildad, por su amor á la pobreza y por su ardiente celo; prestó tan grandes servicios á la iglesia de Nueva España, que decia un religioso de San Agustin estar convencido de que volverian los mejicanos á caer en la idolatría, caso de perder á Juan Fucher, su mejor norte ó guia en el camino de la salvacion que habian emprendido. Murió aquel apóstol en Méjico, el dia 30 de setiembre del año 1560, dejando diferentes escritos, monumentos todos ellos, de su erudicion y de su piedad. Toribio, nacido en Benavente de España, abrazó primeramente la órden franciscana en la provincia de Santiago, luego fué recoleto en la de San Gabriel, y finalmente, uno de los compañeros de Martin de Valencia; dióse á aquel religioso el nombre de Motolinia, conforme lo hemos dicho ya anteriormente; fueron tantas las gracias de que le colmó el Señor, que en los treinta y siete años de su mision, recompensó su ardor por la fé con mas de cuatrocientas mil conversiones en todo el reino de Méjico. Juan de Ribas, cuyo apostolado se prolongó hasta el 25 de junio del año 1562, fué el último que murió de entre los doce compañeros de Martin de Valencia.

Jacinto de San Francisco, compañero de armas de Cortés, convertido, bajo el hábito humilde del patriarca de la órden seráfica, en

siervo y apóstol de los indígenas que acababa de vencer, fué en el año 1560 á evangelizar á los chichimecas, entre los que estuvo seis años. A su muerte, acontecida en el año 1566, se le enterró en el convento de la custodia de Zacatecas; lejos de sufrir su cuerpo la corrupcion del sepulcro, al ser este abierto un año despues, estaba intacto y despedia su cadáver un olor suave, lo que fué considerado como una prueba de santidad.

Habia una region en Nueva-España que por su pobreza y escasa feracidad, recibió irónicamente el nombre de Costa Rica (1), siendo su capital la ciudad de Cartago; el franciscano Alfonso de Betanzos, fué el primero que anunció en ella el Evangelio, así como tambien el que fundó la provincia franciscana de San Jorge de Nicaragua. Como juzgase mas prudente ceder que resistir á las persecuciones de que fué en un principio objeto, se retiró Alfonso en el año 1560, á la custodia de Ouatemalica, donde se le unieron otros dos franciscanos y un licenciado españoles, para evangelizar de consuno á los indígenas, que la humildad y las demás virtudes del misionero, lograban atraer á la buena senda. Despues de prolongados y rudos trabajos, murió Alfonso de Betanzos en el año 1566, cerca de un pueblecito llamado Chomet, cuya iglesia recibió sus restos; si bien poco tiempo despues se les desenterró para ser trasladados á la iglesia de los franciscanos de Cartago, donde fueron objeto de la veneracion de los españoles y de los indígenas de Costa Rica.

Al año siguiente murió el bienaventurado Pedro del Castillo, que habia tomado el hábito de S. Francisco en España, en la provincia de la Concepcion. Luego de ser sacerdote, formó Pedro la generosa resolucion de ir á predicar el Evangelio á los idólatras de América, por lo que se dirigió á Méjico en el año 1534. Luego que pudo espresarse con alguna facilidad en las lenguas mejicana y otomita, empezó su mision: la dulzura, la modestia, y sobre todo, el desinterés de que daba contínuas pruebas, valieron al religioso la confianza de los indígenas y admirables triunfos. A pesar de su quebrantada salud, dióle siempre su celo fuerzas bastantes para soportar las mayores fatigas; el hambre, la sed, el mal estado de los caminos, lo inminente de los peligros, nada bastó á contenerle nunca, al tratarse de la salvacion de los indígenas, á quienes consideraba como hermanos. Los analistas lo han comparado á Tobías, porque como él, perdió la vista; á Job, porque muchas veces se vió tambien Pedro en el triste y deplorable estado de aquel santo varon, mortificado á la vez por la miseria y las enfermedades, sin proferir nunca ni una sola queja. Cuando en medio de las mayores tribulaciones carecia de toda esperanza, alababa á Dios con fervor, y siempre que se trataba de sus aflicciones y de sus males, repetia estas palabras: «¡El Señor me las ha enviado, benditos sean su voluntad y su nombre!» Cuando no podia dirigirse á las tribus idólatras, se dedicaba á confesar á los indígenas convertidos á la fé, á esplicarles nuestros divinos misterios, y á fortalecerles en su nueva creencia por medio de la beatitud prometida á los que practicarán el Evangelio; empleaba además su tiempo en instruir á los otros religiosos en el idioma del pais, á fin de que pudiesen sucederle en la carrera laboriosa de la predicacion y la enseñanza. Los analistas nos presentan tambien á Pedro del Castillo, como modelo en la observancia de su regla, puesto que en medio de los trabajos de su difícil mision, guardó siempre la pobreza, la castidad, la humildad, la perfecta obediencia, y consagró á la oracion todo el tiempo de que le permitia disponer el ejercicio esterior de su ministerio. Murió aquel santo religioso el dia 5

(1) Esta region ó mejor provincia, fué descubierta por algunos españoles de Panamá, quienes le dieron el nombre que lleva, no irónicamente como supone el autor que trasladamos, sino con motivo de los ricos presentes de oro y plata que recibieron de los indígenas. En los primeros tiempos de la conquista estaba bien cultivada y poblada, y habia mucho comercio con Cartagena, Panamá y otros puntos, si debemos dar crédito á algunos historiadores, pero en el año 1666 fué talada por una cuadrilla de corsarios estrangeros, y mas tarde hicieron otro tanto los ingleses, arruinándola completamente. (N. del Trad.)

de noviembre de 1567, en el convento de San José de Tula; sus hermanos, que no podian menos de considerarle como bienaventurado, depositaron su cuerpo junto á las gradas del altar mayor de su iglesia, á fin de que pudiese hallársele mas fácilmente, cuando se procediese á su beatificacion.

El año 1571 fué notable en los anales de la órden seráfica, por la muerte de Francisco de Toral, primer obispo de Yucatan, así como tambien por la del bienaventurado Andrés de Olmedo, hijo de una opulenta familia de Castilla la Vieja. Era Andrés por su virtud, talento y saber, uno de los religiosos mas eminentes de su órden; abrazó la regla de San Francisco en Valladolid, en la provincia franciscana de la Concepcion, donde pasó el noviciado y perfeccionó sus estudios teológicos; sus rápidos progresos, y sobre todo, su facilidad asombrosa en aprender los idiomas, indujeron á Juan de Zumarraga, nombrado obispo de Méjico, á llevárselo consigo. Imposible es fijar el número de conversiones que hizo Andrés en los cuarenta y tres años que duró su mision, solo, si consta que cristianizó á un gran número de pueblos, en los que plantó el primero la enseña gloriosa de la cruz. Dotado de una constitucion robusta, pudo el apóstol de Jesucristo soportar constantemente todas las fatigas, sin que á pesar de su increible trabajo, dejase de observar ninguna de sus muchas austeridades; llevaba un cilicio de crin, iba siempre descalzo, y eran las yerbas y el agua su único alimento. Sin abrigar mas deseo que el de convertir á los indígenas, penetró en medio de tribus salvages, de las que ni aun los mismos naturales del llano tenian noticia, y á muchos de los cuales logró regenerar por medio del bautismo; los chichimecas, en particular, fueron los que mas fruto recogieron de su ardoroso celo. No hubo obstáculos que no venciesen su paciencia y su sagacidad, burlando siempre cuantas asechanzas le armaron diferentes americanos obstinados en sus supersticiones, al ver los triunfos contínuos que alcanzaba sobre la idolatría ó la incredulidad. Si despues de haber cumplido con las inmensas obligaciones impuestas por el ejercicio de su ministerio, podia disponer Andrés de algunas horas, las empleaba en leer las santas Escrituras, para adquirir nuevas luces, ó en escribir ó traducir á la lengua mejicana, algunas obras útiles á los nuevos convertidos. Recompensó Dios á su siervo con el don de profecía, como lo demuestra el haber anunciado á su sobrino, religioso de la órden de San Agustin, todo cuanto habia de sucederle, y el haber dicho á un indígena enfermo, que moriria una hora antes que él, predicciones ambas realizadas por los acontecimientos. Murió Andrés de Olmedo en el año 1571, en el pueblo de Tampico, donde se le veneró como santo.

El bienaventurado Pedro de Gante terminó su gloriosa carrera el año 1572; en vano fué instado aquel humilde religioso, para que se ordenase de sacerdote, cuyas órdenes le habrian procurado la silla episcopal de Méjico; nunca quiso su modestia aceptar el alto honor que se le queria dispensar en recompensa de sus virtudes y sus méritos. Refiriéndose á la autoridad moral de que gozaba Pedro entre los indígenas, decia el dominico Alfonso de Montufar, sucesor del franciscano Juan de Zumarraga, que el verdadero arzobispo de Méjico no era él, sino Pedro de Gante, religioso lego de la órden de San Francisco. Despues de haberse dedicado por espacio de cincuenta años á la conversion de los indígenas, murió aquel venerable apóstol en Méjico, en olor de santidad, siendo enterrado en la capilla de San José del convento de PP. Franciscanos.

Dignos son tambien de figurar en los anales de los misioneros franciscanos, de los que continuamos los nombres sin referir detalladamente su vida de sacrificio, Fr. Francisco Colmenar, que evangelizó á los idólatras por espacio de treinta y cinco años, y murió santamente en la provincia del nombre de Jesus de Guatemala; Fr. Francisco de Torres, uno de los primeros fundadores de la provincia de

San José de Yucatan, muerto en el convento de la Madre de Dios en Mérida; Fr. Diego de Olarte, antes compañero de armas de Cortés, que trocó despues su uniforme por el hábito franciscano, renunciando á una silla episcopal que se le ofreció mas tarde en recompensa de su activo apostolado: vióse obligado Olarte á la edad de setenta años, á dirigirse á España para justificarse de los cargos y calumnias hechos por sus émulos, regresando al poco tiempo con una nueva cohorte evangélica, al reino de Méjico, donde murió en la ciudad de los Angeles; Fr. Rodrigo Bienvenido, religioso de la provincia franciscana de Santiago, y uno de los misioneros de la América septentrional, que hicieron mas conquistas espirituales; Miguel de Torrejonsillo, Juan de Bejar, Francisco de Villalbar, Juan de Almeda, Melchor de Benavente, todos ellos ardientes propagadores de la fé, y cuyos cuerpos reposan en el convento de San Francisco de la ciudad de los Angeles; Fr. Francisco Marquina, hijo de la diócesis de Calahorra, que se fué á América en el año 1530, para arrancar de la idolatría á los pobres indígenas, muerto en el convento de Jalapa; Fr. Bernardino de la Concepcion, que terminó su gloriosa carrera en la provincia franciscana de San Pedro y San Pablo; Fr. Jacobo del Monte, de la provincia de San Gabriel, que fué á predicar la fé en la del Santo Evangelio, y á morir en el convento de San Francisco, en Méjico; Fr. Alfonso de Nuete, antes religioso gerónimo, y despues franciscano, que fué á América con Francisco de Testera; Fernando Basaccio; nacido en Guyena, Andrés de Bruges, Gerónimo Mendieta; Fr. Diego de Landa, natural de Castilla, que murió ocupando la silla episcopal de Yucatan, el año 1579; Fr. Alfonso de Molina, apóstol desde su infancia, muerto en Méjico en el año 1580; y Fr. Francisco de Ledesma, que murió aquel mismo año en el propio convento de Méjico.

Fray Juan Pizarro, religioso de la provincia franciscana de San Miguel, misionero que tan pronto cristianizó el Yucatan, como el pais de Costa-Rica, primer guardian del convento de Turrialva, en la provincia de San Jorge, fué martirizado en el año 1580. Escitados los indígenas por una bebida espirituosa, invadieron el convento, y despues de haberse entregado á grandes escesos, dieron muerte á Pizarro, que estaba orando en su celda, é incendiaron la iglesia, no sin profanar antes los ornamentos sagrados; sin embargo, los españoles no dejaron impunes aquellos horrendos sacrilegios.

No fué Pizarro la única víctima de la órden franciscana que hubo en aquella época; otras tres citarémos tambien, que fueron á regar con su sangre el vasto pais situado al norte de Nueva España. Agustin Rodriguez (segun Charlevoix, Ruiz), hijo de Niebla, pueblo poco distante de Sevilla, abrazó la regla seráfica en la provincia del Santo Evangelio; despues de haber predicado la fé á los zacatecas y chichimecas, se informó de si habia hácia el septentrion, otros pueblos salvages que hacer entrar en el redil de Jesucristo, y luego de haber sabido Rodriguez, que eran aquellas regiones muy pobladas, se dirigió á Méjico para procurarse ausiliares que le secundasen en su apostolado. En el año 1580, Juan de Santa María, natural de Cataluña, religioso sacerdote que habia tomado el hábito en la provincia del Santo Evangelio, y Francisco Lopecio, hijo de una ilustre familia de Sevilla, que lo tomára en la provincia de Granada, á los diez y siete años de su edad, dotados ambos de mucha ciencia y virtud, se unieron á Fr. Agustin para recorrer las nuevas tribus descubiertas por su celo. Escoltados los tres religiosos por doce soldados españoles, atravesaron las montañas de Zacatecas, y se internaron hácia el norte como unas quinientas millas; las *Crónicas de los Menores* dicen que llegaron á una region, en la que habia reunidas cuarenta ó cincuenta tribus que habitaban unas seis mil casas, y á cuyo estenso pais dieron el nombre de Nuevo-Méjico. Admirado Fr. Juan de Santa María, de la benévola acogida que se les habia hecho, resolvió ir en

busca de nuevos misioneros; pero tomó al volver atrás un camino distinto del que antes siguiera; habia andado ya tres dias, cuando vió dirigirse hácia él un gran número de idólatras que le arrojaron una enorme piedra que lo aplastó enteramente. Los pocos soldados que le acompañaban, y que no sin arrostrar grandes peligros, llegaron á Méjico, informaron desde luego al virey de los descubrimientos hechos por aquellos religiosos. Entre tanto, Fr. Agustin Rodriguez y Francisco Lopecio, continuaban edificando en Nuevo-Méjico la ciudad espiritual, en la que habrian deseado que todos los indígenas pudiesen encontrar cabida. Mientras en cierta ocasion les distribuian el pan de la palabra, vió el hermano Francisco que se empeñaba entre algunos americanos una lucha ó riña, que procuró el religioso evitar, suplicándoles que se reconciliasen; pero lejos de seguir sus consejos, se arrojaron aquellos furiosos sobre él, y le dieron muerte en el acto. La triste suerte de sus compañeros contribuyó á aumentar aun el valor de Fr. Agustin, el cual, al verse solo, reprendió con mas energía los escesos y vicios de los indígenas, para atraerles mas fácilmente á la religion del Salvador; pero desoyendo aquellos hombres violentos sus santas palabras, le inmolaron, ó mejor le abrieron por medio del martirio, las puertas de la celeste patria, en la que iba á orar por ellos. El español Antonio de Espejo, continuó en el año 1582, los descubrimientos hechos por los tres religiosos, y empezó á civilizar aquel nuevo pais, dividido en mas de quince provincias.

Fray Luis de Villalobos, residente en la custodia de zacatecas, de la provincia del Santo Evangelio, fué muerto en el año 1562 por los chichimecas, mientras iba á desempeñar una comision que su superior le habia confiado. En el propio año murió tambien Gonzalo Mendez, religioso de la provincia franciscana de Santiago, que ejerció por espacio de cuarenta y tres años las funciones apostólicas; omitimos detallar sus virtudes, por ser las mismas que practicaban muchos otros misioneros en aquellos felices tiempos de la Iglesia naciente en América. El número de las conversiones que se verificaron en todo el pais de Guatemala, probaron lo bastante su celo; fué revelado á Mendez el dia de su muerte, que tuvo lugar el 5 de mayo del año 1582: asistieron á sus funerales los obispos de Guatemala y de Vera-Paz, todo el clero, los altos funcionarios públicos, y un gran número de españoles y de indígenas.

La América del norte, perdió dos años despues á Alfonso de Escalona, uno de los franciscanos que se dedicó por mas tiempo al apostolado, durante el cual desempeñó los principales cargos de su órden: era natural de Escalona, pueblo no muy distante de Toledo; habia tomado el hábito de San Francisco de la provincia de Cartagena, y dirigídose á Méjico en el año 1531. Se le confió la direccion de la escuela de Tlascala, en la que habia seiscientos niños indígenas, á los que enseñaba la doctrina cristiana, á leer, escribir y cantar los divinos oficios; fué despues Alfonso maestro de novicios, que, merced á su talento é incansable celo, llegaron á ser con el tiempo buenos religiosos y escelentes oradores; por no faltar á la obediencia, desempeñó los cargos de guardian, definidor y provincial, sin dejar de ser nunca por esto misionero y penitente, pues no hubo virtud que no practicase, ni mortificacion con la que dejára de torturar su cuerpo. Inmensa fué la fama de santidad, que á su pesar alcanzó Alfonso; habiéndole encontrado cierto dia un español en el valle de Tula, en el estado mas lastimoso, no pudo menos de esclamar: « En tiempo de Abrahan, Dios habria perdonado á cinco ciudades culpables, á haber habido en ellas cinco hombres de bien; pero yo creo que el Señor perdonaria ahora al mundo todo, á pedírselo ese santo religioso. » En su decrepitud aprendió aun Alfonso la lengua de Guatemala, y evangelizó luego á aquellos indígenas durante seis años. Llamado mas tarde á su provincia, murió en ella el dia 10 de mar-

zo de 1584, á la avanzada edad de ochenta y ocho años: fué su muerte llorada por toda la ciudad de Méjico, y las comunidades de Santo Domingo y de San Agustin, dieron pruebas inequívocas de tener al siervo de Dios en la veneracion mas profunda.

Tambien debemos hacer particular mencion de Fr. Alfonso Ordoñez, misionero, cuya vida fué de ángel mas bien que de hombre, y que murió el año 1584, en el convento de Méjico; de Juan y de Francisco de la Cruz, ambos franciscanos, nacidos en Guyena; de Francisco Turigiano, martirizado por los chichimecas; de Simon de Bruselas, simple hermano lego, pero útil ausiliar de los misioneros sacerdotes; de Fernando de Segura, Miguel de Boloña y Estéban de Fuentes Osegiuna, ilustre orador cuyas virtudes fueron aun mas elocuentes que sus palabras.

Hablarémos empero mas detalladamente de algunos martirios que tuvieron lugar en el año 1585 en Nueva-Galicia, region donde se alzan ásperas montañas, cubiertas de pinos y de robustas encinas; servian las grutas de morada á los hombres feroces de aquel pais, cuya conversion emprendieron con ardor los franciscanos. Fr. Andrés de Ayala, que fué el primero en hablar la lengua de aquellos salvages, adquirió sobre ellos un ascendiente tal, que en breve les decidió á abandonar sus cavernas para irse á vivir al llano, en el que no tardaron en levantarse numerosas casas y en cubrir los campos doradas espigas. Era la iglesia, por decirlo así, la piedra angular del nuevo pueblo de aquellos bárbaros, medio civilizados por la influencia vivificadora del cristianismo; trascurrieron seis años de aquel modo, pero como en el séptimo faltase la cosecha, empezó á entibiarse la fé en aquellos corazones vacilantes, que volvieron á adorar á sus antiguos ídolos. Un indígena informó á Fr. Andrés de que los ingratos habian resuelto asesinarle á él y á su compañero Fr. Francisco Egidio; por lo que procuró el misionero al dia siguiente exhortar vivamente aquellos desgraciados, á que perseverasen en la fé, y á que renunciasen á todo pensamiento homicida, haciéndoles ver el enorme castigo impuesto á los asesinos. Sin embargo, no logró el buen religioso convencerles, puesto que si aplazaron la realizacion de sus bárbaros planes, fué tan solo por haberles infundido temor los diferentes españoles que habia en la iglesia: así que, cuando los dos religiosos se quedaron solos, se dirigieron aquellos hombres sedientos de sangre al convento para entregarle á las llamas. Los dos franciscanos se habian retirado á la sacristia, á fin de purificarse por medio de la confesion; pero viendo Fr. Andrés que ya el convento y la iglesia empezaban á arder, tomó un crucifijo, se adelantó con heróica resolucion hácia los asesinos y les reprendió su crímen. Lejos empero de retroceder ante la noble actitud del misionero, se arrojaron sobre él y le derribaron al primer hachazo; despues de haberle decapitado, cogieron por los cabellos la cabeza chorreante de sangre, y la pasearon con placer salvage, diciendo: « Abre los ojos, oblíganos ahora á ir á la iglesia para oir tus falsas palabras. » Fr. Francisco y dos indígenas fieles se habian refugiado en el jardin, donde encontraron á su vez una muerte gloriosa; los españoles que vivian cerca del convento volaron denodadamente al socorro de los misioneros, pero todos ellos fueron otras tantas víctimas del furor de los bárbaros por ser estos muchos mas en número. En vano los magistrados de Nueva-Galicia intentaron castigar aquel crímen y atraer á sus autores nuevamente al cristianismo: la accion de los tribunales quedó sin efecto por haberse retirado los culpables en sus antiguas cavernas, en las que volvieron á adorar á sus falsos dioses. Aun refieren nuevos martirios las *Crónicas franciscanas*: Fr. Pablo Acevedo de Ferrara, fué asaetado por los indígenas de la provincia de Culiana, en las orillas orientales del mar Rojo, así como tambien el hermano lego Juan de Ferrara, su fiel compañero; Fr. Francisco Duzeli, natural de Granada, y Fr. Pedro Burgos, fueron asaetados por los chichimecas al dirigirse á San Miguel.

CAPÍTULO XII.

Misiones de los dominicos, jesuitas, gerónimos, carmelitas y agustinos en Méjico y en la Florida.

A esta gloriosa pléyada de misioneros franciscanos que hemos visto pasar ante nosotros ciñendo sus frentes serenas la corona del martirio, sigue la cohorte igualmente gloriosa de misioneros dominicos, no menos dignos de fijar la atencion.

Los PP. Tomás de Cárdenas, Francisco de la Cruz, Alfonso Vaillo, Sebastian de Oviedo, Pedro de Avila, Fernando Serrano y algunos otros compañeros animados de un santo celo, se dirigieron en el año 1553 á América, para secundar á los demás misioneros que les habian precedido. Tomás de Cárdenas, profeso del convento de Córdoba, se habia hecho ya ilustre en Andalucía por su elocuencia en el púlpito y por su acierto en la direccion de las almas, cuando el espíritu de Dios le decidió á dirigirse á Méjico; tocóle al nuevo misionero acompañar á Guatemala al P. Tomás de la Torre, quien le envió luego á las montañas y lagunas de Zacatula, cuyos habitantes ofrecieron vasto campo á su celo. Llevaban ya aquellos indígenas el nombre de cristianos y querian ser considerados como tales, sin haber recibido el bautismo ni abandonado el culto de los ídolos, á los que seguian adorando en secreto, lo que les era tanto mas fácil, cuanto que el aislamiento en que vivian de los demás pueblos hacia ignorar su hipocresía. El siervo de Dios soportó con paciencia heróica todas las dificultades que el clima, el suelo y la ferocidad de los naturales oponian á sus esfuerzos sobrehumanos; su primer cuidado fué el de estudiar el carácter y las costumbres de aquel pueblo, con lo que le fué despues mas fácil procurarse su confianza y su aprecio, llegando á poseer una y otro hasta tal punto, que los mismos indígenas le presentaban sus ídolos, ó bien le acompañaban á las cavernas que les servian de santuario para romperles en su presencia. Tampoco costó mucho hacerles renunciar á la poligamia, pues todos se quedaron con su primera esposa y despidieron á las demás mugeres, la mayor parte de las cuales, con el ausilio de la gracia, observaron despues una conducta ejemplar y recibieron el bautismo. Asi mismo logró de ellos el misionero que renunciasen á su vida errante para vivir en sociedad; luego se construyeron algunas capillas ó pequeñas iglesias en las que se les reunia para esplicárseles las prácticas del cristianismo, y bautizar á los que manifestasen estar despues mas impuestos en ellas. Tomás de Cárdenas fué secundado en su mision por el P. Domingo de Vich y algunos mas de sus hermanos, á los que dejó encargados de guiar á aquella nueva cristiandad, cuando lo llamó la obediencia á otros puntos.

En el año 1554, partieron de la madre patria otros muchos misioneros para dirigirse á Nueva-España, bajo la direccion del P. Gerónimo de San Vicente; hé ahí los nombres de aquellos jóvenes soldados del Evangelio: Pedro de Variales, Juan Luco, Antonio de Pamplona, Antonio de Vilalba, Juan Cepeda, Pedro de Varientos, Juan Bertran, Antonio de Vivanco, Tomás de Vitoria, Blas de Santa María, Francisco de Vilanova, Bartolomé Gualvez, Antonio Sanchez, Procopio de Santa Margarita, Alfonso de Nieva, Melchor y otros, (1) los mas de los cuales anunciaron la palabra de Dios á los zogues, indígenas que habitaban la parte septentrional del pais de Chiapa. Al año siguiente, el P. Domingo de Azona condujo tambien en calidad de vicario á otra cohorte evangélica, compuesta de los PP. Jacobo Mar-

(1) Nuestro corazon se dilata al contemplar á esos heróicos hijos de la noble España, que sin mas interés que el que les inspiraba la triste suerte de sus hermanos del Nuevo-Mundo, con la confianza en el cielo y la paz en el alma, se lanzaban al través de los mares para hacer brillar á los ojos del salvage la luz de la fé, por mas que supiesen ir á una muerte cierta. Y no se crea que solo en aquella época llevasen los misioneros españoles los consuelos de la religion á las lejanas playas de América, sino que en todas, y hasta en los calamitosos tiempos de indiferentismo religioso que por desgracia hemos alcanzado, hay millares de hermanos nuestros que están predicando al indo, al hotentote, al cafre las eternas verdades, sin esperar mas recompensa en la tierra que la de una tumba ignorada en el rincon de un desierto. (Nota del Trad.)

tinez, Francisco de Areo, Gaspar de los Reyes, Juan de San Estéban, Francisco de Viana, Sebastian Morellez, Gerónimo Peralta, Juan del Espíritu-Santo, Domingo Morñoz, Domingo de Angelis, Juan de Bivero, Juan Bautista, Pedro de Espinosa, Pedro de Escalante, Alfonso Lopez, Francisco Quesada y Pedro de Santa Magdalena. Asi que aquellos apóstoles fijaron el pié en el suelo de América, respiraron ya un aire balsámico é impregnado de la santidad de sus celosos predecesores, tales como Vicente Ferrer, que tan digno se mostró de pertenecer á la familia del varon apostólico, cuyo nombre logró inscribir tan gloriosamente en los anales de la Iglesia. Como el, tomó Vicente el hábito de Santo Domingo en el convento de Valencia, y estudió teología en la universidad de Salamanca, mereciendo por su talento y sus virtudes que Las Casas le admitiese en el número de los misioneros de su órden, que se embarcaron en el año 1554 para Méjico, con Tomás de Casillas. Sin límites fué el amor que profesó Vicente á los indígenas, á los que cuidó siempre espiritual y temporalmente, y sobre todo en una época calamitosa en que la peste hizo estragos, con toda la tierna solicitud de un padre; á fin de atender con mas prontitud y regularidad al cuidado de los enfermos, fundaron los dominicos de Guatemala un hospital bajo la invocacion de San Alejo, el cual conservaron siempre á sus espensas, á pesar de ser muy grande, de estar atestado de enfermos y de no contar con fondos ni renta de ninguna clase. Solo despues de algunos años destinó el rey de España una suma anual para la conservacion de aquel establecimiento de beneficencia que en los tiempos de su mayor pobreza procuró un alivio á todas las miserias. Luego se fundó otro nuevo hospital, contiguo al primero, para los españoles enfermos, á fin de que pudiesen los religiosos compartir sus cuidados entre los europeos y los indígenas. Cuando el rigor del contagio no permitió á los enfermeros atender al cuidado de los apestados, el P. Vicente Ferrer cargó con la nueva obligacion de dedicarse diariamente al servicio de los pobres enfermos. El triple cargo de apóstol, defensor y criado de los indígenas, abrevió considerablemente los dias de Vicente Ferrer, que consumió su sacrificio el dia 15 de agosto del año 1555.

Murió tambien en el propio año el P. Luis de Saavedra, quien precedió á Vicente de diez años en las misiones de América; nació en Benalcazar, Estremadura, y estudió con el célebre dominico Soto, en Alcalá y en Paris; desempeñaba Saavedra por segunda vez el cargo de rector de la primera de aquellas universidades, cuando abrazó la regla de la órden de Predicadores, en compañía de su amigo Soto. Hacia el año 1534, se dirigió á Méjico, donde evangelizó á los indígenas separados de las colonias españolas durante cinco años, siendo nombrado luego prior del convento de Méjico, y dos años despues provincial de Santiago, cuya provincia comprendia á la sazon todo el pais de Nueva-España. El celo que desplegó para dar impulso á las misiones, y su caridad ardiente, le valieron el dulce nombre de protector general de los indígenas de Nueva-Galicia, nombre que, aunque merecido, no aceptó nunca Saavedra; hízole así mismo renunciar su modestia los diferentes obispados con que queria el rey de España premiar su talento y sus virtudes. Fué, junto con los provinciales de las órdenes de San Agustin y San Francisco, á interesarse por los indígenas cerca de Cárlos V, en Ratisbona; los religiosos de España, al ver sus achaques y su vejez, no querian que se espusiese Saavedra á los peligros de un nuevo viaje, pero no pudieron obligarle á quedarse. «Con el mayor placer arrostraria siempre todos los peligros, solo por poder instruir y bautizar á un niño americano. ¿Cómo quereis que no desee ardientemente regresar á un pais, en el que hay millones de almas que desconocen á Jesucristo, y á las que debe hacerse partícipes de los tesoros de su gracia?» Luego de haber regresado nuevamente á América, escribió al P. Domingo

de la Asuncion, misionero en la Florida, para alentarle en medio de las fatigas y peligros de su mision, conteniendo su carta el mismo espíritu que se nota en las Epístolas de San Pablo á su discípulo Timoteo. Murió Luis de Saavedra en el año 1555; y el dia de su muerte, lo fué de luto y desconsuelo para toda Nueva-España.

Unian á aquel siervo de Dios y á Pedro Delgado los lazos de una santa amistad, por ser el último fundador del convento de Ocaña, en el que recibió Saavedra el hábito, y estar ambos jóvenes destinados por la Providencia á evangelizar juntos un dia el reino de Méjico. Se embarcaron los dos misioneros en un mismo buque, desempeñaron en su órden idénticos cargos, y hasta puede decirse que fueron iguales los frutos que uno y otro produjeron en sus misiones. Prescribió Delgado á algunos religiosos que aprendiesen las lenguas misteca y zapoteca, á fin de que pudiesen propagar mas fácilmente el Evangelio entre aquellos salvages; y encargó á los religiosos Pedro de Angulo, Juan de Torres y Matías de la Paz, que fundasen la nueva provincia dominicana de San Vicente en el pais de Guatemala. Debemos hacer tambien mencion de Andrés de Moguer, Diego de la Cruz y Francisco de Aguilar, quienes ausiliaron poderosamente al sábio provincial con su celo; lo primero que Delgado encargaba siempre á sus religiosos, era el obrar de acuerdo con los obispos de los puntos en que se hallasen, y el dar á los pueblos el ejemplo de la obediencia debida á los reglamentos que creia cada obispo conveniente publicar en su diócesis. Nombrado provincial por tercera vez, se negó á aceptar aquel cargo, á pesar de las instancias de los definidores. « Si no accedo á vuestros deseos, les dijo humildemente, es por el interés de la misma provincia; nada os diré de mi incapacidad por mas grande que me parezca y sea, y sí solo que mientras he desempeñado ese cargo, he tenido que hacer miles de leguas, siempre á pié, para seguir el ejemplo de mis santos predecesores y trasmitirlo á los que seguirán despues de mí. Además, mis fuerzas no me permiten resistir ó soportar por mas tiempo tantas fatigas, y no puede introducirse en la provincia una costumbre contraria á la establecida hasta el presente, ó al menos no quiero ser yo su autor. Ya que no faltan entre nosotros, religiosos dotados de celo, caridad y fuerzas físicas, nombrad á uno de ellos para dirigir la provincia, y disponed de mí para cualquier otro cargo que esté mas en armonía con mi debilidad. » Aceptó entonces Delgado el cargo de maestro de novicios; habiendo sido nombrado al poco tiempo obispo de la Plata en el Perú, renunció á aquel rico obispado, del mismo modo que habia declinado poco antes el título de provincial de su órden. Murió Delgado el dia 23 de abril del año 1560, siguiéndole al sepulcro el dolor y la admiracion de toda la ciudad de Méjico. Lopez de Zárate, obispo de Guajaca, pidió poco antes de su muerte ocurrida en Méjico, á donde se habia visto obligado á dirigirse, ser enterrado en la iglesia de los PP. Predicadores, y en la misma tumba de Pedro Delgado.

No fué menor el luto que causó en el propio año la muerte del bienaventurado Tomás de San Juan, dominico español que habia convertido á muchos infieles, y predicado y establecido la cofradía del Rosario en las principales poblaciones del reino de Méjico. Muchas veces, estando orando ante el crucifijo, oia el religioso una voz que le dirigia estas palabras: « Huye, llora, calla, descansa, espera; » palabras cuya significacion le fué revelada despues, y era la siguiente: « *Huye* de tí mismo, *llora* tus pecados, *calla* tus virtudes, *descansa* en la voluntad divina, *confia* en Dios, dispensador de todos los bienes. » Predijo Tomás el dia de su muerte, y espiró en el año 1560 en la ciudad de Méjico.

Tomás de Casillas, sucesor de Las Casas en la silla episcopal de Chiapa, murió siete años despues que aquellos dos siervos de Dios; cada año pasaba este prelado cuatro meses en visitar los diferentes pueblos comprendidos en su diócesis, desempeñando á la

vez los deberes de obispo y de misionero. En los primeros años de su episcopado, vióse su rebaño cruelmente tratado por los idólatras, que lo invadieron por haber abrazado el cristianismo: al ver los contínuos progresos del Evangelio, se exaltó el fanatismo de los indígenas de Puchutla hasta tal punto, que invadieron el territorio de Chiapa, pasando á cuchillo á todos los habitantes que no consentian en adorar sus ídolos. Los dos misioneros Domingo de Vich y Andrés Lopez, de la órden de Predicadores, fueron casi las primeras víctimas que los bárbaros inmolaron á su ódio contra el cristianismo; siendo luego otros muchos los fieles que alcanzaron la corona del martirio. Como no habia podido preverse aquella invasion, era imposible rechazar la fuerza con la fuerza, por lo que continuaron los idólatras avanzando hasta la misma provincia de Chiapa, incendiando por do quiera los templos de los cristianos, rompiendo las imágenes, derribando las cruces y sacrificando niños al sol y á sus demás ídolos en los mismos altares en que la víspera se ofrecia aun el cordero de Dios á su Padre celestial. Al ver que nadie se oponia á los actos vandálicos de los salvages, el obispo de Chiapa se dirigió al rey de España, cuyo soberano mandó á 22 de enero del año 1556, que marchasen inmediatamente todas las tropas que tenia en aquellas regiones contra las salvages hordas de los infieles. La conducta que observaron los cristianos en aquella ocasion, tuvo por mucho tiempo á raya á los infieles de Puchatla; y si bien despues de algunos años intentaron probar nuevamente fortuna, fueron casi siempre rechazados por los caciques cristianos de los puntos invadidos. Cuando en el año 1559 hicieron los salvajes un esfuerzo supremo para invadir nuevamente á Vera-Paz, lograron penetrar hasta en la provincia de Chiapa; pero tan pronto como el ejército cristiano llegó á reunirse, les presentó batalla, derrotándolos completamente: los pocos salvajes que no fueron pasados al filo de la espada, quedaron esclavos en Guatemala. Al llamar Dios a sí á Tomás de Casillas el dia 29 de octubre del año 1567, gozaba su pueblo de una verdadera paz.

Prelado no menos recomendable fué Alfonso de Montufar, descendiente de una ilustre familia de Loja; habia recibido el hábito de Santo Domingo en el convento de Santa Cruz de Granada, del que llegó á ser mas tarde superior; sus luces, debidas mas bien á la oracion que al estudio, le valieron el honroso título de calificador del Santo Oficio. Cuando la muerte de Juan de Zumarraga dejó vacante la silla de Méjico, á peticion del marqués de Mondejar, el emperador Cárlos V propuso á Alfonso para ocuparla; el papa Julio III espidió las bulas en el año 1553, y luego de haber sido consagrado, partió el nuevo obispo con diez religiosos dominicos y diez de la órden seráfica. Su ejemplo, mucho mas aun que su presencia, infundió siempre vigor á la mision; los indigenas, consolados por los testimonios de su benevolencia, aliviados por sus limosnas, no pudieron menos de admirar siempre su celo. Los intérpretes que llevaba durante su visita, examinaban la capacidad de los neófitos, y como respondiesen los misioneros de cada punto de la prudencia y las buenas costumbres de aquellos que ellos mismos habian instruido para que pudiesen recibir los sacramentos, despues de cuyas formalidades administraba el arzobispo el bautismo y la confirmacion. Despues de haber visitado de este modo toda su diócesis, reunió Alfonso en el año 1555 su concilio provincial en Méjico, donde se reunieron personalmente, ó por medio de procurador, seiscientos sufragáneos, procedentes de Tlascala, Guajaca, Mechoacan, Guadalajara, Yucatan y Durango. Muchos eran ya los nuevos cristianos en Méjico, pero no eran menos los idólatras que iban aun errantes en los paises montuosos y apartados; y como para conservar la fé en los unos y atraer á ella á los demás, era preciso una contínua predicacion, creó Alfonso nuevos conventos y casas de enseñanza en todos los principales puntos de su estensa diócesis. Hacia aquel mismo tiempo se encargó al

dominico Bartolomé de Ledesma, del que hablarémos mas adelante, que escribiese en lengua mejicana una Suma que sirviese de guia para casos de conciencia á los indígenas convertidos y á sus directores, obra que nada dejó que desear, tan correcto era su estilo y tan sólidas y claras sus decisiones. Echard cita á Bartolomé de Ledesma como otro de los profesores de la Universidad de Méjico; pero Gil Gonzalez solo hace mencion del dominico Pedro de Peña y del agustino Alfonso de Vera-Cruz; de todos modos, es lo cierto, que fué Ledesma el apoyo de Alfonso de Montufar en los dos últimos años de la existencia de este santo prelado, que murió á 7 de marzo del año 1569; queriendo ser enterrado entre sus hermanos en la iglesia de Santo Domingo de Méjico.

Uno de los religiosos mas ilustres de su época, fué Cristóbal de Lugo, hijo de una humilde familia de Sevilla, y discípulo del Dr. Francisco Tello Sandoval; si bien cayó en lamentables debilidades ó estravíos antes de recibir órdenes sagradas, la gracia del sacerdocio produjo despues en Cristóbal todas las virtudes. Cuando su protector Sandoval regresó á Europa, quiso el jóven recibir el hábito de la órden de Predicadores, formándose para la vida apostólica que abrazára á 1.° de julio del año 1547, bajo la direccion de los PP. Alfonso Lucero y Pedro Delgado, y ejerció el santo ministerio en diferentes puntos de aquella diócesis. Nombrado sucesivamente maestro de novicios, prior y provincial, fué tanta la piedad de Cristóbal de Lugo, que se le consideró como un enviado de la Providencia para servir de ejemplo á los habitantes del Nuevo-Mundo: « ¡Ah! Señor, decia en su humildad, ¿cuándo desvaneceréis la ceguedad que acerca de mí se tiene? No permitais que se crea por mas tiempo en la virtud de un tan gran pecador.» Por obtener la conversion de una muger culpable, que iba á morir impenitente, pidió á Dios sufrir por ella en esta vida las enfermedades y penas que quisiese el cielo imponerla por sus pecados; así que, la enferma, cuyos desórdenes procedian de su molicie y de la vanidad de su belleza, debió su curacion moral al voto hecho por su director, sufriendo este en cambio una lepra que puso á prueba su paciencia heróica por espacio de trece años: solo despues de haber espirado en Lugo á 25 de octubre del año 1569, desapareció en él enteramente la lepra.

Preciso nos será dar aquí algunos detalles acerca de la vida del célebre Juan de Ecija, tan notable por su talento como por su piedad. Nació Juan en el año 1510, en el pueblo de Ovejuva, situado á catorce leguas de Córdoba; educado el jóven en la piedad por su virtuosa madre, pidió ya á los trece años ser admitido en la órden de San Francisco; pero al verle el guardian tan jóven, le dijo que debia aguardar algun tiempo mas, y prepararse por medio de la oracion á entrar dignamente en la vida religiosa. Habiendo sido su hermano Fernando Alfonso nombrado secretario del auditor de Méjico, siguióle Juan á ultramar; Fernando ya desde su llegada, se entregó en Méjico á todos los escesos, al paso que Juan tomó el hábito dominicano en el convento de Méjico. La primera conquista espiritual que hizo Domingo de la Anunciacion (nombre dado al nuevo religioso), fué la de su hermano estraviado, que, á su vez entró en la órden de Predicadores, bajo el nombre de Fernando de la Paz. Los primeros cuidados de Domingo de la Anunciacion, consistieron en aprender la lengua mejicana y sus diferentes dialectos, y despues de haber escrito en ella algunas obras morales, empezó sus escursiones evangélicas, produciendo en todas partes sus obras y sus palabras abundantes frutos de salvacion. No tardaron los indígenas en amarle con la mayor ternura; como viese en cierta ocasion el religioso, que sembraban de flores el camino por donde habia de pasar, y no pudiese Domingo evitarlo á pesar de sus súplicas, mostró por ello tanta afliccion, que hasta llegó á alarmar á su mismo compañero, quien no pudo menos de preguntarle que era lo que tanto le afligia. « Mi tristeza, contestó

el humilde discípulo de Jesucristo, procede de la falsa opinion que acerca de mi virtud se han formado esos pueblos. — Humillaos en buen hora ante Dios, le dijo el religioso, pero ocultad ahora vuestra tristeza y vuestras lágrimas á los indígenas, que solo obran de este modo porque conocen ya al Maestro divino, y por indicaros que desean y quieren aprovecharse aun de vuestras instrucciones. » Tanto como temia el celoso misionero las alabanzas de los hombres, dejaba de temer su cólera cuando se trataba de evitarles la ocasion de pecar; por infinitas que fuesen las conversiones obradas por el nuevo apóstol, no dejaba de haber entre los indigenas convertidos, idólatras obstinados que se entregaban á los mas horrendos sacrificios Refiere Fontana que en el año 1551, destruyó Domingo, entre otros muchos, dos célebres ídolos, uno en Teputzlan y otro en Texeucingo, á los que tenian los idólatras en tanta veneracion, que para adorarles y ofrecerles presentes, acudian de mas de trescientas leguas de distancia. Otro tanto hizo Domingo, segun Turon, con otro ídolo que en la villa de Tabuzabam era tambien objeto de ciega adoracion por parte de las provincias de Chiapa, Guatemala y hasta de los puntos mas lejanos; iban los idólatras ciegos de cólera, á arrojarse sobre él que trataba de aquel modo á sus falsos dioses, pero como el Omnipotente velaba por el misionero, no tuvieron sus brazos levantados ya fuerza para herirle. Entonces les hizo el religioso comprender cuan horrendos y crueles eran los sacrificios que les exigia el espíritu maligno, y cuan grande la misericordia de Dios, que se dignaba hacer por ellos, lo que no habia hecho por sus antepasados, muertos sin haber conocido al Autor de su vida, único que puede hacer justos y felices á los que de veras le adoran. Pero mientras que la sincera conversion de los unos colmaba de gozo al misionero, habia otros indigenas que eran presa de un terror supersticioso, y segun los cuales, se oian de noche en torno de la montaña, tan pronto voces lastimeras como rugidos espantosos. El religioso para tranquilizarles, les reunió en la montaña, les habló de la virtud de la cruz, erigió á sus ojos el lábaro de la redencion sobre las ruinas de la idolatría, prometiéndoles que aquel signo augusto y temido, ahuyentaria para siempre á las legiones infernales que intentasen turbar su reposo. Y con efecto, no volvió á hablarse desde entonces de apariciones, de voces lastimeras ni de espantosos rugidos; por el contrario, gozó el pais de una verdadera paz, y los mas de sus habitantes abrazaron el cristianismo. No podia, sin embargo, el espíritu de las tinieblas permitir que se destruyera de aquel modo su funesto imperio, sin intentar al menos vengarse del que amenazaba acabar con su poder en aquellas regiones, donde poco antes era su voluntad tan generalmente acatada; así pues, hizo que se alzasen contra el dominico algunos calumniadores, entre los que habia una muger, que decia haber intentado aquel seducirla; pero el misionero dejó á Dios el cuidado de defender el honor de su ministro. No fué vana su esperanza: la muger se retractó espontáneamente, y Domingo de la Anunciacion interpuso cerca del virey su influencia, para evitar el castigo de los que la habian sobornado, patentizando en aquella ocasion, como en todas, la caridad ardiente de que estuvo siempre animado. Habia en Tapetlaoztoc, un indígena gravemente enfermo, que habiéndole pedido para confesarse, espiró antes de la llegada del misionero; entonces apeló este á la intercesion omnipotente de la Reina de las vírgenes, y obtuvo de la misericordia de Dios la resurreccion del difunto. Cuanto mas se vió el apóstol calumniado, tanto mas resplandecieron su inocencia y los milagros que Dios le permitió obrar, para difundir su celestial doctrina.

Ya dijimos anteriormente, que, habiéndose confiado en el año 1565, á D. Pedro Menendez de Avilez, la conquista de aquel pais, habia manifestado deseos de que le acompañasen en aquella espedicion algunos jesuitas. El bu-

que que en 8 de octubre del año 1566 conducia á los PP. Pedro Martinez, Juan Roger y al coadjutor Francisco de Villareal, hallándose separado de la flota, fué impulsado hácia el norte, y llegó hasta cerca de la Florida; como era preciso reconocer el pais que se tenia á la vista, mandó el capitan que saltasen á aquel objeto algunos hombres en tierra, pero se negaron estos á hacerlo, á menos que les acompañàse el P. Martinez, para ser su consuelo en caso de apuro. El religioso sin hacérselo repetir, descendió á la lancha, dirigiéndose con nueve belgas y algunos españoles á la vecina costa: apenas acababa el bote de atracarse á la orilla, cuando el buque que acababan de abandonar, impulsado por una tempestad desecha, tuvo que dirigir su rumbo hácia Cuba. Solos, y enteramente abandonados en una costa desierta, aguardaron en vano Martinez y los suyos á que volviese el buque, hasta que obligados por la necesidad de procurarse alimentos, remontaron un rio que habia á cierta distancia, y como descubriesen despues de continuar algunas horas aquel viage ascendente diferentes cabañas, resolvieron dirigirse á ellas, quedándose algunos marineros en la orilla para guardar el bote. Iba el P. Martinez al frente de la espedicion, llevando en el estremo de su baston de peregrino una imágen del Salvador. Antes de llegar á las cabañas, cuya direccion seguian, vieron á un hombre que al verles, huyó hácia los bosques; pero llegaron sin obstáculo á las cabañas, en una de las cuales encontraron un gran pescado, del que se llevaron la mitad, dejando en cambio ó pago algunos objetos de vidrio. Al dia siguiente, se presentaron cinco indígenas, indicándoles con signos que se dirigiesen á la orilla; y el P. Martinez les invitó á su vez á que les procurasen víveres, lo que hicieron los naturales con el mayor gusto. Luego se dirigieron los europeos á la isla de Tacatura, en la que encontraron cuatro jóvenes pescadores, que les ofrecieron mucho pescado, mientras que iba uno de ellos á anunciar su llegada á los isleños, de los que no tardaron en presentarse como unos cuarenta, saltando doce de ellos inmediatamente á la lancha. Si bien el aspecto amenazador de los salvages habria debido decidirles á huir, se quedaron los viageros á instancias del P. Martinez, para aguardar á algunos belgas que habian saltado en tierra; aquel acto de caridad le costó la vida. En el momento en que los marineros belgas entraron en la lancha, los indígenas, á quienes el hábito del misionero indicó la clase á que este pertenecia, cogieron á Martinez y á dos belgas por la espalda, y arrojándose con ellos al rio, se los llevaron á la orilla, en la que se arrodilló el mártir jesuita, y murió de un hachazo en presencia de sus compañeros. Los dos belgas, arrastrados como él por los salvages, murieron á su lado; este triste acontecimiento tuvo lugar el dia 28 de setiembre del año 1566: la lancha, que se habia alejado en medio de una nube de flechas, llegó sin otro percance al mar, donde al dia siguiente encontró la flota de Menendez. El P. Roger y el coadjutor Villareal, despues de haber consagrado una lágrima á la memoria de su buen amigo, llegaron felizmente á la Florida, y predicaron la paz evangélica á aquellos salvages, que acababan de derramar la sangre de su hermano. A su regreso á España, obtuvo Menendez que fuesen enviados á la Florida seis jesuitas y ocho jóvenes catequistas, bajo la direccion del P. Juan Bautista Segura; embarcáronse los misioneros en el puerto de San Lucar el dia 12 de marzo del año 1568, llevándose á cinco habitantes de la Florida, que habian sido bautizados en Sevilla; hallándose la colonia á su llegada en el mas triste estado. La ciudadela de Santa Lucía, habia llegado á tal estremo, que el hambre obligó á los soldados á comerse unos á otros. El P. Segura dejó en el fuerte de San Agustin, único que quedaba en pié, á Domingo Vaez, para que atendiese á las necesidades espirituales de la guarnicion, y se fué con los restantes de sus compañeros á la Habana, donde fundó un colegio de la Sociedad y un gimnasio para los jóvenes de

las principales familias de la Florida. En el año 1570 recibieron los misioneros un nuevo refuerzo, compuesto del P. Luis de Quirós y otros dos compañeros; pero por mas esfuerzos que hiciesen los apóstoles del cristianismo, no pudieron cristianizar aquel pais, por mostrarse los indígenas siempre sordos á la palabra santa. A peticion de un hermano del gefe de Ajaca, bautizado en España, consintió Segura en enviar á aquel pais á Luis de Quirós, con siete mas de sus compañeros, para que sembrasen en él la doctrina evangélica; pero lejos de reportar su celo las ventajas ofrecidas, él mismo que les indujera á hacer aquella espedicion, y que les servia de intérprete, lejos de secundarles, volvió á seguir sus bárbaras costumbres, y acabó por dar muerte á Luis de Quirós y á sus compañeros, sacrificados por el apóstata á 4 de febrero del año 1571. No satisfecha aun su sed de sangre con la de aquellas inocentes víctimas, se presentó el asesino con dos de sus hermanos y otros indígenas al P. Segura, y despues de pedirle las hachas y demás instrumentos de hierro que tenian los jesuitas para el cultivo de las tierras, so pretesto de ir á cortar algunos árboles, decapitó el verdugo con ellos á los hombres pacíficos que tantas veces le habian procurado á costa de su salud y su reposo todos los consuelos. Solo un jóven, llamado Alfonso, que no pertenecia aun á la sociedad, fué salvado por uno de los hermanos del apóstata, que menos bárbaro se interesó por su vida: á él debemos estos tristes detalles. Despues de haber saqueado los indígenas la pobre cabaña de los jesuitas, cometieron mil profanaciones con los ornamentos sagrados, y se entregaron á todos los escesos inspirados por su brutalidad y su barbarie; las únicas riquezas que encontraron en la cabaña de los religiosos, consistieron en un crucifijo, algunos rosarios y varias obras litúrgicas, cuyos objetos no podian de ningun modo saciar su codicia. Segun la relacion del jóven Alfonso, hubo tres indígenas que murieron repentinamente durante el desórden, y temiendo el apóstata Luis los terribles efectos de la venganza celeste, hizo enterrar los cadáveres, despues de haberles puesto á cada uno una cruz en la mano. Los que sufrieron el martirio con el P. Juan Bautista de Segura el dia 8 de febrero del año 1571, fueron Gabriel Gomez, Pedro de Linarez, Sanchez Savelli y Cristóbal Rotundo. Al año siguiente, hizo Menendez una espedicion á Ajaca, donde despues de haber librado á Alfonso, se apoderó de los asesinos, quienes debieron á la intercesion de su víctima, la gracia de pedir y obtener el bautismo, antes de sufrir la última pena. El regenado Luis se libró de la muerte apelando á la fuga, pero no pudo librarse de los remordimientos atroces que le siguieron hasta el fondo de los desiertos en que fué á ocultar su crímen

Tampoco la mision del P. Domingo de la Anunciacion fué mucho mas fecunda de lo que lo habia sido en la Florida la de los jesuitas; puesto que solo convirtió á una mujer indígena, que creyó de todo corazon en Jesucristo, teniendo la dicha de morir dos horas despues de haber sido bautizada. Puede casi considerarse como un milagro el que el P. Domingo saliese libremente de un pais que tantas veces regó la sangre de los misioneros españoles.

Regresó el dominico á América, donde á peticion de los obispos, fueron hácia aquel mismo tiempo á instalarse los jesuitas. Borgia, al que Felipe II habia escrito con este motivo, dispuso que el P. Sanchez, rector del colegio de Alcalá, partiese para Nueva-España con doce de sus compañeros, los cuales llegaron á Vera-Cruz en el mes de junio del año 1572 Aun no se habian reparado de las fatigas de su largo viaje, cuando se dispersaron ya por la capital y sus provincias para instruir á los reñícolos y evangelizar á los negros procedentes de las playas africanas, dirigiéndose luego hácia las costas occidentales y á las fronteras septentrionales de Méjico, donde organizaron sus misiones en paises en los que no les habia precedido ningun apóstol,

ó en los que no habian producido al menos ningun fruto. Los PP. Pedro Sanchez y Juan de Plaza, fundadores de la mision mejicana, murieron en el intervalo de muy pocos años, teniendo el consuelo de ver fomentar en el pais aquella obra santa y piadosa que habia sido objeto constante de todos sus cuidados.

Como las demás órdenes religiosas, supieron sacrificarse los jesuitas durante la horrible peste que diezmó á los indígenas por los años 1576 y 1577. Domingo de la Anunciacion desplegó durante aquel espantoso azote una caridad sin límites; escogia siempre las provincias en que mas se cebaba el contagio para poder consagrarse noche y dia al cuidado de los apestados, y hasta se fué despues á vivir en Méjico, en el mismo barrio habitado por los indígenas. Junto al convento de Santo Domingo, vivia un anciano que habia sido siempre uno de los mas ardientes idólatras, y por lo mismo enemigo declarado del cristianismo; atacóle la enfermedad, y abandonáronle en el mismo instante sus amigos, sus hijos y hasta su esposa, sin que por ello se desalentára el anciano idólatra, tanta era la fé que tenia en sus falsos dioses. Domingo, despues de haber intentado en vano exhortarle é instruirle, recurrió por él al poderoso medio de la oracion, y Dios se dignó atender benigno á sus súplicas; así que, se levantó el pobre idólatra, á pesar de la fiebre que le devoraba, y arrastrándose como mejor pudo, hasta el convento, se arrojó á los piés de Domingo, declarándole que renunciaba para siempre á los ídolos, y que queria vivir y morir cristiano. A poco de ser bautizado, murió el anciano pronunciando el nombre del Redentor divino: su conversion produjo en los indígenas un efecto mágico.

Mientras que el contagio diezmaba á los naturales, contínuas lluvias inundaban los campos, impidiendo el cultivo de las tierras y echando á perder la sementera, lo que produjo un hambre espantosa; todos los indígenas habrian sucumbido á aquel doble azote, á no haber sido el celo de todas las órdenes religiosas y de los sacerdotes seculares. Limitándonos á los dominicos, dirémos, que como hiciese el provincial presente á todos sus conventos el desamparo de los apestados, se presentaron desde luego veinte y cuatro religiosos de la órden de Predicadores para cuidar contínuamente á los enfermos, y todos ellos murieron gloriosamente al rigor del contagio. La peste que tanto se cebaba en las tribus y en las cabañas de los indígenas, parecia respetar las colonias de los españoles, circunstancia que dió lugar á que renaciese la antipatía de los naturales contra los estranjeros. El recuerdo de sus sufrimientos durante las guerras que sostuvieron contra ellos, y la loca suposicion de que el doble azote que entonces sufrian era tambien efecto ú otra de la malicia de sus dominadores, exaltaron á los mas de ellos hasta el punto de infestar los frutos y amasar el pan con la sangre de los apestados, á fin de causar la muerte á los que consideraban como sus enemigos mas irreconciliables. La vigilancia empero de los misioneros, no tardó en descubrir la tendencia de los indígenas hácia una venganza tan general como injusta, y de la que procuraron retraerles con la virtud de la palabra, la santidad del ejemplo, la constancia de la caridad y la virtud de la oracion; teniendo por último el consuelo de ver á muchos de aquellos infelices obcecados morir en las mas felices disposiciones. Durante aquellas tristes circunstancias que por tanto tiempo pesaron sobre aquel desgraciado pais, hubo escelentes cristianos que rivalizaron en celo y caridad con los religiosos y los eclesiásticos: hubo, entre otros, Bernardino Alvarez, que compadecido de la miseria de los indígenas, no paró hasta fundar varios hospitales en diferentes puntos de Nueva-España. Empezó una magnífica casa de convalecencia en Méjico, y un hospital en Guastepec, para todos los infelices que se presentáran, cualquiera que fuese la enfermedad de que estuviesen afectados. A medida que le iban faltando fondos, aumentaba en el piadoso Alvarez su confianza en la Providencia, que nunca le

abandonó en ninguna de sus santas empresas; veíase así mismo sostenido por el heróico valor de su amigo Estéban de Herrera. Hé ahí lo que dice Francisco Losa, párroco de la iglesia metropolitana de Méjico, en la *Vida* que escribió del solitario Gregorio Lopez, al que hizo admitir en el hospital de Guastepec: « Recuerdo muy bien que, habiendo preguntado á Bernardino Alvarez, á aquel caritativo siervo de Dios, si queria admitir á Lopez en aquel hospital, me contestó: « ¡Ojalá, padre mio, que pudiese admitir en mis hospitales á todos los pobres del mundo! Es tanta la confianza que tengo en la bondad de Jesucristo, que no dudo atenderia á las necesidades de todos ellos: así pues, accedo con la mayor satisfaccion á vuestro deseo. » Llegado algun tiempo despues el solitario al hospital de Guastepec, recibióle con la mayor ternura Estéban de Herrera, destinándole un cuarto y tratándole con cuantas consideraciones permitia la pobreza de aquel establecimiento piadoso. Así mismo admitia el virtuoso Herrera á cuantos se le dirigian para recobrar, por mas que no tuviese rentas para mantenerles, vestidos para cubrirles, salas para hospedarles, ni dinero para construirlas. Fueron tantos los progresos que hizo aquel hospital naciente, á pesar de la estrema pobreza de sus fundadores, que en menos de dos años llegó á albergar á mas de mil quinientas personas, entre indios y españoles, procurando á todos ellos cuanto necesitaban. »

El dominico Andrés de Moguer fué víctima de su noble desprendimiento; profeso en el primer convento de San Estéban en Salamanca, empezó su apostolado en las montañas de Andalucía; luego pasó á América, evangelizó en Méjico la ciudad de los Angeles y la de Guajaca, y consagró á escribir la *Historia* de Nueva-España todas cuantas horas le dejaba libres el ejercicio del apostolado. Sin límites fué siempre el amor que tuvo á los pueblos indígenas, de los que fué el protector mas decidido; mientras la peste diezmó á los habitantes de la ciudad de los Angeles, expuso para socorrerles constantemente su vida, pasando todas las horas del dia junto á los apestados, y sin tomar alimento alguno hasta la noche. Despues de haber socorrido á los enfermos de la ciudad, iba á llevar sus ausilios á los que gemian en las cabañas. Acompañábale cierto dia un jóven profeso que, no pudiendo soportar ya el hambre, le dijo: « Padre, mi debilidad es estrema; volvamos, si os parece, al convento, y despues de reparadas nuestras fuerzas, podremos soportar mas fácilmente el trabajo. — Acordaos, hijo mio, contestó Andrés, de que el hombre no vive solo de pan: el Señor, que nos ha hecho la gracia de poder socorrer á esos pobres infortunados, reparará nuestras fuerzas si tenemos confianza en él y le amamos como se debe amarle; guardémonos, por lo tanto, de exponer á un indígena á morir sin recibir los sacramentos, por ir á tomar un alimento del que podemos aun prescindir. » Cuando apareció el contagio en Acapulco, á orillas del mar del Sud, voló allí el misionero para procurar á aquellos nuevos cristianos y á los que no lo eran, todos los consuelos, hasta que víctima á su vez del terrible azote, espiró Andrés á 18 de abril del año 1576.

Entre los dominicos que terminaron santamente su carrera el año 1577, ejerciendo la caridad mas ardiente, debemos hacer mencion de Andrés Martinez, Diego de Carranza, Francisco de Berrio, Mateo Galindo, Juan de Alcázar y Jacobo de Santo Domingo. Dirémos, particularmente de Diego de Carranza que, despues de haber evangelizado á los zapotecas en la provincia de Guajaca, á lo largo del golfo de Méjico, dejó á otro el cuidado de aquella mision, para dedicarse él á evangelizar á las tribus errantes que no habian oido pronunciar aun el nombre del verdadero Dios. Aunque encerrados los chontales (1) en un cir-

(1) Componian los chontales una nacion bárbara que tenia su asiento en las fuentes del Huasacualco, Coalzacualco, y tambien Guazacualco, rio que nace en las fronteras meridionales del estado de Vera-Cruz á unos 60 kil. N. de Chiapa y desagua en el golfo de Méjico. Sus márgenes cubiertas de espesos bosques, de los que aun hoy dia se sacan escelentes maderas de

culo de montañas, y separados aun mas de las restantes tribus por su ferocidad, ardió el ministro de Jesucristo en deseos de regenerar aquellas almas; así pues, empezó por aprender su lengua verdaderamente bárbara, y cuando estuvo ya en el caso de enseñarla á los misioneros que quisiesen asociarse á sus trabajos, escribió en aquella lengua un catecismo para el uso de los neófitos. Despues de haberse atraido á los salvajes por medio de su caridad y su dulzura, levantó Carranza las primeras iglesias en el pais y organizó una especie de gobierno; en una palabra, no paró hasta ver brillar en los mas de los salvajes la dignidad del cristiano y del ciudadano. Cuando á causa de un trabajo incesante y de un alimento mal sano, mandaron sus superiores á Carranza que se dirigiese á Guajaca, lloraron los chontales al despedirse de él, como si hubiesen tenido ya el triste presentimiento de que no habian de volver á verle: su desconsuelo subió de punto al saber al poco tiempo la muerte del misionero.

La mision de los zapotecas, que dejó Diego de Carranza para atender á la de los chontales, ocupó por mucho tiempo á Bernardo de Alburquerque, del que hemos hablado ya, y que habia ido á Méjico con Las Casas en el año 1545. La rigurosa observancia en que vivian los religiosos de la órden de Predicadores en Nueva-España, y el cuidado que tenian en hacer respetar sus predicaciones por medio de la santidad de sus obras, dilataron el corazon de Alburquerque, por procurársele allí desde su llegada un campo que cultivar y nobles ejemplos que seguir para lograr la conversion de los infieles. Destinósele al pais situado á lo largo del golfo de Méjico, en la provincia de Guajaca: luego de conocer la lengua y las costumbres de los feroces zapotecas, empezó á ejercer las funciones de su ministerio con tanto éxito, que en breve tuvo el mayor ascendiente sobre los indígenas. Comenzó por suavizar y corregir insensiblemente sus costumbres con la dulzura de las doctrinas cristianas, porque aunque el Evangelio habia sido predicado ya en aquel pais, los mas de sus habitantes estaban aun envueltos en la idolatría, ó bien no profesaban religion alguna. Agustin Dávila, citado por Turon, dice que era el santo misionero, un hombre verdaderamente apostólico, celoso, penitente, incansable, siempre dispuesto á ir en busca de cualquiera oveja descarriada, por espinosa que fuese la senda que habia de conducirle á ella; deseaba Alburquerque con mas ardor conquistar un alma para Jesucristo, que el con que desea el avaro acumular inmensos tesoros. Cualesquiera que fuesen las fatigas que hubiese debido soportar durante el dia para instruir á los indígenas, pasaba la mayor parte de la noche en oracion, por ser esta el tierno objeto de todas sus delicias; cuando le faltaban á Alburquerque el alimento y las fuerzas, realizábanse en él estas palabras del Salvador: «El hombre no vive solo de pan, sino de toda palabra que salga de la boca de Dios.» Los religiosos del convento de Guajaca, que fué mas tarde el principal de todos los de la provincia de San Hipólito, eligieron unánimemente al P. Bernardo de Alburquerque por su superior, seguros de que teniendo á su frente á un hombre tan poseido del espíritu de Dios, recibirian sus misiones un nuevo impulso. La sabiduría, piedad y discrecion con que desempeñó su nuevo cargo, hicieron resaltar mas su mérito, por lo que se le nombró provincial en el año 1553, á pesar de todos cuantos esfuerzos hizo para evitarlo; su modestia, talento y virtud, le valieron la admiracion y el respeto de todos los hombres mas eminentes de su órden, muchos de los cuales fueron al poco tiempo elevados á la prelacía. Siempre atento á procurar el adelanto espiritual de los misioneros y la propagacion de la fé por medio de la instruccion de los pueblos evangelizados, dió á unos y á otros el mas bello ejemplo de solicitud pastoral y de piedad cristiana. Al compartir el trabajo entre los operarios apostólicos, lo hacia de tal modo, que no quedaba ni un solo pueblo en aquella vasta provincia, que se viese privado de oir la pa-

construccion, daban abrigo en la época á que se refiere el autor, á un pueblo tan feroz como cruel. (Nota del Trad.)

labra de Dios ni de recibir los sacramentos; nada encargaba tanto á los misioneros como el desinterés, el celo, la dulzura, la paciencia y la caridad, por ser estos los medios mas eficaces para hacer conversiones; diciéndoles que cuando la palabra santa era anunciada por hombres que observasen las reglas del Evangelio, ni aun los mas feroces y supersticiosos idólatras podian resistir por mucho tiempo á la influencia de su virtud. Todo el tiempo de que le permitia disponer el cargo que le estaba confiado, lo empleaba Alburquerque en llamar á los idólatras á la fé, ocupacion favorita á que se entregaba siempre con el mayor gusto, y para lo cual se habia decidido á atravesar los mares; así que, nada deseaba tan ardientemente como recobrar su dichosa libertad para entregarse á ella constantemente. La Providencia, empero, habia destinado al P. Bernardo á ocupar aun mas altos empleos: tan pronto como se vió libre del cargo de provincial, se le confió por segunda vez la direccion de la comunidad de Guajaca; y mientras que llenaba los deberes de prior sin descuidar los de misionero, se le nombró obispo de aquella provincia. Era Las Casas uno de sus mas íntimos amigos, y como tal habia hecho presentes á la corte de España los méritos y servicios de Alburquerque, y logrado, segun este decia, atraer sobre su cabeza una tormenta espantosa, puesto que fué para aquel hombre modesto su encumbramiento el mas rudo polpe que se le podia dirigir. En el año 1559, recibió Bernardo de Alburquerque las bulas de Pio VI junto con las órdenes de sus superiores que le mandaban acatar las disposiciones del Papa; con todo, pidió que se le permitiese escribir á España y á Roma, y aguardar la contestacion, antes de obligarsele á aceptar el alto cargo para el que acababa de nombrársele. Pedro de la Penna, provincial á la sazon, y que fué despues obispo de Quito en el Perú, creyó poder vencer el obstáculo presentado por Bernardo, obligandole á someterse; pero el religioso le contestó respetuosamente que el poder del provincial no podia obligarle á ello: «Debo obedeceros, le dijo, en todo lo concerniente á los deberes religiosos, pero no en aceptar un obispado que me haria separar de la obediencia á la órden.» Apelóse entonces á las observaciones y á las súplicas; se dijo al obispo electo que en vano aguardaria á que su nombramiento fuese revocado, y que si su obediencia al provincial no le obligaba á hacerse consagrar, la caridad, que es la primera de las virtudes y la regla de todas ellas, le exigia que recibiese la consagracion episcopal; lo que debia hacer tanto mas, cuanto que, poseyendo muy bien la lengua del pais, y siendo en él muy querido, podia ser mucho mas útil á aquellos pueblos, de lo que lo seria ningun otro prelado, aunque le superase en mérito, por carecer de estas ventajas. Tambien se le hizo presente que, si amaba á su órden, no podia renunciar á una dignidad que la honraba, y que ponia á su titular en el caso de poder proteger su instituto. Si bien todas estas consideraciones no bastaron á determinar ó resolver al P. Bernardo, su humildad se inclinó ante la de que tal vez Dios le llamaba al episcopado, valiéndose de sus superiores para hacerle acatar su voluntad divina, y accedió entonces á lo que de él se exigia. Alfonso de Montufar consagró al nuevo obispo, y fué testigo de las lágrimas que aquel sacrificio le hacia derramar. Convencido el nuevo obispo, de que, nada como la regla á que se veia obligado en su instituto, podia predisponerle tanto para el cumplimiento de las funciones de su divino monasterio, se consideró mas bien que príncipe de la iglesia, pobre de Jesucristo, y continuó observando estrictamente todos los puntos de su regla que no eran incompatibles con el cargo episcopal. Pidió á los superiores de la órden que le concediesen un compañero fiel para que dirigiese su conciencia y alentase su fervor con piadosos ejemplos; siendo el P. Pedro de Castilla el encargado de llenar aquellos deberes, por lo que el obispo, ocupado únicamente en la salvacion de sus diocesanos, solo se reservó el derecho de distribuir las limosnas, que eran tanto mas cuantiosas, cuanto que eran insignificantes los gastos

de su casa. Amaba Alburquerque tan tiernamente á los pobres, que no paraba hasta procurarles todos los consuelos; visitaba á los indígenas y á los enfermos en sus chozas, sin mas compañía que la del religioso de su órden, ó de la de un jóven indígena. Eran las virtudes del prelado tan conocidas y respetadas, que nunca su natural sencillez desprestigió en lo mas mínimo el sagrado carácter de que estaba revestido; sin embargo, hubo algunos eclesiásticos que criticaban su esceso de humildad, diciendo: «El P. Bernardo sabe ser santo, pero nunca sabrá ser obispo,» á los que se podia contestar, añadió Dávila, que los que usaban aquel lenguaje podrian ser muy bien bachilleres, pero que no llegarian nunca á ser humildes. Sin embargo, la humildad del obispo de Guajaca, tan necesaria en un sucesor de los apóstoles, no le impidió nunca obrar con energía, por mas que al verse obligado á ello, tuviese que hacer un esfuerzo sobre sí mismo y reprimir su carácter dulce y pacífico. Aunque íntimamente unidos por la amistad mas sincera con Las Casas, eran sus caractéres tan distintos como era igual su virtud, pudiéndose decir de ambos obispos que llegaron á un mismo fin por distintos caminos. El carácter del obispo de Chiapa, era vivo, ardiente, lo que hacia que no pudiese nunca Las Casas disimular cosa alguna que le pareciese contraria á la justicia, y que se viese muchas veces espuesto á los mayores peligros; al paso que, reguló siempre el celo del obispo de Guaja un admirable espíritu de moderacion y de dulzura. Sin aprobar nunca lo que habia de reprensible, en la conducta de ciertos hombres, procuraba no herir su susceptibilidad, sino que les advertia en secreto y con benevolencia para hacerles notar sus faltas, manifestándoles lo contrarias que eran á los intereses de la religion, del estado, y sobre todo, de sí mismos; logrando no pocas veces por medio de la dulzura, lo que nunca habria obtenido á fuerza de amenazas y de violentas quejas. Puede decirse que todas sus visitas eran una mision contínua, puesto que despues de haber cumplido sus deberes de prelado, se entregaba el P. Bernardo con el mayor placer á su suspirada vida de misionero, yendo á evangelizar á los indígenas que vivian en las mas ásperas montañas. Los saludables efectos de sus predicaciones fueron incalculables, á causa del respeto y veneracion de que era objeto el santo obispo: los españoles querian y respetaban en él al ilustre prelado que era la gloria de su nacion, y los indígenas le amaban como padre y como apóstol. Como no hubiese aun ningun convento de religiosas, intentó Alburquerque fundar uno en su ciudad episcopal, tan pronto como hubo aprobado el Papa su designio; fueron tales los progresos del convento de religiosas dominicanas, que en breve contó en su seno á mas de setenta vírgenes consagradas al Señor, y cuya regularidad fué la admiracion del pais. Tal fué la última accion piadosa con que coronó su vida aquel virtuoso prelado, muerto á 23 de julio del año 1579, despues de haber gobernado santamente su iglesia por espacio de veinte años.

Puede decirse que fué la muerte del P. Matias de la Paz, la estincion de una de las primeras antorchas de la caridad, tan tierno fué el amor que este ilustre varon profesó siempre á los pobres. Nació Matias en Méjico, de padres ilustres y antiguos cristianos; desde su juventud se le destinó al comercio y se pensó en casarle; pero como en el mismo dia que habia de celebrarse la boda, se sintiese el jóven llamado á otra clase de vida, se retiró al convento de Santo Domingo. Algun tiempo despues, salió el jóven profeso con Pedro de Angulo para Guatemala, donde ejerció con los pobres indígenas una caridad sin límites; no contento con compartir con ellos su escaso alimento, acudia á la liberalidad de los ricos, siendo tan ingeniosos siempre los medios á que recurria para obligarles á socorrer al infortunio, que hasta los que mas apego tenian al interés, le procuraban recursos para los indígenas. Construyó Matias en Guatemala una pequeña iglesia en honor de la Vírgen, en la que acostumbraba el apóstol reunir á los na-

turales para catequizarles, enseñarles á adorar á Dios y para administrarles los sacramentos. Como con frecuencia habia algunos de los enfermos ó ancianos que no podian despues de la instruccion dirigirse á sus casas por no permitírselo la postracion de sus fuerzas, construyó Matias una pequeña cabaña junto á la capilla para que pudiese servirles de albergue. Tan pronto como sabia el celoso misionero haber algun indígena enfermo ó pobre que no contase con ningun recurso, salia inmediatamente en su busca, y caso de que no pudiese andar le llevaba en hombros á su cabaña (Pl. LXXXVI, n.° 1.), donde le servia á la vez de médico espiritual y temporal. Merced á la inagotable caridad de Matias, aquella cabaña se convirtió mas tarde en el hospital de San Alejo, á cuyo servicio se consagró enteramente el misionero, sin que le desalentáran nunca el esceso de la fatiga, la infeccion de las llagas, ni las privaciones y molestias de toda clase que tenia que sufrir, y que iban siempre en aumento. Al ver á algun enfermo en la santa disposicion que él deseaba, sentia un placer tan vivo, que no solo lograba olvidar todas sus penas, sino que hasta le hacia considerar su posicion dichosa y envidiable. Además, eran tan vivos los sentimientos de fé y de gratitud que notaba en el corazon de aquellos hombres poco antes idólatras, y entonces cristianos fervientes por su mediacion, que no podia menos de bendecir á la Providencia, que le habia destinado á él á ser el mediador de aquellas almas que arrancó de la abyeccion del pecado, para conducirlas á la vida eterna Durante un espantoso terremoto, cuyas sacudidas violentas destruian hasta los mas sólidos edificios, obligando á los habitantes á salir de la ciudad, vió el P. Matias dirigirse hácia él un indígena, al que habia bautizado poco antes; y como le viese el religioso con aire tranquilo, en medio del espanto general que reinaba, se le acercó y le dijo: «¿A dónde vais?— Padre mio, contestó el nuevo cristiano, voy á la iglesia, á fin de ver si junto al Santísimo Sacramento, encontraré un refugio que me salve del terremoto que parece ha de sepultarnos á todos.» La fé del neófito escitó la del religioso, y penetraron ambos en la Iglesia con los pocos que se atrevieron á seguirles; y luego de haber empezado á orar fervorosamente, cesó el terremoto, con gran asombro de todos los indígenas. Los pocos edificios que quedaron en pié, todos fueron agrietados escepto la iglesia, circunstancia que produjo muchas conversiones. Aquella catástrofe procuró al P. Matias la ocasion de mostrar una vez mas toda la ternura que profesaba á sus indígenas; si bien no fué considerado Matias como un gran sábio, se le colocó no obstante entre los misioneros mas celosos por la salvacion de las almas: aquel varon recto, amable, pacífico y caritativo, terminó su carrera en el convento de Guatemala, el dia 22 de agosto del año 1579.

Turbóse la paz en aquella diócesis, por la imprudente conducta de su nuevo obispo, Bernardino de Villapando, quien despues de haberse indispuesto con los españoles y los indígenas, y exigido á todos los fieles onerosos presentes, turbó tambien la paz que reinaba entre los religiosos Menores y Predicadores, llegando á tal punto las vejaciones del prelado, que todos ellos habian resuelto retirarse é ir á evangelizar otra mision. Pero las lágrimas de los indígenas, y sobre todo, la firmeza del P. Tomás de Cárdenas, provincial á la sazon de los Dominicos, lograron hacerles desistir de su propósito. Tan pronto como Pio V y Felipe II tuvieron noticia de lo ocurrido en la provincia de Guatemala, adoptaron enérgicas medidas; espidió el Papa un breve, en el que reprendia severamente al obispo, por haber puesto obstáculos á la predicacion del Evangelio, y ofrecia varios privilegios á los apóstoles de la fé. Al tratar Fontana del interés que mostró siempre Pio V por la salvacion de los americanos, refiere que escribió el pontifice á Felipe II, diciéndole: que seria conveniente formar un catecismo para los indígenas, á fin de lograr mas





facilmente que abrazasen el cristianismo, y que se obligase á los que hubiesen recibido ya el bautismo, á reunirse en las poblaciones que habia santuarios, para que pudiesen ser instruidos en la fé que apenas conocian. La iglesia de Guatemala, turbada por la conducta poco digna de Bernardino de Villapando, estuvo por mucho tiempo sin pastor despues de la muerte de este último prelado; pero el talento y las eminentes virtudes de su nuevo obispo Gomez Fernandez, la indemnizaron al fin de cuantos males pesáran hasta entonces sobre ella. Su primer cuidado fué corregir los abusos procedentes de la anterior administracion; pero lo hizo con tal prudencia, que no escitó ni una queja, ni un murmullo siquiera; acabó el nuevo obispo con el lujo de ciertos beneficiados que parecia insultar la miseria pública, y que solo podia escandalizar á los nuevos convertidos, por no poder menos de notar estos el contraste que ofrecia el Evangelio que se les anunciaba, y el fausto de los que vivian del altar, como ministros de aquel mismo Evangelio. Fué tal la impresion que produjeron las palabras del virtuoso Gomez en uno de aquellos beneficiados, que no solo no se limitó á abandonar el lujo, sino que llegó á ser en breve uno de los eclesiásticos mas edificantes. Muchos eran los felices resultados que habia dado ya la sábia y prudente administracion de Gomez Fernandez, cuando fué llamado al concilio general que acababa de convocar en Méjico Pedro de Moya, sucesor de Alfonso de Montufar.

Era aquel ilustre personage natural de Córdoba, como el obispo de Guatemala; habia sido catedrático en Salamanca, y era inquisidor de Murcia, cuando fué enviado por Felipe II á Méjico, en el año 1572, con el cargo de visitador y presidente de la real audiencia de aquella ciudad. Las frecuentes visitas y las muchas limosnas que repartió entre los indígenas en todos los puntos de su vasta diócesis, favorecieron en gran manera los progresos de la fé; durante su gobierno pasaron á Méjico once carmelitas reformados, bajo la direccion de Juan de la Madre de Dios, á quienes se destinó á la ermita de San Sebastian, donde se edificó al poco tiempo un convento magnífico. Felipe II, á cuyas instancias habian partido aquellos carmelitas, no tardó en fundar además en Méjico el convento de *Jesus María*, destinado para recibir en su seno á ochenta y cuatro pobres jovenes, hijas de los conquistadores ó primeros colonos de Nueva-España, que no habian podido dejar á sus descendientes bienes de fortuna para vivir con desahogo. En el primer concilio provincial celebrado en Méjico por Alfonso de Montufar, se habia resuelto para la mayor pujanza de la Iglesia y del pais, dictar cuantas medidas puede sugerir la dulzura evangélica; pero habian trascurrido ya treinta años desde la celebracion de aquel concilio, y era por lo tanto preciso renovar sus decretos, y tomar otras providencias. Pedro de Moya, reunió pues, hácia fines de setiembre del año 1585 un segundo concilio provincial, cuyo principal objeto fué cimentar la paz entre los pueblos sometidos á la dominacion española; todos los prelados estuvieron unánimemente en favor de la libertad de los americanos, y la ejecucion de sus decretos debia encontrar tanto menos obstáculos en Méjico, cuanto que, despues de la muerte del conde de Corona, virey de aquella region, gobernó el arzobispo á Nueva-España, desde el mes de enero del año 1587 hasta 1591. En este año, Pedro de Moya, á pesar de su avanzada edad, no titubeó en atravesar los mares para ir á dar cuenta á su soberano, del estado en que se hallaba el pais que se le habia confiado; pero murió en Madrid en el mes de diciembre, sin dejar siquiera con que pagar sus funerales.

Gomez Fernandez, digno émulo de su metropolitano, y no menos solicito que él en aliviar á los indígenas que formaban la mayor parte de su rebaño, procuró cumplir estrictamente los decretos del concilio. Pero como empezasen á faltar ya las fuerzas al virtuoso prelado, y se viese por lo mismo en la imposibilidad de cumplir como antes con el ejerci-

cio de sus funciones, creyó deber pedir un coadjutor, y proponer como tal á uno de sus súbditos, cuyo mérito le era bien conocido; sin embargo, apesar de que la corte de España no queria introducir la costumbre de nombrar coadjutores para los obispos de América, atendió á la peticion de Gomez, si bien no nombró al mismo que él propusiera. Luego de haberse accedido á su demanda, se retiró el virtuoso prelado á una pobre ermita que habia hecho edificar, y en la que los indígenas, como verdaderos hijos, no cesaron de visitarle, presentándole á sus hijos para que les diese su bendicion; contribuyendo no poco su ternura á endulzar los últimos dias del venerable anciano. Su pobre lecho, siempre rodeado de una multitud de indígenas, era como un púlpito, desde el cual les instruia y encargaba la perseverancia en la fé, sin que sus hijos pudiesen contestarle sino con las lágrimas ó con las preces que dirigian á Dios para su conservacion. Cuando ya la enfermedad no dejó esperanza alguna, llevaron los indígenas á Santiago al virtuoso prelado, donde murió el año 1598, siendo enterrado en la capilla del Rosario en la iglesia de Santo Domingo, en la que la piedad de los fieles y la gratitud le alzaron un hermoso monumento.

El agustino Francisco Juan de Medina habia asistido tambien, como el dominico Gomez Fernandez, al concilio provincial de Méjico, en calidad de obispo de Mechoacan. Nació Francisco hácia el año 1530 en Segovia, y pasó á América desde su mas temprana edad, recibiendo el hábito de San Agustin en Méjico el año 1542, ó sea á los doce años, por no haber fijado aun el concilio de Trento la edad para la profesion religiosa. Despues de haberse penetrado el jóven novicio de las santas verdades que habia de anunciar un dia, aprendió las lenguas mejicana y otomita, cuyas circunstancias le valieron el justo título de elocuente orador y el ser considerado como uno de los primeros ministros del Evangelio. En el capítulo reunido el año 1566, en el convento de Alotonilco, pidió, al ver que por unanimidad se le iba á nombrar superior, que se le oyese antes de proceder á la votacion; y si bien espuso algunas razones para que la comunidad renunciase á su propósito, fué no obstante nombrado provincial de la órden. Luego empero de haber recobrado Francisco de Medina su preciosa libertad, solo pensó en acudir á todos los puntos en que la salvacion de las almas reclamase su presencia; era tan grande el amor que tenia á los indígenas, que nada le complacia tanto como el poder procurarles todos los consuelos, así en lo espiritual como en lo temporal. Cuando supo en el año 1573 que Pio V le habia nombrado obispo de Mechoacan, tuvo Medina un gran disgusto, pero al fin se vió obligado á someterse; fué consagrado en Méjico por Pedro de Moya, su metropolitano, con asistencia de Antonio de Morales, obispo de Angelópolis, y de un canónigo dignatario, por haber autorizado la Santa Sede esta costumbre respecto de las consagraciones hechas en América, donde no siempre era posible la reunion de tres obispos. Al tomar Medina posesion de su iglesia, su primer cuidado fué formar una lista de todos los pobres de su diócesis, á los cuales hizo anunciar que todas las rentas del obispado les pertenecian, y que por lo mismo serian empleadas ó se consagrarian al socorro de sus necesidades. Limitó sus gastos personales á lo estrictamente indispensable á un religioso encerrado en su modesta celda; nunca quiso Medina tener coche, por no creer pudiese un obispo mantener caballos mientras hubiese indigentes en su diócesis. Las puertas de su palacio estuvieron siempre abiertas para el indígena ó para el desgraciado que iba á buscar cerca de su padre los consejos ó socorros que le fuesen necesarios. En el concilio celebrado en Méjico el año 1585, tuvo mucha parte en el decreto que se dió contra el lujo de los eclesiásticos, y el cual hizo cumplir despues estrictamente en su diócesis. Apesar de la severidad con que hizo el virtuoso obispo observar á cada cual sus deberes, fué su muerte considerada como una verdadera calamidad

y generalmente sentida, por ser considerado como un pastor lleno del espíritu de Jesucristo, como un padre tierno para los pobres y los afligidos; su caridad inagotable llamó á un gran número de indígenas á la fé: ocurrió su muerte en el año 1588.

En el propio año, murió tambien Pedro de Feria, prelado igualmente célebre: era natural de la diócesis de Badajoz, é hijo de Gonzalo Martinez y de Juana Fernandez, cuyos virtuosos padres desenvolvieron en él los primeros gérmenes de la piedad. Antes de que el contagio del siglo empañase la inocencia de sus costumbres, llamó el virtuoso jóven á las puertas del convento de PP. Predicadores de San Estéban en Salamanca, donde le concedió el hábito el célebre Domingo Soto, haciendo su profesion solemne en el mes de febrero del año 1545. Estaba Pedro desempeñando el cargo de predicador general en su provincia, cuando por medio de sus superiores, solicitó la mision de América los esfuerzos y el poder de su celo; por grande que fuese ya en el Nuevo-Mundo el número de los cristianos, era mucho mas considerable aun el de los idólatras; y era menor el obstáculo que ofrecian á los misioneros consagrados á su conversion, la dificultad de sus escursiones apostólicas al través de los bosques y montañas, torrentes y lagunas, que la de la infinita variedad de lenguas que se hablaban en el estenso pais que habian de recorrer, por ser la palabra el único medio con que habia de trasmitirse la fé á los idólatras. No tardó Pedro de Feria en hallarse en el caso de ejercer con provecho su ministerio entre los naturales mas salvajes; así que, procurando seguir incansable, á ejemplo del buen Pastor, á las ovejas descarriadas, cuyos dialectos hablaba con maravillosa facilidad, logró atraer á muchas de ellas al pacífico rebaño. Cuando por su mérito se vió nombrado sucesivamente prior del convento de Méjico, superior de la provincia de Santiago y procurador general de la mision, solo le consoló al verse privado de la dicha de catequizar á los idólatras, la idea de que sus nuevos cargos, aunque menos directamente, podian procurarles tambien muchas ventajas. Como los intereses de su mision le llamáran á España, tan pronto como hubo espuesto al Consejo de Indias las causas que le obligaron á emprender su viage, fué á encerrarse en el convento de Salamanca, en el que se le nombró maestro de novicios; cuando por la muerte de Tomás de Casillas quedó vacante la silla episcopal de Chiapa en 1567, nombróse para ocuparla á Pedro de Feria. En vano quiso declinar el religioso la dignidad que se le conferia, alegando las enfermedades que le aquejaban, pues tuvo al fin que resignarse á cumplir la órden recibida: entrególe el dominico Alfonso de Norenna la direccion de la iglesia de Chiapa, que como vicario general capitular estaba desempeñando desde la muerte de su último obispo, y se consagró nuevamente el religioso con el mayor placer á la evangelizacion de los zoques (1), que tuvo en breve que volver á interrumpir por habérsele nombrado provincial de la órden en San Vicente, el dia 16 de enero del año 1580. Escribió de Norenna diferentes obras de reconocida utilidad, y entre ellas, un tratado acerca del gobierno de los fieles en la India; murió Alfonso el 24 de julio del año 1590, despues de haber ejercido el apostolado por espacio de cuarenta y seis años. La administracion provisional del sábio dominico abrió el camino á Pedro de Feria, cuya dignidad episcopal parecia haber reparado en él sus fuerzas decaidas, puesto que giró diferentes visitas en su vasta diócesis; el primer cuidado del nuevo obispo fué aumentar el número de los misioneros, por no creerle nunca escesivo, mientras hubiese idólatras que reclamasen sus desvelos. Coronó una santa muerte en 1588 su episcopado de catorce años.

Creemos deber continuar aquí la vida de Juan de Castro, natural de la ciudad de Bur-

(1) Este celoso apóstol no solo evangelizó los zoques, pueblo indio de Guatemala, en el territorio de Chiapa sino que tambien prosiguió su mision en el valle de Copanabastla ya comenzada con gran fruto anteriormente. (Nota del Trad.)

gos, é hijo de padres nobles y virtuosos. En su niñez perdió Juan á su madre, y como se viese su padre libre de los vínculos del matrimonio, confió la educacion de su hijo á personas de reconocida virtud, y tomó el hábito de Santo Domingo en la misma ciudad de Burgos, en cuyo retiro fué á reunírsele Juan, tan pronto como le permitió su edad abrazar la vida religiosa; uniendo de este modo la gracia á dos personas, que estaban ya tan estrechamente unidas por la naturaleza. Pero como mas tarde llamase Dios á Juan á las regiones de América para cristianizar á los idólatras, tuvo que resignarse su padre á una nueva separacion. Habia obtenido ya el jóven misionero grandes triunfos apostólicos en diferentes puntos de Méjico, cuando en el año de 1572, fué nombrado por un capítulo celebrado en Guatemala, superior de la provincia de San Vicente; el acierto con que desempeñó aquel cargo, tanto en el interés espiritual de los indígenas, como en el de los religiosos, le valió ser reelegido en un capítulo celebrado en Chiapa el año 1584, durante el episcopado de Pedro de Feria. Al ver este prelado los grandes triunfos que habian procurado los dominicos á la religion de Jesucristo, no pudo menos de manifestarles su gratitud en estos términos: « Veo con placer que á costa de muchos trabajos, y hasta de su propia sangre, han logrado los Padres de nuestra órden abolir la idolatría, estirpar criminales supersticiones, y desplegar la bandera del Redentor en estos vastos paises; dignándose Dios valerse de su ministerio, de sus predicaciones, y de la santidad de su ejemplo, para llamar á tantos pueblos á la profesion sincera y pública del cristianismo. Veo así mismo con la mayor satisfaccion, el empeño con que continuais regando con vuestro sudor el campo que empezaron á desbrozar nuestros dignos predecesores, poca, ó casi ninguna, es la parte que he podido tener en el feliz resultado de vuestras misiones, en el corto tiempo que me ha sido posible consagrarme á ellas en medio de vosotros; pero vestimos el mismo hábito, y esto basta para indicaros cuanto me habrán conmovido, y cuales son los sentimientos de afecto y simpatía que á vosotros me unen. Así pues, os suplico no tomeis á mal lo que voy á proponeros: solo me guia el deseo de lograr la gloria de Dios, y el mayor bien de la Iglesia. Ya veis que los obispos, cuyo número, conviene tanto aumentar en el Nuevo-Mundo, no pueden colocar á los eclesiásticos que han de ser sus cooperadores, por estar ya ocupados todos los puestos á que deberia destinárseles; y que al verse algunos prelados en tan grave apuro, han acudido á nuestro soberano, el cual se ha dignado mandar que los religiosos cedan sus iglesias y capillas donde no residan en comunidad, á aquellos eclesiásticos, para que puedan dedicarse en ellas al ejercicio de su ministerio. No se me oculta lo sensible que ha de seros abandonar á un rebaño que habeis reunido, ni lo mas doloroso que será quizás aun á los nuevos cristianos, el verse privados de los padres que les han instruido, y en los que tienen la mayor confianza; pero tampoco se os ocultan á vosotros las necesidades de mi Iglesia; así que, os suplico, queridos hermanos, que os digneis cederme algunos pueblos para mis sacerdotes, á fin de que puedan ejercer en ellos el cargo parroquial, y procurarse su sustento. Por este medio se logrará multiplicar los ministros en el pais, y será mas fácil procurar mayores triunfos á la religion cristiana; además, son aun por desgracia muchos los pueblos que están sumidos en las tinieblas del paganismo, y entre los que podrán continuar los religiosos ejerciendo su celo. » Terminado su discurso, abrazó el obispo á los definidores, y se retiró para que pudiesen deliberar con mas libertad acerca de la proposicion que acababa de hacerles; su decision fué digna de los hombres que debian darla, y á quienes no guiaba otra idea que el interés de la religion, y la paz de la Iglesia. He aquí lo que resolvieron los dominicos: acceder por de pronto á los deseos del piadoso obispo, y enviar un religioso, en calidad de procurador

de la provincia, á la corte de España, para hacerla presente las ventajas y los inconvenientes de la medida que se queria generalizar. Habia en la provincia de Chiapa tres grandes pueblos de indígenas, que el P. Antonio de Pamplona, uno de los definidores del capítulo, habia logrado reunir de diferentes puntos, y á los que habia convertido en otras tantas cristiandades florecientes. El P. Pedro Fernandez, párroco á la sazon del mayor de aquellos pueblos, estaba construyendo en él una hermosa iglesia. Como no tenia el obispo mas que tres eclesiásticos para colocar, destinóles á los tres pueblos que acababan de cederle los dominicos; pero cansados en breve los nuevos párrocos de las inmensas obligaciones que pesaban sobre ellos, dimitieron sus respectivos cargos. Es innegable que si todos los religiosos de las diferentes órdenes se hubiesen retirado de las iglesias, capillas y casas-doctrina que habian construido en una estension de muchos miles de leguas, la mayor parte de los pueblos nuevamente convertidos, se habrian visto privados de todos los ausilios espirituales, por hallarse los obispos en la imposibilidad de procurarles el número necesario de eclesiásticos seglares que conociesen su lengua, sus costumbres, y que estuviesen, como los misioneros, en el caso de poder dirigirles. Era aquella medida de tanta importancia, que resolvieron los religiosos enviar á España á Juan de Castro, á fin de que hiciese presente al gobierno el desamparo en que iba á verse la nueva Iglesia, desde el momento en que se separasen de ella, los celosos misioneros que á costa de tantos sacrificios la habian planteado; y el gobierno, despues de haberse hecho cargo de las consideraciones manifestadas por Juan de Castro, dispuso que continuasen los misioneros al frente de las iglesias que habian logrado levantar en el Nuevo-Mundo, con la condicion empero, de colocar en algunas de ellas á los eclesiásticos que no pudiesen serlo en las iglesias de sus respectivas diócesis, á juicio de los obispos. Tal fué el orígen de los curatos y demas beneficios esclesiásticos que hay hoy dia en América. No eran únicamente los frailes Predicadores los que habian edificado iglesias y casas de instruccion, sino que tambien los PP. Menores, los eremitas de San Agustin, los PP. de la Merced, los Carmelitas y otros, habian hecho fundaciones semejantes en las Antillas, en Méjico y en el Perú. Hay aun algunas de aquellas iglesias que están en poder de los religiosos, si bien las mas de ellas han pasado á la jurisdiccion de los obispos, y que están servidas por sacerdotes seculares. Por mas que haya habido muchos sacerdotes seculares que han continuado con celo los trabajos de sus predecesores, es preciso reconocer que solo las órdenes monásticas, pudieron producir aquel gran número de hombres apostólicos, á quienes debió la América su fé y su civilizacion; así como es tambien innegable, que salieron del seno de aquellas mismas órdenes, los mas de los obispos que dirigieron las nacientes iglesias de Ultramar. El P. Juan de Castro, fué tambien juzgado á su vez digno del episcopado, siendo destinado á la diócesis de Vera-Paz, cuyos titulares, desde el año 1556, época de su fundacion, habian imitado la vida de los apóstoles. El siervo de Dios rehusó empero con humilde firmeza aquel obispado, que aceptó Juan Fernandez Rozillo en perjuicio de toda la diócesis; no solo se apoderó el nuevo obispo de la iglesia de los dominicos, la primera que se habia levantado en aquella provincia en honra y gloria de Dios, y que llegó á ser catedral de la misma, si no que hasta espulsó á los religiosos de su convento, para convertirle en palacio episcopal. Los indígenas, tratados hasta entonces con la mayor dulzura, se sublevaron contra el imprudente prelado; siendo preciso que los dominicos que les habian convertido y civilizado, olvidando la injuria que habian sido los primeros en recibir, moderasen el ardor de aquellos nuevos cristianos. Mandó el rey de España que fuese el convento del Coban devuelto á los dominicos, así como les fué restituida tambien su iglesia, cuando la diócesis de Ve-

ra-Paz fué unida á la de Guatemala, y fué trasladado Rozillo á otro obispado. El P. Juan de Castro, cuya renuncia fué causa de aquellos tristes acontecimientos, solo retrocedió ante el episcopado para seguir la gloriosa senda del martirio, cuya palma confiaba alcanzar en el archipiélago de las islas Filipinas, ó en las regiones de la China.

CAPÍTULO XIII.

Misiones de los agustinos, franciscanos, jesuitas y dominicos en las islas Filipinas y en la China.

El P. Andrés de Urdaneta, que habia sido un escelente marino antes de abrazar el estado religioso en la órden de San Agustin, hizo concebir á Felipe II la idea de conquistar las islas Filipinas, término de los viages y hasta de la vida del célebre Magallanes. En su consecuencia, mandó aquel príncipe al virey de Nueva-España, que enviase contra ellas una espedicion al mando de Miguel Lopez de Legaspi, natural de Méjico, y que formasen parte de la misma Andrés de Urdaneta y sus cuatro compañeros y hermanos en religion: Jacobo de Herrera, Martin de Errada, Pedro de Gomboa y Andrés de Aguirre. Llegó la flota española á la isla de Zebu el año 1555; y en 1.º de junio del mismo año regresó el P. Andrés de Urdaneta á Nueva-España; en 1556 fundó Legaspi la ciudad de Zebu, en la que tuvieron los agustinos un convento que era el punto de partida de todas sus misiones. Prosiguiendo los españoles sus conquistas, llegaron el año 1571 á la isla de Luzon, que es la mayor de aquel archipiélago, y en la que fundó Legaspi la ciudad de Manila.

Apenas se habia dado comienzo á la obra regeneradora de la evangelizacion, cuando empezaron á infestar la isla los malayos de Borneo y Mindanao. Sobrado astutos aquellos corsarios para esponerse á los azares de una lucha en campo abierto, se limitaban á desembarcar de improviso en un punto del litoral, en el que degollaban á los misioneros ó les exigian un fuerte rescate, y se llevaban á los naturales para venderles despues como á esclavos. En el año 1574 fué la isla de Luzon objeto de un ataque mucho mas serio, por haberse presentado para conquistarla un pirata chino, llamado el rey Limahon, al frente de dos mil aventureros, en el momento en que Lopez de Legaspi acababa de ser reconocido como gobernador general de las islas Filipinas. Marchaban los corsarios hácia la capital con ánimo de sorprenderla; pero habiendo tenido tiempo los españoles para reunirse, merced á la resistencia obstinada del pequeño cuerpo de avanzada que mandaba el capitan Velazquez, empeñaron desde luego una batalla general en la que fueron los chinos completamente derrotados (1). Con aquel motivo tuvo el gobernador español una entrevista con un capitan chino, y como concibiese aquel la esperanza de hacer penetrar la luz del Evangelio en la China, invitó á Alfonso de Alvarado, provincial de los agustinos, anciano venerable y santo, á quien confiára Cárlos V el descubrimiento de la Nueva-Guinea, á que nombrase algunos misioneros para la conquista del Celeste Imperio. Ofrecióse el anciano provincial á formar parte de la mision proyectada, pero como no lo permitiese el gobernador, recayó la eleccion en Martin de Errada, en el cual eran tantos los deseos que tenia de convertir á los chinos, que despues de haber estudiado su lengua, habia propuesto á unos mercaderes de aquella nacion que se le llevasen á su patria en clase de esclavo, pensando poder de aquel modo realizar sus cristianas aspiraciones. Nombróse así mismo á Gerónimo Marin, religioso de mucha piedad é instruccion, y á dos soldados para

(1) Desde que desembarcaron primero los españoles en la isla de Cebú ó Zebu, segun algunos historiadores, en el año citado por Henrion, y segun otros en el año 1565, y despues en la de Salú, los idólatras y piratas de aquellas regiones han sido el mas cruel azote de las Filipinas. Por otra parte, desde los primeros tiempos de la conquista, y por espacio de mas de medio siglo, tuvieron tambien que luchar contra los envidiosos holandeses que veian con mal ojo que la España se posesionase de aquellas fecundas islas, y mas tarde contra los ingleses que á mediados del pasado siglo se apoderaron violentamente de Manila; pero cuyas tropas fueron derrutadas dos años mas tarde (1762) por los españoles que les arrojaron definitivamente de las Filipinas. (N. del Trad.)

acompañarles y dar despues noticias de su embajada; además de muchos otros presentes, el gobernador entregó al capitan chino todos los esclavos de su nacion que los españoles habian hecho prisioneros á Limahon. El dia 5 de julio del año 1575 desembarcaron los religiosos en Tansuso, siendo perfectamente acogidos por el mandarin de Chincheo; pero como no eran enviados por el rey de España, sino por uno de sus generales, les exigió que le hablasen de rodillas; luego fueron presentados los religiosos al *tutan* ó virey en Auchco, donde se les hicieron muchos presentes; con respeto á la alianza propuesta entre España y China, y á la autorizacion pedida por los misioneros para ejercer el ministerio apostólico, pidió el virey instrucciones al emperador. Interin aguardaban la contestacion de Pekin, visitaron los religiosos las pagodas, en la mayor de las cuales encontraron ciento once ídolos, tres de los cuales les llamaron vivamente la atencion: figuraba el primero un cuerpo humano con tres cabezas que se miraban una á otra, y en el que creyeron ver un símbolo confuso del misterio de la Trinidad. Era el segundo una muger que llevaba un niño en brazos, que les recordó á la Vírgen madre y al divino niño, y tenia el tercer ídolo el verdader aspecto de un apóstol. Como los chinos manifestasen á los religiosos el deseo de ver alguno de sus escritos, les presentaron escritos de su mano la Oracion Dominical, el Ave-María y los Mandamientos de la ley de Dios, teniendo buen cuidado de poner la traduccion china junto al texto español, lo que leyó el virey con avidez. Finalmente, llegó el enviado del emperador, el cual despues de haber hecho á los misioneros muchos presentes para sí y para el gobernador español de Filipinas, les dijo que solo accederia su soberano á las proposiciones que le habian sido hechas, cuando le presentasen á Limahon muerto ó vivo. Despues de haberse hecho grandes fiestas con motivo de su partida, se embarcaron los misioneros el dia 14 de setiembre del año 1575 para Manila, en el mismo buque del capitan chino que les habia conducido; durante el viage supieron que Limahon, cercado por los españoles, habia logrado escapar con algunos de los suyos y retirádose á la isla de Formosa. Los demás chinos que formaban parte de su espedicion se retiraron á las montañas, donde confundidos despues con los indígenas independientes, formaron la raza conocida hoy dia con el nombre de mestizos *sang-layos*, la cual es muy fácil de conocer por sus ojos pardos y su color mas blanco que el de los tagales y los ilocos. La fuga de Limahon desconcertó en gran manera al capitan chino por creer inevitable su desgracia cerca de su gobierno, al que habia hecho concebir tantas esperanzas de que pronto caeria aquel en su poder; con este motivo hizo presente á los misioneros que les seria muy fácil convertir los chinos al cristianismo, si lograban interesar al emperador en su causa por medio de una embajada que le dirigiese el rey de España. Informado Felipe II por la relacion que le hizo el P. Martin de Errada, nombró en calidad de embajador al P. Juan Gonzalez de Mendoza, religioso agustino, pero como luego tuvo este que dirigirse á España, quedó aplazado el cumplimiento de la mision que le confió el soberano.

En el año 1575, Gutierrez de Vera-Cruz, religioso agustino, cuya santidad igualaba á su saber, se habia dirigido con veinte y cuatro religiosos mas de su órden á las islas Filipinas para predicar el Evangelio, á invitacion del rey y del consejo de Indias. Fué Alfonso Gutierrez considerado por sus superiores como uno de los mas elocuentes oradores de su órden, y muy querido de Antonio de Mendoza y Luis de Velasco, vireyes de Méjico, mereciendo que le consultasen repetidas veces acerca del modo con que debian uno y otro gobernar á sus súbditos.

No fueron solamente los agustinos los que evangelizaron el archipiélago filipino, sino que tambien fueron enviados á él los franciscanos de la provincia de San José en España, entre los que habia el bienaventurado Pedro de Alfaro, superior de los religiosos destinados á

aquella mision, que no tardó en construir una iglesia en la capital de Filipinas. El primer cuidado de los franciscanos al llegar á aquel archipiélago, fué aprender el idioma del pais para predicar la fé á los idólatras, de los que habian de convertir y bautizar doscientos cincuenta mil en el término de nueve años. Tan pronto como supo Pedro de Alfaro la mision que habia sido confiada á Martin de Errada cerca de la corte de la China, formó el proyecto de penetrar en aquel casi inaccesible imperio. Un chino, bonzo poco antes; que habia sido convertido al cristianismo por los religiosos de San Francisco, acabó de enardecer los santos deseos del P. Alfaro; así que, pidió este al gobernador de Filipinas en el mes de agosto del año 1575, permiso para pasar á la China; pero como temiese el gobernador comprometer las buenas relaciones que existian entre España y aquella corte, no creyó prudente acceder á la peticion del misionero. Nada empero debia contener el celo del apóstol; al ver que no se habia atendido á su demanda, se embarcó con los religiosos de su órden Juan Bautista de Pizarro, Agustin de Tordesilla y Sebastian de Becocia, á los cuales se unieron tambien tres soldados españoles, cuatro naturales de Filipinas y un jóven chino, cogido á Limahon, que debia servirles de intérprete. Despues de haber logrado pasar entre la numerosa flota que guardaba la costa, llegaron aquellos hombres resueltos al puerto de Canton, en el que desembarcaron, no sin llamar su trage vivamente la atencion de los naturales, á pesar de creérseles portugueses pertenecientes á la colonia de Macao (Plancha LXXXVI, n.º 2.), ocupada en virtud de una concesion hecha por el emperador Khang-Hi, en recompensa de los servicios que habian prestado los portugueses contra los piratas que infestaban aquel mar. Como el pais cedido por el emperador era insignificante, pues consistia únicamente en un pequeño islote, situado en la punta oriental de la isla de Negao-Men, no podia aquella triste posesion infundir ningun recelo al imperio chino; además, se habia adoptado la precaucion de vigilar contínuamente aquella costa, y se castigaba con la mayor severidad á todo el que saliese de ella. Pocos eran los portugueses que al abandonar su islote se librasen del *tcha*, instrumento de tortura, al que han dado los europeos el nombre de canga: forman este instrumento dos planchas de madera en el centro de las cuales hay un agujero semicircular, que se juntan estrechamente entre sí, tan pronto como tiene el paciente su cuello dentro de aquel rodete. Hay tambien otros dos agujeros iguales practicados en los estremos de aquella máquina, en los que sufren las manos la misma presion; el peso de aquellos instrumentos atroces es de sesenta á doscientas libras, imponiéndose aquel mayor ó menor segun la gravedad del delito que quiere castigarse. El juez debe designar el modo que ha de llevarse la canga, así como tambien el tiempo que han de llevarla en hombros los culpables, cuyo tiempo no baja regularmente de un mes, ni escede de cuatro. Todas las mañanas van los agentes de policía á buscar á los penados que desean salir de la cárcel para tomar el aire, y les conducen con la cadena hacia las puertas de la ciudad ó á las plazas públicas, permitiéndoles algunas veces sentarse y apoyar en una pared ó en el tronco de un árbol el instrumento fatal para aliviarles un tanto de su enorme peso. En su triste paseo no cesa el penado de implorar la caridad pública, por tener que alimentarse aquel dia de lo poco que le ponen en la boca, (Pl. LXXXVII, n.º 1.) pero entre mil personas que insultan su desgracia, apenas encuentra una que le ofrezca un puñado de arroz. Apesar del completo aislamiento en que vivian los portugueses en Macao, del resto del imperio chino, llegó á ser en breve aquel islote rico y floreciente, merced á las flotas que procedentes de Malaca, Goa y Lisboa, le transformaron en una hermosa colonia comercial y atestaron sus almacenes de toda clase de géneros, destinados á dar gran impulso al comercio del Japon: llegó Macao á ser tan rica, que todas sus calles habrian podido empedrarse





de plata. La proximidad de aquella colonia esplica la causa de que hubiese en Canton chinos cristianos que hablasen el portugués; habiendo preguntado uno de ellos á los franciscanos qué motivo les habia inducido á dirigirse á aquel pais, le contestaron, que el deseo de enseñar el camino del cielo á los habitantes de la China; entonces les aconsejó el cristiano que se volviesen á bordo, y que aguardasen en el buque la órden del gobernador para saltar en tierra. Invitados luego á comparecer ante un mandarin, se les mandó caer de rodillas; sirviéndoles de intérprete el chino cristiano que les habia hablado anteriormente, declararon que eran españoles, que iban resueltos á hacer conocer á los chinos el verdadero Dios, creador del cielo y de la tierra, y que era aquel mismo Dios el que les habia conducido á su puerto, cuyo nombre ignoraban. La primera y tercera de sus respuestas fueron traducidas fielmente, pero no sucedió así con la tercera, por temer el intérprete que si llegaba á saber el mandarin que iban aquellos hombres á predicar una nueva religion, les obligaria á partir desde luego, privándole á él de lo que se proponia ganar con los misioneros; así pues, se limitó á decir que los viageros estaban consagrados al servicio de Dios, como los bonzos chinos, y que al dirigirse de la isla de Luzon á otra mas apartada, habian naufragado, pudiendo llegar á duras penas á aquel puerto, despues de haber perdido á varios de sus compañeros. Preguntados los religiosos acerca de los objetos que contenia su buque, dijeron no traer mas que algunos libros, y los ornamentos necesarios para celebrar la misa; y como despues de haberse informado por sí mismo el mandarin, viese que en realidad no llevaban los franciscanos oro, plata, ni armas ofensivas ni defensivas, informó favorablemente al gobernador, quien les autorizó para permanecer en Canton. Fueron á hospedarse en la casa del cristiano chino, en la que levantaron una capilla, celebrando en ella su primera misa el dia de S. Juan Bautista; á los pocos dias les mandó llamar otro mandarin, el cual se asombró al ver que eran sus hábitos de una lana tan tosca; y como le dijese el intérprete que los frailes Menores querian permanecer en China, para cuidar los enfermos y enterrar los muertos, se dirigió el magistrado á sus colegas, diciéndoles con admiracion: « He ahí á unos hombres de bien y quisiera que dependiese de mí el concederles lo que piden: pero la ley se opone formalmente á ello. » Como viese el cristiano chino que los religiosos no contaban con ningun recurso, cerróles á los pocos dias la puerta de su casa, por lo que se vieron obligados á salir de dos en dos á pedir limosna, cosa no vista hasta entonces en China; pero informado el hay-tao ó gobernador de Canton (1), de la triste situacion á que se veian reducidos, les procuró una suma bastante, que les sacó de apuros por algunos dias; además, los portugueses acudieron tambien en su ausilio. Algun tiempo despues se les comunicó la órden de partir, por lo que les aconsejó el intérprete que pidiesen un plazo de cuatro meses, fundándose en lo malo de la estacion para embarcarse, y pidiendo al propio tiempo un asilo en que albergarse; el mandarin á quien presentaron su peticion les dijo en que contaban ocuparse, caso de que fuese su peticion atendida, á lo que contestaron los religiosos, que en el interin aprenderian la lengua del pais, á fin de poder predicar la fé de Jesucristo; pero tambien esta vez se abstuvo el intérprete de traducir sus últimas palabras. Por último, pidieron que se les permitiese al menos aguardar la llegada de los mercaderes portugueses, quienes les conducirian á su patria; el *hay-tao*, ó el virey, al recibir aquella segunda peticion, manifestó deseos de conocer á los religiosos, los cuales se vieron obligados á hacer un trayecto de cuarenta leguas, para serle presentados. Muchas fueron las cosas notables que presenciaron en los cuatro dias que duró su viage; una

(1) El hay-tao es mas bien un comisario general del puerto ó comandante de marina, revestido al propio tiempo de altas funciones judiciales. (Nota del Trad.)

de las que mas les llamó la atencion, fué la de ver á los búfalos arando los campos; cada carreta iba tirada por uno solo de aquellos animales, debiendo llevar además á su conductor, que le dirigia por medio de una cuerda atada á un anillo de hierro que le atravesaba la ventanas de las narices. El virey, recibió muy bien á los religiosos, y vió con sumo gusto los varios objetos que traian, particularmente una piedra de jaspe negro que les servia de mesa para el altar, y diferentes imágenes hechas con plumas de varios colores tan habilmente entrelazadas, que parecian obra del mas acreditado pincel. Sin reparo concedió á los religiosos el permiso de vivir en el pais, no todo el tiempo que quisiesen, como les dijo el intérprete, sino hasta que volviesen á salir para su patria los mercaderes portugueses; á su regreso á Canton, se les destinó una casa en los arrabales prohibiéndoseles salir de ella y entrar en la ciudad, sin recibir antes autorizacion para ello. Semejante providencia les admiró tanto mas, cuanto que no podian comprender los religiosos, el que despues de habérseles autorizado para permanecer en el pais, no solo no se les permitiera construir un convento, si no que hasta se les privase del derecho de entrar y salir de la ciudad; finalmente, llegaron á saber la falsedad del intérprete. En vano procuraron manifestar entonces sus verdaderas intenciones al gobernador, pues no encontraron ningun chino que se atreviese á comunicárselas; por lo que, viendo que estaba pronto á espirar el plazo concedido, resolvieron tomar una determinacion. Pedro de Alfaro, fué de opinion de retirarse á Macao, punto situado á treinta leguas de Canton, donde podrian aprender fácilmente la lengua del pais, y aguardar luego la primera ocasion que se ofreciera para introducirse nuevamente en la China; los soldados, empero, prefirieron volverse á Filipinas, cuyo partido tomaron tambien dos de los religiosos, por estar convencidos de que no queria Dios abrir aun las puertas de la China á los ministros de la fé. Uno de estos murió ya en Canton, llegando el otro con los soldados españoles á la ciudad de Manila, el dia 2 de febrero del año 1580. Pedro de Alfaro y su compañero, se dirigieron á Macao, donde construyeron un convento de su órden, con la autorizacion del obispo Melchor Arias y de los magistrados portugueses; siendo consagrado aquel nuevo templo, en el mes de noviembre del año 1579. La vida edificante de los dos misioneros, les valió muy pronto el afecto y veneracion de los chinos, muchos de los cuales abjuraron la idolatría para abrazar el cristianismo; pero no bastando aquellas conversiones debidas á los cuidados y oraciones de Pedro de Alfaro, á satisfacer su ardiente celo, abandonó á Macao para llevar el Evangelio al interior de la China. Pronto empero, cayó el generoso apóstol gravemente enfermo á consecuencia de sus fatigas, y entregó el alma á su Creador en 2 de abril, ignorándose el nombre de la poblacion en que falleció. Tampoco hacen los anales franciscanos, mencion del año en que aconteció su muerte, pero como la custodia de San Gregorio en Filipinas, fué erigida en provincia el 15 de noviembre del año 1586, es de presumir que murió el bienaventurado Pedro de Alfaro, á principios de aquel año, ó bien á fines del anterior. Cita Ferot entre los primeros misioneros de Filipinas, á Francisco de Montilla, descendiente de una noble familia española, que tomó el hábito en el convento de Reformados de la provincia de San José, dando á conocer ya desde un principio, los gérmenes de la perfeccion cristiana á que habia de llegar un dia. La oracion y la lectura de obras piadosas le ocupaban las mas de las horas, pasando las restantes en la soledad y el silencio, entregado á las profundas meditaciones, que adornaron mas tarde su espíritu con conocimientos sublimes, acerca de nuestros divinos misterios. Las principales virtudes que adornaron á Francisco de Montilla, fueron, un desprendimiento completo de todos los bienes de la tierra, una paciencia á toda prueba en las adversidades, y una cari-

dad ardiente para con los pobres; por conservar su pureza, apeló al ayuno, á los cilicios y á toda clase de mortificaciones que pudiesen satisfacer las miras que se proponia. Dotado de todas las bellezas físicas, pedia sin cesar á Dios que le enviase una deformidad, por temer que causasen aquellas su caida, mientras que hacia por su parte todo lo posible para ocultar y hasta destruir sus gracias naturales. Al verse Francisco asaz seguro en el camino de la virtud, trató de trabajar por la salvacion de los demás, por lo que pidió ser destinado á las misiones, y formó parte de los treinta religiosos reformados de S. Francisco, que envió el rey Felipe II á Filipinas. Si bien fueron muchos los obstáculos que tuvo que vencer el religioso durante su apostolado, no fueron menores los triunfos que alcanzó en él, puesto que á su voz conquistaron mas de cinco mil idólatras la libertad de los hijos de Dios. Despues de haber contribuido Francisco de este modo á cimentar la fé en el archipiélago de las Filipinas, se dirigió al continente del Asia; desembarcó en una isla situada en la costa de Cochinchina, donde fué reducido á prision en el momento de predicar el Evangelio, y presentado al soberano, que, despues de haberle oido, condenó al destierro á aquel enemigo de los ídolos. Francisco de Montilla, pudo, no obstante, embarcarse de nuevo, logrando penetrar en la China y hasta en el mismo Japon, segun Ferot; de todos modos, es lo cierto que sus escursiones apostólicas le acarrearon las fatigas, la persecucion y toda clase de peligros A su regreso á Manila, se le nombró custodio para asistir al capítulo general que debia celebrarse en Roma el año 1587, y despues del cual se dirigió á Madrid, y desde allí á su antigua provincia de San José; por último, cayó Montilla enfermo en la provincia de Toledo, donde despues de haber recibido los últimos sacramentos, entregó su alma á Dios el dia 31 de diciembre del año 1590. Juan de Santa María, religioso de la propia órden, escribió las virtudes y las acciones de Montilla.

Solo hemos hablado hasta ahora de los agustinos y franciscanos, al tratar de los misioneros de Filipinas; pero, segun Fontana, fueron allí tambien cinco hermanos Menores, tres dominicos y tres jesuitas, con Domingo de Salazar, al ser este nombrado primer obispo de Manila, en el año 1579. Aquellos nuevos misioneros, como los anteriores, fijaron sus miradas en el Celeste Imperio, para conquistarle á la fé; siendo un jesuita residente en Macao, el primero que abrió á los misioneros de su Compañía las puertas de aquella vasta region.

Desde que S. Francisco Javier habia tomado posesion de la China por medio de su muerte en la isla de Sancian; desde que Melchor Carnero, obispo de Nicea, habia renovado aquella toma de posesion solemne espirando en Macao; y que Melchor Nuñez Barreto habia discutido en el año 1556 con los mandarines de Canton, debian necesariamente caer tarde ó temprano las barreras del Celeste Imperio ante el celo apostólico de los misioneros. Tres eran los jesuitas que en el año 1563 se habian unido á una embajada portuguesa que iba á ofrecer ricos presentes al gefe de aquel inaccesible imperio; y si bien recibieron los chinos con entusiasmo los dones del rey de Portugal, no por ello adelantaron mucho las relaciones diplomáticas entre ambos paises, siendo por lo mismo preciso á los jesuitas aguardar aun otra ocasion mas oportuna para realizar sus planes. En una de las diferentes escursiones que hicieron á Canton los jesuitas residentes en Macao, trabaron relaciones con un jóven bonzo, al que despues de haber dado á conocer la escelencia de las doctrinas cristianas, bautizaron mas tarde en Macao, haciéndole pasar luego al Japon para que acabase de instruírsele en la nueva religion que habia abrazado. Al saber el padre del bonzo su conversion, se quejó á los mandarines de que los portugueses le habian arrebatado á su hijo, y obligádole á hacerse cristiano; los magistrados chinos se apoderaron inmediatamente de los géneros que tenian los europeos

en la ciudad de Canton, y se dirigieron al gobernador de Macao, previniéndole que lo hiciese presente desde luego al bonzo convertido. Pero temiendo los jesuitas que no estuviese el neófito aun bastante impuesto en la fé para arrostrar el martirio, le pusieron á disposicion del obispo de Macao, el cual declaró al gobernador portugués que no podia de ningun modo esponer al nuevo cristiano á que cayese otra vez en la idolatría. Informado empero el jóven chino del debate de que era objeto, se presentó al prelado, diciéndole que deseaba ser presentado á los mandarines, en la esperanza de que le daria Dios la fuerza necesaria para confesar su santo nombre, por mas que debiese costarle la vida. Fueron tan vivas sus instancias, que al fin consintió el prelado en que regresára á Canton, queriendo él empero acompañarle; así que estuvo el animoso neófito en poder de los mandarines, le mandaron estos azotar (Pl. LXXXVII, n.º 2.); el mismo castigo habria sido impuesto tambien al obispo, á no haberle ocultado los portugueses. Mientras que se veia el jóven confesor de la fé cruelmente azotado, continuaba con gran asombro de los mandarines, invocando con ardor creciente el dulce nombre de Jesus, y repitiendo que nunca abandonaria el cristianismo cualesquiera que fuesen los tormentos á que se le condenase por su constancia. Como viesen los mandarines la inutilidad de sus esfuerzos para hacer apostatar al jóven catecúmeno, decidieron despues de haberle tenido por mucho tiempo encerrado y de haberle hecho sufrir cuantos tormentos puede inventar la barbarie, desterrarle perpétuamente; prohibiendo al propio tiempo á los jesuitas permanecer en Canton ni en ningun otro punto del imperio. Pero como ya el año siguiente fué cambiado el *hay-tao* que habia dado aquella última disposicion, se espuso el P. Ruggieri á dirigirse á Canton con los mercaderes portugueses, en cuya ciudad presentó una instancia al nuevo *hay-tao* ó gobernador, pidiéndole que puesto que debia celebrar diariamente el santo sacrificio de la misa y no le era posible hacerlo en el buque, se sirviese destinarle una casa en la ciudad, á fin de que pudiese cumplir con los ejercicios de su ministerio. No creyó el gobernador deber oponerse á los justos deseos del religioso, por lo que accedió á ellos designándole una casita en las inmediaciones de la ciudad, en la que dispuso el jesuita una capilla y levantó un altar, decorado con el mayor gusto; todos los chinos, sin distincion, fueron á visitar la pequeña iglesia, en la que eran recibidos por el padre con las mayores muestras de afecto. De tal modo supo el religioso cautivar á los chinos y hasta á los mismos mandarines, que todos vieron con dolor llegar la época en que debia aquel dirigirse nuevamente á Macao. Mientras que el P. Ruggieri procuraba sembrar de este modo la primera semilla evangélica en aquellas regiones, el gobernador y el obispo de Manila, á fin de disponer á la colonia portuguesa de Macao á que aceptase la reunion de las dos coronas de Portugal y de España en las sienes de Felipe II, enviaron á la China al P. jesuita Alfonso Sanchez, con cartas para el hay-tao de Canton, á fin de que protegiese este el viage de su embajador. La fragata en que iba el P. Sanchez partió de Manila el dia 14 de marzo del año 1582, y vióse envuelta al llegar á las aguas de la China por las numerosas flotas que estaban guardando sus costas; al descubrir el buque estrangero, empezaron todas las embarcaciones chinas á tocar el tambor y las campanas, produciendo un espantoso ruido que se oia de una gran distancia. Luego la mayor de aquellas embarcaciones disparó dos cañonazos para obligar la fragata á detenerse, y descendió el religioso en un esquife que le condujo al buque del supi ó almirante, al cual entregó su pasaporte escrito en caractéres chinos, y concebido en estos términos: « Capitanes y guardias de la China, si encontrais á ese Padre, permitidle el paso sin causarle daño alguno, por ser enviado del gran mandarin de la isla de Luzon al hay-tao; y por ser además un personage que enseña á profesar la ley divina: todos los que le acompañan son hom-

bres honrados que no llevan armas ni quieren haceros ningun daño.» Despues de haberse puesto el supi su uniforme de mandarin, consistente en una especie de bata de seda encarnada, en la que habia algunos leones bordados en el pecho, se sentó gravemente delante de una mesa, cubierta de un tapete de seda bordado con franjas: luego entraron los gefes de los demás buques en la sala de audiencia y se arrodillaron, teniendo el P. Sanchez que seguir su ejemplo. Sufrió entonces el religioso un interrogatorio, terminado el cual, se le condujo nuevamente á su fragata, no sin adoptar antes grandes precauciones, si bien tratándole siempre con la mayor consideracion Una hora despues, se presentaron tres capitanes chinos para tomar inventario de todo cuanto habia en la fragata, cuya medida es para la mayor seguridad de los estranjeros, pues solo tiende á evitar que se les robe efecto alguno mientras permanezcan en los dominios del imperio. Curiosas en estremo fueron las fiestas que presenciaron el religioso y sus compañeros el dia del Domingo de Ramos: todas las embarcaciones chinas aparecieron desde el amanecer lujosamente empavesadas, y todos los soldados se presentaron ostentando su uniforme de gala, que consistia en túnica amarilla, y saltaron en tierra para pasar revista y hacer ejercicio de fuego, para dar sin duda á los europeos una alta idea de su instruccion militar. Fué el P. Sanchez conducido al puerto de Chincheo, desde el que pasó á la residencia del tchang-pan ó gran almirante de la China; desde el puerto hasta la fortaleza habia dos filas de soldados armados de picas y arcabuces, que se tuvo la precaucion de descargar mientras iban acercándose el padre y sus compañeros. Al entrar la comitiva en la primera plaza de la fortaleza, empezaron los upis ó ejecutores de la justicia á gritar desaforadamente, como lo hacen cuantas veces se presenta algun estranjero para hablar á los grandes mandarines; despues de haber atravesado otras dos plazas, fueron los españoles presentados al gran almirante que les estaba ya aguardando en trage de ceremonia. Al entrar en la sala, los chinos que acompañaban á los europeos, cayeron de rodillas y de faz contra el suelo, y dijeron al tchang-pan que aquellos estranjeros deseaban hablarle, á lo que dijo él que se acercasen, obligándoles á arrodillarse cuando estuvieron como á unos veinte pasos del gran almirante. La ignorancia del intérprete fué causa de algunas equivocaciones que habrian podido tener para los europeos funestas consecuencias, á no haber sido la presencia de ánimo del P. Sanchez, á quien hizo el gran mandarin diferentes regalos. Luego fué conducido el religioso al puerto de Auchéo, donde dejó á la tripulacion de la fragata, continuando él solo su viage con tres de sus compañeros Encontrábase el hay-tao en Tang-Kouen, arsenal en que se construian diferentes buques, paseándose en una lujosa embarcacion al son de una música, cuando se le dió aviso de la llegada del P. Sanchez; el religioso se arrodilló, segun costumbre al estar en su presencia, y le dirigió la palabra sin verle, por impedírselo una cortina de seda encarnada, tras la cual se colocára el hay-tao. Luego se descorrió bruscamente la cortina, descubriendo al gran mandarin, vestido de una túnica de púrpura, y sentado en una estancia ricamente adornada. Presentóle el religioso la carta del gobernador español de Filipinas, que recibió el hay-tao con benevolencia, encargando luego á un mandarin que presentase el religioso al gan-cha-fou ó juez de Canton. Al poco tiempo dijo el mandarin al P. Sanchez que habian llegado al puerto algunos viageros portugueses, y que en uno de los arrabales de la ciudad vivia un religioso como él, al que se ofreció presentarle el mandarin mediante una retribucion; así que, no tardaron los dos religiosos Sanchez y Ruggieri en estar uno en brazos de otro. Trascurridos algunos dias, dió el gan-cha-fou la providencia siguiente: «Ya que son esos hombres religiosos que van á Macao para visitar á otros padres de su órden, y no llevan armas ni hacen mal á nadie, se les permitirá pasar libremente; solo merecerian

ser castigados por haber presentado al hay-tao una carta escrita en un papel demasiado corto, pero se les absuelve por ser estranjeros y no conocer las leyes de nuestro pais. » El hay-tao confirmó esta sentencia que fué mandada á la aprobacion del tutan (1) ó virey de la provincia. Entonces se presentaron los religiosos al virey, ofreciéndole ricos presentes de parte del obispo y del gobernador de Macao; y como declarasen al propio tiempo reconocer la soberanía del emperador, se les autorizó para entrar y salir libremente del imperio, para tener en la ciudad misma de Canton una casa cuya capilla fuese pública, y por último, se les permitió pasar de Canton á Tchao-Khing, cuantas veces lo deseasen. El P. Ruggieri logró además que aprobase el virey en todas sus partes la providencia dada por el gan-cha-fou, á fin de que los dos jesuitas pudiesen dirigirse juntos á Macao, donde llegaron á fines del mes de mayo del año 1582; el P. Valignani que se encontraba tambien alli y que era aun visitador de la Compañía de Jesus en la India, vió cumplido el mas ardiente de todos sus deseos. Colocado aquel religioso pocos dias antes en el alfeizar de una ventana del colegio de Macao, miraba tristemente el continente de la China, esclamando: « ¡Cuándo se nos abrirán tus puertas! ¡Cuándo brotará de tu agostado suelo un manantial purísimo! » La piedad del P. Ruggieri acababa de abrir aquellas puertas, y merced á ella iba tambien pronto á brotar el deseado manantial de agua viva. El P. Sanchez, cuyo viage fué causa de aquellas concesiones importantes, regresó á Filipinas tan pronto como hubo cumplido la mision politica que le habia sido confiada; el P. Ruggieri cayó entonces enfermo, por lo que no pudo acompañar al auditor de Macao, encargado de ofrecer en nombre de esta ciudad un presente al virey chino, en justo reconocimiento de las concesiones obtenidas. Sin embargo, encargó el religioso al auditor que regalase de su parte al virey unos anteojos, objeto de gran precio entre los chinos, diciéndole así mismo que contaba ademas poderle entregar un reloj luego que el estado de su salud le permitiese visitarle: agradecido el virey á la espresion y finos recuerdos del religioso, le envió un salvo-conducto ó pasaporte, escrito en una plancha de plata; y hasta le mandó algun tiempo despues un buque chino en el que se embarcó el misionero á 18 de diciembre del año 1582 con el P. Francisco Pasio, otro religioso que no era aun sacerdote, y algunos chinos. Como el secretario del virey se admirase al ver su acompañamiento, le dijo el religioso que no tenia la costumbre de ir solo, y que por lo mismo se llevaba á dos miembros de su órden, uno para que le acompañase cuando iria á ver al virey, y para que se quedase el otro guardando la casa durante su ausencia. El virey dispensó á Ruggieri una magnífica acogida; sorprendióle en gran manera el reloj que le presentó el misionero, al que quiso hacer á su vez magníficos regalos que no admitió el religioso diciéndole, que solo deseaba vivir en el imperio, para estudiar las leyes y costumbres del pais, á cuyo único objeto habian hecho él y sus compañeros un viaje de tres años.

Satisfecho el virey, al ver que semejantes hombres habian ido de tan lejos á su pais, solo para vivir entre los chinos y estudiar sus leyes; y como por otra parte se preciaba de cultivar la filosofía y las matemáticas, en cuyas ciencias estaban los jesuitas tan versados, les destinó una magnífica casa en Tchao-Khing, y hasta les permitió que fuesen á vivir con ellos otros dos religiosos de su órden. El P. Mateo Ricci, se dirigió entonces á Tchao-Khing desde Macao, en compañía de otro religioso que no era aun sacerdote, siendo por lo tanto ya cinco los jesuitas residentes en aquella ciudad, habiendo entre ellos tres sacerdotes, á saber: Miguel Ruggieri, Francisco Pasio y Mateo Ricci, procedentes los tres del colegio de Roma. El último de ellos, ó sea Ricci, nació el año 1552 en Macerata,

(1) « Tutan » es la palabra que emplea Henrion, trasladando á Jarric, pero la verdadera espresion es « Tsong-to, » que significa gobernador general mas bien que virey (Nota del Trad.)



poblacion situada en la Marca de Ancona, y entró en la Compañía en el año 1571, despues de haber empezado la carrera del foro; dirigido en su noviciado por el P. Valignani, resolvió el jóven novicio seguirle á las Indias, llegando á Goa, donde terminó la teología. «Un celo ardoroso y prudente, infatigable y resignado, dice el P. de Orleans, debia formar una de las primeras cualidades de aquel á quien Dios habia destinado á ser el apóstol de un pueblo receloso y naturalmente enemigo de todo cuanto no perteneciese á su pais. Con efecto, preciso era tener un corazon verdaderamente magnánimo, para empezar tantas veces de nuevo una obra que no habia dado resultado alguno; preciso era tener un caracter superior y un conocimiento profundo del corazon humano, para hacerse respetar de hombres acostumbrados á no respetarse mas que á sí mismos, y para enseñar una nueva ley á los que nunca habian creido hasta entonces que nadie pudiese enseñarles algo. Precisas eran tambien una humildad y una modestia ejemplares, para hacer soportar á aquel pueblo orgulloso, el yugo de la superioridad del espíritu, que solo puede ser impuesto cuando no es notado; precisas eran, en fin, una virtud á toda prueba y una contínua union con Dios, como las del misionero, para resistir una vida tan trabajosa y llena de peligros, y á la que habria evitado tantos sufrimientos un largo martirio.» Pocos dias despues de haberse reunido el P. Ricci con los demás religiosos que le habian precedido en Tchao-Khing, hizo el virey publicar un edicto, por el cual mandaba que fuesen reconocidos los jesuitas como ciudadanos chinos, dignándose además el mismo virey visitarles, á fin de que fuesen tenidos por todos sus súbditos en la mayor consideracion. El gran almirante, al llegar á Tchao-Khing, fué tambien á visitar los jesuitas, á quienes dió repetidas muestras de aprecio; los mandarines, insiguiendo el ejemplo de los primeros gefes, les dieron á su vez grandes pruebas de consideracion y afecto: uno de los principales de entre ellos les invitó á comer, y despues de haberles hecho ocupar asientos iguales á los de sus colegas (Pl. LXXXVIII, n.° 1.), entregó á cada jesuita un abanico dorado, segun la costumbre del pais. El primer cuidado de los jesuitas fué aprender la lengua mandarina, á fin de poder mas fácilmente atraerse á los grandes; el P. Ruggieri escribió un Catecismo en lengua china, y para hacer comprender mejor á aquel pueblo la escelencia práctica del cristianismo, tradujo la *Vida de los Santos*. En el momento, empero, que iban los jesuitas á predicar públicamente el Evangelio á Tchao-Khing, el virey, á cuyo favor debian su permanencia en el pais, y el cual iba á ser relevado, les aconsejó en su propio interés, que se fuesen á vivir por algun tiempo en Macao. Es costumbre entre los vireyes de la China, antes de dejar el mando, hacer consignar en los anales de la provincia, todos los actos notables que han tenido lugar durante su administracion, siendo el primer cuidado del que les sucede, leer lo que ha acontecido á su predecesor, á fin de ponerse al corriente de los negocios. El protector de los religiosos, que sabia que su sucesor, asombrado de encontrar á aquellos estrangeros en Tchao-Khing, les haria salir inmediatamente del reino por espíritu de contradiccion, recurrió á la astucia de hacer constar en los anales, que algunos hombres de santa vida y de profundo saber, por estar muy versados en las ciencias divinas y humanas, habian llegado de Occidente, solo para estudiar las leyes y costumbres de la China que por algun tiempo les habia permitido vivir en Tchao-Khing, pero que despues les habia hecho salir, por no permitir las leyes la permanencia de los estrangeros en aquel imperio. La estratagema del virey produjo el efecto deseado: apenas los religiosos acababan de llegar á Macao con ánimo contristado por haber tenido que abandonar un pais en el que se prometian tantos triunfos, cuando el nuevo virey, en vista de los elogios que leyó en los anales, y los que los mandarines le hicieron de los padres, quiso á su vez conocerles; así pues,

les envió un buque y les hizo advertir, que, si su antecesor les habia despedido, él estaba resuelto á admitirles, ofreciéndoles además una iglesia y una casa. Los PP. Miguel Ruggieri y Mateo Ricci se embarcaron desde luego con el mayor placer, siendo á su llegada benévolamente acogidos; el virey les destinó una habitacion, les cedió un terreno para construir una iglesia, y les autorizó para viajar como regnícolas por toda la China. Al ser relevado de su cargo aquel funcionario, confirmó su sucesor todas las disposiciones favorables que habia dado aquel acerca de los jesuitas, merced á la decidida proteccion que les dispensó un mandarin por haberle educado el mayor de sus hijos. Este nuevo protector hizo construirles además á sus espensas una iglesia y una casa que fueron á habitar junto á la ciudad, plantada de árboles, y en cuyos paseos habia diferentes cascadas que convertian aquella mansion en un verdadero eden. Habia además unida al edificio, una hermosa torre que dominaba toda la campiña y las márgenes del rio á una larga distancia. La iglesia formaba un edificio separado; luego de terminada la casa y la iglesia, hizo el mandarin poner esta inscripcion china en el frontispicio de la primera: *Aquí habitan unos santos varones que han venido de Occidente*; y la siguiente en el de la iglesia: *Aquí se predica la verdadera ley del Dios de los cielos*. Continuaron visitando á los jesuitas todas las personas mas notables; habia entre estas un letrado, doctor de la universidad de Pekin, el cual deseaba hablar siempre con los padres acerca de la religion, particularmente con el P. Ruggieri, autor de un Catecismo en lengua china, que quiso el letrado vertir despues en estilo mas elevado, á fin de que fuese leido con mas gusto por las personas instruidas. Mientras se estaba dedicando á aquel trabajo, le comunicó de tal modo Dios la luz de la gracia, que comprendió claramente el chino todas las verdades contenidas en el Catecismo. Dotado de un juicio claro y de una elocuencia fácil, manifestaba aquellas verdades con una exactitud y un fuego, que admiraba á los jesuitas, y apoyaba los misterios de la fé en irrefutables argumentos que nadie le habia sugerido; no tardó el letrado en pedir el bautismo, pero como era el primer catecúmeno que se presentaba, creyeron los religiosos no deber acceder á sus deseos, hasta ver si continuaria sustentando las mismas ideas; como por otra parte, la conversion de un hombre tan eminente habia de causar una gran sensacion en todo el pais, no se juzgó prudente bautizarle hasta que los mandarines y las clases elevadas tuviesen ya algun conocimiento de las verdades de la fé, contenidas en el Catecismo. Fueron ofrecidos dos de sus ejemplares á los principales mandarines, y se repartieron profusamente los Mandamientos de la ley de Dios, continuados en una hoja suelta; halláronles los mandarines tan conformes á la razon, que declararon no poder ser aquella ley obra de los hombres, sino del mismo cielo. Despues de haber preparado así los ánimos, empezaron los padres á esponer públicamente las verdades del cristianismo en su iglesia, mediante la autorizacion competente; y como el ilustrado neófito se espresase con mucha mas facilidad que ellos en su lengua natural, le encargaron que hiciese algunas pláticas, que dieron por resultado la conversion de muchos de sus oyentes, que, junto con los demás catecúmenos, no tardaron en ser bautizados. Hasta los chinos que continuaban en la idolatría, se inclinaban al ver la cruz colocada en el techo de la casa de los jesuitas; habia otros idólatras que al entrar en la iglesia tomaban agua bendita; porque segun una tradicion referente á los trabajos apostólicos de antiguos misioneros, que, como hemos dicho, debian de haber evangelizado el pais, perpetuaba el recuerdo de un piadoso personage que al recorrer la China, daba un agua santa, con la que curaba los enfermos, y hacia otros muchos milagros. Cualquiera que fuese la seguridad que la proteccion del virey ofreciese á los jesuitas, no se ocultaba al P. Ruggieri, que era indispensable la autorizacion del empera-

dor, para poder predicar libremente el cristianismo en sus Estados; así que, escribió al gobernador español de Filipinas y al obispo de Manila, á fin de que hiciesen presente al rey de España, lo necesario que era enviar á aquel objeto una embajada á Pekin. Con motivo de reclamar algunos criminales que se habian refugiado en Macao, hizo embarcar el gobernador de Filipinas, en el mismo buque encargado de hacer sus reclamaciones, al P. Alfonso Sanchez, á fin de que se pusiese de acuerdo con los jesuitas de Tchao-Khing, y concertasen los medios que debiesen adoptarse para propagar la fé en China; pero como el mandarin de Macao se opusiese á que penetrase el religioso en el Celeste Imperio, tuvo el P. Ruggieri que dirigirse á la colonia portuguesa para conferenciar con él acerca de un punto de tanta importancia. Como se presentase Ruggieri al *lan-si-tao*, para que permitiese al P. Francisco Cabral, provincial de la India, permanecer en Tchao-Khing, le dijo el mandarin: «Aunque declaraste al principio, que venias para aprender la lengua y las costumbres chinas, y que yo, á mi vez, lo haya dicho tambien á los demás mandarines, sé que es tu único designio el predicar la ley divina, cuya propagacion deseo; á fin pues de convencerte de que no debes ocultarte de mí, te permito desde ahora bautizar al ilustrado catecúmeno que tienes en casa, y á todos los demás que quieran hacerse cristianos. Así mismo autorizo á ese religioso de quien me has hablado, para que permanezca entre nosotros, y celebraré que juntos divulgueis vuestra ley por toda la China, puesto que no es contraria á nuestra policía ni á nuestro gobierno.» Luego de haber conferenciado el P. Ruggieri con Alfonso Sanchez, partió este nuevamente á Manila, á cuyo punto tardó cuatro meses en llegar, por haber tenido que detenerse á causa del mal tiempo, y por tener que reparar el buque. A su llegada á Tchao-Khing, el P. Francisco Cabral, provincial de la India, bautizó el 18 de noviembre del año 1584 con toda la magnificencia, al letrado chino que de tanto tiempo estaba aguardando aquella gracia, al que se dió el nombre de Pablo; otro jóven chino en cuya casa habian ido á parar los religiosos á su llegada, recibió tambien aquel beneficio. Terminada su visita, se dirigió el provincial nuevamente á Macao, mientras que Pablo se iba al pueblo de su naturaleza con la esperanza de convertir á su esposa, á sus hijos y á sus compatriotas. Los PP. Eduardo de Sande y Antonio de Almeida, pasaron desde Macao á Tchao-Khing, para tomar parte en todas las escursiones que hiciesen sus hermanos al interior de la China; Almeida y Ruggieri, recorrieron la provincia de Tche-Kiang, y salieron despues de Canton con el hermano del Lan-si-tao el dia 20 de noviembre del año de 1585, llegando en el mes de enero del año siguiente á Hang-Tcheou, ciudad situada en las orillas del lago Sihu (1); es una plaza fuerte y comercial, que cuenta seiscientos mil habitantes; tiene monumentos notables, entre los que figuran cuatro grandes torres de nueve pisos, y diferentes arcos de triunfo: Ruggieri la comparó con Venecia, y Almeida dijo que era Hang-Tcheou, una ciudad mucho mas grande que las de Portugal, esceptuando Lisboa. El padre del lan-si-tao hospedó á los dos misioneros, que no tardaron en ser invitados á la mesa de los principales mandarines; uno de ellos rogó al P. Ruggieri, á que asistiera á los funerales de su madre, pero el religioso se escusó diciendo que de ningun provecho servian las oraciones de los cristianos, á los que durante su vida no hubiesen adorado al Creador del mundo; valiéndose de aquella circunstancia para manifestar que la ley de Dios, era indispensable al hombre para su salvacion, y que superaba á todas las demás leyes en santidad. Los bonzos, dieron tambien por su parte las mayores muestras de consideracion á los religiosos, pidiéndoles agua bendita, á causa de la tradicion de que hemos hablado antes, si bien los misioneros dejaron de dár-

(1) Hang-Tcheou es el antiguo Quinsay de Marco Polo. (Nota del Trad.)

sela por temor de que profanasen una cosa santa. Como los misioneros no tenian intencion de detenerse en aquella ciudad, dejaron de conferir el bautismo á los que se lo pedian, por no estar aun suficientemente instruidos; únicamente lo administraron al padre del lan-si-tao, anciano de setenta años, dotado de mucho saber y de diferentes virtudes morales, y al que habian catequizado por espacio de cuatro meses; teniendo lugar aquella imponente ceremonia el dia ó fiesta de Pascua. Tambien fué bautizado el hijo de un letrado chino, que estaba casi sin esperanzas de vida, y que sanó completamente á los pocos dias de haber sido regenerado por medio del bautismo. Desde Hang-Tcheou, regresaron los dos misioneros á Tchao-Khing, donde encontraron cuatro nuevos cristianos; al saber el visitador y el provincial de la Compañía de Jesus en la India, la buena acogida que se habia hecho á los dos religiosos en todos los puntos que habian recorrido, creyeron no deber por mas tiempo permitir que dependiese la admision de los misioneros en el Celeste Imperio, de la voluntad de los vireyes ó de otros mandarines; sino que hicieron de modo que el Pontífice romano y el rey de España obtuviesen del emperador que les abriera las puertas de sus Estados. El P. Ruggieri, que conocia mucho mas á fondo las costumbres chinas, por hacer ya mucho tiempo que vivia en aquel pais, les pareció el hombre mas á propósito para decidir á las cortes de Roma y Madrid á dar aquel paso tan necesario; en su virtud, se le confió aquella importante mision, que tan bien habia de desempeñar cerca del rey Felipe II y del papa Sixto V.

Preciso nos es interrumpir aquí la historia de los misioneros jesuitas en el archipiélago de Filipinas y en la China, para referir los servicios que prestaron allí los religiosos de la órden de Predicadores.

Deseosas la Santa Sede y la corte de España de proteger el celo de los religiosos de Santo Domingo por la conversion de los infieles, nombraron al P. Juan Crisóstomo de Sevilla, que habia ejercido ya en Méjico con gran fruto el ministerio apostólico, para que reuniese operarios evangélicos que se consagrasen á la evangelizacion de las islas Filipinas. Así pues, debidamente autorizado por el papa Gregorio XIII y por el rey Felipe II, escribió Juan Crisóstomo á todos los conventos de su órden, invitando á los religiosos á que se le uniesen para dar cima á la grande obra que acababa de serle confiada. Numerosos fueron los misioneros que de todos los puntos de España acudieron desde luego á aquel llamamiento cristiano; hé ahí los nombres de algunos de ellos que nos cita Fontana: Juan de Castro, nombrado vicario general de la mision, Francisco de Toro, Andrés Almaguer, Antonio de Arcedian, Pedro Bolaños, Alberto Gimenez, Juan de Luperdi, Juan Cobo, Bartolomé Lopez, Miguel de Barriaca, Gregorio de Ochoa, Juan Maldonat, Ambrosio Rodriguez, Juan Ojeda, Jacobo de Soria, Miguel Benavides, Luis García, Pedro de Soto, José Mondana, Francisco Navarro, Juan de Urieta, Domingo de Nieva, Pedro Flores, Luis Gandulto y Domingo de Salazar, al que no debe confundirse con el primer obispo de Manila. Hácia el año 1576 llegaron aquellos misioneros al archipiélago, segun Fontana, pero es de creer, como supone con mas fundamento Turon, que no seria hasta el año 1586, por hallarse aun Juan de Castro en América el año 1584, y haberse dirigido á España, donde permaneció algun tiempo antes de hacerse á la vela para Filipinas.

Miguel Benavides, otro de los misioneros, era natural del reino de Leon, y solo contaba quince años cuando recibió el hábito en el convento de San Pablo en Valladolid el año 1567; admirado de su talento el célebre Bannes, uno de los primeros maestros de la órden en teología, decia con frecuencia que habia Benavides de sucederle en su cátedra, pero era muy distinto el ministerio á que tenia la Providencia destinado al jóven profeso. Ni el hambre, ni la sed, ni las persecuciones, ni cuan-

tos obstáculos en fin, tuvieron que vencer los dominicos para la realizacion de su obra, bastaron á entibiar nunca el celo de que estaban poseidos; como verdaderos atletas de la fé siguieron incansables la senda del sacrificio; conquistaron numerosos pueblos á la religion, y supieron con sus virtudes recordar al mundo el fervor de los venturosos tiempos de su glorioso padre Sto. Domingo. El obispo de Manila confió á Miguel Benavides la instruccion de los mercaderes chinos, tarea tanto mas árdua, cuanto que era entonces preciso aprender su lengua, la mas difícil de cuantas se conocen; sin embargo, nunca dejó que desear el religioso en el cumplimiento de su nueva mision. Luego de conocer el idioma chino y de haber esplicado á los mercaderes las principales verdades del cristianismo, procuró atraer á sus neófitos por medio de la caridad, á cuyo fin propuso al obispo la fundacion de un hospital, en el que encontrasen los pobres chinos un asilo seguro en sus enfermedades. Así que estuvo terminado aquel establecimiento benéfico, se instaló Benavides en él, á fin de cuidar por sí mismo á los enfermos, de los que era á la vez director espiritual y temporal, pues curaba á un tiempo su alma y su cuerpo. Al ver las inmensas dificultades que ofrecia la lengua china, lo que habia de ser precisamente una gran rémora para la propagacion de la fé en aquel vasto imperio, adoptó Benavides un método sencillo para aprenderla, que facilitó en gran manera su estudio, procurando de este modo á la religion inmensas ventajas.

Despues de haberse visto obligado á partir el P. Gaspar de la Cruz, procuraron sucesivamente varios dominicos evangelizar al pueblo chino, á cuyo fin los PP. Bartolomé Lopez, Antonio de Arcedian y Alfonso de Santo Domingo edificaron un convento en Macao; siendo Benavides el primer religioso que, en compañía de Juan de Castro, logró penetrar en aquel imperio, por medio de dos chinos que habia convertido en Manila. Segun Fontana, predicaron los dominicos el Evangelio en aquellas regiones con bastante éxito, fundaron una iglesia parroquial bajo la invocacion de San Gabriel, y hasta crearon un colegio para instruir á la juventud en la religion cristiana; pero, segun Turon, no pudo obrar Benavides en China muchas conversiones, por haber sido junto con su compañero, denunciado y detenido en Hay-Teng, donde sufrió muchísimo por haber confesado profesar la religion de Jesucristo ante los tribunales, y no recobrar su libertad sino bajo la condicion de que saldria inmediatamente del imperio.

El P. Juan de Castro, despues de haber dado cima á empresas gloriosas, murió en olor de santidad el 9 de junio de 1592, segun Turon, y mucho mas tarde, en opinion de Fontana, el cual se espresa de esta manera: «Murió el P. Juan de Castro en Filipinas hácia el año 1609; fué fundador de la provincia del Santo Rosario en aquellas regiones; hombre poseido del espíritu de caridad, soportó con resignacion todas las fatigas del apostolado, no menos que los tormentos que le fueron impuestos en China; renunció el episcopado que le ofrecia el rey de España, y voló al cielo envuelto en el manto de la pobreza.» Al verse espulsado del Celeste Imperio, regresó Benavides á Manila, donde fué por algunos años el íntimo consejero del obispo, sin dejar por ello de continuar con ardor la conversion de los idólatras, ni de observar una vida austera y penitente. Los PP. Juan Maldonat y Miguel Benavides, recibieron de un gefe que habian convertido riquísimos presentes, pero solo aceptaron las limosnas necesarias para construir una iglesia y una casa para los misioneros.

A los pocos años de su permanencia en Filipinas, dieron los dominicos cuenta á su maestro general, Hipólito María Beccaria, del resultado de su mision, del número y estado de sus conventos, del de los seminarios de operarios evangélicos siempre dispuestos á cultivar y estender la semilla que sus predecesores habian sembrado y regado con sus sudores y su sangre; alegrando con tan faustas nuevas el corazon del anciano que, en la efu-

sion de su caridad, les amaba á todos como verdaderos hijos de Santo Domingo, y fieles imitadores de su paciencia y su celo. Despues de comunicarles que en el capítulo general, celebrado en Venecia, habian sido aceptados todos sus conventos para formar la nueva provincia del Santo Rosario, les felicitaba por reparar con sus trabajos en la Oceanía las pérdidas que venia la iglesia sufriendo en Europa, causadas por el mortal veneno de las nuevas heregías. Finalmente, les alentaba á perseverar, puesto que debia ser su recompensa la corona del martirio que ya tantos de sus hermanos habian recibido. Escribió Beccaria aquella carta en Milan á 3 de noviembre de 1592.

El interés de la nueva iglesia establecida en Filipinas, llamó á Benavides á España en calidad de procurador general de los dominicos del archipiélago, é hizo que Felipe II pudiese apreciar debidamente su celo, su sabiduría y su prudencia; por lo que no solo accedió aquel príncipe á todo cuanto le pidió el misionero, sino que hasta le propuso, sin decírselo, para la silla episcopal de Segovia la Nueva. Clemente VIII espidió las bulas á 31 de agosto del año 1595, y al remitirlas el rey á Benavides le declaró que su renuncia le ofenderia en gran manera, y que un misionero despues de haberse dedicado generosamente á la conversion de los infieles sin mas interés que el de la gloria de Dios, debia aceptar siempre el puesto á que se le destinase, por haberse creido ser su ministerio el mas ventajoso á la religion. Preciso fué por lo tanto al discípulo de Jesucristo someterse, por lo que solo procuró reunir apóstoles que pudiesen trabajar útilmente con él para formar un pueblo nuevo. Así que, seguido de veinte religiosos de su propia órden, se embarcó para Manila, y despues de haber dado cuenta al obispo de aquella ciudad del resultado de su viage a Europa, se fué directamente á Segovia la Nueva.

Estaba aun aquel pais lleno de idólatras, puesto que, á escepcion de los españoles, apenas habia doscientas personas que perteneciesen á la comunion de la iglesia, ó que los dominicos hubiesen bautizado. Los historiadores han querido darnos una alta idea del celo apostólico de Miguel Benavides, al decirnos que, no obstante de ser muy estensa su diócesis, puesto que comprendia tres grandes provincias, logró hacerla en su mayor parte cristiana; dos provincias casi enteras renunciaron á sus antiguas supersticiones para abrazar la fé, y no fueron en pequeño número las conversiones que obró el prelado en la tercera por medio de sus fervientes preces, por la santidad de su vida y por sus contínuas predicaciones. Insiguiendo la máxima del apóstol, no se cansó Benavides de anunciar la palabra de Dios, ni de instar, seguir, amenazar, tolerar é instruir á sus ovejas: la conversion de muchos miles de idólatras, fué el triunfo que coronó aquel celo tan puro y tan ardiente.

Muerto Domingo de Salazar, obispo de Manila, fué su iglesia erigida en metrópoli, de la que fué nombrado Benavides su primer arzobispo, obteniendo Felipe III las bulas de Clemente VIII á 15 de abril del año 1602. Como supiese aquel príncipe que la caridad sin límites del prelado le habia hecho vivir siempre en la mayor pobreza, quiso corriesen de su cuenta todos los gastos que fuesen necesarios; al darle el rey aquella muestra de su aprecio, solo le pidió por la gloria de la iglesia y del nombre español, que procurase en lo posible prolongar sus dias, para hacer en la capital de Filipinas lo mismo que habia hecho en Segovia la Nueva. El arzobispo contaba á la sazon cincuenta años; pero sus fuerzas estaban estenuadas y su salud quebrantada, á causa de sus grandes mortificaciones y de sus contínuas fatigas; solo su celo continuaba resistiendo á los años, al trabajo y á las privaciones. El cielo derramó sus bendiciones sobre un prelado que solo buscó en todo el interés de la iglesia de Jesucristo, y que gustoso habria dado siempre su vida por la salvacion de su rebaño. Lopez, citado por Fontana, dice que obró Benavides diferentes milagros, y que celebrándose cierto dia una fiesta solemne en

la iglesia de PP. Predicadores, vieron los indígenas descender de lo alto una luz sobre el convento y la iglesia, y que habia en medio de sus rayos una brillante escala por la que subian al cielo los nuevos bautizados. Atraidos por aquella vision se presentaron los indígenas al arzobispo, diciéndole: « Dignaos bautizarnos lo mas pronto posible, á fin de que adorando el nombre de Dios, podamos á nuestra vez subir al cielo. »

Murió Miguel Benavides en Manila á los 26 de junio del año 1607, en olor de santidad.

Todo lo que acabamos de decir acerca de las islas Filipinas, prueba lo bastante la importancia de su situacion, como centro de los misioneros entre la China y la América. Manila (Pl. LXXXVIII, n.º 2) tenia sus principales relaciones, con Acapulco, puerto de Méjico, situado al oeste del continente americano.

CAPÍTULO XIV.

Continuacion de las misiones de los dominicos y de los jesuitas en Méjico y en Haiti.

Al dirigir nuestras miradas desde el archipiélago de Filipinas al reino de Méjico, no podemos menos que fijar una de ellas en la tumba de Pedro de Pravia, muerto en el año 1589. Era Pravia natural de Asturias, y habia abrazado en la edad mas temprana la regla de Sto. Domingo; los brillantes estudios que hizo el jóven en Salamanca, le valieron la honra de ser nombrado profesor en el colegio de Santo Tomás de la ciudad de Avila; pero como tuviese luego la predicacion mas encantos que la cátedra para el alma ardiente del profesor, resolvió este pasar á Méjico para consagrarse á la evangelizacion de los indígenas. A su llegada, le confiaron los dominicos sucesivamente las cátedras de filosofía y teología, obligándosele luego á ocupar otra cátedra en la universidad de Méjico, á cuyo cargo habria preferido Pravia el de convertir á los idólatras; solo despues de haber formado un gran número de aventajados discípulos, entre los que hubo escritores eminentes y muchos prelados que dirigieron mas tarde las diócesis de Nueva-España, le fué permitido abandonar su cátedra para entregarse á las funciones del apostolado. Inmensos fueron los triunfos que en pocos años alcanzó Pravia en su carrera predilecta, apesar de los diferentes cargos que se vió obligado á aceptar, los cuales por mas que contribuyesen, merced á su celo y prevision, á perfeccionar las costumbres de los antiguos y de los nuevos cristianos, no dejaban de distraer en gran manera al misionero de sus tareas apostólicas. Despues de haberse dedicado por espacio de muchos años á la predicacion, y de haber desempeñado los mas altos destinos, puesto que en la época á que nos referimos, era Pravia vicario general y administrador de la diócesis, fué nombrado obispo de Panamá. «¡Ah! dijo, al saberlo, hace cuarenta años que estoy trabajando para mejorar mis costumbres y las de los demás, y de seguro que no siempre han sido del agrado de Dios los medios que para lograrlo he empleado. ¿Cómo es posible que pueda en la vejez vencer los nuevos obstáculos que se me presentan? ¿No seria mucho mas acertado prescindir de todos los cargos por no pensar ya mas que en Dios y en mí mismo?» La constancia con que renunció siempre la dignidad episcopal, le permitió pasar sus últimos años en la meditacion de las verdades que habian sido objeto de sus predicaciones y de sus estudios; en sus postreros dias contrajo Pravia una santa amistad con el piadoso solitario Gregorio Lopez, y se durmió en el seno de Dios á 6 de enero del año 1589.

Murió en el propio año Juan de San Estéban, que habia tomado el hábito en Salamanca; fué uno de los oradores mas elocuentes de su tiempo, pero sus predicaciones fueron aun de mucho mas fruto en Méjico, á donde llegó á mediados del siglo XVI. Enviado Juan de San Estéban con algunos otros misioneros hácia la costa del mar del Sud, en el pais de Zacatula (1), aprendió la lengua del pais con una

(1) El pais de Zacatula está fecundado por el rio del mismo

prontitud que era mas efecto de la gracia que de su memoria, conquistando con no menor rapidez el corazon de los indígenas, á los que civilizó por medio de la religion cristiana, haciéndoles renunciar para siempre á sus ídolos. Aquella mision, que era considerada como un escollo para la paciencia de los operarios evangélicos, era para él objeto de todas las delicias, por lo que le daba el nombre de *paraiso*; en ella habria pasado gustoso el resto de sus dias, á no obligarle la obediencia á aceptar el gobierno ó direccion de diferentes conventos, y el cargo de vicario general en la provincia de San Vicente. Lo mismo que en Zacatula, continuó el misionero trabajando con ardor en la region de Vera-Paz y en la provincia de Guatemala hasta su muerte, acontecida el dia 24 de julio del año 1590.

El órden de los tiempos nos conduce otra vez hácia el camino recorrido por el P. Domingo de la Anunciacion, viva luz que se estinguió al año siguiente; preciso nos es anunciar aquí uno de los hechos mas notables de su vida, por mas que ignoremos el año en que tuvo lugar. Estaba evangelizando el misionero una de las regiones de Méjico, designada por Dávila con el nombre de reino de Co im, y cuyo gobernador habia causado con sus violencias una viva exaltacion en los ánimos, que podia ser muy funesta á toda la colonia. Despues de haber intentado inútilmente calmarla, apeló Domingo por una inspiracion del cielo, al mismo medio que empleó en otro tiempo S. Bernardo, para convencer á Guillermo, duque de Aquitania. Estando el religioso celebrando la misa el Domingo de Ramos, se volvió hácia el gobernador despues del *Agnus Dei*, y teniendo el cuerpo de Jesucristo en sus manos, le invitó á acercarse; el gobernador fué á arrodillarse á los piés del celebrante, el cual le preguntó en alta voz: (Pl. LXXXIX, n.º 1.) «¿Creeis que la hostia consagrada que tengo en mis manos, sea el cuerpo de Jesucristo, verdadero Dios y hombre? — Sí, padre mio, lo creo. — ¿Creeis que ese mismo Dios, vendrá un dia á juzgar á los vivos y á los muertos, y que premiará á los justos y castigará á los impenitentes con las penas eternas? — Lo creo firmemente. — Si lo creeis, repuso el sacerdote, ¿por qué no temeis la cuenta terrible que habreis de dar de los crímenes y desgracias que con tanta razon se os atribuyen? ¿Por qué no haceis cesar esa agitacion que reina entre el pueblo hambriento, á causa de vuestras injustas medidas? Obedeced á Dios que os habla por mi boca, y os prometo en su nombre que antes de tres dias llegarán á este puerto buques cargados de víveres, que aliviarán en gran parte nuestros males: pero si os mostrais rebelde á la voluntad del Señor, sufrireis en breve un castigo terrible.» Terminadas estas palabras, volvió el sacerdote á continuar la misa, mientras que el pueblo, poseido de un santo terror, prorumpia en lágrimas; despues de la misa, detuvo el gobernador á los fieles por medio de una señal, y les dijo: «Pronto cesarán los males que afligen al pais por mi causa: perdono de todo corazon á los que me han ofendido, y á mi vez espero ser tambien perdonado: unid vuestras preces á las mias para que cese la cólera de Dios, que nos castiga segun nuestros pecados.» Aquel repentino cambio, con razon considerado como milagroso, enterneció vivamente á todos los espectadores, y dió lugar á una sincera reconciliacion. A los tres dias, llegaron los buques anunciados, por lo que llegó á su colmo la satisfaccion del pueblo, llevando provisiones de toda clase. Cual otro Tobias, vióse el autor de aquellos portentos privado de la vista; pero no por ello lo fué de instruir al pueblo, hasta que las enfermedades y la decrepitud le obligaron á retirarse al convento de Méjico, en el que la oracion y la penitencia santificaron su retiro; para mortificar su cuerpo, llevaba siempre una cadena y un rudo cilicio. Habiéndose quitado aquellos instrumentos el

nombre que nace en la gran cordillera de Anahuac en Méjico, al S. E. de Cuernavaca y desagua en el grande Océano equinoccial, inmediato á la villa de su nombre, despues de un curso de unos cuatrocientos kilómetros. (Nota del Trad.)



dia de Navidad, les ocultó en la cabecera de su cama; pero como era ciego, no pudo notar que solo los ocultaba en parte; al poco rato se presentaron algunos religiosos para edificarse con su conversacion, y como viesen aquellos instrumentos, le preguntaron que era lo que pretendia hacer con tan enorme cadena: «Me sirve contestó Domingo, para atar un perro furioso, al que ha sido hoy preciso dar alguna libertad en celebracion de este dia.» Domingo de la Anunciacion, terminó su penitencia y su vida á 14 de marzo del año 1591. Escribió Domingo la *Historia de los primeros fundadores de la provincia de Méjico*, y tradujo del español al latin, un opúsculo de Las Casas en favor de los indígenas.

Aquel gran misionero, poco antes testigo de los esfuerzos de los jesuitas para fecundizar la Florida, regada con su sangre generosa, habia seguido tambien los progresos de sus nacientes misiones en el reino de Méjico. Entre los mas animosos apóstoles de la Compañía, debe citarse á Gonzalo de Tapia, hijo de una noble familia de Leon, que entró en la sociedad de Jesus el año 1576, y llegó en el de 1585 á Nueva-España (1). Despues de haber desempeñado Gonzalo las cátedras de filosofía y teología, vió realizados sus deseos de evangelizar á los idólatras; siendo destinado al pais de los tarascas, cuya difícil lengua aprendió en quince dias; despues de haber procurado un consuelo á cada choza, y hecho nacer una esperanza en cada corazon, se dirigió al pais de los chichimecas para anunciarles la palabra de Dios, y derramar sobre ellos los mismos consuelos; otro tanto hizo en la provincia de Topia, comprendida en la Nueva-Vizcaya, á pesar de lo escabroso del pais, y de hacer en ella un frio insoportable durante el invierno. Era este último un pueblo bárbaro que Gonzalo fué el primero en evangelizar, logrando trasformarle en poco tiempo; destruyó durante su permanencia en él, mas de quinientos ídolos, y regeneró por medio del bautismo á mas de cinco mil almas. En el año 1591 pasó Gonzalo de Tapia á la provincia de Cinaloa, en compañía del P. Martinez, que la describe de esta manera: «Dista Cinaloa tres cientas leguas de la ciudad de Méjico, y está situada hácia el norte; fecundízanla diferentes rios, en cuyas orillas habitan por tribus los naturales para poder dedicarse mas fácilmente á la pesca; la fertilidad de su suelo hace que haya en ella toda clase de frutas; su aire es puro y sano. Es el algodon, una de las principales producciones del pais, con el que se visten, siendo su trage muy parecido al de los mejicanos; sus naturales son mucho mas altos y fornidos que los españoles; son en estremo belicosos y sus principales armas son las flechas envenenadas.» A la natural desconfianza de aquellos salvages, sucedieron en breve el afecto y el respeto que profesaron á los religiosos; al saber el provincial de Méjico, la acogida benévola que habian hecho á los dos misioneros, envió á otros dos, cuyo refuerzo permitió internarse mas en las montañas y prolongar sus conquistas. Pero como en breve no bastasen su solicitud y su celo, para atender á las diferentes tribus que le pedian el bautismo, vióse obligado á dirigirse á Méjico para procurarse nuevos ausiliares; á su regreso se le presentaron los gefes de todas las tribus esparcidas en un radio de mas de treinta leguas, pidiéndole que no volviese á separarse ya de ellos hasta que estuviesen instruidos en la religion que tanto deseaban abrazar, como si hubiesen tenido el triste presentimiento de que iban á perderle en breve. Tenia Gonzalo la costumbre de visitar con frecuencia á los fieles de Deboropa, donde se habia construido una cabaña junto á la misma capilla; su principal objeto era hacer cambiar de vida á un anciano llamado Nacabeba, cuya desarreglada conducta estaba muy lejos de ser digna de un nuevo cristiano. Insensible empero aquel desgraciado, á las santas amonestaciones del misionero, lejos de enmendarse,

(1) Uno de los cronistas contemporáneos, al hacer mencion de este famoso misionero, se espresa con estas notables palabras: (*Societas Jesu usque ad sanguinis et vitæ profusionem militans*) su valor era igual á su virtud. Hacen tambien de este mártir grandes elogios Tanner, y otros historiadores. (N. del T.)

resolvió dar muerte al hombre apostólico, que solo por su bien le reprendia con tanta ternura; así que, mientras estaba el religioso rezando en su humilde cabaña, entró Nacabeba en ella, y al inclinarse como para besarle la mano, asestó uno de sus cómplices un hachazo en la cabeza de Gonzalo, el cual iba aun á dirigirse á la iglesia, cuando cayó en poder de otros asesinos apostados en la puerta de su habitacion, que le derribaron al suelo, le decapitaron y huyeron, llevándose parte de sus restos ensangrentados y los ornamentos del templo. Tuvo lugar el martirio de Gonzalo de Tapia, el dia 10 de julio del año 1594; al recibir los españoles tan triste noticia, se dirigieron inmediatamente á Doboropa, donde dieron sepultura á su cadáver mutilado; en vano intentaron los asesinos cocer la cabeza y el brazo de Gonzalo, puesto que cuantas veces intentaron ponerles á la lumbre para comerlos despues, resistieron al efecto del calor, sin que bastase aquel milagro á abrirles los ojos acerca de su horroroso crímen. Sin embargo, no quedó este impune; los mas de los asesinos perecieron en los próximos combates, en uno de los cuales Nacabeba y uno de sus sobrinos fueron hechos prisioneros, teniendo al menos la dicha de confesar y arrepentirse de su crímen, antes de sufrir la última pena.

Mientras ceñia el jesuita Gonzalo de Tapia la corona del martirio, terminaba tambien su gloriosa carrera el dominico Lopez de Montoya. Desde que penetraron los españoles en América, solo pensó España en formar ministros capaces, á fin de que pudieran estos convertir mas fácilmente á sus habitantes idólatras; desde entonces dejó de ser la escolástica el único estudio de los teólogos españoles, particularmente de los que pensaban dedicarse á las misiones, los cuales se consagraban con preferencia á la teología dogmática y moral, por convenirles familiarizarse con las materias que debian tener mas presentes, para combatir con éxito el ateismo y el politeismo, demostrar la existencia y la unidad de un primer Ser, y dar en fin, todo el desenvolvimiento posible á la religion cristiana. La propia máxima siguieron todos los religiosos en el Nuevo-Mundo, donde era aun mucho mas conocida la necesidad que habia de buenos oradores y de escelentes misioneros. A su llegada á Méjico, confióse á Lopez de Montoya una cátedra de teología, en los conventos de la provincia dominicana de San Vicente, en la que fué á la vez profesor y misionero; puesto que se le vió diferentes veces en las regiones de Guatemala, Chiapa, Mechoacan y hasta en las riberas del Zacatula, buscar con infatigable solicitud á los indígenas, para hacerles renunciar á las prácticas de la idolatría, y darles á conocer el verdadero Dios. Compuso Lopez varios catecismos en lengua del pais, á fin de poner de un modo mas claro y patente la religion á los ojos de los pueblos salvages, quienes, aun así, podian á duras penas comprenderla. Preguntaba cierto dia el misionero á una anciana indígena, si sabia quien habia creado el cielo y la tierra; y á pesar de haber dirigido ya á otros en su presencia la misma pregunta, le respondió la anciana: « Padre mio, como el cielo y la tierra estaban ya hechos cuando yo vine al mundo, me es imposible deciros quien les ha creado. » Esta contestacion, que á no haber sido dada por una salvage, habria podido parecer maliciosa, era efecto de la sencillez, ó mejor, de la ignorancia de la persona que la daba; lo que confirmó mas al misionero la necesidad de insistir en la esplicacion de los primeros puntos de nuestra creencia, hasta haber logrado ponerlos al alcance de todas las inteligencias. Cuando sus neófitos estaban un poco instruidos, les procuraba por medio del Rosario, la facilidad de recordar los principales misterios del cristianismo, tales como el de nuestra redencion, y los de las acciones, sufrimientos y glorias de Jesucristo. El Rosario era el mejor libro que podia el religioso poner en manos de los que no sabian leer; á fuerza de oirle esplicar, lograron los mas inteligentes recordar una parte de él y enseñarla despues á los demás, por ser el Rosario en un princi-

pio el objeto de todas sus conversaciones. Para hacer observar á los indígenas la práctica de aquella religion que se les esplicaba, se les hacian tambien presentes las principales virtudes que corresponden á cada uno de los misterios, tales como la fé, la caridad, la humildad y la resignacion en todos los sufrimientos de la vida. Aquel medio del Rosario, empleado por todos los misioneros dominicos, produjo tan escelentes resultados, que fué seguido despues por todos los demás operarios evangélicos; de modo, que en todos los puntos de América donde fué predicado el cristianismo, llevaban hombres y mugeres constantemente el rosario en la mano, sin dejarle ni aun en sus ocupaciones mas precisas. La tierna caridad de Lopez para con los pobres, contribuyó en gran manera á perpetuar el efecto de sus predicaciones; imposible le era ver sufrir á un indígena, sin que su corazon se estremeciera, y sin que procurára por todos los medios endulzar su sufrimiento; cuando habia agotado ya todos sus recursos y los de sus amigos, servia á los enfermos, procurando consolarles con sus santas palabras. Aquella alma misericordiosa y tierna, recibió al fin la recompensa prometida á los justos, el dia 12 de marzo del año 1593.

Fecundos, en efecto, habian de ser los trabajos de los misioneros en la América septentrional, cuando eran los obispos los primeros en darles poderoso impulso; creemos deber citar aquí á algunos de aquellos prelados, insiguiendo el órden cronológico de su muerte.

Domingo de Ulloa, descendiente de la ilustre familia de los marqueses de La Mota, nació en el reino de Leon, entrando desde muy jóven en el instituto de Santo Domingo, en el que se hizo pronto notable por su talento y sus virtudes; desempeñó mas tarde con gloria diferentes cátedras de teología y los primeros cargos de su órden en la provincia de Castilla. Tan pronto como se supo en España la muerte de Antonio de Zaya, obispo de Nicaragua, se designó á Ulloa para sucederle, siendo su eleccion confirmada por las bulas de 4 de febrero del año 1585; su primer cuidado al llegar á su diócesis, fué aprender la lengua del pais y dedicarse á la conversion de los indígenas, muchos de los cuales entraron á su voz en el seno de la iglesia. Eran á la sazon muy frecuentes en América las traslaciones de los obispos, por tener que influir tanto las cualidades de los prelados en el definitivo arreglo de las diócesis nuevamente creadas; por lo que acostumbraba á suceder, que el obispo que con su prudencia y su celo obtenia grandes resultados en un punto, se le enviaba á otro, á fin de que le pusiese en el mismo estado próspero y feliz en que habia dejado al anterior. Por esto se vió destinar á la diócesis de Popayan (1) al P. Agustin de Caronio, que la gobernó con firmeza y caridad iguales á las de los generosos obispos de la primitiva iglesia, por mas que debiese su cristiano celo acarrearle un largo y penoso cautiverio. Era por desgracia el gobernador de Popayan tan déspota é injusto, como benévolo y generoso era su digno obispo; así que, pronto estuvieron ambas autoridades en abierta pugna, llegando las cosas á un punto tal, que no titubeó el gobernador en allanar el palacio del obispo, mientras se hallaba este ocupado en los divinos oficios, y en llevarse todo el dinero que habia para socorrer á los pobres. Al tener el obispo noticia de semejante atentado, apeló á todos los medios de conciliacion para inducir al gobernador á que restituyera el dinero que sabia muy bien pertenecia á los pobres; pero, como lejos de convenir en ello, se entregó aun á mayores escesos, fulminó el prelado la escomunion contra el culpable. Arrodillado estaba el obispo frente al altar á los pocos dias, cuando se presentó

(1) Cuando Sebastian de Belalcazar, por encargo de Pizarro, entró en el año de 1536 en la provincia de este nombre, la poblaban al decir del Ilmo. D. Lucas de Piedrahita, seiscientos mil habitantes que vivian dispersos por los bosques y hacian sus habitaciones en las copas de los árboles, formando una especie de tribus como los aduares de los árabes. Entre aquellos numerosos habitantes tan belicosos como ciegos en su idolatría, se contaban los Colazas, Guanbas, Paeces, Palaceos, Pijaos, Mahasaes, Tembas, Tembios y Jamundis. Mas tarde, merced á los esfuerzos, sufrimientos y martirios de los misioneros, logróse reunirlos en pueblos y parroquias. (Nota del Trad.)

el gobernador con alguna fuerza y le obligó á seguirle, dejándose Caronio prender y conducir, como su divino Maestro, sin proferir ni una amenaza, ni una queja contra sus perseguidores. (Pl. LXXXIX, n.º 2) Confió el prelado la direccion de su diócesis á Sebastian de San Estéban, dean de aquella iglesia, al que encargó levantára el entredicho, por no ser justo que pagase todo un pueblo el delito que un solo hombre habia cometido. Su injusta detencion debió de ser al prelado tanto mas sensible, cuanto que en el completo aislamiento que se le hizo sufrir, se vió privado de todo consuelo humano, y no recibió noticia alguna de lo ocurrido en su diócesis. Finalmente, recibióse una órden del rey en la que se mandaba poner en libertad al piadoso obispo, y que sufriese su perseguidor un ejemplar castigo. Agustin Caronio se dirigió inmediatamente á su diócesis, pero al llegar á Timiama, poblacion situada entre Quito y Popayan, terminó su santa vida, coronando su muerte, acontecida en el año 1590, diferentes prodigios. Domingo de Ulloa, trasladado entonces á la silla de Popayan, no podia llegar mas á tiempo para enjugar las lágrimas y hacer renacer las esperanzas de un rebaño consternado por la pérdida que acababa de sufrir, despues de haber esperimentado tantas desgracias. Lo mismo que habia hecho ya Ulloa en su primera diócesis, volvió á hacerlo con no menos resultados en la de Popayan, adoptando además las providencias tomadas ya antes en ella por su digno sucesor Agustin de Caronio. En el mes de febrero del año 1599, fué trasladado Domingo á la silla episcopal de Mechoacan, que solo rigió por espacio de cuatro años, siendo considerable el número de idólatras que convirtió el santo prelado en tan corto tiempo; luego los intereses de su iglesia lo llamaron á Méjico, donde murió el año 1602, queriendo ser enterrado en el convento de su órden.

El segundo obispo de quien debemos hacer mencion es Bartolomé de Ledesma, del que hemos tenido ya tantas veces ocasion de hablar á causa de sus eminentes servicios. Era aquel célebre dominico hijo de Bernardo de Ledesma y de Juana Martin; natural del pueblo de Nieva, en el reino de Leon, y habia profesado el año 1543 en el convento de Salamanca. Despues de haber predicado con gran fruto en diferentes provincias de España, se embarcó para América con Martin Henriquez, virey de Méjico, del que era confesor; y al llegar á Nueva-España, se le nombró para la primera cátedra de teología en Méjico. Apesar de ser su vocacion el convertir á los indígenas, unió el virey sus súplicas á las órdenes de los superiores de Ledesma para hacerle aceptar aquel destino, que debia obligarle á vivir por algun tiempo en la capital, donde creia el gobernador necesitar sus consejos; mientras desempeñaba el religioso la cátedra de teología, se dedicaba tambien con empeño al ministerio de la predicacion. Hácia aquella misma época prestó Ledesma un gran servicio al clero y á los misioneros, componiendo, como lo hemos dicho ya, á instancias de Alfonso de Montufar, á la sazon arzobispo en Méjico, un *Tratado* de los Sacramentos ó una *Suma* para régimen de las conciencias, obra impresa en Méjico el año 1560, y reimpresa en Salamanca en 1586. Habiendo sido nombrado obispo de Panamá, renunció aquella dignidad, por preferir dedicarse al profesorado en la universidad de Lima; pero las precauciones que en lo sucesivo tomó el rey de España cerca de Gregorio XIII, no permitieron á Bartolomé de Ledesma renunciar por segunda vez el episcopado que le fué ofrecido. Así pues, fué consagrado en la catedral de Lima el año 1583, y se embarcó luego para ir á tomar posesion de la iglesia de Guajaca. Tuvo el nuevo obispo en la travesía una violenta tempestad, durante la que perdió, entre otros papeles, diferentes tratados teológicos que habia compuesto; pero al menos llegó él sano y salvo á su diócesis. Por mas grande que hubiese sido el celo de Bernardo de Alburquerque por formar un pueblo santo y agradable al Señor, quedaba aun en él mucha cizaña entre el buen grano; los indigenas tenian casi en su mayor parte, bastante incli-

nacion á la idolatría, y habia otros muchos que aunque hubiesen renunciado enteramente á ella, distaban mucho de llevar una vida conforme á la religion que abrazáran. El celoso prelado, empero, remedió todos estos males por medio de la predicacion y el buen ejemplo en los veinte y un años que duró su episcopado; cuando sacerdote, se ejercitó en el ministerio de la palabra; cuando obispo, fué aquel ministerio su ocupacion principal. Como los desvelos de un solo hombre no podian atender á las necesidades de una diócesis que comprendia toda la provincia de Guajaca, apeló al ausilio de misioneros de diferentes órdenes; encargando á los de mas talento y virtud el cuidado de evangelizar á los paises mas distantes de la ciudad episcopal; pero por mas cierto que estuviese de las luces y probidad de aquellos operarios evangélicos, los reunia de vez en cuando, para informarse del modo con que desempeñaban sus funciones, de los progresos del Evangelio, del estado de los pueblos y de todo cuanto pudiese reclamar su presencia ó su autoridad. Hé ahí porque en pocos años tomó la diócesis un nuevo aspecto; como las rentas del obispo eran inmensas en un pais tan rico y fértil, y procuraba Bartolomé de Ledesma limitar en lo posible los gastos de su casa, se halló pronto en el caso de empezar varios establecimientos benéficos. Erigió en la capital de la provincia un colegio para la educacion é instruccion de la juventud, consagrando una renta anual de doce mil escudos para la asignacion de doce profesores, que debian ser de la misma provincia. Fundó además en su catedral un curso de teología moral, que debia ser dirigido constantemente por un doctor de su órden; protegió con una solicitud paternal á los religiosos de Santo Domingo, fundados por Bernardo de Alburquerque, que profesaron las virtudes cristianas en toda su pureza; é hizo partícipes á los hospitales y á todas las familias pobres de su piadosa liberalidad, hasta que vino á sorprenderle la muerte en estas prácticas de caridad y en el ejercicio de la oracion y de la penitencia, á últimos de febrero de 1604.

Tambien murió aquel mismo año en la silla mas importante de América, el dominico Agustin Dávila y Padilla, igualmente conocido bajo los dos nombres, por ser hijo de Pedro Dávila y de Isabel Padilla. Oriundo de España, nació en Méjico, donde sus abuelos, primeros conquistadores de aquella region, se habian establecido. Sin ningun apego á las inmensas riquezas de su familia que habian de pertenecerle, renunció Agustin voluntariamente á ellas para consagrarse al Señor en la órden de Santo Domingo, recibiendo el hábito en Méjico á 19 de noviembre del año 1579. Sus rápidos progresos en las ciencias y en la piedad, le valieron la honra de dirigir con utilidad una cátedra de teología, y de ser nombrado despues prior del convento de Tlascala; y á ejemplo de los PP. Predicadores que habian ido de España para anunciar la feliz nueva á los americanos, quiso ejercer Agustin el ministerio apostólico, siendo tal el fruto de sus predicaciones, que á centenares abrazaron los indígenas á su voz la religion de Jesucristo. Tenia Dávila sobre los demás religiosos la inmensa ventaja de conocer las costumbres y el espíritu de los indígenas, y de hablar perfectamente su idioma, sin que por ello dejase de conocer el español, por ser el que sus padres le habian enseñado; escribió en este último idioma la Historia de la conquista de aquel pais, á fin de trasmitir á la posteridad los altos hechos á que en ella los españoles dieron cima. El P. Andrés de Moguer, dominico español y misionero en América, muerto en Méjico en olor de santidad el año 1576, habia empezado la *Historia* de Nueva-España y de la Florida, cuya obra continuó Vicente de Las Casas, primer profeso que hubo en el convento de Méjico, muerto hácia el año de 1586 á la avanzada edad de ochenta y seis años, traduciéndola despues al latin el P. Tomás de Castellar. Agustin Dávila, en el capítulo de su provincia celebrado en Méjico el año 1589, fué encargado de revisar y de dar la última mano á los trabajos que fueron presentados, siendo tan activa su cooperacion que aumentó considerablemente aquella *His-*

toria de Nueva-España con una infinidad de hechos gloriosos, que sus padres, y hasta él, habian presenciado. Cuando vino á España el año 1596, hizo imprimir su obra en Madrid y la dedicó al infante D. Felipe, bajo el título de *Historia de la provincia de Santiago de la órden de Religiosos Predicadores.* La mayor parte de la obra estaba destinada á consignar las acciones de los misioneros dominicos, y las conversiones y los establecimientos que habian hecho en aquellas vastas regiones; la segunda edicion de la propia obra, publicada en Bruselas, conservó el mismo título, sin que fuese este alterado hasta la tercera edicion que se hizo en Valladolid el año 1634, que llevaba el de *Historia de Nueva-España y de la Florida.* No fué tan solo aquella obra la que valió á Agustin la estimacion y el respeto de la corte de España, sino tambien otros muchos escritos notables que revelaban su talento y sus virtudes: prendado Felipe III de la pureza y dulzura de sus costumbres, tenia frecuentes conversaciones familiares con el religioso; y desde que por primera vez le oyó predicar en la corte, quiso que continuase desempeñando en ella las funciones de predicador de la real familia. Sin embargo, convencido mas tarde de que Agustin Dávila podia aprovechar mas útilmente en América su elocuencia natural y su ardiente celo, le propuso el rey para la silla de Santo Domingo en Haiti, habiendo erigido Paulo III aquella iglesia en metrópoli el año 1547; á instancias de Cárlos V, se declaró á su arzobispo primado de todas las Indias, con jurisdiccion sobre todos los obispos que antes dependian de la real audiencia. Clemente VIII espidió las bulas en favor de Agustin Dávila á 28 de agosto de 1599, y solo se recibieron en España á últimos del mes de enero siguiente; entre tanto, se procuró el nuevo arzobispo diferentes dominicos que ardian en deseos de ir á evangelizar á los indígenas americanos, y con los que se embarcó para Santo Domingo, luego de su consagracion. A su llegada, destinó una parte de ellos á diferentes provincias, segun las necesidades de los pueblos, y ocupó no menos útilmente á los demás; dándoles á todos el mismo arzobispo el ejemplo del modo como debian anunciar la palabra de Dios Para él no habia indígenas ni españoles, esclavos ni dueños; todos los hombres le eran igualmente hermanos; por esto aliviaba con igual solicitud todos sus infortunios, y estaban sus rentas destinadas á conservar los hospitales y á socorrer á los pobres. Cuando toda su grey se consideraba feliz bajo la direccion de tan buen pastor, voló el alma de este al cielo para gozar las bienaventuranzas eternas que debian coronar su vida de penitencia y de amor. Murió Agustin Dávila el año 1604, quinto de su episcopado.

Diego Romano, natural de Valladolid, y dignatario del capítulo de Granada, ocupó la silla episcopal de Tlascala y fué trasladado despues á Angelópolis, ó ciudad de los ángeles, recientemente construida por los españoles. Bernardo de Villagomez, primer obispo de aquella iglesia, tomó posesion de la misma en el mes de febrero del año 1559; y aunque despues de su muerte, acontecida en 3 de diciembre de 1570, pidió Angelópolis por primer pastor al franciscano Juan de Leon, misionero que estaba evangelizando aquel pais hacia veinte y seis años, y que era arcediano de la catedral, se nombró á Antonio de Morales, religioso de la real y militar órden de Santiago, visitador de la universidad de Osuna, y luego obispo de Pascuaro en Méjico, desde donde fué trasladado á Mechoacan. En el año de 1571, fué trasladado nuevamente Ruiz de Morales á la iglesia de Angelópolis, de la que tomó posesion en el mes de octubre del año 1573; ocupó aquella silla por espacio de cuatro años, siendo un gran prelado, no menos que su sucesor Romano, que fué consagrado en Europa por Diego de Espinosa, y nombrado luego visitador del virey de Méjico y de la audiencia de Guadalajara. Ya desde un principio se dió á conocer el nuevo obispo por su contínuo ejercicio en las funciones de su alto ministerio, distribuyendo con preferencia á los indígenas, parte principal de su rebaño, el

pan de la palabra santa y todos los socorros materiales que podian prometerse de su liberalidad. Romano, en su incansable celo, dió estatutos á su capítulo, enriqueció su catedral, estableció un colegio de señoritas nobles, contribuyó á fundar diferentes monasterios, y permitió á los carmelitas reformados construir dos conventos de su órden, uno en la ciudad bajo la invocacion de Ntra. Sra. del Remedio, y otro en la poblacion de Altisco. No fueron menores las dotes que desplegó Romano con respecto al gobierno civil, puesto que desempeñó con prudencia y firmeza la mision que le confiára su gobierno; restituyéndose luego á su diócesis, donde la sencillez de los indígenas convertidos, la vivacidad de su fé y la pureza de su conciencia, le procuraban los mas dulces consuelos. Mientras que los dominicos hacian construir su colegio de San Luis, fué admitido en la obra un indígena recien bautizado, que era un escelente cantero, y como muriese á los pocos dias sin haber podido hacer los jornales, cuyo importe se le habia adelantado para su sustento, se presentaron sus parientes para hacerlos por él; y si bien los religiosos no querian permitirlo, fuéles no obstante preciso admitir á uno de ellos hasta que hubiese hecho el trabajo que cobró el difunto. Esta rectitud de intenciones, no era patrimonio de un solo individuo sino de tribus enteras que habian sido regeneradas ya por los misioneros; así que, al ver Romano en su pueblo tan escelentes disposiciones, hizo los mayores esfuerzos por aumentar el número de los neófitos, procurando la conversion de los idólatras que habia aun en los apartados montes de Tlascala y en los últimos confines de su diócesis. Cincuenta años hacia que Julian Garcés habia empezado á desbrozar aquella region para plantar en ella la viña del Señor; Martin de Sarmiento y sus sucesores hasta Bernardo de Villagomez habian continuado su obra, á la que dió Romano nuevo impulso, buscando á los bárbaros errantes en los montes mas inaccesibles ó en lo mas espeso de los bosques. De este modo logró el santo prelado trasformar su vida salvage en una vida intelectual, reunirles en pueblos que no debian ya abandonar, y reglamentarles con la infatigable ternura de un verdadero padre. Cuatro de los principales indígenas propusieron al obispo el plan que habian concebido de dirigirse á Europa para tratar con la corte de España acerca de los intereses de aquella region, cuyo plan aprobó el prelado con tanto mayor gusto, cuanto que deseaba vivamente conociese la corte las escelentes disposiciones de los nuevos cristianos, á los que escuchó el rey con su natural bondad, sin negarles cosa alguna. Por último, pidieron al monarca aquellos piadosos indígenas que se dignára interceder cerca de Gregorio XIII para que concediera el Papa algunas indulgencias particulares á la catedral, á una cofradía y á uno ó dos hospitales, á todo lo que accedió benévolamente el pontífice romano por complacer á los americanos. Llamado Romano en el año 1585 al segundo concilio provincial de Méjico, fué uno de los defensores mas ardientes del decreto que se habia dado treinta años antes en favor de sus queridos indígenas. Cargado de años y de achaques, acabó el santo obispo por perder la vista, y si bien no se le nombró coadjutor por oponerse á ello el consejo de Indias, tuvo al menos el consuelo de ver que se designaba á su iglesia un digno pastor en el año 1606, poco antes de que descendiese al sepulcro.

No menos gloriosa que la de Romano, fué la carrera de Juan de Ramirez: descendiente de una noble familia de Castilla la Vieja, tomó el hábito de Santo Domingo en la ciudad de Logroño, y estudió en el colegio de San Estéban de Salamanca. Tan pronto como se ordenó de sacerdote, trocó las dulzuras de la patria por las privaciones del misionero en la América del norte; habiéndole destinado el superior de los dominicos de Méjico al pais de los mistecas, en el distrito de Guajaca, aprendió Gimenez con suma facilidad los dialectos de aquellos pueblos, y siguió con acierto las huellas de Benito Fernandez. Sin renunciar al apostolado, desempeñó por espacio de veinte y cuatro años, una cátedra de teología

moral en Méjico; desvelándose al propio tiempo para instruir á los negros y mulatos, despues de haber procurado en lo posible mejorar su suerte; reuníales cada dia despues de la primera misa, para enseñarles la práctica de la religion cristiana. Procuraba Ramirez que estuviese su enseñanza al alcance de las mas débiles inteligencias, siendo su paciencia y su dulzura estremas, para mejor atraer á aquellos desgraciados. El celo ardoroso que desplegó en sus predicaciones, la elocuencia de sus discursos y su claridad en la esposicion de las santas doctrinas, le hicieron considerar como uno de los primeros oradores de su tiempo. Hácia el año 1595, abandonó Ramirez á Méjico para dirigirse á España, á fin de pedir al gobierno hiciese algunas concesiones en favor de los indígenas; pero habiendo sido apresado el buque que le conducia por unos corsarios ingleses, vióse el religioso reducido á prision y conducido á Londres, donde el rey, informado del mérito de su ilustre prisionero, le restituyó la libertad, encargándole pidiese al rey de España, que soltase á un caballero inglés que se hallaba detenido en Sevilla. No solo accedió gustoso Felipe II á la gracia pedida por Ramirez, si que tambien recibió con placer una memoria que le presentó el misionero, referente al estado de los indígenas en Méjico; así mismo sometió al consejo de Indias una segunda memoria, en la que indicaba mas estensamente las causas que promovian el mal estado de los indios, y los medios que habian de emplearse para aliviar su suerte. El consejo, que en su ilustracion y rectitud, no podia menos de atender á las justas razones espuestas por el misionero, confirmó todos los privilegios concedidos anteriormente á los indígenas, y puso en vigor todos los reales decretos que habian sido dados en favor de los mismos. La satisfaccion que esperimentó Ramirez al ver que el gobierno español habia atendido á sus justas peticiones, fué calmada por la tristeza que esperimentó al saber, la víspera de su partida para Méjico, que Felipe III le habia nombrado el 16 de enero del año 1600, obispo de Guatemala. Partió el prelado de Madrid con su compañero, para dirigirse á Roma, cuyo largo viage hizo á pié, entregado al ayuno y á la penitencia, por ganar el jubileo y disponerse á cumplir los deberes del episcopado. El Pontífice romano le hizo una acogida tanto mas digna, cuanto que creyó reconocer en la pobreza y humildad de Ramirez, una viva imágen de la vida apostólica de los obispos de la primitiva Iglesia. Luego de haber sido consagrado en Madrid, partió el nuevo prelado para ir á ocupar la silla que le estaba destinada. Uno de sus primeros cuidados al llegar á su diócesis, fué hacer cumplir puntualmente todo lo que habia mandado el rey, por medio del consejo de Indias. «Ni un solo momento se vió á Ramirez ocioso en nueve años, dice el P. Echard, puesto que se le vió siempre ocupado en leer, orar ó fortalecer á sus ovejas con la palabra de Dios, dedicándose siempre con preferencia á catequizar á los indígenas mas salvages, para abrirles su corazon de padre, lleno de ternura y de amor.» Mientras que Ramirez visitaba por última vez la ciudad de San Salvador, le atacó una grave enfermedad, que ya desde el primer momento hizo temer por su vida; el santo obispo, que solo deseaba morir tan pobre como habia vivido, dió á los indígenas su anillo y su cruz, y mandó al propio tiempo á su mayordomo, que distribuyese entre los pobres de Guatemala todo cuanto habia de su propiedad en el palacio episcopal. Como un repentino desmayo hubiese hecho creer á los circunstantes que habia ya espirado, les dijo el piadoso prelado con la mayor conviccion: «No moriré hasta el dia de Nuestra Señora de marzo.» Y con efecto, espiró el 24 de marzo del año 1609; siendo su cuerpo sepultado en la iglesia de San Salvador. Echard hace mencion de las diferentes obras que publicó Ramirez antes de su episcopado, unas en defensa de los indígenas, y las restantes para instruirles en la religion y regular sus costumbres.

Entre los célebres obispos coetáneos de Ra-





mirez, solo citarémos á Alfonso de la Mota, nacido en Méjico de padres cristianos, el cual fué sucesivamente dean de las iglesias de Mechoacan, Tlascala y Méjico, fundando en cada ciudad de su residencia un hospital, como monumento de su tierno amor por los pobres; así es que, difícilmente podia Felipe II presentar al Vicario de Jesucristo, un súbdito mas digno para la silla de Guadalajara, capital de Nueva-Galicia. La prudencia y dulzura del obispo, de las que no tardó en dar una relevante prueba, evitaron en su diócesis grandes desastres: subleváronse á principios del año 1601 los indígenas de la montaña de Topia, jurando en su ciego furor dar muerte á todas las familias españolas de los alrededores. Como eran los insurrectos mas numerosos, y no podia la religion ejercer en ellos gran influencia, por ser aun idólatras la mayor parte de los caciques que estaban á su frente, era no solo inminente, sino hasta casi inevitable una catástrofe. Los españoles, entre tanto, tomaban sus medidas para la defensa, resueltos á resistirse hasta el último trance, y á morir, si preciso era, antes que caer en poder de los salvages: las cosas habian llegado ya á un punto tal, que nadie habria creido pudiese aun evitarse la efusion de sangre. Informado Alfonso de la Mota de la sublevacion de los indígenas, y de los inmensos preparativos de defensa hechos por los gefes españoles, hizo advertir á los indígenas que si consentian en deponer las armas, no solo lograria él que quedase sin castigo la falta que habian cometido, sino hasta hacerles conceder nuevos privilegios, ofreciéndoles en garantía de su palabra, su anillo y su mitra. Al ver los salvages aquellas prendas de ternura paternal, suspendieron desde luego sus correrías, y contestaron que ya darian á conocer el partido que adoptasen en la próxima luna; porque como es sabido, en todos los asuntos importantes de los indios, debe trascurrir un mes antes de poner en ejecucion el plan ó proyecto resuelto. Mientras duraba aquella especie de tregua, debida á la mediacion del obispo, la repentina aparicion de dos compañías españolas, sembró la confusion y la alarma entre los insurrectos; al ver el espanto que causaba en ellos la presencia de los soldados españoles, les dijo uno de sus compañeros: « No os alarmeis de este modo; ¿por ventura no tenemos en nuestro poder la mitra del obispo? Sea pues ella nuestra bandera, y agrupados en su derredor, salgamos al encuentro de nuestros enemigos. » A tan prudentes observaciones, renació la confianza y la calma entre los indígenas, quienes se adelantaron sin mostrar ningun recelo; tan pronto como el gefe español vió la mitra que servia de enseña á los indígenas, se apeó, hincó la rodilla y la besó con el mayor respeto (Pl. XC, n.° 1.); los soldados siguieron su ejemplo, sin que nadie profiera ni una sola queja contra los insurrectos. Aquellos hombres que pocos dias antes se habrian devorado entre sí, tanta era la sed de sangre que les abrasaba, permanecieron entonces juntos, ofreciéndose unos á otros todo cuanto tenian; ambos partidos resolvieron por último, nombrar al virtuoso prelado árbitro en sus diferencias, ó lo que es lo mismo, le autorizaron uno y otro, para que estendiese las bases á que debian ambos someterse. Cual padre bondadoso, Alfonso de la Mota, hizo prometer á los indígenas, que no se separarian en lo sucesivo de la obediencia legítima; y á los españoles, que tratarian á los indígenas como hermanos, cumpliendo así con las órdenes que habian recibido de su soberano. El consejo real de Topia, confirmó aquel tratado, reinando desde entonces una verdadera paz entre los españoles y los naturales. En justa gratitud á la proteccion que acababa á unos y otros de dispensarles el cielo, dispuso el obispo se celebrase una gran fiesta religiosa, en la que predicó á los indígenas en lengua mejicana, y que se hiciese despues una procesion solemne. Animado de un nuevo celo por la conversion de los idólatras, procuró en gran manera atraerse á los caciques, por deber su ejemplo arrastrar necesariamente á las masas; cinco de los mas

influyentes de entre ellos, entraron á su voz en el seno de la Iglesia, siendo bautizados por el mismo prelado, que les invitó despues á sentarse á su mesa. La Nueva-Galicia, que le debia la paz de que gozaba, perdió á su sábio pastor, por reclamar su ausilio la iglesia de Angelópolis, cuya direccion acababa de dejar Diego Romano; luego de haber entrado Alfonso de la Mota en su nueva diócesis, el año 1606, fundó un colegio para la Compañía de Jesus, y murió á 16 de marzo del año 1625, siendo sepultado en el colegio debido á su liberalidad.

Dignos, muy dignos eran los jesuitas de aquella proteccion de los obispos, ya que con tanto celo procuraban en sus casas de educacion, preservar á la juventud mejicana de los vicios de las generaciones anteriores, y civilizar por medio de las misiones, la naturaleza salvage del hombre degenerado hasta la idolatría. En el año 1604, llamaron á Méjico á los religiosos de San Juan de Dios, á fin de compartirse con ellos el vasto campo que habian empezado á desbrozar; merced á su asombrosa actividad, que podia competir con la de los misioneros de las órdenes mas antiguas, la mitad de los habitantes de Méjico eran ya cristianos cuatro años despues, ó sea en el año 1608. Como sufriese el pais aquel mismo año el azote de la peste, se dirigieron sus habitantes con fervor á la Virgen, prometiéndola una ofrenda; y habiendo cesado á los pocos dias los estragos del contagio, presentaron como *ex-voto* en Loreto, un cuadro de la Vírgen, hecho con las hermosas plumas de las aves mas raras. Si el árbol, empero del cristianismo, era cada dia mas frondoso y ufano en el pais de la mision, era porque los jesuitas no dejaban de regarle con su sangre, semilla fecunda de nuevos cristianos que habian de sucederles en la evangelizacion; diferentes fueron los mártires de la Compañía de Jesus, que alcanzaron la inmortal palma en el mes de noviembre del año 1616.

Fernando de los Rios, hijo único de Luis y de Isabel de Guzman y Tobar, pariente del cardenal duque de Lerma, habia nacido en Nueva-España, siendo la ciudad de Culiacan su patria. Los misioneros de la Compañía de Jesus, que iban ó venian de Cinaloa, recibian de la familia de Fernando en Culiacan la mas generosa hospitalidad, lo que dió lugar á que tomase aquel tierno niño mucha aficion á los jesuitas, y á que se edificase con su ejemplo; era tanto el gusto con que les servia, que habiendo pasado el P. Fernando de Santaren una grave enfermedad en su casa, quiso por si solo cuidar siempre al enfermo. Desde su mas tierna edad, tuvo ya el niño un presentimiento de que habia de alcanzar el martirio; puesto que, como se hallase cierto dia en su casa un religioso de la Compañía, que llevaba á Méjico la cabeza de Gonzalo de Tapia, y quisiese su madre Isabel adornar aquella preciosa reliquia con una de sus joyas, le dijo el piadoso niño: « Vuestra joya es sobrado pequeña para esa cabeza; reservadla para la mia, porque yo tambien moriré mártir. » Pasó Fernando á estudiar á Méjico, donde acabó de avivarse el fuego de su piedad, tomando en el año 1598 el hábito de San Ignacio; su claro talento y la proteccion del cardenal duque de Lerma, habrian podido encumbrarle fácilmente hasta las mas altas dignidades eclesiásticas, á no haber cifrado el jóven toda su ambicion en convertir á los indígenas idólatras. Fué Fernando destinado mas allá de Nueva-Vizcaya, junto á la region montuosa de Topia, poblada de tribus tan conocidas por su ferocidad, como por la inconstancia de su carácter (1); diferentes eran ya los jesuitas que trabajaban con éxito en aquel pais, donde ya muchos miles de indígenas habian recibi-

(1) Forman la sierra de Topia unas elevadas montañas de Méjico que corren del norte al sur mas de 750 kil desde el Nuevo-Méjico hasta la ciudad de Guadalajara y tienen de ancho por término medio unos 200 kil. Por su elevacion puede compararse con los Andes del Perú, y aunque forman quebradas y valles tan inaccesibles, cuando penetraron en ella los españoles, la encontraron habitada por muchas naciones bárbaras. Con ellos entraron los jesuitas en 1590 y siguieron los misioneros con tanto fruto sus conquistas espirituales, que en 1640 tenian en aquellas regiones mas de 30.000 almas convertidas al cristianismo, segun el P. Andrés de Rivas que estuvo alli muchos años y escribió su historia. (Nota del Trad.)

do el bautismo, y en el que se habian formado varios centros de poblacion. El primero de estos, situado á orillas de un gran rio, estaba á treinta leguas de la ciudad de Durango, y llevaba el nombre de Santiago; luego habia otro llamado San Ignacio, y otros de menos importancia, tales como los de Tenerapa y Santa Catalina. El cristianismo se propagaba felizmente en aquella region, cuando de repente logró un impostor contener sus progresos: titulóse hijo del sol, y como tal, dios del cielo y de la tierra, y supremo dispensador de todos los bienes. A fuerza de promesas y amenazas, logró impresionar á los indígenas, hasta el punto de hacerles sacudir el suave yugo del Evangelio, de inducirles á dar muerte á los misioneros, y de hacerles poner de acuerdo con otras muchas tribus, para una rebelion general contra los españoles, prometiéndoles que todos los que muriesen en aquella guerra nacional, resucitarian por el efecto de su poder. El dia 21 de noviembre del año 1616, fiesta de la Presentacion de la Santísima Vírgen, fué el destinado para el degüello de los jesuitas, puesto que los padres, que ignoraban la conspiracion, habian dispuesto para aquel dia en el arrabal de San Ignacio, una procesion solemne, en la que debian llevar en triunfo, y esponer á la veneracion pública, una hermosa imágen de María, que acababan de recibir de Méjico. Entre tanto, Isabel, madre del P. Fernando, que despues de la muerte de su esposo se habia retirado en un convento, deseando ver á su hijo por última vez, habia obtenido que le llamase el provincial á la ciudad de Méjico. ¡ Pobre madre! ¡ Cuán lejos estaba de creer que iba aquel deseo de su corazon á anticipar la muerte á su hijo! Inmediatamente se dispuso el P. Fernando á dar cumplimiento á la órden de su superior; despues de haber pasado en Méjico algunos dias, y logrado consolar á su madre acerca de su partida, tomó otra vez el camino de Nueva-Vizcaya, teniendo que atravesar despues el pais de los tepeguanos, para dirigirse á su destino. El dia 16 de noviembre llegó al pueblo de Santa Catalina, y aunque no era aquel el dia destinado para asesinar á los jesuitas, ni habian tomado aun los insurrectos las armas, decidieron dar muerte al religioso. Despues de haber descansado el P. Fernando algunas horas en Santa Catalina, salió de la poblacion, y se alejaba al paso de su mula en direccion á su destino, cuando viendo el mozo que le acompañaba acercarse un grupo de indígenas armados con gran tumulto, gritó al padre que diese de espuelas á su mula para librarse de su furor. A su voz, vuelve el P. Fernando la cabeza, vé á los furiosos que se arrojan sobre él, y con acento tranquilo esclama: « No es este el momento de huir, sino el de prepararse á morir cristianamente por Jesucristo, ya que nos dispensa la gracia de enviarnos la muerte. » Luego se adelanta el religioso con intrepidez hácia los bárbaros, sin que le detengan las flechas que le arrojan; al llegar á pocos pasos, les habla de las promesas que han hecho á su Dios, y les exhorta á cumplirlas, hasta que uno de ellos, derribándole de la mula, le atraviesa el pecho de una lanzada, mientras que otros esclaman: « ¿Creeis, sacrificadores, que hemos de estar siempre rezando vuestro Padre nuestro! Ya verémos si resucitará Dios á su ministro. » Por toda contestacion, implora Fernando al Padre de las misericordias, en favor de sus verdugos, é invocando los dulces nombres de Jesus y de María, entrega su alma al Creador, á 16 de noviembre del año 1616. Segun Taner, se apareció Fernando luego al P. Francisco Arista, superior de su mision, que al ver su palidez mortal, esclamó con asombro: « ¿ Qué es lo que hay, P. Fernando? » Un rayo divino iluminó de repente aquel lívido semblante; y á su vez Fernando respondió: « Mi dicha es completa, puesto que estoy gozando en el cielo de la eterna bienaventuranza; » y desapareció la vision en aquel mismo instante. Su madre supo tambien por la aparicion de un religioso venerable, que habia muerto su hijo gloriosamente por Jesucristo, cuando aun era en Méjico su muerte ignorada.

Así que supieron los tepeguanos que habia sido el P. Fernando asesinado en las inmediaciones del pueblo de Santa Catalina, acudieron inmediatamente á las armas para dar á su vez muerte á los demás jesuitas, aunque no fuese aquel el dia prefijado. Los PP. Bernardo de Cisneros y Didacio de Orosco dirigian la cristiandad de Santiago; español de nacion el primero, habia entrado en la Compañía á la edad de diez y siete años; terminada la filosofía se dirigió á Méjico, y estaba trabajando en la difícil mision de los tepeguanos desde que habia recibido órdenes sagradas. Sin límites fué siempre la paciencia de que dió pruebas en su apostolado; como un indígena obstinado en su superstición hubiese levantado un templo á los ídolos, se lo derribó el misionero, haciendo otro tanto con el que construyó nuevamente el idólatra en Otinapa. Furioso el obcecado indígena al ver la constancia del P. Cisneros, se arrojó sobre él clavándole por tres veces el puñal en su pecho; pero á pesar de haberse creido en un principio que eran las heridas mortales, curó Bernardo de ellas, sin que quisiese descubrir nunca á su asesino. Didacio de Orosco, su compañero, era natural de Placencia, y ya desde su mas tierna edad no habia aspirado mas que á la gloria del sacerdocio y del martirio. Entró en la Compañía el año 1602, y apenas terminó el noviciado en 1605, pidió ser destinado á las misiones de América, no obstante la oposicion de toda su familia, y particularmente de Rodrigo de Orosco, marqués de Mortara; llegando con Bernardo de Cisneros y Gerónimo de Moranta á Méjico, donde hizo con brillantez los cursos de filosofía y teología. Pero viendo que no habia ninguna probabilidad de alcanzar el martirio en América, solicitó Didacio pasar al Japon, cuando sus superiores le encargaron que fuese á evangelizar á los tepeguanos. Al notar Didacio de Orosco y Bernardo de Cisneros el estraordinario movimiento y escitacion de los naturales, hicieron entrar al convento á los españoles y á los indígenas fieles que habia en la iglesia cuando empezó el motin, por mas que no hubiese en él provisiones ni tuviesen los españoles armas bastantes para rechazar los ataques de los bárbaros, pues contaban tan solo con la volubilidad y el arrepentimiento de estos últimos. En lugar empero de abandonar su designio, procuraron los salvajes reunir muchas materias inflamables en torno del edificio sitiado, para incendiarle, caso de que no pudiesen tomarlo por asalto. La impetuosidad de su ataque, y sobre todo, los escasos medios de defensa con que podian contar los sitiados, hizo pensar á estos en rendirse; antes empero de apelarse á este último medio, intentó el P. Bernardo dirigir á los rebeldes una alocucion paternal, á fin de ver si podia hacerles renunciar á su depravado intento. Así pues, hizo el intrépido misionero abrir las puertas del templo, se dirigió hácia los infieles y les recordó la fé que poco antes profesaban; pero lejos de atender su voz arrojaron contra él una nube de flechas que le habrian dejado muerto en el acto, á no haber tenido los españoles que le acompañaban la precaucion de llevársele herido. En la imposibilidad de recibir socorro y de resistirse por mas tiempo, propusieron los sitiados entregarse, con tal que se les permitiese salir libremente de la poblacion dejando las pocas armas que tenian; y como fuese aceptada por los salvajes su proposicion, se adelantaron con el P. Didacio, que llevaba el Santísimo Sacramento, y el P. Bernardo la imágen de María. Al llegar al centro del cementerio se arrodillaron los bárbaros ante el Santísimo, pareciendo estar resueltos á adorar nuevamente á Dios; un rayo de esperanza penetró desde luego en el corazon de Didacio, quien se paró y exhortó á los infieles á que volvieran á abrazar la fé, si es que aspirasen á la dicha de la inmortalidad y á evitar el castigo eterno reservado á los réprobos. Su furor hasta entonces hipócritamente reprimido, estalló de nuevo, y á voz en grito dijeron que mentia el misionero y que el Dios de los cristianos era mudo; luego dieron muerte á los infelices que se habian refugiado en el templo, y se apoderaron de los misioneros para condenarles á un suplicio mas lento y ter-

rible. Despues de haber hecho á los dos padres objeto de todos los insultos y burlas, atravesó uno de los salvajes el pecho de Didacio, le derribó en el suelo, le hizo poner los brazos en forma de cruz, mientras que otro salvaje, armado de una hacha, separó en dos partes, desde la cabeza hasta los piés, el cuerpo del mártir, que dirigia entre tanto á sus verdugos estas dulces palabras: «Haced de mí cuanto gusteis; sé que muero por Dios, y en ello consiste mi dicha.» Al terminar el mártir estas palabras, exhaló su postrer suspiro, y empezó el P. Bernardo su glorioso sacrificio: murieron los dos apóstoles el dia 18 de noviembre del año 1616.

Mientras tenian lugar aquellos tristes acontecimientos en la colonia de Santiago, se dirigia otra turba salvaje al pueblo de San Ignacio, en el que habian logrado ya reunirse muchos españoles con sus siervos y sus esclavos negros, procedentes de Africa; siendo dos religiosos de la Compañía de Jesus los pastores de aquella cristiandad. El primero de estos, Juan del Valle, natural de Victoria, habia sido admitido en la Sociedad el año 1594, el cual como hubiese deseado siempre ardientemente pasar á las misiones de América, se le destinó á Méjico; llamado á evangelizar á los tepeguanos, se le vió constituirse á la vez en su siervo y su apóstol. Cultivaba Juan las tierras, cortaba la leña en los bosques, construia los templos, preparaba la comida para los operarios, á los que cedia su modesta pension de misionero, por no necesitar para su sustento mas que un poco de maiz y las yerbas de los campos. Les dirigia no solo en la fé, si que tambien en todos los oficios, mostrando ser para ellos en todas ocasiones un padre tierno que les trataba como hijos queridos; y, sin embargo, casi siempre se correspondia con ingratitud á sus inmensos favores. Cierto dia al descender del altar le dió un indígena un bofeton; y como preguntase que era lo que habia dado lugar á semejante violencia: «No hay mas causa que la del sacrificio que acabas de hacer,» le contestó el culpable. «En este caso, repuso el Padre he ahí mi otra megilla, hiere.» Sus esfuerzos para hacer renunciar á los tepeguanos al adulterio y al robo, le valieron tambien muchas veces iguales ultrages, preservándole sin embargo la Providencia del ciego furor de los que habian jurado asesinarle; un indígena, al cual queria separar de la cómplice de sus escesos, entró armado por tres veces en la cabaña que habitaba el religioso, y como lo ocultase Dios á sus miradas, confesó al fin que iba con la intencion de matarle, sin que viese hasta entonces á Juan del Valle, que estaba á muy pocos pasos de distancia Y como si no bastasen aun las violencias de que habia sido constante objeto, añadia á ellos el misionero todos los rigores de la penitencia, acostándose en el duro suelo, y sin abrigo alguno, para que sufriesen todos sus miembros el rigor del frio. Hundíase durante ocho meses del año en el fondo de los mas espesos bosques para ir en busca de los indígenas que queria convertir á la civilizacion y á la fé, sin que en todo aquel tiempo se quitase nunca el cilicio ni renunciase á ninguna de las mortificaciones con que torturaba sin cesar su cuerpo. De este modo pasó Juan del Valle doce años entre los tepeguanos, destruyendo sus ídolos, entre los que habia particularmente uno de piedra, que era indigno objeto de una gran veneracion, por lo que fué uno de los primeros que procuró destruir; como hombre verdaderamente conciliador, procuró siempre calmar los ódios, mereciendo que por su mansedumbre se le diese el nombre de Juan de la Paz. Siervo fiel de María, recibió de ella la seguridad de que el martirio coronaria al fin su vida de sufrimiento y de pena; por lo que escribió, despues de aquella revelacion, á diferentes de sus amigos, que, moriria antes de tres meses en manos de los tepeguanos. El P Luis de Alabes, su compañero, habia nacido en Guaxaca, ciudad de Nueva-España, y entrado en el noviciado de los jesuitas en Méjico el año 1607; una vez promovido al sacerdocio, fué á continuar el P. Luis su vida angelical en Nueva-Vizcaya, haciéndole su caridad y su amor al sufrimiento

en un todo digno de ser asociado á Juan del Valle. Fuéle igualmente revelado su martirio, puesto que quince dias antes de acontecer, se le oyeron pronunciar en el altar las siguientes palabras: «¿Es esa, Señor, la clase de muerte que se nos destina? ¿Y debemos morir todos de ella? ¡Que vuestra voluntad se cumpla!» Luego preguntó á un niño si tendria valor para sufrir el martirio, á lo que contestó aquel afirmativamente; y, en efecto, tuvo despues el niño aquella dicha. Además, Luis de Alabes anunció al dominico Sebastian del Monte que uno y otro moririan por la fé; hízole aquella prediccion de un modo tan solemne, que escribió el dominico á sus superiores una carta de despedida. Tales eran los dos jesuitas que dirigian la colonia de San Ignacio, y sobre la que se arrojaron los tepeguanos por sorpresa el dia 18 de noviembre de 1616, pasándolo todo á sangre y fuego, siendo asesinados los dos jesuitas en el momento en que iban á celebrar los divinos misterios.

Al dia siguiente del en que fueron los cuatro sacerdotes residentes en San Ignacio, víctimas de un cruel parricidio, hubo otros dos religiosos que al dirigirse al mismo pueblo para celebrar la fiesta del 21 de noviembre, fueron tambien atacados antes de llegar á dicha colonia. Juan de Fuente, español de nacion, habia pasado á Méjico, y luego al pais de los tepeguanos bajo la direccion del P. Gerónimo Ramirez, al que debia suceder en el apostolado. No hubo sacrificio que no hiciese con gusto este celoso misionero por levantar de la abyeccion en que yacia aquel pueblo salvaje, que debia en cambio hacerle sufrir todos los tormentos antes de quitarle la vida. Era el P. Juan de Fuente superior de todos los jesuitas de la mision de los tepeguanos, y hacia ya diez y seis años que estaba evangelizando aquel pais, dando el ejemplo de todas las virtudes. El venerable hermano coadjutor Alfonso Rodriguez, fué el que aconsejo á Gerónimo de Moranta, colaborador del P. de Fuente, que entrase en el instituto de San Ignacio, y que luego se dirigiese á América, donde recibiria la corona del martirio. A su llegada á Méjico, se le destinó al lado de Juan de Fuente, con el que compartió ya desde el primer dia los trabajos apostólicos; asocióse así mismo á sus privaciones y generosos esfuerzos, llegando á sobrepujar su austeridad á la de los solitarios de los primeros siglos. Era tal el ardor que abrasaba á Gerónimo de Moranta por convertir á los indigenas, que no cesaba de pedir á Dios con las lágrimas en los ojos que diese á su palabra la fuerza necesaria para ablandar el corazon de los tepeguanos; y con efecto, accedió el Señor de tal modo á las oraciones de su siervo, que en una sola ocasion convirtió este á mas de quinientos indígenas, y formó despues florecientes colonias con los naturales que en todos los puntos atrajo á la fé. Entre todos los misioneros consagrados á la evangelizacion de los tepeguanos, era Gerónimo de Moranta el que gozaba de mas reputacion de santidad: dice Tanner, que celebrando Gerónimo los divinos misterios en el pueblo de San José, le fué nuevamente revelado su próximo martirio. De todos modos, es lo cierto que, mientras este religioso y el P. Juan de Fuente, su superior, se dirigian á la colonia de San Ignacio, empezaron los indígenas sublevados á arrojarles flechas desde lejos, no parando hasta darles una muerte cruel.

Cuando Gaspar de Alvear, gobernador de Nueva-Vizcaya, recorrió al frente de algunas tropas el pais que acababa de ser teatro de tan sangrientas escenas, al objeto de restablecer el órden, encontró los cuerpos de los cuatro jesuitas antes citados en un estado tal de conservacion, á pesar de los tres meses que habian trascurrido desde su muerte, que parecian haber dejado de existir en aquel mismo instante. El P. Juan del Valle y Luis de Alabes fueron hallados en el interior del pueblo de Santiago junto á la iglesia; los cuerpos de Juan de Fuente y de Gerónimo de Moranta estaban guardados por dos perros, cuyos ladridos atrajeron á los españoles á aquel sitio. El gobernador llevó á Durango aquellas preciosas reliquias, de las que se encargó desde luego el vicario general

con imponente solemnidad, siendo sepultadas en la iglesia de los jesuitas junto al altar mayor de la misma; y habiendo sido algunos años despues abierta su tumba, se vió que lejos de sufrir los restos de aquellos dos mártires la ley de destruccion, despedian un olor suavísimo.

Fué el P. Fernando de Santaren, el octavo mártir sacrificado por el furor de los tepeguanos. Era Santaren, hijo de una ilustre familia que podia ofrecerle todas las comodidades de la vida, pero como habia nacido para el sacrificio, renunció á ellas desde su edad mas tierna. A los quince años entró en la Compañía de Jesus, y terminada la filosofía abandonó á España, su patria, para dirigirse á América; su piedad angélica, la dulzura de su carácter, y todas las demás virtudes de que estaba poseido, causaron la admiracion y el encanto de todos los pasageros que hicieron con él la travesía, siendo general la influencia que ejerció en los ánimos. Mientras cursaba teología en Méjico, iba á catequizar á los indígenas, á cuya salvacion se consagró esclusivamente luego de haber llegado al sacerdocio; habiéndosele enviado á Cinaloa, compartió en aquel pais con el P. Gonzalo de Tapia, todas las fatigas y peligros. Destinósele mas tarde á la mas difícil de todas las misiones, ó sea al pais de Topia, cuyos pueblos evangelizó durante su vida; completamente solo en los primeros años, predicaba todos los domingos tres veces en el pueblo de San Andrés, por tener que anunciar en él la palabra divina á los españoles, á los esclavos y á los indígenas idólatras. Despues de haber repetido todos los miércoles su predicacion, se dirigia á las mas ásperas montañas, y luego á la poblacion española de Topia, teniendo que sufrir en aquel viage de muchas millas, todas las privaciones y peligros que ofrecia la escabrosidad de un pais intransitable. Durante la cuaresma eran aun mas frecuentes sus escursiones, pues recorria Santaren sin cesar aquella region en todas direcciones para anunciar el Evangelio; llegó á abrazar su caridad tal estension de pais, que apenas bastaron despues catorce ausiliares á cultivar la viña que plantára él solo. Formó el misionero mas de cuarenta colonias con los indígenas que habia civilizado, administró el bautismo á mas de cincuenta mil idólatras, destruyó un número infinito de ídolos, y desterró las mas groseras supersticiones, entregándose por espacio de muchos años á todos los sufrimientos, privaciones y fatigas. Tan triste y salvage era el pais que habitaba Santaren, que habiendo ido á visitarle el P. Andrés Tutin, por estar aquel enfermo, dijo, que si él hubiese sido destinado á aquel pais, y tenido la desgracia de morir en sus escarpadas rocas, habria dispuesto en su testamento que se le sacase de aquel espantoso retiro, cuya desnudez sombría era como la imágen terrible del infierno Sin embargo, el P. Fernando de Santaren, vivia en él tan contento y feliz, como habria podido serlo en Madrid ó en Toledo; diciendo que era aquel pais su Méjico, la dichosa region en que gozaba de todas las delicias. Nuevamente sublevados los indígenas de Topia en el año 1603, incendiaron los pueblos de los alrededores y mas de cuarenta iglesias; al recibir el P. de Santaren la noticia de los escesos cometidos, se fué á encontrar á aquellos furiosos sedientos de sangre, y sin pensar siquiera en el inminente peligro á que se esponia, se presentó en sus filas ofreciéndoles la paz que rechazaron por haber olvidado ya la paternal ternura del misionero. «Retírate, le gritaron, porque no querémos ya reconocerte por padre.» Con todo, el dulce encanto de aquella voz antes tan querida, logró al fin conmover á los salvages, quienes acabaron por sentirse subyugados ante la resignacion angelical, con que soportó el religioso sus insultos; y fué por último la paz el resultado de su mediacion benéfica. Poco tiempo despues se sublevó en un pueblo de cerca de Topia, un anciano que escitaba á sus compatriotas á la rebelion, diciéndoles, que él era tambien obispo y príncipe de los apóstoles, y que por lo tanto, sabria como los españoles, predicarles la ley de Jesucristo: tenia además á sus órdenes dos falsos apóstoles,

llamados Juan y Jacobo, que empezaron á administrar los sacramentos. Sin pensar siquiera en el peligro, se dirigió el P. de Santaren hácia aquel pueblo crédulo, siendo tan convincente su palabra, que descendieron inmediatamente aquellos indígenas de sus escarpadas rocas, para irse con él á cultivar las llanuras. Habiendo sido el impostor y sus cómplices cogidos por los españoles y condenados á muerte, logró el misionero despertar en sus corazones el arrepentimiento, y abrirles por aquel medio el camino del cielo. Habia, con efecto, en el P. Fernando, una dulzura tan persuasiva, y una caridad tan tierna, que era imposible dejar á su vista de sentirse atraido; cuando hacia algun tiempo que no habia visto á los indígenas, se dirigian estos corriendo hácia él, y en su efusion les estrechaba dulcemente en sus brazos, contestaba con amor á todas sus preguntas, y hasta á sus instancias, y tenia que decirles las causas que le habian obligado á permanecer lejos de ellos. Los enfermos y los pobres eran, sobre todo, particular objeto de su predileccion; no solo socorria las miserias con la suma que le estaba señalada para su manutencion, si que tambien con las limosnas que recogia y hasta con sus propios vestidos. El rigor de la penitencia llegó á ser para Fernando de Santaren un manantial de delicias, á causa de su íntima y contínua union con Dios, al que adoraba noche y dia, y cuyo amor le inflamaba hasta tal punto, que cuando exhortaba á los indígenas á la virtud, parecia brotar de sus ojos el fuego de la caridad mas pura. En vano le escribian sus superiores de Méjico, que tomase algun descanso: « Nadie puede figurarse, les contestaba el misionero, la suave uncion, la íntima alegria que Dios concede al alma de los que emprenden estas misiones. » Proseguia con el acostumbrado ardor sus trabajos, cuando habiendo sabido los jesuitas del pueblo de San Ignacio que se dirigia á Durango, le suplicaron que se sirviese asistir á la ceremonia del 11 de noviembre del año 1616, que iba á celebrarse en su iglesia. Deseoso de acceder á los deseos de sus queridos hermanos, se fué Fernando al pais de los tepeguanos; llegó el 20 de noviembre á Tenerapa, donde resolvió celebrar los santos misterios; despues de haber llamado en vano al portero por medio de la campana, penetró en la iglesia, en la que encontró destruido el altar y profanadas las santas imágenes. Adivinando entonces los tristes sucesos que habian tenido lugar, iba á dirigirse á Durango; pero como habia sido ya descubierto por los indígenas, corrieron tras él y le alcanzaron junto á un rio, al que arrojaron el cuerpo del apóstol, despues de haberle hecho sufrir todos los tormentos. Murió Fernando de Santaren á los cincuenta y un años, de los que pasó veinte y tres en la difícil mision de Topia, que dirigió por espacio de catorce. Hueta, su pueblo natal, obtuvo una parte de sus restos, ó mejor, de sus santas reliquias, que las mugeres de los tepeguanos lograron recoger, despues de haber llorado la muerte de aquel hombre inocente, y de haberlas causado horror las crueldades ejercidas por los indígenas contra los jesuitas.

CAPÍTULO XV.

Mision de los Jesuitas en la Acadia (Nueva-Escocia) y de los Recoletos en el Canadá.

Independientemente de las misiones de las fronteras de Méjico, la Compañía de Jesus las estableció en el Canadá, vasta comarca de la América septentrional, de la que ya hemos hablado anteriormente (1). Despues de cincuenta años de guerras civiles, la Francia habia podido hallar su tranquilidad, merced á los esfuerzos y prudencia de Enrique IV, y ya entonces pudo ocuparse de los asuntos esteriores. Por real cédula fechada en el mes de enero del año 1598, el marqués de La Roche fué investido de los poderes que Francisco I habia dado á Roberval, para procurar ante todo el establecimiento de la fé

(1) Véase Lib. II. Cap. VI.

católica. El comendador de Chates, gobernador de Diepa, que le sucedió en el vireinato y comandancia general del Canadá, dió á su vez y al propio efecto, amplios poderes á Samuel de Champlain, distinguido oficial de marina, que debia ser el verdadero fundador de la colonia, y el padre de la Nueva-Francia. El caballero de Monts, gentil-hombre de Saintonge, que mas tarde reemplazó en la regencia al citado comendador, no solo admitió el concurso de Champlain, sino que le agregó á Juan de Biencourt, señor de Poutraincourt, gentil-hombre picardo. Este último era calvinista, lo que sorprenderá sin duda que se encargára á un protestante de establecer entre los idólatras la religion católica. Habiendo confirmado el rey en el año 1607, la concesion que de Monts habia hecho á Poutraincourt de Puerto-Real, en la Acadia (Nueva-Escocia), le advirtió que estaba obligado á trabajar para la conversion de los indígenas, y le mandó que enviára á buscar á algunos jesuitas. Al llamamiento de los superiores de la Compañía, á quienes el P. Cotton, confesor del rey, hizo conocer la voluntad de aquel príncipe, se presentaron varios religiosos; pero únicamente se aceptaron dos, que fueron el P. Pedro Biard, profesor de teología en Lion, y el P. Enemundo Massé, compañero del P. Cotton. Poutraincourt, que seducido por las calumnias de los calvinistas, abrigaba alguna prevencion contra su órden, se embarcó sin ellos, y, á fin de persuadir á la corte que el ministerio de los jesuitas no era necesario para la conversion de los infieles, apenas hubo llegado á Nueva-Escocia, envió al rey una lista de veinte y cinco indígenas, que un sacerdote llamado José Flesche, por otro nombre el patriarca, habia bautizado apresuradamente. A ruego del P. Cotton, apoyado por la marquesa de Guercheville, que se habia declarado la protectora de las misiones francesas en América, Biencourt, hijo de Poutrancourt, se determinó á embarcar los dos jesuitas. La reina madre, viuda de Enrique IV, dió á aquellos religiosos quinientos escudos; la señora de Verneuil, les hizo su capilla; la de Sourdis, les proporcionó la ropa blanca, y la de Guercheville, se encargó del resto. Dos calvinistas, partidarios de Biencourt, habiéndose negado en el puerto de Diepa á recibir á los religiosos, que se retiraron entonces á su colegio de la ciudad de Eu, su celosa protectora hizo entonces una cuesta en la corte cuyo producto sirvió para interesar á aquellos mercaderes. Compró además todos los derechos que de Monts habia obtenido de Enrique IV, y despues firmó con Biencourt una escritura de sociedad, en virtud de la cual los fondos necesarios para el sosten de los misioneros, debian sacarse de lo que produjera la pesca y comercio de pieles. Los PP. Biard y Massé, llegaron á Puerto-Real, el 12 de junio del año 1611, y quisieron aprender en seguida la lengua del pais; pero ninguno de sus compatriotas se prestó para facilitarles su estudio.

Afortunadamente el sagamo (jefe de burgo, ó como si dijéramos alcalde), llamado Membertu, que sabia un poco de francés, se hizo su amigo. Aquel jefe, muy respetado entre los suyos, habia querido saber en que consistia el cristianismo, antes de recibir el bautismo; y, lo que hasta entonces habia podido comprender respecto á la verdadera religion, le habia inspirado vivos deseos de conocerla á fondo. Las relaciones de los jesuitas con Membertu, que recibió el nombre de Enrique en el bautismo, fueron tanto mas útiles á los misioneros, cuanto que antes habia sido juglar entre los suyos. El P. Biard le preguntó un dia, si el demonio, al que decia, habia invocado muy á menudo, se le habia aparecido alguna vez. Contestóle que habia acontecido algunas veces; « pero, añadió, lo que me decidió á renunciar á mi profesion, fué el que el espíritu de las tinieblas siempre me aconsejaba hacer mal. » Habiendo caido enfermo Membertu, fué acojido en Puerto-Real por el P. Massé, pero apenas lo supo el P. Biard, que se hallaba ausente, acudió para prestarle todos los ausilios necesarios; pero ningun remedio pudo salvar al indígena. Despues de haber pe-

dido y recibido con gran devocion los últimos sacramentos de la iglesia, el moribundo manifestó á Biencourt su deseo de ser enterrado con sus padres en su pueblo. El P. Biard hizo presente al gobernador francés que aquel propósito, en el que consentia, no podia verificarse mientras no se desenterrasen antes los restos de los infieles enterrados en el mismo lugar; lo que nunca permitirian los indígenas, y que tampoco se hallaba en la intencion del enfermo. Obstinado Biencourt en hacerlo, los jesuitas declararon que no se encargarian de los obsequios; pero la firmeza y caridad del misionero habiendo abierto los ojos á Membertu, éste pidió perdon de su indocilidad, dijo que no queria quedar privado de los sufragios de la iglesia y dejó dueños á los jesuitas de darle la sepultura que juzgasen mas á propósito. Aquel jefe murió poco despues, abrigando los mas puros sentimientos do fé y confianza en Dios.

Algunos dias despues, el P. Biard partió con Biencourt para ir á visitar toda la costa hasta el Kinibeki, cuyo curso fueron subiendo hasta muy lejos. Fueron muy bien recibidos por los canibas, tribu abnakisa, á la cual el misionero, ayudado de un intérprete, anunció el Evangelio. Aquel dócil pueblo le escuchó con respeto, y no le pareció muy distante del reino de los cielos. Por su parte el P. Mussé quiso reconocer el pais, y estudiar las disposiciones de sus habitantes en favor de la religion. Un hijo de Membertu, que era cristiano y se llamaba Luis, le servia de guia; pero su escursion no dió ningun resultado favorable. Por otra parte, el triste estado de Puerto-Real, era causa de que los franceses fuesen mirados con desprecio por los indígenas, de modo que los misioneros se vieron reducidos á bautizar únicamente los niños moribundos. Contribuyó no poco á aquel precario estado, la mala inteligencia que reinaba entre los gefes de la colonia y los jesuitas, la que habiendo llegado á noticia de la señora de Guercheville, procuró que fuesen trasladados aquellos religiosos á otro lugar donde pudiesen ejercer su ministerio sin ninguna clase de obstáculos.

Una nave fletada á costas de la marquesa y de la reina madre, y mandada por Saussaye, salió de Honfleur, el 12 de marzo del año 1613, tomó á su bordo á los PP. Biard y Massé en Puerto-Real, y fué á desembarcarles en la orilla septentrional del rio de Pentagoet, donde se formó la colonia de San Salvador. Acompañado de La-Motte, teniente de Saussaye, el P. Biard hizo enseguida una escursion por el pais. Al pasar cerca de un pueblo, llegaron á sus oidos unos gritos espantosos, y creyéronse que lloraban algun muerto; pero un indígena les dijo que era un niño que se moria. El misionero voló enseguida al lugar de donde partian los lamentos, y encontró á los habitantes que formaban un círculo; en medio de él veíase al padre del niño enfermo que le sostenia en sus brazos, y á cada suspiro que exhalaba el moribundo, lanzaba aquel unos gritos mas propios para asustar que para escitar compasion; los demás indígenas formaban coro, y de ahí el rumor que repetian los ecos de las vecinas selvas. Compadecido de aquel espectáculo, el sacerdote se acercó al padre, y le dijo si queria permitirle bautizar á su hijo. Aquel pobre hombre le entregó enseguida el niño; Biard lo colocó en brazos de La-Motte, el misionero se hizo traer agua y bautizó aquella inocente criatura. El mas profundo silencio reinó durante la ceremonia, y parecia que los indígenas aguardaban un acontecimiento estraordinario. Notólo el servidor de Dios, y, lleno de una confianza verdaderamente apostólica, suplicó en alta voz al Señor, que en su gran misericordia, se compadeciera de aquel pueblo ciego pero dócil. Terminada su oracion, volvió á tomar el infante, lo puso en brazos de su madre y le dijo que le diese de mamar. Obedeció la muger, el niño aspiró la leche, y apareció enseguida tan sano, como si jamás hubiese estado enfermo. A la vista de aquella repentina curacion, los indígenas permanecieron durante algun tiempo inmóviles de sorpresa; el misionero, considerado como

un hombre bajado del cielo, sacó todo el fruto que se podia esperar entonces de aquel maravilloso suceso, que andando el tiempo habria dado muchos mayores resultados, si los ingleses procedentes de la Virginia no hubieran ido á destrozar la colonia de San Salvador. Un religioso jesuita llamado Gilberto del Thet, fué mortalmente herido por los protestantes; pero segun refiere el P. Biard, antes de espirar pudo confesarse bendiciendo y alabando al Dios justo y misericordioso, que le permitia morir en brazos de sus hermanos, despues de haber hecho cuanto habia estado de su parte, por la conquista de las almas y salvacion de los salvages. Una vez dueños del fuerte, el primer acto de los hereges, fué derribar la cruz que los misioneros habian plantado, para reunir en torno de ella á los fieles durante las oraciones públicas, mientras que se procuraban una iglesia. El P. Massé y una parte de los colonos, partieron en un buque francés para San-Malo, donde llegaron sin novedad, al paso que el P. Biard y otros dos jesuitas, que habian llegado con Saussaye, tuvieron forzosamente que presenciar con los demás colonos, desde la escuadra inglesa, la ruina de todos los establecimientos que tenia la Francia en la Nueva-Escocia. En el momento en que el comodoro inglés, salia de Puerto-Real, un francés le advirtió que desconfiase de un jesuita español llamado Biard. Aquel religioso era de Grenoble; pero uno de los medios de que se valian entonces en Francia, para hacer odiosos á los jesuitas, consistia en hacerlos pasar por partidarios secretos de la casa de Austria. Engañado el comandante por aquella calumnia, se hubiera desprendido de l s tres misioneros á su regreso á Virginia, si una tempestad no hubiese alejado del resto de la escuadra al buque en que iban aquellos. El huracan llevó aquella nave hasta las islas Azores, donde los jesuitas solo tenian que darse á conocer para ser vengados; pero aunque el capitan del buque, les habia tratado muy mal, tuvo bastante confianza en su virtud, para proponerles que permanecieran escondidos cuando fuesen á visitar el buque, y ellos consintieron sin replicar. Llegados á Inglaterra le prestaron otro servicio, porque si bien el capitan aseguraba que la tempestad le habia separado de su comandante, se le reputó como desertor de la Virginia, y no salió de la cárcel hasta haber declarado los jesuitas en su favor, de modo que fueron dos veces sus libertadores. En fin, el embajador de Francia en Londres, habiendo reclamado aquellos dos religiosos, pudieron pasar á Calais. El P. Biard murió en Aviñon, en noviembre del año 1622.

En el Canadá propiamente dicho, Samuel de Champlain habia fundado en 1608 la ciudad de Quebec, en el mismo sitio de una poblacion de indígenas, llamada de Stadaconé, en la cima del Cabo Diamante, que se eleva á mas de trescientos noventa y seis piés sobre el nivel de San Lorenzo. En este lugar en que el rio se ensancha y divide para abrazar la isla de Orleans, sus aguas, violentamente rechazadas por la marea, que sube hasta Tres-Rios, muchas veces se hallan en un estado de turbulencia que les dá el aspecto de un mar. Esta agitacion armoniza con la severa fisonomía de la capital del Bajo Canadá, cuyas casas, confusamente hacinadas en la pendiente del monte, dominan el cauce del rio y los mástiles de los buques que parecen estar anclados á su pié. (Pl. XC, n.° 2.) Quebec, que con el tiempo ha llegado á ser tan grande, en un principio no contaba mas que con cincuenta habitantes (1).

(1) Quebec es hoy dia cabeza de distrito y de condado, sedo de un obispo católico, ba o la inmediata dependencia del Papa, y de otro anglicano. Esta ciudad que tieno tres cuartos de legua do circuito, puede considerarse como una fortaleza de la mayor importancia, tanto á causa de las fortificaciones quo la defienden, como con respeto á su ciudadela. Entre sus mas bellos edificios públicos merecen citarse sus dos magníficas catedrales, una católica y otra anglicana; las iglesias de las Ursulinas y Escoceses, el hospicio, el seminario, el convento de Jesuitas, convertido en cuartel, y el antigun palacio episcopal, aunque está muy deteriorado y ocupado por las oficinas del gobernador. Su poblacion consta de unos 24,000 habitantes, las dos terc ras partes católicos, descendientes de franceses. Segun algunos historiadores, el nombre Quebec, deriva de la palabra algonquina que significa *contraccion*, y que designa la primitiva angostura que se observa en el rio San Lorenzo cuando se remonta; otros suponen que este nombre procede de la esclamacion francesa *¡Quel bec!* que indicaria la punta sobre la cual está fuudada la ciudad. (Nota del Trad.)

A fin de sentar la colonia sobre sólidos fundamentos, Samuel de Champlain se propuso dos cosas: en primer lugar, formar una compañía aprobada por el rey, que la sostuviera y desarrollára bajo el aspecto temporal; y en segundo lugar, procurarse algunos misioneros que le prestasen los ausilios espirituales de que habia estado privada enteramente hasta entonces. Considerando los inmensos servicios que habian prestado los franciscanos, apóstoles de la América, determinó dirigirse al P. Garnier de Chapouin, provincial de San Dionisio, mereciendo citarse la cédula que Luis XIII espidió en 20 de marzo del año 1615 á favor de aquellos religiosos. « Los difuntos reyes, nuestros predecesores, obtuvieron y gozaron del título de Cristianísimos, procurando la exaltacion de la santa fé católica, apostólica, romana, y defendiéndola de toda suerte de opresiones; manteniendo á los eclesiásticos en sus derechos y admitiendo en su reino todas las órdenes religiosas, que con pureza de vida, se consagraban á la enseñanza de los pueblos y á adoctrinarlos tanto de viva voz como por el ejemplo. Así es que, abrigamos un vivo deseo de mantener y conservar dicho título de Cristianísimo, como el mas rico floron de nuestra corona, y con el cual confiamos que prosperarán todas nuestras acciones; queriendo no solamente imitar en todo lo que nos sea posible á nuestros predecesores, sino hasta aventajarles en deseos de establecer dicha fé católica, y hacerla anunciar en lejanas, bárbaras y estrañas tierras, donde el santo nombre de Dios no ha sido aun invocado por nuestro amado y piadoso predicador, el padre provincial de la provincia de San Dionisio, en Francia, de los religiosos franciscanos de la estricta observancia, vulgarmente llamados Recoletos. Y como este, anticipándose y secundando nuestros deseos, haya enviado al pais del Canadá para predicar en sus tierras el santo Evangelio, y conducir á la santa fé las almas de sus habitantes, presos en sus errores y estravagancias, careciendo de todo conocimiento del verdadero Dios, haya enviado decimos, un buen número de religiosos, no solo sus trabajos apostólicos no han sido inútiles, sino por el contrario, algunos de dichos habitantes del Canadá, reconociendo sus antiguos errores, han abrazado la santa fé y recibido el sacramento del bautismo, lo que ha sido para Nos sumamente grato, cumple ahora á nuestro deber asegurar lo que ha sido comenzado por dichos religiosos, á cuyo efecto les autorizamos para que continuen viviendo en comunidad en dicho pais, construian en él tantos conventos como juzguen ser necesarios, segun los tiempos y lugares, poniéndose todas esas casas, monasterios y religion bajo la obediencia del citado padre provincial, á fin de impedir la confusion que podria resultar si cada religioso, llevado por su propia voluntad, se dirigiese al citado pais del Canadá. Deseando que así conste en lo sucesivo, hemos declarado y declaramos por la presente, firmada de nuestro propio puño y letra, nuestra intencion y voluntad de que el padre provincial de la citada provincia de San Dionisio en Francia, sea el único que cuando juzgue conveniente, pueda enviar al mencionado pais del Canadá tantos religiosos recoletos cuantos crea necesarios; permitiendo que dichos religiosos residan en aquellas tierras y construyan y hagan construir en ellas uno ó varios conventos y monasterios, cuando consideren que sean necesarios, etc. »

Resulta de esta real cédula que anteriormente al 20 de marzo del año 1615, dia en que fué espedida, ya habian sido enviados los recoletos al Canadá y tambien obrado en él algunas conversiones. No obstante, el P. Cristian Le-Clercq califica de primeros misioneros de aquel pais á cuatro recoletos que se embarcaron en Horfleur, el 24 de abril del año 1615, y que llegaron á Tadoussac á últimos del mes siguiente. « Hasta el año 1615, dice el citado cronista, no se fundó el primer establecimiento de la fé en el Canadá, eligiendo el P. provincial de recoletos de Paris al P. Dionisio Jamay por primer comisario de la mision; al P. Juan de Olbeau para sucederle en caso de fallecimiento de aquel; al P. José Le-Caron y

hermano Pacífico Plessis para ser los primeros fundamentos del cristianismo en la Nueva-Francia. Con fecha del 20 de julio del mismo año, el P. de Olbeau escribia desde Quebec al P. Didacio David. «Los vivos deseos que habeis manifestado por la salvacion de las almas de este pais de la Nueva-Francia, lo que nos ha hecho desear y aun buscar los medios para asistirlas personalmente, me obliga á enviaros algunas noticias de nuestra mision. Partimos de Honfleur el 24 de abril por la tarde, y llegamos el 25 de mayo á un puerto donde se detienen los buques que se dirigen aquí. Este puerto se llama Tadoussac, y está situado á unas ochenta leguas del gran rio del Canadá. A treinta y cinco leguas mas arriba se halla la poblacion de los franceses, siendo yo el único de los religiosos que llegué á ella el 2 de junio. Los demás vinieron despues, segun su comodidad. El P. Comisario y el P. José no se detuvieron en ella, sino que fueron subiendo el rio hasta unas cuarenta ó cincuenta leguas, á fin de reconocer la bondad del pais y ver los salvajes que acudian en gran número para tratar con los franceses. El 25 de junio, en ausencia del R. P. Comisario, celebré la santa misa *la primera que se ha dicho en este pais*, cuyos habitantes son verdaderamente salvajes de nombre y de hecho. No tienen morada fija, sino que levantan sus cabañas donde saben que hallarán caza ó pesca, que es su alimento ordinario; hombres y mugeres van cubiertos con pieles de animales, llevan los cabellos largos y sueltos, se pintan el semblante de negro y rojo, y generalmente son de buena estatura. Respecto á sus facultades intelectuales, no puedo hablar todavía de ellas, porque hasta el presente solo he tenido ocasion de tratar con algunos particulares. En la estacion actual, la temperatura que aquí reina es muy parecida á la de Francia; el clima me parece bueno, pero es preciso pasar aquí el invierno para poder juzgar debidamente.» Esta carta que dá cuenta de las primeras impresiones del misionero, no dice que la casa y capillita de los recoletos hubiesen sido construidas ya con una sencillez y pobreza verdaderamente evangélicas, en el lugar donde se halla hoy dia la ciudad baja de Quebec. El P. Le-Caron, que el comisario habia dejado en Tres-Rios para administrar los sacramentos á los franceses é iniciarse en el idioma de los indígenas, construyó en aquel sitio una casa y capilla, á fin de dar comienzo á la mision sedentaria, celebrando la primera misa el 26 de julio. Habiéndose reunido mas tarde los recoletos en Quebec, en una especie de asamblea capitular, con el objeto de dividirse entre sí el vasto territorio que querian conquistar á Jesucristo, acordóse que el comisario permaneceria en aquella ciudad, como centro del pais, para atender á las necesidades espirituales de los franceses de la colonia, formar una mision para los indígenas, estender sus cuidados hasta Tres-Rios, y establecer mas abajo del rio otros centros del cristianismo que podria vigilar. El P. Olbeau destinado para convertir los montañeses, debia establecerse en Tadoussac, y dirigirse desde allí á la embocadura del San Lorenzo; el P. Le-Caron á quien tocaron los hurones y otras naciones de poniente, siguiendo el curso inverso del rio, habla así de su penoso viaje. «Imposible seria pintaros la fatiga que he tenido que soportar, habiéndome visto obligado á tener todo el dia el remo en la mano y remar con todas mis fuerzas con los salvajes. Mas de cien veces he tenido que atravesar por entre canalizos peligrosos, trepar por entre agudas rocas que me abrian los piés, sumergirme en el fango y atravesar los bosques, llevando la canoa y mi reducido equipage á fin de evitar los remolinos del rio y los saltos de agua que nos cerraban el paso. Nada os diré del penoso ayuno que nos puso en graves apuros, no poseyendo mas que un poco de *sagamité*, que es una especie de palmenta (*pulmentum*) ó masa, compuesta de agua y harina y trigo de la India, que nos daban mañana y tarde en muy corta cantidad. Sin embargo, es preciso que os confiese, que en medio de mis penas, esperimentaba mucho consuelo al ver un número tan grande de infieles para

quienes bastaba una sola gota de agua para hacerles hijos de Dios. Su presencia hace olvidar todas las fatigas é infunde un santo ardor para trabajar en su conversion, sacrificando el reposo y hasta si es necesario la vida.» Los hurones acojieron al misionero con cordialidad en su principal burgo llamado Carraguha, el cual estaba cercado de una triple empalizada de treinta y seis piés de altura para protegerle de los ataques de sus enemigos. Construyeron para el misionero con troncos de árboles y cortezas, una cabaña separada del pueblo, en la que el religioso levantó un altar, reuniendo en torno de ella á los indígenas que acudian para instruirse en las verdades del cristianismo. Habiendo penetrado el apóstol de los hurones hasta el pais de los perunos y otras comarcas vecinas, fué maltratado á instigacion de los juglares; pero tuvo el consuelo de bautizar algunos infantes y á varios ancianos moribundos. De regreso á Carraguha, dedicóse á escribir un diccionario de la lengua hurona y á civilizar á los indígenas. Por otra parte, aquellas primeras escursiones de los misioneros, no tenian mas objeto que reconocer las probabilidades que pudiera ofrecer en lo sucesivo la conversion de los naturales de las diversas comarcas del Canadá. Reunidos los recoletos en Quebec en el mes de julio del año 1616, se comunicaron recíprocamente sus observaciones, y en vista de ellas, resolvióse que el P. Olbeau y el hermano Pacífico permanecieran entre los indígenas y los PP. Jamay y Le-Caron fuesen á abogar en Francia por la causa de la mision. Al siguiente año, este último regresó al Canadá en calidad de comisario, con el P. Pablo Huet, al que colocó en Tadoussac, pero el P. Olbeau pasó á su vez á Europa. Por lo que hace al hermano Pacífico que evangelizaba á Tres-Rios, prestó en el año 1617 un gran servicio á la Nueva-Francia. Temerosos los indígenas de que Samuel de Champlain quisiera vengar cruelmente la muerte de dos franceses que habian asesinado para aprovecharse de sus despojos, se reunieron en número de ochocientos en Tres-Rios y resolvieron ir á degollar á todos los colonos de Quebec. Sabedor de su propósito por uno de ellos, Fr. Pacífico, ganó á muchos otros y poco á poco condujo el resto para procurar una reconciliacion que se encargó de negociar con el comandante. No obstante Champlain quiso que le entregasen los asesinos y le mandaron uno, que no era el mas culpable, con muchas pieles *para cubrir los muertos*, lo que el P. Le-Clercq esplica de este modo: «Presentaron el culpable á los franceses, con un gran número de pieles de castor que dieron *para enjugar sus lágrimas*, segun la habitual costumbre de aquellos bárbaros que tratan de este modo los negocios importantes. En efecto, enjugan las lágrimas por medio de presentes, apaciguan la cólera, declaran la guerra á las naciones, estipulan sus tratados de paz, entregan los prisioneros, resucitan los muertos, no preguntan en fin ni contestan, sino valiéndose de presentes. Así es que en sus arengas, los presentes hacen las veces de palabras. Los que se hacen por la muerte de un hombre, que ha sido degollado, son en gran número; pero generalmente no es el asesino ó matador el que los hace; la costumbre exige que sean sus padres, familia ó pueblo ó hasta toda la nacion, segun la calidad ó condicion del que ha sido muerto; de modo, que si el culpable es habido por algun individuo de la familia del difunto, antes de haberla satisfecho, es muerto enseguida. Siguiendo, pues, esta costumbre, antes que los prohombres y capitanes de los salvages hubiesen empezado á hablar, hicieron un presente de doce pieles de ante para captarse la benevolencia y á fin de que acojiesen favorablemente lo que iban á decir. Al llegar hicieron otro regalo que arrojaron á los piés de los franceses diciendo que era para limpiar el sangriento lugar en donde se habian cometido los asesinatos, protestando de su inocencia, manifestando que únicamente habian tenido conocimiento de ellos despues de consumados y que todos los gefes de su nacion habian condenado aquel atentado. El tercer presente era para dar robustez á los brazos de aquellos que, habiendo

encontrado los cadáveres en la costa, les habian llevado á los bosques: los salvajes añadieron á aquel presente dos pieles de castor para que descansáran sobre ellas de la fatiga que habian sufrido enterrándolos. El cuarto era para lavar y limpiar á los que se habian manchado con aquellas muertes y para devolverles el juicio que habian perdido cuando habian cometido aquella lamentable accion. El quinto para borrar el resentimiento que pudiese abrigar el corazon de los franceses. El sexto para cimentar una paz inviolable, manifestando que su hacha de armas quedaria suspendida en el aire sin descargar el golpe, y que la arrojarian tan lejos que ningun hombre del mundo pudiese volverla á encontrar jamás; es decir, que su nacion, estando en paz con los franceses, los salvajes no tendrian mas armas que las de la caza. El séptimo era para manifestar que deseaban que los franceses tuviesen los oidos abiertos á las dulzuras de la paz para poder perdonar á los dos asesinos. Ofrecieron además un gran número de collares formados con la madera de un arbusto del pais para encender un *fuego de consejo* en Tres-Rios y otro en Quebec, y añadieron al propio tiempo otro presente de dos mil granos del citado arbusto para servir de base y alimento á aquellos dos fuegos. Debe observarse que los salvajes casi siempre tienen la pipa en la boca durante sus asambleas, y como el fuego les es necesario para encender el tabaco, regularmente vese siempre una hoguera en sus reuniones; de modo que entre ellos es una misma cosa, encender un fuego de consejo, ó reunirse parientes ó amigos cuando quieren hablar ó decidir algun negocio de importancia. El octavo era para pedir la proteccion de los franceses, y añadieron á él un gran collar, con diez pieles de castor y de danta á fin de confirmar todo cuanto acababan de manifestar. » Fué preciso contentarse con esta especie de satisfaccion; se hicieron las paces y los indígenas dieron dos rehenes que el P. Le-Caron se encargó de instruir.

Entretanto, el P. Juan Olbeau, habiendo obtenido del Papa un jubileo durante su permanencia en Francia, de donde trajo á Fr. Modesto Guines, publicóle, y fué el primero que se anunció en el Canadá, en la capilla de Quebec el 29 de julio del año 1618. Sucitóse entonces una edificante competencia entre los PP. Le-Caron y Olbeau, suplicando el primero al segundo, que le aliviase del cargo de superior, que le obligaba á permanecer casi siempre en Quebec, cuando él ardia en deseos de ir á evangelizar á los indígenas. El P. Olbeau, á quien se hizo presente que sus ojos no podrian soportar el contínuo humo de las cabañas, tuvo que permitir que el ardiente apóstol volviese, no á Carrahuga, en el pais de los hurones, sino á Tadoussac. Habiendo llegado á su mision el P. Le-Caron, el gefe de los montañeses le adoptó por hermano, haciéndole respetar por los naturales. « Tal es, dice el P. Le-Clercq, el santo artificio de que se valen los misioneros que quieren permanecer entre los salvages: buscan al gefe mas considerado y amigo de los europeos; aquel salvage se los ahija (segun la espresion aproximada que emplean aquellos pueblos), en medio de un festin que se celebra espresamente; el gefe adopta al misionero por hijo ó hermano, segun la edad ó calidad de la persona, de modo, que toda la nacion le considera como si fuese en efecto natural de su pais y pariente de su gefe, entrando por medio de esta ceremonia en la alianza de toda su familia y en el mismo grado, ya sea hermano, tio, sobrino, etc. » El gefe que habia adoptado á Le-Caron por hermano, se llamaba Chumin, es decir, Racimo, porque era aficionado á los licores; y era tan grande el afecto que profesaba al misionero, que el hijo que tuvo de su compañera, quiso que fuese bautizado y llamado José. El buen religioso tratando de persuadirle que era preferible que su hijo se llamára Samuel de Champlain, « Quiero absolutamente, contestó Chumin, que se llame José como tú; y cuando será grande te lo daré para que lo instruyas, porque deseo de todo corazon, que siga enteramente tus hue-

llas y vista como tú.» Fué preciso complacer á aquel gefe, su hijo fué llamado José, pero murió á la edad de quince años. Chumin dió otra prueba de amistad al misionero, trabajando con sus propias manos en reconstruir de un modo mas sólido, la casa que los recoletos tenian en Tadoussac, y en la que Le-Caron habia establecido una escuela. Este religioso al dar cuenta de sus trabajos al provincial de Paris, le decia: «Estando un dia con dos ó tres ancianos de los mas capaces, versó la conversacion sobre quien habia hecho el cielo y la tierra; dijeles lo que creian los cristianos, y ellos me contestaron: «Si hubiésemos estado, podríamos saber alguna cosa.» Respecto de la tierra, me nombraron un cierto Michaboche, y empezaron á referirme mil fábulas, algunas de las cuales tenian alguna semejanza con el diluvio. En fin, despues de haberles esplicado la verdadera historia del diluvio, contestaron que bien podria ser como yo les decia. Creen que hay ciertos espíritus aéreos que tienen el poder de predecir las cosas futuras, y otros la facultad de poder curar toda especie de enfermedades, lo que contribuye á que estos pueblos sean muy supersticiosos, y consulten muy atentamente esos oráculos. Ví á un maestro juglar que hizo construir una cabaña con diez gruesas estacas que hundió profundamente en el suelo. Terminada esta, hizo un espantoso ruido para llamar y consultar á los espíritus, á fin de saber si pronto nevaria en abundancia para poder hacer una buena caceria de castores y orignales. Dijo que veia muchos de aquellos animales que estaban todavia muy lejos; pero que se acercarian á unas siete ú ocho leguas de sus cabañas, lo que causó gran júbilo á aquellos pobres ciegos. Dijeles que Dios era el soberano dispensador de todas las mercedes, y que únicamente debiamos pedir á él las cosas de que tuviéramos necesidad. Me contestaron que no le conocian, y que estarian muy contentos si supieran que pudiese darles castores y orignales. Les hice comprender que teniamos la inteligencia necesaria para saber como todo habia sido hecho y por quien, y por toda respuesta me manifestaron, que si fuésemos á habitar con ellos, darian voluntariamente sus hijos, para que los educáramos en nuestras creencias.»

El P. José Le-Caron, habia preparado á ciento cuarenta neófitos para recibir las aguas del bautismo, cuando regresó el 15 de julio del año 1618, á la capital del Bajo-Canadá. En aquella época, algunas misiones sedentarias se hallaban establecidas en Quebec, Tres-Rios, los Hurones y Tadoussac, y los religiosos habian dejado en las dos últimas, algunos jóvenes piadosos, que habiéndoseles ofrecido en Francia, para soportar con ellos todas las fatigas del ministerio apostólico, trabajaban bajo sus auspicios en la conversion y civilizacion de los indígenas. Los recoletos hubieran querido fundar en cada una de las cuatro misiones, un colegio para admitir á los niños que sus padres presentasen espontáneamente; pero la compañía de mercaderes que esplotaba el Canadá, absorta en los cálculos de su comercio, no pensaba mas que en cubrir los gastos de sus factorías, sin cuidarse de los establecimientos religiosos. Fué preciso pues, que los misioneros acudieran á otras personas mas desinteresadas, y al efecto enviaron á Francia al P. Huet, cuyo religioso se encargó además de consultar á los mejores teólogos de su provincia, y á los doctores de la universidad de Paris, acerca de los inconvenientes que se ofrecian respecto á la administracion del sacramento del bautismo á los indígenas, duda que el P. Leclercq, espone así: «Tal es aun hoy dia la disposicion de estas naciones, las cuales, no profesando ninguna religion, parecen incapaces de los razonamientos mas sencillos, que conducen á los demás hombres al conocimiento de una divinidad verdadera ó falsa. Estos pobres ciegos, escuchan como por puro entretenimiento, lo que se les dice respecto de nuestros misterios, fijándose únicamente en lo que es material ó sensible. Tienen sus vicios naturales, y unas supersticiones que nada significan; maneras y hábitos

salvages, brutales y bárbaros; consentirian en hacerse bautizar diez veces al dia, por un vaso de aguardiente ó una pipa de tabaco, y si bien nos ofrecen sus hijos y desean que los bautizemos, lo hacen sin ningun sentimiento religioso, de modo, que los que hemos instruido durante todo un invierno, si ahora se les interroga, apenas saben que contestar sobre las cosas mas sencillas de la fé. Pocos son los que no estén sumidos en esta profunda insensibilidad, lo que alarma la conciencia de nuestros compañeros religiosos, conociendo que el corto número de adultos á quienes han administrado el sacramento, despues de haberles dado las instrucciones necesarias, vuelven á caer en su ordinario indiferentismo por las cosas del alma; que los hijos bautizados siguen el ejemplo de sus padres, lo que es profanar el carácter y el sacramento que se les confiere.» El caso fué espuesto mas ampliamente, y discutido con mucho detenimiento; ocupóse tambien de él la universidad de la Sorbona, y fué resuelto, que, respecto de los adultos é infantes moribundos y sin esperanza de vida, se les podia administrar el sacramento, cuando lo pidieran, presumiendo que, en aquel caso estremo, Dios concederia á los adultos algun rayo de luz, como se habia creido vislumbrar en algunos; y que tocante á los demás salvages, en ningun modo se les debia conceder el sacramento, como no fuese á aquellos que la esperiencia hubiese enseñado que por los consejos é instruccion recibida de los misioneros, habian abandonado sus hábitos de barbarie, y vivian de mucho tiempo como buenos cristianos. Despues de haberse ocupado el P. Huet de aquella grave cuestion, se procuró las limosnas, y solicitó los poderes necesarios para establecer en Quebec un convento regular, con título de seminario, donde pudiesen ser instruidos y educados los hijos de los indígenas. El P. Dionisio Jamay, primer comisario de las misiones del Canadá, cuyo procurador era entonces en Francia, obró de concierto con él, y los poderes fueron espedidos en debida forma. El príncipe de Condè, virey de Nueva-Francia, dió una suma de mil quinientas libras; Cárlos de Bouis, vicario general de Pontoise, que aceptó el título de síndico de aquellas misiones, dió seiscientas libras, y otras personas celosas por su prosperidad, hicieron cuanto sus facultades les permitieron. El P. Huet, regresó pues muy satisfecho á Quebec, acompañado del P. Guillermo Poulain y de varios piadosos artesanos, cuya industria era preciosa para la naciente colonia. Llegaron en el mes de junio del año 1619, y el 23 de agosto siguiente murió Fr. Pacífico, primer tributo que las misiones franciscanas del Canadá satisfacieron al cielo. Aquel hombre de Dios cuya modestia, sencillez y buen celo tanto habian contribuido en favor del bien temporal y espiritual de la colonia, murió colmado de bendiciones. Tres-Rios, teatro de su generosa actividad, tuvo por pastor al P. Poulain, mientras que el P. Le-Caron se ocupaba en evangelizar á los naturales de Tadoussac. El número de los obreros apostólicos, creció en el año 1620 con el regreso del P. Jamay, superior y comisario provincial, así como por la llegada de Fr. Buenaventura y del P. Jorge Le-Baillif, quienes encontraron empezado el convento regular, con título de seminario; habiendo sido fijado su asiento á una media legua del fuerte de Quebec, al este del rio San Lorenzo y al mediodia de un riachuelo, que recibió el nombre de San Cárlos, en honor de Cárlos de Bouis, bienhechor del establecimiento. El título de Nuestra Señora de los Angeles, con que fué consagrada la primera casa de toda la órden seráfica, fué naturalmente el que se dió á aquel primer convento de franciscanos en la Nueva-Francia, cuando se bendijo la iglesia, que fué el 25 de mayo del año 1621, aniversario de la llegada de los hijos de San Francisco en 1615. El mariscal de Montmorency, cuñado del príncipe de Condè, le habia sucedido entonces en calidad de virey; pero Samuel Champlain continuaba ejerciendo su destino de gobernador en la colonia.

CAPÍTULO XVI.

Misiones de los religiosos de la Merced, de San Francisco, de Santo Domingo y de San Ignacio en el Paraguay, Tucuman, el Chaco y Chile.

A diferencia de la América septentrional, en donde las misiones no habian hecho mas que salpicar, por decirlo así, su vasta estension, la América meridional se hallaba poblada de apóstoles de la fé, quienes desde su circunferencia, adelantaban progresivamente hácia su centro.

Hemos visto aparecer la aurora del cristianismo en el inmenso territorio que el uso ha dado por mucho tiempo, y por estension el nombre de Paraguay, aunque este tenga por límites al norte el lago de Xarayés, la provincia de Santa Cruz de la Sierra y la de los Charcas; al mediodia el estrecho de Magallanes; al occidente Chile y el Perú y al oriente el Brasil. Hemos consignado tambien (1) la llegada de los religiosos franciscanos de la Observancia regular, á orillas del rio de la Plata, formado de las aguas del Parana y del Paraguay reunidos, y de las de sus innumerables afluyentes. Un fuerte construido en el año 1538, habia dado orígen á la ciudad de la Asuncion, situada en la orilla oriental del Paraguay, y en un principio única capital de todos los establecimientos españoles de aquellas comarcas. El capitan general D. Alvaro Nuñez de Vera Cabeza de Vaca, persuadido de que no se conservaria la alianza de los indígenas con los españoles, sino reuniendo á los dos pueblos con los lazos de una misma religion, convocó en el año 1541 á todos los eclesiásticos que se hallaban en Asuncion, para declararles, en nombre de Cárlos V, que este príncipe tomaba bajo su cargo todo lo relativo á la propagacion de la fé en aquellas tierras infieles, y al efecto les distribuyó los ornamentos del altar y vasos sagrados, prometiendo sostenerles con toda su autoridad en el ejercicio de su ministerio. La accion de los misioneros se ejercia principalmente en los Guaranis. Aquellos pueblos que se estendian desde el sud, en las inmediaciones de Buenos-Aires, hasta los 30 grados de latitud norte, confinando con los Chiquitos, y por las vertientes de la gran cordillera de los Andes, parecian constituir una sola nacion, pero fraccionada en hordas independientes y tomando diversos nombres, lo que esplica la confusion que reina respecto de su número, en las primeras historias de América. Los guarines libres, dice Orbigny, vivian generalmente en los bosques, en donde se alimentaban de miel, frutas silvestres, aves, monos y otros animales, así como de maiz, judias, patatas, yuca ó casabe, arbusto, como es sabido, de cuya raiz se hace pan; diferenciándose en esto de las demás naciones, que, en vez de ser nómadas, como ellas, formaban en los paises que habitaban campamentos permanentes. Su idioma, muy diverso de los de las demás naciones americanas, si bien el mismo por todas sus ramas, se habla en todo el Brasil, el Paraguay, el Perú y en muchas otras regiones, lo que es la mejor prueba de la casi universalidad de su imperio en el continente de la América meridional. Comparados con los demás indígenas bajo el aspecto físico, parecen mas pequeños y de mas carnes, y tambien mas feos, distinguiéndose de ellos en que tienen un poco de pelo y barba. Generalmente son sombríos y taciturnos, si bien algunos pocos acostumbran á veces mostrarse algun tanto festivos. Aunque armados con arcos de seis piés de largo, y con flechas de cuatro y medio, de la *macana*, especie de maza, y del *bodoqué*, especie de honda, les daban miedo las demás naciones y huian de ellas, pasando generalmente por poco belicosos entre sus vecinos mas turbulentos. Pronto, no obstante, debian demostrar aquellos hombres antes tan tímidos, merced á la saludable influencia de los misioneros, cuanto puede la religion, principio del verdadero honor, y la disciplina, madre de los hábitos varoniles. Habiendo convo-

(1) Véase lib I. cap. XXXIX.

cado el capitan general á los caciques de los guaranis, á una asamblea de notables, á la que concurrieron con sus maestros espirituales, les declaró que Cárlos V exigia que los indígenas tuviesen en gran respeto á los que habian tenido á bien renunciar á su patria, conformándose á vivir con ellos, para mostrarles el camino del cielo; que les tratáran con dulzura, que otro tanto debian hacer con los españoles, y sobre todo, que renunciáran á la horrible costumbre de alimentarse con carne humana. Los indígenas contestaron á D. Alvaro, que seria obedecido, y se retiraron satisfechos de la acojida que se les habia hecho. El celo del capitan general se manifestó tambien en una espedicion que llevó á cabo al norte de la Asuncion para acercarse en lo posible al Perú. Llegado al fuerte de los Reyes, en la orilla occidental del lago de Xarayes, en frente de la isla de los Orejones, supo que se adoraban allí los ídolos. No solamente recomendó á los eclesiásticos y religiosos que le acompañaban que instruyesen á los infieles, sino que les habló él mismo de la impotencia de aquellas divinidades sordas y ciegas, obligándoles á quemarlas, despues de lo cual, construyóse en aquel mismo lugar una capilla, en la que se cantó una misa solemne. Corriéndose hácia el occidente, no lejos de las fronteras del Perú, encontró D. Alvaro una poblacion compuesta de ocho mil cabañas, en medio de las cuales se alzaba una torre construida con grandes maderos y terminada en pirámide. «Era aquella torre, dice el P. Charlevoix, la morada y templo de una monstruosa serpiente, que adoraban aquellas gentes como una divinidad, y alimentaban con carne humana. Tenia veinte y seis piés de largo y en su enorme cabeza, provista de dos hileras de dientes en forma de garabato, brillaban dos ojos espantosos. Al matarla á arcabuzazos, lanzó un grito parecido al rugido de un leon.» Desde allí regresaron los españoles al punto de su partida, y en el año 1545 fué llamado á Europa el bondadoso capitan general. El P. Juan de Salazar, religioso de la Merced, volvió allí al poco tiempo, lo que demuestra que los apóstoles de aquella órden, ya evangelizaban entonces el Paraguay. Tambien fué del convento de Nuestra Señora de la Merced en la Asuncion, de donde partió la espedicion dirigida al noroeste, mandada por el capitan Fernando de Ribera.

«Entretanto, dice el P. de Charlevoix, el emperador trabajaba asíduamente para procurar en la provincia de la Plata una ventaja de sumo interés para las colonias. Sus deseos se vieron cumplidos en el consistorio celebrado en Roma por Paulo III, en 1.º de julio del año 1547. La ciudad de la Asuncion fué erigida en obispado bajo el título de *Oppidum seu pagus* de Rio de la Plata. El P. Juan de Barros ó de los Barrios, religioso franciscano, fué nombrado para ocupar aquella sede, sin que nos sean conocidos los motivos que impidieron que la aceptase; pero es lo cierto que en el consistorio del 27 de agosto de 1554, el P. Pedro de la Torre, religioso de la Observancia de la misma órden, fué preconizado para aquel obispado, vacante por traslacion del citado P. Juan de los Barrios al obispado de Santa Marta en el nuevo reino de Granada (1). Partió al año siguiente para el Paraguay, haciendo aquel prelado su entrada á la capital el domingo de Ramos del año 1555, en medio de las aclamaciones de todos sus habitantes que esperaban de él un grande alivio en los males que sufrian la mayor parte de ellos. El clero secular que no era numeroso, los religiosos de San Francisco y dos padres de la Merced salieron á recibirle, apenas tuvieron noticia de su llegada, y lo encontraron que iba acompañado, conforme á los deseos del emperador, de un distinguido cortejo compuesto de sacerdotes, pajes y familiares. El gobernador se hallaba ausente al primer aviso de su llegada, pero acudió en seguida á su encuentro y le pidió de rodillas su bendicion.» El prelado acompañado de catorce sacerdotes tanto seculares como regulares, se trasladó de su ciudad episcopal al Perú, desde donde regresó al Paraguay, pasando por Santa

(1) Véase lib II. cap. V.

Cruz que se acababa de fundar. Los españoles, atacados impensadamente durante el camino por los Itatinos, en el año 1568, desconfiaban ya de poder librarse de sus numerosos enemigos, á pesar de las exhortaciones del obispo que les decia que pusieran toda su confianza en Dios, cuando los indígenas tomaron precipitadamente la fuga. «Se asegura, dice Charlevoix, que ellos mismos dijeron despues, que si habian huido, fué por haber aparecido un caballero muy resplandeciente que los dispersó tanto por la fuerza de su brazo, como por la insoportable luz que despedia toda su persona. Las historias de España abundan en semejantes maravillas, y la religiosidad de esta nacion, cuyo valor de sus naturales es universalmente reconocido, atribuyendo al socorro del cielo muchas victorias que podria considerar como fruto de su arrojo, dice mucho en favor de sus bellos sentimientos. Por lo que hace al celestial libertador que en esta ocasion acudió al socorro de los españoles, no se tienen mas que conjeturas, porque al parecer solo fué visto de los Itatinos, de modo que fueron encontrados los pareceres, pues así como los unos creyeron que era el apóstol Santiago, otros juzgaron ser San Blas, uno de los protectores del Paraguay, á quien creian ser ya deudores de un favor parecido á este.» Como quiera, al regresar los españoles á la Asuncion, una mala inteligencia suscitada entre el comandante y el obispo, motivó que este último juzgase deber conducir á su adversario prisionero á España, y ni uno ni otro volvieron al Paraguay.

Hasta aquí no hemos hablado todavía del Tucuman, pais que confina al nor-este con la provincia de Santa Cruz de la Sierra; al norte y nor-este, con la de los Charcas; al oeste con la de Cuyo, que depende de Chile, y con las montañas del Perú; y al este con el Chaco, vasta comarca, todavía al presente muy mal conocida, y cuya exploracion hace muy dificultosa la poca sociabilidad de sus numerosas naciones indígenas, generalmente conocidas con el nombre de Guaycurus. Los PP. Alfonso Trueno y Gaspar de Caravaca, de la órden de la Merced, fueron en el año 1549 á predicar el Evangelio en el Tucuman, secundados por el gobernador Juan Nuñez de Prado, quien, haciendo plantar algunas cruces, las revestia del derecho de asilo, de lo que se siguió que los indígenas concibieron tanta veneracion por el signo de salvacion, que levantaron cruces parecidas en todas sus poblaciones. Entre los misioneros de la órden de la Merced, cita Turon, á Diego de Porras, Juan de Salazar y Francisco Ruiz, hijo de la Rioja. Salazar hizo abandonar el culto de los ídolos á un gran número de indígenas, y el cacique principal, al recibir el bautismo de sus manos, quiso llevar su nombre y se hizo llamar despues Juan de Salazar Zupirata. Ruiz bañó el teatro de su apostolado no solo con sus sudores, sino tambien con su sangre: predicando un dia en Santa Cruz de la Sierra, fué derribado violentamente, y mientras que rogal a á Dios por sus matadores, estos le hicieron pedazos y le devoraron. Este religioso mercenario sufrió el mismo martirio que el dominico Valverde, primer obispo de Cuzco. Si bien los hombres feroces que despues de haberle descuartizado y devorado su carne, no tardaron en morir de un modo horrible, por otra parte la sangre de Ruiz fué causa de que abrazáran el cristianismo un gran número de infieles, por manera que la órden de la Merced contó en poco tiempo nueve casas en aquel pais.

Los dominicos evangelizaron tambien el Tucuman, entre otros el P. Gaspar de la ilustre familia de los Carvajales, enviado á las misiones del Perú. Este religioso habia acompañado á Gonzalo Pizarro en la penosa y atrevida espedicion que le condujo hasta el rio de las Amazonas; hizo allí numerosas conquistas espirituales, y cuando se separó de Pizarro, á causa de su rebelion, los dominicos de Lima le pusieron al frente de su convento. Empleado como mediador durante la guerra civil, volvió á emprender mas tarde los trabajos del apostolado. Pedro de la Gasca le envió al Tucuman con el título de «Protector real de los Indios,» de cuya defensa estuvo encargado mientras los

evangelizaba. Concedióle Dios la gracia de hacer entrar á muchos miles de aquellos idólatras en el seno de la iglesia, y á fin de asegurar los primeros resultados de su mision, mandó construir en la capital, llamada San Miguel, el convento de Santo Domingo. Las actas de un capítulo celebrado en el año 1553 le califican de fundador de aquella casa y le llaman al propio tiempo vicario general de todas las demás casas de la órden en el Tucuman. Siempre celoso por el bien de los nuevos cristianos, los religiosos que hizo venir secundaron sus nobles propósitos, y pronto vió el pais tres ciudades llenas de fieles, llamadas San Miguel, Santiago y Córdoba la Nueva, además de otras seis colonias españolas. Gaspar de Carvajal, nombrado provincial de los dominicos del Perú en el año 1557, aceptó aquel cargo para atender mas fácilmente á las necesidades espirituales de los indígenas y en particular á las de Tucuman, donde era considerado como su apóstol. A este objeto dispuso que los superiores de los colegios enviasen sus novicios á uno de los tres conventos de Cuzco, de Lima ó Arequipa, á fin de que la regularidad se conservase con mas vigor y saliesen consiguientemente misioneros mas celosos é instruidos. Este apóstol dominico del Tucuman llegó á una edad muy avanzada y murió en Lima el dia 12 de junio del año 1584. Turon habla tambien de Agustin de Formisedo, dominico de la provincia de Santa Cruz, en Haiti, enviado al Perú, y encargado de evangelizar un territorio llamado Chacuytu, situado en las inmediaciones de Chaco. Los naturales, menos feroces que sus vecinos, aunque con supersticiones no menos groseras, pero de costumbres menos corrompidas, fueron convertidos por la dulzura del misionero y tambien por la curiosidad de oir lo que les referia respecto de una otra vida. Formisedo reunió aquellas familias errantes, admitió á varios indígenas al bautismo y empezó á ver desaparecer la antigua corrupcion que hasta entonces habia esclavizado á aquellos pueblos. Levantáronse algunas capillas en honor del verdadero Dios, fijando en ellas el signo glorioso de la cruz. Sin embargo, uno de los indígenas que parecia ayudar con mas celo al apóstol en la construccion de aquellos santos edificios, fué el instrumento de que se valió el espíritu de las tinieblas para atacar á la naciente cristiandad, deshonrando á sus ojos á su fundador. Mientras que durante la noche, el misionero descansaba de sus fatigas, aquel infeliz tomó sus vestidos y su sombrero y con ellos fué á comprometer el hábito religioso en las cabañas mas mal reputadas. Al verle de lejos, varios indígenas se felicitaron de poder sorprender al dominico en el delito que mas vituperaba; acercáronsele, recordando con tono burlon los consejos del apóstol; pero cuando hubieron reconocido al falso misionero, su maligna alegría se trocó en indignacion, y condujeron al impostor en presencia de Formisedo á quien pidieron perdon por sus juicios temerarios; rogáronle al mismo tiempo que les permitiese castigar al culpable como se merecia; pero la dulzura del apóstol salvó la vida de aquel infeliz, que creyó bastante castigado con la confusion de que le veia cubierto. Aprovechó aquella ocasion para predicar el perdon de las injurias en aquellos hombres vengativos y su caridad dió el fruto apetecido. El indígena reparó su falta con la penitencia que él mismo se impuso y confesando humilde y repetidas veces su culpa. La reputacion del misionero fué cada vez mas en aumento, y murió octogenario en el convento del Rosario de Lima donde se retiró, en el mes de junio de 1590.

En aquella época, la ciudad de San Miguel se hallaba trasformada en una tierra que se hubiera podido decir de promision, si se hubiese visto libre de los tigres que infestaban sus alrededores. Antes de la llegada de los españoles, los indígenas se vanagloriaban de dar caza á aquellas fieras. Al efecto se armaban de un largo palo que sujetaban por los estremos con ambas manos, presentándolo de través al tigre que se arrojaba sobre ellos. El animal abria la gola para arrancarlo, y cuando lo habia cojido, mientras que con sus dientes y sus

garras, procuraba romperlo, el cazador, volviéndose rápidamente de derecha á izquierda derribaba al tigre, y sin darle tiempo de volverse á levantar, le hundia la cuchilla en el vientre rajándole hasta el cuello. (Pl. XCI, n.° 1.) Este ejercicio exigia tanta destreza como presencia de ánimo; y, como el aprecio entre los indígenas, era proporcionado al número de tigres muertos, el deseo de distinguirse hacia cerrar los ojos al peligro que se corria en aquella caza. La nueva ciudad de San Miguel poseia una sede episcopal y una catedral edificada bajo la advocacion de los santos Pedro y Pablo apóstoles. Gerónimo de Loaysa, arzobispo de Lima, fué el encargado por el Papa, á contar desde el año 1570, de nombrar el obispo que debia ocupar aquella sede. Fué el primer prelado Gerónimo de Villacarillo, de la órden de San Francisco, comisario general del Perú, quien tuvo por sucesor á Gerónimo de Albornoz, religioso de la misma órden; pero como el P. de Techo, al hablar del dominico Francisco Victoria, cuarto obispo de San Miguel, preconizado en Roma el 13 de enero del año 1578, dice haber sido el primer titular de aquella sede, es de creer que sus tres predecesores no llegaron á tomar posesion de ella.

La órden seráfica que dió los primeros obispos de San Miguel, suministró tambien ilustres apóstoles en el Tucuman. El mas grande de todos es S. Francisco Solano, cuya mision no fué sin embargo, sino como una de esas nubes pasageras que fertilizan por algun tiempo los campos que riegan, y les dejan enseguida caer en su primera esterilidad. Nacido en una aldea de la diócesis de Córdoba en el año 1549, hizo sus primeros estudios con los jesuitas, y á la edad de veinte y un años vistió el hábito de San Francisco en el convento de Montilla, en Andalucía. Su humildad, obediencia, dulzura y amor al retiro, unido á la contínua oracion y mortificacion de su cuerpo, pronto causaron la admiracion de sus hermanos. Frecuentemente pasaba las noches enteras en la contemplacion del Santísimo Sacramento, y apenas fué ordenado sacerdote, compartió el tiempo entre la meditacion y el ministerio de la predicacion. Sus sermones, aunque desprovistos de las galas oratorias, tenian una elocuencia natural para persuadir á los oyentes y hacerles amar la virtud. Atendidos sus méritos, fué elegido por dos veces maestro de novicios y mas tarde guardian, y se disponia para ir á continuar en Ultramar el ministerio apostólico, cuando una terrible epidemia se declaró en Andalucía. Entonces se le vió acudir solícito do quiera los enfermos quedaban abandonados. Con gran dificultad pudo lograr que se le permitiera ausiliar á los enfermos de Montoro, poblacion situada á dos leguas de Córdoba, donde la enfermedad reinante causaba grandes estragos. Encargado del hospital, el servidor de Dios hacia él mismo la cama á los enfermos, preparábales su alimento y medicinas é inspiraba á todos una completa resignacion á la voluntad de Dios. «Su providencia, decia, os ha enviado este jubileo para salvaros;» porque llamaba jubileo el azote que contenia el curso de los pecados. La muerte del compañero que se le habia dado, arrebatado en el ejercicio de su caridad, no le desanimó: por el contrario, redobló su actividad á medida que el trabajo era mayor. Habiendo enfermado, continuó exhortando á los enfermos para que pusieran toda su confianza en Dios, cuya omnipotencia le devolvió la salud porque su misericordia le reservaba para otros trabajos. Durante su convalecencia, el santo se retiró en el monasterio de San Luis, en las inmediaciones de Granada, y entonces las cárceles públicas y el hospital de San Juan de Dios fueron testigos de su acendrado amor al prójimo; pero como á los presos y enfermos no les faltase por otra parte toda suerte de socorros corporales y espirituales, solicitó el permiso para ir á llevar la antorcha de la fé á las naciones infieles. El deseo del martirio le hacia preferir la mision de Africa en medio de los mahometanos ó de los idólatras; pero únicamente se le autorizó para pasar á América, donde las necesidades eran mas imperiosas y el número de





misioneros poco proporcionados á la estension del pais. Embarcóse, pues, en el año 1589 en Sevilla con varios religiosos de su órden para la América meridional. Durante el viage que fué largo y frecuentemente agitado, se dedicó constantemente á sus ejercicios espirituales, en una nave llena de soldados, con la misma exactitud que en el silencio del claustro. En cada punto en que tocó la embarcacion como Haiti, Cartagena y Porto-Bello, dió relevantes muestras de su celo, caridad y mansedumbre. Quiso ir descalzo de Porto-Bello á Panamá: á su llegada entró en el servicio de los hospitales, y mientras que sus compañeros descansaban, consoló á los enfermos ó edificó al prójimo. Cuando volvió á embarcarse para ir al Perú, donde debia ser llamado « El Nuevo Sol, » una tempestad hizo encallar el buque en un banco de arena cercano á la isla Gorgona. Obligado á entrar en una chalupa para llegar á tierra, no lo hizo sino hasta despues de haber bautizado á algunos negros á quienes habia instruido, y dispuesto á los demás á hacer á Dios el sacrificio de su vida en expiacion de sus pecados. Cuando todos hubieron recibido la absolucion sacramental, Solano puso el pié en el esquife; pero salian de un peligro para caer en otro mayor; porque una terrible oleada y el furor del vendabal, abrió la chalupa pereciendo ahogados algunos de los que iban en ella y salvándose milagrosamente con otro el servidor de Dios, despues de haber luchado por mucho tiempo entre la vida y la muerte. Por último llegaron postrados y hambrientos á la suspirada playa, y el primer cuidado del santo varon, fué construir una especie de oratorio que consagró con sus oraciones y rudas penitencias. Levantó un altarcito en el que colocó la imágen de la Santísima Vírgen, como un monumento del manifiesto ausilio que Dios les habia concedido por su intercesion, y despues con los demás misioneros, se dirigieron por tierra á Lima donde se detuvieron poco tiempo, pues estaban deseosos de llegar al Tucuman, que recorrió Francisco Solano de un estremo á otro. Penetró hasta en el Chaco, sembrando en todas partes la semilla de la divina palabra con maravilloso éxito, debido á la escelencia de sus virtudes y al don de los milagros. Mas de una vez, aunque Solano no conocia entonces todavía mas que el español, los indígenas le comprendieron perfectamente; esta circunstancia y la facilidad con que hablaba sin intérprete á diversos pueblos, que si bien vecinos, diferian de lenguaje y no siempre se entendian, admiró á unos é hizo que otros le reputasen por mágico. La santidad de su vida les convenció de que era un enviado de Dios para apartarles de sus antiguas supersticiones y para darles á conocer el Criador. Un hecho particular acabó por ganarle toda su confianza. Un indígena obstinado en la idolatría, se hallaba en grave peligro de muerte; sabedor de ello el ministro de Jesucristo, fué á encontrarle, y le habló de una cosa que aquel moribundo guardaba secreta en el fondo de su corazon y que le atormentaba; al punto el enfermo, recobrando la palabra, pidió con humildad que se le instruyera y se le administrára el sacramento del bautismo. Solano le esplicó en breves palabras nuestros principales misterios, y como Jesucristo derramó su preciosa sangre por la salvacion de los que verdaderamente creyesen en él; hizo que el agonizante recitase algunos actos de fé, de contricion y de amor á Dios, lo regeneró con el agua bautismal y le vió morir en santa paz. El repentino cambio de aquel hombre tan obstinado en sus erróneas creencias y cuya elevada posicion daba un malísimo ejemplo, produjo tan buena impresion, que fueron muchísimos los que solicitaron ser instruidos por el apóstol. Los ministros de Satan, derrotados por las conquistas espirituales del misionero, lograron sublevar contra él y contra los nuevos cristianos á los idólatras de las comarcas vecinas. Reuniéndose en gran número, se arrojaron de repente un jueves santo sobre los neófitos que se preparaban con la mayor devocion á recibir los sacramentos. Pero los ruegos de Solano, las palabras que el Espíritu Santo puso en sus lábios y la cruz que levantó en alto,

contuvieron la primera embestida de los agresores. Inmóviles y pensativos en un principio, acabaron por arrojar las armas, despues de haber escuchado la palabra del apóstol y nueve mil de entre ellos, pidieron con las lágrimas en los ojos el bautismo, que les fué concedido cuando la sinceridad de su conversion se hubo manifestado con pruebas suficientes. Durante el curso de sus misiones, logró tambien Solano reconciliar algunas tribus que se entregaban frecuentemente á las mayores violencias y devolvió de repente la salud á muchos enfermos que se hallaban en el borde del sepulcro; y como si no bastasen tantas maravillas, atravesó á pié enjuto las corrientes y trasformó en mansos corderos á las fieras. Algunos toros bravíos habian aterrorizado una comarca: llegó allí lleno de confianza en Dios su santo apóstol, y á una simple señal de la cruz vinieron á lamer sus manos y su hábito, huyendo despues al monte. Una prolongada sequia habia estinguido los manantiales de un vasto territorio, cuyos habitantes perecian á consecuencia de la sed que les devoraba; enternecido el misionero, invocó á Dios, hundió su palo en el árido suelo, y brotó al instante un manantial de cristalina y saludable agua, llamado aun hoy dia la *Fuente de San Solano* (Pl. XCI, n.º 2.) Despues de haber recorrido todavía por algun tiempo el Chaco y el Tucuman, convirtiendo á un gran número de infieles, el apóstol fué llamado al Perú por sus superiores á fin de ofrecer á sus hermanos en aquel reino, un perfecto modelo de virtudes religiosas y cristianas. En vano hizo observar que se le arrancaba á su verdadera vocacion; por entonces no fueron atendidos sus ruegos; y solo despues de haber permanecido por espacio de algunos meses al frente del convento de Lima, pudo consagrarse al ejercicio de su ministerio en las inmediaciones de aquella ciudad.

Fray Luis de Bolanos, uno de sus discípulos, predicó con feliz éxito la fé entre los guaranies del Paraguay, permaneció entre ellos por mucho tiempo, tradujo un catecismo en su lengua, y cuando á causa de su edad y enfermedades, fué llamado por sus superiores, encargáronse de su rebaño los jesuitas, por no haber podido ser reemplazado por ningun hermano de su órden. La influencia pasagera ejercida por aquellos ilustres hijos de San Francisco, preparó el terreno que los discípulos de San Ignacio debian fecundar con sus constantes trabajos. Antes de la llegada del franciscano S. Francisco Solano en el Tucuman, el dominico Francisco Victoria, obispo de San Miguel, no teniendo á su disposicion ningun sacerdote secular, ni casi ningun religioso que pudiera hacerse comprender de los indígenas, tambien habia llamado en su ayuda á los jesuitas, que hacia ya algun tiempo que se hallaban en el Perú. En el año 1567, Francisco de Borja habia concedido á Felipe II, ocho padres que se hallaban disponibles, habiendo nombrado por superior de ellos á Gerónimo Portillo. La nave en que se embarcaron aquellos misioneros, pudo librarse de los cruceros calvinistas, y llegó á fines del año de 1568 á la rada de Callao, á seis leguas de Lima. Acojidos en un principio con cordialidad los jesuitas por los dominicos, en cuyo convento fueron á hospedarse, mas tarde debieron á la munificencia del rey de España y á la caridad de los habitantes de Lima, una iglesia y un colegio construidos con toda magnificencia (1). El P. Santiago Bracamonte fué el primer rector. Aquellos buenos religiosos atendian á las necesidades de todas las clases de la sociedad; la administracion de los sacramentos, la visita de los hospitales y casas de beneficencia, la enseñanza en fin, ocuparon su prodigiosa actividad. La elocuencia del P. Portillo, tuvo el don de atraer á Lima un considerable número de habitantes de las poblaciones vecinas; el P. Luis Lopez evangelizó á los negros, y otros catequizaron á los indígenas. En fin, los jesuitas preparando el porvenir con la educacion de la infancia, fun-

(1) Este convento, que despues del de San Francisco, es uno de los edificios mas bellos y espaciosos de Lima, muy bien situado y de escelente arquitectura, sirve en el dia de casa de espósitos. (Nota del Trad.)

daron una congregacion compuesta de jóvenes de la nobleza, á fin de que la religion inculcada desde la aurora de la vida en los futuros señores del pais, guiára constantemente sus pasos en la senda que debian recorrer. Otros doce padres destinados por Borja á la mision del Perú, llegaron en el año 1569, habiendo utilizado la larga duracion de su viage, aprendiendo el idioma de los que iban á evangelizar. Al siguiente dia de haber desembarcado Alfonso Barcena, anunció á los indígenas, sorprendidos de comprenderle, que iba á revelarles las verdades de la fé. Así como desde Méjico, los jesuitas llegaron á las fronteras de Nueva-España, desde Lima pasaron al estremo del Perú, colocando así, como entre dos radios, las tierras del centro. En el año 1571, Cuzco les ofreció un palacio llamado Amarocana, esto es, la casa de las serpientes, donde fué establecido un colegio, y queriendo poseer otro la Paz, ó mas bien todas las diócesis, por el órgano de sus obispos, llamaron á estos religiosos, maestros tan sábios, como elocuentes predicadores. A fin de poder hacer frente á todas las necesidades, el P. Portillo admitió en la Compañía á nuevos miembros que envió sin estudios suficientes al combate; y á riesgo de ver revivir con los jesuitas, las disidencias que habian tenido lugar entre los obispos y otros religiosos, porque investidos de funciones curiales, declinaban la autoridad del ordinario, el provincial permitió que se nombrasen curas entre los profesos de la órden. El imprudente superior fué relevado; pero el movimiento dado por los primeros jesuitas del Perú, se sostuvo y se propagó.

El P. Juan Atiensa era provincial, cuando el obispo de Tucuman manifestó el deseo de que ese movimiento se estendiera á su diócesis. Atiensa mandó al punto á los PP. Alfonso Barcena y Francisco Angulo, que se hallaban en la provincia de los Charcas, que fuesen con Fr. Juan Villegas á ausiliar al prelado. Los misioneros llegaron en el año 1586 á Salta, donde no habian visto todavía á ningun sacerdote, á pesar de que ya hacia cuatro años que estaba edificada aquella ciudad. Al atravesarla, dispertaron el fervor de los españoles, y hablaron de Jesucristo á los indígenas, cuyos corazones parecieron abrirse al dulce influjo de la religion. Los de Esteco mostraron las mismas benévolas disposiciones; Francisco Solano habia bautizado á muchos de entre ellos, y las huellas del santo no se habian borrado aun. La entrada de los jesuitas en Santiago, fué un verdadero triunfo, pues les levantaron arcos y cubrieron de flores las calles de la carrera; el gobernador salió á recibirles á larga distancia; el obispo al verles prosternados á sus piés, les hizo levantar, abrazóles cariñosamente y les condujo procesionalmente á la iglesia, donde se cantó un *Te-Deum*. Todas estas circunstancias, hicieron presagiar una fecunda y afortunada mision. Cuando los padres hubieron evangelizado á los españoles y naturales, Francisco Angulo, de regreso á Esteco con un sacerdote que iba destinado allí en calidad de cura, se encargó de los indígenas del distrito, divididos en cincuenta poblaciones separadas por montañas y pantanos, que hacian muy difíciles las comunicaciones. Un monge apóstata y vagabundo las habia recorrido en otro tiempo, bautizando al acaso á los idólatras que se decian cristianos sin saber lo que era el cristianismo. Francisco Angulo, asistido de Fr. Villegas, visitando á su vez aquellas poblaciones, durante nueve meses, no solamente hizo de sus habitantes unos verdaderos fieles, sino que aumentó su número de unos siete mil neófitos instruidos y fervientes. Hubiese llevado indudablemente mucho mas allá sus conquistas, si el obispo no le hubiese llamado para enviarle á Córdoba la Nueva.

No se habia limitado el obispo de San Miguel á pedir jesuitas al provincial del Perú; se los habia pedido tambien al P. José Anchieta, que llenaba el Brasil con el perfume de su santidad, y la fama de sus milagros. Anchieta gobernó hasta el año 1576 la casa de San Vicente; pero, nombrado provincial

en 1578, desempeñó por espacio de siete años aquel cargo con tanta prudencia como integridad, sucediéndole el P. Miguel Beliartes. Aquel grande hombre muerto en Reritiba el 5 de junio del año 1597, justificó el elogio que hacia de él Pedro Leitan, primer obispo del Brasil, cuando, comparando la Compañía de Jesus á un precioso anillo, decia que Anchieta, era el diamante. El P. Leonardo Arminio, italiano, fué el superior de la cohorte apostólica enviada del Brasil al Tucuman, compuesta de los PP. Juan Salonio, valenciano; Tomás Filds, escocés; Estéban de Grao y Manuel Ortega, portugueses. Como estos misioneros que viajaban por mar, llegaron á la bahía de Rio de la Plata, un buque de guerra inglés se apoderó de su nave. El capitan desembarcó primero á los cinco jesuitas en una isla desierta para dejarles morir de hambre, luego, cambiando de parecer, les hizo volver á subir al buque para ahorcarles en el palo mayor. En aquel momento, un inglés esparcia por el puente algunos *Agnus Dei*, que habia sacado del equipage de los religiosos; el P. Ortega apartó el pié del herege que iba á aplastarlos; tropezó el inglés, y furioso por una ligera contusion que sufrió, la tripulacion arrojó al jesuita al mar; pero Ortega que era buen nadador, volvió á subir al buque, donde le recibieron, para imponerle, segun manifestaron, un castigo mas cruel. Mientras que estaban deliberando acerca de su suplicio, el pié que el sacrílego habia puesto sobre el *Agnus Dei*, se gangrenó de repente; en vano se hizo la amputacion; el enfermo murió el mismo dia. Desde entonces ya no se habló de suplicio. El capitan hizo bajar á los jesuitas en un bote, pero sin provisiones ni remos. Conducido por la mano invisible de la Providencia, aquel barquichuelo fué á parar al puerto de Buenos-Aires, en donde los jesuitas encontraron al dominico Alfonso de Guerra, arzobispo de la Asuncion, que estaba haciendo la visita. Alfonso habia profesado el 16 de abril del año 1547, en el convento de Lima, del que llegó á ser prior. Habiendo agotado sus fuerzas el trabajo, le enviaron al de Santa Ana de Guamanga, donde se respiraba el aire puro y mas templado del Perú; siguióle allí la reputacion, y en el año 1577, recibió las bulas que le instituian obispo del Paraguay. El estado en que aquella iglesia se hallaba, tanto en lo espiritual como en lo temporal, no le dejó la libertad, ni de rehusar el obispado, ni de diferir su partida. Apenas fué consagrado en Lima, dirigióse á su diócesis, donde así el clero como el pueblo tenian gran necesidad de una reforma. Algunas desidencias habidas con el gobernador, le obligaron á embarcarse, llegando algunos meses despues á Buenos-Aires, desde donde el prelado septuagenario, envió al Papa la dimision de su sede, ansioso como se hallaba de encontrar el reposo en su celda de Lima; pero Clemente VIII le nombró para suceder á Juan de Medina, muerto obispo de Mechoacan en el año 1588. El santo anciano gobernó durante seis años aquella nueva diócesis, donde murió el dia 28 de julio del año 1598. Cuando la llegada de los cinco jesuitas, Alfonso de Guerra insistió en que aquellos misioneros le siguiesen de Buenos-Aires á la Asuncion, puesto que habiendo aprendido la lengua guarania en el Brasil, se encontraban en estado de trabajar con provecho en el Paraguay, donde aquella lengua se habla comunmente; pero las órdenes de su provincial, les imponian el deber de pasar al Tucuman. Partieron pues, para Córdoba la Nueva, viage de ciento veinte leguas á través de sabanas desiertas, que se atravesaban entonces en carromatos cubiertos, tirados por bueyes, y provistos de toda clase de provisiones, sobre todo de agua, porque no la habia en todo el camino. Al llegar á Córdoba, supo el P. Arminio que ya habia en el Tucuman algunos religiosos de su Compañía, y que podian ir á aquel pais con mucha mas facilidad desde el Perú que del Brasil Temiendo que la reunion de jesuitas españoles y portugueses, no seria del agrado de Madrid ó de Lisboa, aunque los dos reinos obedecian entonces á un mismo soberano, resolvió regre-

sar al Brasil dejando no obstante á sus compañeros la libertad de seguirle ó de permanecer en el Tucuman. El P. de Grao, fué el único que no quiso separarse de él; los otros tres padres, juzgaron deber aguardar una órden de su provincial para regresar á su antigua mision. Francisco Angulo condujo á dos de ellos á Santiago, y el P. Ortega permaneció con Alfonso Barcena en Córdoba. Un solo invierno bastó á aquellos dos misioneros para cambiar el aspecto de la ciudad y de las comarcas vecinas, por manera, que resolvieron llevar muy lejos sus conquistas, sin tener en cuenta la esterilidad del pais, ni la ferocidad de los pueblos que debian encontrar. El mismo cielo autorizó con prodigios su mision. No obstante, sabedor el obispo del Tucuman de lo que habian sufrido y temiendo perderles, si les abandonaba al ardor de su celo, les llamó á Santiago. El P. Ortega, y los otros dos jesuitas procedentes del Brasil, fueron enviados enseguida á los indígenas de las inmediaciones del Rio-Colorado. El P. Barcena, nombrado vicario general del obispo, obtuvo el permiso de acompañarles; pero al aspecto de la multitud de idólatras que vió reunidos, su ardor apostólico le llevó al punto de enfermar, y temiendo las funestas consecuencias que semejante estado podia acarrearle, se le trasladó á Santiago. Los tres jesuitas, compañeros suyos, que habian contado con él para aprender el idioma de aquellos naturales, viéndose privados de su concurso, pidieron la autorizacion de utilizar los conocimientos que tenian de la lengua guaránica, en provecho de los idólatras del Paraguay.

Un dominico, vicario general de Alfonso de Guerra, les recibió con júbilo y gratitud en la Asuncion, donde permaneció el P. Salonio, mientras que los PP. Filds y Ortega, se encaminaron en busca de los guaranies orientales. Despues de haber andado á pié á lo largo del rio en sentido contrario á su corriente, se detuvieron á unas cincuenta leguas antes de llegar á los primeros burgos de los guaranies de las provincias de Guayra, á la cual aquellos indígenas, frecuentemente llamados guayranies, parece dieron su nombre. Un historiador dice de su religion: « No reconocen mas que un solo Dios; y si muestran cierta veneracion por los restos de sus mágicos que ejercen la medicina supersticiosa y esplican los presagios y sueños, no los reputan como divinidades, aunque les rinden cierto culto parecido al que otras naciones tributan á sus ídolos. Por otra parte, no ofrecen ningun sacrificio á Dios y no se ha observado entre ellos ningun culto religioso uniforme. La provincia de Guayra confina al norte con un pais pantanoso y cubierto de malezas; al mediodia con el Uruguay; al occidente con el Paraguay y al oriente con el Brasil. Su territorio es húmedo, su clima desigual, el aire generalmente mal sano ocasionando muchas calenturas; es un pais poblado de serpientes, víboras y caimanes. Las tierras bajas son bastante fértiles en legumbres, raices, maiz y otras plantas que exijen poco cultivo; tambien abundan ciertas frutas tales como el guembo, la granadilla y los dátiles muy amargos. Son comunes los cedros, así como todas las variedades del pino, en el hueco de cuyas cortezas se recoje mucha miel y cera. De un gran número de árboles destila una goma balsámica muy propia para ciertas preparaciones medicinales. » Tal era el pais en que los PP. Ortega y Filds emprendieron su predicacion. Recorrieron las poblaciones sin ser molestados, siguieron á los guaranies errantes en sus selvas y montañas y volvieron á la Asuncion para decir al P. Salonio, su superior, que habian visto doscientos mil indígenas que se podian evangelizar con buen éxito. La peste ocasionaba entonces grandes estragos; los jesuitas siguieron el azote paso á paso, para confesar ó bautizar á los moribundos, que arrebataron á millares al espíritu de las tinieblas. Reconocidos los españoles por tanto zelo y desprendimiento, y de cuyos sentimientos participaron tambien los indígenas, les construyeron una casa y una capilla en Villarica.

Los jesuitas del Tucuman no solo contri-

buian á la propagacion de la fé, sino tambien á la seguridad de aquella provincia. Algunos calcaguis que habian sido trasportados de un valle de las montañas del Perú á las fronteras del Chaco para cuidar de las tierras de los europeos, se sublevaron contra estos y huyeron al monte amenazando á los españoles. El P. Barcena mas fuerte el solo que todos los soldados que les perseguian, penetró en las selvas donde se habian atrincherado, sorprendióles con su osadía, persuadióles con su dulzura y logró volverles al deber. Aquellos pueblos feroces á quienes la embriaguez hace intratables, escucharon con respeto las palabras del misionero, y este no se apartó de su lado, hasta haber sembrado en sus corazones los gérmenes que el tiempo debia desarrollar. Tambien S. Francisco Solano, apóstol del Chaco, habia logrado convertir á la fé con su elocuente palabra á los fieros indios llamados lullios. Los de este pueblo que se hallaban en las inmediaciones de Esteco, sometidos á los españoles despues de bautizados, abandonaron las tierras que cultivaban para volver á vivir en los bosques; pero no queriendo el P Barcena que aquellos fugitivos fuesen perdidos por la iglesia, corrió en su busca para salvar sus almas, mas como circulase el rumor de que los lullios amenazaban su existencia, muy á pesar suyo, fué llamado del Chaco al Tucuman. La órden de su regreso, le fué dada en el año 1590, por el P. Juan Fonte llegado del Perú en calidad de superior de toda la mision, con el P. Juan Bautista Añasco. El nuevo superior acompañado del P. Angulo, su antecesor, eligió un sitio cercano al rio Colorado, en el distrito de la Concepcion, en cuyas inmediaciones se proponia reunir, en cuanto fuese posible, á los indígenas del Chaco, para formar algunos burgos á fin de evangelizarles con mas facilidad. Los naturales mas cercanos de la Concepcion, eran los frontones, llamados asi porque se arrancaban los cabellos de sobre la frente que entonces parecia mucho mas grande. Los mataras, subdivision de los frontones, ya bautizados por S. Francisco Solano ó por alguno de sus compañeros de apostolado, debian servir de lazo entre el resto de la nacion y los españoles. Reunidos los PP. Fonte y Angulo con los PP. Añasco y Barcena, en menos de un año, una parte del cual fué empleada en aprender la lengua de aquellos pueblos, los cuatro misioneros hicieron numerosas conversiones. Animados por tan buen éxito, resolvieron ir mas adelante. Los PP. Añasco y Barcena partieron con una escolta; pero los mogosnas, tribu la mas salvaje de los frontones, habiendo degollado á todos los soldados, la guerra que se originó con este motivo, obligó á los dos misioneros á ir á buscar un alimento á su zelo en las cercanias de San Juan de Corrientes, ciudad recientemente fundada en la confluencia del Paraguay y del Paraná.

Entretanto, habiendo sido llamado á Lima el P. Fonte, dióle el provincial por sucesor al P. Juan Romero con quien vinieron los PP. Gaspar de Monroy, Juan Viana y Marcelo Lorenzana. Romero dispuso que los PP. Filds y Ortega, permanecieran con los guaranies, envió á los PP. Barcena y Lorenzana á la Asuncion, destinó á los PP. Angulo y Viana á Santiago y encargó á los PP. Añasco y Monroy que fuesen á convertir á los omaguacas que vivian en las fronteras del Tucuman y del Perú; pero aquellos pueblos qne habian renunciado á Jesucristo, dado muerte á sus misioneros y sacudido el yugo de los españoles, no estaban todavía bastante sometidos por el gobernador del Tucuman para que los dos jesuitas se entregasen á su discrecion. En cuanto á Romero no se fijó en ninguna parte, deseando estar dispuesto siempre á acudir donde su presencia fuese mas necesaria. Del Tucuman pasó á la provincia del Rio de la Plata, donde, merced á su pacífica intervencion, hizo cesar una desavenencia que traia dividido al clero de la diócesis de la Asuncion, y luego á instancias de la ciudad que ansiaba tener un colegio de jesuitas, aceptó en ella un lugar donde se edificó una casa y una iglesia. Hasta las mujeres quisieron tomar parte en la obra, y como Romero insistiese para que moderasen

el gasto, le contestaron: « Trabajamos por Jesucristo y por él nunca se hace demasiado. » Aquella casa colegio quedó terminada en el año 1595, no siéndolo hasta mas tarde la iglesia.

Hemos dicho que el P. Barcena habia sido enviado á la Asuncion con el P. Lorenzana. A causa de su avanzada edad y de sus achaques, dispuso el provincial del Perú, que se trasladase á Cuzco, donde le aguardaba una conquista que debia coronar su vida apostólica. Cuando llegó el misionero, el último Inca que habia sobrevivido, se hallaba enfermo en la antigua capital; el apóstol le habló del Dios de los cristianos con irresistible fervor; regeneróle con el agua del bautismo y recojió el último suspiro de aquel príncipe, desheredado segun el mundo, pero llamado á ocupar en el cielo un trono mucho mas glorioso que el de sus padres. Barcena, que le habia convertido, no tardó en seguirle á la morada de eterna gloria, y dos años despues, el P. Salonio murió víctima de la caridad en la Asuncion, donde quedó solo el P. Lorenzana, agobiado por un gran trabajo.

A fuerza de constancia y buena voluntad, el P. Monroy logró entrar en el pais de los omaguaras, con un hermano jesuita llamado Juan de Toledo. A su voz, las ovejas descarriadas volvieron á entrar poco á poco en el redil; pero Piltipicon, uno de los principales gefes, á quien el espíritu de independencia habia llevado á cometer terribles excesos, continuaba manchando su bautismo con nuevos crímenes. Desafiando su ferocidad con gran riesgo de su existencia, el P. Monroy se presentó al cruel apóstata y le dijo: « Escasa gloria reportarás dando muerte á un hombre desarmado; si por el contrario, consientes en escucharme, todo el fruto de nuestra conversacion será para tí; pero si muero á tus manos, una corona inmortal me está reservada en el cielo. » Mas sorprendido Piltipicon, que movido de las palabras del religioso, suspendió su crueldad y le ofreció una copa de una bebida que las mugeres de su tribu componian con maiz, despues de haberlo mascado entre dientes. Por repugnante que fuese aquella bebida al misionero, llevó la copa á sus lábios, y con su razonamiento no solo logró captarse la voluntad del cacique, permitiendo este que penetrase en el pais, sino que al regresar el P. Monroy estableció con él un tratado de paz que se encargó de hacer sancionar por el gobernador del Tucuman. Piltipicon habia arruinado dos veces la poblacion de Jujuy. Sabedor el comandante de la provincia, de que el cacique á pesar del tratado de paz, habia entrado y saqueado por tercera vez aquel pueblo, fué en su busca, logró sorprenderle, y con otro gefe igualmente apóstata le hizo prisionero. Pero apenas supo el P. Monroy aquel suceso, que podia borrar de nuevo la buena disposicion en que habia dejado á los omaguaras, acudió al gobernador, de quien obtuvo la libertad de los cautivos y cuya sincera conversion recompensó su celo. Mas tarde, separando los dos misioneros aquel pueblo que se habia hecho cristiano, de sus vecinos idólatras que habian sido tal vez causa de su ruina, le acercaron al Tucuman, donde fué puesto bajo la direccion espiritual de un sacerdote familiarizado con su idioma.

La mision de los PP. Ortega y Filds en la Guayra, ofrece incidentes todavía mas estraordinarios. Un solo hecho nos hará juzgar de los peligros que corrian aquellos famosos cazadores de almas, si se nos permite valernos de esta espresion, que pinta á la vez el santo ardor, el carácter peligroso y el asombroso éxito de sus escursiones. El P. Ortega atravesaba con un buen número de neófitos una llanura que separaba dos rios, uno de los cuales desagua en el Paraguay, y el otro en el Paraná. Aquellos dos rios crecieron de repente de un modo tan estraordinario, que desbordándose, penetraron en la llanura que pronto se convirtió en un vasto mar. El misionero, á quien no podia sorprender ninguna de aquellas súbitas inundaciones cuyos ejemplos son muy frecuentes en el pais, creyó en un principio que saldrian del paso andando con agua hasta la cintura. No obstante, viendo que el agua iba cada vez

mas subiendo, tuvo que refugiarse á un árbol que por su elevacion y corpulencia ofrecia alguna seguridad. Los neófitos que le acompañaban hicieron otro tanto; pero como no habian tomado la precaucion de elegir los árboles mas robustos y elevados, no tardó el agua en alcanzarles, y de modo que los lamentos de aquellos desgraciados, rendidos por la fatiga y arrastrados por la corriente, partian el corazon del P. Ortega que se hallaba en seguridad con su catequista. Al peligro de morir ahogado, se unia el de perecer de hambre, porque los viageros no traian ninguna provision. Una fuerte lluvia acompañada de truenos espantosos é impetuoso viento, hacia muy horrible aquella situacion, y tanto mas espantosa, cuanto los tigres, leones y una multitud de fieras sorprendidas por la inundacion, y hasta las mismas serpientes y víboras, arrastradas por la corriente, cubrian la superficie de las aguas. Uno de aquellos reptiles de un enorme grandor, se cojió á una de las ramas del árbol en el que se habia refugiado el P. Ortega, quien durante algunos instantes creyó que iba á ser devorado; pero afortunadamente el peso del animal habiendo desgajado la rama en que se apoyaba, volvió á caer en el agua que le llevó lejos de aquel sitio. (Pl. XCII, n.° 1.) Hacia dos dias que los viageros se hallaban entre la vida y la muerte; la tempestad no calmaba; el agua iba siempre en aumento, cuando en medio de la noche, el misionero vislumbró al resplandor de los rayos á uno de los indígenas que venia nadando hácia el sitio en que se hallaba. Cuando aquel hombre conoció que podia ser oido, gritó al padre que tres catecúmenos y tres cristianos que estaban á punto de espirar, pedian, los unos el bautismo, y los otros la absolucion. No titubeó un momento aquel varon apostólico: empezó por sujetar como mejor pudo en el árbol al jóven catequista cuyas fuerzas se hallaban casi agotadas, y despues de haberle confesado, se arrojó al agua para seguir al indígena que le llamaba; y á pesar de la impetuosidad de la corriente, á pesar de las ramas de los árboles, la mayor parte herizadas de espinas, una de las cuales le atravesó el muslo de parte á parte, llegó al sitio donde se hallaban los catecúmenos que ya no se sostenian sino con los brazos; bautizóles, y un momento despues les vió caer al agua sin que le fuese posible salvarles. Entonces se dirigió al lugar donde se habian refugiado los neófitos, á quienes les hizo rezar el acto de contricion, y despues de haberles dado la absolucion, dos de ellos entregaron su alma al Criador. Volviendo á su árbol, llegó á tiempo para salvar al catequista á quien cubria el agua hasta el cuello: desatóle y le ayudó á subir á la rama mas alta. Por la tarde del siguiente dia el agua empezó á bajar, y apenas el P. Ortega pudo poner el pié en el suelo, quiso ir á visitar los indígenas que habia dejado con vida; pero se le habia hinchado de tal modo el muslo en que se habia clavado la espina, que despues de haber dado algunos pasos tuvo que detenerse. Fué preciso trasladarle en brazos á Villarica, para poder curarle; mas como la herida era muy grave y el remedio fué tardío, durante los veinte y dos años que vivió todavía, jamás pudo lograr verla cicatrizada, sufriendo constantemente agudos dolores. A pesar de esto, siguió en sus funciones apostólicas, y no tardó en ser llamado con el P. Filds á la Asuncion, donde el P. Lorenzana tenia necesidad de algunos colaboradores.

Afortunadamente llegaron al P. Romero algunos refuerzos del Perú. Acompañado del P. Juan Dario y del hermano Juan Rodriguez, empezó una mision en Córdoba donde se construyó una hermosa iglesia. El español Juan de Abreu, establecido en aquella ciudad, ofreció á los PP. Romero y Monroy acompañarles á la extremidad meridional del Tucuman donde moraban los diaguitas. Aquellos indígenas adoraban el sol y le consagraban las plumas de las aves que bañaban de vez en cuando en la sangre de los animales. Creian que las almas de los caciques se trocaban en planetas al desprenderse de sus cuerpos, y las de los particulares en estrellas. Tenian algunos templos consagrados al astro del dia. Los misioneros,





en un principio, fueron escuchados con atencion por aquellos pueblos: pero corrieron gran peligro de perecer precisamente en un burgo cuyos habitantes les habian recibido con los brazos abiertos. El mismo dia de su recibimiento, una banda de salvajes se presentó con el aparato usado en las ejecuciones sangrientas; y Romero salió á su encuentro sin hacer caso de su ademan feroz y amenazador. Con la seguridad que dá el desprecio de la muerte, les manda que tributen al verdadero Dios que les acaba de dar á conocer, el homenage que le deben todos los hombres. Al oir aquellas palabras, interrumpiéndole uno de los indigenas, le dice que no permitirá que los diaguistas se deshonren descubriéndose como lo hacen los españoles, cuando ruegan á su Dios; sino que él y los suyos continuarán viviendo segun sus antiguos hábitos. El orgulloso indigena se retiró entonces, dejando á los misioneros y á Juan de Abreu temerosos de una sublevacion general, de la que iban á ser infaliblemente las víctimas. Pasaron la mayor parte de la noche rezando, y al dia siguiente vieron con agradable sorpresa que el fiero orador de la víspera venia á pedirles perdon por la falta que en un momento de estravío habia cometido. A los pocos dias, los misioneros lograron convertir á mas de mil diaguitas, quienes sumisos á las órdenes del P. Romero, demolieron los templos del Sol y plantaron varias cruces en sus ruinas; pero como el obispo del Tucuman no pudo enviar un pastor á aquellos nuevos cristianos, la iglesia naciente no se sostuvo por mucho tiempo en el estado en que los jesuitas la habian dejado.

Entretanto, el general de la Compañía de Jesus, nombró al P. Estéban Paez, visitador de todas las casas que poseia en el Perú y de las que dependian de ella en las provincias vecinas. El P. Paez, despues de haber desempeñado su comision en el Perú, se dirigió á Salta, donde reunió á todos los misioneros de su órden que se hallaban en la provincia del Tucuman y en la del Rio de la Plata, de la que formaba parte entonces el Paraguay. Díjoles que desaprobaba las misiones ambulantes y las contínuas idas y venidas de un estremo á otro de aquellas provincias; que daban muy poco resultado las conversiones rápidas, obra de un primer impulso; que hasta el mismo S. Francisco Solano, que vivia entonces, despues de haber recorrido todo el Tucuman y una gran parte del Chaco, donde habia convertido un gran número de infieles, no habiendo formado ningun establecimiento fijo, no habia dejado sino débiles huellas de su apostolado; que acontece con la semilla de la palabra lo que con la que se arroja á la tierra, que no basta sembrarla, sino que es preciso cultivar el terreno para que germine y dé en la cosecha el fruto apetecido. Los misioneros contestaron al P. Paez que no habian podido dejar de obedecer á los obispos y vicarios generales que administraban la sede vacante, pasando á los puntos que les habian designado; que sus correrías, lejos de ser inútiles, les habian proporcionado el conocimiento tan necesario del pais y del carácter de los diferentes pueblos á los cuales debian anunciar el Evangelio; que las escursiones de S. Francisco Solano habian dado una utilidad espiritual, y que abundando en las mismas ideas del superior, en las que ellos habian verificado, habian procurado en lo posible preparar establecimientos durables para mas adelante, ó bien que ya se habian fijado en algunos puntos.

Entre los misioneros reunidos en Salta, se encontraba el P. Ortega, á quien, una calumniosa denuncia de un habitante de Villarica, hizo comparecer entonces ante el tribunal de la Inquisicion del Perú. Aunque sus dolores se habian aumentado estraordinariamente con un viage de trescientas leguas que acababa de hacer, y que tuviese que andar todavía otras quinientas leguas para llegar á Lima, partió sin dilacion. Ni su pronta obediencia, ni la consideracion de sus trabajos apostólicos en el Brasil y en el Paraguay, fueron títulos suficientes para dejar de encarcelar en las prisiones del Santo Oficio, á aquel hombre que habia llevado á cabo algunas empresas muy he-

róicas, y en favor de quien el cielo se habia declarado por mas de un milagro. Hasta al cabo de cinco meses de cautiverio, no fué devuelto á sus superiores. Dos años despues, el denunciador que le habia acusado de haber revelado su confesion, hallándose en el lecho de muerte, retractóse de su calumnia en presencia de algunos testigos, y confesó que la resolucion de aquel santo varon en no querer absolverle, le habia inducido á vengarse de él acusándole maliciosamente. Reconocida la inocencia del P. Ortega, el conde de Monterey, virey del Perú, trató de utilizar su celo para la conversion de los chiriguanes, colonia de los guaranies, que desde las montañas en que habitaba, iba á saquear el Tucuman. Por lo comun los chiriguanes, no tenian mas que una muger; pero elegian frecuentemente de entre sus cautivas algunas jóvenes, que asociaban á su compañera. Razonables y de apacible trato, pasaban de repente á la ferocidad del tigre. Tomándoles por el interés, todo se obtenia de aquellos hombres ávidos que consideraban como enemigos, á aquellos de quienes nada podian esperar; por otra parte, la frecuente embriaguez quo los dominaba, habia llevado hasta el estremo la disolucion de sus costumbres. Su depravacion era tal, que cuando manifestándoles las grandes verdades del cristianismo, se les hablaba del fuego del infierno, contestaban friamente, que ya hallarian el medio de apagarlo. Jamás habian dado muestras de querer reconciliarse con los españoles, y únicamente les pedian misioneros, cuando se les hacia pesada la guerra que tenian que sostener entre sí. Los apóstoles no se engañaban; pero como hay momentos señalados por la Providencia, para triunfar de los corazones mas rebeldes á la gracia, los cuales deben saberse aprovechar, el P. Ortega aceptó gustoso la invitacion que le hiciera el virey del Perú. Partió en el año 1601 con el P. Gerónimo de Villarnao, para las cordilleras chiriguanas, donde, si bien en un principio fueron bien acogidos los dos jesuitas, no tardaron en conocer que los indígenas no querian abrazar el cristianismo. Despues de haber desplegado por espacio de dos años todo el zelo que les sugerió su ardiente caridad y amor al prójimo para ablandar aquellos endurecidos corazones, se convencieron por último, que no habia llegado aun el afortunado dia para poder alcanzarlo. Por otra parte, hallándose sumamente quebrantada la salud del P. Ortega, su compañero recibió la órden de acompañarle á la Plata, donde murió en el año 1622, en una edad muy adelantada. Algunos franciscanos quisieron probar si serian mas afortunados que los jesuitas en aquella comarca; y Agustin Fabio acompañado de otro religioso, entró por el valle de Tarija en la Cordillera, donde operó algunas conversiones, y hasta llegó á edificar una iglesia.

La vejez del P. Filds no le habia permitido ir á Salta. Era ya tiempo de que algunos religiosos de su órden se le agregasen en la Asuncion, donde habia corrido el rumor de que no volverian los jesuitas, á quienes decian, no gustaban las colonias pobres. El nuevo obispo de la Asuncion, Martin Ignacio de Loyola, sobrino del fundador de la Compañía, escribió al P. Romero, que, si hubiese sabido que los jesuitas habian abandonado su diócesis, no hubiera aceptado su gobierno. Pero aquel rumor calumniosamente difundido, no era cierto; únicamente el visitador Paez habia pensado dejar á los jesuitas de la provincia del Brasil, el cuidado de cristianizar el pais situado al este del Paraguay y del Rio de la Plata, por la razon de que aquella provincia estaba muy al alcance y mas en estado que la del Perú, de enviar algunos misioneros que llegarian á ella ya instruidos en la lengua que se habla mas comunmente; pero el P. Paez no reflexionó sin duda, que la corte de Lisboa no se encargaria de proporcionar apósteles á una comarca que no pertenecia á la corona de Portugal, y que el consejo real de Indias no permitiria por otra parte, que entrasen en las colonias españolas otros misioneros que los naturales del rey de España. Si bien las coronas de España y Portugal ceñian entonces una misma

cabeza, las dos monarquías se hallaban siempre opuestas respecto á costumbres é intereses. El P. Romero, que no aprobaba el sistema seguido por el visitador, recibió con satisfaccion de Roma y del provincial del Perú, la órden de enviar á la Asuncion al P. Lorenzana, al que acompañó el P. José Cataldino. Ambos jesuitas habiéndose embarcado en Buenos-Aires, naufragaron; pero felizmente pudieron ganar la playa, y con los ausilios que les prestó el obispo de la Asuncion, que se dirigia á Buenos-Aires, pudieron pasar á su ciudad episcopal, donde lograron captarse el aprecio general, consagrándose con celo á la conversion é instruccion de los indígenas.

Reunidos los jesuitas del Paraguay con los de Chile, en una sola provincia, el P. Diego de Torres, que antes estaba encargado del gobierno de la vice-provincia de Quito, pasó á ser provincial de Chile y del Paraguay. Hallándose en Quito en el año 1605, supo que todos los años desembarcaban en Cartagena algunos miles de esclavos negros, procedentes la mayor parte de Angola, para ser distribuidos en las colonias españolas. Torres encargó al P. Alfonso de Sandoval, la instruccion de los que se destinaban á aquella parte del Perú Aquel religioso se ocupó con mucho celo de aquel encargo, y se conservan dos buenas obras que escribió sobre el particular. Empezó por examinar si los esclavos habian recibido el bautismo antes de partir de Angola, y juzgando, segun sus informes, que debian ser bautizados bajo condicion, espuso por escrito al arzobispo de Sevilla las razones que tenia para dudar de la validez del bautismo, de los que se decia habian recibido ya aquel sacramento. El arzobispo comunicó su memoria a varios teólogos, que fueron de la misma opinion; y en consecuencia dispuso que en todos los lugares de su jurisdiccion (que abrazaba entonces toda la América), se nombrasen personas aptas para examinar á los negros, y que se bautizára con condicion á todos los que se hallaren en el caso de que hablaba el P. Sandoval en su escrito. Los obispos de Méjico, del Perú y del nuevo reino de Granada, se conformaron con aquella disposicion, que el P. Torres hizo prevalecer tambien en la nueva provincia que iba á gobernar. En el año 1607, partió de Lima con quince religiosos, una parte de los cuales pasaron á Chile, y condujo la otra al Tucuman. Habiendo llegado á Santiago, presentó sus compañeros al obispo Francisco de Treco, diciéndole que el general de la Compañía deseaba que los jesuitas que permanecieran en su diócesis, estuvieran enteramente á sus órdenes. Enternecido el prelado viéndoles arrodillados á sus piés, les abrazó cariñosamente y condújoles á la catedral que estaba llena de españoles é indígenas. Allí de pié en su sólio, manifestó que no se consideraba capaz de poder llenar sin su ausilio las obligaciones que le imponia el obispado, y que si los jesuitas hubiesen tenido que abandonar la diócesis, él habria renunciado la mitra por no tener el sentimiento de ver perderse una infinidad de almas rescatadas á costa de la sangre de Jesucristo. Despues de haber restablecido el noviciado en Córdoba, el provincial pasó á Chile, cuyo suelo acababa de bañar la sangre de algunos mártires dominicos.

Desde que Chile habia sido descubierto por Almagro y conquistado en parte por Pedro de Valdivia (1), los religiosos de Santo Domingo, de San Francisco y de la Merced, no habian cesado de evangelizarle. Los de la Compañía de Jesus participaron tambien mas tarde de sus trabajos. En el año 1593, Felipe II logró que ocho jesuitas partieran para Chile, bajo la direccion del P. Luis Valdivia, y este refuerzo reanimó las esperanzas de los obispos de Santiago y de la Concepcion que se hallaban en los puntos opuestos de aquella laboriosa mision. Merced á los desvelos del P. Valdivia, fundóse un colegio de la Compañía en la ciudad de la Concepcion, y estableció además en los principales fuertes que ocupaban los españoles, dos padres de la sociedad para recorrer las poblaciones y paises vecinos. La

(1) Véase tom. I, lib. II, cap. V.

ferocidad de los araucanos y la creencia en que estaban de que el agua derramada sobre su cabeza, hacia la muerte inevitable, multiplicaban los peligros de los misioneros á quienes odiaban aquellos pueblos. El dominico Cristóbal Ruisa, que cultivaba con gran ardor aquel ingrato suelo, fué víctima de su celo: en el momento en que estaba predicando, los indígenas se arrojaron sobre él, para vengar, dijeron, á sus dioses, con la muerte del que se declaraba su enemigo. Turon dice que tuvo lugar este suceso en el año 1600, y habla de otros mártires que probablemente derramaron su sangre por la fé en aquellos dias. Fontana dice, que habiendo tomado las armas una multitud de indígenas en el año 1605, fueron saqueadas cinco poblaciones españolas y cinco conventos de dominicos con sus iglesias completamente destruidas. Los religiosos que moraban en ellos y que se consagraban á la conversion de los idólatras y á la enseñanza de los neófitos, en parte fueron degollados y en parte hechos cautivos. En la ciudad de Valdivia, Pedro Pezoa, prior del convento, habiendo reprendido á unos bárbaros que querian violentar á una virjen cristiana, desahogaron su furor contra esta hiriéndola mortalmente á hachazos. El generoso confesor la consoló y exhortó en sus últimos momentos, muriendo santamente en sus brazos. El converso Juan de Vega, sucumbió gloriosamente en la misma ciudad en defensa de las santas imágenes, que intentaba destrozar con su lanza un indígena. Murió bendiciendo misericordiosamente á su matador. Tambien los dominicos continuaban en el año 1606, derramando su sangre para la propagacion de la fé. Poseian un pequeño convento y una iglesia en Villarica de Chile, cuyos habitantes indígenas, escitados por los sacerdotes de los ídolos, los degollaron á todos, á saber, al P. Pablo de Bustamante, superior del convento, al P. Fernando Ovando, á un novicio converso y cuatro otros misioneros. La llegada de los nuevos jesuitas, que envió Diego de Torres, fortificó la milicia apostólica diezmada por el martirio de aquellos dominicos, en cuya sangre debia mezclarse en el año 1612, la de tres hijos de San Ignacio. Parecia no obstante, que el calor con que los jesuitas abrazaban la causa de los indígenas, debiese garantirles de su furor. Aquellos religiosos empezaron por dar libertad á los esclavos araucanos que tenian en su colegio, y el mismo P. Luis Valdivia, fué á llevar á los piés del trono la cuestion de la libertad de los indígenas, alcanzando un decreto favorable. Aquel prudente acuerdo hizo que muchos indígenas abrazáran el cristianismo. Tres mugeres de un cacique llamado Anganomon, habiendo huido de su morada con los hijos que todavía amamantaban, fueron á pedir el bautismo á los españoles, que les fué concedido despues de haberlas instruido. Anganomon las reclamó con amenazas; pero como ellas se negasen á volver bajo su yugo, el P. Valdivia no quiso violentar su voluntad, sobretodo considerando que si lo hacia, quedaban igualmente espuestas su fé y su creencia. Observando todos los demás gefes la paz establecida, el cacique disimuló su cólera, y esperó la ocasion favorable para poder vengarse. Mientras tanto, el P. Luis Valdivia encargó á su pariente, Martin de Aranda Valdivia y á Horacio de Vecchi, que con el coadjutor Diego de Montalvan, hijo de Méjico, fuesen á evangelizar el burgo de los elicúreos. Aranda habia nacido en Villarica de Chile, de padres españoles; en el año 1561 habia servido como oficial de caballería; nombrado gobernador de una provincia, hizo los ejercicios espirituales para prepararse á ejercer dignamente sus importantes funciones; pero en el retiro, Dios habló á su corazon y le llamó á la Compañía, en la que entró enseguida, á pesar de los esfuerzos que hizo el virey para disuadirle: tenia entonces treinta y un años. Vecchi habia nacido en Siena de Italia, y era fama de que los elicúreos no se convertian sino con la sangre de los mártires. Sabedor Anganomon de que estaban en camino los misioneros, siguió sus huellas acompañado de doscientos ginetes, y se arrojó sobre ellos en

el momento en que repartian por vez primera el pan de la vida á los elicúreos. Los tres jesuitas murieron á manos de los salvages, despues de haber visto sus cuerpos cubiertos de flechas, el dia 14 de diciembre del año 1612. Algunos autores suponen que fueron atados á un árbol, y en aquel estado les arrancaron la piel y el corazon, no cesando los mártires de alabar á Dios hasta su último momento. En el año 1656 se grabó en Europa el retrato del P. Horacio de Vecchi, el cual fué dedicado al papa Alejandro VII, con motivo de los lazos de parentesco que existian entre la familia de este pontífice y la del mártir.

Volviendo ahora al P. Diego de Torres, diremos que siguió perfectamente de acuerdo con el animoso P. Luis Valdivia, tomando ambos muy á pechos la felicidad moral de los chilenos. Al regresar del Tucuman, un grande aguacero inundó la ciudad, y arruinó una parte de sus edificios; un terrible huracan destruyó en pocos dias todas las plantaciones, y la peste sembró la muerte por do quiera. La miseria que siguió fué espantosa, y aunque los jesuitas se vieron privados casi enteramente de lo mas preciso para su subsistencia, no por esto desmayaron, confiando en la Providencia que no les abandonó. Refiere un historiador del Paraguay, que al salir el provincial de Córdoba, para girar una visita á las demás casas de la Compañía, dejó únicamente ciento ochenta escudos al procurador, para atender á las necesidades de una numerosa comunidad; y que al cabo de ocho meses, este último habia gastado mas de ochocientos, sin que hubiese tomado nada prestado, ni se pudiera decir de donde habia venido el escedente. No dando los resultados apetecidos la mision de Santiago, los jesuitas tomaron el partido de abandonar aquel punto, y aceptaron un colegio en San Miguel, desde donde hicieron fructuosas espediciones á los paises habitados por los diaguistas, los lullos y los calcaguies.

Habiendo escrito el rey de España á Fernando Arias Saavedra, gobernador del Paraguay, que deseaba que subyugára únicamente por la palabra á los naturales, á menos de que hicieran armas contra los españoles, en conformidad con la voluntad del soberano, el gobernador y el obispo de la Asuncion, rogaron á Diego de Torres que se encargára tanto de los guaranies, vecinos de la ciudad episcopal, en otro tiempo evangelizados por el franciscano Luis de Bolanos, como de los que habian convertido al cristianismo los jesuitas Filds y Ortega en la Guayra. Muy necesario era en efecto, que el obispo se hallára en estado de poder dar algunos pastores á las parroquias de la ciudad episcopal, y sobre todo, á las poblaciones cercanas. El P. Lorenzana, rector del colegio de la Asuncion, suplia, segun sus fuerzas, en la capital, en defecto de curas, y enviaba algunos de sus religiosos donde mas apremiaba la necesidad. Resultaba de esta escasez de obreros evangélicos, una profunda ignorancia de la religion, un gran desórden en los casamientos, que casi se limitaban á la avenencia de las partes, una corrupcion de costumbres muy parecida á la de los infieles y en muchos lugares el abandono completo de todo culto externo. La Guayra no tenia mas que dos sacerdotes, el uno cura de Ciudad-Real y el otro de Villarica. El primero era tan ignorante que se dudaba supiese lo que era necesario para la validez de los sacramentos; y el segundo era un religioso que ya no vestia el hábito de su órden, diciendo que unos ladrones se lo habian quitado, y le habian dado una sotana á la cual no honraba debidamente. El cuidado de su parroquia era lo que menos le ocupaba: recorria las aldeas de los indígenas; bautizaba á cuantos se le presentaban sin tomarse la pena de instruirles; pero quizás no sabia bien su lengua para poder hacerlo con provecho. Diego de Torres habiendo destinado á aquella mision á los PP. José Cataldino y Simon Maceta, italiano este último, no quisieron encargarse de ella aquellos apóstoles, hasta que el obispo y el gobernador les hubieron conferido un ámplio poder para reunir á todos sus cristianos en burgos, gobernarlos sin ninguna dependencia de las ciudades ó fortalezas inmediatas á los

lugares en que se establecieran y construir iglesias donde juzgasen ser necesarias. Partieron de la Asuncion en el mes de setiembre del año 1609, se detuvieron en Ciudad-Real en el mes de febrero de 1610, y despues cayeron enfermos de fatiga en Villarica. Habiendo corrido el rumor de que los jesuitas habian obtenido del rey la facultad de emancipar á los guaranies, á fin de disipar el mal efecto que aquella idea podia causar en el ánimo de los colonos españoles, manifestaron á estos que lejos de pretender turbar el órden de cosas establecido, de acuerdo con el soberano, y en provecho mútuo, su propósito era que los guaranies reconocieran primero su dignidad de hombres para que luego pudieran ser buenos cristianos. Procurarémos, añadieron, que por consideracion á sus propios intereses, se sometan de buena voluntad á nuestro gefe supremo, y abrigamos la confianza de que lo lograrémos con la ayuda de Dios. Les harémos comprender que el abuso que hacen de su libertad, les es muy perjudicial y les enseñarémos á contenerla en sus justos límites. Nos lisonjeamos de hacerles conocer las grandes ventajas que reportan de la dependencia en que viven todos los pueblos civilizados, y que llegará un dia en que bendicirán el instante feliz en que presten obediencia á un príncipe que desea ser su padre y protector, procurándoles el conocimiento del verdadero Dios.

Los dos misioneros habiendo solicitado en vano algunos guias en Villarica, los pidieron al cacique del lugar, donde querian formar su primer establecimiento. Vino el mismo cacique en su busca; pero como mediáran entre él y los españoles algunas cuestiones de obediencia, regresó solo á su pueblo. Entonces los padres fueron á embarcarse en el Paranapanéma (1), subiendo rio arriba hasta la confluencia del Pirapó. En aquel lugar encontraron á doscientas familias guaranies, bautizadas por los PP. Filds y Ortega, y formaron con ellas un pueblo que llamaron *Loreto*. Mas tarde se dieron á aquellas iglesias indígenas el nombre de *Reducciones*, y esta fué la primera que lo llevó. El nombre de Loreto convenia perfectamente al burgo, que habia sido la cuna de la república cristiana de los guaranies, que andando el tiempo llegó á ser muy floreciente. Internándose todavía en el pais unas ochenta leguas, los religiosos encontraron otras veinte y tres aldeas, cuyos habitantes, en parte cristianos, en parte dispuestos á serlo, fueron agrupados tanto por su propio interés, como por recibir mas fácilmente la instruccion moral que les era necesaria. Un suceso inesperado puso en grave peligro de turbar la paz y armonía que reinaban en aquella naciente colonia. Los jesuitas iban acompañados de un intérprete natural del pais, habitante en Ciudad-Real, quien mostraba un grande interés por el buen éxito de la mision; pero se observaba que jamás volvia sin que le faltase algo de su maleta ó de su vestido, hasta que un dia vino simplemente cubierto de un taparabo. Interrogado por los religiosos sobre el uso que habia hecho de sus vestidos, les contestó: «Vosotros predicais á vuestro modo y yo al mio; vosotros teneis el don de la palabra y yo procuro suplirlo con mis obras. Al efecto, distribuyo cuanto poseo entre los principales indígenas de esta comarca, persuadido de que cuando habré ganado á los gefes con mi generosidad, será mas fácil ganar la voluntad de los demás, y creo que con este proceder os adelanto mucho trabajo.» Convencidos los religiosos de que habia distribuido sus vestidos para cubrir la desnudez de los indígenas, no solo aplaudieron su caritativo comportamiento, sino que en cuanto se lo permitia su pobreza, procuraron ponerle en estado de repetir aquella buena accion. Pero

(1) Rio del Brasil provincia de San Pablo. Este rio que en el idioma del pais significa *Rio de la desgracia*, es algunas veces muy caudaloso, y saliendo de madre causa grandes inundaciones. Nace en la vertiente septentrional de la Sierra Geral, cerca de la villa de su nombre, corre generalmente al O. N. O. y desagua en el Paraná despues de un curso de unos seiscientos kilómetros. El Pirapó que es su tributario, corre al N. N. O. de la provincia de Rio-Janeiro, y en sus orillas estaba el pueblo de las misiones de Loreto que destruyeron los portugueses de San Pablo. (Nota del Trad.)

su error no duró mucho tiempo ; habiéndose despedido el indígena de ellos, diciéndoles que ya no tenian necesidad de su concurso, por cuanto se esplicaban fácilmente en el idioma del pais, no tardaron en descubrir que por medio de lo que aquel infeliz pretendia haber dado, logró llevarse algunas mugeres indias, seducidas por sus regalos. Sabedores los jesuitas de que los indígenas suponian que ellos habian tomado parte en aquella seduccion, les costó mucho trabajo desengañarles ; pero por fin lo lograron hasta el punto de que la mayor parte se trasladaron á Loreto. Siendo ya demasiado numerosos los habitantes de aquel pueblo, un cacique llamado Aticaya, propuso que se formase otra Reduccion á una legua y media mas lejos, lo que efectivamente se hizo, llamándosela *San Ignacio*. Otras dos se formaron algun tiempo despues, pero en un principio no fueron mas que unas sucursales para recibir á los prosélitos. Aquel rápido progreso, sugirió á los dos jesuitas la idea de establecer una república cristiana que hizo renacer, en medio de aquella barbarie, los mas hermosos dias del naciente cristianismo. Las primeras medidas que tomaron los misioneros, fueron aprobadas en el año 1610, por el comisario régio que mandó allí el soberano español, quien publicó en la Guayra unas ordenanzas, merced á las cuales, los nuevos cristianos pudieron disfrutar por mucho tiempo de toda la plenitud de sus derechos de hombres libres.

Entretanto otros guaranies establecidos entre la Asuncion y el Paraná, pidieron un misionero al gobernador del Paraguay, quien se lo hizo saber al dominico Reginaldo de Lizarraga, obispo de la Asuncion. El prelado contestó que ninguno de sus sacerdotes queria ponerse á merced de aquellos antropófagos, y que por otra parte, en la escasez en que se hallaba de obreros evangélicos, no le parecia prudente quitárselos á los fieles, para dárselos á unos bárbaros con quienes no se podia contar. Sabedor de aquella contestacion el P. Torres, provincial de los jesuitas, uniéndose con el gobernador, sorprendido de aquella negativa, representó al obispo que convenia aprovechar una ocasion que tal vez no se presentaria mas, de librar la provincia de las hostilidades de los guaranies, y que bien merecia la obtencion de tan buen resultado, hacer el sacrificio de privarse de uno ó dos sacerdotes, máxime cuando el rey de España queria que antes de apelar á las armas, se intentase por todos los medios civilizar ó convertir á los indígenas. El prelado escuchó tranquilamente aquellas observaciones, y luego preguntó al gobernador, si podia disponer de una buena escolta para acompañar á aquellos sacerdotes, porque no queria esponerlos á ir solos. Viendo el gobernador la inflexibilidad del obispo, dijo al provincial, que no quedaba otro recurso que apelar al celo y valor de sus religiosos. Torres replicó que no podia contar sino con el rector del colegio de la Asuncion, cuya contestacion no tardaria en darle á conocer. En efecto, tomada aquella resolucion dirigióse al colegio, reunió á todos los sacerdotes, de los cuales sabia que salvo el rector, ninguno podia ausentarse, les espuso en breves palabras lo que habia pasado en casa del obispo, y mirando al P. Lorenzana : « Padre mio, le dijo, como en otro tiempo el Señor á Isaias, ¿ á quién enviaré ? ¿ quién irá ? » Entonces el rector arrojándose á sus piés, le dió la contestacion del profeta : « Héme aquí, enviadme á mí. » El provincial le abrazó con trasporte, y al punto fué á llevar aquella nueva al gobernador, que la recibió con indecible contento. Toda la ciudad celebró la abnegacion de aquel anciano, á quien el provincial halló al fin un compañero, jóven misionero recien llegado á la Asuncion, llamado Francisco de San Martin. Los dos apóstoles partieron para su peligrosa mision, donde construyeron una capilla que cubrieron de ramas, pasando despues á recorrer todo el territorio ocupado por aquellos guaranies, que supersticiosos y dados á la embriaguez, mas de una vez resolvieron darles muerte. Dios salvó á los misioneros,

pero todos sus esfuerzos fueron estériles durante el primer año. Mas al fin, el ejemplo de dos caciques que abrazaron el cristianismo, decidió á muchos indígenas á hacer otro tanto. En medio de aquel favorable movimiento, una muger cuyo marido no quizo bautizarse, se refugió con su hija en el burgo en que moraban los jesuitas. El esposo irritado reunió á varios idólatras amigos suyos para vengarse; pero no atreviéndose á atacar el burgo, sorprendió á los mahomas, aliados de los españoles, y les hizo algunos prisioneros. Los caciques convertidos, que, á instancias del P. Lorenzana, reclamaron aquellos cautivos, recibieron por contestacion que no se darian por satisfechos, hasta haber bebido la sangre del último mahoma, con el cráneo del mas viejo de los dos misioneros. No quedó mas recurso que combatir, pero afortunadamente quedaron vencedores los mahomas, y libres sus prisioneros. Viendo entonces los jesuitas que su rebaño iba en aumento, se trasladaron á un lugar mas cómodo, donde construyeron una iglesia, siendo aquel lugar llamado San Ignacio Gaza, el primero que existió estable en el Paraná. Pero el enemigo mas bien disperso que abatido, no tardó en volver á aparecer; Dios permitió que para ejemplo de los misioneros, el terror turbase la razon del jóven P. San Martin, á quien fué preciso enviar á la Asuncion y separarle despues de la Compañía. Por el contrario el P. Lorenzana, con su presencia de ánimo, su firmeza y paciencia, logró salvar la poblacion que vió crecer cada dia mas y mas.

Mientras se proseguia la obra de la civilizacion en la Guayra y en el Paraná, en el este del Paraguay, los guaycurus, establecidos al oeste de aquel rio, ocupaban la atencion del provincial de los jesuitas. Acababa de agregar á la compañía, Roque Gonzalez de Santa Cruz, hijo de la Asuncion y pariente del gobernador; asocióle el P. Griffi, y ambos misioneros fueron á establecerse resueltamente en el burgo de los Guaycurus, procurando aprender su lengua. Estos, que les veian sin cesar hacer preguntas á su intérprete y escribir sus contestaciones, creyeron que levantaban el plano de su pais en provecho de los españoles. Estaba ya resuelta la muerte de los pretendidos espías, cuando el P. Gonzalez que presentia una catástrofe, se apresuró á leer públicamente lo que habia escrito, que consistia en los elementos de la doctrina cristiana traducidos al idioma local. Aquella lectura calmó algun tanto los ánimos irritados; pero la mision de los jesuitas no dió mas resultado que abrir las puertas del cielo á un cierto número de niños que bautizaron en el artículo de muerte.

Francisco Alvaro, que recorrió aquellas comarcas en calidad de visitador, declaró en nombre del rey de España, que los guaranies y guaycurus, permanecerian constantemente hombres libres; que los padres de la Compañía de Jesus serian los únicos encargados de instruirles, civilizarles y disponerles para reconocer la soberanía del rey; y que en fin, los misioneros recibirian para su gasto los mismos honorarios que los curas de los indígenas del Perú. Pero el provincial rogó al visitador que redujera aquella cantidad á la cuarta parte, manifestándole que les bastaba á unos religiosos, cuyas necesidades eran muy limitadas. El desinterés del P. Torres, edificó al pueblo de la Asuncion. Merced á los buenos oficios del mismo visitador, se logró que la Compañía volviera á Santiago en el Tucuman.

El P. Torres envió al P. Antonio Ruiz de Montoya á la Guayra, para ayudar á los PP. Maceta y Cataldino, quienes no solo procuraban cimentar la fé de los guaranies de las cuatro poblaciones que se habian ya formado, sino que iban en busca de los indígenas hasta en sus mas recónditos retiros. Despues de haber andado todo el dia bajo un sol abrasador, al llegar la noche era turbado su reposo por una multitud de insectos alados que destrozaban su semblante; y cuando postrados por el calor, rendidos por el cansancio, el insomnio, el hambre y la sed, caian enfermos, se hallaban privados absolutamente de todo socorro humano. Lo que habia pasado al P. Ortega,

les acontecia á ellos frecuentemente, sobre todo en la estacion de las lluvias, que desbordándose los rios, é inundando repentinamente una considerable estension de terreno, no les quedaba mas recurso por no perecer ahogados, que subirse al primer árbol que la casualidad les deparaba. Casi nunca encontraban un terreno bastante elevado para poder pasar en él la noche, sin tener que dormir sobre el barro. A parte de estos inconvenientes, casi siempre tenian que abrirse paso con el hacha en la mano, á fin de poder penetrar en los bosques, y abandonados muchas veces por los indígenas en medio de enmarañadas selvas, á merced de las fieras ó de los bárbaros, no les quedaba otro recurso que desandar el camino que habian hecho. Sin tener en consideracion tanto sufrimiento, algunos habitantes de Villarica, movidos por malas pasiones, hicieron correr el rumor de que los trabajos de los misioneros eran estériles, á fin de que el superior les llamase de un pais que se creia rebelde á los esfuerzos de su celo; y aquella fábula se acreditó hasta el punto que, el P. Montoya tuvo que hacer un viage á la Asuncion, para desengañar al provincial. No fué aquella la única prueba impuesta á los jesuitas de la Guayra.

La Reduccion de los guaranies, fundada bajo el nombre de San Ignacio Guazu, en las inmediaciones del Paraná, habia perdido al P. Lorenzana, que se habia encargado de nuevo de la direccion del colegio de la Asuncion; pero el P. Gonzalez sucedió á aquel venerable apóstol, yendo á sembrar la santa palabra hasta el rio Xejuy, que desagua en el Panamá. Como los indígenas errantes de aquellas comarcas, donde aun no habia penetrado ningun español, se sorprendieran de su atrevimiento viéndole adelantar tanto sin escolta, contestó que no ignoraba que los pueblos en medio de los cuales se hallaba, se habian hecho muy formidables á los europeos; « pero ha llegado el tiempo, añadió, de someteros al suave yugo del verdadero Dios, que es el de los cristianos. Esta cruz que veis en mis manos, mas poderosa que las armas de los españoles, es mi defensa, y me basta para someteros á su imperio. Lleno de confianza en su virtud, vengo á exhortaros para que reconozcais al Dios creador del cielo y la tierra. Escuchadme; vengo á intimaros los mandatos del que, sin efusion de sangre, ha subyugado las mas poderosas naciones; yo soy su enviado, y solo tengo que dirigiros palabras de paz y de amor.» Los bárbaros escucharon al siervo de Dios; le admiraron mas y mas, y hasta le sirvieron de guias. El P. Gonzalez, despues de haber recorrido mas de cien leguas, volvió á Guazu, cuya poblacion fué cada vez mas en aumento.

Hacia siete años que el P. Torres habia fundado aquella provincia con siete religiosos, y en el año 1615, dejó ciento diez y nueve á su sucesor Pedro de Oñate, hombre de mérito, profesor de teología en la universidad de Lima, y que habia tomado parte en las mas penosas misiones del Perú. Durante su provincialato, el P. Luis Valdivia pasó á España, para defenderse de algunas falsas acusaciones que se le hicieron. Examinada su conducta, se le colmó de elogios, pero como el general de la Compañía no le permitiese volver á América, despues de haber rehusado con mucha modestia un lugar que se le ofreció en el consejo real de Indias, se retiró á Valladolid, donde se dedicó á la direccion de las almas, y escribió varias obras. Poseia tan bien tres de las lenguas que se hablaban en Chile, que publicó sus reglas elementales; muriendo en santa paz en dicha ciudad el año 1644.

Uno de los mas ilustres misioneros que tuvo bajo su direccion el nuevo provincial, fué el P. Gonzalez, del que ya hemos hablado anteriormente. Prosiguiendo sus viages apostólicos, se hizo querer tanto de los indígenas que habitaban en las inmediaciones de los pantanos de Santa Ana, rio que desagua en el Panamá, que aquellos infieles le rogaron que los reuniese en una Reduccion; pero como algunos franciscanos habian evangelizado ya la comarca, el misionero fué á Corrientes para ponerse de acuerdo sobre el particular, con los reli-

giosos de San Francisco, quienes le autorizaron para cultivar aquella viña, si ninguno de los suyos comparecia durante los seis meses siguientes. Costeando el Paraná, no tardó el P. Gonzalez en encontrar algunos indígenas armados de mazas y flechas, y cuyos cuerpos estaban enteramente pintados. Su gefe que se hacia pasar por un Dios, le preguntó como se atrevia á penetrar en un pais que no habian pisado todavía los españoles: « El europeo que hasta ahora lo ha intentado, ha sido castigado con la muerte por su osadía; si tú pretendes anunciarnos un nuevo Dios, ten entendido que aquí no hay mas Dios que yo. » Los aplausos con que fueron acogidas aquellas palabras, no arredraron al misionero. « No creas amedrentarme con tus amenazas, contestóle, porque yo soy el enviado del verdadero Dios, á quien todos los mortales deben rendir homenage; ese Dios tomó un cuerpo visible, sufrió la muerte para salvar á los hombres, resucitó despues por su propia voluntad, y ahora se halla en el reino de los cielos. Sus ministros están persuadidos de que la mayor dicha que les es dado alcanzar, es poder derramar su sangre por él. Si hubiese venido aquí para causaros daño, me veriais bien armado y acompañado; pero yo no llevo otro objeto que enseñaros á vivir como hombres, y daros á conocer los preceptos de un Dios que os hará gozar de una dicha sin fin, si le prestais la obediencia que le debeis como hijos suyos. » Tanta firmeza sorprendió á los indígenas, quienes entraron en conversacion con el misionero que les cautivó con su dulzura, de modo que muchos se hicieron sus amigos, y nadie se opuso á que prosiguiera su camino. Despues de haber prolongado por algun tiempo su escursion, regresó al punto de partida. Cuatro caciques, reunidos con sus tribus en un lugar llamado Itapua, y que en un principio le habian acogido muy mal, le abrieron despues sus brazos, y para evangelizarlos fué á pedir ausiliares á la Asuncion. Aquellos indígenas, atacados durante su ausencia por unos vecinos mal contentos, porque aceptaban la direccion del misionero, invocaron al Dios que el P. Gonzalez les habia hecho conocer, y obtuvieron una victoria que les afirmó mas y mas en su fé. Cuando aquel hombre apostólico llegó á la Asuncion, sus habitantes le recibieron con júbilo, y le dieron grandes pruebas de su admiracion y respeto, porque no podian comprender, como solo, y sin mas armas que su crucifijo, habia podido salvar unas barreras que hasta entonces habian sido consideradas insuperables. De regreso á Itapua, situado á unas sesenta leguas de la Asuncion, logró formar un numeroso pueblo; y pasando despues á los pantanos de Santa Ana, en donde los franciscanos no habian vuelto durante los seis meses que se habian prefijado, fundó allí una tercera Reduccion; pero habiéndola revindicado aunque tarde los hijos de San Francisco, se la cedió sin la menor oposicion. El gobernador del Paraguay que era cuñado del P. Gonzalez, visitó los nuevos pueblos, acompañado del servidor de Dios, y confesando que los misioneros eran mejores que los soldados para conquistar á los pueblos del Nuevo-Mundo. El P. Gonzalez logró fundar todavía otro pueblo, á cuatro leguas de Itapua; pero poco faltó que la apostasía de un cacique causára la ruina del de San Ignacio Guazu. El P. Juan Salas, encargado de aquella iglesia, no dió lugar á que el mal se hiciera incurable, sino que al dia siguiente de la desercion del cacique, sintiéndose inspirado al salir del altar, fué en busca del fugitivo, á quien habló con tanta fuerza, que el apóstata acabó por pedirle perdon de su infidelidad, y volvió al pueblo con todos los que le habian seguido.

La vida de los misioneros se pasaba así en contínuas alternativas, pero en ninguna parte eran mas frecuentes que entre los guaycurus. Los PP. Romero y Moranta, aunque protegidos por dos caciques que habian abrazado el cristianismo, mas de una vez se vieron en peligro de ser degollados. Espulsados y vueltos á llamar despues á ruegos del cacique Martin, pasaron al burgo de este gefe. Moranta fijó en él su residencia para consagrarse á la educa-

cion de los niños y de los prosélitos si se presentaba alguno. Romero penetró muy adentro en el pais, donde se granjeó de tal modo el afecto de los habitantes, que un gran número de ellos propusieron adoptarle, dándole el nombre de un antiguo cacique cuya memoria era muy venerada. Prestóse el misionero á aquella adopcion que le ponia en estado de poder asegurar la salvacion de muchos indígenas, y los milagros con que el cielo autorizaba su mision, contribuyeron por otra parte al feliz éxito de su empresa. Aquellos indígenas habian llegado á persuadirse de que el bautismo exponia á la muerte á los que lo recibian; opinion fundada entre ellos, como en varias otras comarcas americanas, en que al principio los misioneros no bautizaban sino á los moribundos, y aunque se les hacia observar que la esperiencia enseñaba lo contrario, era muy difícil desarraigar en su ánimo aquel error; pero el P. Romero obtuvo del cielo la curacion de algunos enfermos á quienes bautizó, y aquel resultado fué muy favorable al cristianismo. Otro error mas añejo y mas general todavía, era el de que las almas de los que habian llevado una mala vida, pasaban, despues de la muerte, al cuerpo de un animal venenoso ó dañino; de modo que habiéndose convertido una muger reputada hechicera, y habiendo pedido ser bautizada, muchos se opusieron á que el P. Romero le administrase el sacramento, so pretesto de que si moria cristiana y se la enterraba con los demás, su alma pasaria quizás en el cuerpo de algun tigre que desolaria el burgo; prevencion que le costó mucho trabajo al misionero poder desvanecer.

Entretanto, la necesidad cada vez mayor que tenia de apóstoles el Paraguay, habia sido espuesta á Roma por el P. Viana, hijo de una poblacion de Navarra, que lleva el mismo nombre. En vista de aquella instancia, el P. Mucio Vittelleschi, general de la Compañía, dirigió una circular á todas las casas para invitar á los jesuitas á que fuesen á compartir con sus hermanos del Paraguay los trabajos apostólicos de aquella mision, por lo que se ofrecieron muchos mas de los que se podian admitir. Treinta y siete fueron los que eligió el general, los cuales se unieron con el P. Viana, quien, siguiendo el ejemplo de S. Francisco Javier, que al partir para las Indias, se habia negado á visitar á su madre, se embarcó sin entrar en su pueblo, aunque pasó con sus compañeros por muy cerca de él. Cuando llegó al puerto de Buenos-Aires, donde ya en el año de 1608 habian desembarcado ocho jesuitas, el P. Oñate utilizó los nuevos obreros, nombrando á algunos de ellos profesores de los colegios de Buenos-Aires, Santa Fé y San Miguel; destinando dos sacerdotes á la ciudad de Esteco, muy bien situada para la comunicacion entre el Chaco y el Tucuman, y encargando á cuatro misioneros que fuesen á evangelizar á los calcaguies, que por temor á los españoles recibieron bien á los apóstoles, pero cuyo corazon permaneció cerrado al celeste rocío.

Los jesuitas del Guayra hallaban menos resistencia por parte de los indígenas; pero tenian que luchar con tres especies de enemigos. El menos temible era una enfermedad epidémica que diezmaba de vez en cuando las poblaciones; pero, si mataba los cuerpos, en cambio daba tiempo á muchas almas para convertirse. Mas sério era el peligro que se corria con los indígenas que moraban en las cercanías de Villarica, quienes abandonaban fácilmente la fé que una vez habian abrazado á causa de su roce con los estranjeros, cuyas exigencias temian. Habíase creido sustraerles de aquel funesto influjo, estableciéndoles mas allá del Paranapanè y del Pirapè, pero para huir de un mal habíase caido en otro mayor, por hallarse harto cercanos á los mamelucos de San Pablo de Piratiningua. La colonia portuguesa de San Pablo en la que los jesuitas brasileños habian fundado en un principio grandes esperanzas, habiendo sido arrastrada por el ejemplo de una colonia vecina en la que la sangre europea se habia mezclado con la de los naturales, tomaron en ella asiento las malas pasiones, siguiéndose de ello el desórden y la corrupcion de las costumbres. A los mestizos, que llamaron mame-

lucos, por alusion á los antiguos esclavos de los soldanes de Egipto, se agregaron algunos malhechores, escoria de diversas naciones, que hallaban un refugio contra la justicia en una poblacion, situada como el nido del águila en la cima de un escarpado peñasco, donde solo el hambre hubiese podido rendirles. Las coronas de Portugal reunidas entonces en una misma cabeza, estaban igualmente interesadas en destruir aquella guarida de bandoleros; pero ni el Brasil, ni el Paraguay se hallaban en estado de proporcionar las tropas necesarias para establecer un riguroso bloqueo. Por su parte los mamelucos, sin alejarse de su retiro, tenian á su alcance todas las comodidades de la vida. Respirábase en San Pablo un aire muy puro bajo un cielo siempre sereno y un clima templado; todas las tierras son allí fértiles y producen escelente trigo; abunda la caña dulce y se hallan escelentes pastos. El espíritu de libertinage y las seducciones del latrocinio, fueron pues los únicos móviles que impulsaron á los mamelucos á recorrer, como azotes devastadores, arrostrando increibles fatigas y contínuos peligros, una inmensa estension de terreno que despoblaron de dos millones de hombres. Un número considerable de entre ellos pereció en aquellas correrías que se prolongaron muchas veces por espacio de algunos años, al fin de los cuales, los que sobrevivian, hallaban muchas veces á sus compañeras unidas con otros esposos; reemplazando á los que no volvian al punto de partida, los cautivos que habian sido hechos en sus lejanas escursiones ó los indígenas que se agrupaban voluntariamente á aquella estraña república. Las Reducciones del Guayra, situadas entre los mamelucos y los españoles del Paraguay, hubieran protegido á estos, si á su vez hubiesen sido sostenidas; pero el interés cegó á los europeos, y no reconocieron las ventajas que hubieron podido sacar de aquellas, hasta que vieron despoblada toda la frontera. Los aventureros de San Pablo, encontrando por parte de los nuevos cristianos una resistencia que no esperaban, y no queriendo debilitarse á fuerza de vencer, recurrian á las mas singulares astucias; por ejemplo, en los lugares donde sabian que los jesuitas trataban de hacer prosélitos, se dejaban ver de vez en cuando en corto número precedidos por sus gefes vestidos como aquellos religiosos; plantaban cruces, hacian algunos regalillos á los indígenas que encontraban, suministraban medicinas á los enfermos, y como hablaban con facilidad la lengua del pais, les exhortaban á abrazar el cristianismo, cuyos principales artículos les esplicaban en breves palabras. Cuando por medio de sus artificios, habian logrado reunir un número regular, les proponian que fuesen á establecerse con ellos en un lugar cómodo donde nada les faltaria; la mayor parte seguian, aquellos lobos disfrazados con piel de oveja, hasta que los raptores juzgaban á propósito arrancarse la máscara. Los mamelucos ataban entonces á sus víctimas, degollaban á los que intentaban escaparse y se llevaban prisioneros á los demás; y como algunos de estos lograban librarse de la esclavitud apelando á la fuga, esparcian la alarma entre los suyos; y antes de poder hacer constar quienes eran los verdaderos culpables, muchos indígenas estaban en la creencia de que sus raptores eran los jesuitas, de modo que eran grandes los peligros que corrian aquellos religiosos en sus escursiones, ó bien les costaba mucho trabajo lograr que les siguieran los naturales. Al número de los enemigos con quienes tuvieron que luchar los fundadores de aquella república cristiana, deben añadirse además los impostores que abusaban de la sencillez de un pueblo dominado por las mas estravagantes supersticiones para seducirle y esclavizarle. Entre estos debemos citar á un indígena de la frontera brasileña, quien acompañado de un muchacho que le hacia de criado, y de una muger que le seguia, se dirigió á la Guayra, vendiendo por el camino objetos de poco valor, y á los cuales atribuia grandes virtudes. Habiendo llegado á Loreto, donde residia entonces el P. Cataldino, empezó por reunir en las márgenes del rio á un número considerable de habitan-

tes indígenas, luego se revistió con una especie de capa, formada con un tegido de plumas, y sosteniendo con una mano el cráneo de una cabra llena de guijarros, que agitaba sin cesar, se puso á cantar acompañado de aquel estraño instrumento. De vez en cuando parecia estar agitado por movimientos convulsivos, y gritaba con acento entusiasta, que era árbitro de la vida y de la muerte; que presidia á la siembra y á la cosecha, que con un soplo de sus lábios podia destruir este universo y crear otro; que era un solo Dios en tres personas, que con el fulgor de su rostro habia engendrado al muchacho que le acompañaba, y que la muger que les seguia debia su ser á uno y otro. Su semblante, el tono de su voz y sus gestos amedrentaron á los neófitos, lo que conocido por el embaucador, resuelto á llevarlos al sitio que queria, les ordenó, con las mas terribles amenazas que le siguieran. Habiendo comparecido en aquel momento el P. Cataldino, levantó mas y mas la voz, declarando que si alguno se atrevia á tocarle, haria perecer á todo el pueblo (Pl. XCII, n.° 2); pero el misionero sin darle oidos, dispuso que lo arrestasen Al punto algunos cristianos se apoderaron de él, le quitaron sus ropas y le aplicaron algunos latigazos, los cuales bastaron para que declarase que no era Dios. Al siguiente dia se le administró la misma correccion, para obligarle á abjurar su pretendida trinidad; se encerró á la muger y al muchacho separadamente, y despues se desterró al impostor á un lugar con guardas de vista. Cuando pareció que habia abandonado sus locas ideas, se le volvió á acompañar á Loreto donde se le instruyó, y despues de largas pruebas, le fué concedido el bautismo que solicitaba con vivas instancias, y del que se mostró digno hasta la muerte por su fervor y buenas costumbres. Otros impostores parecidos al citado, imperaban fácilmente en el ánimo de los indígenas que formaban el feroz pueblo que fué encontrado en medio de intrincadas selvas por los neófitos de los PP. Montoya y Diego de Salazar. Aquellos hombres se agujereaban los lábios para introducir en ellos algunas piedrecitas que creian les iban muy bien; sus cabañas eran tan bajas, que no podian estar en ellas de pié; no tenian ninguna palabra para espresar la divinidad y solo adoraban al trueno. Los cristianos lograron ganar á setenta y tres, que los siguieron en sus burgos; pero el cambio de alimento les causó algunas enfermedades de que murieron, á escepcion de cuatro, en menos de un año, dando gracias á Dios por la merced que les habia concedido. Hasta entonces no se admitia en la santa mesa de la iglesia de Guayra á los neófitos, sino por causa de muerte; pero despues fueron admitidos los que habian sufrido siete años de prueba á contar desde el dia de su bautizo. Se juzgó necesario aquel largo intérvalo, á fin de asegurarse de su constancia y ponerles en estado de formarse una grande idea de la dignidad del augusto sacramento, inspirándoles un vivísimo deseo por aquel celeste alimento. Muchísimos hicieron acciones heróicas para que cesase aquella privacion. Como lo mas costoso para aquellos pueblos era la humillacion, se echaba mano de aquel flaco para esperimentarles, y casi todos los verdaderos creyentes resistian aquella prueba con un valor que no era dado esperar. Cuando se les advertia que se preparasen para recibir el pan de la vida, se disponian á verificarlo con todos los ejercicios de piedad y penitencia que se puede imaginar, sobre todo, por medio de ayunos, de modo que algunos de ellos llegaban al estremo de pasar dos dias sin tomar nada. Conocida su voracidad y la facilidad con que dijieren, se puede apreciar cual era su ardiente deseo de poder recibir el maná eucarístico. Así es que, los frutos que sacaron con tan laudable proceder llegaron á hacerles desconocidos á sus propios pastores.

Despues de haber permanecido algun tiempo en las tierras cercanas al Paraná, el P. Romero, acompañado del P. Santacruz, fué á fundar la Reduccion de Yaguapua, que dejó al cuidado del P. Urvenia, mientras que él evangelizaba á los indios de cien leguas á la redonda. Por su parte, el P. Gonzalez, emprendió una nueva mision en el Uruguay, autorizado por

el P. Oñate. Al llegar, acompañado de algunos neófitos escojidos al rio Aracana, un gran número de indígenas, que iban desnudos de piés á cabeza, salieron á su encuentro, gritándole de lejos que no pasára adelante, pues de lo contrario le costaria la vida. Contestó el apóstol que no habia andado un camino tan largo para volverse de aquel modo; que venia de parte del Creador de cielo y tierra, y que seria indigno de llevar el título de su enviado, si el temor de la muerte le impidiese ejecutar las órdenes que habia recibido. (Pl. XCIII, n.° 1) Aquellas breves palabras, y el ánimo resuelto de Gonzalez sorprendieron á los bárbaros, quienes permanecieron inmóviles. Acercóse á ellos, expúsoles los principales puntos del cristianismo, y si no logró persuadirles, calmó al menos su furor, retirándose los bárbaros, profiriendo únicamente algunas amenazas. Cuando hubieron desaparecido, los neófitos hicieron presente al misionero que yendo mas lejos se esponia sin utilidad á una muerte segura, y le suplicaron que no aguardára para retirarse cuando le hubiesen cerrado el paso. Por toda respuesta Gonzalez les despidió á todos, quedándose únicamente con dos niños que no quisieron abandonarle. Pasó la noche con ellos en un bosquecillo, en donde al siguiente dia ofreció los divinos misterios para la salvacion de los infieles cuya escursion iba á emprender. En aquel mismo dia recibió la visita de un cacique que prometió protegerle contra cualquiera que quisiera insultarle, y aquel gefe, habiendo ido á encontrar á otros, les invitó á que fuesen con él á escuchar un hombre estraordinario, cuyas miras parecian enteramente pacíficas. Cuando se hubieron reunido al lado del servidor de Dios, éste les esplicó el objeto de su viage, y el mas poderoso de aquellos gefes, llamado Niezu, le invitó á que le acompañára hasta su burgo, situado á dos leguas del Uruguay. Gonzalez, á quien escucharon con respeto, plantó allí una cruz al pié de la cual todos se prosternaron siguiendo su ejemplo; despues adelantó hasta un lugar llamado Ibitaragua en donde el dia 8 de diciembre del año 1620, echó los fundamentos de un pueblo que fué llamado la Concepcion. Habiendo sabido que Niezu estaba amenazado á causa de él, y que la cruz plantada en su burgo habia sido quemada, fué á encontrar al autor de aquel atentado, quien, dominado por su ascendiente prometió permanecer tranquilo. Mas tarde fué tambien en busca de otros indígenas que habian declarado la guerra á Niezu; su sola presencia logró dispersarles, y entonces regresó á la Concepcion donde consolidó su naciente establecimiento.

En aquel año tuvo lugar la division de dos provincias del Paraguay y del Rio de la Plata, separadas por el Tebiquari, y la creacion de la sede episcopal de la ciudad de Buenos-Aires, declarada capital de la segunda de dichas provincias. El rey de España presentó para ocupar la nueva sede á Pedro de Carranza, hijo de Sevilla, religioso carmelita, doctor en la universidad de Osuna y célebre predicador; pero este prelado, preconizado en 6 de abril del año 1620, no pudo tomar en seguida posesion de su obispado. Dispúsose mas tarde que las nuevas poblaciones del Uruguay dependerian en lo espiritual del obispo de Buenos-Aires, al paso que las del Guayra y del Paraná pertenecerian á la diócesis de la Asuncion. Esta última ciudad, molestada incesantemente por los guaycurus, solo veia en la religion el modo de llevar á buen camino á aquellos bárbaros; así es que, obtuvo del provincial de los jesuitas que le enviase al P. Origbi en reemplazo del P. Romero, ocupado útilmente en otra parte; pero el único consuelo que tuvo el misionero fué poder bautizar en sus últimos momentos de existencia al cacique Martin, que siempre se habia mostrado rebelde á la gracia. Aunque su hijo, del mismo nombre, y buen cristiano, le sucedió, no bastó su buen ejemplo para convertir á sus súbditos, de modo que, viendo el P. Origbi que eran infructuosos todos sus esfuerzos, resolvió ir en busca de corazones menos empedernidos. Tambien los calcaguies continuaban mostrándose rebeldes á la gracia.





provincia dominicana de San Juan Bautista, que en un capítulo de la órden, propuso dividir en tres provincias, cuyos superiores podrian apreciar mas fácilmente las necesidades del pueblo. Desmembráronse en efecto las dos terceras partes de los conventos, y con una parte se formó la provincia de Quito y con la otra la de Chile. El mismo capítulo á propuesta del P. Francisco de San Miguel, cimentó la union ya establecida entre los religiosos de Santo Domingo, San Francisco y San Agustin, dependiendo en mucho la conversion de los indígenas, de la concordia que veian reinar entre los ministros encargados de su instruccion. Francisco de San Miguel, pasó á mejor vida en el mes de junio del año 1577.

Una vez establecidos los monasterios, universidades y escuelas en el Perú, preparábanse en ellos los misioneros con mucho mas provecho que en Europa, atendida la facilidad de poder aprender la lengua de los naturales, y conocer la índole y carácter de los indígenas, á quienes debian convertir. El dominico Antonio de Figueroa, hijo del Perú, contribuyó poderosamente á la propagacion de la fé con los escelentes discípulos que sacó, en calidad de prior ó maestro de novicios del convento del Rosario de Lima. Un obispo de la Concepcion, en Chile, decia de este religioso, muerto en Cartagena en el año 1569, que le estaba tan obligado por la educacion que habia recibido de él, como á sus propios padres á quienes debia la vida. Alfonso de La-Cerda, hijo de Cáceres, en Estremadura, que habia ido al Perú impulsado por su deseo de viajar, y que vistió el hábito de Santo Domingo en el convento del Rosario en el año 1545, debia seguir una carrera mas dilatada. Despues de haber ejercido su celo en nombre de Dios, no lejos de Panamá y en Arequipa, donde se hallaba en los años 1557 y 1561, gobernó el convento donde habia profesado, y en donde la mayor parte de los misioneros, postrados por las fatigas de su apostolado, iban á terminar sus dias, fundando allí una hermandad para atender á las necesidades de aquellos veteranos de las misiones. Fué elegido provincial en el capítulo del año 1569, célebre no solamente porque se acordó en él que los monasterios y casas de doctrina ó instruccion, situados en el nuevo reino de Granada, formarian, bajo el nombre de San Antonino, una provincia independiente de la de San Juan Bautista, sino porque se redactaron en el mismo algunos reglamentos muy sábios para la eleccion de los misioneros. Dispúsose que todos los dominicos que quisiesen entrar en aquella carrera, tendrian que sujetarse á exámenes rigurosos, semejantes á los que varios prelados del Perú ya habian prescrito en sus diócesis, cuando se trataba de conferir un curato á los indígenas. Como la mayor parte de los nuevos convertidos, hallándose apartados de toda iglesia, no podian recibir ni la santa palabra, ni los sacramentos, Gerónimo de Loaysa, arzobispo de Lima, fundó otras nueve casas de instruccion, que el P. La-Cerda aceptó y confió á ministros de reconocida capacidad; el mismo visitó hasta las mas pequeñas casas de doctrina, donde desempeñaba las funciones de catequista para asegurarse del grado de instruccion de los neófitos. Al propio tiempo reanimó de aquel modo el celo de los misioneros, renovó el amor á la sencillez evangélica, manifestando su complacencia en ver las casas de su órden sin supérfluo y sin rentas, pero convenientemente dispuestas y adornadas las iglesias. Nombrado en el año de 1573, definidor general del capítulo de la órden convocado en Roma, y procurador de su provincia, fué un constante protector de los indígenas así con el Papa como con el rey de España, Felipe II que le apreciaba, le propuso entonces para la sede de Honduras, establecida en el año 1539 y que habia tenido por titulares á Juan de Talavera, Cristóbal de Pedraza, y Gerónimo de Corella, el primero y último religiosos gerónimos. Lo mucho que hizo Alfonso de La-Cerda en esta diócesis, fué causa de que se le trasladára á la sede de la Plata de los Charcas, como verémos mas adelante.

Tomás Garcia de Toledo, hijo de Oropesa, en Castilla la Nueva, llegado á Méjico en el

año 1535, con el virey Antonio de Mendoza, habia tomado en la ciudad de Méjico el hábito de Santo Domingo que como Alfonso de La-Cerda debia honrar al Perú. A instancias de su familia, en un principio fué vuelto á enviar á España en donde fué el director de Sta. Teresa. Las frecuentes conversaciones que tuvo con la sierva de Dios hasta 1569 y la vida penitente que llevaba en el convento de Talavera, centro de una naciente reforma, le dispusieron á recibir nuevas gracias para la salvacion de los indígenas de América. Francisco de Toledo, su primo hermano, habiendo sido nombrado virey del Perú, volvió á conducirle allí, y quiso que le acompañase en la visita que hizo á varias provincias de aquel imperio. El P. Garcia, ausiliado de algunos misioneros, reunió entonces á varios indígenas recientemente convertidos, á cuarenta leguas de Lima, en un lugar donde el virey construyó una villa que llamó Oropesa, en memoria de la que habia visto nacer al siervo de Dios (1). En el año 1577, la provincia de San Juan Bautista, habiendo elegido provincial al P. Garcia, su nuevo ministerio le impuso el deber de proseguir sus viages, aprovechándolos muy bien para mantener el espíritu de las misiones entre sus hermanos. A fin de quitarles toda tentacion de codicia, hizo leer en el mismo capítulo que le habia elegido, un breve de Pio V, disponiendo que los religiosos que regresasen del Perú á España, no pudiesen llevar mas dinero que la suma fijada para el viage por el P. provincial, conforme al espíritu de la pobreza religiosa. Su principal ocupacion fué atender á las necesidades espirituales de los indígenas. El solo convento del Rosario, en Lima, proporcionaba, independientemente de los profesores de la Universidad, un gran número de obreros evangélicos á todos los pueblos de la diócesis; de modo, que sin hablar de los que en diferentes localidades, continuaban instruyendo á los nuevos convertidos, se contaban otros doscientos, especialmente destinados á combatir la idolatría. El deseo de multiplicar los misioneros, hizo que el P. Garcia fundase algunos nuevos conventos y reparase otros antiguos. Merced tambien á su intervencion, la universidad de Lima que ocupaba una parte del convento del Rosario, turbando el concurso de los estudiantes el silencio del claustro, fué trasladado á otro edificio, sin que el superior del convento perdiera las prerogativas que se le habian concedido cuando la fundacion de la universidad, estableciendo además algunos profesores especiales para los jóvenes religiosos. En el año 1581, época en que acababa su provincialato, regresó con Francisco de Toledo á España, donde fué á aguardar en el convento de Talavera, la muerte que debia coronar su útil carrera.

Francisco de Sanabria, de la misma órden, y uno de los compañeros de S. Luis Bertran, habiendo ejercido primero las funciones del misionero en el nuevo reino de Granada, donde evangelizó á los idólatras de la provincia de Tunja (1), pasó al Perú en el año 1569, multiplicó las conversiones en Lima con su elocuencia, y consagró sus últimos años á la dió-

(1) Esta villa que andando el tiempo llegó á ser capital de la provincia de Cochabamba, está situada á unos 120 kil. S. E. de la Paz á orillas de un pequeño afluente del Guapey en un ameno y fértil valle. Entre sus habitantes, que se cuentan hoy dia unos 18,000, se encuentran todavia á muchos descendientes de los primeros conquistadores del Perú. En la provincia de Quispicanchi y cerca de una laguna llamada la Mohiua, existe en el Alto Perú otro pueblo que lleva el mismo nombre de Oropesa. Ignoramos si debió su nombre al propio P. Garcia ó á su primo el virey en recuerdo de su familia; pero es indudable que su fundacion data de los primeros tiempos de la conquista, á juzgar por algunos restos de antiguas construcciones. Este pueblo es famoso por hallarse en sus inmediaciones, al pié de un cerro llamado Rumicolca, las ruinas del palacio del 14° Inca del Perú llamado Huascar, hijo de Huayna-Capac, que empezó á reinar en el año 1526 y fué depuesto por su hermano Atahualpa en 1532 y muerto al fin del mismo año, de edad de 51 años. Es fama, entre los naturales del pais, que en el centro de aquel monte quedaron ocultos los inmensos tesoros de los monarcas del Perú, cuando los españoles lo conquistaron; pero cuantas pesquizas se han hecho hasta el presente no han dado ningun resultado. (Nota del Trad.)

(1) La provincia de Tunja, asi como su capital, que lo fué del departamento de Boyaca (Colombia) tenian muchas riquezas, cuando Quesada, uno de sus conquistadores, entró en ella. En la capital ha habido hasta estos últimos tiempos cuatro conventos y un colegio; la mayor parte de sus habitantes adolecen desde tiempo inmemorial de la enfermedad de paperas y tiene en sus inmediaciones unas fuentes muy celebradas por dar agua caliente durante la noche y sumamente fria durante el dia. (Nota del Trad.)

cesis de Panamá, donde murió en el año 1588. En el mismo año terminó tambien su carrera Juan de Villalobos, á quien Cárlos V habia nombrado obispo de Cartagena, aunque no tuvo efecto aquel nombramiento; entrando en la órden de San Francisco de la que pasó á la de Santo Domingo. Enviado á las misiones del Perú, fué destinado, sobre el año 1553, á la ciudad de Guamangua, en los límites de cuyo territorio ejerció el apostolado por espacio de treinta y tres años. Algunas revelaciones proféticas ilustraron á las veces su ministerio. Un dia que predicaba en la iglesia de Santa Ana, sobre la necesidad de la caridad fraternal, viendo sordos á sus oyentes á la voz del Espíritu Santo, esclamó: «Grande es vuestra culpa y no quedará sin castigo: procurad al menos que sirva á vuestra penitencia el azote que Dios os enviará. Hoy mismo, esta tarde, á las cinco descargará sobre esta poblacion una tempestad tan violenta, como no haya memoria de otra igual.» En efecto, á la hora señalada, el fuego del cielo sembró el luto en la poblacion, un diluvio de agua se precipitó sobre las casas que pronto fueron inundadas; las iglesias se llenaron de gentes implorando misericordia; catástrofe espantosa, pero eficaz, que acreditó la palabra del predicador, cuya muerte, acontecida en el año 1586, fué muy llorada por los habitantes de Guamangua. La misma provincia fué teatro de los esfuerzos de Domingo de Montenegro, español, que en sus mocedades llegó al Perú, y fué admitido en la profesion religiosa en el convento del Rosario de Lima. Aunque los habitantes de aquel pais de un natural muelle y perezoso, eran capaces de desanimar á los ministros de Jesucristo, Montenegro sostuvo, con el ejemplo de su paciencia, el ánimo de los que evangelizaban con él. A diez leguas de Guamangua está la poblacion de Guancavilca en la que los dominicos tenian un convento, pero sin iglesia. El misionero estuvo encargado de construir una; y aunque agobiado bajo el peso de la vejez y de las enfermedades, fué á recojer las limosnas necesarias y puso en seguida mano á la obra, porque segun dijo, el tiempo apremiaba, ya para preparar un tabernáculo al sacramento de nuestros altares, ya para disponer su propia sepultura. En efecto, al siguiente dia de haber sido depositado el pan eucarístico en la nueva iglesia, Montenegro entregó su alma al Criador. Era el 8 de julio del año 1596. El dominico Bartolomé de Vargas, ejerció tambien por mucho tiempo el ministerio apostólico de la parte septentrional del Perú, particularmente en la ciudad de Trujillo y en el valle de Chicama (1). Su natural bondadoso le ganaba todos los corazones, y tuvo la dicha de regenerar un gran número de infieles con las aguas del bautismo. Postrado por una grave enfermedad, y conociendo que se acercaba su fin, se puso en camino, aunque sumamente débil, para dirigirse al convento, que distaba cinco leguas del lugar en que se hallaba. A ejemplo de su bienaventurado patriarca, y por órden del superior que recibió su confesion general, declaró en presencia de todos sus hermanos que, por una misericordia especial de Dios, le habia sido dado poder conservar el tesoro de su virginidad hasta aquel último momento. Dió de nuevo gracias al Autor de tantas mercedes y se durmió en el sueño de los justos el dia 28 de julio del año 1598.

Este misionero tuvo por émulo en una comarca vecina, á Juan Ocampo, hijo de padres nobles españoles, que habia vestido el hábito de Nuestra Señora de las Mercedes. Este apóstol de Jesucristo, tenia el don de cautivar los corazones con los bellos sentimientos de que rebosaba el suyo; lloraba amargamente por los que mas endurecidos estaban en el pecado, y cuando su dulzura lograba cautivarles, se encargaba de satisfacer por ellos la penitencia que reclamaban sus graves culpas.

(1) Este fértil, estenso y hermoso valle del Perú, situado á unos 32 kil. de Trujillo, era uno de los mas poblados de indios cuando la conquista por los españoles. El convento de dominicos, que mas tarde fué priorato y casa de novicios, que en el año 1540 fundó Fr. Domingo de Sto. Tomás, y en el que se formaron tantos famosos apóstoles de Jesucristo, con las viscisitudes de los tiempos fué abandonado y hoy dia está completamente arruinado. (Nota del Trad.)

Semejante caridad ablandaba los corazones mas empedernidos, y con la gracia, que solo puede moverlos, Ocampo esperaba admirables conversiones. El espíritu de las tinieblas suscitó la calumnia contra él; pero únicamente opuso la paciencia. Mal informados ó intimidados sus superiores, le prohibieron salir del convento, y predicar por algun tiempo; pero no tardó el cielo en tomar su defensa; su inocencia fué reconocida y le fué permitido que fuese con su compañero á anunciar el Evangelio á los indígenas de toda la provincia. Este religioso terminó santamente su existencia en el convento del Cuzco, en el año 1599. Otro religioso de la Merced, Juan de Vargas, nacido en Jerez de Andalucia, habia sido destinado por el provincial de Castilla, á evangelizar la Tierra-Firme. En su primer viage, fué puesto á dura prueba su valor. A la vista de una isla que parecia cercana á Panamá, una tempestad dispersó la flotilla; el buque en que iba Vargas tuvo tronchados los mástiles, desgarradas las velas y rotas las cuerdas; los marineros y pasageros en el momento del naufragio, se cogieron de todos aquellos objetos que consideraron les librarian de ir á fondo, aconsejando al misionero que á su vez cogiese una tabla, y se quitase el hábito cuyo peso contribuiria á su perdicion; pero el religioso sin atender á aquellos consejos, prefirió entregarse en manos de la Providencia. Habiéndose sumergido el buque con todos los que no habian tomado ninguna precaucion, otro buque que cruzaba cercano pudo recoger á los náufragos, que se sostenian con los cofres, tablas, etc.; pero como no pareciese Juan de Vargas, creyósele sumergido y se vituperó su conducta por no haber querido despojarse de sus hábitos religiosos. Mas no tardaron en cambiar de lenguaje, porque cuando se acercaron á tierra, se le vió arrodillado en la playa, fijos los ojos al cielo, y teniendo en la mano el crucifijo que abrazaba en el momento supremo del peligro. La tripulacion no dudó que el Todopoderoso para recompensar su fé, habia consolidado las aguas, y el escribano del buque estendió un testimonio del milagro, que admirados suscribieron todos los pasageros. Este estraordinario prodigio, verificado á la vista de los indígenas, todavía infieles, abrió un ancho campo al misionero; no obstante, su modestia se alarmó por los honores que se le prodigaron en Panamá y paises vecinos; pero se aprovechó de su ascendiente para operar numerosas conversiones. Dios le reservaba una mision especialísima. Los españoles habian hecho venir del Cabo Verde y del resto de Africa, un gran número de negros para emplearlos en las minas y otros trabajos penosos; pero seducidos por los estrangeros que miraban con envidia la prosperidad de España, abandonaron sus trabajos y huyeron con sus mugeres é hijos á los bosques y montañas, renunciando muchos de ellos á la fé que acababan de abrazar. Una buena parte de ellos se agregó á sus seductores, que se les conocia con el nombre de corsarios ingleses é irlandeses, acostumbrados, como aves de rapiña, á saquear las costas de las posesiones españolas. En vano se les ofreció con el olvido de lo pasado, una plena y entera libertad: continuaron con sus pérfidos maestros sus robos, saqueos y asesinatos. Creyóse entonces en España y en Panamá, que el misionero Juan de Vargas era el único capaz de hacer entrar en el deber, á unos rebeldes que conocian su santidad, y que mas de una vez habian sido objeto de su ardiente caridad. Provisto de ámplios poderes, y acompañado de un solo español, fué á encontrarles en las montañas de Vallano. El mismo dia de su llegada celebró los divinos misterios; al sonido de la campana, algunos negros que habian permanecido fieles al cristianismo, se reunieron en la capilla, y quedaron agradablemente sorprendidos al volver á ver á un hombre á quien siempre habian respetado. Terminada la misa le rodearon no sin otro objeto que de renovar los testimonios de la veneracion que profesaban á su persona: Juan de Vargas, por su parte, obró con prudencia, puesto que sin hablarles de su rebelion, manifestóles que su

mayor satisfaccion seria poder contribuir á su salvacion. En los siguientes dias, los negros acudieron en mayor número; escucharon sus sermones, y mostráronse movidos por sus palabras, por manera, que en pocas semanas les preparó no solo para volver á abrazar los ejercicios espirituales que habian practicado desde su bautismo, sino para entrar de nuevo en el servicio de sus amos, de cuyo buen trato les salió garante. No faltaba mas que señalar el dia y el modo como se llevaria á cabo aquella prudente resolucion, cuando, durante la celebracion de los santos misterios, una partida de tropa española, que ignoraba sin duda ó la comision del religioso, ó la disposicion en que se hallaban los fugitivos, les hizo fuego, matando á algunos é hiriendo á otros, retirándose apresuradamente para no verse envuelta por la multitud de los negros de las inmediaciones, que al oir el fuego acudió al ausilio de sus compañeros. Aquel hecho costó la vida al bondadoso misionero; porque creidos los negros de que el que veneraban como á un amigo de Dios y á su apóstol, era un emisario de los españoles, encargado de cautivarles con sus predicaciones para hacerles caer en el lazo, se arrojaron furiosos sobre él, le ataron al tronco de un árbol, y le hicieron servir de blanco á sus envenenadas flechas. (Pl. XCIII, n.º 2.) Como si aquel suplicio no hubiese sido bastante rápido para satisfacer su venganza, le ahorcaron, no separándose de su lado hasta que le hubieron visto espirar. Treinta dias despues de aquella cruel ejecucion, el consejo de Panamá, ansioso por saber el resultado de la comision dada al P. Vargas, envió una compañía de soldados en su busca, permitiendo Dios que fuese hallado el cuerpo del mártir colgado aun del árbol, sin ninguna señal de descomposicion y como si hubiese muerto el mismo dia. Fué trasladado á la ciudad de Panamá, en donde se le recibió con pompa, invocando á Juan de Vargas como un mártir de Jesucristo, por los muchos milagros que despues se operaron junto á su tumba. Lo mas admirable es, que sabedores mas tarde los esclavos fugitivos, de que el misionero era inocente de la traicion por la que le habian condenado á muerte, regresaron de motu propio á las casas de sus antiguos dueños, á quienes sirvieron en adelante con la mayor fidelidad. Este tierno episodio, tuvo lugar segun los cronistas, á fines del siglo XVI.

Férot coloca en el año 1599, la muerte del bienaventurado Juan Bernardo, que habia abrazado la órden de San Francisco, en calidad de hermano lego, y que por su gran celo por la fé, fué destinado por sus superiores á las misiones peruanas. Acompañando algunos sacerdotes de su órden que recorrian el territorio de Charcas, unos indígenas idólatras le prendieron, y le hicieron sufrir un martirio que el cielo ha hecho para siempre memorable por el prodigio que le siguió. Los salvages lejos de mostrarse agradecidos al ministerio pacífico que ejercia el hermano Bernardo, é irritados porque combatia sus supersticiones, le ahorcaron en un árbol, y como el nudo corredizo no cegase enteramente su garganta, continuó predicándoles el cristianismo por espacio de tres dias y tres noches. Aquel sorprendente espectáculo hubiese debido abrir los ojos á los indígenas; pero lejos de esto, acrecentóse su furor, viendo que aun en aquel estado vituperaba sus groseros errores, indicándoles los medios de aprovecharse de la redencion, y para reducir al silencio al apóstol de Jesucristo, le descolgaron del árbol y arrancaron el corazon del mártir, cuyo cuerpo fué abandonado en aquel mismo lugar. Férot admite que aquellas preciosas reliquias fueron recogidas y custodiadas en la ciudad de la Plata.

Entre todos estos misioneros, cuyos trabajos indicamos rápidamente, el hombre apostólico por escelencia, se nos aparece en la misma sede de la capital del Perú. Privada la iglesia de Lima desde el año 1575, de su primer arzobispo, vióse al cabo de seis años indemnizada de aquella viudedad, por la eminente santidad del sucesor de Gerónimo Loaysa, S. Toribio Alfonso de Mogrobejo, nacido en el año 1538, en un pueblo de la diócesis

de Leon. Desde su infancia habia mostrado una decidida aficion á la virtud, y un estremo horror al pecado. Refiérese que siendo todavía muy jóven, un dia encontró á una pobre muger dominada por la cólera, con motivo de haber sufrido una pérdida, y despues de haberle hecho presente con cariño la falta que cometia, para apaciguarla le dió el valor de la cosa perdida. Tenia una gran devocion á la Santísima Vírgen; todos los dias rezaba su oficio y rosario, y en su honor ayunaba todos los sábados. Mientras frecuentó las escuelas públicas, se privaba de una parte de su comida, aunque era muy frugal, para dársela á los pobres, y mortificaba de tal modo su cuerpo, que fué preciso que sus maestros le ordenasen la moderacion. Entró en estudios mayores en Valladolid, y fué á terminarlos en Salamanca. Felipe II que le conoció en edad temprana, hacia mucho caso de él, y le nombró primer magistrado de Granada, cuyo cargo desempeñó Toribio por espacio de cinco años con una integridad, prudencia y virtud, que le valieron el aprecio general, preparando Dios de este modo, las sendas que debian conducirle á los mas altos puestos de la iglesia. El Perú pedia un primer pastor verdaderamente animado del espíritu de los apóstoles, y viendo que la gracia lo habia formado en la persona de Toribio, único capaz de procurar la rápida conversion de los infieles, el rey le nombró arzobispo de Lima. Consternado Toribio cuando supo aquella resolucion, se arrojó á los piés de un crucifijo, y derramando copiosas lágrimas, rogó á Dios que le librase del enorme peso que querian imponerle, y que no podria resistir; escribió al consejo real para manifestar su incapacidad con los mas vivos colores, y recordar que los cánones de la iglesia prohiben espresamente que los laicos puedan ser revestidos de la dignidad episcopal; pero fueron inútiles todos sus ruegos, y fué preciso que su humildad consintiese en acceder á la voluntad del rey. Toribio quiso recibir las cuatro órdenes menores en cuatro diferentes domingos, á fin de tener tiempo para prepararse por medio de los egercicios; despues recibió las otras órdenes, y fué consagrado obispo en Sevila, en el mes de agosto del año 1580, embarcándose el año siguiente para el Perú, y llegó á Lima cuando contaba cuarenta y tres años. Una diócesis cuyas costas tenian una estension de ciento treinta leguas, y que contenia además de muchas ciudades, un número considerable de pueblos y aldeas, dispersos en ambas vertientes de los Andes, ofrecia un ancho campo á su infatigable celo. Apenas reposado de su largo viage, empezó la visita, y vióscle trepar por las escarpadas montañas cubiertas de hielo y nieve, á fin de llevar la santa palabra á las humildes cabañas de los indígenas. Casi siempre viajaba á pié, y como los trabajos apostólicos fructifican tanto mas, cuanto mas secundados están por Dios, oraba y ayunaba incesantemente para alcanzar la divina misericordia á favor de las almas que le habian sido confiadas. El fervor de sus predicaciones estaba sostenido con la fama de sus milagros y el don de las lenguas; porque si bien no hablaba comunmente mas que español, dirigiéndose á pueblos tan diversos, todos le entendian tan perfectamente como si les hablára en su propio idioma. En todas partes ponia pastores prudentes y celosos, y procuraba el socorro de la instruccion y de los sacramentos, hasta á los que moraban entre los mas inaccesibles peñascos. Persuadido de que la conservacion de la disciplina influye muchísimo en las buenas costumbres, puso todo su ahinco en mantenerla en su diócesis, á cuyo efecto dispuso que cada dos años se celebrasen en lo sucesivo sínodos diocesanos, y cada siete sínodos provinciales. En efecto, si la celebracion de los concilios provinciales, que como un deber impusieron los padres del de Trento á todos los metropolitanos, siempre es útil en la iglesia católica, su necesidad es mucho mas evidente en los paises donde la religion comienza á echar sus raices. Sobre todo en aquellas nacientes iglesias era de suma urgencia, que los primeros pastores pusieran de comun acuerdo todos los medios que les

sugeriera su prudencia, para estirpar los restos que pudiesen quedar de antiguas supersticiones y costumbres paganas; á esa prudencia debian unir su autoridad para suprimir los escándalos, y corregir los abusos tolerados ó permitidos por los ministros del error, y para establecer la uniformidad en la administracion de los sacramentos á los cristianos Abrazando las diócesis americanas inmensas comarcas, las sedes episcopales se hallaban muy apartadas las unas de las otras, y aquella distancia ponia á los obispos en la imposibilidad de consultarse en caso necesario; motivo de mas para que los sufragáneos pasasen voluntariamente á Lima, á ruegos de su metropolitano, para resolver los casos raros y establecer reglas comunes de práctica é instruccion. Santo Toribio no pudo reunir á sus sufragáneos mas que tres veces, esto es: en los años 1582, 1591 y 1601; pero reunió catorce veces á los ministros de segunda órden en otros tantos sínodos diocesanos. Las decretales de los tres concilios provinciales, son consideradas como oráculos, no solamente en el Nuevo-Mundo, sino tambien en Europa y hasta en la misma Roma. Toribio para perpetuar su celo y caridad, fundó algunos seminarios, iglesias y hospitales, sin permitir no obstante, que su nombre fuese continuado en las actas de fundacion. Habiendo atacado la peste á una parte de su diócesis, se privó de lo necesario, á fin, de poder atender á las necesidades de los desgraciados; encargó la penitencia como único medio de apaciguar la cólera celeste, asistió á las rogativas derramando abundantes lagrimas y con los ojos fijos en el Crucifijo, se ofreció á Dios para la conservacion de su rebaño. A estos actos religiosos añadió las rogativas, los ejercicios espirituales y los ayunos estraordinarios que continuó mientras duró la peste. Despreciaba los mas grandes peligros, cuando se trataba de procurar á un alma el mas pequeño consuelo espiritual, y entonces veíasele recorrer sin temor las mas espantosas soledades, habitadas por tigres y leones. Si se le hacian presentes los riesgos á que esponia su existencia, contestaba que, habiéndose dignado Jesucristo descender de su trono celestial para la salvacicn de los hombres, bien debia un simple pastor estar dispuesto á sufrirlo todo para su mayor gloria. Por tres veces hizo la visita de su diócesis, durando la primera siete años, cinco la segunda y la tercera un poco menos. Asegúrase que administró el sacramento de la confirmacion á mas de un millon de neófitos, pero todavía fué mucho mas considerable el número de los infieles que abrazaron la fé por conducto de su ministerio ó por los buenos oficios de sus misioneros. Cuando iba de viaje siempre rezaba ó bien se ocupaba en cosas espirituales; su primer cuidado al llegar á una poblacion, era ir á la iglesia y postrarse en presencia del Todopoderoso. La instruccion de los pobres, le detenia algunas veces dos ó tres dias en un mismo sitio, aunque le faltasen las cosas mas indispensables para la subsistencia; todos los dias celebraba el santo sacrificio de la misa con una devocion angélica, entregándose á una larga meditacion antes y despues de aquel santo acto, y tambien todas las mañanas, si le era posible, se confesaba para purificarse de las menores faltas que pudiese haber cometido. La gloria de Dios era el objeto de sus palabras y acciones, lo que hacia su oracion continuada, sin que por esto dejase de consagrar algunas horas á la meditacion, á cuyo efecto se retiraba á un lugar solitario para ocuparse con Dios de sus necesidades y de las del rebaño que le estaba confiado, y es fama que en aquellos momentos su semblante se revestia de un resplandor celestial. Su humildad correspondia á sus demas virtudes, procurando ocultar siempre sus mortificaciones y sus buenas obras. Era tan grande su caridad, que en el curso de sus visitas pastorales, distribuyó mas de doscientos mil pesos; su liberalidad se hacia estensiva á toda clase de pobres, sin distincion alguna, aunque tenia una especial predileccion para los pobres vergonzantes. Santo Toribio, tuvo la gloria de cambiar la faz de la iglesia del Perú, y

si no fué su primer apóstol, al menos puede considerársele como el restaurador de la religiosidad, que habia sufrido gran quebranto en los tiempos anteriores. Habiendo caido enfermo en Santa (1), predijo su muerte y prometió una recompensa al primero que le dijera que los médicos desesperaban de salvarle la vida. Dió á sus domésticos todo lo que servia para su uso y el resto lo legó á los pobres. Quiso que lo llevasen á la iglesia para recibir en ella el santo Viático, pero se le tuvo que administrar la extremauncion en su cama. Repetia sin cesar aquellas palabras de S. Pablo: « Deseo verme libre de los lazos del cuerpo, para poderme reunir con Jesucristo. » En sus últimos momentos, hizo cantar por los que le rodeaban estas otras palabras: « Me he alegrado al saber lo que se me ha dicho; juntos irémos á la casa del Señor.» Murió el dia 23 de marzo del año 1606, diciendo como el profeta: « Señor, en tus manos encomiendo mi alma. » Al siguiente año, trasladaron su cuerpo á Lima encontrándolo en estado incorrupto, y las actas de su canonizacion refieren, que durante su vida resucitó á un muerto y restituyó la salud á muchos enfermos; así como despues de finado, se operaron muchos milagros por la virtud de su intercesion. Toribio beatificado en el año 1679 por Inocencio XI, fué canonizado en 1726, por Benedicto XIII.

Siguiendo á un respetable cronista, continuarémos en este lugar los nombres de los prelados que concurrieron con el santo arzobispo al primer concilio de Lima. El dominico Pedro de la Penna, trasladado de la iglesia de la Vera-Paz, entonces reunida á la de Guatemala, á la sede de Quito, desplegó en ella una solicitud verdaderamente episcopal, desde el año 1563 hasta el de 1583 en que murió; Sebastian de Lartaun, tercer obispo de Cuzco, murió en el mismo año; el dominico Francisco de Victoria, obispo de San Miguel de Tucuman, habiendo sido llamado á Madrid por los intereses de su iglesia, murió allí en el año 1592; el franciscano Antonio de San Miguel, obispo de la Concepcion, en Chile, habia sido trasladado á Quito, sede vacante despues de la muerte de Pedro de la Penna, cuando murió tambien en el año 1592; y Diego de Medellin, tambien religioso de San Francisco, obispo de Santiago de Chile, cesó de existir al mismo tiempo. Ya hemos hablado anteriormente del dominico Alfonso de Guerra, obispo de la Asuncion, en el Paraguay, que murió en la sede de Mechoacan en el año 1598. Alfonso Granero de Avalos era obispo de la Plata de los Charcas, sede á la cual fué trasladado, en el año 1588, el dominico Alfonso de La-Cerda, obispo de Honduras, cuyo regreso al Perú causó una grande alegría. Este prelado, al pasar por Lima, no quiso admitir el palacio que se le habia preparado, prefiriendo hospedarse en la reducida celda que habitaba en otro tiempo, en donde fué visitado por el virey y por Santo Toribio, satisfecho al ver á uno de sus sufragáneos modelo de todas las virtudes pastorales. Cuando llegó á la Plata, en donde los dominicos no tenian mas que un hospicio, les edificó un convento. Mientras fué provincial de la provincia de San Juan Bautista, habiendo modificado el virey del Perú, que lo era entonces Francisco de Toledo, los límites administrativos, resultando de ello algunos cambios en la reparticion, entre los diversos misioneros de las doctrinas ó casas de instruccion, lejos de oponerse Alfonso de La-Cerda á aquellas órdenes, escribió á los dominicos que estaban evangelizando el territorio de Chacuytu, que se retirasen á la primera indicacion del virey para trasladarse á donde fuese mas conveniente. Cuando fué obispo de la Plata, volvió á llamar, de acuerdo con el nuevo virey Luis

(1) Santa ó Parrilla es una villa del Perú, situada á unos 100 kil. S. S. E. de Trujillo y á unos 550 kil. de Lima, á orillas del rio del mismo nombre. En su iglesia parroquial se venera una milagrosa imágen de Cristo crucificado, dádiva del emperador Cárlos V. En tiempo de Sto. Toribio era una poblacion muy floreciente y tenia un grandioso convento do franciscanos: pero á últimos del siglo XVII fué asaltada y saqueada por el pirata Eduardo David, quedando enteramente arruinada. Los habitantes que pudieron librarse de la matanza, abandonaron el sitio cercano á la costa en que los españoles habian fundado la villa, y empezaron á coustruir otra un poco mas al interior, que es la que hoy existe. (Nota del Trad.)

de Velasco, á los religiosos de su órden para establecerse de nuevo en los mismos sitios que habian dejado, sobre todo en el distrito llamado Pomata, siéndole asegurada la posesion de las Doctrinas por decreto del rey. Este prelado solo pudo gobernar cuatro años la diócesis de la Plata, porque murió el 25 de junio del año 1592.

Touron, hablando del segundo concilio de Lima, dice, que el dominico Gregorio de Montalvo, sucesivamente obispo de Yucatan, de Nicaragua y de Popayan, asistió á él como obispo de Cuzco, y hace observar que Montalvo, muerto en el año 1593, protejió singularmente á los misioneros de la Compañía de Jesus. Antes de la llegada de Antonio de la Raya, su sucesor, esta Compañía tuvo algunos mártires en el Perú: el P. Antonio Lopez murió envenenado en el año 1596, y el P. Miguel de Urrea, fué asesinado el 28 de agosto de 1597. Antonio Lopez, hijo de Segovia, apenas fué admitido en la sociedad, solicitó la autorizacion de pasar al Perú; pero en vez de consagrarse á las misiones, como deseaba, fué encargado en un principio, de enseñar la teología moral. No tardaron en proponerle por rector entre sus hermanos de religion; pero no cesó de suplicar á los mas ancianos que aceptasen su dimision, á fin de que pudiese trabajar en empresas que aunque llenas de penalidades y peligros, tenian por objeto la salvacion de los indígenas. La ciudad de Cuzco en donde, en el año 1585, habia hecho su solemne profesion, fué el teatro de sus trabajos apostólicos, ocupándose en la instruccion de los indígenas mas incultos y de los niños, animado por los ejemplos de misericordia que la divina Providencia multiplicaba para la salvacion de los idólatras y para animar á los misioneros. Tanner refiere sobre el particular un hecho muy notable. Un indígena cristiano, abandonando, no se sabe porque motivo, el territorio ocupado por los españoles, llegó, despues de quince dias de marcha, á una comarca muy poblada. Como mostrase su crucifijo, la nueva se divulgó entre los habitantes y llegó hasta oidos del cacique, que aquel estrangero era portador del Dios de los cristianos célebre por tantas victorias. Habiéndole hecho comparecer el príncipe, le pidió en presencia de unos trescientos notables de su tribu, que le hicieron ver á Jesucristo, y cuando el cacique tuvo delante de sus ojos la sagrada imágen. «¿Es este, dijo, el Dios con cuyo ausilio los españoles han destruido el imperio de los Incas, y sometido el Perú á su autoridad?» Al oir la respuesta afirmativa del cristiano, replicó: «Pero esta es la imágen de un hombre enfermo y miserable,» y al propio tiempo escupiendo al crucifijo, lo arrojó con desprecio al estranjero quien le recibió respetuosamente en sus brazos. Todas las miradas que estaban clavadas en aquel momento en el crucifijo, vieron entonces que su cabeza, inclinada á la derecha, se volvió á la izquierda, y sus ojos se fijaron en el cacique y en los idólatras, á quienes el terror hizo caer al suelo como heridos de muerte. Un violento tumulto estalló entonces en la tribu, y el cacique, que no volvió en sí hasta tres horas mas tarde, esclamó: «¡Grande es en verdad el Dios de los cristianos!» Prohibió, bajo pena de muerte, insultar aquel poderoso Dios é hizo disponer, al lado de su morada, una capilla en la que el crucifijo honrosamente colocado, recibió su adoracion y la de todo su pueblo. Informóse en seguida con el estranjero y otros tránsfugas del Perú que iban á aquel pais, de todo lo que sabian del Dios de los cristianos, y de que modo se le debia honrar. Dijéronle que habia en Cuzco algunos sacerdotes europeos llenos de benevolencia que podrian instruirle sobre aquel particular, y movido por la gracia, partió el cacique inmediatamente; guiado por dos tránsfugas, con su hijo único, de edad de diez y seis años y seis notables de la tribu, tomando las precauciones necesarias á fin de no ser conocido durante el viage. A su llegada, rogó al rector del colegio, á quien se confió en secreto, que le diese algunos jesuitas para establecer el cristianismo entre sus súbditos; pero el rector se escusó diciéndole que era muy limitado el número de religiosos que tenia, y que

hallándose muy apartado el provincial, pues residia á mas de cuatrocientas millas de aquel sitio, tardaria al menos dos meses antes de poder recibir la contestacion. Como el príncipe no podia prolongar su permanencia en Cuzco, temeroso de que en su ausencia se turbase la paz en su pueblo, dejó á su hijo en el colegio de jesuitas, para que entretanto le instruyeran y bautizáran, é instruido él mismo, en cuanto pudo serlo en el corto tiempo que permaneció entre los religiosos, regresó á su pais. La respuesta del provincial, llegada dos meses despues, no correspondió á sus deseos: el número de misioneros era tan desproporcionado al de los pueblos que debian convertirse, que no se pudo disponer ni de uno solo en favor de su tribu. En consecuencia, el cacique tomó el partido de llamar á su hijo, ya bautizado, volver á Cuzco y procurarse en la ciudad cristiana, á la vez, la salud del alma y la del cuerpo, porque se hallaba peligrosamente enfermo. Mientras se fortificaba en la morada de los jesuitas en el conocimiento del cristianismo, agravóse su enfermedad hasta el punto que se tuvo que administrarle el bautismo en el lecho de muerte en el año 1582.

Aquellos repetidos rasgos de la misericordia divina, estimularon el celo de Antonio Lopez por el ministerio apostólico, que por fin fué á ejercerlo, con peligro de su vida, en las regiones mas incultas, en donde encontró á un pueblo dado particularmente á dos vicios que revelaban en él la mas profunda degradacion. Era desconocido entre aquellos salvajes el lazo conyugal, por manera que tan pronto formados como rotos los enlaces entre los individuos de diferente sexo, no tenian mas ley para conservarlos que su capricho ó la voz de las pasiones. Por otra parte, aquellos indígenas eran muy dados á fumar las hojas secas de cierta planta que no solamente turbaba su inteligencia, sino que las mas veces les sumia en una espantosa postracion. El apóstol combatió aquellos feos vicios, pero escitó contra él la animosidad de unos hombres cuyas costumbres queria correjir, por manera que lo envenenaron en el año 1596, cuando contaba cincuenta y tres años, de los cuales habia pasado treinta y dos en la Compañía de Jesus. El sentimiento que por su crímen esperimentaron mas tarde los culpables fué grande; de modo que, ya poco despues de haberlo cometido, se arrepintieron y empezaron á hablar favorablemente de aquel apóstol considerándolo como un mártir. Habiendo acudido algunos sacerdotes de las inmediaciones sabedores de su muerte, entre quienes gozaba el misionero de reputacion y de santidad, dijeron que exhalaba su cuerpo un agradable perfume, y los funerales de aquel amigo de Dios fueron un verdadero triunfo. Miguel de Urrea, de quien nos queda que hablar, habia nacido en Fuentes de España, y ya era sacerdote y doctor en filosofía, cuando llegó á Lima en el año 1585. Se aplicó enseguida á estudiar el idioma de los quicivanes y de los aymaranes á fin de poder predicar á aquellos naturales, y destinado á las misiones, adelantó sucesivamente entre aquellos pueblos mas bárbaros el uno que el otro, sin que le amedrentáran los peligros, ni le detuvieran las privaciones y las mas árduas dificultades. Era tan grande su amor á la mortificacion, que en el colegio de la Paz, donde tenian los jesuitas un cierto número de cómodas celdas, nunca quiso habitar en ninguna de ellas; por espacio de mas de un año, moró voluntariamente en una especie de armario tan angosto, que apenas podia estender en él los brazos, y tan bajo, que era imposible permanecer de pié. Sabiendo que se trataba de nombrarle rector de aquel colegio, alcanzó á fuerza de lágrimas y de súplicas, que en vez de confiársele aquel cargo, se le enviase á la difícil mision de los ciuncianos, pueblos aislados entre inaccesibles montañas y profundos torrentes, de modo que era imposible poder penetrar en aquel pais á caballo; sus sendas eran tan enmarañadas y angostas, que no podian recorrerlas dos personas de frente. La suma dificultad de poder penetrar en aquellas silvestres comarcas, y los hábitos guerreros de sus moradores, habian cerrado hasta entonces el paso á los españoles;

ron, primer dean de la iglesia de Santa Fé en el nuevo reino de Granada, promovido en el año 1592 al obispado de Puerto-Rico, y trasladado en el año 1599 al de Panamá, que debia dejar para ser primer obispo de Santa Cruz de la Sierra, sede erigida en el año 1605. Este prelado era mas que centenario cuando murió haciendo la visita de su diócesis en Salinas, donde fué su cuerpo sepultado en el convento de los agustinos de aquella ciudad.

La mejor prueba de los grandes resultados obtenidos por los misioneros, fué la necesidad en que se vió el Pontífice romano de tener que dar nuevos sufragáneos al arzobispo de Lima, creando las sedes de Guamanga, Trujillo y Arequipa. Estas últimas hijas de la iglesia de Lima alcanzaron, como sus hermanas mayores, el raro privilegio que tambien tuvo la metrópoli, de poseer al mismo tiempo tres ilustres amigos de Dios y tres taumaturgos, que merecieron los honores de la canonizacion, esto es: Sto. Toribio, cuya vida hemos resumido anteriormente, S. Francisco Solano y Sta. Rosa de Lima.

Por grande que hubiese sido el celo apostólico de Tiburcio, y la esquisita vigilancia de sus ausiliares y cooperadores, la pureza de costumbres no habia alcanzado todavía el grado de bondad apetecido, cometiéndose aun algunos escesos en Lima. Verdad es que las iglesias eran frecuentadas; pero no lo es menos que lo eran tambien los espectáculos profanos, y la abundancia de los ricos no disminuia á proporcion de las necesidades de los pobres. El celo de Francisco Solano, remedió en gran parte aquel desórden: fervientes oraciones, penitencias rigorosos, predicaciones continuas en las iglesias ó en las plazas públicas, y hasta milagros, todo lo puso en obra para la correccion del pueblo, al cual, desde su regreso del Chaco y Tucuman (1), consagró el resto de su vida y de sus fuerzas. En el año 1604, vióse reproducir en Lima todo lo que la amenaza del profeta Jonás, habia aterrorizado en otro tiempo á Ninive penitente. El apóstol franciscano, habiendo orado por mucho tiempo en su solitaria celda, y reflexionado sobre aquellas palabras de San Juan: « Todo lo que existe en el mundo es ó concupiscencia de la carne, ó concupiscencia de los ojos ú orgullo de la vida, » salió de repente al caer de una tarde como un hombre inflamado por el Espíritu Santo, y penetró en una de las principales calles de la ciudad con un crucifijo en la mano. En presencia de una inmensa multitud, clamó contra los placeres sensuales, el amor desordenado de las riquezas y el de los honores, permitiendo Dios que lo que dijo en el calor de la improvisacion, sobre la perdicion de las almas por el pecado, fuese interpretado como un pronóstico de la próxima ruina de Lima, como un terrible azote, tal como un terremoto, calamidad muy frecuente en el Nuevo-Mundo. Del auditorio abatido y consternado, el pretendido anuncio se divulgó exagerado y amenazador por los barrios mas apartados; el temor de verse tragada por la tierra con las iglesias y las casas, hizo emigrar á una gran parte de la poblacion, y apoderóse un pánico terrible tanto de los ricos como de los pobres. Informado de la agitacion que reinaba en la capital, el virey reunió aquella misma noche su consejo, interrogó á Sto. Toribio, y ordenó en consecuencia, que se presentase sin temor el predicador para repetir fielmente lo que dijo. Rogósele que escribiera y firmára su declaracion, y despues que fuese á leerla al pueblo, que en el colmo de la agitacion recorria fugitivo las calles. Obedeció el santo varon; pero los ánimos estaban tan conmovidos, que difícilmente pudo tranquilizarles. Aquel terror fué saludable; jamás se vieron tan públicos actos de conversion: los enemigos se reconciliaban; restitúyanse los bienes mal adquiridos; los acreedores daban libertad á los deudores que habian hecho encarcelar; las limosnas eran abundantes; el pueblo reunido en frecuentes procesiones, manifestaba el amargo dolor que sentia por sus pecados, con la profunda humillacion impresa

(1) Véase el cap. XVI de este segundo libro.

en su semblante; noche y dia los confesionarios estaban rodeados de penitentes, y los que no podian acercarse á ellos, confesaban en alta voz sus faltas mas secretas, sus mas enormes pecados, sin temer la confusion y algunas veces hasta con mucha indiscrecion. Aquel fervor duró por mucho tiempo, tanto como el temor, lo que dió motivo para que el virey dijera á sus consejeros: « Veo en todo esto la mano de Dios. La divina magestad, por tanto tiempo ofendida por multitud de crímenes, ha infundido el terror entre nosotros, para ablandar la dureza de nuestros corazones y disponerlos á una saludable penitencia. » S. Francisco Solano vivió todavía seis años, considerándose como el último de los hombres, y no apareciendo en público sino cuando el interés ó la gloria de Dios reclamaban su presencia El fuego sagrado que consumia su corazon, manifestábase esteriormente á pesar suyo, pero siempre de un modo maravilloso. Viendo un dia hervir un caldero lleno de agua, esclamó trasportado: « ¿Quién puede impedir, que, como este caldero, hiervan nuestras almas en el fuego de la divina caridad? ¿Por qué su llama no debe encenderse en todos nosotros? » Si veia alguna persona, poseida de un gran fervor, le decia: « Probemos quien de los dos podrá amar con mas ardor á Jesucristo, esposo de nuestras almas, y quien le dará durante esta semana, pruebas mas patentes y mas grandes de su amor. » Dios acabó de purificar su alma con una enfermedad de desfallecimiento; en sus últimos momentos, muchas veces se le oia repetir, como á otros santos varones: « Me complazco en recordar las cosas que me han dicho: se acerca el instante en que nos será dado entrar en la casa del Señor. » Murió en Lima el dia 14 de julio del año 1610, pronunciando esta esclamacion que le era familiar: « ¡Alabado sea Dios! » Se le hicieron unas magníficas exequias, á las que asistieron el virey y el nuevo arzobispo de Lima. Beatificado por Clemente X, S Francisco Solano fué canonizado en el año 1726, por Benedicto XIII, al propio tiempo que Sto. Toribio, que habia sido testigo de las heróicas virtudes de aquel apóstol de la América meridional. Fijóse su fiesta el dia 24 de julio.

Al perder las iglesias de América á uno de sus mas santos predicadores, no por esto quedaron huérfanas de consuelo, porque conservaron un ángel tutelar, en la persona de una vírgen ya ilustre por su santidad y sus virtudes. Esta vírgen, hija de padres españoles, nació en Lima en el año 1586 y recibió en las fuentes bautismales el nombre de Isabel; pero el delicado tinte de su rostro hizo que mas tarde se la llamára Rosa, como así lo escriben los historiadores de su tiempo. Desde su mas tierna infancia, mostró una gran resignacion en el sufrimiento y un amor estraordinario para la mortificacion. Siendo todavía niña, ayunaba tres veces por semana á pan y agua y se alimentaba los demas dias con yerbas ó raices mal condimentadas. Santa Catalina de Sena, fué el modelo que se propuso seguir en sus ejercicios y prácticas espirituales, y en consecuencia, aborrecia todo lo que podia inducirla á orgullo ó despertar en ella la sensualidad, transformando en un instrumento de penitencia, todas aquellas cosas que hubieran podido comunicar á su alma el veneno de aquellos vicios. Los elogios que sin cesar se hacian de su hermosura física, hacíanla temer que fuese para los demas un motivo de pecado, así es que cuando debia salir en público, se frotaba el rostro y manos con la corteza y polvo del pimiento índico, el cual por su accion corrosiva, alteraba la frescura de su cútis. No satisfecha de tomar aquellas precauciones contra los enemigos esteriores y contra el temible imperio de los sentidos, quiso triunfar de ella misma, sacrificando el amor propio que es el oríjen de todas las malas pasiones, y logrólo cumplidamente por medio de una humildad profunda y renunciando en un todo á su propia voluntad. Obedecia á sus padres en las cosas mas insignificantes, sorprendiendo á todo el mundo aquella rara docilidad. De ricos que eran estos, habiendo caido en una gran miseria, conformóse á la voluntad divina y entró

en clase de sirvienta en casa del tesorero Gonzalvo, trabajando noche y dia para atender á sus necesidades sin interrumpir no obstante su comercio con Dios. Quizás no hubiese pensado en cambiar de estado, si no se la hubiera instado vivamente para casarse; pero para librarse de aquellas instancias, y cumplir el voto que habia hecho de permanecer vírjen, abrazó el instituto de las religiosas de la tercera órden de Santo Domingo. Su amor á la soledad, le hizo elegir una pequeña celda apartada, en donde se entregó á la mas rigorosa penitencia. Acostumbraba llevar ceñida la cabeza con una especie de cerco revestido interiormente de agudas puntas á imitacion de una corona de espinas, recordándole aquel instrumento de penitencia el misterio de la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, que no queria perder de vista jamás. Al oirla hablar de ella misma, no era mas que una miserable pecadora, que no merecia respirar el aire que le daba vida, ni ver la luz del dia, ni pisar la tierra, alabando sin cesar la divina misericordia, que le concedia aquellas cosas que era indigna de gozar. Cuando hablaba de Dios, se hallaba como fuera de sí, y el fuego que la abrasaba interiormente, brillaba hasta en su semblante. Pensando en aquella multitud de idólatras que no conocian todavía á Jesucristo, en aquellos pueblos infieles de la América meridional, separados de los peruanos civilizados por grandes montes casi inaccesibles, la compasion se apoderaba de su alma, y sentia que se despedazaban sus entrañas; no contenta con ofrecer por ellos sus oraciones, sus lágrimas y penitencias, rogaba ardientemente á los hombres apostólicos que reanimáran su zelo, que se revistieran de valor para vencer los peligros, que tuvieran una firme confianza en Jesucristo que estaria con ellos, y que, merced á aquel poderosísimo ausilio, tendrian la gloria de conquistarle un gran reino. Algunas veces se atrevia á añadir á aquellas vivas exhortaciones, la promesa de unir sus oraciones y trabajos, por el feliz éxito de la mision, promesa que animó á muchos ministros de la santa palabra para hacerse superiores al temor y á las mas graves dificultades, entregándose en manos de la Providencia. Rosa fué puesta á prueba por espacio de quince años por las violentas persecuciones de que fué objeto para que renunciase al claustro, por parte de muchas personas que la solicitaron por esposa, así como por varios motivos de desconsuelo y muchas otras penas interiores; pero Dios que si permitia aquellas pruebas, era para acrisolar su virtud, la sostenia y consolaba con la uncion de su gracia. Una larga y dolorosa enfermedad, le dió nueva ocasion de practicar la penitencia. « Señor, decia entonces muchas veces, aumentad mis sufrimientos, mientras que al mismo tiempo acrecenteis vuestro amor en mi corazon. » Por último entró en la eternidad el dia 24 de agosto del año 1617, á la edad de treinta y un años. El arzobispo de Lima asistió á sus funerales y el cabildo, la audiencia real y las corporaciones mas distinguidas de la ciudad, tuvieron en mucho honor llevar alternativamente su cuerpo al sepulcro. Si los frutos de los bellos ejemplos de la santa, no se estendieron al parecer durante su vida mas allá de la ciudad ó diócesis de Lima, no fué así al menos, luego despues de su muerte. Los milagros sin número que plugo al Señor operar en las almas y en los cuerpos, por la intercesion de su sierva, fueron tan famosos en ambas Américas, que motivaron una saludable regeneracion moral. El perfeccionamiento de las costumbres y el número de conversiones fué desde entonces prodigioso y casi increible hasta para los mismos que lo estaban presenciando. Habiendo sido examinados jurídicamente por los comisarios apostólicos, y declarados por mas de cien testigos varios milagros que obtuvo la intercesion de Rosa, Clemente X la canonizó en el año 1671, y señaló el dia 30 de agosto para la fiesta de aquella protectora y patrona principal de todas las iglesias del Nuevo-Mundo (1).

(1) La ciudad de Lima conserva entre otros, dos bellos monumentos levantados á la memoria de su ilustre hija. Uno de ellos está en el convento de Santo Domingo, el mas rico sino el

Santa Rosa tuvo por director y guia espiritual al P. Juan de Lorenzana, dominico español, profeso en el convento de San Estévan de Salamanca, que llegó á Lima á fines del siglo XVI y perteneció desde entonces á la provincia de San Juan Bautista. Fué regente de estudios en el convento del Rosario y profesor de teología en la Universidad desde el año 1590 hasta 1602, época en que fué elegido provincial. Revestido de aquella dignidad cuyas funciones le obligaban á recorrer todas las comarcas del Perú, reunió al interés de un vigilante superior, todo el celo de un misionero. En el mismo capítulo del año 1602, hizo aceptar algunos sábios reglamentos que tenian por objeto desarrollar y dar mas solidez á las misiones. Persuadido de que no se formarian verdaderos apóstoles, sino formando perfectos religiosos, emprendió en 1606 la fundacion en Lima de una nueva comunidad, cuyos individuos se ejercitáran de un modo escepcional, en la práctica de la penitencia, de la pobreza y oracion, de modo que fuesen una regla viviente en la que pudiesen modelarse todos los que quisieran llegar á ser hombres verdaderamente apostólicos. El convento del Rosario, primera casa religiosa que se estableció en Lima, se declaró patrono de aquella nueva comunidad, bajo la advocacion de Santa Magdalena, compuesta de personas escogidas. Después de aquella fundacion, Juan de Lorenzana, vivió todavía quince años, no muriendo el piadoso director de Santa Rosa, hasta el año 1619.

Otro dominico se hizo famoso en aquellos tiempos en el Perú, y merece que consignemos en este lugar algunos detalles de su vida. Vicente Vernedo, nació en el año 1562 en La-Puente, en el reino de Navarra, hijo de Juan Vernedo y de Isabel de Alvistan, siendo confiada su primera educacion al abad Saula de Pamplona, á quien respetaba como á su propio padre. Al llegar á la edad de doce años, hizo voto de guardar castidad el resto de su vida y consagrarse enteramente al Señor, entrando en una órden religiosa. Durante los seis años que pasó todavía en Pamplona ó en las aulas de Alcalá, no olvidando nunca la promesa que habia hecho á Dios, guardó escrupulosamente una conducta ejemplar, y apenas hubo cumplido los diez y ocho años, abrazó en el convento de la última de dichas ciudades, la regla del P. Sto. Domingo. Su anhelo por la salvacion de las almas, le hacia pensar ya en las misiones de la América, en la época en que el P. Francisco de Toro, visitador general de algunas provincias dominicanas del Nuevo-Mundo, se ocupaba en Madrid de reunir algunos misioneros capaces de reemplazar á los que el trabajo habia agotado sus fuerzas ó abreviado la carrera de la vida. Aquel visitador favoreció pues, los deseos del jóven religioso á quien hizo partir sin aguardar siquiera el embarque general. Habiendo llegado aquel apóstol á últimos del año 1594 á Cartagena de las Indias, confuso por los aplausos que su mérito precoz le habia valido en España, ocultó sus títulos para tomar únicamente el humilde nombre de Fr. Vicente Vernedo. Fué desde luego á buscar á los idólatras en el fondo de las selvas ó en la cima de los montes, y cultivó durante cuatro años aquella parte de la diócesis de Cartagena. Habiendo dispuesto el P. Alberto Pedrera que fuese reemplazado en su mision, le envió á Santa Fé, en donde fué agregado á la provincia dominicana de San Antonino; pro-

mas hermoso de los conventos do Lima. En la iglesia, á la derecha del coro, se vé un altar dedicado á Sta. Rosa en el cual una bellisima estátua de mármol blanco, labrada en Italia, representa á la Santa en el instante en que entrega su alma á Dios. Un ángel con las alas desplegadas rozando apenas el suelo, levanta el velo que cubre su semblante, é inmediato á la figura, vése la rama rota de un rosal con una rosa blanca marchita. La muger y la flor, devuelven al cielo la una su último suspiro, la otra su último perfume. El relicario ocupa la parte superior del altar y está cubierto de delicadas cinceladuras, incrustaciones y piedras preciosas. En el santuario de Sta. Rosa, construido en el solar de la casa donde nació « Rosa de Sta. Maria », se conservan, entre otras reliquias, la cruz de madera que la santa llevaba á cuestas, como Cristo en el Calvario, por espacio de muchas boras; la cruz e izada de agudos clavos que ponia sobre su seno; su anillo ó « esposa », algunos bucles de sus cabellos, sus dos tibias y un par de dados, que le servian, segun una piadosa tradicion, para jugar con el divino Jesus. Los cuadros que decoran esta capilla representan escenas do la vida de la santa y el del retablo es un bellísimo retrato do la Santisima Vírgen Maria. (Nota del Trad.)

fesó la teología en el colegio de Santo Tomás, y fué escuchado con mucho aprecio en la cátedra de la verdad; pero el P. Francisco de Toro, que en un principio le habia destinado al Perú, exigió que siguiera aquel primer destino, por manera que Vicente Vernedo, pasó á la provincia dominicana de San Juan Bautista. Trasladóse á pié desde Cartagena á Lima, desde donde se le destinó á la mas delicada de todas las misiones, esto es á la del Potosí, ciudad imperial (1), situada al pié del famoso cerro argentífero, que tiene sobre unas tres leguas de circunferencia en su base, y cuya cima domina la ciudad en mas de dos mil piés (Pl. XCIV, n.º 1). Segun la crónica local, un indígena, llamado Hualca ó Gualca, persiguiendo, en el año 1545, un guanaco por un escarpado sendero, se cojió de un arbusto para trepar mas fácilmente; pero desarraigado el arbolillo con el peso de su cuerpo, quedó en descubierto una masa de plata de gran riqueza. Despues de las minas de Guanajuato en Méjico, las del Potosí eran en otro tiempo las primeras en importancia, de modo que andando el tiempo han sido abiertos en el cerro mas de cinco mil pozos ó galerías, cada una de las cuales tiene dos ó tres entradas. Para la esplotacion, dice Orbigny, se emplean tantos indígenas cuantos puede contener la mina para la estraccion del mineral de los filones. Los mineros emplean la pólvora para ausiliar sus trabajos, y la fuerza de las máquinas que hay destinadas al efecto. Cuando se ha logrado desprender un trozo de mineral, se trasporta á la entrada de la mina, en donde se reduce á pequeños fracmentos, y luego se cargan con ellos los mulos ó llamas para trasladarlos al laboratorio para la amalgama. La carga de un mulo es de ciento veinte y cinco libras y de una mitad la del llama; cuarenta cargas de mulo forman un cajon que es de cinco mil libras. Sujetado el mineral á la accion de la muela, queda reducido á polvo, pasándolo despues por unas cribas de alambre, operacion muy peligrosa, durante la cual los operarios se cubren el semblante con una especie de máscara, y se tapan las ventanas de la nariz y los oidos con algodon. Luego tiene lugar la amalgama del mineral pulverizado con una cierta cantidad de agua y sal, amasándola con los piés hasta que toma la consistencia de un barro espeso, al cual se añade, segun las circunstancias, una cantidad de caparrosa, plomo, estaño ó mercurio. La amalgama dura aproximadamente unos quince dias, y sigue á esta la lavadura que se verifica en una especie de pozos. Terminada esta, resultan unas masas, que despues de haber pasado por el horno, se llaman «piñas,» que se llevan á la tesorería donde se compran por cuenta del gobierno. En 1611, Potosí contaba ciento cincuenta mil habitantes, consistiendo en *mitayos* de todas las tribus que existian entre esta ciudad y Cuzco, en un espacio de mas de trescientas leguas. Aquellos indígenas, iban en general acompañados de sus mugeres é hijos, y venian con ellos mas bien para cuidarles y acompañarles mientras se ocupaban en la esplotacion de las minas, que para establecerse en las áridas montañas del Potosí. Un gran número de familias habitaban en chozas, cabañas ó cuevas cerca del cerro, no bajando á la ciudad hasta el sábado para recibir su paga y comprar las provisiones de la semana; pero muchos se quedaban á beber y á jugarse el fruto de su trabajo, y pasaban una parte de la noche tocando la guitarra ó cantando en la puerta de las tabernas. Atendidas estas costumbres perversas, en ninguna parte era tan necesaria la presencia y el concurso de los ministros de la religion, para encaminar por el buen sendero á aquellos hombres corrompidos. Vernedo comprendió que seria mucho mas eficaz el ejemplo que la amonestacion en aquellos séres, para quienes la vil materia era su dios tutelar, y en efecto, no tardó su

(1) Es considerada esta ciudad de la América del Sud (Bolivia) como la mas elevada de la tierra. El cerro de que habla el autor tiene 26 kil. de circunferencia y una altura de 4888 met., y las minas se esplotan hasta una elevacion de 4850 met. La cima está coronada por un lecho de pórfido. Cuéntanse sobre 300 minas y la primera fué abierta en el año 1545. Diego Hualca fué el primero que descubrió los inmensos tesoros que encerraba aquel cerro sin igual. (Nota del Trad.)





penitencia en llamar la atencion de cristianos é idólatras. No tenia ni habitacion ni cama para su uso; un pedazo de pan y un poco de agua fria, formaban la comida que tomaba cada veinte y cuatro horas, y despues del trabajo del dia, iba á la iglesia pasando la noche al pié del altar cuando se hallaba en la ciudad, y en medio del campo ó al pié de una roca, cuando iba en busca de las ovejas descarriadas por los valles y montañas de los Charcas. Aconteció que en invierno se le encontró mas de una vez de rodillas sobre el hielo, enteramente absorto en la contemplacion de Dios ó entregado á la oracion. Despues de haber operado algunas conversiones en las orillas del Oróncota y en las fronteras de Tomina (1), hubiera despreciado indudablemente la ferocidad de los chiriguanes, si no se hubiese limitado su accion al gobierno del Potosí, y á la vasta provincia de Charcas. Dios, acreditando su mision por medio de algunos prodigios, le concedió la prediccion de lo porvenir, que pudiese penetrar los mas recónditos pensamientos, curar á los enfermos y hasta volver á la vida á los difuntos. Pero el hecho mas estraordinario, es la trasformacion moral de los mineros del Potosí y del Porco, en donde se inmolaban literalmente al ídolo del oro y de la plata, víctimas humanas, perdidas en cuerpo y alma por las malas pasiones. Vicente Vernedo logró que aquellos hombres sin olvidar sus intereses temporales, tributasen á Dios el culto que le es debido. El misionero sucumbiendo al fin á su ruda penitencia, á su grande austeridad y fatiga, parecia tener ya un pié en la tumba, cuando en presencia de la peste, que en el año 1615 empezó á diezmar el Potosí, volvió á levantarse para preparar al pueblo á sufrir el azote con cristiana resignacion. Cuando el contagio hubo desaparecido en el año 1617 en la diócesis de la Plata, á pesar de la postracion de sus fuerzas, el apóstol de Cristo prosiguió su mision hasta el dia 19 de agosto del año 1619, fecha de su muerte. Apenas hubo espirado, todas las bocas se abrieron para proclamar á la una la escelencia de sus virtudes. Pocos hombres apostólicos han obtenido una alabanza mas general. Antonio de Castro, despues obispo de Chuquinabo, manifestó al superior de su monasterio, el deseo de que se pusiera una palma en manos de Vernedo y que se le sepultára con aquel emblema de las victorias que la gracia divina le habia concedido, triunfando de los enemigos de la eterna salvacion. Bernardino de Cárdenas, entonces guardian de los franciscanos del Potosí, y despues obispo del Paraguay, pronunció su oracion fúnebre. Al trasladar al sepulcro su santo cuerpo, al cual la multitud prodigaba los mas vivos testimonios de veneracion, algunas personas, besando su mano, trataron de cortarle un dedo con los dientes, y vióse con grande admiracion que brotó la sangre en tanta abundancia y tan viva y encarnada, como la de un hombre vivo. Aquella efusion de sangre encarnada, se repitió en los años 1624 y 1629 cuando la traslacion del santo cuerpo ordenado para satisfacer la devocion de los fieles.

(1) Provincia de la América del Sud, república de Bolivia en el departamento de Charcas de una estension de N. á S. de 106 kil. El clima es sumamente caloroso y el pais está cubierto de bosques. Sus naturales, la mayor parte indios, se dedican á la cria de ganados y sobre todo de caballos. (Nota del Trad.)

CAPÍTULO XVIII.

Misiones de los Dominicos, Franciscanos, Agustinos y Jesuitas en el nuevo reino de Granada.

Antes de que llegase S. Luis Bertran al nuevo reino de Granada, habia dado ya á conocerse en él Andrés de Santo Tomás, religioso dominico, por sus trabajos apostólicos; no habia peligros ni fatigas que bastasen á entibiar el celo del ardiente apóstol. Por mas que fuese en estremo arriesgada y difícil la mision de los moxos, pueblo tan feroz como supersticioso, resolvió acometer Andrés aquella árdua empresa; y la palabra divina triunfó por su medio, y por el de los demás misioneros escogidos que le acompañaban, de la impiedad de una gran parte de aquellos pueblos idólatras. Asi mismo anunció el reino de Dios

á los panchas, yalcones, paez y á todos los pueblos que habitaban el valle de las Lanzas y el de Neiba, sostenido por el ausilio de la Providencia, cuya mano invisible no dejaba de interponerse siempre entre el misionero, y los bárbaros que amenazaban su vida. Cuando murió Andrés en el año 1569, habia logrado levantar ya una iglesia en medio de aquellos idólatras, y reunir una pequeña comunion cristiana. Los dominicos Antonio de la Penna y Lopez de Acuña, que habian llegado con Alfonso Luis de Lugo, y acompañado a aquel gefe cuando descubrió el pais, y fundó la poblacion de Tocayma, fueron los primeros en evangelizar á los panchas y los utagaos, erigiendo, además de su convento en Tocayma, otro en Pamplona la Nueva, ciudad fundada el año 1549, del cual salieron mas tarde numerosos misioneros que cristianizaron los valles de Surata, Camera, Capucho, los Locos, Arboledas, Guacamayas, Suzacon, y á los pueblos que habia en las riberas del Chicamocha; indígenas tan dóciles, sobre todo estos últimos, que con solo instruirles se logró su conversion. No habia penetrado aun en aquel pais ningun cuerpo de tropas españolas, y sin embargo, estaban ya todos aquellos pueblos sometidos al cetro de Felipe II, merced á la predicacion que les habia hecho entrar en el seno de la iglesia. Sin embargo, no tardaron los misioneros en hallar otros dos pueblos menos dóciles, cuyas costumbres eran mas propias del bruto que del hombre: su ignorancia era tal, que ni profesaban ningun culto religioso, ni tenian el menor conocimiento acerca de la inmortalidad del alma. La fertilidad de su suelo, tenia á aquellos indígenas en una inaccion y sopor, que puede decirse que morian sin haber vivido; por mas que sus minas contuviesen el oro mas puro que se encontró en América, hacian del precioso metal tan poco caso, que algunos de ellos ni siquiera se habian parado en él, y solo le consideraban los demás como una tierra amarilla. La dificultad que habia en despertar aquellas inteligencias adormecidas, y sobre todo, lo penoso que era evangelizar á los cabiras, los vehemas, los camias y los bocalenas, por ser preciso recorrer tan pronto paises estremadamente calidos, como atravesar ásperas montañas en las que reinaba de contínuo un frio glacial, teniendo que sufrir además el hambre y la sed, lejos de desalentar, contribuyeron á enardecer mas el celo de los misioneros, quienes vieron en todas partes recompensados sus afanes por los abundantes frutos que producia su divino ministerio. Los hijos de Santo Domingo, que acababan de tomar posesion de un convento en Pamplona la Nueva, el año 1563, pasaron á ocupar otro en Mariquita dos años despues, siendo los PP. Juan de Chaves, Gonzalo Mendez y Juan de Osio sus primeros moradores; en él murió á la edad de cien años el P. Bartolomé de Ojeda, despues de haber ejercido el apostolado por espacio de setenta, y de haber bautizado á mas de doscientos mil indígenas. Tambien murieron en él los PP. Juan de la Penna y Diego Verdugo, naturales de Mariquita y de Tunja, y Andrés Jadraco, hermano lego, cuya laboriosa vida pasó de cien años. En el propio año 1565, el obispo de Santa Marta consagró en aquella ciudad al dominico Pedro de Agreda, nombrado obispo de Venezuela. La circunstancia de haberse instalado los franciscanos veinte años mas tarde en la propia ciudad de Mariquita, contribuyó poderosamente á la evangelizacion de las diferentes tribus que vivian en las dos riberas del Magdalena, ó sean los pantágores, los camancos, los guarinoes y los qualies. A fines del año 1565, los dominicos Juan de Tordecillas, Andrés de la Asuncion, Gaspar Coronel y Lucas de Osuna, fundaron en Hagua una casa de su órden, casa que en vano intentó la guerrera tribu de los picaos destruir, y en la que se formaron los PP. Baltasar de Boca-Negra, Alfonso de Menesses, Gabriel Tellez y Bernardino de Luna, muriendo todos ellos á la edad de cien años, despues de haber ejercido el apostolado por espacio de setenta. Por real cédula de 5 de diciembre del año 1565, se mandó aumentar en aquella re-

gion los conventos; así que, la provincia dominicana de San Antonino, erigida, como lo hemos dicho ya, en el año 1569, celebró un capítulo en Tocayma, que resolvió establecer nuevos conventos en los valles de Guatavita, Ubaca y Tocarema, así como tambien en las ciudades de Tolu, Muro y otras: el P. Francisco Venegas, nombrado provincial en aquel capítulo, procuró que fuesen los religiosos de los nuevos conventos, como los del resto de la mision, virtuosos é instruidos. Por otra real cédula del año 1571, se dispuso á favor de los religiosos de San Francisco y de San Agustin, lo mismo que habia sido prescrito con respecto á los PP. de Santo Domingo; y el nuevo aumento que recibieron desde luego aquellas dos órdenes religiosas, hizo que se propagase rápidamente el cristianismo por todos los pueblos conocidos de aquellas regiones. Flores de Ocaris, secretario de Estado, que tenia en su poder todos los datos referentes á las misiones, asegura que en su tiempo habian sido ya construidas por diferentes pueblos indígenas, trescientas iglesias en el solo reino de Granada, y que, añadiendo á estas las de los conventos erigidos en diferentes ciudades, ascendia su número á cuatrocientas. Segun la biografía de Antonio de Penna, despues de haber cristianizado este religioso los pueblos de Chia y de Coxica, fué nombrado prior del convento del Rosario en Santa Fé, y envió á la provincia de Chaco á los PP. Martin Medrano y Juan Blasquez, los cuales fundaron en el año 1573, en la nueva ciudad de Toro, un convento bajo la invocacion de San Pedro Mártir. A pesar de los disturbios que sobrevinieron en el pais, continuaron los franciscanos evangelizando la belicosa tribu de los chacos. Al dirigirse á España el presidente Andrés Venero de Leiba, cuyo mando de doce años en aquellas regiones, habia sido tan útil á la religion como á la patria, llevóse consigo al P. Antonio de la Penna, su amigo, cuyo apostolado de treinta y cuatro años, dejaba en América un recuerdo indeleble.

En el mes de agosto del año 1578, Luis Zapata de Cárdenas, religioso de San Francisco, ocupó la silla metropolitana de Santa Fé, desplegando una actividad y celo que dieron á conocer muy pronto lo acertada que habia sido su eleccion. Uno de los primeros cuidados del nuevo arzobispo, fué restablecer la disciplina eclesiástica á cuyo objeto convocó un sínodo provincial, compuesto de los obispos de Santa Marta, Cartagena y Papayan. En el año 1575, el dominico Juan Mendez, á quien debia Nueva Granada cuarenta misioneros de diferentes órdenes que habia ido á buscar á Europa, fué consagrado obispo de Santa Marta, si bien no desempeñó por mucho tiempo el episcopado por haber muerto en el año 1580, despues de cincuenta años de apostolado, durante los cuales fué el primero que dió á conocer la ley de Jesucristo en el nuevo reino de Granada; sucedióle en el episcopado el franciscano Sebastian de Ocando. El dominico Juan de Montalvo, fué nombrado obispo de Cartagena en el año 1579, el cual asistió tambien con Ocando al concilio provincial que se celebró en el año 1582. La persecucion dirigida contra Agustin de Caronio, obispo de Popayan, no le permitió asistir á la reunion celebrada por los demás prelados; pero con el ausilio de su asesor, Miguel de Espejo, restableció la disciplina en su diócesis. Fué tan inagotable la caridad del arzobispo Zapata de Cárdenas durante una epidemia que diezmó á los indígenas, que llegó á distribuir entre los apestados mas de veinte mil monedas de oro, logrando por este medio salvar la vida á un gran número de ellos. Los misioneros encargados de distribuir sus considerables limosnas, se granjearon fácilmente la confianza de los nuevos cristianos y de los idólatras, quienes prestaron desde entonces mas atento oido á sus instrucciones, así que, no tardaron en ser destruidos mas de ocho mil ídolos que fueron quemados públicamente en Santa Fé, en presencia del prelado. Como la peste habia arrebatado á la mayor parte de los sacrificadores, cuya sórdida avaricia les obligaba á tener al pueblo en el error, escucharon

los indígenas mas fácilmente la palabra divina, y hasta poblaciones enteras llegaron á pedir ser admitidas en el seno de la Iglesia; los conventos, los templos, las casas de instruccion y los hospitales, que los infieles con sus sublevaciones habian reducido á escombros, fueron reedificados con la cooperacion de los mismos bárbaros que los habian destruido. Sabiendo empero el arzobispo que existian aun en las gargantas y en las cumbres de algunas montañas, un gran número de idólatras obstinados, dispuso que se hiciesen rogativas públicas para aplacar la justicia de Dios, y atraer una mirada de misericordia sobre aquellos infortunados. Hizo al propio tiempo componer un catecismo que estuviese al alcance de todas las inteligencias, á fin de que pudiesen aprender los primeros elementos del cristianismo; escrito en español, y traducido luego por los antiguos misioneros dominicos, á todas las lenguas que se hablaban en el pais, facilitó aquel catecismo en gran manera la propagacion de las doctrinas cristianas. Por último, procuró el piadoso arzobispo multiplicar los ministros de la palabra santa, á fin de que no hubiese ningun punto en el que no fuese anunciado el Evangelio; y, merced á la emulacion que despertó en los colegios ya establecidos, procuraron los españoles y los indígenas colocar sus hijos en ellos, donde recibieron una educacion esmeradísima bajo el doble punto de vista religioso y social. El P. Diego de Godoy, antiguo misionero en Nueva-Granada, fué nombrado en el año 1585 gefe de la provincia dominicana de San Antonino, el cual despues de haber puesto al frente de las comunidades, á los religiosos mas esperimentados, y de haber colocado en cada casa de instruccion, á algunos jóvenes misioneros al lado de los antiguos, que ejercian el ministerio apostólico, á fin de que se formasen por el ejemplo y la práctica, eligió el sábio provincial por profesores, á los religiosos mas doctos y piadosos, señaló las materias que deberian tratarse con respecto al dogma y á la moral, esclayó todas las cuestiones mas propias para satisfacer la curiosidad, que para edificar, instituyó escuelas en las que se enseñasen las diferentes lenguas de los indígenas, á fin de vencer los obstáculos que la ignorancia ó malicia de los intérpretes oponian incesantemente á la predicacion del Evangelio. Empezóse por regular aquellos diferentes idiomas, merced á la cooperacion de los dominicos indígenas mas hábiles, y en breve hubo un gran número de jóvenes, que, impuestos en todas las lenguas del pais, fueron destinados no solo á la predicacion, si que tambien á ejercer las funciones de examinadores sinodales y de intérpretes, siempre que habian de acudir los indígenas á los tribunales eclesiásticos ó civiles. Independientemente de los colegios en que se enseñaban las ciencias, deseó el arzobispo tener otras casas, en las que fuesen aun mas estrictamente observadas las virtudes cristianas y eclesiásticas: así pues, fundó en su ciudad metropolitana el seminario de San Luis, que tomó en tiempo de su sucesor el nombre de San Bartolomé.

El celo de los regulares por la conversion de los idólatras, les valió en Nueva-Granada el nombre de *conquistadores espirituales*, nombre que nadie mereció mas que el dominico Luis Vero, segun lo demuestra Piedrahita, citado por Turon: «Para colmo de la felicidad de que gozaban entonces los indios, dice aquel autor, vióse llegar al nuevo reino de Granada los dos misioneros apostólicos, san Luis Bertran y Fr. Luis Vero, cuya santidad es tan conocida y sus trabajos tan gloriosos.» Los vastos confines de la provincia de Santa Marta, sin esceptuar el lago Maracaibo (1), fueron

(1) Este lago de la América del Sur (república de Venezuela) abraza un perimetro de unos 400 kilómetros y la marea se hace sentir en él con mas fuerza que en las costas vecinas, recibe el tributo de varios rios y desagua en el golfo de su nombre por un canal de 13 kilómetros de ancho. Cuando el descubrimiento de la América por los españoles, llamó vivamente la atencion de los primeros esploradores una especie de fuegos fátuos que durante la noche, sobre todo en la estacion calurosa, se ven currer por la superficie de las aguas. Este fenómeno quedó demostrado, cuando se descubrió en la costa N. E. un lugar, que llamaron Meria, donde existe un abundante manantial de asfalto cuyos vapores bituminosos se estienden sobre el lago y se inflaman frecuente y espontáneamente con el calor. (N. del Trad.)

regularmente el teatro de su celo, así que, la tribu guerrera de los cosinos, los diferentes pueblos que habia á lo largo del Hacha y del Magdalena, los indígenas del interior del pais que se habian estendido por las riberas del lago de Zapotoza, ocupando las márgenes del Cesare, del Zulia ó las montañas de Aconna, oyeron con frecuencia la voz del infatigable ministro de Jesucristo, y fueron testigos de sus grandes prodigios. Tanto si empleaba su lengua materna para anunciar la palabra de salvacion á tantos pueblos diferentes, como si usaba uno de los muchos idiomas conocidos en aquel pais, es lo cierto que todos lo comprendian perfectamente. Basta una palabra de S. Luis Bertran para dar á conocer la virtud de Luis Vero. Instado vivamente el santo por uno de sus hijos espirituales, que pidiese á Dios el logro de una cosa que le interesaba en gran manera, le contestó: «Encargadlo á mi compañero Luis Vero, cuya intercesion es mucho mas poderosa cerca de Dios.» Hé ahí como reasume Alfonso de Zamora el apostolado de aquel gran misionero: «Una evangelizacion piadosa, soportada sin interrupcion por espacio de veinte y seis años, no bastó á disminuir las austeridades acostumbradas, ni á entibiar en lo mas mínimo el espíritu de aquel santo misionero penitente y celoso: en cambio, sus trabajos apostólicos merecieron siempre las gracias y las bendiciones del cielo. Iluminó con sus predicaciones á los pueblos mas feroces de aquel nuevo reino, é hizo entrar en el seno de la iglesia á una multitud de indios que recibieron el bautismo, despues de haber abjurado sus antiguas supersticiones y abandonado sus criminales prácticas. Unos, á ejemplo de sus antepasados, se alimentaban con carne humana, al paso que los demás se entregaban públicamente al pecado infame que atrajo el fuego del cielo sobre la ciudad de Sodoma. La Providencia se dignó al fin dirigir una mirada de misericordia á aquellas almas estraviadas, y se sirvió del ministerio de nuestro santo misionero para darles á conocer el Evangelio, así como tambien el amor y la práctica de la virtud.» Cuando la muerte del justo coronó las gloriosas acciones de Luis Vero en el año 1588, fué enterrado el misionero en el convento de Upar, del que habia sido uno de los fundadores y su primer superior, haciendo Dios célebre su sepulcro por medio de diferentes milagros. Tuvo aquel humilde siervo cristiano por ausiliar á Pedro de Palencia, el cual llegó de Castilla la Vieja con el gefe Garcia de Lerma, al que ayudó á someter diferentes provincias. En recompensa de sus servicios, se le cedieron algunas tierras en el fértil valle de Upar; pero el amor á los bienes celestes triunfó en su corazon del apego á las riquezas perecederas: abrazó la religion dominicana en Santa Marta, donde fué ordenado de sacerdote, y entró en el valle de Upar para hacer en él, con la virtud de la palabra divina, conquistas mas sólidas que las que antes hiciera con la punta de su espada. Como quisiesen los españoles y los indígenas convertidos una comunidad religiosa que les procurase en su colonia de los Reyes todos los ausilios espirituales, envió el obispo de Santa Marta al P. Luis Vero, para que fundase el convento tan vivamente deseado, secundándole Pedro de Palencia en su obra con su crédito y su fortuna. Mientras que su padre espiritual Luis Vero iba á llevar la antorcha de la fé hasta las lejanas riberas del Zapotoza, se quedaba Pedro entre sus hermanos, á los que procuraba perfeccionar con el ejemplo de todas las virtudes: el nuevo convento y hasta la misma ciudad de los Reyes le debieron su conservacion en dos distintas circunstancias. Habiendo sido atacada la ciudad de los Reyes por un cacique de las tribus inmediatas, iba á verse ya envuelta en todos los horrores por no poder resistir, á causa de sus escasas fuerzas, al terrible ataque de sus enemigos, resueltos á pasarlo todo á sangre y fuego, cuando despertado Pedro de Palencia por el tumulto empuñó nuevamente la espada, por creer que su profesion religiosa, no le prohibia consagrarse á la defensa de millares de inocentes que iban á perecer sin su apoyo. En el mismo instante en que Pedro, llevado de su generoso ardor

acudia á los puntos de mayor peligro, salió tambien á la calle Antonio Flores, y cargando juntos al enemigo lograron hacerle retirar en desórden, por haber infundido temor á los indígenas los gritos que daba Flores llamando á las armas á sus compañeros, y las voces de mando que figuraba dirigir á su tropa á pesar de estar solo. Viendo empero los sitiadores al poco rato que nadie les perseguia, y habiendo recibido además algun refuerzo, empezaron nuevamente el ataque; pero como Pedro de Palencia hubiese logrado ya reunir algunos hombres, no solo logró con su arrojo y su pericia resistir á los salvajes, sino que hasta les obligó á retirarse causándoles grandes pérdidas. El gobernador de Santa Marta penetró algun tiempo despues en el pais de los dos caciques invasores, haciendo en él un ejemplar castigo. Tan pronto como la poblacion se vió sin peligro, depuso Pedro de Palencia sus armas, y no pensó ya mas que en esgrimir la espada de la divina palabra, la que empleó con mucha gloria para convertir á los indígenas por espacio de muchos años, precediendo de cinco en el sepulcro al taumaturgo Luis Vero. Como una parte de los indígenas tupes abrazase la fé, á su demanda se fundó en su pais una casa de instruccion, para continuar catequizándoles y para atraer al cristianismo á los que continuaban aun en la idolatría. Al poco tiempo empero de haberse establecido aquella casa, hubo una insurreccion en algunos pueblos de la tribu, unidos con los chimilas, durante la cual solo tuvo el misionero el tiempo preciso de esconder los vasos sagrados para evitar una profanacion, y fué la casa reducida á escombros. Aquella rebelion, que no se habia querido reprimir por medio de las armas, duraba aun cuando el dominico Cristóbal Franco se dirigió al pais de los tupes con ánimo de evangelizarle, logrando con su actividad y celo atraer nuevamente á muchos al buen camino y á bautizar familias enteras que habian desconocido siempre la ley de Jesucristo. En cierta ocasion que estaban los indigenas abriendo una zanja para reconstruir la iglesia que poco antes derribaron, hallaron los vasos sagrados que habia escondido el misionero anterior, y como los presentasen al obispo de Santa Marta, les hizo este entregar á su sucesor. El P. Cristóbal Franco evangelizó, además de los tupes, á los indígenas de Omoco, y de Orejones; estableció en el pais de estos últimos dos casas de instruccion, procurándoles un eclesiástico, llamado Juan Blasco, que ejerció las veces de cura; luego se dirigió el misionero á otros paises, en los que no habia sentado aun su huella ningun discípulo de los apóstoles sin regar el pais con su sangre. Pero aquellos pueblos feroces, cuyas flechas envenenadas habian hecho perecer á tantos misioneros, y que no estaban sometidos ni al cristianismo ni al gobierno del reino de España, apelaron nuevamente á la insurreccion, tomando por pretesto la partida del P. Cristóbal Franco.

Cita tambien Turon entre los *conquistadores espirituales,* al agustino Francisco Romero. Entró este hombre apostólico en la provincia de Timana, que era en su mayor parte idólatra, recorrió el valle de Upar, evangelizó las montañas de Santa Marta, operando en todas partes grandes conversiones; y como conociese que serian inmensos los frutos que se recogerian en aquellos paises, si pudiesen mandarse á ellos un número suficiente de misioneros, se dirigió á Madrid y á Roma, donde se procuró diferentes religiosos de San Agustin, con los que acudió de nuevo al socorro de los indígenas de América, á cuya salvacion queria sacrificar su reposo y su vida.

Los azotes con que continuó Dios castigando á Nueva Granada, tenian á los pueblos en una contínua alarma, y estaban por lo mismo mucho mas dispuestos á abrazar el cristianismo. Los volcanes arrojaban á lo lejos sus llamas y torrentes de lava, produciendo un espantoso ruido; las tempestades, tan frecuentes en aquel pais, arrojaban de su seno numerosos rayos que causaban siempre grandes desastres; los rios y torrentes salian de madre; las nieves que coronaban las montañas se der-

ritian repentinamente, produciendo impetuosas corrientes que inundaban las campiñas desoladas; el Guali, el Guarino, el Sabandija, se precipitaban impetuosamente en el Magdalena (1), causando la muerte á una multitud prodigiosa de peces, que arrojados despues á la tierra, infestaban el aire y producian la peste. Los indígenas, que en aquella série de calamidades no podian menos de reconocer el brazo del Omnipotente, acudieron á la oracion, y se mostraron mucho mas morigerados en sus costumbres. Además el año mismo en que murió Luis Zapata de Cárdenas, arrebatado á su metrópoli de Santa Fé el dia 24 de Enero de 1590, recibió la idolatría un golpe terrible. La tribu de Ramiriqui, en la provincia de Tunja, evangelizada poco antes por el dominico Pedro Durán, estaba á la sazon confiada á los cuidados del P. Diego Mancera, cuyo misionero se gloriaba de haber hecho renunciar á aquel pueblo las fábulas de la idolatría; pero no tardó en conocer su error. Informado el misionero de que acostumbraban reunirse los indígenas principales para adorar en secreto á sus ídolos y presentarles ricas ofrendas de oro, esmeraldas y otros objetos de gran precio, y que hasta llegaban á inmolarles víctimas humanas, fué á consultar á su provincial en Tunja, á fin de poder con mas acierto apoderarse de los autores de aquel crímen. El superior encargó al P. Diego que fuese por sí mismo á enterarse de la verdad del hecho estraordinario que le revelaba, y despues de haber hecho poner en oracion á toda la comunidad por el buen éxito de la empresa, despidió al misionero, encargándole obrase con la mayor prudencia. En conformidad á las órdenes que habia recibido, se dirigió el P. Mancera de noche al lugar solitario en que acostumbraban reunirse los indígenas para entregarse á sus sangrientos sacrificios, contando poder retirarse despues de presenciarlo todo, sin ser conocido, por favorecerle en su arriesgada empresa su disfraz, la multitud y la oscuridad de la noche. Habia presenciado ya una gran parte de las ceremonias, de los sacrificios profanos y otras abominaciones, cuando permitió Dios que profiriese el demonio por boca del ídolo estas palabras: «¡Arrojad al fraile de aquí!» Sorprendidos y furiosos á un tiempo los indígenas, empezaron á dar grandes gritos, preguntándose entre sí donde estaba el religioso á fin de inmolarle; pero la misma turbacion en que estaba la asamblea, facilitó al P. Diego Mancera, hábilmente secundado por su jóven guia, el medio de alejarse. Acompañado al dia siguiente de otros misioneros y de la fuerza armada, regresó el P. Diego al peñasco fatal, en cuya enorme concavidad se celebraban los horrendos sacrificios; y despues de varias investigaciones, dió con la piedra que ocultaba su entrada. Los soldados se apoderaron inmediatamente del ídolo, que tenia la forma de un ave, y de otros ídolos mucho mas pequeños que tenia en torno suyo; siendo todos ellos llevados á la plaza de Ramiriqui, donde fueron quemados. Al ver el modo con que eran tratados sus falsos dioses, no reconoció límites el furor de los apóstatas; unos prorumpieron en amenazas, otros apelaron á las armas, si bien el aspecto imponente de las tropas, llegó á contener al mayor número. Intimidados al fin los rebeldes, acordaron deponer las armas, y vengar en secreto con la sangre del P. Mancera la ofensa hecha á sus falsos dioses; el religioso, no obstante el plan fraguado contra su vida, continuó presentándose en público sin el menor recelo. Fueron en lo sucesivo sus palabras tan tiernas y persuasivas, que hasta los mas obstinados de entre los indígenas se convencieron de la estravagancia ó impiedad de la idolatría, de que solo era digno de oracion el verdadero Dios, y lloraron amargamente sus pasados estravíos. La vida del P. Diego Mancera, ofrece todavía otro episo-

(1) Este rio de la Nueva Granada que tiene su origen en el lago de los Pampas y desagua en el mar de las Antillas, formando en aquel sitio varios brazos, tiene un curso de cerca de 1,330 kilómetros y recibe durante él varios tributarios, entre ellos el caudaloso Sogamoza y el Cauca. Numerosas cataratas interrumpen su navegacion, y su cauce tiene un plano inclinado de 35 centímetros por kilómetro. En las grandes avenidas sale algunas veces de madre é inunda las comarcas vecinas. (Nota del Trad.)

dio análogo al que acabamos de describir. Regocijábase aquel dominico de las conquistas espirituales que habia hecho en la tribu de Guacheta, cuando un eclesiástico le dijo que en ciertas épocas del año, los guachotanos y otra tribu vecina, se dirigian á un punto, para entregarse en él á un juego llamado *Moma*, que consistia en una especie de combate, y en el que vencedores y vencidos derramaban mucha sangre; y que luego terminaban aquella sangrienta ceremonia con un abominable sacrificio del que el mismo religioso habia sido testigo ocular. Obligado el P. Diego á ir á bautizar un niño que estaba en peligro de muerte, suplicó al sacerdote amigo que le acompañase; y despues de haber bautizado al niño, se paseaban los dos misioneros, cuando descubrieron á las dos tribus que estaban á la sazon peleando en la llanura. Siguiendo el camino que conducia al campo de batalla, hallaron un ídolo gigantesco y monstruoso, colocado en un pedestal ensangrentado, lo que les dió á conocer que aquellos ciegos idólatras continuaban inmolando aun al espíritu de las tinieblas víctimas humanas. Lejos de arrojarse inútilmente en medio de los encarnizados combatientes, con el corazon traspasado de dolor, se dirigió Mancera inmediatamente á Guacheta, donde tronó contra la impiedad de la idolatría, esponiendo todo cuanto acababa de presenciar. Sus oyentes profundamente conmovidos, no solo confesaron su crímen, sino que hasta añadieron que era semanalmente sacrificado en el funesto pedestal un niño de catorce años, por considerársele aun inocente y sin mancha. Aprovechando entonces el misionero la feliz disposicion en que estaba su auditorio, mandó que los que quisiesen ser considerados como cristianos, le siguiesen desde luego y que ejecutasen lo que les mandaria. Llegados al pedestal, hizo el misionero derribar al ídolo y llevarle á la plaza de Guacheta; pero advertidos los combatientes que habia en la llanura de la profanacion hecha á su dios, acudieron inmediatamente resueltos á vengarla. Lejos de mostrar el P. Diego ningun temor al acercarse aquellos furiosos, pronunció un discurso mas enérgico y elocuente aun que el anterior, contra los escesos de la idolatría, siendo tal la impresion de terror que produjeron sus palabras en el ánimo de los oyentes, que sin que estos se atreviesen á oponerse á ello, insultó, derribó y pegó fuego al ídolo. Confusos al ver la impotencia de su falsa divinidad, declararon en alta voz los indígenas que habian sido engañados, al igual que sus antepasados, renunciaron á sus prácticas detestables, y abrazaron sinceramente el cristianismo. Sin embargo, no por ello dejaron los sacrificadores de hacer todos los esfuerzos por entorpecer la obra de Dios, ora figurando tener un comercio familiar con los génios tutelares del pais, ora vaticinando en su nombre la ruina total de la nacion, si continuaba esta desconociendo por mas tiempo á las divinidades á que habia tributado culto durante diez siglos. La multitud empezaba ya á titubear ante las terribles amenazas de los sacrificadores; pero como el P. Diego Mancera arrancase públicamente la máscara á los sacerdotes egoistas de los falsos dioses, logró desvanecer el temor que empezaban á abrigar los indígenas, y arraigar mas y mas en su corazon las eternas verdades de la fé. Lo propio sucedió al dominico Reinaldo Galindez, que estaba evangelizando al parecer con gran fruto la provincia de Tunja, cuyos indígenas al renunciar públicamente á la idolatría, habia ocultado una parte de sus ídolos, á los que iban á adorar en secreto. Por un general acuerdo de la tribu, conservaba aun el gefe de los sacrificadores el poder y los honores del sacrificio, procuraba conservar los falsos dioses y facilitaba á los apóstatas el medio de practicar clandestinamente las antiguas supersticiones. Pero como el que estaba encargado de la custodia de los ídolos abrazase sinceramente la religion católica, fué á confesar su crímen al P. Galindez, y hasta le entregó los ídolos que hizo el misionero quemar públicamente. Cuando al fin se vió que para evitar á los indígenas cristianos una segunda caida, procuraba Galindez descubrir los santuarios de la idolatría, se pre-

sentaron nuevos convertidos para indicárselos, entregándole además todos los ídolos que encontraban. La mayor parte de aquellas falsas imágenes eran de madera ó de piedra, siendo muy reducido el número de las que eran de oro ú plata; sin embargo, todas ellas sin distincion fueron condenadas á las llamas; á pesar de que el misionero dijo al pueblo que se apoderase de las barras de oro ú plata que resultarian para pagar su tributo al rey de España, no hubo un solo indígena que quisiese aceptar el precioso metal, limitándose á pedir á Galindez que emplease su importe en la conservacion y ornato de los templos. Las piezas de tela y de algodon que cubrian las estátuas y las paredes de los santuarios, fueron cedidas á los pobres por el misionero, previniéndoles que debian vestirse con ellas; los ricos por su parte hicieron tambien algunas dádivas, con las que fué desapareciendo insensiblemente la desnudez en bien de la moral y las costumbres. Fué tanto mas acertada aquella medida del misionero, cuanto que los sacrificadores habian asegurado que moriria repentinamente el profano que osase tocar aquellas telas consagradas á los dioses; y como no se realizase su amenaza, acabó de convencerse el pueblo de la impotencia de sus divinidades. Hasta los mas obstinados de entre los indígenas, despues de haber sido idólatras durante su vida, quisieron morir en el seno de la religion católica. El dominico Gonzalo Mendez, que estaba cristianizando el reino de Nueva-Granada desde el año 1555, adquirió un triunfo mucho mas señalado aun sobre la idolatría: estaba Mendez evangelizando á los fuquenos, tribu esparcida por las montañas que dominan el lago y la isla de Tinjaca. Esta isla célebre á la sazon por la grandiosidad y riqueza de su templo dedicado al sol, servido por cien sacerdotes ó sacrificadores, escitaba la admiracion y era frecuentemente visitada por todos los pueblos vecinos. Además del ídolo del sol, habia otros muchos que figuraban osos, tigres, culebras, aves y otros muchos animales, que eran tenidos en una veneracion profunda, conforme lo indicaba la gran parte de riquezas que les ofrecian anualmente en sacrificio. En vano los primeros apóstoles que llevaron la antorcha de la fé en aquellas regiones, quisieron destruir aquel monumento sacrílego, puesto que todos sus esfuerzos no lograron desvanecer la ceguedad y supersticion de los idólatras. El P. Gonzalo Mendez que predicaba tan pronto en las montañas como en la isla misma de Tinjaca, en la que residian los principales sacrificadores, era el que debia con la elocuencia de su palabra, la santidad de su ejemplo y el fervor de sus oraciones, obligar á los mismos sacerdotes de los ídolos á pegar fuego al templo. Grandes fueron las persecuciones que atrajo sobre el siervo de Dios el señalado triunfo que por su mediacion alcanzó el cristianismo, pero no por eso dejó de continuar el misionero con el mismo ardor la obra regeneradora y santa que habia de valerle eterna gloria, basada en cincuenta y tres años de contínuos trabajos apostólicos. Murió el P. Gonzalo Mendez en el convento de Tunja, despues de haber dirigido la provincia dominicana de San Antonino.

Zamora, citado por Turon, habla tambien de otra conquista importante, hecha en los pueblos de Suczca. Habia un mulato, llamado Martin Caballero, que dijo al dominico Pedro Martir de Cárdenas, haber una ancha caverna en la que enterraban sus muertos los indígenas idólatras, con todas las ceremonias supersticiosas que su falsa religion les prescribia. Trasladados el misionero y su guia al punto indicado, encontraron en él mas de ciento cincuenta cadáveres, sentados todos ellos formando círculo: el del cacique colocado en medio, se distinguia por una especie de turbante que cubria su cabeza, por los adornos que llevaba en el brazo y el cuello, y por diferentes piezas de algodon que tenia á su lado para servirse de ellas en la otra vida, ó para interesar á los dioses en su favor. El P. Cárdenas hizo trasladar aquellos cuerpos á la plaza de la villa, donde fueron quemados en presencia de todo el pueblo; aquella medida, vivamente aplaudida por los indígenas cristia-

nos, empezó á escitar un murmullo general entre los idólatras; pero el misionero pronunció entonces un tierno discurso, que apaciguó de tal modo los ánimos, que hasta los que mas reprobaban poco antes su conducta, acudieron á atizar el fuego hasta que quedaron los cadáveres reducidos enteramente á pavesas, acabando de este modo para siempre con la supersticion del pueblo de Suezca. Cuando el dominico Juan de Ladrada, despues de haber ejercido su celo apostólico entre los indígenas de Bogotá y de Guatavita, hubo tomado en el año 1596 posesion de la silla de Cartagena, se hizo tambien un descubrimiento importantísimo. Habiendo permitido el prelado, no solo á los religiosos reformados de San Francisco, si que tambien á los agustinos descalzos, establecer conventos, el P. Alfonso de la Cruz, ermitaño de San Agustin, deseó que fuese construido el suyo en forma de ermita, en una colina cubierta de árboles. Al abrir una zanja para echar los cimientos del edificio, se encontró un subterráneo lleno de ídolos, en el que celebraban aun los indígenas sus reuniones clandestinas, para ofrecer un culto á Satan; todos los ídolos fueron inmediatamente quemados ó destruidos, y la capilla que el P. Alfonso de la Cruz levantó en el mismo sitio, que por tanto tiempo habia sido profanado, fué célebre por la devocion que inspiró á los fieles.

Turon pretende que un hermano de Juan de Ladrada, obispo de Cartagena, fué el primer apóstol de los musos; pero confunde Rodrigo de Ladrada, hermano del prelado, y uno de los primeros misioneros dominicos en el Perú, con otro Rodrigo de Andrada, igualmente religioso de Santo Domingo, y uno de los compañeros de Tomás Ortiz, obispo de Santa Marta en Nueva-Granada. De todos modos, es lo cierto, que desde la aparicion de los españoles en el pais que formaba la diócesis de Santa Marta, se dieron á conocer los musos, tribus tan feroces como corrompidas, que solo se alimentaban de carne humana; aquellos séres tan degradados vivian en los bosques, y en algunas montañas situadas entre el pais de Venezuela, el gran lago de Maracibo, y las fronteras del nuevo reino de Granada. No habia entre aquellos antropófagos ni templos, ni altares, ni ídolos; no adoraban, como sus vecinos, ni el sol ni la luna, porque esos astros, decian ser menos antiguos que su raza, la cual se remontaba al primitivo origen de los americanos. Dos pirámides, colocadas á larga distancia una de otra, eran el único objeto de su culto; eran ambas tan altas que se perdian en las nubes, ocupando su base un círculo de mas de un cuarto de legua. En el siglo XVII, se conservaba aun una de ellas en el mas perfecto estado, habiendo derribado el rayo la parte superior de la otra; lo que leemos en el *Génesis* respecto de la torre de Babel, parece tener alguna relacion con las masas enormes de los musos. Daban aquellos pueblos á la una de las pirámides el nombre de *Diosa madre*, y á la otra el de *Diosa hija*; sacrificando al pié de tan ridículas divinidades las víctimas humanas, de las que derramaban la sangre, y comian algunos pedazos antes de que hubiesen exhalado las víctimas su postrer suspiro. Así como los demás idólatras deseaban que los pueblos vecinos fuesen á visitar sus templos, y á ofrecer sacrificios á sus dioses, los musos, por el contrario, trataban como enemigos á todos los estrangeros que osasen tributar un culto á sus pirámides, á las que daban el nombre de divinidades tutelares. Y sin embargo, los mas supersticiosos de entre los muyscas, se esponian aun algunas veces á hacer aquella peligrosa peregrinacion, adoptando todas las precauciones, por no ignorar que en el caso de ser sorprendidos, sufririan irremisiblemente el castigo de ser devorados vivos. El orgullo de los musos igualaba su ignorancia y su depravacion; puesto que degradados hasta la mas repugnante abyeccion, se creian los mas sábios, los mas nobles, los mas felices de los hombres: de ahí el desprecio á todo el que intentase instruirles. Su loca presuncion, unida á la mas brutal ferocidad, habria hecho desesperar de su conversion, sin la consola-

dora certeza de que nada hay que no ceda á la gracia de Jesucristo, y de que lo que es imposible en ciertas épocas, se realiza cuando llega el momento señalado por la Providencia. Al P. Domingo de Andrada, que osó el primero recorrer las montañas, y penetrar en los bosques de los musos, sucedieron los dominicos Luis de Maldonado, Pedro de Castro, Fernando de Angulo, cuya mortificacion y oraciones, fecundizaron el apostolado. El P. Juan de Santa María, que empezó por evangelizar la provincia de Velez, en la que los chauchones, los opones, los guanos y los chalalaes, se mostraron tan dóciles á su voz, estaba predicando la fé á los indígenas de Fuquena, Susa y Simaja, cuando se le destinó al pais de los musos. Conocia ya el misionero la índole de aquellos pueblos, por haber acompañado al capitan Pedro de Ursua, cuando fué á levantar en su territorio la ciudad de Tudela, que tan pronto habia de ser reducida á escombros; y en cuya época habiendo caido el dominico Pedro de Guzman en poder de los nauras, aliados de los musos, fué devorado vivo. A la sazon acompañaba Juan de Santa María al capitan Perez de Quesada, encargado de rechazar á los musos, que, orgullosos por sus anteriores triunfos, querian conquistar el distrito de Ubate. Despues de haber logrado los españoles derrotarles en todos los encuentros, levantaron junto á las ruinas de Tudela, la poblacion de la Trinidad, en la que Juan de Santa María dijo la primera misa que se celebró en el pais de aquellos bárbaros. Juan de los Barrios, obispo á la sazon de Santa Marta, erigió en ella una parroquia, cuya direccion confió al misionero, y en la que murió Juan de Santa María, despues de haber hecho entrar un gran número de infieles en el redil de Jesucristo. Los PP. Juan de Ortega, Antonio Ramirez y Gaspar de Orellana, que acababan de ayudarle á fundar un convento de su órden, fueron los que le sucedieron en el apostolado, mereciendo por sus virtudes una particular proteccion de la Real audiencia y del obispo de Santa Marta, del cual fué nombrado uno de ellos vicario general. Fueron estableciéndose sucesivamente varias casas de instruccion en los paises de Toco, Ibama, Maripi y Sarbe, sin que bastasen á contener aquella obra de civilizacion, ni la escabrosidad del pais, ni los rigores del clima, ni las privaciones de toda clase, ni los inminentes peligros que aumentaba á cada paso la ferocidad de aquellos bárbaros, cuyas armas estaban siempre empapadas en el veneno mortal del áspid. No solo mojaban sus flechas en aquel veneno, sino tambien los espinos que sembraban ó esparcian por todos los puntos á que lograban atraer á los españoles; cualquiera de estos que recibiese la menor herida, no tardaba en caérsele la carne á pedazos. Los mas de los misioneros encargados de la conversion de los musos, sucumbieron al veneno de sus flechas; pero no por esto dejaron los operarios apostólicos de reunir en doce cristiandades á aquellos hombres feroces, á quienes elevaron del último grado de barbarie á la dignidad de la condicion humana, y al carácter del cristiano. Como hubiese disminuido despues el número de los musos, fueron sus doce tribus reducidas á nueve, hácia el año de 1610; cuatro de ellas fueron confiadas al cuidado de algunos eclesiásticos; los ermitaños de San Agustin, se encargaron de la direccion de otras dos, y fueron dirigidas tres restantes por los religiosos dominicos. El P. José Solis, uno de ellos, instruia el pueblo de Aricagua, cuando en el año 1619 los indígenas llamados giriaros ó giros, se insurreccionaron repentinamente, obligando al misionero á retirarse junto al rio Chama, donde continuó dirigiendo al rebaño fiel que le habia seguido. Las conquistas que hizo en breve en las tribus vecinas, aumentaron considerablemente el número de los hijos de aquella pequeña iglesia, á la que diez y nueve años mas tarde, habia de dar tanta estension el P. Francisco de Achuri.

Mucha era la relacion que habia entre las costumbres de los musos y de los picaos, que, como aquellos eran antropófagos, llevando su

brutal ferocidad hasta el punto de vender públicamente carne humana (1). Además de sus flechas envenenadas, tenian otras por medio de las cuales incendiaban todas las materias inflamables, armas funestas con las que lograron llevar el terror al valle de las Lanzas, á las ciudades de Ibague y de Leyba, y hasta al mismo pais de Popayan. Cuando por poner fin á una guerra de veinte y dos años, fué el presidente Juan de Borgia, en el año 1605, á atacar á los picaos en su propio territorio, llegaron las flechas de aquellos salvages á quemar las tiendas, bagajes y víveres, en el campo de los españoles, obligándoles á permanecer espuestos al frio de la noche y al calor del dia, sin mas recurso que el de la sombra de los árboles que algunos de ellos podian procurarse. Sin embargo, no por ello dejaron los españoles de vencer á sus terribles enemigos. Hé ahí los nombres de los misioneros dominicos que tuvieron una parte mas gloriosa en la evangelizacion de aquellos pueblos salvages: Tomás de Acuña, Angel Serafin, quien resucitó un muerto entre los indígenas de Chipazaque; Luis Colmenares, ó sea el Crisóstomo del reino de Nueva-Granada; Alfonso Ronquillo, Juan Martinez Melo, Pedro Bedon, Bernardino Ulloa y José Perez de Ugarte.

Tan pronto como se logró formar un reino con las ricas provincias de Nueva-Granada, y erigir una audiencia en Santa Fé, su capital, no habia galeon español que no llevase á Cartagena y Santa Marta, un número mas ó menos considerable de misioneros, que eran inmediatamente destinados á las cuatro diócesis. Por otra parte, los obispos y los superiores regulares, sabian poder admitir indígenas en el clero secular, y en los institutos religiosos, y por lo mismo no titubeaban en admitir en el seno de la iglesia, á aquellas primicias del gentilismo, que habian de ser los segundos apóstoles de su patria. Bartolomé Lobo Guerrero, que tomó posesion de la sede metropolitana de Santa Fé, el dia 28 de marzo del año 1599, instituyó á 28 de julio de 1601, en su diócesis las tres fiestas de San Agustin, Santo Domingo y San Francisco, por honrar en aquellos patriarcas el celo tan eficaz de sus hijos, que, habian sido los primeros en combatir la idolatría en el reino de Nueva-Granada.

Los primeros jesuitas que se presentaron en la capital de Nueva-Granada, fueron los cuatro que acompañaban el año 1590 al presidente Antonio Gonzalez, cuya proteccion no bastó á asegurarles un establecimiento: así pues, dos de ellos regresaron á España, mientras que los PP. Francisco de Victoria y Antonio Martinez se dirigian á Lima. En el año 1598, los PP. Alfonso de Medrano y Francisco de Figueroa, despues de haber predicado la caridad en Santa Fé, se dirigieron á los desiertos en busca de los naturales; el primer cuidado de los jesuitas fué reducir á una sola las diferentes lenguas, siendo el P. José Dadey el que escribió el diccionario del único idioma que debia en lo sucesivo hablarse. Al poco tiempo fundaron los propios religiosos un colegio en Santa Fé, merced á la decidida proteccion que les dispensó el arzobispo Bartolomé Lobo Guerrero; los rápidos progresos que hizo en breve aquel colegio, fueron en gran parte debidos á la admirable caridad de Alfonso de Sandoval. Hijo de una familia tan ilustre por su piedad como por su nobleza, fué educado Alfonso en el seminario de los jesuitas de Lima, siendo admitido en la Compañía de Jesus tan pronto como hubo terminado sus estudios; ya desde el primer dia del noviciado se vieron brillar en él todas las virtudes, y mostrar sobre todo un deseo insaciable de sufrir por Jesucristo. Habiendo sido elevado algunos años despues á la dignidad del sacerdocio, á pesar de cuantos obstáculos opuso su humildad por no permi-

(1) No se contentaban los picaos con dar muerte y comerse á los infelices que caian en su poder durante las sangrientas guerras que sostenian casi continuamente contra las tribus vecinas, sino que llevaban su barbarie hasta el punto de abastecer las carnicerias públicas, no solo con los prisioneros de guerra, si que tambien por medio de los pobres estranjeros que por cualquier motivo fuesen detenidos. Y sin embargo, aquellas hordas feroces cuyo solo nombre aterraba á las demás tribus, llegaron, merced á la santidad y heróica constancia de los misioneros encargados de regenerarlas, á ser un pueblo laborioso y digno, tan pronto como se logró hacer comprender á aquellos salvajes la celestial doctrina del Crucificado. (Nota del Trad.)

tirle aspirar mas que al cargo de hermano coadjutor, se le destinó á las misiones de Cartagena, donde los jesuitas acababan de establecerse, en cuya virtud salió de Cuzco para dirigirse nuevamente á Lima. Dedicóse allí durante la cuaresma á salvar las almas, consagrándose á confesar á los pobres, y particularmente á los negros, que se les presentaban en tropel, seguros de encontrar en él siempre un consuelo para todas sus necesidades. Luego emprendió Sandoval un viage á Cartagena, el cual fué tanto mas largo, peligroso y difícil, cuanto que le emprendió á pié sin mas recursos que su breviario y algunas obras ascéticas; regocijándose á su llegada de encontrar una casa en la que faltaba todo, escepto el trabajo, las privaciones y el sufrimiento. Solo habia á la sazon en ella tres sacerdotes, que para subsistir se veian obligados á pedir limosna, humilde y laborioso cargo que ya desde el dia de su llegada desempeñó el P. de Sandoval durante tres años; luego, á peticion suya, se le nombró portero, en cuyo nuevo destino se consagró al servicio de los demás religiosos con la humildad de un esclavo y la ternura de una madre. Todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones domésticas, lo empleaba en confesar, enseñar la doctrina y socorrer al prójimo; pudo decirse que no hacia mas que variar de trabajo, sin entregarse casi nunca al descanso. La llegada de algunos caciques de Darien y de Uraba para ofrecer ricos presentes al gobernador y al obispo, hizo nacer en el provincial la idea de enviar á uno de sus religiosos, al objeto de que evangelizase á los idólatras de aquellos paises. El P. Alfonso de Sandoval, que no ignoraba lo espinoso del nuevo cargo que habia de confiarse á uno de sus hermanos, se presentó al superior pidiéndole para sí con tan vivas instancias que se accedió al fin á su demanda; pero como no recogiese otro fruto que el de muchos sufrimientos, y se viese contínuamente espuesto á ser devorado por aquellos bárbaros, vióse el provincial obligado á destinarle á otras misiones. El resultado que obtuvo Sandoval en el nuevo campo, confiado á su salud apostólica, fué digno de su ardiente celo; sus mortificaciones y fatigas le acarrearon empero una enfermedad mortal, de la que estaba ya próximo á espirar, cuando fué milagrosamente curado por la intercesion de S. Ignacio, á quien Dios reveló tener destinado aquel escelente operario para la evangelizacion de los negros. Tan pronto como supo Alfonso el destino que Dios le tenia reservado, sintió el amor mas tierno por aquellos desgraciados que ya en las inmediaciones de Cartagena habian sido objeto de su predileccion, no bastándole ya tratarles con dulzura, instruirles con celo, consolarles cariñosamente en todos sus quebrantos y cuidarles en sus enfermedades, sino que le fué preciso acudir en su ausilio en el momento de desembarcar en Cartagena, por ser cuando se veian en el mayor desamparo. Así que, apenas llegaba un buque que llevase á algunos de aquellos infelices, se veia ya al P. Alfonso dirigirse al puerto, acompañado de un intérprete; sus primeros desvelos eran para los enfermos, á quienes procuraba toda clase de consuelos, pensando luego en salvar sus almas. Bautizaba á unos, confesaba á otros y les exhortaba á todos á vivir y morir cristianamente: muchos eran los desgraciados negros que parecian aguardar aquel momento de gracia para morir dulcemente en la paz del Señor. Ocupado dia y noche Sandoval en el cuidado de sus queridos esclavos, ni sentia el rigor de las estaciones, ni las fatigas, ni las enfermedades, tanta era la fuerza y robustez que le infundia su generoso celo: además, se creia estrictamente obligado á prodigar una vida que solo le habia sido conservada para que la consagrase á la caridad. Tenia Alfonso la precaucion de notar el nombre de los negros, así como tambien el de sus dueños, á fin de poder, de vez en cuando, visitarles, interesarse por ellos y ejercer en interés de sus almas todas las funciones de su sagrado ministerio. Cuantas veces se le presentaba algun negro á la vista consultaba inmediatamente su lista, y caso de que no estuviese continuado

en ella, le conferia el bautismo, á cuyo objeto llevaba siempre encima un frasco lleno de agua, llegando en siete años á regenerar mas de treinta mil negros. Muchos fueron ios misioneros que pudieron ser destinados al lado de Sandoval, cuyas virtudes y trabajos apostólicos le valieron la admiracion y el aprecio de todos los hombres notables de su tiempo; el P. Claver, del que en breve tendremos ocasion de hablar, tuvo la dicha de que se le destinase á la mision del P. Alfonso, encargándose de ella, cuando tuvo Sandoval que dirigirse á Lima; como viese á su regreso el apóstol de los negros lo bien que desempeñára Claver su cometido, le confió la cristiandad de Cartagena. Alfonso recorrió entonces las costas y el continente en una estension de mas de cuatrocientas leguas, dando en todas partes relevantes pruebas de su celo, y recogiendo en todas ellas frutos proporcionados a su increible actividad. A su regreso, desempeñó en la casa convento de Cartagena, diferentes destinos, hasta que rendido de fatiga y cubierto de úlceras, pasó Alfonso los dos últimos años de su vida en un pobre lecho, casi enteramente abandonado, por no poder los pocos jesuitas que habia en el colegio cuidarle con esmero, á causa de las muchas ocupaciones que pesaban sobre ellos. Siempre le hallaban sus hermanos en la misma actitud, esto es, con la vista levantada al cielo y las manos plegadas, ofreciendo á Dios el doble sacrificio de sus alabanzas y de su vida. Murió Alfonso de Sandoval el dia de Navidad á los setenta y seis años, habiendo poseido todas las virtudes en el mas alto grado: tal fué el gran maestro, á cuyo lado aprendió Pedro Claver aquella sublime caridad cristiana, que le habia de hacer enjugar tantas lágrimas y salvar tantas almas.

Nació Claver en Verdúa el ño 1581; y renunciando á todas las comodidades que podia ofrecerle su opulenta familia, entró en Tarragona en el noviciado de los jesuitas, el dia 7 de agosto del año 1602. Habiendo ido Claver á continuar sus estudios en el colegio de Mallorca, conoció allí al bienaventurado Alfonso Rodriguez, el cual dijo en cierta ocasion de Claver y de uno de sus compañeros: «¿Veis á esos dos religiosos? Irán ambos á la India, donde salvarán muchas almas.» Como supiese pues Rodriguez el alto destino que Dios reservaba á Claver en el apostolado, le dijo en una de aquellas dulces espansiones de las almas cristianas: «Mi querido hermano, imposible me es espresaros el dolor que me causa el triste espectáculo que ofrece la mayor parte de la tierra envuelta en las tinieblas de la idolatría, por ignorar la existencia del verdadero Dios, á causa de no haber misioneros que le den á conocer su santo nombre. ¡Triste, tristísimo es en efecto, ver que tantos pueblos perecen, no porque quieran perderse, sino porque no se hace ningun esfuerzo por salvarles! ¡Cuántos ministros del altar que sirven tal vez de muy poco en Europa, podrian salvar en América innumerables almas! Temen el trabajo y las privaciones que hay que sufrir para ir en su busca, y dejan de temer el peligro y el crímen que hay en abandonarlas ¡Hermano mio! si amais á Jesucristo, no renuncieis al cultivo del vasto campo abierto á vuestro celo; si la gloria de la casa de Dios os interesa, id á recoger la sangre preciosa que derramó Jesucristo por las naciones, y dádsela á conocer; trabajad con él hasta la muerte por la salvacion de los hombres, ya que sois uno de los soldados de su Compañía. Manifestad á los superiores de la órden vuestros deseos, y no ceseis de pedirles que os destinen á las Indias, donde el deber y vuestra vocacion os llaman: las instancias reiteradas no son contrarias á la obediencia, cuando el superior no accede á ellas para mejor probar nuestra constancia.» Antes de destinársele á América, se obligó al P. Claver á terminar sus cursos de teología en Barcelona; y cuando en el año 1609 mandó el general Aquaviva, que cada provincia de España enviase uno de sus mas ilustres súbditos á la que habia sido establecida siete años antes en el nuevo reino de Granada, fué Claver nombrado misionero por la provincia de Aragon. Imitando el ejemplo de S. Francisco

Javier, partió sin despedirse de sus padres; renunció por humildad en Sevilla al sacerdocio, y se embarcó en el mes de abril del año 1610, bajo la direccion del P. Mejía, superior de aquella cohorte apostólica, olvidando desde aquel mismo dia enteramente á la Europa, sin que ni siquiera se le oyese hablar nunca de España, durante los cuarenta y cuatro años que vivió en América. Al desembarcar en Cartagena, besó aquella suspirada tierra que habia de regar con tantos sudores, y luego fué enviado á Santa Fé para acabar de completar sus estudios teológicos. Despues de haber pasado en Tunja el tercer año de noviciado que se exige á los jesuitas antes de pronunciar sus últimos votos, regresó Claver á Cartagena, donde fué ordenado de sacerdote por el obispo de aquella diócesis, siendo el primer jesuita que celebró el santo sacrificio de la misa en Cartagena. Si bien su caridad ardiente alcanzó siempre á todos los desgraciados, se consagró Pedro con preferencia al servicio de los negros, pobres séres que carecian de todo apoyo, y por los cuales llegó su celo á sobrepujar al del mismo Alfonso de Sandoval. Ninguna de las dificultades del ministerio apostólico, llegó nunca á arredrar en lo mas mínimo al intrépido misionero que, con la mayor serenidad supo arrostrar siempre todos los peligros y el escesivo rigor de la mortificacion. Era tal la costumbre que tenia de dormir en el duro suelo, que cuando estando enfermo se le hacia guardar cama, se salia de ella para acostarse en tierra; y si alguna vez se le reprendia su indiscrecion, se escusaba diciendo que lo hacia por descansar con mas comodidad. Además de los azotes con que mortificaba contínuamente su cuerpo, llevaba un rudo cilicio lleno de clavos para que le enconase mas las llagas ó heridas abiertas por su piadosa crueldad. A pesar del escesivo calor, llevaba siempre una camisa de tosca lana, en la que solo el cuello era de tela para mejor ocultar á sus hermanos aquella nueva mortificacion. Lo que era aun mas prodigioso en aquel verdader mártir cristiano, es que cuantas veces habia de acudirse al socorro del prójimo, nadie se mostraba mas solícito para ir á enjugar las lágrimas de los desgraciados, ni salvaba con mas rapidez la distancia que le separaba de la cabaña abandonada ó del lecho del moribundo. Atacado Claver en cierta ocasion de una fiebre violenta, mandóle el médico acostarse enseguida; pero como necesitase del ausilio de uno de sus hermanos para desnudarse, y no queria que este viese el cilicio que desgarraba sus carnes, se resistió hasta que el provincial le obligó á cumplir las órdenes del médico. Al ver este los instrumentos de penitencia que martirizaban al misionero, cayó de rodillas, esclamando: «¡Ah! querido padre, ¿por qué os maltratais de este modo? ¿Por qué así atentais contra vuestra existencia?» Una de las mortificaciones mas terribles que sufrió aquel santo varon, fué sin duda la de las picaduras de los mosquitos y demás insectos tan comunes en aquellos climas, como lo indica el haber habido tantos tiranos que, despues de haber empleado los mas crueles suplicios por triunfar de la constancia de los mártires, apelaron á las picaduras de las moscas y avispas para hacer desfallecer su valor. Y, sin embargo, durante los muchos años que permaneció el P. Claver en Cartagena, estuvo siempre espuesto á la picadura de los mosquitos y de los tábanos, sin que nunca hiciese movimiento alguno, ni aun involuntario, para librarse de ellos, por mas que le cubriesen de sangre el rostro y las manos. Al verle algunos de sus compañeros en aquel triste estado, le decian que arrojase á aquellos insectos, á lo que contestaba Claver sonriendo, que eran para él aquellos insectos de la mayor utilidad, puesto que le sangraban sin lanceta. Tales fueron los sufrimientos de toda clase á que por espacio de cuarenta años se condenó el apóstol cristiano. Cartagena era el punto á que acudian á la sazon todos los pueblos de la tierra; su misionero, por lo mismo, debia mostrarse digno de evangelizar todo un mundo.

Solo parecia vivir y rejuvenecerse Claver cuando se le anunciaba la llegada de un buque

cargado de negros; su primer cuidado, despues de haber dado gracias á Dios por aquel favor señalado, era informarse del idioma que hablaban los nuevos esclavos, á fin de procurarse los intérpretes necesarios; y luego se dirigia al puerto, provisto de vizcochos, aguardiente, tabaco, limones y de cuantas provisiones apetecian aquellos pobres africanos. Tan pronto como habia logrado satisfacer sus primeras necesidades, procuraba conculcarles la consoladora idea de que desde aquel dia iban á verse libres de la esclavitud moral en que sus almas habian gemido hasta entonces, y de que en lo sucesivo seria la dicha eterna su esclusivo patrimonio. Cuando por medio de la dulzura de su carácter y la benevolencia de sus palabras, habia logrado el santo misionero captarse la confianza de los negros, se informaba de los niños que habian nacido durante el viaje para conferirles el bautismo, y de los que estaban gravemente enfermos para disponerles á recibir aquel sacramento, ó bien el de la penitencia, caso de que fuesen ya cristianos. Los mas de ellos morian luego de haber recibido aquella gracia, como si la Providencia les hubiese conservado hasta entonces, solo por procurar á su siervo el consuelo de haberles salvado. El dia en que habian de desembarcar, se presentaba otra vez Claver, con algunos esclavos de la misma nacion cargados de provisiones, y recibia en sus brazos á los enfermos que no podian tenerse de pié, y á los que colocaba en los carros que su tierna solicitud habia hecho disponer, y despues de haber dado á todos y á cada uno de ellos pruebas inequívocas de la bondad de su corazon, les conducia en triunfo hasta sus habitaciones, mostrándose mas satisfecho al entrar en Cartagena en medio de sus negros, de lo que lo estaban en otro tiempo los conquistadores romanos cuando entraban en su capital en medio de un imponente cortejo. Cuando los africanos habian llegado al punto que se les destinaba, se despedia de ellos el santo misionero, prometiendo no tardar en volver á verles, y sin descuidarse de recomendarles eficazmente á sus dueños. Precisa fué toda la constancia de su caridad para poder reunir y pagar á los diferentes intérpretes de que necesitaba para dedicarse á la evangelizacion de los negros, puesto que como carecia de recursos, y eran muchos los que necesitaba para socorrer tantas miserias, vióse no pocas veces obligado á pedir limosna por poder continuar su obra de verdadera regeneracion. El cielo, en fin, se dignó acceder á sus ardientes votos, deparándole almas generosas, cuya liberalidad no solo le permitió pagar á sus intérpretes, sino que hasta le procuró medios para rescatar ó redimir á diferentes esclavos. Su primera visita era siempre á los enfermos, á los que empezaba por lavarles la cara y las manos, caso de permitírselo su estado, y por distribuirles una parte de sus provisiones, administrándoles luego los sacramentos, si estaban en disposicion de recibirlos. Despues se dirigia al establecimiento de los que trabajaban, los reunia en un patio ú otro lugar espacioso en el que levantaba un altar, colocando en él algunos cuadros que diesen á aquellas débiles inteligencias una idea de nuestros misterios. El mas imponente de todos ellos, representaba á Jesucristo en la cruz, brotando sangre de todas sus heridas, la cual recogia piadosamente un sacerdote para bautizar á un negro que estaba aguardando de rodillas aquel augusto sacramento; habia además un papa, algunos reyes y varios cardenales que asistian á aquella ceremonia, adorando todos ellos con placer la misericordia de un Dios salvador que de tal modo derramaba su sangre por la raza humana. En un ángulo del cuadro se veia á algunos negros ricamente vestidos y como radiantes de gloria, que figuraban ser los que habian recibido ya el bautismo; los que se habian negado á aceptarlo, figuraban en el lado opuesto con una espantosa deformidad y rodeados de mónstruos horrendos, que tenian abierta la boca para devorarlos. Esta clase de pinturas, seguidas de algunas máximas animadas por su celo, tenian casi siempre mas fuerza y producian mejor resultado que los mas elocuentes discursos. Luego de haber dispuesto el altar,

preparaba el P. Claver los asientos que habian de ocupar los intérpretes; y á fin de que los negros pudiesen oir mas cómodamente la palabra divina, iba él mismo á buscar bancos y esteras, arreglándolos con tanta satisfaccion y cuidado, que no sabian los pobres esclavos como manifestarle su agradecimiento. Colocaba los hombres á un lado y las mujeres á otro, á fin de que guardasen todos mayor compostura; si notaba á algun negro cuyas úlceras pudiesen repugnar á sus compañeros, le cubria con su manteo, sobre el cual tenia tambien la costumbre de hacer sentar los enfermos. Antes de empezar el catecismo, preguntaba el P. Claver á cada negro si habia sido bautizado, y separando á los que contestaban afirmativamente, les pendia del cuello una medalla de plomo, en la que estaban grabados los nombres de Jesus y María; haciendo á los demas una señal diferente. Luego tomaba su baston en forma de cruz, se arrodillaba en medio de los negros, y con una voz conmovida y tierna, capaz de arrancar lágrimas hasta á los corazones mas empedernidos, repetia dos ó tres veces cada una de sus palabras, á fin de que pudiesen todos fácilmente seguirle. Seguido de sus intérpretes, se acercaba despues á cada negro, para hacerle repetir la señal de la cruz, elogiando á los que la recordaban, y reprendiendo con dulzura á los que la habian olvidado, sin que se separase de estos hasta que lo hubiesen aprendido. El mismo método seguia tambien en la esplicacion de los santos misterios, empleando al efecto de hacérselos comprender mejor, comparaciones proporcionadas á la rusticidad de sus oyentes; á la esplicacion de cada misterio seguia un acto de fé, que procuraba el misionero grabar profundamente en la memoria de los negros, procurando luego avivar la esperanza de su corazon, por medio de la dicha que la sangre de Jesucristo habia de procurar á todos los cristianos. A fin de que comprendiesen mejor la eficácia de la regeneracion bautismal, les decia: «Es preciso, hijos mios, hacer como la serpiente, que, se despoja de su antigua piel, por tomar otra que sea mas hermosa y mas brillante.» Los pobres esclavos indicaban con gestos haberle comprendido, y que deseaban despojarse de sus antiguas supersticiones, á fin de ser enteramente regenerados por las aguas del bautismo. Durante estas instrucciones, estaba el misionero siempre de pié ó de rodillas, al paso que los intérpretes y los negros estaban sentados, por haberles dispuesto el misionero de antemano sus asientos. Cuando juzgaba el P. Claver que estaban los negros suficientemente instruidos, fijaba el dia en que debian ser bautizados, y les separaba en grupos de diez, dando á todos los de cada grupo un mismo nombre, á fin de que pudiesen recordarlo mejor los neófitos. Empezaba siempre por bautizar á los niños, luego á los hombres y despues á las mugeres y á las niñas; seguido del intérprete y de un negro y una negra, ya cristianos, que debian servir de padrinos, se acercaba al catecúmeno, que estaba arrodillado con las manos plegadas, y mostrándole el agua que debia regenerarle, contenida en un vaso de plata, les decia, por medio del intérprete: «Hé ahí el agua saludable, que en virtud de los méritos de Jesucristo, lava, purifica y hace al alma radiante como el sol; hé ahí el manantial de la gracia que forma á los verdaderos hijos de Dios, y les dá derecho al reino de su gloria: pero, es preciso para obtener tan señalado favor, arrepentirse de todos los pecados, y renunciar para siempre al demonio y á las máximas del mundo. ¿No es verdad que estais firmemente resueltos á hacer todo esto? ¿Creéis en Jesucristo? ¿Queréis entrar en su iglesia y recibir el bautismo?» Repetia estas preguntas por dos ó tres veces, ó mejor, hasta que el negro habia contestado á cada una de ellas distintamente, en cuyo caso pasaba á bautizarle, suspendiéndole luego al cuello una medalla, en la que habia grabados los nombres de Jesus y de María. Si se le advertia durante aquella ceremonia que hubiese alguno de los enfermos en inminente peligro, se dirigia inmediatamente á su lecho para procurarle los últimos consuelos que dá la religion al

hombre, para conducirle al cielo, y solo despues de haber cumplido con aquel deber sagrado, volvia á continuar el misionero su obra interrumpida. Terminada la ceremonia, dirigia á los recien bautizados una exhortacion patética; y, considerándolos purificados por la sangre del Cordero sin mancha, les abrazaba con tal trasporte de alegría, que los pobres esclavos, animados del nuevo espíritu que dá el bautismo, no sabian como corresponder á tan vivo amor. Solo sabian levantar los ojos al cielo, batir palmas ó arrojarse á los piés del misionero para besar sus hábitos, lanzando gritos de alegría, mil veces y en diferentes idiomas repetidos, pidiendo al cielo que le colmase de bendiciones. En todas partes en que despues le hallasen, repetian los negros las mismas demostraciones de amor y de profundo respeto; en todas partes acudian á él en tropel, llamándole su maestro, su protector, su padre, sin dejar de darle nunca las mismas pruebas de reconocimiento. Los negros que dieron al P. Claver mas trabajo para su conversion, fueron los de las costas de Guinea, por ser naturalmente orgullosos é indómitos, y por estar además aferrados á mil supersticiones procedentes del islamismo; solo accediendo á todos sus caprichos y soportando todos sus defectos, les vió el misionero conceder á su paciencia, su dulzura y sus súplicas, lo que nunca sus dueños pudieron alcanzar de ellos por medio de las amenazas y el castigo. Además de los negros inscritos, habia buques que llevaban otros, que eran desembarcados ocultamente, por no pagar los derechos, en las costas vecinas, siendo luego destinados á los ingenios del esterior de la ciudad, donde pasaban por cristianos sin haber sido bautizados, ni tener ningun conocimiento de la religion cristiana. El P. Claver, empero, que sabia abrirse paso al través de todos los obstáculos, merced á su inagotable caridad y á su heróica constancia, no paraba hasta penetrar en aquellos establecimientos, y ejercer libremente en ellos su santo ministerio acerca de los esclavos. Nunca faltaba el siervo de Dios todos los domingos y demás dias festivos al lado de sus protegidos, á quienes conducia él mismo á la iglesia, para que asistiesen á los divinos oficios, terminados los cuales les daba cuantas provisiones habia podido reunir su paternal solicitud. Como tienen los negros una verdadera pasion por el baile, no se oponia el religioso á que se entregasen á ella, persuadido de que aquellos hombres, dedicados contínuamente á rudos trabajos, necesitaban un momento de espansion para entregarse á inocentes diversiones; pero si notaba la menor actitud impropia ó gesto indecoroso durante los bailes, se presentaba con un crucifijo en una mano y un látigo en la otra, empezando á repartir azotes entre los danzantes y los músicos, hasta que lograba dispersarles enteramente. Así mismo perseguia sin cesar á los blasfemos, á los cuales obligaba, despues de haberles reprendido severamente su enorme pecado, á besar el suelo diciéndoles: «¡Miserables! ¿Quiénes sois vosotros para atacar al cielo, y ultrajar así á la Magestad divina?» Uno de los abusos que mas difícil le fué corregir, fué el de una fiesta que acostumbraban celebrar los negros, denominada el *Llanto para los difuntos*, en la que, despues de haberse entregado á varias ceremonias supersticiosas, acababan por embriagarse y cometer todos los desórdenes; pero incansable Claver en la obra del bien, no paró hasta lograr que por mediacion de las autoridades eclesiástica y civil, cesase aquella fiesta odiosa. Cuanto mayor era el celo desplegado por el misionero para contener á los esclavos en el círculo de todos sus deberes, mayor era tambien el afecto que estos le profesaban, por ver que si bien les imponia algun castigo cada vez que faltaban á los preceptos de la religion cristiana, se interesaba por ellos vivamente cada vez que intentaban sus dueños castigarles. En efecto, si oia alguna vez los gritos de un esclavo castigado, acudia inmediatamente con el corazon desgarrado y los brazos tendidos para hacer cesar los golpes; si algun negro, por temor al castigo habia abandonado

la casa de su dueño, imploraba el P. Claver su perdon, se obligaba á acompañarle de nuevo, con tal que no se le castigase, y á amonestarle para que en lo sucesivo procurase cumplir puntualmente. Visitaba en la cárcel á los que por sus faltas habian sido detenidos, les procuraba las provisiones necesarias, y despues de haber pasado algunas horas en su compañía, prodigándoles todos los consuelos, se dirigia á la casa de sus amos para inducirles á que mitigasen su rigor, á fin de no reducir á aquellos infelices á la desesperacion. En medio de la dificil carrera que le hizo seguir su caridad, recibió el P. Claver en el año 1622, la órden de hacer sus últimos votos. Como solo se exige esta formalidad á los religiosos á quienes juzga la Compañía dignos de ella, por su ciencia y su virtud, alarmóse en tal manera la humildad de Pedro, que solo la aceptó bajo la condicion, de que se le permitiria hacer además un voto, firmado de su propio puño, que era el de consagrarse para siempre al servicio de los negros. Luego pronunció el voto de profeso que se le exigia, y que firmó de este modo: « Pedro, esclavo de los negros para siempre. » Despues de los primeros votos, solo se habia considerado Claver esclavo de su Dios; pero despues de los segundos, quiso ser esclavo de los mismos esclavos. Para mejor terminar aquí la biografía del generoso apóstol catalan, veamos lo que dice el P. Fleuriau (1), en su historia de las virtudes y milagros de aquel misionero: « Unicamente en el seno de la iglesia católica, á la que solo es dado santificar á las criaturas, puede hallarse un hombre semejante. Del seno de la misma iglesia romana salió un Javier, que llevó la luz al Asia y á las Indias orientales, y del seno de la misma iglesia salió posteriormente un Claver (2), que hizo brillar la antorcha de la fé en las Indias occidentales y en América. En cualquiera de las regiones conocidas se encontrarán hombres que saben cumplir con los deberes de su estado; que serán generosos para con los desgraciados, modestos en la prosperidad, resignados en el infortunio, y morigerados en sus costumbres y en su conducta; en una palabra, que serán buenos padres, escelentes amigos, buenos ciudadanos. ¿Hay por ventura ninguna nacion idólatra, algo civilizada, que no haya producido alguno de esos hombres? Pero, ¿se encontrará, ni aun en las sectas ni en las sociedades que mas ensalzan la probidad y la reforma, un hombre unido inviolablemente á Dios; un hombre pobre, humilde y mortificado, hasta el punto de encontrar su riqueza

(1) Vida del venerablo P. Pedro Claver.

(2) A los detalles dados por el autor sobre la vida y merecimientos de este ilustre español, gloria de su patria y de la Compañia de Jesus, creemos deber añadir los siguientes que hallamos en una reseña histórica de su vida, publicada bace algunos años en un periódico religioso «Fueron los padres del beato Claver D. Pedro y D.ª Ana Sobocano de ilustre linaje. Viendo D. Pedro la religiosa vocacion que ya desde su mas tierna infancia manifestaba su hijo, confiólo á la direccion de un hermano suyo, venerable canónigo de la santa iglesia de Solsona. Claver reunia á un bello natural, una docilidad admirable, siendo su inclinacion favorita acudir á las iglesias y adorar con fé y ternura á Dios. Al efecto de quo se perfeccionase en los estudios, le mandaron sus padres á Barcelona, distinguiéndose en aquellas aulas con tanto celo, quo mereció justos elogios dol obispo de Barcelona D. Ildefonso de Coloma, cuando éste le confirió las órdenes menores. A instancias suyas, y garantido por sus propias virtudes, fué admitido en 1602 en la Compañia de Jesus por el P. Rector del colegio de jesuitas de Barcelona, que en aquella época lo era el edificio que es hoy casa de Retiro, en la calle de Xuclá y de alli pasó al noviciado de Tarragona donde vistió la sotana jesuitica que tanto deseaba. Su prontitud admirable para obedecer á sus superiores, y su celo para servir á sus hermanos, fueron tan grandes, que el maestro de novicios quiso que permaneciese allí dos meses mas para que con su ejemplo adelantasen los otros novicios. Despues de haber visitado Nuestra Señora do Monserrat, hecho sus votos en Tarragona y haber estudiado humanidades en Gerona, pasó á Mallorca, donde estudió filosofia y mas tarde teologia en Barcelona.... Infatigable misionista, despreciando toda clase de insultos, convirtió á los mas desesperados pecadores y herejes, haciendo entre otras la prodigiosa conversion de un prelado anglicano y do muchos mahometanos y turcos. Obró algunas maravillas, como la de apagar por medio do sus oraciones, rociándolo con agua bendita y fijar en él la cruz, un volcan quo á mas de exhalar un mal hedor, amenazaba á los moradores de una posesion de Don Pedro do Estrada. Consiguió tambien con sus preces sobreviniese una lluvia de tres dias y tres noches, terminándose la estrema sequia que pesaba sobre la villa de Tola y vaticinó la próxima llegada de dos espediciones piratescas inglesas en aquellas costas, librando do esta manera á los habitantes de los puntos asaltados del degüello y la muerte. Modelo de virtudes, de caridad evangélica é infatigable propagador de la santa ley del Crucificado, murió el P. Claver á la edad de setenta y cuatro años el dia 8 de octubre del año 1654 (Vide lib. III cap. XXXIV) en el colegio de PP. Jesuitas de la ciudad de Cartagena de Indias. Las gentes se atropellaban para poder poseer una reliquia de aquel santo varon. (Nota del Trad.)

en la indigencia, su gloria en las humillaciones, su placer en las aflicciones y en la cruz; un hombre caritativo hasta despojarse de todo por enriquecer á los estraños; generoso hasta sacrificar su propia dicha por socorrer las miserias de los demás; paciente hasta desear sus penas y querer á los que se las hacen sufrir; desinteresado hasta el punto de no pensar mas que en la felicidad de los demás hombres, á los que considera como sus conciudadanos, como sus hermanos? ¿Puede encontrarse, repetimos, un hombre de esta suerte, fuera de la iglesia romana.?»

CAPÍTULO XIX.

Misiones de los capuchinos y de los jesuitas en el Brasil, y de la órden de la Merced en el rio de las Amazonas.

No fueron menos notables los ejemplos de caridad y celo que ofrecieron los jesuitas en sus misiones del Brasil, puesto que en todas partes se consagraron con el mismo ardor á la salvacion de las colonias portuguesas, á la de sus esclavos negros, procedentes de Angola ó de Guinea, y á los de los indígenas, ora fuesen reunidos en tribus, ora dispersos en los bosques y en las ásperas montañas.

El rey D. Sebastian de Portugal, que no podia dejar de ver con interés los progresos del catolicismo en aquellas regiones, dotó los colegios de Bahía, Rio-Janeiro y Fernambuco, principales centros de que dependian todas las residencias de los misioneros.

El colegio de Bahía estaba encargado de atender á las necesidades espirituales de tres tribus de indígenas, establecidas en las inmediaciones de la poblacion, y en cada una de las cuales habia ya dos religiosos de la Compañía. Del propio colegio salieron tambien aquellas cohortes apostólicas que tantas almas habian de conquistar en el interior del pais, llevando la luz del Evangelio hasta los pueblo mas remotos; de él salieron tambien, en el año 1581, los dos jesuitas que cristianizaron la tribu de los rarianos, pueblo situado á la distancia de ciento veinte leguas de Bahía, y al que fué preciso otros siete misioneros en los años 1590 y 1594. Del colegio de Bahía dependian igualmente las residencias de los Ilheos y de Porto-Seguro, á los cuales la tribu cruel de los aymores no cesó de molestar hasta la pacificacion alcanzada por la constancia de los misioneros de la Compañía. Además del colegio de los jesuitas, habia en la ciudad de Bahía un convento de PP. capuchinos.

Cincuenta fueron los misioneros jesuitas que poblaron el colegio de Rio-Janeiro y las residencias que de él dependian; cuatro de ellos estaban encargados de dirigir las dos tribus indígenas que habia en las inmediaciones de la ciudad, las cuales no tardaron en corresponder dignamente á los tiernos cuidados de que eran constante objeto, como lo demuestra el hecho siguiente, citado por Du-Jarric: «Como fuese preciso en cierta ocasion hacer cambiar de domicilio á una parte de aquellos indígenas, á fin de que estuviesen con mas comodidad, preguntaron al religioso si estaba aun construida la iglesia en el punto á que se les destinaba; y habiéndoseles contestado que ya la levantarian despues de tener del todo dispuestas sus habitaciones, dijeron que ninguno de ellos emprenderia obra alguna en su habitacion, hasta que quedase enteramente terminada la casa del Señor. Hubo entre ellos un buen anciano, que era de los principales de la tribu, que hasta hizo cooperar á un nieto suyo de tres años á la construccion del templo, obligándole á llevar al efecto puñados de tierra. «Trabaja, hijo mio, le decia aquel buen anciano, ya que debe servir para tí este templo, por haberte dispensado Dios la gracia de hacerte nacer en los tiempos presentes, á fin de que no vieses las bárbaras costumbres de tus antepasados.» La residencia de S. Vicente, procedente del colegio de Rio-Janeiro, no cesaba de enviar misioneros al pais de los carijos, situado en la costa, los cuales habian dado ya muerte á Pedro Correa y Juan Suza. Habiéndose apoderado un buque portugués de sesenta carijos, entre los que habia Cayobig,

hermano del gefe Farancaha, mandó el gobernador de San Vicente que fuesen los cautivos nuevamente conducidos á sus casas, nombrando al propio tiempo una escolta para que les acompañase hasta sus playas. El superior de la residencia, que conoció desde luego todo el interés que podia reportar á la religion y al pais aquel acto de reconocida justicia, encargó al P. Agustin de Matos y al P. custodio Pirez, que formasen parte de la escolta, á fin de prevenir á los indígenas que dispensasen á los portugueses una acogida favorable. Así pues, salieron los dos religiosos de San Vicente el dia 4 de diciembre de 1596, y al llegar al puerto de Patos, plantaron una gran cruz en la playa, en la que mientras iba á darse aviso á Farancaha, levantaron sobre ramas y follage un altar para la celebracion de los santos misterios. En gran manera temian los portugueses la venganza de los carijos, pero en breve se tranquilizaron al ver el modo afectuoso con que los indígenas recibieron á los jesuitas. Farancaha, seguido de una numerosa fuerza, no tardó en presentarse, vistiendo una larga túnica azul, ostentando una cruz roja y ciñendo una ancha espada. Los padres le recibieron con distincion, y le acompañaron á la capillita que acababan de levantar, donde se sentó en medio de ellos, y despues de abrazarlos empezó á llorar, poseido de una tierna afeccion; luego espuso sus quejas acerca de la conducta observada por los portugueses, si bien dijo que lo olvidaba todo por el respeto y el amor que tenia á los jesuitas; y hasta añadió: «Quiero hacerme cristiano, y quiero que toda mi familia tambien lo sea.» Su hermano Cayobig y los demás cautivos desembarcaron y fué la paz definitivamente firmada; los jesuitas, á los que Farancaha confió su sobrino para que lo educáran en S. Vicente, anunciaron á su partida que no tardarian en volver para cultivar aquella viña que tantos frutos ofrecia; si bien su escaso número no les permitió cumplir inmediatamente su promesa. Continuaron los carijos mostrándose dispuestos á recibir el bautismo; habiendo ido uno de ellos á San Vicente, entró en la iglesia de los jesuitas, dedicada á San Pablo, en el momento de regenerar á algunos neófitos; y como al regresar á su tribu refiriese cuanto habia visto sobre el particular, se le presentaron muchos de sus compatriotas pidiendo que los bautizase. Pero como él se limitaba á echarles el agua á la cabeza sin pronunciar las palabras sacramentales, por ignorarlas, no tenia aquel acto efecto espiritual. Admirados los jesuitas del ardor con que deseaban los carijos abrazar el cristianismo, resolvieron enviar á su tribu al P. Sebastian Gomez; y mas tarde, mientras dirigia la provincia el P. Fernando Cardin, fueron tambien destinados á aquella mision los PP. Juan Lobat y Gerónimo Rodriguez, de la que dió este tantos detalles en sus dos cartas de 26 de noviembre del año 1605 y de 11 de agosto de 1606. La segunda residencia, procedente del colegio de Rio-Janeiro, era la de Piratiningua, de la que salió un jesuita en el año 1587 para ir á predicar á los miramoninos, que eran como unos gitanos de la América meridional, cuyo funesto ejemplo corrompia á las tribus vecinas. Antes de que pasase á ser piratiningua la guarida de los mamelucos, murió el P. Manuel de Chaves á los ochenta años de su edad; misionero de una caridad infatigable, puesto que ni su avanzada edad ni sus achaques le impedian visitar diariamente descalzo dos tribus indígenas que vivian en las inmediaciones de la ciudad, y que formaban las dos unas ocho mil almas, parece que quiso Dios llamarle á sí, á fin de que no presenciase el luto y la desolacion que tan pronto habian de envolver á aquel desgraciado pais. Era la ciudad de los Santos la tercera residencia, y la del Espíritu Santo la cuarta, en la que ocho jesuitas dirigian seis tribus que contenian mas de diez mil cristianos. Habiendo visitado el provincial en el año 1589 la poblacion de Espíritu Santo, fué á pedirle misioneros un gefe idólatra, llamado Tujupaluco; y como se le contestase que podia acompañar á la residencia á todos cuantos quisieran ser instruidos en la fé, no tardó en presentar mas de trescientos,

que recibieron al poco tiempo el bautismo. Los principales cristianos del pueblo de los Tres Reyes, inmediato al de Espíritu Santo, obtuvieron permiso del provincial para hacer un viage al interior del pais, para atraer á sus parientes y amigos al redil de Jesucristo. Embarcóse con ellos el P. Domingo Gracia, y cuando despues de haberles acompañado algunos dias, tuvo el religioso que separarse de ellos, quisieron aquellos buenos indígenas que les administrase antes de la separacion los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía. Como los tapoyas atacasen sus canoas á los pocos dias, hubo un cristiano herido mortalmente, que entregó el alma á su Criador, despues de preferir las siguientes palabras: «Jesus, tened piedad de mí!» Finalmente, llegaron los viajeros, sin mas percance á su destino, donde supieron que el indígena Jaguabara habia ocasionado ya una emigracion; pero que los apiapetanguas habian cerrado el paso á los emigrados, y causado la muerte á muchos de ellos. Tomóse entonces el partido de avistarse con los apiapetanguas, y pedirles que les dejasen libre el paso; pero orgullosos estos por su primer triunfo, recibieron á flechazos á los parlamentarios. Manuel Mascarenhas, uno de ellos, herido en el corazon, murió á las pocas horas, dice Du-Jarric, «exhortando á sus compañeros á que fuesen siempre buenos cristianos, á proseguir en la santa empresa que habian acometido juntos, á fin de conducir á sus parientes y amigos al lado de los jesuitas. Muero contento en defensa de tan noble causa; así pues, no quiero que nadie se aflija por mi muerte, ni aun mis propios hijos, á los que he dejado con los PP., y á los que por lo mismo sé que nada ha de faltar.» Despues de haber pedido á Dios el perdon de sus pecados, espiró invocando el nombre de Jesus; siendo enterrado por sus compañeros en un sitio oculto, por temor de que se le comiesen sus enemigos, caso de encontrarle.» Sin embargo, no entibió aquel nuevo golpe en lo mas mínimo el celo de los cristianos. Antonio Diaz, al que habian enseñado los jesuitas á administrar el bautismo, tuvo el consuelo de regenerar á Jaguabara, que murió durante aquellos disturbios; luego reunió un gran número de emigrados, y se decidió á forzar el paso, obstinadamente guardado por los apiapetanguas. Piraguasu, uno de aquellos emigrados, entró con sus cuatro hijos en el pueblo de los Tres Reyes, pronunciando un discurso, segun la costumbre de los indígenas, en el que manifestaba el placer que sentia por su feliz llegada. Luego se dirigió á la iglesia, acompañado de sus cuatro hijos, y despues al colegio de los jesuitas, á los que abrazó con grandes trasportes de alegría. Al poco rato se presentó la viuda de Jaguabara, seguida de su numerosa familia y de un gran cortejo: llevaba un rosario al cuello, y esclamó al entrar en el pueblo: «Nadie estrañe que tome la palabra, aunque débil muger; porque habiendo muerto mi esposo, á mí me toca ocupar su puesto.» Cuando se hubo retirado á su habitacion, todos los indígenas del pueblo fueron á llorar en su presencia; las mugeres le hicieron ricos presentes, así como tambien los jesuitas, á los que fué á visitar al dia siguiente con toda su familia. ¡Con qué pura satisfaccion veian los jesuitas aumentarse aquella grey cristiana! A los cuatro dias de su permanencia en el pueblo, cayó la pobre viuda enferma; y conociendo que iba á morir, pidió que se la bautizára, lo que no se habia hecho ya desde el primer dia de su llegada, por no estar aun suficientemente instruida. Como su estado no le permitiese ir á la iglesia, se le propuso bautizarla en casa, á lo que contestó resueltamente: «No, he venido de tan lejos para ser bautizada en la iglesia y en la presencia de Dios: no quiero serlo en otra parte.» Y como el religioso le hiciera presente que Dios estaba en todas partes, contestó: «Lo sé; pero quiero ser bautizada en su casa, y no en la de los hombres.» Por complacerla, se la trasladó á la iglesia, donde fué regenerada con gran satisfaccion suya y de todo el pueblo; despues de haber sido bautizada, exhaló un profundo suspiro,

y dijo : « Ahora mi alma es feliz ; ya no temo la muerte, pues veo cumplidos mis ardientes deseos de ser hija de Dios. » Todavía vivió cerca de dos meses; pidiendo el sacramento de la Extremauncion pocos dias antes de su muerte. El jesuita que la ausiliaba, la dijo por probarla, que, puesto que hacia tan poco tiempo que habia recibido el bautismo, no era necesario aplicarla el óleo santo ; sin embargo, la moribunda no se tranquilizó hasta que á los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía, se hubo añadido el de la extremauncion. Encargó muy particularmente á su familia que no llorára su muerte, puesto que iba á reinar con Jesucristo en el paraiso, y exhaló su alma pronunciando el dulce nombre del Salvador.

Hallábase el colegio de Rio-Janeiro al sur del de Bahía, y el de Fernambuco al norte: contenia veinte y cinco jesuitas, que trabajaban de contínuo por la salvacion de las almas en el Parahiba y en la tribu de los petiguares. Despues de haber abandonado los franceses á Rio-Janeiro, se apoderaron de él los portugueses, retirándose los primeros al Parahiba, con cuyos habitantes habian tenido relaciones comerciales ; pero como eran los franceses en su mayor parte calvinistas, retaron con doble motivo á los portugueses. Así que, se sucedieron las espediciones desde el año 1585, hasta que los calvinistas fueron espulsados y los parahibas sometidos. A estos últimos se les diseminó en tribus que, los jesuitas, poco antes limosneros de los cuerpos de ejército, evangelizaron con tal fruto, que en poco tiempo fueron bautizados mas de mil doscientos indígenas. El celo generoso con que los hijos de San Ignacio defendieron á los parahibas vencidos contra la opresion de los conquistadores, decidió á estos últimos á hacerles reemplazar por misioneros de las órdenes de San Francisco y San Benito, que, como no sabian el idioma del pais, no pudieron hacer grandes progresos en la instruccion de los naturales. Los petiguares, vecinos de los parahibas, eran unos diez y seis mil, y estaban divididos en diez y seis tribus; llamábase Abresech el gefe de una de ellas, compuesta de tres mil almas ; levantóse en ella la primera iglesia, y no tardaron los demás pueblos en imitarla construyendo tambien su templo. Hé ahí lo que con este motivo dice Du-Jarric : « Aun antes de haber sido bautizados, tenian ya los petiguares su iglesia, con imágenes, campanas y todos los ornamentos necesarios. Era tan vivo el deseo que tenian de ser cristianos, que antes de haber salido de las tinieblas de la idolatría, habian adoptado ya todas las prácticas religiosas, que observaban mas estrictamente que muchos de los antiguos creyentes; mas como careciesen de recursos para comprar las campanas y los demás ornamentos de la iglesia, iban á trabajar por cuenta de los portugueses, y se procuraban con el dinero que ganaban, todos los objetos necesarios para adornar sus templos. Por esto decian los jesuitas, que no habian encontrado en el Brasil ningun pueblo que desease tan ardientemente su salvacion, ni tan inclinado á la piedad. » Luego añade el mismo autor : « Cordialísima era siempre la acogida que en todas partes dispensaban los petiaguares á los jesuitas ; siendo siempre los jóvenes los primeros que les salian al encuentro, tocando alegremente pífanos y tambores; luego acudian los hombres de alguna edad, y al llegar al centro de la poblacion, se presentaban los principales de ella á darles á su vez la bienvenida; hasta las mugeres salian de sus casas para saludarles á su modo con señaladas muestras de alegría; la animacion que reinaba en todas partes, unida al repique general de campanas, daba á aquella sencilla fiesta que tambien demostraba la alegría del corazon, un indecible encanto. Despues de haber permanecido por algun tiempo en oracion, se dirigia uno de los padres á la multitud apiñada en su derredor, y les daba las gracias por haber edificado su iglesia, y por el deseo que tenian de ser cristianos, añadiendo que iban desde aquel dia á predicarles la fé de Jesucristo. » Si bien habia habido otros religiosos encargados de instruir á los petiaguares, como no poseian aquellos

su idioma, fueron casi del todo estériles sus trabajos; así que hacia mas de tres años que no habia sido predicado el Evangelio á aquellos pueblos que, solo habian permanecido en la fé sostenidos por su buen deseo. Tal era la situacion de los petiaguares, cuando Pedro Rodriguez, entonces provincial, se decidió á penetrar otra vez en aquel pais, acompañado de algunos otros religiosos; fué tan grande el placer de los indígenas al saber su llegada, que les salieron al encuentro á mas de dos leguas de distancia. El gefe Metarouba, que conoció á uno de los religiosos, le habló, segun Du-Jarric, de esta manera: «Recuerdo muy bien el dia en que vinisteis á verme á mi pais, así como recuerdo tambien vuestras palabras que, procuré grabar en mi mente por no olvidarlas, en mi lengua por pronunciarlas, y en todos mis miembros y mi ser por cumplirlas.» A fin de no dar á los franciscanos ningun motivo de queja, se limitaron los jesuitas á bautizar á sesenta y cuatro indígenas gravemente enfermos; por otra parte, como no les era posible detenerse en aquel pais, y dirigir por lo mismo á los petiaguares, no creyeron útil bautizar á los demás.

Desde Fernambuco, situado á ocho grados de elevacion austral, hasta el rio de las Amazonas, cuya embocadura está en la línea equinoccial, se estiende una costa de doscientas leguas, habitada por pueblos que gemian aun en la idolatría, por no haber resonado aun en ellos la voz de la religion. El P. Francisco Pinto, nacido en el año 1552, curado milagrosamente por la intercesion de Anchieta, y misionero de una caridad tan ardiente que habria deseado conquistar á la fé el mundo todo, aprendió en sus escursiones la lengua de aquellos pueblos, obteniendo luego de sus superiores el permiso para evangelizarles y levantar en ellos todas las iglesias necesarias. Diósele por compañero al P. Luis Figueira que, aunque mucho mas jóven, no era menos virtuoso. Salieron ambos de Fernambuco en el mes de enero del año 1607, haciendo por mar una travesía de ciento veinte leguas, despues de la cual continuaron por tierra su camino, al través de muchas lagunas y de espesos bosques, en los que solo encontraban algunas yerbas que fueron por muchos dias su único alimento. Por fin, llegaron á una montaña llamada Ibigapaba, situada á la distancia de cien leguas del rio de las Amazonas, y desde la cual hicieron pedir á los tapoyas el permiso para seguir adelante, ó continuar su viage; pero despues de recibir aquellos salvajes los presentes que les habian hecho ofrecer los jesuitas, asesinaron bárbaramente á los indígenas cristianos que se los presentaron. Los religiosos, al ver lo mucho que tardaban en recibir la contestacion, empezaron á temer por sus compañeros, sin que por esto se alejáran de la cabaña que ocupaban junto á un espeso bosque. Así pasaron muchos dias entre el temor y la esperanza, cuando de repente el dia 8 de enero del año 1608, se arrojaron los tapoyas sobre el resto de su escolta. Al tumulto que causó aquel inesperado ataque, salió el P. Francisco Pinto de su cabaña, en la que estaba rezando horas; y al ver los cristianos el inminente peligro del religioso, hicieron heróicos esfuerzos por salvarle, sin que pudiesen no obstante lograrlo, por no haberles sido posible resistir á las numerosas fuerzas de sus enemigos. En vano al retirarse gritaban á los tapoyas que respetasen á aquel sacerdote que iba á enseñarles el camino del cielo: furiosos los salvages se arrojaron sobre el misionero, haciéndole morir en medio de horrorosos tormentos. El P. Luis Figueira, que estaba fuera de la cabaña, pudo salvarse, por haberle anunciado un niño la llegada de los salvages; internóse pues en el bosque del que salió despues del desórden. Habiéndose alejado los tapoyas despues de haber saqueado la cabaña de los religiosos, se reunió Figueira con los indígenas de su escolta, y juntos fueron á sepultar los ensangrentados restos de Pinto, y á pagar un justo tributo de lágrimas á su santa memoria. Informado el religioso de que iba á espirar un catecúmeno, fué á administrarle el bautismo, terminado el cual entre-

gó el nuevo cristiano su alma al Creador. El cuerpo del mártir, el del generoso indígena que murió en su defensa y el del nuevo cristiano, fueron enterrados juntos al pié de la montaña de Ibigapaba.

Escasos fueron los progresos de la colonizacion intentada por los franceses en la isla Maranhao, para indemnizarse de las derrotas sufridas en Rio-Janeiro y en el Parahiba, así como le fueron tambien los resultados que dió la mision intentada en favor de los nuevos colonos, que fué escrita por los capuchinos Claudio d'Abbeville é Ivo d'Evreux.

Durante el reinado de Enrique IV, partió á 15 de mayo de 1594 el capitan Riffault con tres buques para el Brasil, al objeto de conquistar una de aquellas posesiones; pero no correspondió el resultado á sus esperanzas. Al verse el capitan reducido á un solo buque, tuvo que abandonar la América dejando parte de su gente. Habia entre los franceses que se quedaron un jóven noble, llamado Des Vaux, natural de San Mauro en Turena, que no tardó en hacerse querer por los indígenas á causa de su valor, y en poseer su idioma; recibiendo de ellos la formal promesa de que abrazarian el cristianismo y se pondrian bajo la proteccion de la Francia. Al regresar Des Vaux á su patria, manifestó la feliz disposicion de los indígenas á Enrique IV, cuyo soberano nombró á Mr. de La Ravardiere, marino esperimentado é inteligente, para que se dirigiese al Brasil y á la isla Maranhao, á fin de ver si podia establecerse allí una colonia sin que permitiese el rey á Des Vaux, por ser calvinista, que tomase parte en aquella espedicion, hasta que hubo abrazado la religion católica. Luego de haberse informado La Ravardiere de la exactitud de los informes dados por Des Vaux, partió nuevamente para Francia; pero la muerte de Enrique IV, no permitió se realizase aquel plan de colonizacion hasta el año de 1611. Durante aquel plazo, se unió La Ravardiere con el baron de Sancy y Mr. de Rasilly, al objeto de realizar antes su comun deseo de propagar la fé en aquella region; además, suplicó el marino á la reina regente, que le diese algunos misioneros capuchinos, religiosos que le eran muy queridos desde su infancia. La reina, que solo deseaba la conversion de los idólatras, y dar cima á una empresa iniciada por Enrique IV, no solo nombró á Rasilly y La Ravardiere, lugar-tenientes del rey en Maranhao, sino que les permitió además llevarse un gran número de religiosos capuchinos para plantear la fé en aquellos paises (1). Hé aquí lo que escribia la propia reina el dia 26 de abril de 1611, al P. Leonardo de Paris, provincial de la órden: «P. Leonardo, el Señor de Rasilly, lugarteniente del rey mi hijo en las Indias Occidentales, me ha hecho concebir la esperanza de que podria plantearse la fé católica en aquellos paises; y de que por lograrlo, convendria enviar allí á algunos religiosos de vuestra órden, que contribuyesen con sus predicaciones á fomentar la fé cristiana. Como la presente no tiene otro objeto, que el de suplicaros envieis á las referidas Indias hasta cuatro de los religiosos que juzgueis mas dignos y capaces, á los que prevendreis se entreguen con confianza á la persona que se les enviará para conducirles á su destino, espero que serán hombres de saber, y de tierna piedad, que sabrán contribuir al aumento de la gloria de Dios, y al de la reputacion de su órden. Ruego á Dios, P. Leonardo, os tenga siempre bajo su santa guarda.» Gustosos aceptaron los capuchinos aquella mision, prévia la autorizacion del P. Gerónimo de Castelferreti, ministro general de la órden; recayendo la eleccion en los PP. Claudio d'Abbeville, Ivo d'Evreux, Arsenio de Paris y Ambrosio de Amiens, quienes se embarcaron á 19 de marzo de 1612 en el puerto de Cancale en Bretaña. Habiendo llegado la flotilla el dia 26 de julio á un islote situado en la embocadura del rio, y á la distancia de doce leguas de la gran isla Maranhao, se comisionó á Des

(1) *Historia de la mision de los PP. capuchinos en la isla de Marañan y sus alrededores*, en la que se trata de las admirables singularidades y maravillosas costumbres de los indios que viven en aquellos paises, y otros datos no menos interesantes, escrita por el P. Claudio d'Abbeville, predicador, y uno de los religiosos que formó parte de aquella mision.

Vaux para que fuese á encontrar á los indígenas, á fin de enterarse de si estaban aun dispuestos á abrazar el cristianismo y á recibir á los franceses como amigos. Durante su ausencia, fué plantada, el domingo 29 de julio, una gran cruz en el islote, de que acababan de tomar posesion en nombre de Jesucristo. Rasilly, al que Des Vaux fué á buscar, se dirigió á su vez á la isla Maranhao, desde la cual previno á los misioneros que fuesen á reunírsele, y á 6 de agosto, dice Claudio d'Abbeville, en su referida *Historia*, dia de la gloriosa Trasfiguracion de nuestro Salvador Jesucristo, llegamos con el ausilio de Dios á Jeviréo, poblacion situada en la gran isla de Marañan, que habitaban los indios y salvajes tupinambas, únicos tesoros y piedras preciosas que buscábamos, y por los cuales habiamos atravesado los mares y arrostrado tantos peligros.... Revestidos los cuatro con sobrepelliz, y llevando el baston de peregrino que terminaba en forma de cruz, pasamos de nuestro barco á una de las canoas que nos aguardaban.... Tan pronto como empezaron á remar nuestros conductores en direccion á la playa, vimos con el mayor placer á muchos de los indios y salvajes que habia en la orilla lanzarse á nado por venir á felicitarnos, sin que nos dejasen ya hasta llegar á aquella suspirada tierra. Al asentar el pié en la orilla, el señor Rasilly y todos los demás franceses cayeron de rodillas; y despues de habernos estrechado mútuamente en nuestros brazos, entoné el *Te-Deum*, y nos dirigimos procesionalmente á la ciudad, seguidos de los franceses y de una multitud de indios, derramando todos abundantes lágrimas, por poder tomar tan fácilmente posesion de una tierra infiel, en nombre del Rey de los reyes, del Redentor del mundo, de nuestro Salvador Jesucristo.» En la cima de una colina, fué levantado el altar portátil de los misioneros, celebrando los cuatro religiosos en él la misa, el domingo 12 de agosto, fiesta de Santa Clara. Escusado es decir, añade Claudio d'Abbeville, que contemplaron los indios con gran satisfaccion las hermosas ceremonias que se observan en la celebracion de nuestros santos misterios, así como los ornamentos de que estábamos revestidos en el altar, despues de haber dicho ya el modo afectuoso y tierno con que nos habian recibido. Al llegar al ofertorio, se corrió la cortina de la tienda en que estaba el altar, insiguiendo en ello las prescripciones de la iglesia que, no admite en aquel divino misterio mas que á los cristianos, de lo que quedaron los indios en estremo admirados, y hasta algun tanto resentidos, tanto por verse privados del contento que les causaba al vernos, como por la afrenta que creian sufrir. Hasta hubo algunos católicos que, poco enterados de aquella disposicion de la iglesia para separar á los infieles, se mostraron tambien descontentos de aquella medida indispensable. Pero como manifestásemos despues á los infieles la causa que nos obligaba á obrar de aquel modo, todos ellos desearon ser bautizados y admitidos en el número de los hijos del gran *Tupan*, á fin de poder gozar de las gracias y de los admirables beneficios que habia dispensado á los cristianos el Salvador del mundo, que se hallaba presente en aquel santísimo Sacramento.» Hubo una conferencia entre Rasilly y Japy Uasu, principal gefe de la isla Maranhao, el cual, segun Claudio d'Abbeville, pronunció en ella el siguiente discurso, reflejo evidentemente de las luces derramadas por antiguos misioneros entre los tupinambas, antes de que aquellos pueblos abandonasen el litoral del Brasil central, para retirarse al noroeste, al empezar los portugueses su conquista: «Te agradezco mucho el que nos hayas llevado á esos *Pay*, profetas, porque cuando los malditos *Pero*, (portugueses) ejercian en nosotros tantas crueldades, trataban de justificar sus actos diciendo, que nos trataban de aquel modo porque desconociamos á su Dios. ¡Desgraciados! ¿Cómo no habiamos de desconocerle, si nadie nos habia dado á conocer y á adorar su nombre? Sabemos tan bien como ellos que hay un Dios que ha creado todas las cosas, que es infinitamente bueno, y que nos ha dado un alma inmortal; creemos, así mis-

mo, que, por la maldad de los hombres, envió Dios el diluvio, preservando tan solo de él á un buen padre y una buena madre, de los que descendemos todos, debiéndonos por lo mismo considerar como hermanos. Pero Dios, algun tiempo despues del diluvio, envió sus profetas, hombres de largas barbas, á fin de que nos instruyesen en su santa ley; aquellos profetas presentaron al padre de quien descendemos, dos espadas, una de madera y otra de hierro, diciéndole que escogiera. Como hallase la espada de hierro harto pesada, eligió la de madera; entonces el padre de quien descendeis vosotros, tomó la de hierro; y de cuya época data nuestra desgracia, puesto que, viendo los profetas que no queriamos creerles, se fueron al cielo, dejando como indicio ó recuerdo de su paso, varias cruces en la peña que hay cerca de Potiu. Despues de esto, vino á confundirnos la diversidad de lenguas, sin que nos entendiésemos ya, ni aun con los mas de los que hasta entonces habiamos hablado el único idioma conocido, lo que produjo entre nosotros sangrientas guerras que nos han aniquilado enteramente, con gran satisfaccion del diablo Jeropary. Y despues de tantas miserias, para colmo de nuestras desgracias, ha venido esa maldita raza de *Pero* á apoderarse de nuestro pais, y á reducir á nuestra nacion al humilde estado en que la ves hoy dia.» A invitacion de Rasilly, contestó el P. Ivo d'Evreux á Japy Uasu en estos términos: «Todo cuanto has dicho acerca de Dios, Creador del aire, la tierra, el mar, y todo cuanto existe aqui abajo, es una verdad incontestable. Su justa cólera contra los pecadores, ingratos á sus beneficios; su venganza manifestada por medio del diluvio; los profetas que os envió para que os predicasen su ley; las señales que has visto de ellos en las peñas de Potiu; la division de lenguas entre vosotros; las guerras y la persecucion de los *Pero*, todo es igualmente cierto. Estas desgracias y estos castigos son los que están reservados á los que no quieren oir la palabra de Dios por boca de sus profetas, y que prefieren dar oidos á los pérfidos consejos de Jeropary, enemigo mortal de los hombres. Pero, cuando Dios, que es todo bondad y amor, ha castigado por bastante tiempo á los pecadores; al verles humillados y reducidos casi á la nada, oye siempre la voz de los que acuden á él, los levanta de su postracion y procúrales una felicidad mayor aun que la que gozaban antes del castigo. El ejemplo de vuestros padres debe preservaros de imitar su conducta; ya que Dios nos ha enviado aquí por última vez, á fin de ver si queriais entrar en el número de sus hijos, sed prudentes y oid nuestros consejos, si no quereis veros nuevamente espuestos á todas las miserias, y que sea vuestra nacion enteramente arruinada. Pero, si por el contrario, os entregais á la voluntad de Dios, ois su palabra y observais sus mandamientos, lejos de que nosotros os abandonemos nunca, sabremos morir con placer en vuestra defensa, ni tampoco os abandonarán los franceses, quienes permanecerán siempre á vuestro lado.» Grande era la admiracion que causaba á Japy Uasu el ver que los misioneros no tenian compañeras: «¿Habeis descendido del cielo? les decia. ¿Sois, como nosotros, hijos de padre y madre? ¡Pues, que! ¿Sois tambien mortales como nosotros?» Tambien se admiraba, y, hasta se resentia aquel gefe, de que los franceses no se uniesen, como los portugueses, por mas ó menos tiempo con las jóvenes del pais, las cuales tenian á mucha honra el llegar por aquel medio á la maternidad. El P. Ivo d'Evreux rectificó acerca de muchos puntos las ideas del gefe de los tupinambas, al que no pudo menos de admirar, en gran manera la castidad de los ministros de Jesucristo. Hízose comprender á los naturales que, como prueba de su reconciliacion con Dios y de su alianza con los franceses, habian de enarbolar la bandera de la cruz, cuyo glorioso símbolo fué levantado el dia 8 de setiembre, fiesta del nacimiento de la santísima Virgen, siendo en todo el pais objeto de la veneracion mas profunda. «Los principales, dice Claudio d'Abbeville, fueron los primeros en mostrar su devocion, dando así ejemplo á los

demás; vestian hermosos trajes azules, en los que habia diferentes cruces blancas, las cuales les habian sido dadas por los gefes franceses, á fin de que las usáran en todas las solemnidades. En pos de ellos seguian los ancianos y luego los demás indios con la mayor compostura, postrándose todos ante la cruz, y besándola con tanta reverencia, humildad y devocion, como si hubiesen sido siempre cristianos. Grande era el consuelo que esperimentaba el alma cristiana al ver á aquellos pobres salvages, sumidos poco antes en la mayor degradacion, manifestar entonces la virtud cristiana en todo su fervor y pureza, merced al espíritu divino que les disponia por la influencia de su gracia á abrazar la religion verdadera. No podiamos menos que derramar abundantes lágrimas de gozo, al ver el tierno espectáculo que ofrecian aquellos ancianos y niños, hombres y mugeres, postrados al pié de la cruz. ¡Qué fervor el de aquel pueblo, al ayudar á nuestros franceses á plantar la gloriosa enseña de la Redencion en las playas de su patria! Disputábanse entre sí la gloria de levantarla, sin que los ancianos cediesen en el trabajo su puesto á los jóvenes, sin que las mugeres y los niños dejasen de contribuir al igual que los hombres á aquella obra de regeneracion verdadera, contribuyendo todos con sin igual ardor á arrojar para siempre de su pais al pérfido Jeropary, para establecer en él á Jesucristo, Rey de reyes, Señor de cielo y tierra. » (Pl. XCIV, n.º 2.) El dia 28 de setiembre, partieron los PP. Claudio y Arsenio con Rasilly para recorrer las diferentes poblaciones de la isla, mientras que los PP. Ivo y Ambrosio permanecian en el fuerte de San Luis, en el que habian levantado los franceses algunas obras de defensa. Fué Juniparán, residencia de Japy Uasu, el primer pueblo en que empezaron los dos misioneros á enseñar públicamente la doctrina cristiana á los tupinambas quienes les escuchaban con la boca abierta, sentados en el suelo, segun su costumbre. Terminado el discurso religioso que les fué dirigido, se levantaron de repente todos los indígenas, y como inflamados por el espíritu de Dios, unánimemente esclamaron: «¡Creo en Dios Padre!» Tucan Uasu, hijo primogénito de Japy, corrió hácia los dos apóstoles, les abrazó tiernamente y con los ojos arrasados de lágrimas, les dijo: «Ah! Profetas, creo en Dios Padre, creo en Dios Hijo, creo en Dios Espíritu-Santo! Bautizadme, padres, bautizadme.» Luego que estuvo Tucan suficientemente instruido en la religion cristiana, se le bautizó con toda solemnidad, poniéndosele el nombre de Luis, en honor de Luis XIII. La triste noticia, empero, de la muerte del P. Ambrosio, que tuvo lugar á 9 de octubre, fué á turbar la alegría que causaba á los misioneros la conversion de una multitud de indígenas, la cual debia aumentar aun considerablemente en virtud de las leyes fundamentales establecidas en el pais por los lugar-tenientes del rey, con fecha de 30 de noviembre del año 1612. He ahí el preámbulo que las precedia. «Reconociendo la gracia, bondad y misericordia con que Dios nos ha permitido llegar tan felizmente á puerto seguro, nos creemos en el deber de promulgar con preferencia las órdenes ó leyes que tiendan á fomentar su gloria. Así pues, mandamos espresa y terminantemente á todas las personas, de cualquier clase ó condicion que sean, que teman, sirvan y honren á Dios, observando sus santos mandamientos; manifestando incurrir en nuestra desgracia y no confiar jamás cargo alguno á los que no demuestren en un todo principios rectos y santos. Mandamos asimismo que no se blasfeme, bajo la pena de una multa pecuniaria que será destinada al socorro de los pobres de Francia, la cual deberá ser impuesta y fijada por nuestro consejo, segun la posicion de las personas que incurran en aquella falta hasta tercera vez; debiendo ser el blasfemo la cuarta vez castigado corporalmente, segun la enormidad de la blasfemia proferida. Mandamos tambien á todas las personas, de cualquiera condicion que sean, que honren y respeten á los Rdos. PP. capuchinos que S. M. ha destinado á estas regiones, para que en-

señen y propaguen entre los indios, la religion católica, apostólica, romana, so pena de ser consideradas las que no lo hagan, como infractores de nuestras órdenes, y de ser castigadas segun las circunstancias del acto, por el desprecio ó insulto hecho á sus personas. Así mismo ordenamos á todos, cualquiera que sea su clase ó condicion, que se abstengan de turbar á los religiosos en el ejercicio de la religion, ni mientras se consagran á sus misiones y á la conversion de las almas, imponiendo pena de la vida al que faltare á esta última disposicion.» Sin embargo, necesitaba la colonia de los socorros de la madre patria para sostenerse, por lo que se suplicó á Rasilly quo se dirigiese á Francia, al objeto de pedirlos y poderlos lograr mas fácilmente; «y con gran pesar mio, dice Claudio d'Abbeville, se dispuso que yo le acompañase, para hacer presente á S. M. todo cuanto habia pasado, y manifestar á nuestros superiores cuan fácil seria lograr en aquel pais el acrecentamiento de la iglesia, á fin de que se sirviesen disponer lo que creyesen necesario.» Al propio tiempo, resolvieron los indios principales nombrar á seis de entre ellos, para que fuesen á felicitar y ofrecer su homenage al rey Cristianísimo, y á implorar su proteccion en favor de los súbditos que tenia en aquella Francia equinoccial. El P. Claudio d'Abbeville se embarcó para el Havre á principios de diciembre, y á cuyo punto llegó en el mes de marzo del año 1613. El dia 12 de abril, los capuchinos del convento de Paris, y los del convento de Meudon, dirigidos por el P. Arcángel de Pembroch, comisario á la sazon de la provincia de Paris, fueron á recibir en procesion al misionero y á los seis indígenas de Maranhao, conduciéndolos á la iglesia del convento, donde estaban ya aguardándoles una multitud de fieles, deseosos de ver á aquellos pobres salvages, cubiertos de ricas plumas, y con su maraca en la mano; y mas deseosos aun, segun dice el propio Claudio d'Abbeville, «de verles trocar su trage por la túnica nupcial, ó sea, por la de la inocencia de los hijos de Dios, por medio del santo bautismo que iban á reclamar, y que deseaban tan ardientemente. Despues de varias oraciones que se rezaron ante el altar mayor en accion de gracias, hice rezar en alta voz á los indios el *Padre nuestro* y el *Ave-María* en su idioma. Era tal la multitud de fieles que ocupaba el templo, que nos vimos obligados á retirarnos al convento, á fin de que pudiesen los religiosos, verles, saludarles é instruirles. Luego de nuestra llegada, el P. Comisario, acompañado del señor de Rasilly, y de mi insignificante persona, acompañó los indios al Louvre, donde segun las antiguas ceremonias de la corte de Francia, prestaron homenage á nuestro Rey Cristianísimo, al que dirigió uno de ellos el siguiente discurso: «Gran monarca, te agradecemos el haberte dignado enviarnos algunos grandes personages y varios profetas, para que nos enseñáran la ley de Dios, y nos defendieran contra nuestros enemigos. Te estamos por ello tanto mas reconocidos, cuanto que hasta el presente habiamos llevado una vida miserable, estábamos sin ley y sin fé, y nos devorábamos unos á otros. Admiro tu grandeza, al verte monarca de tal nacion y de tan rico pais; y casi me avergüenzo de parecer ante tí, al ver la diferencia que hay entre vosotros, hijos de Dios, y nosotros, miserables hijos de Jeropary. Cuanto debes gloriarte de habernos enviado tales profetas, y tan grandes hombres; has hecho bien, pues nos han sido muy útiles. En justa gratitud, los principales de nuestro pais nos envian, en nombre de toda nuestra nacion, para prestar homenage á tu grandeza, y suplicarte nos dés algunos profetas mas para que podamos ser mas pronto todos hijos de Dios, y guerreros capaces de defendernos, prometiéndote ser siempre fieles súbditos tuyos, y fieles amigos de todos los franceses.» Grandísima fué la satisfaccion que causó al papa Paulo V, á Luis XIII y á María de Médicis. el brillante resultado de la mision de los capuchinos en la isla Maranhao, á la que se resolvió enviar doce religiosos mas de la propia

órden. Los tres tupinambas Caripira, Patua y Manen, despues de haber sido bautizados en su lecho de muerte, recibiendo los nombres de Francisco, Jacobo y Antonio, espiraron en Paris, despues de haber manifestado durante su enfermedad una resignacion verdaderamente cristiana. Itapucu, Ovaroyo y Japuay, que les sobrevivieron, fueron bautizados con gran pompa el dia 24 de junio por el arzobispo de Paris, en la iglesia de los capuchinos del arrabal de San Honorato, apadrinándolos SS. MM. el rey y la reina.» Púsose á los tres el nombre de Luis, á peticion del arzobispo de Paris, á fin de que fuese aquel nombre mas conocido y respetado entre los bárbaros. A los ocho dias, se procuró que llevasen los nuevos cristianos la fé de su maestro, no *in oculto*, como los judios, sino escrita en la frente, á cuyo fin, el arzobispo de Paris, ocupado en asuntos de alta importancia, suplicó al obispo d'Auxerre, que se dignase administrarles el sacramento de la confirmacion, en cuyo acto se les pusieron tres nuevos nombres, al objeto de que fuese conocido tambien el de la reina en Marañan; y para que pudiesen distinguirse uno de otro; así que fué llamado el primero Luis María, el segundo Luis Enrique y Luis de San Juan el tercero, en conmemoracion del señalado beneficio que habia recibido el dia de aquel glorioso precursor.» Un indígena de doce años, de la nacion de los tapuyos llamado Pyravava, fué bautizado por Claudio d'Abbeville, á la llegada de los capuchinos en Maranhao, donde estaba en clase de esclavo, siendo despues confirmado por el obispo de Rennes. Habia escrito el P. Ivo d'Evreux desde la colonia, al provincial de Paris, que, si debiesen bautizar á todos los tupinambas que lo deseaban, habria ya en la isla y en el vecino continente, mas de cien mil indígenas que hubieran recibido el sacramento de la regeneracion.

Ya que hemos analizado la relacion del P. Claudio d'Abbeville, séanos permitido hacer lo propio con la del P. Ivo d'Evreux, que es aun mucho mas importante y detallada, por haber permanecido este dos años en aquella mision, mientras que solo estuvo el primero en ella cuatro meses. A fin de que sus neófitos pudiesen entenderle mas fácilmente, servíase Ivo de sencillas, á la par que ingeniosas comparaciones, valiéndose al efecto de los árboles ó plantas que formaban una verde y dilatada alfombra á lo largo del Océano. Además, era Ivo tan bueno é indulgente para los indígenas, que ya desde los primeros dias se atrajo su confianza y su aprecio, lo que hizo que fuesen mucho mas fructíferas sus palabras, y que llegasen á comprender en breve aquellos salvajes las principales doctrinas del cristianismo. Era el P. Ivo d'Evreux, segun el célebre viajero Fernando Denis, uno de los europeos que comprendió mejor el carácter de los brasileños, y el que mejor escribió su índole, usos y costumbres. Despues de haber esplicado la vida activa de sus queridos tupinambas (1), pintaba con los mas vivos colores, la pereza voluptuosa que sucede en ellos á la agitacion, presentando á uno de sus guerreros balanceándose muellemente en su hamaca bajo un techo de verdor y flores, prefiriendo sufrir hambre por algunas horas á cambiar de posicion. A la distancia de algunos pasos, dice el P. Ivo, tenia el salvaje muchas provisiones y algunos trozos de venado asados. «Los franceses, añade el religioso, dispuestos á hacer los honores á aquella mesa tan bien provista, le preguntaron, si estaba enfermo, á lo que contestó que sí. ¿Qué teneis? le dijeron con el mayor interés. — Mi muger, contestó, está desde esta mañana en el jardin, y aun no he comido. En vano le dijeron sus huéspedes que con solo bajar de la hamaca podia satisfacer su apetito, pues se limitó á contestarles que no se sentia con fuerzas para levantarse; y como los franceses deseaban que empezase cuanto antes el alegre festin para

(1) Los de cendientes de estos mismos tupinambas, dueños del pais cuando la llegada de los portugueses, merced á la accion civilizadora del cristianismo, confundidos hoy dia con la poblacion brasileña, son activos, emprendedores, llevando una vida bien diversa en goces espirituales y morales de la que conocian sus antepasados. (Tota del Trad.)

aplacar el hambre que les devoraba, se decidieron á servirle.» Y luego como si el P. Ivo creyese con esta relacion calumniar á sus queridos catecúmenos, se apresura á añadir: «A pesar de estas malas inclinaciones, que no siempre procuran vencer los indígenas, tienen en su mayor parte un buen corazon y otras escelentes calidades que les hacen recomendables bajo todos conceptos; la liberalidad, es en ellos una de las primeras virtudes; tambien es en ellos muy comun la buena fé, pues raramente se engañan uno á otro. Además, son compasivos, respetan la virtud y la ancianidad, saben en sus desgracias mostrar una resignacion á toda prueba; resisten por mucho tiempo al rigor del hambre, por haberse acostumbrado á comer tierra, ya desde muy niños. He visto á muchos de estos comer una pelota de tierra, con el mismo gusto que comen los niños en Francia una manzana ó una pera.» Luego continua el P. Ivo dando una exacta idea de aquellas tribus por medio de los detalles de la vida privada: «Visité, en cierto dia, dice, al gran Thion; pregunté por él al llegar, y me condujo una de sus mugeres hasta el pié de un árbol frondoso que habia en el jardin, y á cuya sombra estaba tejiendo aquel gefe para preservarse de los rayos del sol. Al verle ocupado en un trabajo tan humilde para un hombre de su clase, le dije vivamente admirado: ¿Cómo es posible que os entregueis á semejante trabajo?» A lo que me contestó: «Todos los jóvenes de la tribu contemplan mis acciones, y lo que es mas aun, las imitan. Si permanecia en mi lecho fumando el *petun* (tabaco), ellos harian tambien lo propio; pero como me ven ir al bosque con el hacha en el hombro y la podadera en la mano, no se desdeñan por su parte de hacer otro tanto.» Despues de haber discurrido el P. Ivo acerca de todas estas costumbres, dice Fernando Denis, su pensamiento se eleva, su lenguaje es mucho mas grave, y compendia y refiere toda la poesía tradicional de aquel pueblo con las siguientes palabras: «Lo que mas me admiró en ellos, fué la claridad y precision con que citaban todos los acontecimientos que habian tenido lugar en su tribu desde los tiempos mas remotos, por medio de la tradicion, por tener los ancianos la costumbre de referir con frecuencia á los jóvenes todos los hechos notables de sus antepasados. Tienen además al visitarse la costumbre, despues de haberse abrazado llorando tiernamente, de referirse unos á otros los altos hechos de sus mayores, y todo cuanto de mas estraordinario ha tenido lugar en los pasados siglos.» Si se compara la relacion de Ivo d'Evreux con la de Lery, que le precedió de ochenta años, se verán las mismas costumbres raras y la misma pompa salvage con que tanto escitaron las tribus de Rio-Janeiro la admiracion de los franceses. En aquella antigua relacion se encuentran además, referidos con sencillez, ciertos hechos que el escepticismo del siglo XVIII procuró rechazar, y que, segun Fernando Denis, merecian, cuando menos, los honores de un severo exámen. Todo el mundo sabe la tradicion poética que impuso al rio de las Amazonas el nombre que aun conserva hoy dia; mas de veinte son las *Relaciones*, verdaderas ó fantásticas, que hablan de aquellas intrépidas guerreras; el génio de los españoles reprodujo el mito de la antigüedad bajo todas sus formas; acumuláronse relaciones maravillosas en todas las épocas, y solo á la nuestra pareció mas sencillo rechazar aquellos hechos calificándolos de fábulas, que pararse un momento en su exámen. Solo Alejandro de Humboldt admite que los indios, cansados tal vez del yugo que les oprimia, habrian podido separarse y formar una tribu independiente como esos negros que huyen á las montañas ó se ocultan en los bosques. El autor de los *Antiguos viages franceses*, tambien viagero y hombre profundamente observador, añade que basta recorrer una poblacion americana, y observar en ella las miserias de la muger, para convencerse de que puede haber una gran parte de verdad en lo que se ha dicho respecto de las Amazonas; viniendo el mismo P. Ivo á confirmar esta opinion, cuando dice: «Creo deber repetir aquí lo que me han dicho los

salvages acerca de la existencia de las Amazonas; sobre todo, cuando hay tan vivos deseos de saber, si las hay en aquellas regiones, y si son como las de que nos hablan los historiógrafos. Desde el primer gefe hasta el último de los salvages, todos creen en la existencia de las Amazonas, las cuales viven en una isla muy grande, que pertenecieron estas á la tribu de los tupinambas, de los que se separaron á instancias de una de ellas, siguiendo á lo largo del rio que lleva su nombre, hasta que descubrieron una hermosa isla, en la que resolvieron establecerse. En ciertas estaciones del año, esto es en la que florecen los anacardos (1), admitian en su compañía á los hombres que vivian en las costas vecinas; caso de tener hijos varones, debian llevárselos sus padres despues de la lactancia, pero si eran hembras, se quedaban para siempre al lado de sus madres. Tal era la opinion general que habia en el pais respecto á la existencia de las Amazonas.» Y en apoyo de esta tradicion, cita luego el mismo P. Ivo, el testimonio de un gefe que vivia en el interior del pais, y que le aseguró haber visitado la isla en que se retiraron aquellas intrépidas mugeres. «Segun aquel gefe, añade el misionero, diéronles los portugueses y franceses el nombre de *Amazonas*, por haberse separado estas mugeres, como las antiguas Amazonas, de los hombres de su tribu; pero ni se cortan la teta derecha, ni imitan el valor de aquellas grandes guerreras. Solo viven como las demás mugeres salvages, si bien son algo mas diestras en tirar el arco, con el que se defienden al verse atacadas por sus enemigos.» Hé ahí lo que en vista de estas relaciones, dice Fernando Denis: «Nada mas probable, sencillo y natural se habia dicho acerca de esa estraña tribu femenil, que ha dado su nombre no solo al rio, sí que tambien á uno de los mas vastos paises de la América meridional. Tal vez se habrá dado sobrada importancia á la tradicion resumida de un modo tan claro y preciso por un antiguo misionero; pero una vez admitida la discusion, es sumamente curioso el ver como el P. Ivo d'Evreux lo aclara con algunas palabras, y como su opinion sencilla y natural está conforme con la del ilustre viagero que ha procurado aclarar todas las dudas de la ciencia (1).» Otro de los hechos mas singulares que nos han sido trasmitidos respecto de los indígenas de aquellas regiones, y uno de los que mas han contribuido á poner en duda la veracidad de los antiguos viageros ingleses, es la existencia de las tribus antropófagas en el seno de algunas lagunas, ó en cabañas bañadas por el mar. A principios del presente siglo, una de aquellas curiosas tribus que viven en la embocadura del Orinoco, conocida bajo el nombre de Guarraones, fué visitada por un viagero francés que quedó maravillado de sus hermosas habitaciones y de la abundancia que reinaba en ellas, merced á la palmera que crece frondosa y lozana en el seno de las aguas. Otra tribu semejante existia tambien en el año 1615 en las riberas de las Amazonas; pudiéndose decir otro tanto de la de los camarapinos del Para, contra los que dirigió La-Ravardiere una espedicion. «Aquel pequeño cuerpo de ejército, compuesto de mas de mil doscientos hombres, entre franceses y tupinambas, atravesó los rios de los Pacayares y Parisop, cayendo por fin sobre sus enemigos, fortificados en sus *iuras*, especies de casas hechas en forma de puentes, y asentadas sobre robustos árboles plantados en el agua. Al verse cercados en sus *iuras* por

(1) Con el fruto del anacardo, los antiguos habitantes del pais y aun hoy dia muchos de sus descendientes brasileños fabrican una especie de licor fermentado que, como todos los de su clase, causa una funesta embriaguez. (Nota del Trad.)

(1) Segun algunos historiadores imparciales, fundándose en la realidad de los hechos y descartando de ellos las fábulas ó suposiciones mas ó menos ingeniosas que la imaginacion se complace en amontonar cuando se trata de sucesos que se apartan del curso regular y comun, el nombre que lleva el rio de las Amazonas le fué dado en 1539 por el navegante español Francisco Orellana, quien lo recorrió en una estension de mas de 2.600 kilómetros. Tan salvajes y osadas las mujeres como los hombres que en diversas tribus habitaban en ambas orillas de aquel rio, y habiendo visto combatir á las veces á algunas de aquellas, recordando sin duda lo que los antiguos historiadores nos refieren de unas mujeres guerreras que habitaban en las orillas del Mar de Azoff (Palus Meotides) dióles dicho español el nombre con que aquellas son conocidas y este nombre se hizo estensivo al rio. (Nota del Trad.)

los franceses, hicieron una resistencia obstinada, causando á los sitiadores un gran número de heridos, si bien lo fueron todos levemente. En lo mas empeñado del combate, apelaron los salvages á un ardid sin igual, que desconcertó á sus enemigos; colgaron los sesenta ó setenta muertos que tuvieron de resultas del incendio de tres *iuras*, en los parapetos de las restantes que continuaban defendiéndose, y habiéndoles atado una cuerda á los piés les hacian mover de una á otra parte, dando así á entender á los franceses, que eran nuevos salvages que acudian donde era mas inminente el peligro.» En medio del estruendo de los mosquetes, y de las llamas que empezaban á devorar aquella poblacion aérea, hizo una india señal de que queria hablar; manifestando, dice Fernando Denis, en la terrible energía de su discurso, la facilidad de que poblasen los bosques las mugeres guerreras de su raza. Tan pronto como hubo cesado el fuego, gritó la india: «Vuac-Uasu, Vuac-Uasu, ¿por qué has venido con esas bocas de fuego? (designando con este nombre á los franceses) ¿piensas por esto poder talar nuestras tierras y reducirnos al número de tus esclavos? Mira, cruel, los huesos de tus amigos.» Como se le intimase la rendicion, contestó: «Nunca nos rendirémos á los tupinambas, miserables traidores, que se han unido á los estrangeros para dar muerte á nuestros hermanos y causar nuestra ruina. Si debemos morir, morirémos como dignos hijos de una nacion heróica....» Además de ser misionero celoso, viagero lleno de originalidad y gracia, historiador interesante, fué el P. Ivo d'Evreux un hombre estraordinario que aventajó á los mejores naturalistas de su tiempo. Fuese á las orillas del Océano, dice Fernando Denis, y contempló con ojo investigador todos aquellos productos del mar que tanto brillan despues del reflujo; penetró en los frondosos bosques americanos, y contempló en ellos horas enteras su imponente magestad, ocupándole tan pronto los brillantes colores de un insecto, como el melodioso canto de un ave. ¡Cuántas veces debió sentirse profundamente admirado al aspirar el grato aroma de una flor, despues de haberla sometido al profundo exámen de la ciencia! Por esto describió el rumor sonoro de la cigarra de América, con la misma perfeccion que lo haria un entomólogo de nuestros dias; por esto interrumpió mas de una vez sus oraciones por discernir una ley de la naturaleza y esplicarla con santa emocion. Sus cuadros, eran por lo regular completos, aunque limitados, sin que faltára nunca en ellos grandiosidad y exactitud por estar sacados del natural, ó mejor, estar basados en la misma naturaleza. Veamos como pinta la vida furtiva de los monos, y las astucias de que se valen para no ser sorprendidos por sus enemigos. «Se reunen á veces mas de tres cientos, se agarran uno á la cola del otro, y siguen todos el movimiento del que está en la cabeza, saltando así de rama en rama y de uno á otro árbol, como si tuvieran alas.» No es menor la gracia con que refiere el misionero la astucia de aquellos animales al ir á apagar su sed en los bosques. «El grueso del ejército se para como á unos trescientos pasos del manantial, y envia sus esploradores, los cuales se adelantan con gran cautela, mirando á todas partes si hay algun objeto que se mueva, y si se oculta tras él un enemigo que esté en asecho. Caso de que lleguen á descubrirle, dan un chillido agudo y se retiran precipitadamente hácia el centro de las fuerzas. Si no se ven atacados, vuelvén algunos de los monos á esplorar el terreno, y si ven que no hay ningun peligro, gritan y vocean para que los demás les sigan; teniendo siempre la precaucion de beber uno en pos de otro, pasando á ocupar el que ha bebido la copa de uno de los árboles inmediatos, á fin de evitar toda sorpresa.» Bastan estas citas, dirémos con Fernando Denis, para demostrar que el P. Ivo d'Evreux pertenecia al número de esos admirables escritores de fácil inspiracion y de ideas sencillas y puras, y que debia por lo mismo pasar desapercibido y quedar ahogada su voz por el estruendo y la pompa del *gran siglo*. Los hombres que pensaban en

el *Tratado de lo sublime* de Longin, á la sombra de los árboles del parque de Versalles, no podian apreciar debidamente, ni las descripciones de los antiguos bosques de América, ni las de las costumbres de sus naturales, ni nada en fin, que respirase sentimiento y poesía. No es estraño, pues, que desapareciese el libro del misionero; hasta el mismo ejemplar que habia en la Biblioteca del reino, era incompleto, como lo indica claramente Rasilly con las siguientes observaciones, escritas en la primera página de la citada obra: «Señor, es cuanto he podido procurarme de los escritos del R. P. Ivo d'Evreux, suprimidos por el fraude y la impiedad, y mediante una suma que se entregó al impresor Francisco Huby; los que tengo la honra de ofrecer á V. M., dos años despues de haberse publicado y desaparecido, á lo que es lo mismo, de haber muerto al nacer. Los que han hecho desaparecer esta obra, se han propuesto hacer perder insensiblemente á V. M. el título de Rey Cristianísimo, y por haceros renunciar á los sacrificios hechos en favor de los indios, y perder la inmensa gloria y provecho que debia reportar á vuestro reinado la posesion de aquel rico pais.»

Con efecto, habiendo reunido los portugueses todas sus fuerzas en aquel punto, estrecharon de tal modo á la pequeña guarnicion francesa, que al fin se vió obligada en el año de 1614 á abandonar la isla Maranhao, y á dejar todo el Brasil en poder de sus primeros conquistadores. Solo quedó, despues de tantos esfuerzos, la poblacion de San Luis, fundada por los franceses en la costa occidental de la isla, entre dos golfos, llamados, el del norte, rio de San Francisco y rio de Bacanga, el del sud.

Mientras que se aumentaba de este modo el poder de los portugueses en las costas del Brasil, se estendia tambien el de los españoles por las orillas del rio de las Amazonas. Este rio que nace en las montañas del Perú, tiene un curso rápido, producido en gran parte por una multitud de pequeñas islas que aumentan considerablemente su velocidad; forman estas islas en el lecho del rio como un archipiélago, que se prolonga hasta tres ó cuatrocientas leguas, dejando descubrir apenas sus orillas. Bartolomé Lobo Guerrero, poco antes obispo de Santa Fé de Bogotá, ocupaba desde el año 1609 la silla episcopal de Lima, en cuya época Francisco de Borja, virey del Perú, confió á Diego Vaca de Vega una espedicion, que fué mas bien que una guerra, una mision; siendo nombrado limosnero de ella el P. Francisco Ponce de Leon, religioso mercenario. Fueron tan rápidos los progresos de aquella espedicion, así en lo espiritual como en lo temporal, que todos los consideraron como un favor especial del cielo, pues en menos de tres meses se construyó una iglesia, y luego se levantaron mas de veinte en otros tantos pueblos.

CAPÍTULO XX.

Misiones de los Jesuitas en los reinos de Angola, Cacongo, Loango, en Guinea y en el Congo, y de los Carmelitas en Guinea.

Desde el Nuevo-Mundo, en el que iba sucesivamente el cristianismo iluminando todas las regiones, nos conduce el órden de los hechos á esa parte del Mundo-Antiguo, que era ya tributario de América, por procurarla los negros, que en tal alto grado escitaban la ternura del P. Claver.

Pablo Diaz de Novaes, regresó de Portugal al reino de Angola, en el año 1574, llevando con él tres jesuitas, de los que era superior el P. Baltasar Barreira, los cuales, en union con los demás misioneros que habian quedado en rehenes en el pais, evangelizaron á sus habitantes. Al objeto de que Diaz pudiese en lo sucesivo preservarse mas fácilmente de la perfidia de los indígenas, fundó en el año 1578, bajo el reinado de Angola-Quiloanga, la ciudad de San Pablo de Loanda, que no tardó en ser la capital de las posesiones portuguesas en aquella parte del Africa. Situada junto á la embocadura del Zenza, llamado Bengo por los portugueses, se estendia aquella ciudad por

una parte hasta el mar, y por otra hasta la cima de una colina, al norte de la cual se alzaba una montaña llamada Morro de San Paolo, y en cuya cumbre, á pesar de su casi imposible ascension, edificaron los jesuitas una casa. Las habitaciones de los blancos eran de piedra y cubiertas de tejas, y las cabañas en que vivian los negros, eran de madera, y estaban cubiertas de paja. Notables fueron las conversiones que recompensaron los esfuerzos de los jesuitas; siendo la mayor de todas la del *sova* de Banzan, el primero de todos los sovas de Angola que abrazó el cristianismo. Recibió en el bautismo el nombre de Pablo, puesto por Diaz de Novaes, su padrino; diósele al nuevo cristiano el derecho de poder sentarse en presencia de los lugar-tenientes del rey de Portugal; su conversion decidió la de otros diferentes gefes, é imitando su ejemplo, hubo muchos negros que pidieron el bautismo. Por otra parte, la señalada proteccion que el cielo dispensó á los portugueses, debia tambien contribuir poderosamente á despertar la fé en el corazon de los idólatras. En la fiesta de la Purificacion del año 1583, despues de haber recibido los sacramentos todo el pequeño ejército cristiano, y adoptado por grito de guerra el nombre de María, reina de la Victoria, se empeñó una batalla memorable, durante la cual el P. Bartolomé Barreira estuvo en oracion, con las manos elevadas al cielo, y segun el mayor ó menor ardor con que oraba, era mas ó menos probable la victoria, en favor de los portugueses. Con solo trescientos europeos y unos quince mil indígenas, atacó Diaz de Novaes al ejército de Angola, compuesto de mas de un millon de negros, derrotándolo enteramente. Por mas que se haya querido suponer que el ejército de Angola estaba desnudo, y que no tenian los negros mas armas que sus arcos y sus puñales, al paso que los portugueses estaban armados de picas, espadas y fusiles, cuyas armas aterraban á los negros, es innegable que sin una proteccion directa de la Providencia, no habrian podido los portugueses, á pesar de todas sus ventajas, vencer y derrotar tan completamente á sus numerosísimos y aguerridos enemigos. Con solo decir que cada portugués tuvo que hacer frente á cien negros, queda mas que probada la gran desproporcion numérica que habia de decidir la contienda en favor de los soldados de Angola, á no ser el milagro patente que dió el triunfo á las armas portuguesas. Hé ahí, segun Du-Jarric, la relacion que hizo uno de los gefes del ejército vencido, despues de la batalla. « No temiamos en manera alguna á los portugueses, por saber que sin esfuerzo alguno podiamos destruirles; pero nos llenó de espanto la vista de una muger, dotada de singular belleza, en medio de un círculo de luz, y la de un anciano que la acompañaba, empuñando una espada flamígera, los cuales iban al frente de vuestras tropas: ellos, y solo ellos, fueron los que sembraron el terror en nuestras filas, obligándonos á huir. » Una cruz, que apareció en el aire al ponerse el sol, fué la señal de aquella gran victoria, que solo debia costar siete hombres á los portugueses, y en conmemoracion de la cual se levantó un monumento religioso en el mismo campo de batalla. El rey de España, que lo era tambien á la sazon de Portugal, se mostró tan satisfecho de la prudencia y celo del P. Barreira, que previno no se emprendiese en aquellas regiones cosa de algun peso, sin consultar antes al humilde misionero. No fué menos útil en el campo de Diaz el P. Alfonso Baltasar, religioso de la misma órden de Barreira; puesto que habiendo causado la peste una revuelta en el campamento de Loanda, logró el humilde religioso apaciguarla; y salvó además á los desgraciados que respetó aquel azote de una destruccion total, evitando con su prevision una acometida, en que los bárbaros lo habrian pasado todo á sangre y fuego. Fué tan profunda la impresion que produjeron en el ánimo de los infieles aquellos prósperos acontecimientos, que muchos de ellos resolvieron abrazar la religion católica, llegando ya á mas de veinte mil las almas que se habian sometido á Jesucristo en el año 1590.

Terrible era el golpe que acababan de recibir los fetiches y los gangas, cuya impotencia patentizó mas y mas á los ojos de los naturales, el siguiente suceso. Habia en el año 1587 una sequía que talaba los campos, cuando un ganga, que decia imponer sus órdenes al mismo cielo, se empeñó en procurar el agua tan vivamente deseada. Reunióse el pueblo por mandato del ganga, en una llanura inmediata al campo de los portugueses, y en la que el impostor, empezó á cantar y bailar, llevando varios fetiches (dioses de los negros), y muchas campanillas. Media hora habria transcurrido apenas, desde que habia empezado el ganga su baile, cuando empezaron á formarse en el horizonte negros nubarrones, y á relampaguear con fuerza, indicando todas las señales que iba á caer cuanto antes una lluvia copiosa. En silencio estaban aguardando los portugueses, mientras que los negros en su tumultuosa alegría ensalzaban al ganga, que, orgulloso por el triunfo que se creia próximo á alcanzar, no cesaba de despreciar á los cristianos. Pero he ahí que no tardaron las cosas en cambiar de aspecto. En el momento en que el rayo desgarraba con mayor fuerza el seno de las nubes, y que retumbaba el trueno con mas estruendo sobre las cabezas de los espectadores, se desprende, cae y hiere el rayo al miserable ganga, con terror de todos los circunstantes, y lo decapita, dejando su tronco carbonizado. Desde entonces comprendieron los indígenas el efímero poder de sus gangas y de sus fetiches, y que nadie puede burlarse impunemente de su Dios. Vivia aun Pablo Diaz, cuando tuvo lugar aquel notable acontecimiento, puesto que murió aquel piadoso gefe el año 1589, esto es, algun tiempo despues de haber ocurrido tan ejemplar castigo. Dió el héroe cristiano señaladas muestras de aprecio á los jesuitas establecidos en San Pablo de Loanda y en Masangano, entre los rios Coanza y Lucala. Su muerte ocasionó una revuelta, que no tuvo funestas consecuencias, por haber pedido en el año 1599 el rey de Angola la paz al lugar-teniente del rey de Portugal, declarando que queria abrazar el cristianismo; y hasta entregó como prenda de la fé de su palabra, diferentes niños de ilustre cuna, que fueron catequizados por los jesuitas residentes en San Pablo de Loanda. Seis eran los religiosos de la Compañía residentes en aquella posesion portuguesa, por haber sucumbido los demás de sus hermanos á las fatigas del apostolado. En el mes de mayo del año 1602, murió aun en ella el P. Jacobo Ferreira, cuya pérdida fué tanto mas sensible, cuanto que hablaba con perfeccion la lengua de los indígenas, y ejercia por lo mismo un gran ascendiente en ellos. Al objeto de reforzar aquella mision, partieron de Portugal en el año 1608, los PP. Francisco Goiz y Eduardo Vaz, con el hermano coadjutor Antonio Barros; hallábanse ya estos religiosos á la vista del puerto de Loanda, cuando se vieron acometidos por dos buques holandeses mucho mayores, y en la imposibilidad de huir, tuvieron que rendirse. Despues de haberse apoderado los holandeses de su fácil presa, amontonaron á todos los pasageros en una frágil lancha, que, combatida por el viento y las olas, estuvo varias veces á punto de zozobrar, y que solo fué salvada, en concepto de los muchos pasageros que contenia, por el fervor con que oraron los jesuitas. Su llegada á San Pablo, permitió al fin hacer algunas escursiones apostólicas al interior del pais que ocupaban los sovas cristianos. El P. Gaspar de Acevedo y el hermano Antonio de Sequeira, lograron que los gefes de una tribu cristiana entregasen á las llamas á sus antiguos ídolos, cuyo culto profesaban aun en medio de las prácticas del cristianismo, confiándoles además el sova la educacion de uno de sus hijos. Otro sova, que tenia á sus órdenes á cuatro de los gefes inferiores, y que á pesar de llevar el nombre de cristiano, se entregaba á todos los placeres, y tenia en su haren trescientas mugeres, prueba inequívoca del poder de que gozaba entre aquellos pobres pueblos, solo quiso prometer á los misioneros, que no reedificaria los derruidos templos de sus falsos dioses, y que

permitiria la ereccion de una cruz, que procuraron los religiosos levantar, como un signo de esperanza para las generaciones venideras. Existia ya á la sazon un obispo en San Pablo de Loanda, al cual los reyes de Cacongo y Loango, reinos situados al norte del rio Zaire, pidieron que les enviase algunos misioneros; en cuya virtud, destinó el rector del colegio de los jesuitas al reino de Cacongo, á los PP. Francisco Goiz y Gaspar de Acevedo.

Estiéndese al norte de los reinos de Cacongo y Loango el alta Guinea, donde habia ido en el año 1491 una mision portuguesa que quedó por mucho tiempo ignorada, por haber absorvido las Indias toda su solicitud y sus medios de accion. Como Sta. Teresa, animada de celo por la salvacion de las almas, no cesaba de pedir que se emprendiesen viages apostólicos, los carmelitas descalzos, á instancias de Felipe II, rey á la vez de España y Portugal, resolvieron empezar en Guinea la obra de conversion que estaba tan en armonía con su instituto de humildad y pobreza. El primer apóstol nombrado para aquel pais fué el P. Antonio de Santa María, antes gerónimo, y luego carmelita descalzo; siendo sus compañeros en aquel apostolado los PP. Francisco de la Cruz, Juan de los Angeles y Francisco de la Ascension; y cuyos religiosos perecieron en el mar, á los pocos dias de haberse hecho á la vela el 20 de marzo del año 1582. Hé ahí lo que dice el P. Francisco de Santa María (1) con este motivo: « Si no son las aguas menos fértiles en producir peces y aves, de lo que lo es la tierra en engendrar la diversidad de animales que alimenta, debemos piadosamente creer que aquella sangre piadosa, que se confundió con el agua del mar, ha sido una semilla divina que ha dado desde entonces su fruto, y que no ha cesado, ni cesará de darlo contínuamente, como lo indica ese gran número de misioneros que tenemos en Irlanda, en Inglaterra, en Polonia, en Persia, en las Indias orientales y occidentales, donde los religiosos se van multiplicando aun cada dia, iluminando por medio de un contínuo trabajo y de un raro ejemplo á los hereges y gentiles que desconocian al verdadero Dios. Lejos de moderar el celo del rey y de nuestro provincial, contribuirá el triste acontecimiento que todos lamentamos, á proseguir con mas empeño su buen designio. » En efecto, en el propio año 1582, segun Du-Jarric, permanecieron algunos carmelitas descalzos durante seis meses en el pais de los beafares, mostrando con el buen resultado de su mision que, si el Evangelio hubiese sido predicado constantemente en Guinea, no habrian dejado aquellos infelices pueblos de agruparse bajo el glorioso lábaro de la salvacion. Siempre solícito Felipe II por aquellas almas abandonadas, pidió el año 1604 al P. Claudio Aguaviva, general de la Compañía de Jesus, que le enviase algunos apóstoles; en aquella misma época, el P. Baltasar Barreira, poco antes superior en el reino de Angola, donde habia permanecido catorce años, reparaba en la casa de Evora paulatinamente sus fuerzas, decaidas á consecuencia de sus muchas fatigas y de su avanzada edad. El P. Antonio Mascarenhas, provincial de la Compañía en Portugal, no se atrevió á imponer á aquel venerable septuagenario el peso del apostolado, sino que se limitó á consultarle acerca de los religiosos, que serian en su concepto mas á propósito para ser destinados á la difícil mision de Guinea. No se limitó Barreira á indicar á su superior los nombres de los religiosos que eran en su concepto mas aptos para evangelizar el Africa, sino que fué el primero en decidirse á partir, diciendo que puesto que aun se lo permitian sus fuerzas, se dirigiria inmediatamente á Lisboa, para poder pasar á Guinea en el primer buque que se hiciera á la vela para aquellas costas. Los PP. Baltasar Barreira, Manuel de Barros, Manuel Fernandez y un hermano coadjutor, se embarcaron en Lisboa en el año 1604, llegando en breves dias á la isla de Santiago, la principal del archipiélago del Cabo-Verde, donde eran conducidos todos los esclavos ne-

(1) *Historia general de los carmelitas descalzos*, escrita en español por el Rdo. P. Francisco de Santa María, y traducida al francés por el Rdo. P. Gabriel de la Cruz, religioso de la propia órden.

gros de Guinea, para ser trasladados de allí á los lejanos puntos á que se les destinaba. El primer beneficio que dispensaron los religiosos á los pobres negros, fué el de hacerles abrir los ojos acerca de las falaces promesas de sus adivinos que, so pretesto de restituir la salud á los enfermos, dañaban á la vez sus cuerpos y sus almas. Otro de los males que tambien evitaron los misioneros, fué el de evitar que los agentes del tráfico bautizáran aquellos infelices en número de seis ú ochocientos á la vez, y antes de que estuviesen suficientemente instruidos, por poder así enviarles mas pronto á las diferentes regiones de América, y percibir antes el oro que les valia semejante comercio. No solamente obtuvieron los PP. la libertad de un gran número de aquellos desgraciados, á quienes violentamente se arrancaba de su patria, sino que obtuvieron para todos el plazo que necesitaban para instruirse en la ley divina que se les hacia abrazar (1). El aire fétido que respiraban en las cuadras de los negros, y la asiduidad con que se entregaban los misioneros á todos los trabajos, troncharon en flor la vida del Rdo. P. Manuel Fernandez; quedando de este modo reducidos á dos los misioneros, y luego á uno, por haber tenido el P. Barreira que dirigirse al continente. El P. Barros, que fué el único misionero que quedó en la isla, concibió la grata esperanza de poder convertir á la fé al anciano rey de Bisan; por lo que se dirigió inmediatamente á Quinala el 7 de enero del año 1605, pero no pudo ver el soberano, por estar enfermo de mucha gravedad. Sin embargo, obtuvo del primer ministro y de los grandes del reino toda la proteccion para el cristianismo; así como tambien la formal promesa de que no se derramaria sangre humana despues de la muerte del rey, por tener aquellos pueblos la bárbara costumbre de sacrificar sobre la tumba del príncipe, á sus mugeres, á sus mas fieles servidores y hasta su mismo caballo, á fin de que pudiese en el otro mundo presentarse con un cortejo real. Al llegar el P. Barreira á Biguba, pais de los beafares, se consagró desde luego al cuidado de los indígenas y al de los portugueses, produciendo con sus desvelos una cosecha abundante. A 13 de julio partió el misionero para aquella region de Guinea que lleva el nombre de Montañas de los Leones, por la inmensa cadena de montes que la ciñe; pero habiendo sido arrojado por una tempestad á un puerto del reino de Pagono, procuró en él los socorros de la religion á los portugueses, é instruyó al rey en la doctrina del catolicismo. Construyó el nuevo monarca cristiano una capilla al verdadero Dios; mas como oyese luego los consejos de uno de sus aliados, dejó de practicar públicamente la religion cristiana. La escelente disposicion en que encontró Barreira al rey de las Montañas de los Leones, le hizo concebir desde luego las mas halagüeñas esperanzas; puesto que luego de su llegada dió el rey órden á los albañiles de la ciudad de que levantasen un templo, en el que fué celebrado el santo sacrificio de la misa el dia de San Miguel. Terminada la misa, pronunció el apóstol un elocuente discurso que inflamó mas y mas el corazon del príncipe, el cual prometió solemnemente renunciar á la poligamia, falta capital de aquellos pueblos. Hallábase en efecto el rey dispuesto hacia ya algun tiempo á despedir todas sus mugeres, para unirse indisolublemente con la hija de un rey vecino,

(1) Verdaderos ministros de Aquel que murió en la cruz por redimir á la especie humana, no se contentaban los misioneros con ir á predicar el Evangelio á las tribus salvajes que vagaban por los ardientes arenales del Africa, sino que les hacia su tierna piedad buscar con maternal solicitud á aquellos mismos salvajes en su última postracion, esto es, cuando se veian lejos de su patria, sin consuelo, sin esperanza, sin que llegase nunca á sus oidos la voz cariñosa de una esposa ó de una madre, y cuando en fin, por decirlo de una vez, habrian considerado la muerte como el mayor de todos los beneficios. Entonces se presentaban aquellos ángeles de paz á los pobres negros, no solo por saciar en ellos el hambre que los devoraba y hacer bajar el látigo que crujia sobre sus cabezas, sino por hacer brillar con perseverancia ante sus ojos una luz divina que habia de llenarles de benéfico consuelo, y hacerles entrever al resplandor de sus rayos el cielo á que se dirigian por el camino del sufrimiento. Cosa rara, aquellos hombres que poco antes invocaban la muerte, y que reducidos á la desesperacion procuraban escitar la cólera de sus capataces, por buscar en el mismo dolor una tregua á sus crueles sufrimientos, vivian despues resignados y felices, merced al conocimiento de las eternas verdades que les enseñára el humilde misionero, siempre dispuesto á consagrarse al ausilio de todos sus hermanos. (Nota del Trad.)

que le fué ofrecida en matrimonio ; procediendo su feliz disposicion del conocimiento del cristianismo y de sus leyes, debido á la mas querida de sus compañeras, la cual habia sido educada entre los portugueses, y era por lo mismo cristiana. Como desgarrasen los remordimientos el corazon de la esclava, procuraba esta calmar su dolor por medio de las reflexiones que hacia al rey sobre la escelencia de la religion cristiana, con la esperanza de poder un dia romper sus cadenas, y vivir nuevamente en el seno de Jesucristo. La sinceridad de los religiosos sentimientos del rey, iba á ser puesta á prueba : acababa de llegar á su corte la princesa prometida con un numeroso séquito ; pero todos sus parientes, y particularmente su madre, se opusieron á que se hiciese cristiana. Lejos, empero, de fluctuar en lo mas mínimo el real catecúmeno, hizo partir de la ciudad á la jóven princesa, y fué bautizado desde luego en la nueva iglesia, adornada con toda pompa y solemnidad acostumbradas en el bautismo de los reyes. No impidió al nuevo monarca cristiano el haber cambiado de religion, el que encontrase una esposa digna, y nacida como él en un trono, por haber ofrecido otro soberano la mano de su hija al rey Felipe, (nombre del real catecúmeno). La noble conducta que observó el convertido, fué en un todo digna de un cristiano, puesto que habiendo muerto su padre, prohibió que se inmolase víctima alguna sobre su tumba, y perdonó además los agravios que le habia hecho el hijo de un rey vecino : ¡ Solo el cristianismo puede trasformar de esta suerte á los hombres ! La conversion de aquel poderoso príncipe escitó la admiracion general; siendo aprobada por el de Tora, al que todos los gefes de la Guinea consultaban como un oráculo, á causa de su saber y prudencia. Como llegase á noticia de este príncipe la vida ejemplar de Barreira, lo llamó á su corte ; pero como estuviese el religioso celebrando las fiestas de Navidad en un puerto inmediato que pertenecia á los portugueses, contestó que iria á la corte despues de las fiestas ; deseoso empero el monarca de ver por sus propios ojos todo lo que se le habia referido respecto de Barreira, propuso ir en persona con toda su corte al puerto europeo, siendo su proposicion inmediatamente aceptada. Las decoraciones del templo, los cuadros, el efecto que producian sus luces, la modestia de las personas en él congregadas, los ornamentos, la piedad de los sacerdotes y aquella imponente magestad en fin, que solo se nota en las funciones religiosas, dejaron al príncipe vivamente admirado y conmovido, que pidió al dia siguiente el bautismo. A fin de administrárselo con mas solemnidad y provecho, se dispuso que seria bautizado en una de sus islas, advirtiéndole que era necesario levantar en ella un templo á este objeto. Inmediatamente dispuso el rey su construccion sin omitir gasto alguno, y luego de quedar terminado el nuevo templo, juró el rey de Tora en él fidelidad á Jesucristo, recibiendo el nombre de Pedro, casándose luego con la hermana mayor del rey Felipe. Este príncipe, siguiendo los consejos de aquel, á quien despues de Dios, debia su incomparable dicha, escribió el dia 25 de enero de 1606 al rey de España y Portugal la carta siguiente : « No ceso de dar gracias al Dios omnipotente, creador del universo, por haber iluminado mi espíritu, dándome á conocer su santa ley. Tambien á vos, príncipe, debo daros las gracias, por haberme enviado un hombre capaz, que me ha hecho renunciar á la vanidad de los ídolos, y me ha puesto en el número de los hijos de Dios : honor y dicha que he compartido con mis hermanos, con mis hijos, con todo mi pueblo, poco antes, como yo mismo, vil esclavo del demonio. Es tanto lo que quiero al padre Barreira, y me es su compañía tan indispensable, que cuando me deja para ir á ilustrar otros reyes, me sucede lo que al viagero que se vé abandonado por el sol poniente en medio de un espeso bosque. No basta un solo doctor para tantos reinos : así pues, os suplico me envieis otros hombres de la misma compañía, á fin de que le ayuden á propagar ese fuego divino que ha sabido encender en

mi corazon, para que todos conozcan y adoren al verdadero Dios. Mi reino es estenso, su suelo fértil y su aire purísimo; así que, nada faltará en él á los hombres que nos envie el Portugal; prometo además fortificar mi puerto para ponerles al abrigo de los piratas, enemigos eternos de Dios y de los hombres, que desembarcan frecuentemente en nuestras costas, para espiar y caer desde ellas sobre vuestros buques. Pido al Dios, único y verdadero, que por mi dicha he llegado á conocer, que conceda á V. M. tantos años de feliz reinado, como granos de arena tiene el mar y estrellas la bóveda del cielo.» Poco tiempo despues el rey de Tora encargó al misionero que instruyese y bautizase á sus dos hijos, el menor de los cuales tenia ya diez años; así pues procuró Barreira grabar profundamente en aquellos tiernos corazones las sublimes máximas del cristianismo, seguro de que tiene siempre el hombre cariño á lo que con gusto aprendió en la infancia. A peticion del rey de España, admirado y confundido por la carta del rey Felipe, envió el general de la Compañía, como ausiliares de Barreira, á los PP. Manuel Almeida, Pedro Netto y Manuel Alvarez; muriendo los dos primeros á los pocos meses de su apostolado en la isla Santiago. Alvarez se internó en el pais, donde procuró con incansable celo, morigerar las costumbres de sus naturales, y no tardó el misionero en lograr la supresion de los sacrificios humanos con los cuales pretendian los negros honrar la memoria de sus príncipes. El rey de Quinala no se limitó á abolir aquella bárbara costumbre, sino que además pidió el bautismo, cuyo noble ejemplo siguieron todos los grandes de su corte, y algunos de los reyes vecinos; pero no creyó Alvarez deber acceder inmediatamente á sus deseos, tanto por no estar aun bastante instruidos, como por probar si era su conversion verdadera. Entre tanto el rey de Bena, príncipe poderoso, del que dependian seis ú ocho reyezuelos, envió uno de sus hijos al P. Barreira, á fin de decirle que pasase con él á su reino. Presentóse el hijo primogénito del rey al apóstol, seguido de una numerosa comitiva de negros, y le abrazó con efusion, derramando copiosas lágrimas; al ver el religioso las pruebas de tierno afecto que le daba el príncipe, determinó seguirle. Grande era el fruto que habian producido ya las palabras de Barreira en el ánimo del rey y en el de todos los magnates de su corte, cuando un impostor musulman, que divertia con sus sandeces al príncipe en sus momentos de ócio, logró cambiar la escelente disposicion del rey, haciéndole temer la cólera de los bejerinos, especie de sacerdotes musulmanes que predicaban la ley de Mahoma, y que habian logrado con su mágia embaucar y hacerse temer de los pueblos. Así que, por mas que continuase el rey queriendo á Barreira, siguió, sin embargo, en el error; permitiendo únicamente al misionero llevarse á su hijo segundo que, consintió con el mayor gusto en ser discípulo del doctor cristiano. La conducta del soberano de Bena contrastó con la de Pedro, rey de Tora, quien, hasta en los mismos estados de los príncipes vecinos, profesaba públicamente el cristianismo; observaba con escrupulosidad los ayunos y demás prescripciones de la iglesia; mostraba su error por todo cuanto habia de cruel y supersticioso en las ceremonias fúnebres; entregaba á las llamas los ídolos y sus templos, sin respetar ni aun los altares levantados en las costas de las islas á Tamasú, el mas venerado y temido de todos los falsos dioses; siendo muchos los reyes que al ver la impunidad de sus actos, se retiraban á sus respectivas cortes con sentimientos mas favorables á la religion cristiana. Felipe, rey de las Montañas de los Leones, que entró con Pedro en el redil de Jesucristo, rivalizaba tambien con él en cristiano celo; por su órden se construyó una magnífica y vasta iglesia en el puerto de San Salvador, que era el mas importante de su reino; luego hizo edificar junto á ella una casa para los jesuitas, y un palacio para él, que quiso habitar con toda su familia y parte de su corte, á fin de estar mas cerca de Jesucristo y de los padres. Cual nuevo Heraclio, prestó sus hombros para

llevar una gran cruz en un punto elevado que domina al puerto, y á fin de dar mas esplendor é importancia á la ereccion de aquel signo sagrado, hizo desaparecer enteramente de aquel sitio los restos de los antiguos templos en que eran antes adorados los falsos dioses. La conversion de toda la familia real habia de ser precisamente el resultado de tan bello ejemplo; así pues, tuvo Pedro el dulce consuelo de asistir al bautismo de una hermana, princesa célebre por su prudencia; al de su hermano, al de su presunto heredero, á quien se le puso el nombre de Juan, al de otros dos hermanos, que habian sido hasta entonces muy obstinados en la idolatría, y á los que fueron puestos los nombres de Bartolomé y Sebastian; estando dotado el primero de una gran capacidad y de una elocuencia irresistible. El bautismo del príncipe Juan fué el golpe de gracia para el hijo primogénito del buen rey de Tora, á quien habia causado grandes disgustos desde su conversion; iracundo y blasfemo hasta que pidió ser instruido, fué despues un modelo de todas las virtudes; recibió el hijo del rey de Tora el nombre de Miguel, dejando el nombre bárbaro de Yata que hasta entonces llevára. Hasta el mismo rey Fatima, defensor ardiente de la infidelidad, pareció vacilar al ver el cambio notable que se operó en el jóven príncipe de Tora; grande fué el terror que se apoderó de los infieles, que, no cesaban de repetir asombrados: «¡Yata, Yata es tambien cristiano!» Inmenso fué el beneficio que dispensó el cielo al príncipe Miguel poco tiempo despues de su conversion: tuvo, mientras fué idólatra, una úlcera infecta y repugnante, que no solo ponia su vida en inminente peligro, sino que hasta le hacia objeto de horror, obligándole á vivir en el aislamiento mas completo; pero, cual nuevo Constantino, recibió con el agua del bautismo la salud del cuerpo y la del alma. Habiendo caido el rey de Tora, su padre, gravemente enfermo, esperimentó tambien una curacion momentánea, desde que el sacerdote rezó por aquel soberano el santo Evangelio; y como hiciere concebir al propio tiempo la esperanza de curarse, á otro príncipe infiel, que estaba tambien gravemente enfermo, se hizo este cristiano, y recobró á los pocos dias su salud. El príncipe Miguel, enviado cerca del rey Fatima, para tratar con este soberano algunos asuntos de importancia, fué acogido con la mayor benevolencia, lo que indicaba el alto concepto en que aquel príncipe tenia á los cristianos: además, no solo consintió en que recibiese uno de sus hijos el bautismo, sino que hasta prometió hacer él mismo otro tanto, ofreciendo á Barreira como prueba de su feliz disposicion, un gran brazalete de oro que no quiso aceptar el misionero, so pretesto de que solo deseaba la salvacion del rey. Aquel ejemplo de desinterés, dispuso mas y mas á los infieles en favor del cristianismo, á lo que contribuyó tambien no poco la conversion de un mágico famoso, que abjuró públicamente sus errores: era tal la influencia de que gozaba en aquellos paises el antiguo mágico, que era considerado como un oráculo, al que no se desdeñaban de consultar los mismos reyes. Mas afortunado que Elymas, el mágico del proconsul Paulo, fué vencido por las armas de la verdad, y se sometió á Jesucristo, siendo su milagrosa conversion seguida de otras muchas. Al dirigirse nuevamente Barreira á la isla Santiago, fué arrojado por una tempestad á la costa de Africa, donde la Providencia le llamaba para que llevase los consuelos de la religion á dos puertos que habia muy frecuentados por los europeos, siendo uno de ellos el de Cacheo, del que no se le permitió salir sin que prometiese antes enviar á él nuevos operarios evangélicos que terminasen la obra de renovacion tan felizmente empezada. Su primer cuidado al llegar á la isla Santiago, fué cumplir la promesa hecha, disponiendo la partida de cuatro misioneros para el puerto de Cacheo; luego se entregó como siempre al cuidado de las almas, encargándose además, de enseñar el latin á los jóvenes. A medida que iban los años debilitando á Barreira, aumentaba en él la solicitud por su querida mision de Guinea. Convencido de que cuantas

mas serian las relaciones que mediasen entre el reino de Portugal y el Africa, mayor seria el número de misioneros que se dirigian á esta última region, hizo presente á los mercaderes portugueses que podian en veinte dias hacer aquel viage, que el suelo era fértil y el clima saludable; que segun los indígenas, los vientos eran menos fuertes y las tempestades mas raras, desde que imperaba en aquellas costas la religion cristiana; que abundaba el pais en ricas minas de oro, plata, y cobre; que podia cultivarse en él con provecho la caña de azúcar; que abundaban en el mar el ámbar y las perlas; y, por último, que ofrecian sus frondosos bosques todo el maderamen necesario para la construccion de los buques. Además, escribió á sus hermanos que el campo abierto á su celo era vasto y estaba en el mejor estado para recibir la semilla evangélica: «¿Seriamos, les decia luego, menos esforzados que los mercaderes que acuden á estas regiones?» Hacia tambien presente que habia muchos esclavos que, por falta de misioneros eran arrancados de aquellas costas sin haber recibido antes la libertad de los hijos de Dios, para endulzar la esclavitud perpétua á que se veian condenados por los hombres; que los mahometanos procuraban con empeño hacerse prosélitos, lo que lograban tanto mas fácilmente, cuanto que no habia operarios evangélicos que pudiesen oponerse á los progresos del islamismo. Y si bien esponia aun otras muchas razones para inducir á sus hermanos á que no olvidasen aquella mision que le era tan querida, ninguna habia tan convincente como el ejemplo de todas las virtudes que estuvo dando Barreira hasta el año 1612, en el que el Señor le llamó á sí para recompensarle todos sus trabajos. Magníficas fueron las exequias que se celebraron por el misionero: los magistrados, el gobernador y todas las personas mas notables asistieron á ellas vistiendo de luto, y besaron con respeto el féretro del generoso apóstol. Atribúyense al P. Barreira diferentes milagros, obrados antes y despues de su muerte, y de los que solo citarémos uno: esperimentó uno de los buques en que se habia embarcado varias veces el apóstol, una horrorosa tempestad que amenazaba sumergirle, cuando uno de los marinos que conservaba un hábito viejo del misionero, lo estendió en la proa, invocando su intercesion poderosa, y en aquel mismo instante quedó el mar tranquilo. Manuel Alvarez, digno émulo de Barreira, estaba hacia nueve años evangelizando la Guinea, cuando murió á su vez en un pueblecito llamado el Salto de la Leona. Continuaron los jesuitas portugueses, regando con sus sudores aquella parte del Africa, que correspondia á sus afanes con los mas abundantes frutos. Las islas vecinas, sembradas por la mano de Dios en el Océano, contenian muchos cristianos que, instruidos por Barreira algunos años antes, cumplian estrictamente con todos los preceptos de la Iglesia; pero que á causa de su frecuente comercio con los idólatras y los musulmanes, habian acabado por olvidar casi enteramente aquellos santos preceptos. Hacer revivir aquella fé casi estinguida en sus corazones, fué el primer cuidado de los misioneros.

Entre el reino de Angola, en el que empezó á ejercitarse el celo de Barreira, y la Guinea, teatro de sus últimas misiones, hay el reino de Congo, de cuya historia vamos á ocuparnos nuevamente. Luego de haber sabido Alvaro I el advenimiento del cardenal Enrique, al trono de Portugal, escribió á este príncipe, á fin de que le procurase misioneros; pero como muriese el cardenal á los pocos meses, no dió la carta de Alvaro resultado alguno. Felipe II, empero, que reunió entonces las dos coronas de España y Portugal, prometió al rey de Congo los socorros espirituales que tan vivamente reclamaba; en cuya virtud nombró Alvaro embajador cerca de Felipe II á Sebastian de Costa, que murió antes de llegar á su destino en las costas de Portugal. Nombró el fiel Alvaro entonces para desempeñar aquel cargo cerca del rey y el Papa, á Eduardo Lopez, hombre de inteligencia y de celo, y sobre todo, de una piedad á toda

prueba. Como no diesen las gestiones de Lopez en Madrid el resultado apetecido, trocó el embajador su uniforme por un tosco sayal, y resolvió dirigirse á Roma, despues de haber hecho voto de emplear todas sus riquezas en construir una casa de instruccion para la juventud del Congo, y un hospital para todos los pobres enfermos cristianos. Sixto V hizo á Lopez una escelente acogida; pero como el Congo procediese del reino de Portugal, dijo no poder él inmiscuirse en aquel negocio, por ser el rey de España el que debia decidirle. Así que, tuvo Lopez que dirigirse nuevamente á España, regresando el año 1589 al Congo, donde al parecer murió poco tiempo despues de su llegada. En los últimos años de Alvaro I, muerto en el año de 1587, viéronse los habitantes del Congo, privados del ausilio de los misioneros, puesto que solo contaban con doce sacerdotes para la direccion de treinta mil tribus mas ó menos numerosas; sin embargo, tendiéronles en su desamparo una mano protectora, los jesuitas residentes en San Pablo de Loanda. Uno de estos religiosos prestó el mayor de los servicios á Alvaro II, en el momento de ser llamado al trono; en cambio, dió el nuevo monarca un decreto á 7 de julio del año 1587, facilitando el ejercicio de su ministerio en sus Estados. Mientras ocupó el trono Alvaro II, ó sea hasta el año 1614, floreció en gran manera la religion en el Congo, merced á la ereccion de la diócesis que debia procurarle los misioneros necesarios. Despues de haber sido coronado Alvaro III, en el año 1615, envió una embajada á Paulo V, al que prestó sumision como gefe supremo de la iglesia. No solo recibió el Papa con las mayores muestras de aprecio al nuevo embajador, sino que, habiendo caido este enfermo, fué á visitarle diferentes veces, le ofreció el mismo Papa algunos alimentos, y cuando murió, le hizo enterrar con toda solemnidad en Santa María la Mayor. El principal objeto que habia llevado á Roma al difunto embajador, era pedir cierto número de religiosos capuchinos para el Congo; por lo que se dispuso saliese para aquel pais una mision de la propia órden, en el año 1618, dando el Papa con aquel motivo, un breve el dia 2 de enero del año 1621; sin embargo, no pudo aquella mision llevarse á cabo. En cambio, llegó al Congo una segunda mision de jesuitas, durante el reinado de Alvaro III, la cual produjo grandes resultados, merced al celo del rey, cuya muerte, acontecida á 4 de mayo del año 1622, hizo tan corto su feliz reinado.

CAPÍTULO XXI.

Mision de los Jesuitas en el imperio del Mogol, China; y de los Jesuitas y Dominicos en el Africa oriental.

Todos los misioneros que evangelizaron la costa oriental del Africa, eran procedentes de la India; así pues, Goa, foco del que partian los luminosos rayos que iban á sacar de las tinieblas á los reinos vecinos, es el punto que debe llamar nuestra atencion.

Hemos dicho ya que un descendiente de Tamerlan, habia fundado en la India el imperio del Mogol, del que era Akbar el gefe, cuando dos jesuitas, enviados en el año 1576 á Bengala, dieron comienzo á sus trabajos apostólicos. Habiendo llegado á oidos del príncipe la fama de sus virtudes, mostró deseos de conocer el cristianismo; por lo que Antonio Cabral, á quien el virey de Goa habia nombrado embajador cerca del gran Mogol, y el portugués Pedro Tavero, llamaron á uno de los misioneros de Bengala. Al fin de poder Akbar relacionarse libremente con el misionero, aprendió la lengua portuguesa, haciendo en breve en ella rapidísimos progresos. No fueron menores los que hizo en la fé cristiana, puesto que no paró hasta lograr que fuesen las puertas de sus Estados abiertas de par en par á los jesuitas. Hé ahí la carta que al efecto escribió á Goa: « Akbar, el gran emperador del mundo, á los venerables PP. de San Pablo. Os envio á Ebadola, acompañado de un intérprete, para que os manifieste en mi

nombre el afecto que os profeso, y os pida que os digneis enviar á mi corte á algunos de los religiosos de vuestra órden, que estén versados en los libros santos, á fin de que me espliquen los profundos misterios de vuestra religion. ¡No podeis figuraros cuanto deseo conocerla y abrazarla! Todos los padres que envieis, serán magníficamente acogidos, permitiéndoseles, siempre que lo deseen, regresar á Goa: vengan pues, nada teman, antes bien, cuenten siempre con mi proteccion decidida.» Grandísima fué la satisfaccion que causó á los jesuitas la carta trascrita. El provincial, accediendo á los deseos del emperador del Mogol, nombró para aquella mision á los PP. Rodolfo Aquaviva, Antonio Monserrat y Francisco Henriquez; el primero de ellos, que fué nombrado superior, era hijo del duque de Atri y sobrino del P. Claudio Aquaviva, célebre general de la Compañía de Jesus. Akbar, que estaba ya aguardando á los jesuitas en Fetipur, les recibió con los brazos abiertos, y con trasportes de alegría; pasó toda la noche con ellos, y so pretesto de atender á sus necesidades, les ofreció una cuantiosa suma; pero los apóstoles le dijeron no poder aceptarla por haber hecho voto de pobreza, siendo su voto una barrera insuperable que nunca pudo salvar la liberalidad del príncipe. Semejante desinterés, tan poco comun en los ministros del islamismo, produjo inmensas ventajas á la religion cristiana. Los padres ofrecieron sus presentes al emperador: consistian estos en una biblia escrita en cuatro idiomas, y en dos cuadros, uno de Jesucristo y otro de la Vírgen María. Akbar tomó la Biblia, que se puso sobre la cabeza en señal de respeto, y luego besó las imágenes, haciendo que sus hijos tambien las besáran (Pl. XCV, n.º 1). En las demás visitas que le hicieron los misioneros, quiso el emperador que le esplicasen la falsedad del Alcoran y los principios que contenia el Evangelio. Dispúsose en su virtud, quo habria todos los sábados en el palacio una discusion religiosa con los doctores mahometanos; habian traido los jesuitas un Alcoran de Goa, y el P. Henriquez, persa de nacion, era el intérprete de sus compañeros. Insistieron los jesuitas en las primeras discusiones acerca la especie de beatitud que Mahoma estableció en la otra vida para los musulmanes, demostrando la infamia de las promesas que el seductor habia hecho á los hombres, á fin de atraérseles por medio de la innoble satisfaccion de las pasiones. Akbar convino tambien sobre este punto en la imperfeccion del Alcoran, con solo comparar el espíritu de orgullo y de sensualidad, que en él se nota, con el espíritu de humildad y de mortificacion que contiene el Evangelio: «Los cristianos, dijo, han estendido por toda la tierra sus doctrinas, derramando su sangre; y solo haciendo correr la sangre agena, ha podido prevalecer el islamismo en Oriente.» Aunque cada vez mas vivas las demostraciones de amistad con que eran los jesuitas recibidos en palacio, como conocian los religiosos el carácter do los orientales, en los que, no siempre corresponden las protestas á los verdaderos sentimientos del corazon, no se atrevian á abrir enteramente su corazon á la esperanza. Finalmente, para salir de dudas, y conocer de una vez la buena fé de Akbar, le habló el P. Aquaviva en estos términos: «Príncipe, ya sabeis las condiciones bajo las cuales renunciamos á una abundante cosecha, por venir á anunciaros la ley de Jesucristo. Tenemos la formal promesa de que nadie se opondrá á nuestra partida, si es la semilla de la palabra estéril en vuestro corazon; así pues, me atrevo á fijaros un plazo, para que os declareis en favor de las doctrinas de Jesucristo ó de las de Mahoma.» No ofendió al emperador en lo mas mínimo el enérgico lenguaje del misionero, al que contestó de esta manera; «Un cambio tan trascendental como el que me exigís, solo puede proceder de Dios: por mi parte, os prometo, que no cesaré de implorar sus luces y su ausilio.» Habiendo sabido el emperador que estaba la casa en que vivian los religiosos, espuesta al rumor de los transeuntes, les destinó otra habitacion





en el recinto de su palacio; pudiendo ver entonces los jesuitas por vez primera, un altar erigido á Jesucristo, en el centro de un patio de los mahometanos. Confióse entonces á los religiosos la educacion de una parte de la familia imperial; puesto que Pahari, hijo segundo de Akbar, fué confiado á la edad de trece años á la direccion del P. Monserrat, quien le instruyó en las ciencias humanas, y en la ciencia mas sublime de la religion. Habiendo empezado cierto dia el jóven príncipe á dar la leccion, que empezaba con estas palabras: « En honor del Dios Todopoderoso. » —Añadid, hijo mio, dijo Akbar, y *de Jesucristo*, *el verdadero profeta*. Entró luego el emperador en la capilla de los religiosos, y se postró con el mayor respeto; sentándose despues en el suelo, segun la costumbre del pais, empezó con los misioneros una conversacion, en la que no paró hasta descubrirles enteramente su pecho: « Sabeis, les dijo, el sentimiento de respeto y veneracion que me inspira la religion que me habeis enseñado; todo me habla en su favor: los milagros del Mesías, atestiguados por el mismo Alcoran, la sana moral del Evangelio, su propagacion por medio de los sufrimientos, son otras tantas causas poderosas que me inducen á reconocer en Jesucristo á un profeta enviado de Dios. Pero, cuando elevais mi espíritu sobre lo que parece haber de sensible en la persona del Mesías, me pierdo en la sublimidad de vuestros misterios. Mostradme, añadió, la generacion eterna del verbo en el seno de su padre, y su encarnacion milagrosa en el tiempo, y creeré sin titubear, todos los artículos que me prescribís. » Los misioneros, sacaron de los mismos principios de que estaba convencido Akbar, consecuencias las mas favorables á nuestros sublimes misterios. « Jesucristo, lo dijeron, os parece haber probado suficientemente su mision por medio de los milagros que el mismo Alcoran reconoce; la santidad de su moral atestigua la verdad de su religion: luego es un profeta autorizado. Preciso será, por lo tanto, creer su palabra. Además, Jesucristo nos asegura que existia antes que Abrahan; y todos los monumentos que nos restan de este patriarca, confirman la trinidad de personas en Dios; evidentemente los milagros en que creeis, afirman los misterios que él nos ha revelado y que vos no podeis comprender. » Penetrado Akbar de la fuerza de aquel argumento, esclamó, con los ojos arrasados de lágrimas: « Hacerse cristiano, cambiar la religion de sus padres, ¡ qué peligro para un emperador! ¡ qué suplicio para un hombre educado en la molicie y en la libertad del Alcoran! » Sin embargo, bien convencido de la falsedad de Mahoma, se complacia Akbar en confundir á los doctores del islamismo. « Si los libros de Moisés, así como tambien el de los *Salmos*, les decia, han sido inspirados por Dios, segun confesion de Mahoma, ¿por qué nos prohibe su lectura? Se dice en el Alcoran que el Evangelio de Jesucristo es la Escritura verdadera; y sin embargo, cuan distinta es en su fondo la doctrina de uno y otra. Convienen las dos religiones en que el Evangelio es santo; pero no consienten los cristianos en que el Alcoran sea obra de Dios: luego la prudencia me prescribe seguir la opinion mas segura, esto es, la de abandonar el Alcoran que los cristianos reprueban, y seguir el Evangelio que los mahometanos admiten. » Así dispuesto Akbar en favor del cristianismo, no solo permitió que fuese predicado en todo su imperio, sino que hasta quiso se diese á las ceremonias religiosas toda la pompa posible. Como muriese un portugués y quisiese el emperador que se le enterrára con toda la imponente magestad religiosa, fué la cruz llevada públicamente por las calles de Fetipur, con gran asombro de los musulmanes que la veian por vez primera. Sin embargo, la semilla evangélica no acababa de fructificar aun en el endurecido corazon del monarca, cuando la ambicion de un doctor musulman llegó casi á realizar lo que no habia podido obtener el celo de los jesuitas. Abul-Fazl, que solo veia en la unidad de creencias un nuevo lazo político, hizo presente al emperador que el islamismo,

religion de los vencedores, no seria nunca aceptado por los indos, aconsejándole, por lo tanto, que hiciese predicar el cristianismo en el Indostan, por ver si triunfaba en él del mahometismo y de la idolatría; hablóle además de Jesucristo, sin olvidarse de hacer resaltar á los ojos del monarca los absurdos del Alcoran, para mejor decidirle á seguir sus consejos. Vacilante Akbar, se contentaba con hacer entrever á los jesuitas las probabilidades de su conversion, cuando vino la adversidad á combatir en él su fé naciente. Sublevados los patanos por un hermano mismo del emperador, atribuyeron los doctores musulmanes aquella sublevacion á un castigo providencial por el abandono y postracion en que Akbar habia sumido al islamismo. Desde entonces empezó á entibiarse el sentimiento católico en el corazon del monarca, si bien continuó por esto permitiendo á los jesuitas predicar el Evangelio, que no debia hacer ya muchos prosélitos en un pais, en el que solo la proteccion del príncipe ó un notable cambio político, podian cambiar la religion que le habia sido impuesta por la violencia. Viendo pues los jesuitas paralizado el ministerio apostólico, iban á dirigirse á Goa, á no haberles Abul-Fazl detenido. «El emperador, les dijo, os admite con placer en su palacio; y creed que solo la razon de estado le impide abrazar la religion que le habeis predicado. Ayer mismo le ví ponerse el Evangelio sobre su cabeza con el mayor respeto, lo que no ha hecho con el Coran cuantas veces le ha sido presentado: quedaos pues, y dejad obrar al tiempo una conversion que tiene ya vuestro celo muy adelantado.» Advertido por Abul-Fazl, trató aun Akbar á los jesuitas con mas benevolencia, volvió á hablarles de la religion, y les encargó que enseñasen á su hijo mayor las ciencias europeas. Con todo, no creyendo el P. Aquaviva poder dejar en la inaccion á aquellos operarios evangélicos, sobre todo cuando tanta falta estaban haciendo en las Indias, habia escrito á sus superiores que bastaba allí un solo misionero para dirigir á los cristianos y estar á la mira de la disposicion del emperador que, no tardó en declarar á los religiosos que estaba su conversion aun muy lejana. «Me siento unido al islamismo por lazos que no puedo romper, les dijo. «Los *mollahs* del palacio y mi madre, la sultana, no cesan de clamar contra la religion que protejo; siendo mas violentos aun los ataques que dirigen contra ella las mugeres de mi haren, por temor de ser despedidas desde el momento que el cristianismo me obligue á limitarme á una sola muger; así que, nada omiten, y apelan á todas las caricias por borrar en mi corazon la imágen del Salvador divino. En una palabra, es el Evangelio tan santo y sublime, que no me es su observancia posible á causa de mis costumbres corrompidas.» El P. Aquaviva, al oir esta confesion, pidió permiso para retirarse inmediatamente á Goa, lo que dió lugar al débil príncipe á arrepentirse de su franqueza. «¿Ignorais, padre mio, le dijo, cuán necesaria me es vuestra presencia? Cuanto mas escabroso es el camino que debo seguir, tanto mas necesito un amigo fiel que me guie. ¿Es posible que me abandoneis en este trance?» Vencido Aquaviva por tan tiernas súplicas, dejó que partiesen sus dos compañeros, el P. Henriquez para Goa, y el P. Monserrat, para Agra, acompañado del príncipe su discípulo, quedándose él en Felipur, cerca de Akbar para fortalecerle y dirigirle. Las nuevas consideraciones que tuvo el emperador con el religioso, le valieron muchos émulos, algunos de los cuales atentaron varias veces contra la vida del jesuita: y como quisiese Akbar con este motivo hacerle aceptar algunos guardias, contestóle el religioso: «No, príncipe, el hombre apostólico no necesita mas defensa que la de la confianza en su Dios; mas le valdria morir que perderla.» Mientras el emperador permaneció en Felipur, ocupábase el misionero en hacer los estudios necesarios para sostener la controversia contra los doctores musulmanes; y cuando la guerra obligó á Akbar á ponerse al frente de sus tropas, aprovechó el jesuita aquel intervalo para entregarse á la oracion, á la penitencia y á la práctica de todas las virtudes,

venciendo la austeridad en él mas de una vez las fuerzas de la naturaleza. Los señalados triunfos que alcanzó Akbar en todos los combates, hincharon su corazon de orgullo; ya no deseaba cimentar, por medio de los jesuitas, sus relaciones con los portugueses, ni estudiar las ciencias de Europa. Gefe de un vasto imperio poblado de idólatras, mahometanos y cristianos, solo pensó en fundir en un solo culto el bracmanismo, el islamismo y la religion cristiana; y erigiéndose en Dios, aquel inventor de una nueva secta, tomó el nombre de Cha-Geladin, ó sea, el *poderoso rey de la ley soberana.* Tan pronto como supo Aquaviva el notable cambio de Akbar, fué á encontrarle en Lahora: «Príncipe, le dijo, con las lágrimas en los ojos, ha llegado el momento de mi partida; ya no necesitais de mí, ni puedo yo permanecer por mas tiempo en vuestra corte. Solo habeis empleado el conocimiento del cristianismo en su daño, en su profanacion, confundiéndole con la idolatría y la impiedad mahometana. El escándalo de esta innovacion recae en parte sobre mí, por considerárseme su autor; mi deber, por lo tanto, es protestar públicamente y partir desde luego; de este modo sabrá todo el imperio del Mogol que no han sido mis doctrinas las que han preparado la revolucion que acabais de empezar. No, mis ojos, no os verán por mucho tiempo ocupar el puesto de Dios, y recibir un culto que no corresponde mas que al Eterno, al que suplicaré, sin embargo, se digne suspender sobre vos su justa venganza, á fin de que tengais tiempo para conocer vuestra falta y repararla.» Akbar, en el colmo del entusiasmo que le causaba el incienso de los pueblos, no esperimentó, al oir aquellas palabras, enternecimiento ni cólera; solo trató de impedir la partida del religioso porque le amaba; pero este se mostró inmutable. Al ver el emperador que habia llegado el momento de separarse, quiso dar al P. Aquaviva una prueba de la ternura con que le amaba. La sultana, madre de Akbar, tenia en su servicio una esclava polaca, casada con un esclavo ruso, la cual gozaba de la mayor confianza cerca de la princesa; y sin embargo, á instancias del P. Aquaviva, el emperador obtuvo de su madre la libertad del marido y de la muger esclavos, así como tambien la de sus dos hijos. Tales fueron las únicas riquezas que se llevó el misionero del pais mas opulento del mundo. Emprendió el misionero el camino de Goa con aquellos pobres séres que acababa de restituir á la libertad; siendo nombrado á su llegada rector del colegio que tenian los jesuitas en la isla de Salceta. El camino de Salceta, debia ser para Aquaviva la via dolorosa del martirio, cuya inmortal palma recogió el dia 15 de julio del año 1583, esto es, á los pocos meses de haber regresado del imperio del Mogol. Los PP. Alfonso Pacheco, Antonio Francisco y Pedro Berna, y el hermano coadjutor Francisco Araña, sacrificados tambien por los idólatras, alcanzaron casi al mismo tiempo la gloria del martirio.

El P. Monserrat, compañero de Aquaviva en el imperio del Mogol, indujo á Akbar á que le confiase una mision cerca de Felipe II, dueño de todas las posesiones portuguesas del Asia, á consecuencia de la muerte del cardenal Enrique. Mas tarde fué aquel religioso destinado con el P. Paez á la mision de Abisinia, por el provincial de Goa, cuya ciudad abandonaron ambos misioneros el dia 2 de febrero del año 1589. Mientras se dirigian hácia Zela, punto situado en el golfo de Arabia, fueron apresados por los piratas y presentados á Omar, gobernador de aquella region, quien les hizo gemir por espacio de cuatro meses en el cautiverio, del que les arrancó una órden de Hasan, gobernador de toda la Arábia, previniendo que le fuesen presentados los dos jesuitas. Despues de haber contestado á cuantas preguntas les dirigió el gobernador mahometano, fueron los dos religiosos agregados á una miserable banda de esclavos que hacia trabajar Hasan en sus jardines. Durante los pocos momentos de reposo concedidos á aquellos infortunados, se dedicaban los jesuitas á procurar los socorros de la religion á los veinte y seis portugueses y á los indos católicos que por su

triste suerte se habian visto arrojados en la misma mazmorra. Dos años habian trascurrido de aquel modo, cuando la primera muger de Hasan, hija de una familia católica, y que favorecia secretamente á los cristianos, se sintió conmovida al ver el sufrimiento de los jesuitas. Deseando salvarles, les hizo advertir por un eunuco, tambien cristiano, que cuando á la tarde de aquel mismo dia fuese Hasan al jardin, en el que estaria tambien ella con su hijo, niño de seis años, ofreciesen á este alguna fruta ó flores, para que pudiese el niño presentarlas á su padre. Los misioneros formaron en seguida una corona de flores y frutas, que regalaron al niño á la hora indicada, y que lleno de gozo fué aquel á presentarla al feroz Hasan. Al dia siguiente, presentó el tierno y gracioso abogado una instancia á su padre, pidiendo la libertad de los cautivos; y deseando Hasan complacer á su hermosa compañera, declaró libres á los dos religiosos. Sin embargo, debia la codicia dejar aun sin efecto aquel primer sentimiento de generosidad; habiendo observado un mercader turco que tenia el P. Monserrat entre sus pobres vestidos algunos ornamentos sacerdotales, advirtió al gobernador que seria aquel portugués probablemente un obispo, y que seria por lo mismo una falta imperdonable soltar á un cautivo, que podia pagar un gran rescate. Así pues, destinóse nuevamente á los jesuitas á los mismos trabajos, tratándoseles aun con mucho mas rigor que antes á fin de que se procurasen el rescate que debia salvarles. Rendido ya al peso de los sufrimientos y fatigas, casi habia llegado Monserrat á su última hora, cuando se presentó un mercader mahometano, agente secreto de Matías de Alburquerque, virey de las Indias, para redimir á todo trance á los dos jesuitas. Procurando, pues, ocultar su mision á los turcos, ofreció con aire indiferente mil escudos por los dos esclavos, cuyo triste estado ofrecia pocas probabilidades de vida; siendo su proposicion prontamente aceptada, por no ocultarse á la sórdida avaricia de Hasan, lo muy fundados que eran los temores del mahometano. Despues de haber recobrado su libertad, se dirigieron los PP. Antonio, Monserrat y Pedro Paez nuevamente á Goa, donde llegaron en el mes de diciembre del año 1596, menos felices que Abrahan Jorge que acababa de regar con su sangre la tierra de Abisinia. Descendiente Abrahan Jorge de una familia maronita del monte Líbano, habia nacido en Alepo, y pasado luego á Roma, donde fué educado en el colegio de los Maronitas, dirigido por los PP. de la Compañía de Jesus. En el año 1582 abrazó el instituto de San Ignacio, y fué elevado al sacerdocio á los veinte años de su edad, partiendo inmediatamente para las Indias, en cuyo pais ejerció Abrahan por algun tiempo un útil y penoso ministerio que produjo inmensas ventajas á los cristianos de Santo Tomás. En el mes de enero del año 1595, se embarcó para la Abisinia, disfrazado de mercader turco con tal propiedad, que sorprendió agradablemente al virey cuando se le descubrió, despues de un buen rato de haber estado hablando con él sin conocerle. A causa de una prolongada tempestad, tocó el misionero en la isla de Masauah, en la que un jóven abisinio que le acompañaba, despues de comprometerle con su imprudencia, acabó por perderle con su debilidad, bastando una amenaza para hacerle confesar no solo que él y su amo eran cristianos, si que tambien por hacerle apostatar. Interrogado el P. Abrahan Jorge, declaró que era sirio, cristiano, sacerdote y misionero. «¿Cómo te has atrevido á engañarnos de este modo? le preguntó el gobernador turco; mereces la muerte. Así pues, decídete: la muerte, ó la ley de Mahoma: ¿qué es lo que prefieres?— La muerte.» Asombrado el turco, se contentó con hacer cargar de cadenas al intrépido defensor de la cruz. Cuando algunos dias despues fué el P. Jorge presentado nuevamente á su juez, recibióle este con benevolencia, haciendo además por tentarle todas las promesas. «Adora interiormente á Jesucristo, si quieres, al que yo mismo adoré tambien en otro tiempo; pero, al menos de boca, con-

fiesa á Mahoma. Mañana haré celebrar una fiesta religiosa, en la que cantarémos un himno en su honor: une tu voz á las nuestras.— ¿Queréis que haga traicion á mi Maestro divino, que fué tambien el vuestro? ¿Cuál es la razon que me asiste para abandonar una religion tan santa, confirmada por tantos milagros, sostenida por tantos sacrificios? ¡Qué locura la mia, si me privase de los bienes de la vida eterna, que la religion cristiana asegura á los que le son fieles! Porque no pensais mas bien en vos mismo, y no procurais por medio de un arrepentimiento.... » El renegado interrumpió al misionero con una desdeñosa carcajada, y le hizo conducir nuevamente á su cárcel. Hé ahí las palabras del confesor de la fé en su último interrogatorio, ante los jueces reunidos: «Sabedlo de una sola vez, adoro á Jesucristo, Hijo de Dios, y Dios tambien como él. A ese Mahoma, al que llamais profeta y grande hombre, le considero y le aborrezco como impostor.... » Al oir estas palabras, el gobernador se levantó furioso, desenvainó su cimitarra y se arrojó sobre el misionero; pero antes de llegar á él se detuvo é hizo un gesto al verdugo para que se acercase. Por dos veces descargó el verdugo su cuchilla sobre la cerviz del misionero, sin lograr mas que romper una á cada golpe sin herirle; solo al tercer golpe que descargó el verdugo, cayó la cabeza de la generosa víctima. Solo tenia el P. Abrahan Jorge treinta y dos años; tuvo lugar su martirio en el mes de abril del año 1595. Obró el cielo despues de su muerte, diferentes milagros: arrojado el cuerpo del mártir á un muladar, viósele por espacio de cuarenta dias ceñir una corona de luz celestial, sin que pudiesen acercársele á él las aves carnívoras, por guardarle otras aves de deslumbrante blancura Torturado el gobernador por el remordimiento del crímen cometido, pretendió achacarlo á los demás, y como si encontrase un consuelo en repetirlo, decia á cada instante no ser él el que habia vertido la sangre del justo. Todos los autores de aquella muerte, que coronó una vida de raras virtudes, murieron miserablemente en un breve plazo.

La primera mision del Mogol nos ha obligado á continuar las biografías de sus primeros apóstoles, los PP. Aquaviva y Monserrat, y á los que hemos creido deber tambien unir la del P. Abrahan Jorge; pero ya que hemos cumplido con nuestro deber de historiadores, continuemos ahora nuestra relacion interrumpida.

Luego de haber renunciado Akbar á su nuevo culto, hizo llamar á instancias de Abul-Fazl, á otros misioneros; siendo un diácono armenio que se encontraba en la corte del Mogol, el encargado de aquella negociacion cerca del virey de las Indias, llevando además al provincial de los jesuitas, la carta siguiente: « En nombre del Señor: El poderosísimo é invencible emperador Akbar, saluda á los PP. de San Pablo, que poseen la gracia de Dios, que gozan del don del Espíritu-Santo, que obedecen las leyes del Mesías, y que conducen los hombres al conocimiento de la verdad. A vosotros me dirijo, venerables padres, que habeis abandonado al siglo, y despreciais los honores y las riquezas. He estudiado con detenimiento todas las religiones del mundo; y, sin embargo, me parece que no estoy aun bien impuesto en los misterios de la religion cristiana. Por medio de vuestros padres, á los que amo mucho, y cuya conversacion me es muy grata, deseo adquirir un conocimiento mas perfecto. El armenio Grimon que os entregará mi carta, me ha asegurado que hallaré entre vosotros hombres sábios y capaces, que sabrán resolver todas mis dudas. Venid pues, á confundir aquí á todos los doctores de la ley mahometana, y estad seguros de que seré el primero en aplaudir vuestros triunfos. Si los misioneros que me enviais quieren hacerse construir una casa en mi capital, yo les procuraré todo lo necesario, dándoles aun otros privilegios mucho mayores, que los que dí á los que les precedieron; si prefieren regresar á Goa, les daré la autorizacion debida, por mas que les vea partir con dolor. » Acompañaba á esta carta una suma

considerable, que el diácono armenio debia distribuir entre los pobres de Goa. A juzgar de los sentimientos de Akbar por sus palabras, nadie podia dudar de su conversion; todas las mugeres de su haren se habian casado, y solo habia quedado la sultana. Además veneraba públicamente á la Vírgen María, habiendo hecho erigirla un trono, para que fuese tambien del culto y veneracion de los demás. Los sacerdotes Eduardo Leiton y Cristóbal de Vega, sucesores del P. Aquaviva, partieron de Goa para dirigirse al Mogol, recibiéndoles Akbar dignamente en Lahora, el año 1591. Permitióles abrir una escuela, para enseñar á los indios á leer y escribir el idioma portugués; púsoles en sus íntimas conversaciones algunos argumentos contra el cristianismo, quedando muy satisfechos de las respuestas de los misioneros. Pero como continuase el emperador alabando siempre la religion cristiana, sin abrazarla nunca, dominados los misioneros por la impaciencia de su ardiente celo, se volvieron á Goa; pero Roma desaprobó su conducta, y mandó al general de los jesuitas que se enviasen al Mogol otros dos misioneros. Eligióse entonces al P. Gerónimo Javier, sobrino del gran apóstol de las Indias, y superior de la casa de Goa, el cual partió á 3 de diciembre del año 1594, con el P. Manuel Pinneiro. Cuando el dia 5 de mayo llegaron los jesuitas á Lahora, se les destinó una habitacion inmediata al palacio, en las orillas del rio, sin que se permitiese al pueblo acercarse á ella. Desde la primera audiencia que les fué concedida, no cesó el emperador de hablar á los padres de las imágenes de Jesucristo y de María, que conservaba aun en su poder, estrechándolas contra su corazon y besándolas con la mayor ternura, cada vez que se las presentaba. Como los niños imitan fácilmente lo que ven hacer, un jóven mogol, nieto de Akbar, é hijo del presunto heredero de la corona, se arrodilló y juntó las manos, como los misioneros, ante aquellas dos santas imágenes. «Hijo mio, le dijo el emperador, esos sacerdotes serán en lo sucesivo vuestros padres: imitadles, seguid sus instrucciones, y sereis digno de gobernar un dia los grandes reinos que os he conquistado.» Nunca se acercaban los misioneros al trono de Akbar, sin que éste les saludase respetuosamente, y no les hiciese sentar á la europea, distincion que aquel príncipe no concedia ni á los embajadores, ni aun á los mismos reyes que iban á visitarle en su corte. Ya no se limitaba últimamente á rezar arrodillado con los padres, sino que prometió hacer construir una iglesia á sus espensas; pero cuando estaba ya á punto de recibir el bautismo, como ya habia sucedido varias veces, sostenia públicamente por orgullo ideas contrarias á la religion, y que en su interior rechazaba. Sus vacilaciones, empero, fueron al fin castigadas por el cielo. Celebraba Akbar con sus hijos en el dia de Pascua, del año 1597, una fiesta en honor del sol, en el centro de una azotea, donde habia hecho levantar dos tiendas, y un altar en forma de trono al astro del dia, representado por medio de piedras preciosas que deslumbraban, cuando á pesar de estar el cielo sereno, cayó de repente un rayo que destruyó el altar, é incendió las tiendas y la ciudad entera, en la que fueron consumidos por el incendio los inmensos tesoros de Akbar. Obligado á abandonar un punto en el que todo le recordaba su impiedad, se retiró el emperador al reino de Kachemira, acompañado del P. Gerónimo Javier y del P. Benito de Goes, á la sazon su compañero, por haberse quedado el P. Pinneiro en Lahora, ocupado en convertir á los mahometanos y á los idólatras. Muchos fueron en breve los nuevos convertidos, pero pocos los que merecian la gracia del bautismo, escepto los moribundos, á causa de la inconstancia natural de los indios. Tampoco faltaron mártires en aquella cristiandad naciente. Habiendo logrado una madre mahometana con sus instancias, que se le bautizase á un niño de teta, y fuese despues por ello objeto de las burlas y amenazas de sus vecinas, llevó su barbarie hasta el punto de envenenar á su hijo. No fué empero inútil





la intercesion del infante en bien de la nueva iglesia. El número de los catecúmenos fué siempre en aumento ; su virtud creciente inspiró al misionero la mayor confianza , por lo que se dispuso que en el dia de Pentecostés del año 1599 , se les administraria el bautismo , cuya ceremonia fué imponente y magnífica. Los catecúmenos recorrieron en procesion las calles de Lahora , cubiertas de ramas que les preservaban del ardor del sol ; precediendo á los neófitos un gran número de músicos. El P. Pinneiro los recibió en la puerta de la iglesia , bautizándolos luego ante un inmenso pueblo , atraido por la novedad de aquel religioso y tierno espectáculo. Mientras que se derramaba el agua santa sobre la cabeza de los convertidos , manifestó una jóven de diez y seis años tan vivamente su fé, que dejó enternecidos á todos los espectadores. « *¡El bautismo!* gritó , *¡el bautismo!* » Y como le observase el misionero, que solo se conferia aquel sacramento á las personas que estaban perfectamente instruidas en los misterios del cristianismo , contestóle : « Yo tambien lo estoy, pues he asistido siempre á todas las funciones sin declararme. » Y , en efecto , contestó satisfactoriamente á todas las preguntas , por lo que fué desde luego bautizada ; mostrándose por su fervor y su virtud , digna del nuevo nombre cristiano que llevó con gloria desde aquel dia. Perseguida la hermosa jóven por un rico musulman que queria hacerla entrar en su haren, supo con su constancia frustrar todos los planes del seductor , y procurar con su firmeza un nuevo triunfo á la iglesia. Unióse la jóven mas tarde á un cristiano que la amaba desde el primer dia en que le vió pedir con tanto ardor el bautismo, siendo buena esposa y buena madre. De este modo recogió el P. Pinneiro, en union con el P. Francisco Corsi, que habia ido á compartir sus trabajos , los primeros frutos de la semilla evangélica , sembrada por sus predecesores. Recibió Akbar un nuevo golpe , que le hizo renunciar para siempre á sus falsos dioses , así como tambien al culto de que queria él ser objeto : murió su hijo Pahari en el campo de batalla , desgarrando aquella pérdida su corazon de padre. Como no pudiese menos de considerar su desgracia como un nuevo aviso del cielo , buscó en el seno de Dios un lenitivo á su dolor, y hasta encontró en él la dicha de que hasta entonces habia carecido. El P. Gerónimo Javier , que tanto habia contribuido con sus amonestaciones á aumentar los efectos de la gracia en el corazon de Akbar , no se separó ya mas de su lado , hasta que murió aquel príncipe en Agra , á 13 de octubre del año 1605. Fué sepultado en un panteon que se habia hecho construir (Pl. XCV , n.º 2.) en Skandery , junto al camino de Delhi (Plancha XCVI , n.º 1.) , á una legua y media de Agra. (Pl. XCVI, n.º 2.) Corona aquel fúnebre monumento de mármol una hermosa cúpula , de esquisito gusto y riqueza. La estátua de la Santísima Vírgen y la de San Ignacio , que vió Manuchi en el panteon imperial , le hicieron creer que habia abrazado Akbar el cristianismo. Pero era tambien muy fácil que aquellas estátuas hubiesen sido colocadas allí como preciosidades de Europa , para adornar el fúnebre monumento , sin que se pretendiese manifestar con ellas la religion que el monarca habia profesado.

Durante el reinado de Akbar , habia oido decir el P. Gerónimo Javier, el año 1598 , á un mercader musulman que venia de Kan-Balikh, capital del pais que designaba Marco Polo con el nombre de Kathai , que en él habia muchos cristianos. Como el misionero comunicase al provincial la relacion hecha por el mercader, nombróse al P. Benito de Goes que se dirigiese á aquel punto, á fin de informarse de si era ó no cierta la noticia dada por el musulman. No solamente se limitó Akbar á aprobar el plan concebido, sino que dió cartas al jesuita para todos los reyezuelos de los paises que debia atravesar, procurándole además una suma para atender á los gastos del viage. Era el P. Goes tanto mas á propósito para aquella mision , cuanto que hablaba perfectamente la lengua persa y conocia las costum-

bres mahometanas. Al llegar á Lahora en 8 de setiembre, se reunió á una caravana de mercaderes persas que, cada cinco años se dirigian á la China, tomando el título de embajadores de su soberano, á fin de poder dedicarse mas fácilmente á su comercio. Habia adoptado Goes el trage armenio, y tomado el nombre de Branda-Abedula (siervo de Dios) que le indicó el P. Gerónimo Javier. Merced á su disfraz, tenia el P. Goes libre el paso, que no se le habria permitido á saberse que era portugués; habia comprado además diferentes objetos de la India, á fin de procurarse en cambio todo lo que pudiese necesitar durante el camino. A los cinco meses de su viage llegó á Cabul, donde habia una princesa, hermana del rey de Kaschgar, que venia en peregrinacion de la Meca; como empezase á faltarle dinero, se lo procuró el religioso sin admitir interés alguno. Agradecida la princesa, le recomendó eficazmente, y le entregó en mármol, el objeto mas precioso para los habitantes de Katai, el importe de la cantidad tan generosamente prestada. Despues de haberse visto atacada la caravana por los salteadores, y de haber perdido Goes seis caballos durante el viage, y de haberse visto espuesto á los mas inminentes peligros, entró al fin en Hiarkan, capital de Kaschgar, en el mes de noviembre del año 1603. El rey le recibió con benevolencia, y le autorizó para quedarse en su corte, en la que permaneció cerca de un año, saliendo de ella con una nueva caravana, compuesta de habitantes del pais, y en los que sabia no poder confiar mucho. En Chalis, ciudad del Khan de Kaschgar, gobernada por uno de sus hijos, vió llegar el misionero una caravana procedente del Kathai, y cuyos mercaderes le refirieron haber tomado tambien el título de embajadores, á fin de poder entrar en la capital, donde le dijeron haber permanecido tres meses con algunos cristianos estranjeros que habian llegado recientemente á Kan-Balikh, conociendo el P. Benito de Goes por los informes que le daban, ser todos ellos religiosos de su Compañía. En efecto, á medida que se acercaba á la muralla de la China, iba convenciéndose de que era el Kathai la parte septentrional del Celeste Imperio, y de que acababan los hijos de San Ignacio de establecerse en él. Habiendo sido cambiados los gobernadores de la provincia de Canton, vióse Tchao-King, donde el P. Ruggieri dejó á los PP. Mateo Ricci y Antonio de Almeida, privado de la presencia de los jesuitas. Logró entonces Ricci permanecer en Tchao-tcheu, donde el chino Tchin-tai-so le pidió que se dignase enseñarle la química y las matemáticas, á lo que accedió gustoso el misionero; y como llegase á ser en breve su discípulo uno de los mas celosos catecúmenos, fué bautizado en el mes de setiembre del año 1594. Convencido el apóstol de que las conversiones obtenidas en la corte serian mucho mas útiles á la religion que todos los esfuerzos que pudieran hacerse en las provincias, solo pensó en dirigirse á Pekin; si bien no se le presentó una ocasion favorable para realizar su viage hasta el mes de abril del año 1595. Habia uno de los principales mandarines del imperio que iba á dirigirse á la capital, que deseó ver á los jesuitas para consultarles acerca de la enfermedad de uno de sus hijos; el P. Mateo Ricci, que vió llegado el momento de la ejecucion de su plan, dijo al mandarin ser imposible la curacion de su hijo durante su corta permanencia en la ciudad, pero que le acompañaria con el mayor gusto, á fin de continuar prodigándole sus cuidados. Fué su ofrecimiento aceptado; por lo que confió el religioso la direccion de sus neófitos al P. Lázaro Cataneo, religioso enviado á aquella region para reemplazar á los PP. de Almeida y de Pelvi que habian sucumbido en ella. A los pocos dias de haber emprendido Ricci el viage en compañía del mandarin, ocurriósles un accidente que indujo á hacer creer al gefe chino serle fatal la presencia del sacerdote estranjero, al que por lo mismo despidió, haciéndole acompañar hasta Nanking ó Kiangning, segunda capital del imperio, situada en la costa meridional del Kiang, y cuya circunferencia es aun

mucho mas vasta que la del mismo Pekin. En la imposibilidad de permanecer en aquella ciudad, se dirigió Ricci á la de Nan-tchang-fu, capital de la provincia de Kiang-si, en la que habia una poblacion de trescientas mil almas, siendo una de sus industrias la fabricacion de ídolos. El virey, los mandarines y todos los hombres mas notables acogieron benévolamente al misionero; de modo que desde el año 1597, puede decirse que contaron ya los jesuitas con dos residencias en China, á saber: una en Tchao-tcheu, provincia de Canton, donde habia los PP. Lázaro Cataneo, Nicolás Lombardo, y otro, que no era sacerdote, y dos postulantes chinos, y otra en Nan-tchang-fu, provincia de Kiang-si, en la que se encontraban Ricci, superior de toda la mision de la China, el P. Juan Soerio, otro religioso que no era aun sacerdote, y dos discípulos indígenas del colegio de Macao. Hasta entonces habian usado los misioneros el trage de los bonzos; pero, como Luis Sequeira, obispo de Macao, y el P. visitador, les demostrasen la inconveniencia de aquel trage, le trocaron por el de letrados: cambio indispensable en un imperio, en el que solo gozaban de consideracion los hombres de letras. Así que, no tardó en ser el P. Mateo Ricci objeto de todas las atenciones, por haber escrito un *Tratado de la memoria artificial*, y un *Diálogo* sobre la amistad, á imitacion del de Ciceron, obra considerada por los chinos como un modelo que dificilmente habrian compuesto los literatos que gozaban entre ellos de mas celebridad. A fin de propagar el cristianismo, hizo imprimir además un compendio de la doctrina cristiana en lengua china, y luego otro Catecismo mucho mas fácil, para que estuviese al alcance de todos los indígenas. Así como el fuego del cielo derribó y redujo á escombros las tiendas, el altar y hasta toda la poblacion en que Akbar celebraba una fiesta en honor del sol, se declaró tambien en el mes de mayo del año 1597, un voraz incendio que consumió en dos dias el vasto palacio de Chin-tsong (1).

Como debiese un gran mandarin judicial, amigo de los jesuitas, dirigirse á Pekin, hizo el P. Lázaro Cataneo presente al P. Ricci la ocasion propicia que se le presentaba con aquel motivo para pasar á la capital del imperio; y en efecto, al llegar el mandarin á Tchao-tcheu, se le presentó el superior de la mision, pidiéndole que le permitiese acompañarle. Sin embargo, no pudo el misionero ver al emperador durante su permanencia en la corte; la única ventaja que le procuró aquel primer viage fué el adquirir la certeza de que era Pekin la célebre Kan-Balikh de Marco Polo, y la China aquel reino de Kathai, del que se hablaba tanto en Europa sin conocer su verdadera situacion. A su regreso se detuvo Ricci en Nanking, donde compraron los jesuitas una casa, que se les permitió poseer perpétuamente; inmensos fueron los frutos de salvacion que produjo el celo del misionero en el corto tiempo que permaneció en aquella ciudad. Tres fueron ya las residencias de los jesuitas en el interior del Celeste Imperio, sin contar su colegio de Macao, situado tambien en el suelo de China, que tantos misioneros habia de procurar mas tarde al Japon. Persuadido el P. Ricci, de que únicamente la autorizacion del emperador podria desvanecer la desconfianza con que miraban los chinos su permanencia en el imperio, resolvió dirigirse nuevamente á Pekin para lograrla. Despues de haber dejado en Nanking al P. Lázaro Cataneo, partió á 20 de mayo del año 1600 con el P. Jacobo Pantoja, natural de Valdemoro, diócesis de Toledo, y el hermano coadjutor Sebastian Fernandez, jóven chino educado en Macao. Para ser admitido en la capital, era preciso hacer ricos presentes que diesen una alta idea de las ciencias y artes que se cultivaban en Europa;

(1) Tal era el nombre del emperador que regia á la sazon los destinos de la China. Por mas que, como todo hombre, tuviese el monarca grabada en su corazon la idea de un Ser Supremo, se entregó, observando las supersticiones de su pais, al culto de los falsos dioses, hasta el momento en que hizo el Dios verdadero estallar su justa cólera. Fué tal empero el terror que se apoderó entonces de Chin-tsong, segun un historiador de su tiempo, que hizo arrodillar al jóven príncipe, su hijo, que debia sucederle en el trono, y pedir al cielo la gracia de que suspendiera su castigo. (Nota del Trad.)

así es que, se procuró ya de antemano el P. Mateo Ricci raras curiosidades que debian escitar la admiracion de los chinos. Sin embargo, ningun medio habia de ser para él tan seguro como aquella vida de oracion y penitencia que constituye la fuerza y el poder del hombre apostólico. En efecto, ¿quién, sino un misionero lleno de confianza en su Dios, no habria retrocedido ante los largos y espuestos viages que habian de hacerle sufrir tantas pruebas? Finalmente, entró Ricci en Pekin el dia 4 de enero de 1601, siendo admitido en el palacio del emperador al poco tiempo de su llegada; entre los presentes que ofreció á Chin-tsong, los que mas llamaron su atencion fueron dos relojes, entre los que habia uno de repeticion, objetos que eran aun en China desconocidos. No solo se permitió á Ricci permanecer en la ciudad, sino que hasta se le autorizó para entrar cuatro veces al año con sus compañeros en una cerca del palacio, cuya entrada solo se permitia á los oficiales de la casa del emperador Al favor imperial de que gozaban los misioneros, siguió muy pronto la estimacion de los mandarines por el sábio europeo, en cuya escuela reformaban sus falsas ideas acerca de las ciencias. Los físicos chinos admitian cinco elementos, sin contar en ellos el aire, y consideraban el espacio que el aire ocupa como un gran vacío: en cambio, contaban en el número de los elementos el metal y la madera. Sus sistemas de astrologia, al estudio de cuya ciencia se dedicaban con empeño, no les habian hecho conocer que los eclipses de luna son producidos por la interposicion de la tierra entre aquel planeta y el sol. El pueblo, pensaba cosas tan raras acerca de este fenómeno tan natural, que casi habria sido imperdonable su ignorancia en los indígenas mas degradados de América. Los mas hábiles geógrafos chinos tenian como principio indudable, el que la tierra era cuadrada, sin que concibieran que pudiese haber antípodas. Al refutar Ricci estos crasísimos errores, era escuchado como un oráculo, siendo muy bien recibido en Pekin su mapa universal, por mas que fuese en él mucho menor la estension de la China, de lo que generalmente creian sus naturales. Se ha querido suponer, pero sin dar prueba alguna, que dispuso Ricci su mapa de modo que la China se hallase en el centro del mundo, á fin de halagar el amor propio del emperador y de sus súbditos. De todos modos, es lo cierto que los chinos colocaban su pais en el centro de sus mapas, pretendiendo que solo consistia el resto del mundo en un conjunto de pequeñas islas; por lo que daban á la China el nombre de reino del centro. Pero basta dar una mirada al mapamundi de Ricci, para convencerse de la falsedad de sus detractores: rectificó las ideas sobre las cosas naturales, empleó luego el ascendiente que le daban la superioridad de su talento y la admiracion de sus oyentes, para hacer aceptar las cosas sobrenaturales que la religion nos enseña, y que los misioneros no dejaron de desenvolver en sus conversaciones, sus discursos y sus obras. Ricci compuso un Catecismo, que un mandarin letrado lo tradujo con tanta elegancia como exactitud, cuya obrita dió por resultado el que ya en el año 1602, ó sea en el mismo de su publicacion, fuesen regeneradas por el bautismo seis personas de la mas elevada gerarquía, entre las que habia un juez imperial, un cuñado del emperador, y el tercer hijo del médico de cámara. Establecieron los jesuitas la costumbre de que hiciesen los catecúmenos arrodillados ante el altar una profesion de fé, antes de recibir el sacramento del bautismo; siendo muchos los convertidos, particularmente los letrados, que la escribian en sus casas para leerla despues públicamente, Trigault (1) nos cita la siguiente, que hizo el letrado Ly, bautizado bajo el nombre de Pablo (Pl. LXVI, n.° 1), la cual leyó con la mas viva efusion: «Yo, discípulo Pablo, deseo sinceramente recibir la santa ley de Jesucristo. Por esto levanto en lo posible los ojos de mi alma al Moderador del cielo, y le suplico se digne aten-

(1) En su obra titulada, «Viaje hecho al reino de la China por los PP. de la Compañía de Jesus.»







der benigno á mis súplicas. Confieso que desde mi nacimiento en esta real corte de Pekin, no habia oido hablar hasta ahora de la ley divina, ni hallado á ninguno de los hombres perfectos y santos que la anuncian y publican; por esto erraba en todas mis obras y palabras, en todas las horas del dia y de la noche, como hombre insensato y ciego. Poco ha que por la misericordia y bondad divinas, he encontrado felizmente para mí, hombres famosos y eminentes en perfeccion, procedentes de Europa, tales como Mateo Ricci y Didacio Pantoya; de ellos he aprendido la santísima ley de Jesucristo, y por ellos he sido admitido á ver y venerar su imágen divina. Luego empezé á conocer á mi padre celestial y su ley que dió para salvar el mundo; ¿ por qué pues no he de procurar con todas las fuerzas de mi alma acercarme á esa ley, observarla y seguirla? Al considerar que desde mi nacimiento hasta el presente, que tengo ya cuarenta y tres años, he vivido siempre en la ignorancia de esa ley, sin que pudiese evitar diferentes caidas, no puedo menos de suplicar al Padre soberano que me mire con ojos de piedad y clemencia, y que me borre y perdone todos mis pecados. Por mi parte solo puedo prometer que en lo sucesivo, y sobre todo, despues de haber recibido el agua santa del bautismo, procuraré cumplir su santa ley, creer firmemente todo cuanto me enseñe y observar, en lo posible, sus diez mandamientos, sin faltar nunca á ninguno de ellos. Renuncio para siempre á los errores del mundo, y condeno todo cuanto no esté conforme con la ley divina, que prometo siempre seguir: solo os pido, piadoso Padre y misericordioso Creador de todas las cosas, que os sirvais iluminar mi espíritu, á fin de que sean mas seguros los primeros pasos que dé en la vida mejor que he emprendido y que debe conducirme hasta vos para gozar eternamente en el cielo de vuestra presencia. Así mismo os suplico, Padre mio, que despues de haber recibido esa ley, me deis valor para publicarla, como lo hacen vuestros siervos, en toda la redondez de la tierra, y fuerza para convencer á todos los hombres y decidirles á abrazarla. Dignaos, Señor, aceptar el voto que os ofrezco desde el fondo de mi corazon, por mas indigno que sea de vuestra majestad divina. Reino de Tamin, año trigésimo del reinado de Van-lie (Chin-tsong), en el sexto dia de la octava luna. » Luego de haberse convertido Pablo Ly en apóstol, hizo abrazar con la santidad del ejemplo y la fuerza de la palabra, el catolicismo á su madre, su esposa, sus hijos y sus criados. Uno de estos, instado vivamente en cierta ocasion para que se hiciese cristiano, juró que nunca lo haria, y hasta llegó á cortarse un dedo que arrojó al fuego para dar mas fuerza á su juramento, y sin embargo, triunfó de su obstinacion la caridad ardiente de su amo. No se limitó el celo de Pablo Ly á convertir á su familia, sino que atrajo tambien al redil de Jesucristo á todos sus amigos. Obligados los jesuitas á adoptar los casos y costumbres del imperio, solo despues de muchas precauciones, lograron hacer conocer la religion á las mugeres chinas, por tener que recibir estas las primeras nociones de la fé, de sus esposos y de sus hermanos, convertidos al cristianismo. Las primeras que conocieron nuestra religion, fueron despues las catequistas de sus parientas y amigas, puesto que los apóstoles procuraron respetar siempre la ley que separaba á los dos sexos, por no chocar abiertamente con las preocupaciones de aquel pueblo desconfiado, que hacia pesar un riguroso yugo sobre la muger cualquiera que fuese la clase á que pertenecia. Cuando la catecúmena estaba suficientemente instruida, iba el misionero á su casa, le preguntaba acerca de la doctrina cristiana, en presencia de su esposo ó de los parientes mas inmediatos y luego le conferia el bautismo. La facilidad con que las mugeres chinas vencieron el rubor que las causaba la vista de un hombre, sobre todo, si era este estranjero, era una prueba evidente de la cooperacion divina. Convencidos al fin los indígenas de la virtud de los jesuitas, permitieron que fuesen sus mugeres á la iglesia para oir misa, y consultar á los religio-

sos acerca del interés de su salvacion. Una circunstancia especial favoreció en gran manera el año 1604, la propagacion del Catecismo, publicado por el P. Mateo Ricci: acudieron á la ciudad de Pekin mas de treinta mil letrados, procedentes de las quince provincias de la China, para el concurso trienal, que debia preceder á la reparticion de los cargos públicos. Diferentes de aquellos letrados visitaron á los misioneros, quienes supieron atraerse de tal modo sus simpatías y su afecto, que no abandonaron los mas de aquellos letrados la capital, sin llevarse el catecismo y otros libros escritos por los padres. Solo el P. Ricci escribió en chino quince obras, entre ellas el *Thien-tchu-chi-ly*, ó la *Verdadera doctrina de Dios*, la cual fué comprendida en la gran coleccion de las mejores obras chinas; igual honor alcanzaron tambien otras dos obras, compuestas por los PP. Jacobo Pantoja y Fernando Verbiest, lo que demuestra claramente el alto aprecio en que tenian los letrados chinos á aquellos escritores eminentes. Imposible parece que pudiesen los europeos en tan pocos años conocer á fondo una lengua tan difícil, y sobre todo, escribir en ella obras que adoptaron despues los mismos letrados del pais como modelos de lenguaje: difícilmente habrá escritor alguno que logre alcanzar tanta gloria en pais estranjero. Los jesuitas habian vivido hasta entonces en una casa alquilada; pero una vez fueron considerados como regnícolas, merced á la benevolencia del emperador, pudieron comprar una, en la que se instalaron á 27 de agosto del año 1605, y en cuya vasta capilla no tardaron en reunirse todos los hombres mas notables del pais, deseosos de oir la palabra divina. Tal era el estado de la mision en China, cuando el P. Benito de Goes llegó del imperio del Mogol y tuvo que detenerse junto á la gran muralla, donde aguardó por espacio de veinticinco dias el permiso del virey de la provincia de Chen-si, para penetrar en el imperio, anunciando desde So-cheo á fines del año 1605, su llegada al P. Ricci. Los indígenas que se encargaron de presentar la carta, cuya direccion ó sobre estaba escrito en europeo, no pudieron entregarla por ignorar los nombres chinos que habian tomado los jesuitas. El P. Ricci, habia tomado el nombre de Ly, sin cambiar el de pila, por lo que se le llama *Ly-ma-teu* en los anales del imperio. Dábasele tambien el nombre de *Si-thai*. Los demas misioneros tomaron tambien nombres chinos, formados regularmente del mismo modo, esto es, tomando la primera sílaba de su apellido, á la que seguia su nombre de pila. Al año siguiente escribió Goes otra carta, que fué recibida en Pekin en el mes de noviembre; luego de haberla recibido, la envió Ricci á Juan Fernando, jóven chino, que no habia empezado aun su noviciado, el cual habiendo sido robado por el camino, no pudo llegar hasta el mes de marzo del año 1607, á So-cheo, donde encontró á Goes moribundo. Al recibir el buen misionero las cartas de sus hermanos, las besó con piadoso transporte, y entonó el cántico del anciano Simeon. A los 11 de abril del propio año, segun Du Jarric, sucumbió Goes al rigor de su enfermedad, originada en gran parte por las fatigas del apostolado. Sin embargo, se creyó que los musulmanes le habian envenenado en sus últimos momentos, para apoderarse mas facilmente de lo poco que el pobre apóstol poseia; y sobre todo, por haber hecho encarcelar al armenio Isaac que le acompañaba. Despues de haber recogido una parte insignificante de los papeles de Goes, por haberse apoderado los musulmanes de los restantes, regresaron Isaac y Juan Fernando á Pekin, para reunirse con sus hermanos. Lo que refirió el jóven armenio respecto del viaje de Goes, procuró al P. Ricci datos suficientes para escribir una Relacion tanto mas interesante, cuanto que ningun viajero europeo habia visitado aun los paises recorridos por el esforzado misionero. Nada mas interesante que los detalles de su peregrinacion larga y peligrosa, en los que hay una naturalidad encantadora, procurando datos curiosos sobre varias tribus y diferentes paises de la gran Tartaria. Despues de haber perma-

necido un mes en Pekin, fué Isaac destinado á Macao, donde se embarcó para la India. La noticia de la muerte de su esposa, hizo renunciar á Isaac para siempre volver al imperio del Mogol, donde reinaba desde 22 de octubre del año 1605, Djihan-Guyr, hijo de Akbar.

Nada anunciaba en aquel jóven príncipe la intencion de abrazar el cristianismo; puesto que, no tenia para él la religion verdadera mas encantos que el de permitirle beber vino y comer toda clase de aves; ¡como si el espíritu de mortificacion, de amor, de caridad y de templanza, no fuesen la esencia de nuestra religion sacrosanta! La política le obligó al principio de su reinado á proteger el islamismo, hasta el punto de hacer circuncidar á viva fuerza dos niños cristianos, y de obligarles por medio del látigo, á adorar el falso profeta; sin embargo, no tardó en declararse abiertamente contra el mahometismo. Prosiguieron los misioneros su obra de conversion en Agra y Lahora, como si se hubiesen encontrado en las ciudades mas cristianas de Europa: y por mas que un principio protegiese el emperador á los musulmanes, y causase á estos horror la sola vista de las santas imágenes, habia dispuesto Djihan-Guyr, que se colocase un gran número de ellas en su palacio de Agra. En la sala en que acostumbraba dar audiencia á su pueblo, habia los cuadros de San Juan Bautista, San Antonio, San Bernardino de Siena, San Pablo, San Gregorio y San Ambrosio; habia además, entre otros muchos cuadros, uno que habia sido enviado de Roma por el P. Juan Alvarez, figurando la Adoracion de los magos. Tambien tenia el emperador en su sello, grabadas las sagradas imágenes del Salvador y de su Santísima Madre; y en todas las discusiones de los jesuitas con los *mollahs*, ó doctores mahometanos, se declaraba el príncipe en favor del Evangelio. Mandó el emperador cierto dia al P. José de Acosta, superior de la Compañía en Agra, que presentase fuertes objeciones contra el Alcoran, en lo que le complació el jesuita, confundiendo á todos los mahometanos; mas como hubiese uno de ellos que llevó su audacia hasta el punto de suponer que era la Biblia un libro falso, contestóle de Acosta: «Que se encienda una hoguera, y entre en ella el gefe de los mahometanos con el Alcoran en la mano, y yo me lanzaré tambien á ella llevando el Evangelio, á fin de ver si se declara el cielo en favor de Jesucristo ó de Mahoma.» Al oir semejantes palabras, volvió el emperador la vista hácia el musulman consternado, pero apiadándose de él, no quiso obligarle á una prueba tan peligrosa; respecto del jesuita, limitóse á darle desde entonces el nombre de P. *Atare*, esto es, *Padre del fuego*. El protestante Tomás Bhoe refiere el hecho siguiente, que nos limitamos á trascribir aquí, bajo la responsabilidad del referido autor: «Habia un charlatan, dice Bhoe, citado por Catrou (1), que tenia un mono dotado de una sagacidad sorprendente, para descubrir todos los secretos. El emperador mandó que le fuese presentado el mono, teniendo la precaucion de ocultar antes un anillo en el bolsillo de uno de sus pages, al que separó el mono de entre los demás para quitarle el anillo que tenia en su poder; luego hizo escribir el emperador en doce papeles separados, el nombre de los doce principales legisladores, ó sea, el de Moisés, Jesucristo, Mahoma, Brahma, etc., y poniendo todos aquellos nombres en una urna, se mandó al mono que sacase aquel cuya religion fuese la verdadera. Obediente el animal, se acercó á la urna, y sacó el nombre de Jesucristo. El emperador quedó admirado, pero no convencido, por haberse atribuido el hecho á la casualidad, ó á la astucia del charlatan. Djihan-Guyr, mandó que se escribiesen por segunda vez aquellos nombres, pero que fuese por medio de los signos ó números con que acostumbraba dar él las órdenes á sus embajadores; pero tambien entonces sacó el mono el nombre del Dios de los cristianos, besando el papel en que estaba escrito. Grande fué la sorpresa que causó aquella segunda prueba, si bien no llegó aun la admiracion á

(1) *Historia general del imperio del Mogol, por* Catrou.

su colmo, hasta despues de haberse hecho la tercera. Colocó el rey, sin que nadie lo viera, el nombre de Jesucristo en la mano de uno de los cortesanos, dejando en la urna los once nombres restantes; llegó el mono, tocó todos los nombres sin sacar ninguno, y dirigiéndose luego hácia el cortesano, le hizo abrir los dedos, y le quitó el papel que contenia el de Jesucristo. Por mas que se ponga en duda este milagro, dice el citado autor protestante, es incontestable.» El conocimiento que tuvo Djihan-Guyr, del cristianismo, solo contribuyó á hacerle aun mas culpable; si bien permitió que dos de sus sobrinos abrazasen la fé cristiana, fué tan solo, porque debia ser su conversion un obstáculo para llegar al trono, ó bien por la vergonzosa mira de llenar su haren de portuguesas, tan pronto como se supiese en Goa la proteccion que dispensaba á los cristianos. Además, el temor de que se le sublevára el imperio, debió contribuir tambien á que no abrazára el cristianismo, por mas convencido que estuviese de la verdad de nuestros misterios. Ora fuese por esta conviccion, ora por el amor que profesaba á las ciencias, es lo cierto que tuvo siempre en mucho á los jesuitas, para los que hizo construir una iglesia y una casa en Lahora.

Tanto Djihan, como su padre Akbar, confirieron el cargo de embajadores á varios jesuitas, á fin de conservar sus relaciones con los vireyes portugueses de Goa.

Uno de los jesuitas, del que hemos hablado ya anteriormente, y al que se ha visto sostener durante seis años la mas dura esclavitud, habia llevado su celo á Cambaye, á Bazaim, á Diu, sin perder nunca de vista á la Abisinia. Merced á las noticias dadas por Melchor Sylva, abrióse de nuevo aquella region á los hijos de San Ignacio, haciéndose Paez á la vela en Diu para dirigirse á ella, el dia 22 de marzo del año 1603. Era el solo cristiano, y aun disfrazado de armenio, que se hallaba en el buque; mas dichoso que la vez primera, llegó sin percance alguno á Masauah, y entró en la Abisinia en el mes de mayo. Llegado á Fremona, ciudad en la que los portugueses poseian una iglesia, se presentó á los fieles revestido con todos los adornos sacerdotales, y les fecilitó por su constancia en la fé, en medio de una nacion entregada al cisma y á la heregía. Estudió con empeño el *gheez* y luego de haber logrado aprender con perfeccion aquella lengua, instruyó á la juventud, y abrió una escuela para los hijos de los portugueses y los de los abisinios, llegando en breve los progresos de los discípulos á estender á lo léjos la reputacion del maestro. A fin de producir aun un bien mas sólido y general, procuró Paez prolongar sus escursiones, á cuyo objeto hizo hablar por un oficial portugués á Jacob, que reinaba á la sazon, cuyo príncipe hizo prevenir á Paez que fuese á visitarle despues de la estacion de las lluvias. En el mes de junio del año de 1604, el apóstol, acompañado de dos de sus jóvenes discípulos, se presentó á Za-Denghel sucesor de Jacob, en la ciudad de Dancas, donde fué recibido con todos los honores propios á las personas del mas alto rango. El Negus le hizo sentar junto á su trono de oro, con gran despecho de los monges cismáticos, que se veian obligados á permanecer de pié, y despues de una larga é intima conversacion acerca del rey de Portugal, de las costumbres europeas, de los sacerdotes y de la religion católica, se fijó la hora en que habia de sostener el jesuita dentro tres dias una conferencia pública con los monges del pais. Las ceremonias de la antigua ley, cuya supresion atribuian aquellos religiosos á la iglesia católica, y las dos naturalezas en Jesucristo, eran las materias que habian de ser discutidas. La Escritura, los santos Padres, las razones teológicas, fueron tan acertadamente citados por Paez, y espuso sus doctrinas con tanta claridad y tanta lógica, que los monges cismáticos, poseidos de admiracion y asombro, se retiraron confundidos, sin atreverse á impugnar sus doctrinas. El hermano político del Negus, príncipe muy instruido y de una gran penetracion, pidió al padre que le diese por escrito todo lo que acababa

de proferir en alta voz. Habiendo oido el monarca á los discípulos del misionero recitar el Catecismo. «¿Por qué disputar con el doctor europeo, dijo, si nuestros monges no sabrian siquiera contestar á lo que dicen esos niños? Preciso es confesarlo: solo hemos sido hasta ahora cristianos de nombre. ¿Podriais darnos por escrito lo que acaban de recitar esos niños?» El padre le entregó entonces un hermoso ejemplar del Catecismo, que traia ya á aquel fin, y recordó al propio tiempo á Za-Denghel, los inmensos favores concedidos á Josafat, en recompensa del cuidado con que habia hecho instruir á su pueblo en la ley de Dios. Por repetidas veces habló horas enteras en presencia del Negus quien, admirado de su elocuencia, le encargaba que prolongase su discurso. El dia de los santos apóstoles Pedro y Pablo, la reina, deseosa tambien de instruirse, asistió al sermon; mas como al principio del discurso notase el rey que el orador estaba de pié, descendió de la especie de trono que ocupaba, y con gran asombro de la corte, hizo sentar en él al religioso. Terminado el sermon felicitó á Paez, y luego dijo en voz alta al obispo cismático que todo lo que habia probado el orador le parecia cierto é indudable. En virtud de las satisfactorias noticias que Paez trasmitió á Goa, fueron nombrados los PP. Antonio Fernandez y Francisco Antonio de Angelis, para la mision de Abisinia. Despues de haberse dispuesto por medio del retiro y la mortificacion, tomaron el trage de armenios, se postraron ante el Santísimo Sacramento, y se despidieron de sus hermanos llorando de gozo. Tan pronto como se supo en Goa su feliz llegada, se embarcaron á su vez los PP. Luis de Acevedo y Luis Romano, y como los demás misioneros que les habian precedido, encontraron gobernadores turcos mucho mas humanos que antes. Fueron custodiados por cuarenta soldados infieles hasta las fronteras de Abisinia; pero al llegar á Fremona, se vieron ya rodeados de católicos que besaban con trasporte aquellas manos que iban á administrarles los santos sacramentos. Una revolucion sangrienta pareció desvanecer las fundadas esperanzas de los misioneros: Za-Selasse, esplotando por ambicion la cólera de los monges abisinios contra Za-Denghel, por la proteccion que dispensaba á los católicos, y secundado por una parte de los grandes, se presentó el dia 13 de octubre del año 1604 en la provincia de Gojam, y fué á atacar al Negus, al que logró derrotar completamente causándole la muerte. El encumbramiento de Socinios ó Melec-Segued, cuyo reinado no debia terminar hasta el año 1632, reanimó la esperanza de los jesuitas, por haber llamado á Paez á la corte desde los primeros dias de su reinado. «En la costa meridional del lago de Dembea, dice Bruce (1), se levanta un peñasco, no muy alto, en forma de promontorio, que se interna bastante en el lago. Nada hay tan bello y pintoresco como aquel sitio, rodeado de agua, escepto por la parte del sud; el clima es en él delicioso; nunca se ha hecho sentir la fiebre ni ninguna enfermedad contagiosa; la perspectiva que ofrece allí el lago, y el aspecto de las montañas que ciñen en lontananza á la riente llanura, son de una magnificencia que no puede concebir la imaginacion de los europeos: parece que la naturaleza haya creado allí una eterna morada para la salud, la soledad y la dicha. Tal fué el promontorio que Paez pidió al rey, y del que le concedió este la posesion perpétua. Grande fué la admiracion de los abisinios al ver edificar un convento con piedra y cal; pero aun subió de punto su sorpresa, cuando Paez emprendió la construccion de un palacio que le pidió el rey, empleando en ello los mismos materiales. Levantó aquel palacio en la parte meridional de la península, en un punto llamado *Górgora*; los abisinios contemplaban con admiracion y terror el modo con que se iba alzando el edificio, y que se iba construyendo una casa sobre otra, segun decian ellos, á cada nuevo piso ó habitacion que se subia. Paez desplegó en aquella ocasion toda su actividad y talento, siendo á la vez arquitecto, albañil, carpintero

(1) En su *Viaje á las márgenes del Nilo.*

y cerrajero, puesto que disponia todos los trabajos correspondientes á estos cuatro oficios. Al ceder el rey á los jesuitas la residencia de Górgora, aumentó tambien el territorio que poseian ya en Fremona. Luego declaró á Paez que estaba resuelto á abrazar la religion católica, y á cuyo fin escribió al Papa y al rey de Portugal, á 14 de octubre y 10 de diciembre del año 1607. Lamentábase en sus cartas de las turbulencias que habia frecuentemente en su imperio. de las invasiones de los gallas, y pedia algunas fuerzas portuguesas para librar á la Abisinia del yugo de sus opresores, como la habian librado ya los guerreros de Cristóbal de Gama del yugo de los moros. Ya un hermano del Negus, Sela Cristos, (Imágen de Cristo), tan versado en la ciencia de las letras como en el arte de la guerra, habia querido abjurar el error ante el P. Angelis, la víspera de la batalla que se dió contra los gallas. Despues de la victoria alcanzada sobre sus enemigos, cedió el príncipe en Collela, un terreno á los jesuitas para que se construyesen una casa, que fué la tercera que poseyeron en Abisinia. El placer que causó al Negus la conversion de varios ilustres personages de su reino, subió de punto al recibir las cartas de Felipe II y Paulo V, fechadas en Madrid el 15 de marzo del año 1609, y en Roma en el año 1611. Por causas independientes de la voluntad de Melec-Segued, dejaron de recibir el Papa y el rey una contestacion satisfactoria y pronta; porque hizo el emperador partir inmediatamente en calidad de embajador á Fecur-Egzie (el muy amado del Señor) uno de los primeros abisinios convertidos á la fé católica, en la que perseveró hasta su muerte, junto con el P. Antonio Fernandez. Los dos enviados tomaron el camino mas largo, á fin de no verse espuestos á tantos peligros, de modo que se dirigieron á Narea y á las regiones meridionales, habitadas por idólatras y mahometanos, para trasladarse á Melinda, y embarcarse para Goa en las orillas del Océano indio; pero despues de dos años de marcha y de haber sufrido toda clase de afrentas, se vieron obligados á entrar nuevamente en Abisinia, donde la verdadera fé acababa de multiplicar sus conquistas. El Negus presidió diferentes conferencias, en las que los cismaticos fueron enteramente confundidos, que dieron por resultado hacer proclamar el dogma católico de las dos naturalezas en Jesucristo. El abuna, que en vista de aquella disposicion, elevó al soberano sentidas quejas, recibió por toda contestacion, que fuese él á sostener la controversía, por lo que se presentó con un gran número de sacerdotes cismáticos. En falta de razones para combatir la doctrina católica, apeló á las injurias y quiso retirarse; pero el Negus le obligó á oir hasta el fin la refutacion de sus errores. Al ver la disposicion en que se hallaba Melec-Segued, solo por complacerle, confesó el abuna el dogma católico; pero no tardó el pastor mercenario en usar un lenguaje distinto, y en emplear el terror de la escomunion para decidir mas de una apostasía en la provincia de Gojam, sostenido por Emana Cristos, hermano mayor del Negus, investido de la dignidad de ras. Esta conducta del príncipe contrastaba con la de su hermano Sela Cristos, jóven y ardiente campeon del catolicismo, que hacia imprimir bajo la direccion de los jesuitas, diferentes obras de los doctores católicos, traducidas al abisinio. Tales eran los *Comentarios* del cardenal Tolet sobre la Epístola á los romanos, de Ribera, sobre la Epístola á los hebreos, de Maldonat sobre los Evangelios, y otros escritos de esta clase destinados á combatir las falsas interpretaciones del error. A fin de castigar Melec la obstinacion de Emana Cristos, le despojó de la dignidad de ras para conferirla á Sela Cristos, cuyos gloriosos hechos de armas le decidieron á profesar abiertamente la fé católica, predicada por el P. Paez. Los pocos momentos que le dejaba libres el ejercicio del apostolado, los empleaba el sábio misionero en visitar las curiosidades del pais; creyéndose ser él quien descubrió ya en el año 1618 el orígen del Nilo, reconocido en estos últimos años por el español Badia. Tambien se dedicaba Paez á escribir al-

gunas obras en el idioma del pais, entre las que habia un *Tratado de las costumbres de los abisinios*. En el año 1618, fueron á reunírsele los PP. Diego de Matos y Antonio Bruni de Sicilia; si bien perdió la cooperacion del P. Lorenzo Romano, que murió en el mes de enero del año 1621. Durante el año que le sobrevivió Paez, tuvo el consuelo de recibir la abjuracion de Melec-Segued, y de administrarle el sacramento de la penitencia; y como si debiese ser aquel el último acto de su apostolado, se durmió Paez en el seno de Dios, á los pocos dias de haberle dado gloriosa cima, ó sea á 22 de mayo del año 1622. Tambien murió el P. Angelis en el mes de noviembre del propio año; pero la Providencia, para reparar las pérdidas que acababa de sufrir la mision de Abisinia, la procuró los PP. Lameira de Estremos, Tomás Barreto de Evora y Jacinto Franco de Florencia, los cuales precedieron á los PP. Antonio de Almeida de Viseu, nombrado visitador por el P. general Vitelleschi, Manuel Baradas de Monfort, Luis Gardeira y Gaspar Paez, que no llegaron hasta el año 1623. Hé aquí lo que dice Bruce, al hablar de Pedro Paez: «Tanto en los siete años que fué cautivo de los moros de Arabia, como durante los diez y nueve que evangelizó la Abisinia, supo hacer frente á todos los peligros y hacer brillar á todos los ojos la purísima luz de la fé. Era el misionero de alta talla y de constitucion robusta, pero en estremo flaco, á causa de su abstinencia y de su contínuo trabajo, revelando su fisonomía el ardiente celo que abrasaba su alma. Además del latin, que poseia con toda perfeccion, sabia Paez el griego y el árabe La amabilidad de su trato y la nobleza de sus sentimientos, le valian ya á primera vista las simpatías de todos los indígenas y hasta de los mismos sacerdotes cismáticos: estaba siempre de buen humor y dispuesto á escitar el de los abisinios por medio de chistes inocentes. Las cualidades, empero, que mas brillaron en el misionero, fueron su paciencia y su celo en instruir la juventud, y á ellos fué debido el que la mayor parte de sus discípulos muriesen durante la persecucion que no tardó en sobrevenir, defendiendo con ardor aquella religion que su preceptor les habia enseñado. Escasos eran los frutos que habia producido la religion cristiana en Abisinia, por no haber sido predicada hacia mas de cien años, cuando llegó Paez á aquel hermoso reino; pero fueron tales los progresos que hizo allí el cristianismo en los diez y nueve años que el misionero se consagró al apostolado, que hasta el mismo monarca lo abrazó públicamente.» Este testimonio de un autor anglicano en favor de un jesuita, es la prueba mas incontestable de la virtud del apóstol cristiano.

El sudeste de Africa, en el que los embajadores de Melec-Segued contaban embarcarse para Goa, continuaba siendo objeto del celo de los misioneros. Diferentes eran los dominicos que procuraban con laudable actividad evangelizar la costa y las islas vecinas, y que habian logrado ya levantar en ellas algunas iglesias. Segun Fontana, los religiosos á que estaba confiada aquella parte de Africa, en el año 1584, eran los PP. Gerónimo Couto, Pedro Ususmaris, Manuel Pantoja, Juan Madeira y Juan de Sanctis, y cuyos hechos refiere el propio autor en su Historia de Etiopía. Luego habla tambien Fontana, refiriéndose al año siguiente, del P. Juan de Santo Tomás, misionero en Madagascar, que fué envenenado por sus habitantes. En el año 1585, naufragó en los bancos de aquellas islas un buque, que llevaba dos dominicos y seis jesuitas á las Indias orientales. El P. Juan Santos, religioso de Santo Domingo, partió de Lisboa en el mes de abril del año 1586, con otros trece misioneros de su órden para Mozambique, á cuyo punto llegaron sin percance alguno. A los pocos dias, ó sea en el mes de agosto, fué Santos destinado por sus superiores á Sofala, principal punto de partida de las escursiones evangélicas, donde continuó por espacio de once años, penetrando hasta lo mas interior del pais, á pesar de los continuos é inminentes peligros á que se veia espuesto. Hizo aquel misionero imprimir en Evora, su

Etiopía oriental, obra relativa á los usos y costumbres de los etiopes, y á todo cuanto de mas notable habia tenido ocasion de admirar en sus misiones. Tres años despues de la llegada del dominico Juan Santos, en el sudeste de Africa, aparecieron tambien los jesuitas en aquella region, aunque tan solo como capellanes de una espedicion dirigida por los portugueses en el año 1589, contra los mahometanos. Por espacio de mucho tiempo continuaron los dominicos solos evangelizando aquella region, que llegaron á regar mas de una vez con su sangre; puesto que, segun Fontana, el P. Juan de la Piedad, del convento de Mozambique, que trataba en las riberas del Zambezo de conquistar á la fé un gefe infiel, fué bárbaramente asesinado. Tambien el P. Nicolás del Rosario, que estaba evangelizando el Monomotapa, fué preso en las inmediaciones de Sena, y muerto y devorado por aquellos antropófagos, en 1592 (1). Recordando los cristianos del Monomotapa el apostolado dulce y fecundo de los jesuitas, se dirigieron en el año 1604, al provincial de Goa, al objeto de que les enviase á algunos misioneros de la Compañía; pero las contínuas correrías de los holandeses, y el sitio que pusieron despues á Mozambique, no permitieron acceder á los deseos de aquellos habitantes. El emperador del Monomotapa, imploró tambien en el año 1608 el socorro de los portugueses sus aliados, á fin de sofocar la rebelion en que se habia declarado una gran parte de sus súbditos; y en justa gratitud, cedió el rey á los que habian apaciguado su imperio, algunas ricas minas de plata, que no tardaron en esplotar los portugueses. Muy distintas eran por cierto las miras de la cohorte de misioneros que fué con ellos á aquel pais, puesto que solo deseaba la libertad de predicar el Evangelio, y procurar los progresos del catolicismo. En el año 1610, atrajo el comercio á aquellas regiones, á una nueva flota portuguesa, en la que se encontraban tambien seis jesuitas, entre los que habia el P. Alejo. Este sacerdote, que ya desde su mas tierna edad, habia resuelto abandonar el mundo para entrar en la Compañía de Jesus, vió su vocacion contrariada por sus padres, que, no querian consentir en separarse de la única esperanza de su noble familia; un dia, empero, encontró el jóven en la calle á un niño cubierto de andrajos, y dándole la mano le presentó á sus padres, diciéndoles: « Jesucristo me llama á su Compañía; adoptad á este niño que será desde hoy vuestro hijo. » Al ver sus padres una vocacion tan decidida, adoptaron al niño desconocido, y cedieron á Dios su propio hijo. El religioso que bajo tales auspicios empezaba su carrera, debia necesariamente ser con el tiempo un modelo de todas las virtudes. En el rostro de Alejo, en sus palabras, en su actitud, en toda su persona en fin, se revelaba aquella pureza angelical que encanta y cautiva todos los corazones; pero como sabia muy bien Alejo que solo entre espinas puede crecer la hermosa flor de la pureza, se entregaba á todas las mortificaciones, á la oracion, á la mas austera penitencia. De acuerdo con sus superiores, resolvió en Goa con otros dos de sus hermanos que aspiraban igualmente llegar á toda la perfeccion posible, que cada semana cumpliria uno de los tres, á voluntad de los otros dos, todos los actos de mortificacion y humildad que estos le exigiesen, fuese secretamente ó en público. Para poder ser mas útil en su mision, aprendió el P. Alejo las lenguas árabe, persa, caldea y abisinia, partiendo luego para su destino con tal ardor, que no cesó durante la travesía de escitar la admiracion de todos los pasageros. Como cayese un jóven al mar, iba ya el generoso misionero, cual otro S. Mauro, á arrojarse tras él por

(1) No fueron aquellos dos los únicos religiosos dominicos que murieron gloriosamente en manos de los salvajes africanos á quienes trataban de regenerar, sino que hubo otros muchos que alcanzaron tambien la palma del martirio, unos al asentar su planta en aquellas solitarias playas, y otros despues de haber ejercido con bastante fruto las tareas del apostolado. Véase sino la obra titulada *Monumenta Dominicana*, y en ella, asi tambien como en algunas otras de la propia órden, se hallarán numerosos mártires que fueron á plantar en Africa el árbol santo de la cruz, y que acabaron luego por regarle con sus sudores y hasta con su propia sangre. (Nota del Trad.)

salvarle, á no haberle dado su superior una órden contraria, á la que recibió aquel del superior de San Benito. Por descuido del piloto, dió en otra ocasion el buque contra un banco de arena, quedando encallado, despues de haber sufrido una fuerte avería, que obligó á arrojar los efectos al mar, y á fijar la última esperanza en el cielo. Solo pensaron todos los pasageros en lanzarse al agua para salvar sus vidas; porque en aquellos graves momentos de apuro, parecen concentrarse todas las voluntades por no cooperar mas que á un fin, al de la propia conservacion. Para el que conoce empero el precio de un alma, el salvarla, aun que sea á espensas de su vida, es el mas ardiente de todos sus deseos: así pues, mientras que los demás solo pensaban en sí, el P. Alejo se cargó en hombros á un pobre y jóven esclavo cafre, que no podia desembarcar por hallarse gravemente enfermo. Al saber los cafres la noticia del naufragio, acudieron á la costa; pero los jesuitas lograron atraérselos por medio de algunos regalos, y que les procurasen un barco, con el que pudieron salvar á muchos de los pasageros. El P. Alejo, á pesar del profundo abatimiento que le causó su accion heróica, tuvo aun fuerzas bastantes para llegar á la capital del Monomotapa, de donde no tardó el Señor en llamarle á la eterna Sion. El P. Suarez, que llegó algunos dias despues de la muerte de aquel santo sacerdote, con cuatro de sus compañeros, fomentó la religion en aquellos paises, edificó iglesias en diferentes puntos, bautizó en menos de un año á trescientos infieles, é hizo modificar las costumbres á muchos cristianos, que habian olvidado ya la práctica de las máximas evangélicas. Hablaba aquel misionero en sus cartas, con la mayor ternura de un anciano de ciento veinte años, que habia sido bautizado por el P. Gonzalo Silveira, y que referia aun con acento conmovido el martirio que sufrió el santo apóstol.

CAPÍTULO XXII.

Misiones de los Dominicos, Jesuitas, Franciscanos y Agustinos en el Indostan, Ceylan, Bengala, Pegú, Camboge, Siam, Solor, y las islas Molucas: Diego Advarte.

Los dominicos que habian precedido á los jesuitas en el Indostan, continuaban prestando en él útiles servicios: bastará nombrar á algunos de sus misioneros, para demostrar su perseverancia y su abnegacion. Pedro de la Magdalena, habia entrado como lego en la congregacion dominicana de las Indias orientales, con el P. Didacio Belmaz su fundador, en el año 1548, el vicario general lo colocó en el convento de la ciudad de Daman, en la que ejercieron sus virtudes una influencia tal sobre los habitantes, que le amaban como á un padre y le obedecian ciegamente. Habiendo cercado los mahometanos la ciudad con un poderoso ejército, no se atrevia el gobernador de la plaza á librarles batalla, cuando Pedro le aconsejó que saliese sin demora, seguro de que daria Dios el triunfo á sus armas. Y á fin de infundir mas aliento al soldado, se puso Pedro á su frente, siendo uno de los primeros que sucumbió en aquella tan gloriosa como sangrienta batalla dada á 15 de febrero del año 1580. El P. Juan Lopez de Aguerro, que formó parte de la segunda mision dirigida por los dominicos al Indostan, tenia, como José, las gracias esteriores que tan viva impresion hicieron en la esposa de Putifar, sin que nada omitiese la que fijó en él sus culpables miradas por triunfar de su pureza. Habiendo pretestado una enfermedad, llamó al hombre apóstolico para confesarse con él, fingióle al principio una voz debilitada por el sufrimiento, pero animándose repentinamente, le incitó al crímen. Mudo de asombro el religioso huyó sin decir palabra, y dejando confundida á la muger que en su despecho le juró eterna venganza: y, con efecto, mártir de la castidad, murió Lopez de Aguerro envenenado, en el año 1590. Omite Fontana los nombres de los cuatro PP. Predicadores de la congre-

gacion de las Indias orientales, que entraron hácia el año 1605 en el reino de Camboje, para evangelizar á los idólatras. La cosecha cristiana que recogieron aquellos religiosos sobrepujó todas las esperanzas: hasta el rey en persona asistió á sus predicaciones, y no se opuso en lo mas mínimo á que elevasen templos al verdadero Dios. Pero rendidos de fatiga sucumbieron al fin todos ellos, y como no hubiesen recibido ausiliares en todo el tiempo que permanecieron en aquella region, volvió la viña que plantaron á quedar sin fruto. El P. Antonio de la Visitacion, encargado de las funciones de inquisidor en Goa, bautizó muchos idólatras, segun Fontana, muriendo á 6 de febrero de 1605. Preciso es tambien unir á esos apóstoles los que procuraban las órdenes de San Francisco, de San Agustin, San Ignacio, y el clero secular, para formarse segun el número de los operarios evangélicos, una idea exacta y acertada de la importancia de los resultados obtenidos.

Goa, centro de las posesiones portuguesas y metrópoli católica de las Indias, continuaba siendo edificada por importantes conversiones. Un príncipe, sobrino de Meale, cuya hija habia abrazado ya el cristianismo en el año 1557, recibió el bautismo en 1587; imitando al año siguiente su ejemplo la nuera del mismo Meale. Cada dia iba en aumento el número de los cristianos, merced á los nuevos refuerzos de operarios evangélicos que fueron llegando á las Indias, puesto que solo el P. Alberto Laercio, enviado á Roma como procurador de la provincia de Goa, condujo en el año 1602 á sesenta y dos misioneros de su Compañía; llegando además al año siguiente otros quince. Apóstoles intrépidos, todos aquellos dignos hijos de San Ignacio, habrian ambicionado la suerte del P. Vicente Alvarez, que fué aprehendido por los corsarios mahometanos de la costa de Malabar, decapitado en el entrepuente del buque y arrojado á las olas, mientras se dirigia de Bazaim á Goa el año 1606.

Tres eran las residencias que dependian del colegio de los jesuitas de Cochin; á saber: la de Santiago, situada á una legua de la ciudad, y en la que habia dos religiosos que estaban encargados de la direccion de tres iglesias; la de Mutertre, á cinco leguas de Cochin, en la que no pudo levantarse una iglesia hasta el año 1581; y, finalmente, la de Vaipicota, que distaba cinco leguas de Cochin, y una de Cranganor, en medio de las cristiandades de Santo Tomás, que Miguel Carnero, obispo de Nicea, intentó sustraer á las sugestiones de un obispo nestoriano. Y como se obstinasen los cristianos en seguir el cisma que les enseñaban sus falsos prelados, se resolvió que fuesen estos reemplazados por otros que fuesen ortodoxos; pero temiendo disgustar á los pueblos si se les destinaban obispos estranjeros, se prefirió atraer á Mar-José que entonces les dirigia, é inculcarle las verdaderas reglas de la fé. Cuando regresó aquel prelado al centro de su grey, despues de haber permanecido algun tiempo entre los portugueses, y de estar ya suficientemente instruido, hizo algunas reformas; sin embargo, continuó, como sus predecesores, profesando los errores de Nestoriano. En su virtud, fué arrestado en Cochin y enviado á Goa para que diese cuenta de su fé, y luego se le hizo embarcar para Roma; pero como prometiese en Portugal seguir en un todo las prescripciones de la Iglesia, se le permitió regresar á las Indias, y vivir en paz en medio de su rebaño. Durante su ausencia, los cismáticos habian alcanzado del patriarca nestoriano de Babilonia, que les diese por obispo á Mar-Abrahan, quien se hallaba al frente de la diócesis cuando regresó de Portugal Mar José. Obligado este por el arzobispo de Goa á tomar algunos misioneros que instruyesen á su pueblo en la fé católica, dijo haber tenido una revelacion divina en la que se le prohibia acceder á los deseos del arzobispo. «Y yo, le contestó este, tengo otra revelacion hecha por la sagrada Escritura, en la que se me dice que no sois vos el pastor que Dios quiere para su rebaño, sino un lobo con piel de oveja. Ya se convencerá la corte de Lisboa de cuanto se ha equivocado con respecto á vuestras intencio-

nes.» Los cristianos de Santo Tomás, ó mejor, su diócesis, fué dividida en dos, que dirigieron Mar-José y Mar-Abrahan, hasta que se apoderaron de ellos los portugueses. Embarcado á su vez Mar-Abrahan para Europa, logró escaparse en Mozambique; pero como no se le ocultase que nunca podria gozar en paz de la dignidad que tanto ambicionaba, mientras no se la confiriese el Papa, se dirigió á Roma, donde abjuró el nestorianismo, confesó no haber recibido ninguna órden sacerdotal, por lo que tuvo que procederse á su ordenacion; siendo luego consagrado obispo de Angamalé, ciudad de la costa de Malabar, situada en la cumbre de una montaña que hay junto al rio Aicotta, á diez leguas de Cranganor y á quince de Cochin. Entre tanto, á instancias del arzobispo de Goa, y en virtud de un breve de 15 de enero de 1567, se procedió nuevamente al arresto de Mar-José, haciéndole pasar á Roma, donde murió al poco tiempo de su llegada. Habia partido ya este falso pastor, cuando por la via de Ormuz, Mar-Abrahan llegó á Goa con las bulas que le constituian obispo de Angamalé. Como se temió que hubiese dado informes inexactos á la Santa Sede, y que como Mar-José, volviese á abrazar el nestorianismo, se le detuvo provisionalmente en el convento de los dominicos de Goa; pero habiéndose escapado nuevamente, se dirigió á Malabar, donde volvió á predicar los errores de Nestoriano á los cristianos de Santo Tomás, mientras protestaba de su ortodoxia en sus cartas al virey y á los prelados apostólicos de la India. Habiendo recibido un breve de 28 de noviembre del año 1578, en el que se le prevenia asistir á los concilios provinciales que debian celebrarse en Goa, se presentó, provisto de un salvo conducto, al tercero de ellos, y abjuró una vez mas el nestorianismo, y prometió cumplir los decretos adoptados para la reforma de su rebaño. Conocióse que la estincion del cisma debia depender de la creacion de un clero indígena: así que, establecieron los jesuitas el año 1587 un seminario en el Vaipicota, en el cual se enseñaban, junto con el latin, las lenguas siríaca y caldea, á fin de que imbuidos los nuevos sacerdotes en la pura doctrina que se les enseñaba en el colegio, pudiesen despues con sus discursos atraer á los pueblos del rito sirio cismático al rito sirio católico. Uno de los jóvenes seminaristas del colegio de Vaipicota, natural del reino de Porca, que se estiende á lo largo de la costa de Malabar, al mediodía del reino de Cochin, fué el instrumento de que se sirvió la Providencia en el año 1590, para plantear el cristianismo en su pais natal. No menos celosos que él los demás alumnos de aquel colegio, habrian sido poderosos ausiliares de Mar-Abrahan, caso de haber sido este sincero; pero como á pesar de declararse públicamente ortodoxo, estaba en relaciones secretas con el patriarca nestoriano de Babilonia, no utilizó debidamente sus servicios. A pesar de todas sus simpatías por el cisma, no pudo evitar Mar-Abrahan tener un rival en Mar-Simeon, ni que estableciese este su silla en Caturté; pero como, no obstante, sus ideas habia sido Mar-Abrahan, promovido por el Papa, y era por lo mismo legítimo pastor, se apoderaron los portugueses de su competidor por ser á la vez nestoriano y obispo intruso. Los franciscanos, á los que Mar-Simeon suponia consultar, le hicieron presente que no podia estar en posesion de su dignidad sin la suprema sancion del Papa; en su virtud, se dirigió el obispo intruso á Goa, desde donde se le envió á Roma, sin que se accediese á su demanda, por no ser siquiera sacerdote. Luego se le encerró en el convento de franciscanos de Lisboa, desde donde escribió al sacerdote Jacobo, su vicario general. Mar-Abrahan, que se negó á asistir en el año 1590 al cuarto concilio provincial de Goa, acabó por declararse abiertamente á favor del cisma; en su virtud, recibió Alejo de Meneses, arzobispo de Goa, un breve fechado á 27 de enero del año 1595, en el que se le prevenia que informase acerca de los errores del arzobispo sirio de Angamalé, y que caso de ser culpable, le tuviese detenido en Goa, y nombrase para su iglesia un vicario apostólico del rito latino,

no permitiendo, si llegaba á morir Mar-Abrahan, que ningun caldeo ni armenio, ocupase sin la intervencion del Papa, la silla de Angamalé. Tal fué la vigilancia de Alejo de Meneses, que á pesar de las intrigas y ocultos manejos de los falsos pastores, ninguno de ellos logró introducirse entre los cristianos de Santo Tomás. El sacerdote Jacobo murió en el error del cisma; Mar-Abrahan murió á su vez, si bien declarando antes al arcediano Jorge y al superior del colegio de Vaipicota, que dejaba su rebaño confiado al Pontífice romano; despues de su muerte, Alejo de Meneses nombró en 16 de febrero del año 1597, vicario apostólico de la iglesia de Angamalé al P. Francisco Ros, jesuita, natural de la ciudad de Gerona, el cual estaba muy versado en la lengua caldea y en la del Malabar y mereció por su saber y sus virtudes, las simpatías de todos los cristianos de Santo Tomás (1).

Grandes eran los servicios que acababa de prestar el P. Ros en el reino de Calicut en las circunstancias difíciles que habia atravesado, y que no podemos menos de citar aquí. Entre el temor que le inspiraban los portugueses y el que le causaba la rebelion de un corsario mahometano que se estableció en el rio Cunahal, del que tomó su nombre, suplicó el Samorin al jesuita Francisco Acosta, que ofreciera en su nombre la paz á Matías de Alburquerque, á la sazon virey de Goa. No solo accedió este á los deseos de Samorin, sino que le envió además al P. Acosta y al P. Francisco Ros, que estaba entonces evangelizando á los cristianos en las montañas de Santo Tomás. Recibióse á los dos misioneros con todas las consideraciones debidas, y hasta se les permitió predicar libremente el Evangelio. Para demostrar lo fructífera que debió de ser su palabra en aquel pais, basta decir que se presentaron al poco tiempo dos embajadores del Samorin al provincial de Goa, pidiéndole que fuese una colonia de jesuitas á establecerse en Calicut. Tan pronto como se supo haberse accedido á su demanda, se construyó una iglesia en las inmediaciones de la ciudad y se levantó una cruz, ante la cual el Samorin se postró el primero, para dar ejemplo á su pueblo. Todos estos hechos fueron anteriores al año 1597, en que llegó Francisco de Gama, nuevo virey de Goa. Este, que sin motivo alguno, dudó infundadamente de la buena del Samorin, dijo á los jesuitas que se retirasen del reino de Calicut, antes que fuese atacado por los portugueses. La misma noche en que partieron los jesuitas bautizaron un pariente del Samorin; Francisco de Gama, que no tardó en conocer su falta, dispuso que volviesen los misioneros á Calicut para cuidar en él la viña que antes plantáran, y cuyos verdes pámpanos deseaban tambien los reyes de Tanor y de Chale ver crecer en sus dominios. Las tropas del Samorin, junto con sus aliados los portugueses, asaltaron la plaza de Cunahal el año 1598, pero fueron rechazados con gran pérdida; pero habiendo cercado nuevamente la plaza en 1600, no solo lograron apoderarse de ella, si que tambien de su gefe Cunahal, que fué decapitado en Goa. Desde aquella época, permaneció el P. Jacobo Fenicio en la corte del Samorin, en la que refutando las absurdas fábulas á que se daba crédito, confundió constantemente á todos los gentiles, y contribuyó así mismo con sus escursiones evangélicas al pais de los cristianos de Santo Tomás, á hacerles permanecer en la ortodoxía. En el año 1606, secundado Jacobo por otro jesuita enviado de Co-

(1) Nieremberg (*De viris sui ordinis*) hace grandes elogios de este hijo de San Ignacio y le designa con el nombre do varon de gran doctrina, prudencia y virtud, peritisimo en las lenguas siriaca, caldea y malabárica. Dice el propio autor, que fué enviado á las Indias orientales, y se confió á su celo toda aquella provincia la cual comprende las islas Malabares. Encargado por el rey de Portugal de una embajada á Zamorin, rey de Calcuta, concertó la paz entro las dos naciones, firmándoso por ambas partes. Por su gran virtud y sabiduria fué nombrado por el Ilmo. Sr. Alejo do Meneses, del órden de San Agustin y arzobispo de Goa, administrador de la iglesia y diócesis de Angamala, y (Angamalé) despues, Felipe III, á peticion del pueblo, le nombró arzobispo de la misma, eleccion que confirmó Clemente VIII supriniendo el nombre do arzobispo quedándolo el de obispo. Fué consagrado en Goa en ol año 1601. Despues Paulo V en 1605 habiéndoso mudado la catedral desde Angamala á Cangranor, le dió el titulo de arzobispo de esta ciudad por muerte do su arzobispo Abraban. Escribió un catecismo en lengua malabárica, quo tradujo despues en siriaco para uso do los párrocos de Angamala. Arregló tambien el uso romano un misal, un breviario y un ritual, segun Marcillo Crisi, pág. 319. (Nota del Trad.)

chin, fundó una nueva mision en el reino de Tanor, que como hemos visto ya, estaba tan dispuesto á recibir la escelencia de la nueva doctrina. Volvamos empero al P. Ros, nombrado por Alejo de Meneses, gobernador eclesiástico de la silla vacante de Angamalé.

El arcediano Jorge, nombrado administrador de la misma, por Mar-Abrahan, estaba ya en posesion de aquel cargo, del que creyeron los jesuitas no deber privarle, conforme lo hicieron presente al arzobispo de Goa. Lejos empero Jorge, de mostrarse agradecido por aquel acto de deferencia, aplazó la profesion de fé ortodoxa, que se le habia exigido, como encargado de la direccion de las almas; y hasta convocó en Angamalé un sínodo, en el que se protestó contra la abolicion de la ley de Santo Tomás (nombre que se daba al nestorianismo), y contra la aceptacion de todo obispo que no fuese nombrado por el patriarca nestoriano de Babilonia. En su consecuencia, todas las iglesias del pais fueron cerradas á los sacerdotes latinos; y habiéndose dirigido dos misioneros á Caturté, se llegó al estremo de arrojar á su cuarto dos serpientes venenosas, para que fuesen mordidos. En una palabra, se encontró la iglesia de Angamalé en un estado mucho mas triste que antes. Al recibir Alejo de Meneses tan tristes noticias, salió de Goa el dia 28 de diciembre del año de 1598, para visitar á los cristianos de Santo Tomás, en cuyo arriesgado viage desplegó el prelado una heróica firmeza y una tierna piedad. Pero Dios, en justa recompensa, ablandó el corazon de los sacerdotes cismáticos, quienes reconocieron que no podia haber las dos leyes de San Pedro y de Santo Tomás, sino la única ley de Jesucristo, predicada por sus apóstoles en todo el universo; hasta el mismo arcediano Jorge, se arrojó á los piés del arzobispo de Goa en la iglesia de los jesuitas, y se convocó un sínodo en Diamper, para el 20 de junio del año 1599, que acabó de llevar á efecto la union deseada. En el último del sínodo se cantó un *Te-Deum*, y cuando la procesion se disponia á salir de la iglesia, entonando las alabanzas del Señor en tres distintas lenguas, la latina, la caldea y la malabar, órganos todas de una misma fé, empezó á caer á torrentes la lluvia, impidiendo que la procesion saliese de la iglesia. Inmediatamente empezaron los nestorianos a decir que era aquella tempestad obra de Santo Tomás, en señal de desaprobacion por haber sustituido la ley de San Pedro á la suya; pero el arzobispo mandó en seguida que la cruz saliera, por preferir que se mojáran los ornamentos sagrados, á que continuase por un instante mas la murmuracion de los descontentos. Apenas acababa de darse cumplimiento á la órden del prelado, puesto que solo habia salido del templo el que llevaba la cruz, cuando cesó como por encanto la lluvia, se serenó el cielo y brilló la alegría en todos los semblantes; pudiendo ver los murmuradores en aquel hecho estraordinario, la consagracion de las medidas adoptadas por el sínodo.

Despues de haber declarado al arcediano Jorge, administrador de la iglesia de Angamalé, en union con los dos jesuitas Francisco Ros y Estéban Brito, rector del colegio de Vaipicota, se dirigió Alejo de Meneses á los sacerdotes y á todas las personas mas notables, para que le dijesen cual era la persona que preferian para su diócesis, á lo que se le contestó unánimemente que, mientras Alejo viviese, no querian otro obispo. Al ver el prelado aquella prueba de confianza y de aprecio, renunció al arzobispado de Goa, pidiendo en cambio la silla de Angamalé, á todo lo cual accedió gustoso el Papa. Los mismos cristianos de Santo Tomás manifestaron tambien deseos de que se nombrase al P. Francisco Ros, para la silla que iba á quedar vacante, y como esta manifestacion fuese conforme con las intenciones del prelado, instituyó Clemente VIII al humilde jesuita, primer pastor de aquella cristiandad, con el título de simple obispo. Pero como se juzgase despues mas útil trasladar su silla á un punto en que pudiesen los portugueses protegerle, se le destinó á Cranganor, cuya nueva diócesis depen-

dia tambien de Goa. Alejo de Meneses salió de aquella ciudad á 27 de diciembre del año de 1598, á recorrer los pueblos de su diócesis, sin que volviese á ella hasta el 9 de noviembre del año siguiente. Como último beneficio, habia enviado los misioneros á anunciar la fé á los malleanes, pueblos idólatras que vivian en las cumbres de las montañas del Malabar, y que solo se dedicaban á la caza de los elefantes, que tratarémos de describir aquí en pocas palabras. Los cazadores montados en elefantes domesticados y acostumbrados ya á aquel ejercicio, se tendian á lo largo sobre aquellos animales, penetrando de aquel modo sin ser notados, en medio de la manada salvage ó montaraz. Entonces aguardaban la ocasion de poder arrojar una cuerda con un nudo escorredizo al elefante de que se querian apoderar; teniendo el cabo opuesto de la cuerda, atado al cuerpo del elefante domesticado, que, derribaba desde luego al que estaba atado. Empeñábase desde luego entre ambos un rudo combate, en el que triunfaba siempre el primero, merced al ausilio de sus camaradas, al paso que se veia el elefante salvage abandonado por todos los suyos (Pl. XCVII, n.º 1); siendo luego fuertemente atado á dos de sus vencedores, mientras que uno le servia de guia y le empujaba otro por detrás. Son tan eficaces los medios que se emplean por domarles, que en pocas semanas se amansa el animal enteramente, como si conociese no caberle otro medio que el de resignarse con su suerte. Regularmente el grito de las hembras atrae los elefantes machos á una especie de cerco, de la que no pueden salir, por lo que se les coge con mucha facilidad.

Los reyes de Cochin, aunque eran los mas antiguos aliados de los portugueses, no habian logrado aun abrir los ojos á la fé católica; por el contrario, el que reinaba en el año de 1600, llegó hasta perseguir con rigor á los pocos de sus súbditos que adoraban á Jesucristo. Desde su capital hasta Colam, y desde Colam al cabo Comorin, habia en la costa diferentes iglesias que dependian de la diócesis de Cochin, siendo servidas todas ellas por franciscanos ó jesuitas, segun eran los religiosos que habian arrancado á aquellos pueblos del islamismo ó de la idolatría. El P. Manuel de Vega, del que hablarémos aun mas adelante, al tratar de los jesuitas que evangelizaban aquellas regiones meridionales, y el P. Andrés Buceiro, se distinguieron por su constante laboriosidad é infatigable celo en el reino de Travancora, cuyo soberano, favorable en un principio á los misioneros, persiguió despues cruelmente á los cristianos en el año 1604, obligando á emigrar á mas de veinte mil de ellos. En el año 1607, el P. Nicolás Spinola, rector del colegio de Colam, logró modificar de tal modo las ideas de aquel príncipe, que no solo volvieron á abrirse las iglesias, sino que hasta aumentó el rey á sus espensas considerablemente su número.

En la costa de la Pesquería, continuaba la piedad de los paravas demostrando el celo perseverante de los sucesores de San Francisco Javier: Tutucurin, principal ciudad de aquella costa, y la poblacion de Punical, contaban ya con un hospital, cuyas puertas estaban siempre abiertas para recibir indistintamente á los infelices y á los cristianos. Como casi toda la poblacion profesaba el cristianismo, solo tenian los misioneros que convertir á la fé los estrangeros que se dirigian á ella, y cuyo número era bastante crecido, puesto que solo en el año 1586, se administraron mil setecientos bautismos. Los diez y ocho jesuitas que dirigian aquellas cristiandades, tenian á su cargo veinte y siete iglesias, y se hallaban divididos entre las seis residencias de Tutucurin, Munical, Manapar, Bembar, Trecandur y la isla de Manar. La primera, habitada por el superior de la mision, tenia un colegio en que se enseñaba el latin, y á dirigir las conciencias. Segun Du Jarric, era aquella poblacion tan devota, que mas bien parecia una casa religiosa que una comunion política. Las maravillas hechas en la costa de la Pesquería, por el gran apóstol de las Indias, fueron continuadas por el P.





Henriquez, que evangelizó á los paravas por espacio de cincuenta y tres años; muriendo en Punical, á 6 de febrero del año 1600; á su muerte hubo en la poblacion un luto general, puesto que al igual de los cristianos, interrumpieron los idólatras y los musulmanes sus trabajos. Habiendo sido trasladado el cuerpo del misionero á Tutucurin por mar, se arrojaron en tropel los paravas sobre el buque que contenia las reliquias, para hacer tocar á ellas sus rosarios, y acompañaron el fúnebre cortejo á una larga distancia. No tardó la persecucion en turbar el reposo de aquella cristiandad, obligándola á retirarse cerca de la isla de los Reyes, donde se fortificó para hacer frente á sus perseguidores. Como era aquel punto un refugio seguro contra las persecuciones de los pequeños gefes del continente, condujo Dios allí á muchos idólatras, para que abriesen los ojos á la luz de la fé, lo que hizo que el número de los cristianos residentes en la costa de la Pesquería, y sus dependencias, se elevase en el año 1607 á ciento treinta y cinco mil.

La jurisdiccion de la costa de la Pesquería pertenecia al soberano del Maduré, reino contiguo que se estendia por el interior de sus tierras. So pretesto de ponerse de acuerdo con aquel soberano acerca de los paravas, se dirigió el P. Gonzalo Fernandez á su corte en el año 1595, aun que en realidad no llevaba mas objeto que el de regenerar á los badages, habitantes de aquel reino, por medio de las doctrinas evangélicas. Secundado el misionero por un brama que habia convertido, edificó una casa y una iglesia, fundó un hospicio y abrió una escuela, en la que enseñó á los niños á leer y escribir en tamul. Los badages, aunque admirados de la santidad y pureza del misionero, apenas se paraban en la ley que predicaba, por considerar que era el catolicismo una religion observada tan solo por hombres degradados y abyectos, por verla seguir á los paravas, objeto de su profundo desprecio; y si bien admiraban las conquistas, las riquezas y hasta la actitud imponente de los portugueses, veian tambien por otra parte con horror que bebian vino, comian carne de buey, y estaban en contínuas relaciones con los parias. Tal fué la principal causa que impidió al P. Gonzalo Fernandez hacer muchas conversiones en aquel pais; y al ver los superiores la avanzada edad del misionero, resolvieron enviarle al P. Roberto de Nobilis, sobrino de Marcelo II y del célebre cardenal Bellarmino. Brillante era la carrera eclesiástica que ya desde su ordenacion tenia abierta el P. Roberto, y en la que querian hacerle entrar sus padres; pero como fuese muy distinta la que él ambicionaba, y á la que Dios le llamaba, entró en el noviciado de los jesuitas en Nápoles, y fué formado por el historiador Orlandini, á la sazon maestro de novicios, el cual le predijo que estaba destinado á hacer en las Indias grandes maravillas en honra y gloria de Dios. Así que, terminados sus estudios, pidió el P. Roberto ser destinado á aquella mision; y sus superiores, no obstante la ciega oposicion de sus padres, no creyeron deber oponerse á sus deseos, por ser manifiesta la voluntad de Dios, que le impulsaba hácia la carrera del apostolado. Dirigióse pues á Goa, desde donde fué enviado á la costa de Malabar, y luego al reino de Maduré, donde debia, por espacio de cuarenta años evangelizar á sus habitantes idólatras. La cruz es la igualdad ante Dios; por esto al ver Roberto que el orgullo de los bramas les hacia alejar de una religion adoptada por los parias, comprendió que habia de poner en práctica un nuevo medio de accion; pues no bastaba ya ofrecer el madero del Calvario á la clase proscrita que le aceptaba á la vez como emblema de su proscripcion, y como manantial de nuevas esperanzas, sino que era preciso despertar en aquellos hombres encorvados hacia tantos siglos, bajo el peso de un anatema universal, el sentimiento de la dignidad humana, y hacer penetrar la fé en el corazon de las clases privilegiadas, a fin de mejorar la condicion de los parias convertidos. Así pues, adoptó Roberto la forma de

la mision á los gustos y á las ideas de los indios, á fin de decidir á las clases elevadas á abrazar el cristianismo. Se presentó como descendiente de una raza ilustre, igual á la de los kchatrias ó rajahs, se abstuvo de comer carne y pescado y de usar ninguna bebida espirituosa; evitó en lo posible el roce con las clases inferiores; tomó el trage de los bramas penitentes, por ser estos los personages mas considerados en el Indostan; y se sujetó á todos los demás usos y reglas practicados en el pais por las personas de distincion. Así como los bramas llevaban una especie de collar compuesto de varios hilos de color, para indicar la ley que profesaban, pendian tambien del cuello del jesuita, un cordon compuesto de cinco hilos, entre los que habia tres de oro y dos de blancos, con una cruz que le descendia hasta el pecho: los tres hilos de oro simbolizaban á la vez las tres personas divinas y la unidad de Dios, los dos hilos blancos representaban el alma y el cuerpo de Jecristo, y la cruz, su pasion y su muerte. De este modo profesó Roberto esteriormente los tres principales misterios del cristianismo, esto es, el de la Trinidad, el de la Encarnacion y el de la Redencion. Como la humilde casa del P. Gonzalo Fernandez, no fuese la mas á propósito para sus designios, fué Roberto á instalarse en el barrio de Maduré, habitado por las mas opulentas familias, en el que procuró con su retraimiento escitar la curiosidad, y acabar de instruirse en la lengua, ceremonias y costumbres del pais. El soberano manifestó deseos de verle, pero se le contestó que era el *sanniasi* del norte, un hombre tan casto, que por no ver á las mugeres, permanecia siempre en su retiro, lo que escitó vivamente la admiracion del príncipe, porque aquellos pueblos cuanto mas admiran la castidad, tanto menos la practican. Un año estuvo Roberto sin hacer visita alguna, y recibiendo únicamente las de que no podia prescindir, lo que acababa de aumentar su reputacion de hombre sábio y virtuoso. Insiguiendo la costumbre del pais, solo eran admitidos los estraños en la presencia del misionero, despues de muchas formalidades, y les recibia en un estrado cubierto de un paño colorado, y frente al cual habia otro paño del mismo color precedido de una estera. Hasta las personas mas encumbradas, al acercarse al penitente del norte, le saludaban con profundo respeto, levantando las manos hasta ponérselas á la cabeza, é inclinándose humildemente. Los que deseaban ser sus discípulos, repetian por tres veces aquel saludo, y luego caian de rodillas; dándole todos los indios el nombre de *Tatva Podagar Swami*, el cual espresaba la alta idea que se tenia de su mérito; llamábanle tambien *Iromei Biramaner*, esto es, el brama de Roma.

Solo despues de haber adoptado todas estas precauciones, pudo ver al P. Roberto de Nobilis el aumento de su rebaño, objeto de su mas tierna solicitud. Envió el misionero á dos de sus neófitos al colegio de los jesuitas de Cochin, para que el arzobispo de Cranganor les confirmase en la fé, y á fin de que su presencia escitase á otros operarios evangélicos á ir á cultivar con él la viña naciente del Maduré. A su regreso iban ya acompañados del P. Manuel de Leytan, al que no tuvo Roberto el consuelo de abrazar hasta el dia 26 de agosto del año 1609. Imposible nos es fijar el número de las conversiones, que recompensaron el celo del P. Roberto de Nobilis; pero citarémos un hecho notable referente á Bangara Tirumali Naiakken, soberano del Maduré, al que debió en gran parte su capital el Maal ó Aramanei (Pl. XCVII, n.º 2), palacio cuyas ruinas son el asombro de todos los viageros. Circuia aquel vasto monumento un muro de cincuenta piés de altura; y formaba su entrada un pórtico sostenido por diez columnas que subsisten aun, á pesar de haber desaparecido enteramente las cornisas y las bóvedas. Así mismo se vé entre las ruinas un pórtico bien conservado, construido por Tirumali, que lleva el nombre de Pudumandoga, ó sea, pórtico nuevo. Un poco mas lejos, hácia la parte del sud, hay un inmenso patio, rodeado de columnas de treinta



y cinco á cuarenta piés de elevacion, que sostienen bóvedas enormes; en el fondo del patio hay la sala de justicia, cuyas bóvedas sostienen aun cinco ó seis cúpulas muy bien conservadas, sin mas apoyo que el de algunas columnas colocadas á cincuenta pasos de distancia. Su arquitectura no es enteramente gótica, puesto que se nota en muchas partes de ella el gusto árabe. Apesar de haber destruido la accion del tiempo las pinturas de las bóvedas, brillan aun en ellas colores vivísimos. Tampoco es el interior del teatro menos digno de atencion, segun Nataga, pues se vé en él una construccion digna de los mejores tiempos del arte arquitectónico. En una palabra, nada hay comparable con aquel hermoso y vasto edificio en el antiguo reino de Maduré; puesto que los palacios de Trichinópoli, Tanjaur y Puducottey, no llegan, ni de mucho, á la magnificencia y riqueza del Aramenei de Bangara Tirumali Naiakken. Merece tambien particular mencion la gran pagoda de Maduré, inmenso círculo patio de altas murallas, en las que hay cuatro puertas abiertas en los cuatro puntos cardinales, que sostienen otras tantas torres que se levantan en forma piramidal hasta perderse de vista; es esta obra un conjunto de esquisito gusto arquitectónico. El templo de Minatchi, en cuyo interior hay la estátua de la diosa que se venera en la pagoda, es tambien en su clase una obra de gran mérito: los profanos no pueden internarse en él ni mucho menos acercarse á la diosa, por ser esto tan solo permitido á los bramas y á los indos de pura raza, únicos que pueden presentarle sus ofrendas y hacerle su «namascara» ó adoracion. A una milla hácia al oeste de Maduré, hay una pequeña pagoda construida en medio de un estanque, en la que se dá en tamul el nombre de Teppakola, esto es, el estanque del paseo, á causa del que se hace dar por él todos los años á la diosa Minatchi y á su esposo Sokalinga; hay plantados en derredor del templo un gran número de árboles frutales. Tal es el estado en que se ven hoy dia los principales monumentos del Maduré. Veamos ahora lo que sucedió en la época á que nos referimos, segun voz pública, al soberano Bangara Tirumali. Presentábase el espíritu maligno, bajo las formas mas terribles, todas las noches á aquel príncipe, sin dejarle descansar ni un solo momento, por llevarle sin cesar de una á otra parte de su palacio. En tan triste situacion, hizo el príncipe llamar al P. Roberto de Nobilis, que se encontraba á la sazon en las inmediaciones de Maduré, á fin de que le procurase un medio para librarse de la contínua persecucion del espíritu de las tinieblas. Al llegar el misionero al palacio, halló al príncipe rodeado de bramas; y despues de haberse enterado de las cuitas del monarca, le prometió arrojar á los demonios, con tal que se le permitiese celebrar la misa en el Aramanei; en lo que consintió el príncipe, haciendo retirar desde luego á todos los que le rodeaban. «Esa precaucion es inútil, dijo entonces Roberto; porque no hay en la misa ningun secreto.» El apóstol pidió agua, la bendijo, regó con ella la sala, y empezó sus oraciones, mientras que los catequistas le disponian el altar, y luego celebró los divinos misterios en presencia de los bramas y del soberano, haciendo despues una aspersion general per todo el palacio. Vivamente satisfecho Tirumali, hizo ricos presentes al misionero, del que se separó con dolor, despues de haberle dado muchas pruebas de afecto y simpatía. A los pocos dias le hizo llamar nuevamente, y le dijo que no se habia visto atormentado como antes, por lo que estaba resuelto á abrazar el cristianismo. Roberto le contestó que era preciso despedir antes á las mugeres que tenia en su palacio, de todas las que no podia conservar mas que una, y que debia luego ser instruido en la nueva ley que trataba de seguir. Tirumali consintió en todo lo propuesto por el misionero; pero aterrados los bramas al saber la resolucion del monarca, le invitaron á ofrecer un sacrificio á Minatchi; y mientras estaba el príncipe ocupado en hacer su ofrenda, se le encerró en una habitacion retirada, de la que no volvió á salir; ó lo que es aun mas probable, le decapitaron, por no

esperimentar los efectos de su conversion. Luego hicieron los bramas creer al pueblo que la diosa Minatchi, satisfecha de las virtudes de Tirumali, le habia llamado á la mansion de la dicha Entretanto, los europeos, sospechando de la conducta del P. Roberto de Nobilis, atribuyeron sus triunfos á su observancia de ciertas prácticas de la idolatría, mientras que, como hemos visto, se habia limitado el religioso á adoptar ciertos usos inocentes, para atraer mas fácilmente los indígenas al cristianismo. Aquella falsa interpretacion, causó vivísimos debates en el año 1618. Habiendo sido llamado á Goa por sus superiores, el P. Palmerio, visitador de las Indias, y los demás jesuitas, vieron al principio con la mayor indignacion el nuevo trage de Roberto: pero en breve cambiaron de parecer. El tribunal del arzobispo de Goa, que no acogió tan favorablemente su defensa, remitió á la Santa Sede la causa formada al misionero, y en la que se le acusaba de fomentar la idolatría. El cardenal Bellarmino, tio de Roberto, al oir que su sobrino se habia hecho idólatra, le escribió para hacerle renunciar á sus designios; pero el apóstol, escudado con sus rectas intenciones, contestó á su tio justificándose cumplidamente. El arzobispo de Cranganor, el dominico Almeida, inquisidor de Goa, y el arzobispo de esta última ciudad, fueron otros tantos defensores de Roberto, por haberse convencido de que era el medio seguido por el religioso, el mas á propósito para plantear el cristianismo entre los bramas. En 30 de enero de 1623, Gregorio XV autorizó al misionero para que prosiguiese en la ejecucion de su plan, permitiendo así mismo á los bramas convertidos conservar ciertos usos, que en un principio se habian creido supersticiosos, y que solo conservaban los nuevos cristianos como distintivo de nobleza. Despues de cinco años de debates, pudo al fin el misionero continuar la obra tan gloriosamente empezada, sin temor de que volviese á alarmar las conciencias.

La isla de Manar, dirigida por los jesuitas de la costa de la Pesquería, está contigua á la gran isla de Ceylan, en la que aquellos religiosos habian evitado siempre establecerse, por no hacer sombra á los misioneros franciscanos, á pesar de las reiteradas instancias de los portugueses de Colombo. Pero como en el año 1602, girase su visita el obispo de Cochin religioso de la órden franciscana, y viese que no podian los misioneros franciscanos atender por si solos al cuidado y direccion de la nueva cristiandad de Ceylan, se creyó obligado á enviarles por cooperadores algunos jesuitas, á cuyo fin se entendió con el virey y con el arzobispo de Goa. Los PP. Alejandro Hunner, Jacobo de Guzman, Antonio de Mendoza y Pedro Eutício fueron entonces enviados á Ceylan, donde fueron perfectamente acogidos por su gobernador Gerónimo de Azevedo, hermano del glorioso mártir de este nombre. A sus espensas hízoles construir el gobernador una casa en Colombo, y les dispuso un colegio, en el que aprendieron los jesuitas la lengua del pais, por poder con mas fruto dedicarse luego á evangelizar á los indígenas. A fin de evitar toda rivalidad entre los franciscanos y los jesuitas, dividió el obispo de Cochin la mision en dos partes, señalando la del norte á los hijos de San Ignacio y la del mediodía á los de San Francisco. Luego de haberse procedido á aquella division, empezaron los jesuitas á construir iglesias en todos los puntos mas importantes; tres eran las que habian logrado ya construir el año 1603 en las poblaciones de Caymel, Mandopé y Chilao. En esta última, en la que habian hallado los misioneros siete cristianos, habia al poco tiempo mas de cinco mil; cuando fueron los jesuitas en número de diez, plantearon la fé en la pequeña isla de Carediva, en el año 1606. Insensiblemente fué aumentando aquella nueva cristiandad, merced á los contínuos desvelos y á la sangre que supieron los jesuitas derramar por ella, siendo sus primeros mártires los PP. Juan Metella y Luis Pelingotti, que fueron muertos á lanzadas por los indígenas en el mes de diciembre del año 1616.

Elévase en la parte superior de la costa de





la Pesquería, la ciudad de Chandegry, capital del reino de Narsinga, situado entre Poliokate, al oriente de la costa de Coromandel, y Mangalor, que está al occidente de la costa de Malabar. El P. Nicolás Pimenta, visitador de la Compañía en la India, mandó á Simon Sá, rector del colegio de Meliapur, que procurase por todos los medios hacer penetrar la luz de la fé en aquella region, por lo que ocurrió Sá á un mercader de Meliapur, oriundo de Chandegry, que habia abrazado el cristianismo. Como tuviese el mercader un pariente que servia al príncipe Obo, suegro del rey de Narsinga, obtuvo por su mediacion que pidiese el príncipe misioneros para cristianizar sus estados. En su virtud, partieron de Meliapur á 10 de octubre del año 1598 los PP. Simon Sá y Francisco Ricci y el mercader Crisóstomo. A una legua de Chandegry, hallaron el templo de Tripetti, considerado como el mas célebre de cuantos hay en el sud del Krichna, visitado anualmente por un gran número de peregrinos de todas las regiones de la India. Despues de haber hecho Obo una recepcion magnífica á los jesuitas, les presentó al rey, quien les hizo varias preguntas acerca del cristianismo, diciendo luego á los bramas que le parecia ser aquella la religion verdadera. A los pocos dias autorizó á los jesuitas para que construyesen una iglesia en la capital, y dió á Simon Sá una silla dorada en que debia hacerse llevar, por considerarse ser impropio el que los *gurus* (sacerdotes), recorriesen á pió las calles de la poblacion. El príncipe Obo, prometió por su parte, hacer construir una iglesia á sus espensas en la ciudad de Condur, á la que Simon Sá habia enviado á Antonio Gonzalvo para que empezase á predicar la ley divina. Informado Nicolás Pimenta de los felices auspicios con que habian dado los religiosos comienzo á sus tareas, envió á aquella mision á los PP. Manuel de Veiga, superior de la casa de Goa, Gaspar Estienne, Juan de Costa, Melchor Cotiño y Francisco Ricci, al que debia Gonzalo Monteiro reemplazar en Meliapur. Manuel de Veiga y Francisco Ricci construyeron el año 1599 una iglesia en Chandegry, por haberles procurado la reina el terreno necesario; y el rey á su vez en 1601 señaló una renta para la manutencion de los religiosos. La primera ventaja que bajo el punto de vista temporal reportó el pais de la presencia de los jesuitas, fué la de estrechar mas la alianza formada poco antes por el franciscano Luis, entre el rey de Narsinga y la corona de Portugal; y cuya ventaja acabó de granjearles la confianza y el aprecio del soberano. Al visitar el provincial de la India los establecimientos que dependian del colegio de Meliapur, se dirigió á Chandegry, donde le recibió el rey con mas consideracion que al gran sacerdote de los ídolos. La reina hizo tambien construir á sus espensas una iglesia en Paliakata, é hizo otras muchas dádivas de consideracion que contribuyeron á embellecer los templos y á fomentar la fé entre sus súbditos. Entre las residencias que poseian los jesuitas en el reino de Narsinga, habia la de Negapatan, puerto marítimo en que murió el P. Francisco Perez el año 1583 en olor de santidad, cuando se dirigia de Meliapur á la costa de Pesquería: los PP. Nicolás Levanto y Juan de Costa, fundadores de aquella residencia, trasladaron á su iglesia los restos de Juan Perez, en el año 1602.

Dos eran los jesuitas, como hemos visto ya, que estaban evangelizando el Bengala, pais situado en el Indostan, al sudeste del imperio del Mogol, y de las riberas del Ganges. Este rio (Pl. XCVIII, n.º 1) el mas caudaloso de la India, se forma en el Gherwal por la union de sus dos brazos, el Bhagirathy en el oeste, y el Alaknanda en el este: el Bhagirathy, considerado como el verdadero Ganges, nace en una ladera del Himalaya sobre el Gangotri, á la altura de 13,800 piés sobre el nivel del mar; pero siendo el Dauli mas considerable y viniendo de mas léjos, deberia ser considerado como el principal brazo, y dar su nombre al rio de que forma parte. El Bhagirathy y el Alaknanda se unen en un sitio llamado Devaprayaga, en el que se levanta un templo,

considerado por los indios como el mas célebre de sus santuarios. Mas allá de Hardwar, entra el Ganges en la vasta llanura del Indostan, y forma en el Bengala un Delta inmenso, compuesto de un gran número de brazos. Los portugueses establecidos en aquella region, reclamaron los socorros espirituales, que á fin de hacer igualmente estensivos á los idólatras, les procuró el visitador Nicolás Pimenta, enviando á ella desde Cochin el año 1598, á los PP. Francisco Fernandez y Domingo Sosa (1), quienes ejercieron su celo en Goli, Chandekan, Siripur y Chattigang ó Islamabad (*Morada de la fé*). La facilidad con que lograron propagar el Evangelio, decidió á Pimenta á enviarles en el año 1599, á los PP. Melchor de Fonseca y Juan Andrés Boves. Construyóse la primera iglesia que tuvieron allí los jesuitas en el reino de Chandekan, de la que tomaron posesion el dia 1.º de enero del año de 1600. Las amarguras de la persecucion por las que tanto suspiraban los misioneros, al fin llegaron: la iglesia y la casa de los jesuitas fueron saqueadas; el P. Francisco Fernandez murió en un calabozo, á 14 de noviembre del año 1602, despues de haber sufrido toda clase de vejaciones; teniendo los restantes de sus hermanos que esconderse, ó apelar á la fuga por salvar sus vidas. Dos de ellos se dirigieron al Pegú.

En el año 1598, el visitador Nicolás Pimenta habia designado para aquel reino, que tan rebelde se mostrára al celo del franciscano Bonfer, á los jesuitas Baltasar de Segueyra y Juan de Acosta, los cuales no pudieron por de pronto embarcarse á causa de los disturbios que estaban agitando al Pegú. Felipe de Brito, el mas celoso de todos los portugueses establecidos en el Bengala, intervino en aquellas guerras, como ausiliar del rey de Arrakan, y merced al cual, empezó el cristianismo á echar raices en Siriam, puesto principal del Pegú. Al regresar de Goa, donde fué Brito á dar cuenta al virey de la situacion del pais conquistado, obtuvo aquel gefe que le permitiese el provincial de los jesuitas, llevarse á los dos religiosos de que hemos hablado anteriormente, y á los que recibió la colonia portuguesa como ángeles descendidos del cielo. El P. Manuel Pirez permaneció en la fortaleza, mientras que el P. Salerno tomó parte en las espediciones, en una de las que murió en alta mar, enviándose al Indostan para reemplazarle al P. Juan de María.

El nuevo campo del Bengala abierto á la piedad de los jesuitas, continuaba siendo aun cultivado por los dominicos. Segun Fontana, habia entre los religiosos de aquella órden el P. Gaspar de la Asuncion, el cual fué asesinado en el Malabar, al dirigirse del Bengala á Goa, el año 1597; así mismo Pedro Ususmaris y Simon de la Piedad, como él hijos de Santo Domingo, coronaron su apostolado en el propio año, con la palma del martirio. Tambien el hermano Pablo, que exhortaba á los portugueses á saber morir por Jesucristo, recibió con ellos la muerte en el reino de Arrakan, el año 1598. El P. Gaspar Sá predicó la ley de Jesucristo en el Bengala, obrando grandes conversiones; supónese por algunos historiadores que murió Sá, al dirigirse de Bengala á Goa, asesinado por uno de los indígenas á quienes trataba de convertir; al paso que suponen otros, haber muerto mientras iba á evangelizar la isla de Solor, junto con el P. Manuel de Lambuano, sacrificados ambos por los mahometanos, en el año 1601. De todos modos, es lo cierto que alcanzó Gaspar Sá la palma del martirio. En el año de 1598, llamó el portugués Jacobo Velose, á los jesuitas al reino de Camboge; pero como era aquella una mision confiada á los religiosos de Santo Domingo y San Francisco, se abstuvieron los jesuitas de dirigirse á ella.

Los dominicos continuaban además cristianizando el reino de Siam, en el que en medio de sus triunfos, se veian á menudo espuestos á todos los peligros. El P. Luis de Fonseca, despues de haber convertido en él á muchos indígenas, fué asesinado mientras estaba celebrando los santos misterios, en el año 1600,

(1) Du-Jarric *Historia de las cosas mas notables*. Tomo I.

uniendo así su sacrificio al de la celeste víctima. En el propio año los PP. Juan Maldonat y Alfonso Gimenez, ambos españoles, fueron aprehendidos al dirigirse de Filipinas á Camboge, por órden del rey de Siam, y asesinados bárbaramente á las pocas horas. Una feliz circunstancia facilitó el establecimiento de la Compañía de Jesus, en el reino de Siam. Al enviar el nuevo monarca una embajada al virey de la India, escribió á diferentes mercaderes que habia conocido cuando era príncipe, invitándoles á que continuasen haciendo su tráfico en todos los puertos de su reino. Tristan Golayo, mercader de Meliapur, propuso al provincial de los jesuitas llevarse un misionero, para presentarle al rey, á fin de que pudiesen por aquel medio, ver los misioneros realizados sus deseos. Baltasar de Sequeyra, que debia partir ya para el Pegú, en el año 1598, fué el designado para el reino de Siam, á cuya corte llegó durante las fiestas de la Semana Santa, con viva satisfaccion de todos los cristianos que habian acudido á aquel pais para hacer su comercio. El obispo de Malaca, cuya jurisdiccion comprendia á Siam, escribió al P. Baltasar de Sequeyra, felicitándole por la tierna piedad de que estaba animado, y trasfiriéndole todos sus poderes.

Floreciente era en estremo, segun Du-Jarric, la cristiandad de Solor, á cuyo frente se hallaban los religiosos dominicos. El P. Antonio de la Cruz y el hermano Alejo, que llegaron á la India con el P. Gregorio de Santa Lucía, obispo da Malaca, y que fueron enviados por este prelado á la isla de Solor, deben ser considerados como los primeros apóstoles que dieron comienzo en aquel pais á la obra regeneradora que habia de procurar á la naciente iglesia tantos consuelos. Antonio se dedicaba á la predicacion y administraba los sacramentos, mientras que Alejo enseñaba á los convertidos á rezar el Rosario y otras oraciones y modificar su conducta. Despues de haber hecho abrazar el cristianismo á una multitud de idólatras, y de haber levantado veinte y seis iglesias que subsistieron hasta la invasion de los holandeses, cayeron ambos religiosos enfermos en el mismo año, desprendiéndose uno y otro de los lazos terrenos á 17 de febrero del año 1590, sin que pudiese en ellos, ni aun la misma muerte, romper la union que habian contraido durante su vida. Llegó á la isla procedente de Goa, el P. Francisco Galassa, quien bautizó á los indígenas de Trapobella; pero no pudiendo al fin soportar aquellos isleños antropófagos el suave yugo de la ley cristiana, asaetearon al religioso, digno sucesor del P. Antonio de la Cruz y del hermano Alejo, despues de haberles evangelizado durante ocho años. No fué menor la crueldad que ejercieron aquellos indígenas al año siguiente con el P. Travazos y el lego Melchor, asesinados bárbaramente por órden de los sacerdotes de los ídolos. En el propio dia, dos jóvenes del seminario de los PP. Predicadores, que se negaron á renunciar al cristianismo, fueron igualmente víctimas de la crueldad de los idólatras, que no pararon hasta arrancarles los ojos y cortarles la lengua. El P. Pablo de Mesquita, fué cogido por los piratas holandeses al dirigirse de la isla de Solor á Malaca; y como conociesen aquellos bárbaros que era dominico, le asesinaron desde luego, por vengarse de la órden dominicana, que con tanta constancia combatia á la heregía; los demás católicos que habia en el buque lograron salvar sus vidas. La isla de Pagua, no muy distante de la de Solor, correspondió tambien, como esta, al celo de sus misioneros, procurándoles el martirio; siendo sacrificado en ella por los idólatras en el año 1602 el P. Gerónimo Mascarenhas. Los habitantes de Flores, que no tributaban culto á Dios, al sol, ni á ningun ídolo, ni observaban tampoco ninguna práctica supersticiosa, fueron evangelizados por los PP. Luis de Andrada y Juan de la Anunciacion. Despues de haber logrado los misioneros con su benevolencia atraerse al gefe de la tribu que habitaba en Larentuka, poblacion situada en el estremo occidental de la isla, edificaron dos iglesias en Flores y anunciaron

públicamente la palabra divina. En los últimos meses del año 1620, el P. Gaspar del Espíritu Santo, fué encargado á su vez de evangelizar aquella isla, y el P. Juan de la Anunciacion, entonces prefecto de las misiones, le envió como ausiliares á los PP. Simon de la Madre de Dios, y Juan Bautista de Laforteza. Fueron estos dos religiosos arrojados por la tempestad á una costa habitada por los mahometanos, quienes despues de haberles hecho sufrir todos los tormentos, acabaron por devorarles; terminando de este modo á 20 de enero del año 1621 su carrera apostólica, aquellos gloriosos atletas de Jesucristo. Grande fué el milagro, segun Fontana (1), que obró el cielo á los pocos dias de aquel sangriento sacrificio: mientras estaba el pueblo reunido en la plaza pública, se le aparecieron Simon de la Madre de Dios, Juan Bautista de Laforteza, y con ellos Agustin de la Magdalena, condenado á muerte en el año 1618, vistiendo todos ellos el hábito de su órden, y dejando deslumbrados con su resplandor á todos los espectadores. Entonces se arrojaron los mahometanos en pos de ellos para verles mas de cerca é informarse de si eran realmente aquellos mismos religiosos que habian asesinado pocos dias antes; pero fué tal su estupor que no se atrevieron á dirigirles la palabra, durante los breves instantes que permanecieron los mártires en su presencia.

La fé católica planteada á costa de tantos sacrificios en las islas Molucas, sufrió un golpe terrible que casi la desarraigó del todo. La celebridad de aquellas islas en la especieria, escitó la ambicion de los ingleses y de los holandeses, quienes se dirigieron inmediatamente á ellas, los primeros por el estrecho de Magallanes, y doblando los otros el cabo de Buena-Esperanza; y como á la rivalidad comercial no tardase en unirse al antagonismo religioso, armaron unos y otros á los idólatras y á los mahometanos contra las colonias portuguesas. Los jesuitas poseian en Ternate un colegio, del que dependian todas las residencias que habian logrado establecer en diferentes puntos de aquellas islas, en las que continuaban conservando la fé entre los cristianos y procurando convertir á los indígenas; hasta que en el año 1580, Bab-Ulla, rey de Ternate, logró arrojar á los portugueses de las dos plazas fuertes de Amboine y Tidor, en la primera de las cuales residia el superior de las islas Molucas. «Dice Du-Jarric, que los holandeses é ingleses alentaron de tal modo á los idólatras, que en las solas islas sometidas al rey de Ternate, hubo al principio de la rebelion mas de sesenta mil mártires cristianos. Los misioneros que habia entre ellos durante la persecucion, añade el propio autor, no solo derramaron generosamente su sangre, sino que sucumbieron de dolor muchos de ellos al ver desaparecer aquella religion que habian logrado plantear á costa de tantos trabajos.... Tales fueron los frutos que dió el nuevo Evangelio de Lutero, de Calvino y de los demás hereges de su tiempo.» El virey de las Indias, envió desde Goa una escuadra á las islas Molucas; pero como luego se retirase esta á Malaca, se apoderaron los holandeses de los fuertes de Amboine y de Tidor. Solo cuando el gobernador de Filipinas, haciendo un noble esfuerzo el año 1606 en favor de las dos coronas reunidas de España y Portugal, se apoderó nuevamente de Ternate, volvieron los jesuitas á tomar posesion de su colegio. Sin embargo, las Molucas, que acababan de entrar de nuevo bajo la dominacion del rey católico, debian serle disputadas; no siendo menores los embates que iba á sufrir el cristianismo en medio de las vicisitudes de la guerra, y de los nuevos golpes que contra él iba á asestar la heregía.

La sangre de un jesuita enrojeció la fundacion de Batavia, (Pl. XCVIII, n.° 2) establecida el año 1616 en la isla de Java, en el mismo sitio que ocupaba la ciudad india de Jaccatra, á orillas del Tjiliwang; siendo el P. Egido de Abre, la víctima que espirando el año 1622, á consecuencia de sus heridas, en los calabozos de Batavia, fundó la creacion

(1) *Monumenta Dominicana*, año 1599

de aquella metrópoli, centro del comercio de los holandeses con la China, el Japon, la India y todas las islas de la Malesia (1).

El fanatismo de los musulmanes rivalizaba con el ódio de los hereges, como lo prueba claramente el martirio del bienaventurado Sebastian de San José. Hijo este santo varon de una noble familia de Medina del Campo, tomó en su juventud el hábito de San Francisco; su vida edificante y su celo le valieron el ser enviado por sus superiores á la provincia franciscana de San Jorge de Filipinas, destinada á procurar á aquel archipiélago los misioneros necesarios. Habiendo pasado despues á las islas Molucas, bautizó Sebastian en ellas á cinco de sus mas poderosos gefes, y procuró el conocimiento del verdadero Dios á una multitud de infieles. Capturado por un corsario holandés en el momento en que iba el religioso á proseguir su mision, fué abandonado en una isla desierta, despues de haber sufrido muchos tormentos, y trasladado milagrosamente á la de Togolanda, en la que manifestó la estravagancia del Alcoran y la escelencia del cristianismo á los musulmanes que la poblaban. En su virtud los infieles le presentaron á su juez, el cual mandó que fuese el apóstol decapitado, y que su cuerpo fuese arrojado al mar, sentencia que procuró á Sebastian la palma del martirio el dia 28 de junio de 1610. Dos milagros, á cual mas patente, se obraron en el dia mismo de su martirio, á saber: el cuerpo del bienaventurado, á pesar de todos los esfuerzos, permaneció sobre las aguas, y apareció una cruz milagrosa en el sitio mismo en que fué decapitado el mártir cristiano. Háse empezado ya en Roma el proceso de su canonizacion.

Dependian las islas Molucas del gobierno de Filipinas, en cuyo archipiélago vivia aun el recuerdo de Diego Advarte que, despues de un largo apostolado, ocupó con tanta gloria la silla que antes que él dirigió Benavides.

Nació aquel noble aragonés en Zaragoza, hácia el año 1556, al que se envió desde su juventud á la universidad de Alcalá, donde los rápidos progresos que hizo en los estudios, y su rara prudencia en la eleccion de sus amigos, no tardaron en demostrar su talento y su prevision. Así que, unióse en santa amistad con un jóven religioso, cuya tierna piedad y amables costumbres fueron objeto de todas sus delicias; era tal la simpatía que reinaba entre aquellos dos corazones, que solo vivian al estar reunidos, lo que no es estraño, si se atiende á que reunian ambos jóvenes el mismo talento, el mismo candor, la misma virtud. El uno, por su fidelidad á la gracia de la vocacion, esperimentaba ya lo que ha dicho Jesucristo, esto es, que su yugo es dulce y suave; mientras que el otro, nada deseaba con tanto ardor como el saber la voluntad de Dios por seguirla; era tal el fervor con que pedia á Dios el conocimiento de su voluntad divina, que al fin se dignó revelársela. Hé ahí porque al tomar el hábito de Santo Domingo en el convento de Alcalá á 29 de abril del año 1586, renunció Advante con tanto placer á los goces y á las esperanzas de la tierra, y se mostró mucho mas feliz de lo que puede serlo el hombre que aspira y alcanza la posesion de los bienes y honores de esta vida.

La ciudad de Alcalá, edificada al ver su piedad, empezaba á aprovecharse de sus primeras predicaciones, cuando el deseo de estender el reino de Jesucristo, decidió al misionero á ir á continuar su ministerio entre los habitantes de América. La Providencia se sirvió del ejemplo de un hombre apostólico para acabar de resolver á Diego Advarte: el P. Alfonso Delgado, uno de los primeros fundadores de la provincia del Rosario en Filipinas, se habia dirigido á España, para procurarse nuevos operarios evangélicos que le siguiesen á aquel archipiélago, para continuar la obra empezada en él, ó ser destinados á la India ó al Japon, segun las necesidades de la nueva iglesia. El P. Francisco Blancas, se ofreció desde luego á seguirle; pero como evangelizaba hacia muchos años con gran fruto las provincias

(1) Tanner, « Societas Jesu usque ad sanguinis et vitæ profusionem militans. »

de España, se opusieron á su partida los dominicos de Alcalá, quienes encargaron á Diego de Advarte, su amigo, que procurase hacerle renunciar á su propósito. Contaba la comunidad, ó que Advarte disuadiria á Blancas, ó bien que persuadiria al P. Delgado de que no era útil privar á España de las inmensas ventajas que reportaba del ministerio y del ejemplo de aquel hombre apostólico. Todo fué empero inútil: espuso el P. Delgado de un modo tan patético los abundantes frutos que la palabra de Dios habia producido ya en aquellas regiones, y los mucho mayores que aun podia producir cuando fuese mas conocido en ellas el nombre de Jesucristo, que el mismo Diego de Advarte se sintió animado de contribuir á la conversion de los infieles, por mas que debiese su cristiana determinacion costarle la vida. Bañado, pues, en lágrimas de gozo, abrazó tiernamente á Blancas, diciéndole: «Vámonos, vámonos á donde nos llama la voz del Omnipotente. Al oponerme á vuestra resolucion, me oponia, sin saberlo, á los designios de la Providencia; si hubiese tenido la desgracia de retraeros de ella, habria creido ser la causa de la pérdida de todas las almas que quiere Dios salvar por vuestro ministerio. Ofrézcome desde ahora por compañero de vuestros trabajos, cumpliendo con ellos la voluntad que me fué inspirada cuando pedí el hábito de Santo Domingo.» Diego de Advarte y Francisco Blancas se dirigieron á Toledo, y luego á Sevilla, donde se embarcaron el 1.º de julio de 1594.

El P. Alfonso Delgado, vicario general de la mision, pensaba dirigirse primeramente á Méjico, donde debia dejar algunos de los quince misioneros que llevaba, y encaminarse luego con los demás á Filipinas; pero el cielo lo habia dispuesto de otro modo. El buque en que iban los misioneros se habia convertido en un verdadero templo, tanta era su oracion y penitencia; en él se cantaban las alabanzas del Señor, se rezaban los divinos oficios, y se practicaban noche y dia los ejercicios del claustro con la misma exactitud con que eran observados en el convento mas austero. Los fieles que se encontraban en el mismo buque, edificados ya por una conducta tan santa, escuchaban con mas respeto y fruto la instruccion que se les hacia regularmente una vez al dia, cuando era el tiempo bueno. Las tempestades, empero, fueron tan frecuentes y violentas, que se vió el buque obligado á detenerse en las islas Canarias, para atender á su seguridad, y por exigirlo tambien así el estado de muchos religiosos, que no les permitia continuar su viage. Diego de Advarte, que era tambien uno de ellos, se paró con sus compañeros en aquellas islas para cuidar su salud y conducirles despues á Méjico. El deseo de reunirse con sus hermanos y de trabajar cuanto antes en el campo del Señor, les obligó á hacerse prontamente á la mar; y como durante la navegacion fuese su vida mas que como enfermos, como penitentes, no tardaron en terminar su sacrificio. Llegados á Tlascala los tres jóvenes religiosos, entre los que habia dos primos hermanos, murieron santamente en el mes de setiembre: Diego Advarte, despues de haberles servido hasta su postrer suspiro con la ternura de un hermano, se dirigió á Méjico, donde esperimentó otra sensible pérdida; puesto que el P. Alfonso Delgado terminó allí su gloriosa carrera á 25 de diciembre, feliz por ver á su lado á aquellos jóvenes apóstoles, que solo deseaban llamar, como él, muchos infieles á la fé é infinitos pecadores á la penitencia. El P. Miguel de San Jacinto, nombrado superior de la mision en reemplazo de Alfonso Delgado, se dispuso á llevar á la Oceanía el refuerzo que estaba aguardando con tanta impaciencia. A este fin se embarcó el dia 23 de marzo del año 1595 en el golfo de Méjico, volviendo los misioneros á adoptar el género de vida que se habian prescrito al salir de Sevilla. Tocaron en Acapulco, ciudad de Nueva-España en el mar del Sud, y luego dirigieron su rumbo hácia el mar Pacífico, llegando el 2 de junio al puerto de Manila.

Fué Advarte destinado á evangelizar á los chinos *sangleyes*, que como todos aquellos isleños, habian recibido la fé de Jesucristo,

desde el establecimiento del colegio de Santo Tomás en la ciudad de Manila. Las relaciones que tuvo con ellos Diego de Advarte le facilitaron el conocimiento de la lengua, por lo que estuvo muy pronto en el caso de poder cumplir con todas las funciones de su ministerio. Al trabajar por la salvacion de aquel pequeño rebaño, se proponia estender un dia su mision hasta el Celeste Imperio; así que no solo procuró estudiar la lengua, si que tambien los usos y costumbres del pueblo chino.

En aquella época, hizo el rey de Camboge pedir á Luis Perez de Marinas, gobernador de Filipinas, ausilio contra el rey de Siam, y algunos misioneros que enseñasen al propio tiempo á sus pueblos las verdades de la salvacion. No obstante las pocas tropas con que contaba el gobernador y el reducido número de misioneros que tenia el provincial de los dominicos Alfonso Gimenez, fué atendida en todas sus partes la peticion del rey. Los tres dominicos portugueses Silvestre de Acevedo, Lopez Cardoso y Juan Madeyra, eran los que evangelizaban ya á la sazon sus estados, obrando grandes conversiones; Acevedo, sobre todo, amado del rey y de sus súbditos, habia arrancado un gran número de idólatras de las tinieblas del paganismo, edificado diferentes iglesias; siendo una de sus mayores conquistas la de un sacerdote de los ídolos, que por no renunciar á la fé que abrazára, se dejó sacrificar por los demás ministros de los falsos dioses. A fin de sostener una mision tan felizmente empezada, enviaron los dominicos de Filipinas nuevos apóstoles, siendo destinados Alfonso Gimenez y Diego Advarte á la nueva mision de Camboge.

Despues de haber esperimentado los misioneros y las tropas que se dirigian á aquel reino fuertes tempestades, llegaban ya casi al mismo puerto, cuando fueron azotados y casi sumergidos por un terrible huracan que les arrojó á gran distancia de las costas de Camboge. Era tanta el agua que hacia el buque, que no bastaba á arrojarla la tripulacion y los pasageros, viéndose por lo mismo espuestos á ser sepultados en los abismos del mar; los misioneros, á quienes sostenia el ardor de su fé, eran el único consuelo que les deparaba la Providencia en aquellas críticas circunstancias. Durante el viage, habian procurado los dos apóstoles mejorar las costumbres de la tripulacion y enseñar á los idólatras que se encontraban en el buque, las verdades del cristianismo; por lo que, desearon unos ser purificados por medio de la penitencia y otros por el bautismo; siendo veinte y dos los que recibieron la gracia de la regeneracion de manos de Diego Advarte. Por fin, oyó el cielo benigno las súplicas de sus hijos, y pasó la tempestad, y pudo repararse el buque; pero las provisiones habian disminuido en gran manera, empezaba ya á faltar el agua potable, y aunque menos fuerte el viento, continuaba alejando al buque de su destino. La posicion de los pasageros, al verse en la zona tórrida, abrasados por el ardor del sol y sin poder apagar su sed, era desconsoladora, cuando notaron junto á un brazo de mar, al que la tempestad les arrojára, diferentes cabañas. Llenos de esperanza saltaron inmediatamente á tierra; pero solo encontraron en ellas á algunos esclavos que tenia allí su dueño para hacerles trabajar, por lo que no pudieron ofrecerles mas que agua medio corrompida que hacia dos años guardaban en sus cisternas. Por muy bien empleados habrian tenido los misioneros sus peligros y fatigas, á haber podido comunicar á aquellos pobres infieles las riquezas de la salvacion; pero no les fué esto posible, por haber tenido que reembarcarse antes de haberles instruido. Algunos dias despues, se descubrió Pulo-Ubi, isla de las indias en el golfo de Siam, que se halla á la parte meridional del reino de Camboge. Por fin llegó el buque á uno de los puertos del reino á que se dirigia, siendo la alegría de los pasajeros tan viva como corta. El rey de Siam habia logrado ya apoderarse del pais, por no haber podido llegar á tiempo el refuerzo de los españoles; por lo que no quedó en tan triste situacion mas recurso, que el de enviar un comisionado al conquistador,

para que le hiciese presente que se habian dirigido allí en clase de embajadores del gobernador de Filipinas. El rey de Siam, que solo deseaba hacer perecer á todos los españoles, acogió con benevolencia aparente al enviado, y puso á disposicion de los españoles todos sus medios de trasporte para que se dirigiesen inmediatamente á su corte. Pero habiéndoles dicho algunos nuevos cristianos que era aquel príncipe fanático por sus ídolos, y que de ningun modo permitiria la predicacion del Evangelio en sus estados, se reembarcaron los españoles inmediatamente junto con los misioneros. Al poco tiempo de haber salido del puerto, viéronse los españoles atacados por todas direcciones, siendo numerosas las fuerzas de los bárbaros que se arrojaron sobre ellos; la intrepidez empero de los españoles, triunfó del número de sus enemigos, á los que derrotaron completamente, volviendo luego el buque á seguir su rumbo.

No habiendo sido posible evangelizar el reino de Camboge, regresó Diego Advarte hácia el de Ciampa y penetró luego en Cochinchina. La vista de una cruz plantada en una altura, y la acogida que le dispensó el virey, llenaron su corazon de esperanza; disponíase á ejercer ya su apostolado entre aquellos idólatras, cuando la presencia de algunos estranjeros en el pais hizo concebir sospechas á los naturales, y fracasar los planes del misionero. Viéronse pues obligados los españoles, y hasta el mismo Diego Advarte á reembarcarse por no caer en poder del virey; siendo su buque atacado durante la travesía por cuatro corsarios cochinchinos. Por mas que se batieran los españoles con sin igual arrojo, no pudieron evitar sensibles pérdidas, aunque lograsen derrotar á sus contrarios; hasta el mismo Diego, ocupado en confesar los enfermos y exhortar los moribundos, recibió dos flechazos, uno en el rostro y otro en el pecho, sin que fuese mortal ninguno de ellos.

Despues de haber pasado, no sin peligro, el estrecho de Singapur, llegaron los dos misioneros á Malaca, donde los religiosos portugueses les prodigaron todos los consuelos. Durante los dos meses que estuvieron con los dominicos de aquella ciudad, edificó Diego Advarte toda la comunidad con su modestia, su regularidad y su espíritu de penitencia; cuando el estado de sus heridas le permitió continuar la marcha, se embarcó para Manila, donde llegó á últimos de junio del año 1597.

Habiendo caido el gobernador español de Filipinas en poder de los portugueses, fué conducido á Macao, ciudad de la China que poseian como feudatarios del emperador; el consejo de Manila y los superiores de Diego Advarte, confiaron á este la delicada mision de lograr su libertad, y en cuyo desempeño tuvo que desplegar toda su inteligencia y su celo para triunfar de la política de los portugueses y de la codicia de los mandarines chinos. Por penoso, empero, que le fuese el desempeño de su cometido, no lo fué tanto para él como la muerte del P. Alfonso Gimenez, muerto en Macao, á 25 de diciembre de 1597; sin embargo, tuvo tambien que resignarse, como lo habia hecho ya, al ser separado de su amigo el P. Francisco Blancas, por destinársele á predicar el Evangelio en otras regiones.

Al salir de la China tomó la direccion de Malaca, desde donde se dirigió despues á Goa; iban con él tres religiosos portugueses que no se separaron hasta la isla de Ceylan. Por mas débil que estuviese el siervo de Dios, á causa de sus viages y de sus austeridades, se dedicó con ardor á la conversion de los isleños, haciéndole su caridad soportables todas las fatigas en un clima en estremo cálido.

En interés de la propagacion de la fé, partió de Ceylan para España, donde pensaba reunir algunos ministros que le secundasen en el cuidado de su mision; teniendo en los ocho meses que duró su travesía varias tempestades que pusieron su vida en el mas inminente peligro, particularmente la última que sufrieron en las costas de Portugal. Finalmente, llegó Advarte á Vigo, el dia 16 de setiembre del año 1603; y como informase á Felipe III del

estado de las misiones que habia en sus vastos estados del nuevo mundo, encargóle el monarca que escribiese una memoria, á fin de que pudiesen darse con mas acierto las disposiciones necesarias para fomentarlas. Durante los dos años que permaneció Advarte en España, se procuró los religiosos necesarios para dar impulso á los trabajos del apostolado, y con los que partió en el mes de junio de 1605 para procurarse tal vez la corona del martirio; puesto que, la suerte de los PP. Gaspar de Sá, Pablo de Mesquita y Silvestre Figuereto, solo habia contribuido á inflamar mas el celo de los compañeros de Advarte. El rey Felipe III sufragó todos los gastos del viage, y quiso que se dirigiesen los misioneros á Filipinas, para que pudiesen en la provincia del Rosario, que era sin duda la mejor organizada que tenia la órden de Predicadores, aprender la lengua y las costumbres de los diferentes pueblos de Asia, antes de ser destinados á aquellas naciones infieles, de aquende ó de allende el Ganges. Fueron tales los sufrimientos de los misioneros, en su larga travesía, que sucumbieron ya algunos de ellos antes de llegar á su destino. La provincia del Rosario acogió con tanto mas gozo á sus hermanos, cuanto que era muy reducido el número de los que contaba en su seno, y que podian consagrarse á las tareas del apostolado; los mas jóvenes de entre los recien llegados permanecieron algun tiempo en Manila para acabar de imponérseles en el colegio de Santo Tomás en todas las obligaciones del misionero.

Diego Advarte, nombrado superior de aquel colegio y de la comunidad, vióse tambien obligado á permanecer en la capital de Filipinas: su ejemplo, su vigilancia y su celo conservaron el espíritu de regularidad y de fervor en la comunidad, hizo florecer los estudios en el colegio y procuró á los fieles todos los socorros espirituales de que necesitaban.

Aun no hacia tres años que estaba desempeñando aquel empleo, cuando habiendo muerto el P. Domingo de Nieva, procurador de la provincia dominicana del Rosario en la corte de España, fué nombrado Advarte para reemplazarle. Espuesto nuevamente á los peligros del mar, tuvo el misionero ocasion sobrada para demostrar una vez mas su caridad y su abnegacion en las diferentes tempestades que por varias veces amenazaron á la tripulacion y á los pasageros con un inminente naufragio. Hubo momentos en que fué tan terrible la ansiedad y tan general el desaliento, que ni si quiera se pensó en la maniobra que podia aun salvar el buque; pero en todos ellos hizo el caritativo apóstol, lo que San Pablo en una ocasion semejante. Su esfuerzo y su confianza inspiraron á la tripulacion el valor necesario; y sus preces y sus tiernas exhortaciones lograron reanimar las agotadas fuerzas, y que todos los brazos se dedicasen nuevamente al trabajo. Tan pronto como menguó la tempestad, volvió á emprenderse el viage; pero se declaró entonces una terrible enfermedad que arrebató en pocos dias al capitan, al contramaestre, á un rico mercader portugués y á otros pasageros, de todos los que fué Diego Advarte el ángel consolador hasta que exhalaron su postrer suspiro. El mercader le entregó todo su dinero, que ascendia á la suma de sesenta mil escudos, con el encargo de distribuir una parte á su familia, y de emplear lo restante en obras piadosas. Solo quiso Diego encargarse de aquel dinero en presencia de varios dominicos y otras personas; y su primer cuidado, al llegar á Portugal, fué reunir la familia del mercader, á la que entregó toda la suma, sin reservarse cosa alguna, ni para sí, ni para su comunidad. Limitóse á observar á los miembros de aquella familia, que, la piedad y el reconocimiento les obligaban á orar por su bienhechor y á hacer algunas limosnas, por ser este su deseo.

Despues de haberse puesto de acuerdo con el provincial de España para enviar á Filipinas nuevos misioneros, se dirigió Diego Advarte á Paris, donde el P. Agustin Galamini, maestro general de la órden de Predicadores, habia anunciado un capítulo para el mes de mayo del año 1611. Como diferentes de los miem-

bros de aquel capítulo general habian trabajado con gloria en las Indias orientales, pudieron dar exacta cuenta de los progresos de la predicacion evangélica en las naciones infieles (1). Diego Advarte, en calidad de definidor de la provincia del Santo Rosario, dió un brillante testimonio del celo de los dominicos de Filipinas, é hizo además leer una carta que los PP. Alfonso de Mena y Tomás del Espíritu Santo le habian escrito desde el Japon en 10 de marzo del año 1608.

CAPÍTULO XXIII.

Misiones de los jesuitas, franciscanos, dominicos y agustinos en el Japon y en Corea.

La presencia de misioneros, además de los jesuitas, en el Japon, es un hecho harto notable, para que ponderemos su importancia ni insistamos en lo que dijimos ya anteriormente. Bastará que sigamos el curso histórico de estas misiones, desde el punto en que lo dejamos anteriormente.

En el año 1579, el P. Alejandro Valignani, habiendo ido al Japon en calidad de visitador general, esperimentó un gran sentimiento al ver á un número considerable de pueblos cristianos, privados de pastores espirituales, y para poner un pronto remedio á aquel mal, propuso á los superiores locales de la mision, y á los mas antiguos coadyutores, que llamasen en su ausilio á algunos religiosos de las demas órdenes. Como aquel acuerdo encontrase opuestos pareceres, juzgóse del caso someter la definitiva resolucion de tan delicado asunto, al P. Aquaviva, general de la Compañía, y este á su vez creyó que la prudencia aconsejaba consultarlo con el papa Gregorio XIII, con el cardenal Enrique, protector de las misiones y con el rey de Portugal. Habiendo muerto durante este tiempo el citado cardenal, y reuniendo Felipe II, rey de España, las dos coronas, sometió á la deliberacion de un consejo aquel importantísimo asunto. Despues de muchos debates luminosos, se acordó por unanimidad, que no solamente los jesuitas del Japon no debian llamar á otros religiosos para asociarles en sus trabajos apostólicos en aquel imperio, sino que tampoco debia permitirse que fuesen allí otros sacerdotes ó religiosos que no perteneciesen á dicha sociedad. Del propio parecer fué Gregorio XIII, quien sin duda tenia presente aquella máxima de San Pablo: «que siempre habia puesto gran cuidado en no predicar el Evangelio en los lugares en donde ya era conocido el nombre de Jesucristo, temeroso de edificar sobre fundamentos agenos; y á fin de que el Salvador del mundo fuese conocido por mayor número de gentes.» Aunque los jesuitas, por el paso que habian dado pidiendo ausiliares, hubiesen renunciado al derecho que parecia darles la primera de estas dos reglas, el soberano Pontífice, persuadido por la segunda, procedió indudablemente como padre comun, cuando cerró las puertas del Japon á un gran número de escelentes operarios, para obligarles á esparcirse por otras regiones que les ofrecian ópimas y abundantísimas cosechas. El dia 28 de enero del año 1585, Gregorio XIII espidió una bula, de la cual estractamos el siguiente pasage: «Aunque aquel pais sea muy estenso, y tenga necesidad de un gran número, ó para decirlo mejor, de un grandísimo número de obreros evangélicos; sin embargo, como el bien que puede reportar, depende mucho menos de la multitud de ministros de Dios, que del modo de portarse con aquellos pueblos, del sistema de instruirlos y del conocimiento del génio é índole de los naturales, debe tenerse sumo cuidado en no permitir que se introduzcan entre aquellos insulares, otras personas que los que ya les conocen debidamente, porque de lo contrario, la novedad y variedad les podria sorprender y causar en su ánimo muy mal efecto é impedir quizás, ó al menos perturbar la obra de Dios. Considerando pues que hasta al presente ningun sacerdote, como no haya pertenecido á la Compañía de Jesus, ha pe-

(1) Fontana, *Monumenta Dominicana*, año 1614. Turon, «Historia de los hombres ilustres de la órden de Santo Domingo »

netrado en las islas y reinos del Japon; que únicamente estos religiosos han dado á conocer á los japoneses nuestros sagrados misterios, haciéndoles abrazar con conviccion el cristianismo; que son los maestros y en cierto modo los padres de estos nuevos fieles, quienes, por su parte, son muy adictos y profesan mucho respeto y amor á la Sociedad, y á cuantos á ella pertenecen: Nos, que deseamos que esta buena inteligencia, este lazo de amor y caridad, sea permanente y no sufra ningun quebranto, anhelando únicamente la salvacion eterna de esta nacion; de propio motu, segun así lo entendemos, y por nuestra autoridad, prohibimos á todos los patriarcas, arzobispos y obispos, inclusos los de las provincias de la China y del Japon (1), bajo pena de interdicto eclesiástico, suspension de entrada á la iglesia y del ejercicio de las funciones pontificales; y á los demás sacerdotes, clérigos y ministros eclesiásticos, tanto seculares como regulares, escepto los religiosos de la Compañía de Jesus, bajo pena de excomunion mayor (censura de que no podrán ser absueltos sino por la Santa Sede, como no sea en artículo de muerte), que entren en las islas y reinos del Japon, para predicar en este pais el Evangelio, ó para enseñar la doctrina cristiana y administrar los sacramentos, ó ejercer alguna funcion eclesiástica, cualquiera que esta sea, sin un permiso espreso de Nos ó de la Santa Sede apostólica, etc.»

Esta bula es anterior de dos meses á la llegada de los embajadores japoneses á la capital del mundo cristiano, en donde Gregorio XIII y Sixto V su sucesor, les colmaron de atenciones, dándoles irrefragables muestras de amor y respeto. En la coronacion del nuevo Papa, figuraron entre los embajadores; Sixto V les hizo caballeros en presencia de toda la nobleza romana y el senado y municipio romanos, los recibieron en calidad de patricios. En fin, partieron el dia 3 de julio del año 1585, pasaron por Venecia y Mantua, se embarcaron en Génova para España, y mas tarde en Lisboa para su patria, acompañados de diez y siete jesuitas. Pero durante su ausencia, todo habia cambiado de aspecto en el Japon.

Nobunanga que se burlaba de los honores divinos que se tributaban á los «kamies», fué arrastrado por su ambicion hasta el punto de hacerse adorar él mismo como un dios. Construyó un soberbio templo en una colina inmediata á Anzuquiama, en donde reunió los mas bellos ídolos que pudo hallar en el Japon; colocó en el sitio mas visible una piedra en la que estaban grabadas sus armas con varias divisas, y obligó á los japoneses, bajo severas penas, que fuesen á adorar á aquella piedra ó *Xantai* (1), suspendiendo al efecto todo otro culto exterior religioso en el imperio. El hijo mayor de Nobunanga fué su primer adorador, y el temor del castigo atrajo por otra parte un concurso extraordinario á contar desde el dia 6 de febrero del año 1582; pero los cristianos se abstuvieron de concurrir. Dios no dejó por mucho tiempo sin castigo semejante impiedad: la traicion rodeó al príncipe idólatra, quien fué muerto con su hijo mayor en el palacio en que habitaban, el dia 20 de junio del siguiente año. El gefe de la revolucion trató de captarse la voluntad de los misioneros, imaginando que podrian servirle para ganar á los japoneses cristianos; pero el P. Gnecchi, escribió á Justo Ucondono, que solo atendiera á su deber. Aquella guerra, desfavorable al rebelde, abrió el camino del trono á Faxiba, quien, bajo pretesto de ejercer la tutela de un nieto de Nobunanga, se apoderó del poder. Justo Ucondono y algunos otros que eran las columnas de la iglesia del Japon, fueron agregados al gobierno administrativo, persuadido el príncipe de que podria servirle de mucho la amistad de los cris-

(1) Habiendo muerto Melchor Carnero, como dijimos anteriormente, que habia llevado el título de obispo del Japon, no habia ninguno otro todavía que estuviese revestido de aquella dignidad; pero Gregorio XIII se espresaba así, porque los arzobispos de Goa y de Manila, pretendian ejercer su jurisdiccion en aquel archipiélago, y porque aquellos prelados, y el obispo de la China, con residencia en Macao, hubieran podido suponer que aquella bula no les incluya á ellos. (Nota del Aut.)

(1) El Xantai, segun la mitología del Japon, equivale á divinidad. (Nota del Trad.)

tianos para sostener su dignidad, favoreciendo al propio tiempo su religion, apartando de su lado á los bonzos, y destruyendo una gran parte de los templos de estos y sus casas. Las provincias del dominio imperial, aunque directamente sujetas á un príncipe idólatra, se mostraron tan propicias á los obreros evangélicos, como las que estaban gobernadas por algunos dai-mios cristianos. La conversion del médico Dosam, discípulo de una de las mas célebres escuelas de la China y del Japon, aceleró sobre todo aquel favorable movimiento. Habiendo ido á consultarle el P. de Figheredo en su residencia de Miyako, y habiéndole manifestado que si bien deseaba curar de la enfermedad que le molestaba, no por esto le afligia la perspectiva de la muerte, por cuanto le pondria en posesion de una vida incomparablemente mejor y mas dichosa, Dosam, que no admitia la inmortalidad del alma, obligó con sus objeciones á que el misionero le probase que siendo puramente espirituales las funciones del alma, tales como nuestros pensamientos ó deseos, necesariamente tiene que ser un puro espíritu; que no conteniendo en sí ningun principio de corrupcion, es inmortal por su propia naturaleza; y que siendo así, el alma ha sido creada para un fin que le es propio y del que solamente es una preparacion y paso la vida presente. El apóstol condujo entonces por grados á Dosam, al conocimiento de un Dios creador y salvador de los hombres, remunerador liberal de la virtud, y severo vengador del crímen. Como el sábio japonés, en lugar de rebelarse contra la gracia, se humillase y mostrára deseos de instruirse á fondo en los misterios del cristianismo, sus deseos fueron cumplidamente satisfechos; la verdad que amaba sinceramente, apareció á sus ojos con toda su hermosura, y por último, fuéle conferido el bautismo en el mes de diciembre del año 1584. Ochocientos jóvenes que asiduamente concurrian á sus lecciones, siguieron aquel ejemplo que tuvo muchísimos imitadores en todas las clases de la sociedad. «El sábio, decian, ha abrazado la religion de los europeos; es preciso que sea la única verdadera.» Faxiba, léjos de mostrarse receloso por aquellos progresos del cristianismo, veíalos con agrado, y rodeábase de cristianos á quienes confiaba los mas importantes destinos del estado. El gefe de sus guardias era Justo Ucondono; Tsucamidono, gefe de la flota, era hijo de Joaquin Riusa, gobernador cristiano de Sakai, quien habia recibido el nombre de Agustin; Condera gefe de la caballería, acababa de ser bautizado con el nombre de Simon. El regente interesado mas que nunca, en conservar adictos los discípulos de Jesucristo á su persona, hizo trasladar entonces á Osaka el seminario, establecido en un principio en Anzuquiama, y los misioneros establecieron otro en Sakai. Aquellos semilleros no podian ser en mucho número, á fin de reemplazar con nuevas plantas las que ya en su desarrollo iban desapareciendo; de modo que el P. Luis Almeyda, tres años despues de haber ido á recibir las órdenes sagradas á Macao, habia terminado su laboriosa carrera en el mes de octubre del año 1583, en la isla Amakusa. Veinte y ocho años de increibles fatigas en las islas del Japon, abreviaron su vida que terminó á la edad de 59 años.

En aquellos dias, el regente Faxiba consolidado su poder con la victoria, obligó al dairio que le diese el título de cambacu (*Arca del Tesoro*) ó cambacundono, denominacion de un funcionario superior al Kubo ó seugun, antes que aquel comandante del ejército hubiese empezado á reinar de hecho. Su benevolencia respecto de los misioneros, pareció aumentar á medida de su poder, porque acogió con gran magnificencia al P. Gaspar Coello, vice-provincial de los jesuitas cuando fué de Nangasaki á Ósaka, constituida en sede del imperio, para solicitar tres cosas; la primera que el camba-cundono permitiese á los misioneros predicar libremente el Evangelio en todas las tierras sujetas á su obediencia y que todos sus súbditos pudiesen abrazarlo sin obstáculo; la segunda, que las casas de los predicadores del Evangelio no estuviesen sujetos al alojamiento

de las tropas, como lo estaban las de los bonzos; tercera, que en razon de ser estranjeros en su mayor parte los religiosos cristianos, fuesen exemptos del pago de ciertas gabelas impuestas por los gefes particulares á sus inferiores regnícolas. El camba-cundono accediendo á aquella peticion que le fué presentada por la emperatriz, quiso firmar dos copias, la una para el Japon, la otra para enviarla á Europa, á fin de que los príncipes de esta parte del mundo, conociesen el aprecio que hacia de su religion y de los que la enseñaban en su imperio. Los PP. Coello y Gnecchi comieron en palacio, y, mientras se hallaban en la mesa, la emperatriz les envió los frutos mas esquisitos que pudieron encontrarse en Osaka. Los honores y consideraciones de que fué objeto el superior general de los religiosos europeos, tuvieron las mas felices consecuencias para la religion cristiana. Agustin Tsucamidono aprovechóse de ello para decidir al dai-mio de Buzen que le diese entrada en su provincia, y Simon Condera obtuvo de Morindono, dai-mio de Nangato, el restablecimiento de los misioneros en Amanguchi. En fin, la satisfaccion de los obreros del Evangelio hubiese sido completa, si la isla de Kiusiu no se hubiese visto turbada por algunas guerras que comprometieron en ella la suerte de la religion. Despues de haber afianzado el poder de Joscimon, dai-mio de Bungo, Francisco, su padre, no deseaba mas que santificarse en el retiro; pero el ingrato hijo, entregándose entonces á la persecucion de los fieles, redujo á su hermano Sebastian, á morir de miseria, si es que no empleó el veneno, y Dios permitió que el dai-mio de Satsuma conquistase su provincia. El cambacundono habiendo enviado en su ausilio á Simon Cordera, logró restablecer al príncipe desposeido, abriéndole al propio tiempo los ojos sobre las faltas que acababan de atraerle la cólera celeste. El P. Pedro Gomez recordó á Joscimon las instrucciones que habia recibido, y por fin, fuéle conferido el bautismo con el nombre de Constantino el dia 27 de abril del año 1587. Toda la familia del jóven dai-mio que el temor de desagradarle habia impedido declararse antes, participó de su dicha. Mientras estos hechos tenian lugar, el cambacundono al frente de un ejército mandado por Justo Ucondono, secundado por una flota que dirigia Agustin Tsucamidono, intervino personalmente en la isla de Kiusiu, á cuyo dai-mio redujo á un estado de estrecha dependencia que debia ser funesta al cristianismo, porque bajo el pié en que se hallaban las cosas antes de esta conquista, por mas que los seugunes hubiesen publicado edictos contra la religion, siempre la grande isla de Kiusiu hubiera sido un seguro refugio para los misioneros y un pais de libertad para los cristianos. Amenazada de esta suerte la iglesia del Japon en un porvenir mas ó menos remoto, perdió desde entonces dos de sus mas sólidas y brillantes columnas: Bartolomé Sumitanda, príncipe de Omura, quien murió el dia 24 de mayo del año 1587 en brazos del P. Alfonso Lucena, y Francisco, antiguo dai-mio de Bungo que murió el 6 de junio siguiente, edificando al P. Francisco Laguna por los sentimientos que caracterizan á los héroes del cristianismo. Las maravillas que cubrieron de gloria su tumba, hicieron pensar en su canonizacion; pero el estado de agitacion en que casi de contínuo se encontró el Bungo, no permitió dar cumplimiento á aquel designio. Si bien el cambacundono pareció querer dispensar á los misioneros el mismo favor y proteccion que les concediera su predecesor Nobunanga, y como este confiára á cristianos el gobierno de casi todas las provincias sucesivamente conquistadas, por manera que todo el Japon parecia estar en vísperas de adorar á Jesucristo, los jesuitas no dejaron de conocer lo que debian temer de aquel receloso príncipe, á quien un dia se le escapó decir que sospechaba que la virtud de los religiosos de Europa fuese una máscara que ocultaba ambiciosos proyectos contra el imperio. Los bellos sentimientos de los cristianos de Arima que no permitieron dejarse conducir por el antiguo bonzo Jacuin Tocun al puerto de Fakata, donde les aguardaba el

cambacundono, irritó la pasion del orgullo en aquel príncipe desenfrenado. Sabiendo por otra parte Tocun que la locura de su señor consistia en querer ser colocado en el rango de los dioses, despues de su muerte, le hizo observar que aquella apoteosis era incompatible con los progresos de una religion que degradaba los kamies, cuyo culto estaba á punto de ser abolido. Bajo la triple influencia de una ambicion desordenada, de un desenfreno reprimido y del orgullo ofendido, el cambacundono firmó en la noche del 24 al 25 de julio del año 1587 el destierro de los misioneros, haciéndoselo saber al P. Coello, su vice-provincial, que se hallaba en Fakata. Al propio tiempo, Justo Ucondono, colocado en la alternativa de la apostasía ó del destierro, eligió sin titubear este último partido; resolucion tanto mas noble, cuanto el destierro de un gefe de familia motivando la confiscacion de todos los bienes del desterrado y de las personas que de él dependen, queda aquel reducido de repente á la mas espantosa miseria, sin saber donde retirarse, porque nadie puede ausiliarle, ni darle acojida sin un especial permiso del soberano. Sin embargo, á pesar de esta costumbre del pais, los parientes y servidores no iban comprendidos en las condenas de destierro ó muerte fulminados contra los cristianos, sino cuando no querian renunciar al cristianismo, llevando los seugunes en ello sin duda la mira, de atraer á sus súbditos al culto de los ídolos. Justo fué él mismo á anunciar la desgracia comun á Dario Tacayama, quien quedó mas satisfecho de ver á su hijo confesar á Jesucristo, que si le hubiesen nombrado emperador. Toda la familia, inclusos los servidores y amigos, asociándose á aquel dichoso infortunio, solo pidieron á Dios que les concediera la merced de poder patentizar su fé aunque fuese á costa de su sangre.

Entretanto el P. Coello dispuso que los jesuitas que se hallaban establecidos en las cinco provincias interiores de la corte del imperio ó Gokinai, sin demora hicieran entrega de sus casas é iglesias á los gefes del cambacundono, despues de haber retirado y puesto en lugar seguro los ornamentos y vasos sagrados. Habiéndose mandado que todos los misioneros se reuniesen en un breve plazo en el puerto de Firando, bajo pena de ser decapitados, cumpliendo aquella órden llegaron allí, antes de fines de agosto en número de ciento veinte, á escepcion del P. Gnecchi, que permaneció oculto en Osaka, y de un hermano que se quedó en el Bungo. Los jesuitas de Osaka llevaron con ellos á todos los seminaristas, habiéndose negado á volver con sus familias, á las cuales renunciaron por medio de un escrito solemne firmado de su propia mano. Es digno de observarse en este lugar, que si bien los idólatras aplaudieron la desgracia de Justo Ucondono, y el destierro de los apóstoles, de otra revindicaban públicamente y en alta voz, para cada una la antigua y entera libertad de profesar la religion que mejor les pareciese, no reconociendo en el cambacundono el derecho de comprometer el honor nacional á los ojos de los pueblos estrangeros, quienes no podrian menos de saber con gran sorpresa, que se arrojaban del Japon á unos hombres virtuosos y de mérito, únicamente porque predicaban una doctrina á la cual no habian podido oponer aun ningun argumento razonable. Reflexionando el cambacundono á sangre fria, confesaba que efectivamente era cierto lo que se decia; pero impidiéndole el amor propio borrar una resolucion adoptada, léjos de aminorar su rigor, instó para que se llevase á pronto cumplimiento su decreto; y como la provincia de Arima y el distrito de Omura, eran territorios donde habia mas cristianos, envió allí algunas tropas para derribar las iglesias, suprimir los signos públicos del cristianismo, y arruinar los seminarios. Aquel rigor no impidió que los príncipes cristianos de la isla de Kiusiu, ofrecieran un asilo en sus dominios á los jesuitas, quienes, viendo que su pronta obediencia en reunirse en Firando, no habia desarmado al cambacundono, como esperaban, tomaron la resolucion de no abandonar la mision del Japon, y arrostrar todos los pe-

ligros para velar por la salvacion del rebaño que les estaba confiado. Un buque portugués que partia entonces de Firando, recibió únicamente á algunos misioneros que el vice-provincial destinaba á la China; los demás jesuitas se dispersaron disfrazados, por los estados de los príncipes que les habian ofrecido hospitalidad. Cuatro se quedaron en la provincia de Firando, en las tierras de Gerónimo y Baltasar, herederos de las virtudes de su padre el príncipe Antonio; el príncipe de Omura obtuvo doce; cinco pasaron al Bungo; Majencia, hermana de Constantino Joscimon, casada con el dai-mio de Chicungo, quiso tener dos; nueve fueron á la isla de Amakusa, y los demás en número de mas de setenta, permanecierou en la provincia de Arima, cuyo dai-mio, les hizo construir dos casas, una para ellos y otra para los jóvenes seminaristas. Los príncipes de la grande isla de Kiusiu, que protegieron tambien á los misioneros, tenian en su apoyo al almirante Agustin Tsucamidono, y al gefe de la caballería Simon Condera, á quienes el cambacundono no se habia atrevido á envolver en la desgracia que pesaba sobre Justo, que se habia retirado con el P. Gnecchi á la isla de Junogima, propiedad de Agustin. Esta pequeña isla donde el almirante no permitia que penetrase ningun idólatra, se hizo célebre por el concurso de las personas mas ilustres; y muchos quedaron tan prendados de la paz que disfrutaban los desterrados, que renunciaron á sus empleos para establecerse en ella y poder vivir con aquellos. Jamás se habian visto tantas conversiones, las cuales se hicieron estensivas á Osaka, lo que con dificultad se hubiera podido esperar antes del decreto del cambacundono. Pero la que mas sorprendió fué la de la hija del asesino de Nobunanga, casada con Fecundono, dai-mio de Tango, quien prendado de su rara belleza, y temeroso de los escollos del mundo, la tenia siempre encerrada en uno de sus palacios, ya en Tango ya en Osaka. Insensible al acendrado cariño que al parecer le profesaba su esposo, y libre de los afectos apasionados, generalmente muy vivos entre los japoneses, ocupaba las horas de su retiro en el estudio de las ciencias y de la historia. A los veinte y cuatro años, poseyó toda la teología japonesa, con mas perfeccion que la mayor parte de sus maestros. Despues de haber estudiado, comprobado y seguido todas las sectas que mas en boga estaban en su tiempo, se fijó en la de los ateos, que creen que todo ha salido del caos, que todo vuelve á él, y que nuestra alma no es mas que un soplo que se estingue instantáneamente. Por mas que hubiese hecho para tranquilizar su espíritu acerca de lo que pudiera acontecerle despues de la muerte, quedáronle algunas dudas y estas crecieron muchísimo mas cuando su marido, amigo de Justo Ucondono, le habló del cristianismo. Su penetracion le hacia comprender muchas mas cosas de las que le decia el príncipe, y como la inocencia de su vida hubiese dispuesto su corazon al influjo de la gracia, sintióse arrastrada por una fuerza desconocida é irresistible hácia la verdad que empezaba á entrever. Una jóven, parienta de su marido, que le habian dado por compañera de su soledad, le facilitó el medio de salir, sin ser vista, de su palacio de Osaka, ciudad en donde el P. de Cespedes cultivaba con perseverancia y buen éxito el floreciente cristianismo. Ambas jóvenes se dirigieron á la iglesia de los cristianos, y á peticion suya, el misionero encargó á un religioso japonés, llamado Vicente, que resolviera todas las dificultades que le propusiera la esposa de Jecundono. La jóven parienta, mas libre en sus actos, sirvió de intermediaria entre su amiga y el P. de Cespedes; pero trabajando de aquel modo para otra, ella fué la primera que se convirtió, pidió el bautismo y recibió el nombre de María. Las mugeres que estaban al servicio de la princesa, y que fueron sucesivamente á conferenciar con los misioneros, á su vez se hicieron tambien cristianas, y por último, movida por su ejemplo aquella muger que habia procurado á tantas almas la libertad de los hijos de Dios, declaró que no podia

permanecer por mas tiempo esclava del demonio, y resolvió ingresar á toda costa en el seno de la iglesia cristiana. Tales eran sus buenas disposiciones cuando fué decretado el destierro de los jesuitas. El P. de Cespedes, antes de partir para Firando, instruyó á María acerca del modo que debia proceder para administrarle el bautismo; la neófita fué llamada Engracia, y su conversion fué el primer fruto de la persecucion. Considerándose María, despues de haber ejercido aquel santo ministerio, como una persona consagrada al Señor, fué á encontrar al P. Cespedes, hizo en su presencia voto de castidad perpétua, y desde aquel dia apareció en Osaka con un trage que revelaba haber renunciado al siglo. El dai-mio de Tango, en cuya ausencia se habian realizado aquellos prodigios de la gracia divina, creyó que aquello solo bastaba para perderlo cuando fuese sabido por el cambacundono, y echó mano de toda clase de violencias á fin de lograr que su jóven esposa apostatase. Cuando la amenazaba con el puñal, Engracia lo desarmaba con el contento que brillaba en su semblante; si la rodeaba de otras mugeres, trasformaba á las idólatras en siervas de Jesucristo. Preparada antes del bautismo para sufrir con resignacion todos los efectos de la cólera humana, reveló mas tarde con su tranquilidad en medio de la persecucion, y con la serenidad de su semblante, que Dios le habia concedido la fortaleza para vencer los dolores y luchar con sus enemigos. En fin, bautizó ella misma á sus propios hijos, y durante los trece años que vivió todavía, dióles una santa educacion.

Esta conversion tan notable, amenguó algun tanto el sentimiento que tuvieron los jesuitas con la caida de Constantino Joscimon, á quien la debilidad y la inconstancia condujeron otra vez á la idolatría. No tan solo obligó á los misioneros de Bungo que se retirasen á la provincia de Arima, sino que condenó, ó permitió que condenasen á muerte, á algunos japoneses, de modo que, Joram Macama y Joaquin, primeros mártires que la persecucion del Japon dió á la Iglesia, fueron decapitados por órden de un rey cristiano. Dios castigó al delator de que se habian servido para perder á Macama, con una úlcera en la lengua, que habiéndosela roido y consumido hasta la raiz, hizo espirar á aquel desgraciado en medio de los mas agudos dolores. Muy diferente fué el destino de otro idólatra á quien habia aprovechado la confiscacion de los bienes del mártir; apenas hubo tomado posesion de la casa en que moraba Macama, se hizo instruir, recibió el bautismo y trasformó en oratorio la casa del santo. No tardó Constantino Joscimon en conocer que no lograria suprimir el cristianismo en su provincia, porque una japonesa de alto rango no titubeó en presentarse delante de él con los rosarios en el cuello. Manifestándole el príncipe su sorpresa por aquel atrevimiento, contestóle la cristiana: « Estos rosarios son un regalo con que me honrasteis en otro tiempo, y creeria cometer una falta, si me presentase sin esta muestra de vuestra antigua benevolencia. » Cuando se vió que los cristianos estaban dispuestos á arrostrar todos los peligros en defensa de su fé, cesaron sus enemigos de animar contra ellos al débil príncipe. Estos sucesos tuvieron lugar en los últimos dias de la existencia del P. Gaspar Coello, superior general de las misiones en el Japon, muerto el dia 7 de mayo del año 1590. Hombre piadoso y elocuente, pero superior harto pagado de sus propias ideas para admitir los consejos agenos, le indujo su carácter, si bien que involuntariamente, á cometer algunas faltas. El P. Pedro Gomez, su sucesor, tuvo todas sus buenas cualidades sin ninguno de sus defectos.

Los embajadores japoneses, embarcados en Lisboa el dia 13 de abril del año 1586, supieron al llegar á Goa, que el cristianismo estaba proscrito en su patria. El P. Valignani, provincial de los jesuitas, que debia regresar al Japon, en calidad de visitador general, añadió entonces á aquel título, el de embajador de Eduardo de Menesez, virey de las Indias, á fin de que el diplomático salvase al

apóstol. Desde Macao, hizo participar su llegada al cambacundono, por conducto del idólatra Asonadario, amigo de los dai-mios cristianos de la isla de Kiusiu, y del almirante Agustin Tsucamidono. Habiendo recibido la contestacion de que el virey de las Indias seria bien acogido, el P. Valignani y los cuatro embajadores japoneses entraron el dia 20 de julio del año 1590 en el puerto de Nangasaki. El visitador llevaba un séquito considerable de obreros apostólicos, y se contaron entonces en el Japon hasta el número de ciento cuarenta, repartidos en veinte y tres casas, de las cuales, las mas importantes eran el noviciado, trasladado hacia poco tiempo al distrito de Omura, el colegio, situado en Conzusa, en la provincia de Arima, y el seminario que se hallaba muy cerca del colegio. En los lugares donde los jesuitas no tenian establecimientos fijos, los suplian con frecuentes escursiones, que verificaban en secreto y disfrazados, y en todas partes tenian algunos catequistas, tan hábiles como celosos, que conservaban un gran fervor entre los cristianos. El cambucondono no habia dispuesto todavía de las casas que los religiosos ocupaban en otro tiempo en Miyako, Osaka y Sakai. Joaquin Riusa, gobernador de este último punto, á quien habló de la partida de los doctores estrangeros, habiéndole preguntado si exigia el destierro del japonés Lorenzo, el primero de su nacion que hubiese abrazado la regla de S. Ignacio, contestó que aquel jesuita, en consideracion á su edad muy adelantada, no podia alejarse del suelo natal. Durante el curso de la conversacion, llegó á decir, respecto del destierro de los misioneros «que era cierto que habia procedido quizás con sobrada precipitacion.» Pero como aquel príncipe no tenia bastante grandeza de alma para permitir que desaprobáran su conducta, añadió bruscamente: «De todos modos, he hecho lo que debia hacer.» El fausto con que recibió en Miyako el dia 3 de marzo del año 1591 al P. Valignani, embajador del virey de las Indias, demostró como sus disposiciones cambiaban de un momento á otro. Permitió á Valignani que residiera donde mejor acomodára á aquel misionero, entretanto que se preparaba la contestacion que debia darse al virey; y agregó á su corte, en calidad de intérprete, al P. Rodriguez, cuyo destino le facilitó los medios de poder prestar grandes servicios á la religion. El visitador, protegido por su carácter diplomático, ejerció el ministerio con una libertad de la que no habia ejemplo desde que empezó la persecucion. En Miyako, donde acudió Constantino Joscimon arrepentido y penitente, reconcilió á aquel príncipe con la Iglesia. Fué enseguida á Arima, á Omura y al Bungo, para hacer entrega de los breves y presentes del Santo Padre á los soberanos, cuyos enviados acababan de visitarle en Roma. Estos, despues de haber sido los embajadores de los príncipes de la tierra cerca del Vicario de Jesucristo, no ambicionaban ya mas que ser los enviados del Salvador, cerca de los príncipes y pueblos que no le conocian aun, y derramar hasta la última gota de su sangre para procurarle adoradores. Realizando un voto que habian hecho en la misma Roma, en presencia del general Aquaviva, Valignani les admitió en el noviciado, trasladado hacia poco, lo propio que el colegio, á la isla de Amakusa; pero Miguel de Cingiva, uno de ellos, debia rechazar un dia el yugo del Señor, que admitia entonces con tanta satisfaccion.

Mientras estos hechos tenian lugar, los enemigos del cristianismo trataron de persuadir al cambacundono, valiéndose del antiguo bonzo Jacuin Tocun, su médico, de que la embajada portuguesa era supuesta, y que Valignani, si se presentaba como enviado del virey de las Indias, era para obligarle á que dispensára sus favores á los misioneros, en virtud de la costumbre japonesa, segun la cual todo hombre condenado á muerte ó destierro, que tiene la fortuna de comparecer delante del seugun, queda desde aquel momento libre de toda condena. Aquellas malévolas insinuaciones fueron confirmadas por el falso testimonio de dos cu-

ropeos, y esto sin duda, porque como los portugueses, segun anteriores convenios con el emperador, eran los únicos que gozaban del derecho de comerciar en aquellas regiones, las demás naciones veian con envidia el fruto que reportaban de semejante privilegio. Aquellos europeos, pues, no solo negaron el carácter diplomático del P. Valignani, sino que además denunciaron á los príncipes japoneses que acojian á los misioneros. No obstante, el P. Rodriguez, que en su calidad de intérprete, podia hablar á todas horas al cambacundono, hízole observar que no era posible que un simple religioso hubiese podido atender con sus escasos recursos á los gastos de un viage tan largo, adquirir tan preciosos regalos y mantener un séquito tan numeroso; además, que ningun hombre de sano juicio, querria correr el riesgo de ser descubierto en todos los puertos en que tenia necesidad de tocar, llevando un falso título, é incurrir en el desagrado del virey, cuyo nombre comprometiera. Añadió que entretanto que se tomáran nuevos informes, podia mandarse que los jesuitas del acompañamiento del embajador, quedasen en rehenes en Nanga-Saki. El cambacundono aceptó aquella medida; de modo, que por una disposicion admirable de la Providencia, la desconfianza de aquel príncipe contribuyó á que fuese mucho mayor el número de obreros apostólicos en estado de ejercer libremente sus funciones. Sin embargo, la respuesta que hizo entregar al P. Valignani para el virey de las Indias, contenia esta declaracion respecto del cristianismo: « Por lo que toca á la religion, el Japon es el reino de los kamies, es decir del Zi (1), que es el principio de todas las cosas. El buen órden del gobierno, que está establecido en él desde su origen, depende del exacto cumplimiento de las leyes en que está fundado y cuyos autores son los mismos kamies. No es dado apartarse de ellas, sin ver desaparecer la diferencia que debe existir entre el soberano y sus súbditos, así como la subordinacion entre los esposos, entre los padres y sus hijos, entre los gefes y sus dependientes, entre los señores y sus criados; en una palabra, estas leyes son necesarias para mantener el buen órden en el interior y para asegurar la tranquilidad esterior. Los padres, que llaman de la Compañía, han venido á estas islas para enseñar en ellas otra religion; pero como la de los kamies está sobrado bien fundada para ser abolida, esta nueva ley únicamente serviria para introducir en el Japon una diversidad de cultos, perjudicial al bien del estado. Hé aquí el motivo porque he prohibido por un decreto imperial, que continuasen predicando su doctrina esos doctores estrangeros. Al propio tiempo les he ordenado que salieran del Japon, y estoy firmemente resuelto á no permitir que venga aquí, quien quiera que sea, á propagar nuevas opiniones. »

En esta carta, el cambacundono hablaba al virey de las Indias del proyecto que habia formado de conquistar la China. Como muchos de los grandes señores del imperio no se ocultaban de profesar el cristianismo, acreditando á su pesar, esta religion; y como no estaba ni en su interés ni en su carácter, emplear la violencia, ya para obligarles á apostatar, ya para perderles, tomaba el partido de alejarles, bajo el simulado pretesto de una guerra lejana. Dando á los príncipes cristianos la parte principal de la espedicion, esperaba alcanzar una de estas dos cosas: ó bien la empresa saldria fallida, y en este caso todos cuantos le hacian sombra perecerian en ella; ó bien aquellos príncipes realizarian algunas conquistas, y entonces les abandonaria el fruto de sus victorias, en cambio de las provincias del Japon, que les quitaria para dárselas á los idólatras. Para dar mayor impulso á su plan, se propuso en un principio mandar él en persona la expedicion, á cuyo efecto asoció á su sobrino

(1) Los *kamies* ó *camis*, como dijimos ya en otro lugar, son segun la mitologia japonesa unos semidioses, objetos los mas antiguos del culto de aquella nacion. Sus templos se llaman *Mia* ó mansion de las almas. Sus adoradores se abstienen de toda oracion, persuadidos de que la divinidad, llamada tambien Zi, Zan, Zen ó Zes, descubre y vé los pensamientos en el fondo del alma. (Nota del Trad.)

Dainangandono al poder supremo, para que en su ausencia el imperio no careciera de gefe. Hízole conferir por el dairio el título de cambacundono, y adoptó entonces el nombre de Tayco-sama (muy alto y soberano señor) que le darémos en adelante. El llamamiento de Justo Ucondono, que hacia algun tiempo que habia salido de la isla de Junogima de la que se habia apoderado Tayco-sama, fué el primer resultado de las ventajas obtenidas por los príncipes cristianos del Japon en Corea. A ruego de aquellos príncipes, el P. Gomez, vice-provincial de los jesuitas, no tardó en enviar al pais conquistado al P. de Cespedes, que pronto fué seguido por varios de sus cofrades. Muchos habitantes de Corea abrazaron entonces el cristianismo, « mas prendados, dice un historiador del Japon, de los ejemplos de virtud que les daban sus vencedores, que persuadidos por los discursos de los ministros del Evangelio. Hallándose reunida en aquella gran península toda la flor de la nobleza cristiana del Japon, y no teniendo ya mas conquistas que hacer para su soberano, trató de hacerlas para su Dios, y lo logró. »

Al propio tiempo que Tayco-sama, procuraba penetrar en la China, engañado por Faranda, mal cristiano, que le dió falsos informes acerca de las intenciones de Gomez Perez de Mariñas, gobernador español de Filipinas, pretendió someter aquel archipiélago á su imperio. Diputó al efecto al citado Faranda para que se entendiese con el gobernador, y este rogó al P. Valignani que le escribiera, lo propio que á los jesuitas de Manila, diciéndoles que no se negasen á acceder á lo que deseaba Tayco-sama, pues estaba resuelto á recompensar á unos y otros, favoreciendo á su religion. El visitador le contestó que los jesuitas de aquellas islas no estaban bajo su jurisdiccion, y al propio tiempo les previno en secreto y les sujerió los medios de entretener á Tayco-Sama, á fin de que no volviese á empezar la persecucion contra los cristianos. Pero Gomez Perez de Mariñas, á cuya noticia llegó aquella intriga, sin atender á los consejos que el P. Valignani le daba por conducto de los jesuitas de Manila, rompió abiertamente con Tayco-sama; y los enemigos del cristianismo atribuyeron aquella conducta á las sugestiones de los jesuitas amigos de los españoles. « Pues bien, esclamó el príncipe, yo tomaré medidas para que esos estranjeros proscritos no turben en adelante mi política ni pongan mas obstáculos á mis planes. » Y en seguida dispuso que fuese demolida en Nanga-saki la iglesia y la casa de los jesuitas, quienes tuvieron que refugiarse en el hospital de la Misericordia. La iglesia era magnífica y estaba dedicada á la Santísima Virgen bajo el título de su Asuncion. Los fieles manifestaron con una seguridad que parecia inspirada por Dios, que el Salvador de los hombres no tardaria en castigar el agravio inferido al honor de María, y en efecto, pronto se supo el fallecimiento de la madre de Tayco-sama, acaecida en Miyako, el mismo dia en que habia sido dada la órden de la destruccion del templo y casa de los religiosos. Aquella coincidencia produjo tan grande impresion en el ánimo del daimio de Iga, á quien el P. Valignani catequizaba á la sazon, que quiso recibir el bautismo inmediatamente. Parece que el gobernador de Filipinas mandó en aquellos tiempos al Japon á uno de sus agentes, acompañado del dominico Juan Cobos, á fin de interceder á favor de los misioneros; y que á su regreso á Manila, la nave en que iban naufragó pereciendo todos. Otros dicen que el buque español habiendo sido arrojado por una tempestad á las costas de la isla Formosa, el P. Cobos fué muerto por los insulares. Por lo que toca á los jesuitas de Nanga-saki, habiendo interesado al gobernador de la ciudad la resignacion con que sufrian aquellos religiosos la persecucion decretada contra ellos, representó á Tayco-sama y le hizo presente que si deseaba mantener el comercio con los portugueses, era indispensable que les dejase algunos religiosos, y que no habia ningun inconveniente en que aquellos misioneros volviesen á levantar su casa y su iglesia; lo que no tardó en verificarse. No se limitaban siempre los idólatras á poner á

prueba por medio de contradicciones, la paciencia de los hijos de San Ignacio; en la provincia de Firanda, apelaron mas de una vez al veneno, para estinguir su celo con su vida. De este modo pereció el P. Francisco Carrion, español, en el mes de agosto del año 1590; y los PP. Jorge Caravajal y José Furnaletti, portugués el uno y veneciano el otro, tuvieron la misma suerte en el año 1592. Reconocióse que los tres mártires habian sido envenenados, porque despues de muertos arrojaban mucha sangre, efecto ordinario de una especie de veneno que es muy conocido en el pais. El P. Teodoro Mantels, hijo de Liega, compañero del P. Carrion, pero mas robusto que él, no sucumbió tan pronto, pero cayó en un estado completo de postracion, acompañado de agudísimos dolores, falleciendo al fin al cabo de tres años de sufrimientos en Malaca.

El P. Valignani se habia embarcado en el mes de octubre de 1592 con el P. Luis Froes, que condujo á Macao, y el P. Gil de la Mata, que enviaba á Roma, cuando Faranda probó otra vez fortuna con el gobernador de Filipinas. Habiéndose dicho que los agentes que mandára Gomez Perez de Mariñas, habian perecido en el camino, se dresentó á él, como embajador de Tayco-Sama, en nombre del cual le invitó simplemente á establecer relaciones comerciales con el Japon, mientras lisonjeaba al monarca japonés con la esperanza de que su soberanía iba á ser reconocida en Manila: doble intriga que prometia buenos resultados á la codicia y ambicion de su autor. Esta vez buscó Faranda un punto de apoyo en los franciscanos de la Reforma de San Pedro de Alcántara, que supuso eran vivamente deseados por Tayco-sama, el cual dijo habia oido hablar de su santidad y del desprecio con que miraban las cosas de este mundo. Por una parte los buenos religiosos ardian en deseos de ir á predicar el Evangelio á los japoneses; y por otra, Gomez Perez de Mariñas no confiaba poder establecer relaciones comerciales con el Japon, en tanto que no penetráran en aquel archipiélago otros religiosos, además de los jesuitas, que favorecian demasiado, segun él, el monopolio comercial de los portugueses. El breve de Gregorio XIII, notificado por órden del rey de España al gobernador de Filipinas, se oponia á aquel proyecto; pero se consultó á un gran número de teólogos, quienes contestaron que el interés general del Japon en las circunstancias aquellas, reclamaba la entrada de nuevos misioneros; que la ley positiva pierde la fuerza de obligar, cuando las leyes natural y divina obligan; que por otra parte, la órden de San Francisco habia recibido hacia poco tiempo, otro breve de Sixto V, posterior al de Gregorio, en virtud del cual todos los franciscanos podian ir libremente á predicar el Evangelio por todas las Indias, denominacion bajo la cual se comprendia ordinariamente todo lo que está al oriente y al mediodía del rio *Indus* (1). Esta contestacion disipó los escrúpulos de Fr. Pedro Bautista, comisario de los religiosos de San Francisco. Embarcóse el dia 20 de mayo del año 1593, con Bartolomé Ruiz, Francisco de San Miguel ó de la Piraglia y Gonzalez Garcia. Un agente del gobernador y Faranda acompañaron á los cuatro religiosos, á quienes el P. Gomez, viceprovincial de los jesuitas, dió una cordial hospitalidad en Nanga-saki. Admitidos en presencia de Tayco-sama, los franciscanos le hablaron acerca de la competencia comercial entre españoles y portugueses, al paso que el emperador se limitó á reclamar la soberanía de las Filipinas. Fr. Gonzalez Garcia, que habia sido en otro tiempo mercader, y

(1) Este gran rio del Asia meridional, llamado en sanscrito *Sindhu*, en chino *Singhe- Tschu*, y en persa *Ciub*, forma durante la mayor parte de su curso, el límite N. O. del Indostan. Su origen no es conocido exactamente; se sabe únicamente que nace en la vertiente del norte del Himalaya, conocida con el nombre de Cailan, en la frontera china, cerca del lago Mansurura; atraviesa el pequeño Tibet, se abre paso al través de la gran cordillera del Himalaya, sigue una inmensa llanura hasta Harrabah, y despues de haber cruzado sus montañas, vuelve á penetrar en otra llanura, y continua su curso hasta el mar. Se calcula que desde su nacimiento hasta el océano, recorre una estension de 2700 kil. Este rio, célebre entre los antiguos, pero que les era muy poco conocido, ha servido de límite á las conquistas de todos los reyes que han querido someter el Asia á su cetro; asi es que Nino, Semirámide y Sesostris se detuvieron en sus orillas. Ha dado su nombre á la India. (N. del T.)

que habiendo comerciado con el Japon, entendia bastante bien la lengua del pais, no tardó en conocer el doble papel que estaba representando Faranda. Vió este además con sobresalto, que los franciscanos trataban de estudiar el idioma local, y como conociendo la lengua se pondria en claro su intriga, ya solo discurrió el medio de perderlos. No obstante, Tayco-sama permitió que aquellos religiosos pudiesen permanecer en el Japon durante el tiempo que les fuese necesario para visitar sus magníficos palacios de Miyako, Osaka y Fucimi, pero con la condicion espresa de que no habian de predicar á los japoneses. Escudados los religiosos franciscanos con el carácter diplomático de enviados del gobernador de Filipinas, del que efectivamente estaban revestidos, ejercieron, por el contrario de un modo ostensible las funciones del ministerio apostólico; de modo que construyeron en Miyako una iglesia que quedó terminada en el año 1594 por la fiesta de la Porciúncula, cuyo nombre le dieron; celebraron aquella fiesta con tanto aparato como si se hubiesen hallado en España ó en Italia, y continuaron desde aquel dia cantando en el coro y predicando públicamente en su iglesia (1). A últimos del mismo año, otros tres franciscanos, llamados Agustin Rodriguez, Melchor de Ribadeneyra y Gerónimo de Jesus, llegaron á Miyako, habiendo fallecido durante la travesía otro compañero de religion que con ellos habia partido de Manila. Fr. Pedro Bautista aprovechó aquel refuerzo para comprar en Osaka una casa que trasformó en convento, dándole el nombre de Belen, y además se aventuró á establecer una colonia en Nanga-saki. Despues del edicto del Tayco-sama, no se celebraba ningun ejercicio público de religion en una pequeña iglesia construida fuera de la poblacion, llamada de San Lázaro, y anexa á dos hospitales, aunque los fieles continuaban visitando aquel lugar de devocion sin llamar, en cuanto les era posible, la atencion de los oficiales imperiales. Pero dos religiosos franciscanos sin consultar á los directores de la cofradía de la Misericordia, á la que pertenecia la iglesia, y cuya prudencia hubiese contenido su celo, resolvieron ejercer en ella el culto de un modo tan público como en Miyako y Osaka; pero inmediatamente el gobernador mandó cerrar el santuario y prohibió, hasta bajo pena de la vida, que nadie se acercase á una cruz que habia allí cerca, destinada en otro tiempo para punto de reunion de los cristianos. Los dos franciscanos se volvieron entonces á Miyako, donde no se habia inquietado á los religiosos de San Francisco, porque toda la atencion de Tayco-sama se concentraba entonces en la persona del cambacundono, su sobrino, al que no tardó en hacer perecer. En aquella época tambien fué prohibido bajo pena de muerte, frecuentar la iglesia y casa de los franciscanos de Miyako, quienes en vez de atribuir aquel rigor al esceso de su celo, hicieron responsables de él á los jesuitas, cuya prudencia hubiesen debido imitar para obtener los mismos felices resultados. En efecto, varias conversiones recompensaron en diversos puntos, el juicioso proceder de los hijos de San Ignacio, y limitándonos á dos ejemplos, dirémos que Terezaba, gobernador de Nanga-saki, recibió en secreto el bautismo del P. Gomez en 1595, época en la que Sam-

(1) En la «Historia del Archipiélago lib. IV cap. 7 y 8; citada por el cronista general de la órden de S. Francisco (lib. II. cap. LXII) se afirma que si los religiosos franciscanos edificaron casa y templo, fué por espresa voluntad y permiso del emperador, cuyo gobernador fué á buscar al santo comisario y le dijo que escogiese el sitio que quisiese y le señaló uno capaz para iglesia, casa y huerto, y que la obra fué costeada por el emperador y por las muchas limosnas que cristianos y gentiles ofrecieron para llevarla á efecto. Y á propósito de esta iglesia, el historiador Guzman en su obra «De los reinos del Japon, (part. II, lib. 12. cap. 26) de que tambien hace mencion el citado cronista, refiere que no léjos del lugar donde los santos frailes fundaron su templo habia otro de idólatras, y en él una campana muy grande y nombrada por todas partes del Japon, de tan estraordinario sonido que se oia de algunas leguas, y que entonces enmudeció totalmente; de suerte que aunque la tocaban muy recio, no sonaba ni se oia poco ni mucho. Añade el mismo historiador, que léjos de estorbar el emperador el culto cristiano, una noche fué á oir cantar á los frailes de que volvió muy edificado y contento. Otra maravilla se obró en aquella iglesia y fué la aparicion de unas misteriosas letras escritas en un retablo de Nuestra Señora que decian: *Filiæ, Jerusalem, ne suscitetis, neque evigilare faciatis dilectam, donocipsa velit*, esto es: Hijas de Jerusalen, no inquieteis á la Esposa, ni la estorbeis la quietud de su sueño hasta que ella quiera despertar. Entendió el comisario por esta letra ser la voluntad de Dios que procediese con pausa en la edificacion de la Iglesia, y que dia llegaria en que el Japon despertára de su sueño del error. (Nota del Trad.)

burandono, dai-mio de Mino y nieto de Nobunanga, abrazó tambien el cristianismo. El P. Gnecchi que se desvelaba por la prosperidad de su religion en Miyako, sin hacer inútiles alardes, y dejándose ver muy raras veces en público, sentia en el alma que los franciscanos no aprobasen una conducta que Dios bendecia tan visiblemente. En este estado de cosas, los jesuitas creyeron deber recordarles las prescripciones de la bula de Gregorio XIII, pero ya hemos dicho, que en opinion de aquellos religiosos, dicha bula no les prohibia ejercer el apostolado en aquellos paises.

Jamás hubiese sido mas necesaria la presencia de un obispo en el Japon, como en aquellas dificiles circunstancias; pero ni Andrés Oviedo ni Miguel Carnero, designados por la Santa Sede, como hemos visto anteriormente, habian ido á desplegar el carácter episcopal en aquel archipiélago. Sixto V, á quien los embajadores japoneses pidieron con vivas instancias un pastor, habia dejado al rey de España, Felipe II, en su calidad de rey de Portugal, el cuidado de proponérselo. Aquel soberano nombró en el año 1587 al P. Sebastian de Morales, entonces provincial de los jesuitas de Portugal, á quien el Papa instituyó, pero que murió por el camino al llegar á Mozambique. El P. Pedro Martinez, hijo de Coimbra, hábil teólogo y gran predicador, que habia acompañado al rey D. Sebastian en su desgraciada espedicion á Africa, donde habia sido hecho esclavo, fué la persona en la que recayó la eleccion del rey, y esto con tanto mas motivo, cuanto que despues de su rescate, se habia embarcado en el año 1585 para las Indias, de donde era provincial. Nombrósele obispo del Japon en el año 1591, siendo al propio tiempo instituido su coadyutor el P. Luis Serqueyra, hijo de Alvito, y profesor de teología en la universidad de Evora. Este último, consagrado en Lisboa, partió para la India en el año 1594; Pedro Martinez, fué consagrado en Goa el año siguiente, llegando á Nanga-saki en el mes de agosto del año 1596. El P. Juan Rodriguez, á quien confirió el sacerdocio, y el almirante Agustin Tsucamindono, lograron que Tayco-sama le acogiese dignamente en Fucimi, donde tenia su residencia.

Este príncipe, que entonces hizo dar por el dairio á su hijo Fide Jori, de edad de tres años, el título de cambacundono, se hallaba en el colmo de la prosperidad; pero dijérase que Dios solo lo habia elevado tan alto, para hacerle sentir con mas rigor los azotes que descargaron contra él, y recordarle que habia un Todopoderoso que acoje ó rechaza, segun su voluntad, los proyectos de los hombres. Entre tantos infortunios, la proteccion que dispensó el cielo á los cristianos, salvando sus bienes y personas, hubiese debido abrir los ojos de Tayco-sama; pero desgraciadamente su corazon se habia endurecido como el de Faraon. Ya descontento por la publicidad con que los franciscanos ejercian un ministerio proscrito, su ódio contra los predicadores del Evangelio, creció de punto, al saber las imprudentes palabras, que supusieron haber dicho el piloto de un galeon español que habia varado en la costa del Japon. Dijeron que al ver aquel piloto que el comisario imperial procedia al secuestro del cargamento, creyó intimidar á los japoneses, manifestándoles el poderío y las inmensas posesiones del rey de España en ambos mundos; y que habiéndole preguntado el comisario de que medios se habia valido para formar tan vasta monarquía, contestóle aquel: « Muy sencillamente; nuestros reyes empiezan por enviar al pais que quieren conquistar á algunos religiosos que comprometen á los pueblos á abrazar nuestra religion; el cristianismo abre el campo á nuestras armas, y con el ausilio de los nuevos cristianos, la conquista no pasa de ser un juego para nosotros. » Habiendo hecho llegar los enemigos del cristianismo aquella contestacion á oidos de Tayco-sama, temeroso este de que fuesen ciertas las palabras del piloto, juró al punto que no habia de dejar con vida á ningun misionero, pero se limitó en un principio á hacer poner guardias de vista á los

que se hallaban en el convento de los franciscanos de Osaka, donde residia entonces la corte. Habia en el galeon, además de los franciscanos, que sus correligionarios hicieron quedar en el Japon, cuatro agustinos y un dominico, cuyo regreso á las Filipinas, procuró el P. Gomez, vice-provincial de los jesuitas. Los agustinos refirieron lo que habia pasado con fiel exactitud, y su relacion manifestó la falsedad de los hechos, y como eran supuestas las imprudentes palabras atribuidas al piloto español. No obstante, el mal estaba hecho, y el gobernador de Osaka, encargado de poner guardias de vista á los franciscanos, se las puso tambien á los jesuitas, si bien no se encontró mas que un solo religioso, llamado Pablo Miki, con dos prosélitos llamados Juan Soan y Jacobo Kisai, los tres japoneses. En Miyako se adoptaron las mismas medidas respecto de los religiosos de las dos órdenes; pero tambien los jesuitas se hallaban ausentes de su casa, á escepcion del P. Gnecchi, á quien los fieles lograron ocultar. Por el contrario, fueron arrestados seis franciscanos en las dos ciudades: los tres sacerdotes, Pedro Bautista, Martin de Aguirre ó de la Asuncion, y Francisco Blanco; un tonsurado, Felipe de las Casas ó de Jesus, y dos legos llamados Francisco de la Piraglia ó de San Miguel y Gonzalez Garcia. Como Tayco-sama habia ordenado además, que se formase una lista de todos los cristianos que frecuentaban las iglesias de Miyako y de Osaka, la esperanza del martirio escitó la mas admirable emulacion entre los discípulos de Jesucristo. Justo Ucondono hubiese sido tal vez el primero en reclamar la palma, si el dai-mio de Kanga, en cuya provincia residia, no le hubiese detenido. Encontraron á Engracia, aquella ilustre compañera del dai-mio de Tango, que trabajaba con sus hijas por hacerse magníficos trages, para aparecer con mas pompa el dia de su triunfo, como ellos lo llamaban. Los medios de procurarse el honor del martirio, tenian preocupados á los fieles de todas edades, sexos y condiciones; y muchas veces el júbilo y tranquilidad con que se disponian para la muerte, inspiraban los mismos sentimientos á aquellos á quienes la gracia no habia obrado en un principio tan poderosamente. Entre estos, es digno de referirse el comportamiento admirable de un octogenario, en otro tiempo uno de los mas esforzados guerreros del Japon, quien, bautizado hacia seis meses, no sabia aun que cuando se muere por su Dios, se debe aceptar la muerte sin resistencia, y se preparaba para defender á toda costa su vida, cuando entrando en casa de su nuera, vió á los criados y hasta los niños que disponian los unos sus relicarios y los otros sus rosarios ó su crucifijo. Preguntó la causa de aquel movimiento, y le contestaron que se preparaban para el combate. «¡Qué armas y que especie de combate es este! esclamó; y luego acercándose á su nuera, añadió: «¿Qué estás haciendo aquí, hija mia? — Arreglo mi vestido, á fin de que esté mas ajustado y mas decente, cuando me crucifiquen; porque se dice que todos los cristianos debemos ser crucificados.» La dulzura y tranquilidad con que pronunció aquellas palabras, desconcertaron al anciano; contemplóla algun tiempo en silencio, y luego, como si saliera de un profundo letargo, arrojó sus armas, sacó sus rosarios y estrechándolos entre sus manos, esclamó con entusiasmo: — «Estoy resuelto; tambien quiero dejarme crucificar con vosotros.» Aprovechándose de la persecucion que pesaba sobre los hijos de Jesucristo, un idólatra condujo á su muger y esclava cristianas, en medio de un solitario bosque para hacerlas apostatar. Viendo que eran vanas sus amenazas, desenvainó su sable, y fingiendo entonces querer cortar la cabeza de su muger, de un revés derribó al suelo la de la esclava. La animosa cristiana se arrojó entonces á sus piés, é inclinó su cabeza para que tambien fuese cortada, pero venciendo el amor conyugal en el corazon del idólatra, levantó á su compañera, y tomó el partido de disimular lo que no podia impedir. No obstante, los malos tratos de que fué objeto, obligaron á aquella muger á refu-

giarse en Nanga-saki, fuera del alcance del idólatra, quien, furioso por no haber podido lograr la apostasía de su muger, se abrió el vientre. El padre de un niño de diez años, despues de haberse infamado, abjurando la fé, quiso que su hijo le imitase: « Un hombre de honor, contestó este último, debe tener en mucha estima porque es su deber, guiar á sus hijos por el sendero de la virtud; de modo, que me sorprende muy mucho, que despues de haber tenido la debilidad de renunciar al culto del verdadero Dios, trateis de hacerme cómplice de vuestra infidelidad. Mas bien debierais tratar de volver á entrar en el seno de la iglesia, que no hacerme salir á mí. Cualquiera que sea vuestra conducta sobre el particular, entended que ninguna ley ordena á un hijo que imite la perfidia de su padre, y yo espero que Dios me concederá la gracia de permanecer fiel hasta el último instante de mi vida, á pesar de todos vuestros esfuerzos. » Arrojado el hijo de la casa paterna, halló un nuevo padre en un misionero que se encargó de él. Un gran número de otros indígenas, mostraron la misma firmeza y ardor, no titubeando un momento en hacerse inscribir en las listas de los cristianos, cuya conducta causó la admiracion de todo el mundo. Pero de repente circuló la noticia de que únicamente serian condenados á muetre los religiosos entonces presos en Osaka y Miyako, con algunos cristianos que habian encontrado en sus casas; y aun los que creian conocer las intenciones de Tayco-sama, decian que las únicas víctimas serian los religiosos de San Francisco. Fundábanse los que tal decian en estas palabras significativas que habia dirigido el príncipe idólatra á sus favoritos: « Me he informado de la conducta de esos hombres que han venido de Filipinas, y he sabido que esos religiosos han logrado someter á la obediencia de su rey, no solo esas islas, sino tambien el reino de Méjico. Ahora pretenden hacer otro tanto con el Japon; pero han contado sin mi voluntad. Si yo hallase buena su religion, permitiria al P. Rodriguez, mi intérprete, y á sus compañeros, que la predicasen en el imperio, mas bien que esos nuevos venidos, que se han introducido en el Japon, únicamente para sublevar mis súbditos contra mi persona (1). Enviad al punto una ligera embarcacion al P. Rodriguez, que debe estar muy afligido, para decirle de mi parte que no tenga ningun cuidado; participad tambien al obispo que perdono asimismo á todos los que están con él, y no perdais tiempo en decírselo igualmente al buen anciano Gnecchi. » A las víctimas designadas, despues de habérseles cortado la nariz y orejas, les estaba reservado el último suplicio. Antes empero de sufrirlo, debian ser paseadas por las calles de Miyako, Osaka y Sakai, en carretas, delante de las cuales, escrita en grandes caractéres, llevarian la sentencia de muerte concebida en estos términos: « Tayco-sama. He mandado

(1) El R. P. Fr. Antonio Daza, cronista general de la órden de S. Francisco, al señalar el motivo del repentino rencor de Tayco-sama contra los franciscanos, se espresa en estos términos (Lib. II. cap. LXIV. pág. 262.) « Las riquísimas mercancías que llevaba el galeon español que naufragó en las costas del Japon y á las que se aficionó el emperador, fueron por decirlo así la leña en que se prendió el fuego de su desordenada codicia. Aprovecharon aquella ocasion sus parciales para aumentar mas el fuego, de modo que el emperador comenzó á quejarse de los frailes, diciendo que despues que estaban en su reino, con haber hecho tanto por ellos, no le habian sido de provecho, antes eran tan desagradecidos, que viniéndoles á las manos aquel navío, que por justo derecho era suyo, se lo querian quitar y dar á los españoles que venian en el, solo por ser de su ley y cristianos como ellos. No me quejo yo tanto (decia aquel bárbaro emperador) de estos, cuanto de Faranda que me los trujo y de Farcegava que me decia eran hombres buenos y muy mis amigos, y que por su respeto se me habia de seguir mucho bien. Hallóse presente á estas palabras un hijo de Farcegava, que viéndole indignado contra su padre, le dijo: — Tiene vuestra alteza razon de estar quejoso de estos bonzos de Luzon (que asi llamaban á los misioneros de Filipinas.) Mi padre tambien está muy sentido de ellos, porque son de tan poco respeto, que aunque les ha avisado que no prediquen, y que V. A. lo tiene mandado, no entienden en otra cosa; y si con tiempo no se remedia, todos serémos unos muy presto. ¡Cómo! dijo el tirano; ¿esto hay y no me han avisado? — No ha osado mi padre, respondió el desatinado mozo, por lo mucho que V. A. los favorecia. — Segun esto, razon tengo yo, dijo el emperador, y bastante ocasion me han dado para que todos mueran, pues en tanto desprecio y menoscabo de mi ley, enseñan la suya contra toda mi voluntad. — Y furioso, encendido en cólera y codicia, dijo al iosolente mozo. — Esta misma noche, en pareciendo la luna sobre el horizonte, irás á Meako y harás que se ponga en ejecucion mi voluntad. Y así mandó luego prender á los frailes y á todos los cristianos que se hallaron ser de su ley, en todos los reinos del Japon. » (Nota del Trad.)

que tratáran así á estos estrangeros, porque han venido de las Filipinas al Japon, diciéndose embajadores aunque no lo son; porque han permanecido por mucho tiempo sin permiso en mi imperio, y porque, á pesar de mi espresa prohibicion, han construido algunas iglesias, predicado su religion, y cometido grandes desórdenes. Es mi voluntad, que despues de haber sido espuestos á la burla del pueblo, sean crucificados en Nanga-saki.»

En Miyako habia diez y siete nombres en la lista: cinco franciscanos y doce seculares, la mayor parte servidores suyos ó catequistas. Cuando se les llamó faltó uno, porque no estaban todos encerrados en el convento de los franciscanos, sino que presos bajo palabra, iban y venian cuando les era necesario. El ausente que era el proveedor de la casa y que habia salido para compras, se llamaba Matías. Un artesano de la vecindad, que llevaba el mismo nombre, al oir gritar: «¿Dónde está Matías?» se acercó y dijo: «Yo me llamo Matías, y aunque probablemente no soy el que buscais, como tambien soy cristiano como él, me hallo muy dispuesto á morir por el Dios á quien adoro.— Esto basta, le contestaron; poco importa que seais vos ú otro, mientras se llene la lista.» El artesano lleno de júbilo, se agregó al número de los confesores, felicitándose de que por un favor especial de la Providencia, se viese favorecido con una merced por la que tantos miles de cristianos habian anhelado en vano, pudiendo decir como su glorioso patron «que formaba parte de los once» (1). En Osaka, la lista comprendia siete nombres: tres seculares, un franciscano y tres jesuitas (Pablo Miki y sus dos compañeros) á quienes el gobernador hubiera podido librar, pero que se negó á soltar, so pretesto de que habiendo sido continuados sus nombres en una lista que habia leido Tayco-sama, no se les podia eliminar á título de jesuitas, sin dar á conocer al emperador que se habian quedado religiosos de aquella órden en Osaka, á pesar de su prohibicion. Habiendo reclamado el P. Gnecchi, se le contestó que era preciso sacrificar algunos miembros para salvar el cuerpo. En el número de los cristianos condenados á muerte, habia tres niños, Antonio y Tomás, de edad de quince años, monacillos de los franciscanos, y Luis, de edad de doce años, que á fuerza de lágrimas habia logrado que le continuasen en la lista y que despues se negaron á borrar. Los tres mostraron hasta el fin de la carrera, el gran valor que les animaba y cuán dignos eran del nombre de cristianos. Reunidos los veinte y cuatro presos en Miyako, les condujeron á pié el dia 3 de enero de 1597 á una plaza de la ciudad alta, en donde Xibunojo, encargado de la ejecucion, se limitó á hacer cortar á cada uno un pedazo de la oreja izquierda, en vez de desfigurarles como prevenia el decreto. Subieron en seguida de tres en tres enl as carretas tiradas de un solo buey, y se les paseó de calle en calle, siguiendo la costumbre establecida para los grandes criminales que se exponen á los oprobios de la multitud, tormento muchas veces mas sensible que la misma muerte; pero esta vez las simpatías del pueblo reemplazaron las acostumbradas injurias. La alegría de los tres niños cuya sangre inundaba sus mejillas, enternecia á los idólatras, quienes se sublevaban contra tanta injusticia y crueldad, preguntando que crímen habian cometido aquellos niños y aquellos hombres de bien para ser castigados como unos malhechores. Algunos cristianos que seguian á la escolta de los presos, suplicaban á su comandante que les permitiese subir tambien en las carretas. Por su parte los mártires, rogaban á Dios con fervor que les ausiliase en aquel estado, mientras que Fr. Bautista, digno gefe de aquella gloriosa cohorte, les exhortaba á la perserverancia y predicaba á la multitud la ley de Jesucristo crucificado. Despues que los confesores hubieron recorrido casi toda la poblacion, se les volvió á conducir á la cárcel, y al dia siguiente partieron para Sakai,

(1) Alude aquí el autor á la eleccion hecha á la suerte por Pedro, entre José y Matías, en quienes concurrian las cualidades necesarias para ser elevados al apostolado «y les echaron suertes y cayó la suerte sobre Matías y fué contado con los once apóstoles.» (*Hech. de los Apost. Cap. I. v.* 26) (Nota del Trad.)

donde sufrieron con resignacion el mismo trato. El dia 9 de enero salieron de esta ciudad, y en el camino, el gefe de la escolta les agregó, de su propia autoridad, á Francisco Dauto y Pedro Cosaqui, que iban siguiendo á la comitiva para atender á las necesidades de los cautivos; y que habiendo sido interrogados si eran cristianos, contestaron que detestaban á los dioses del Japon. Informado Tayco-sama de aquel incidente, no pudo menos de esclamar: « Es preciso confesar que los cristianos, tienen verdaderamente valor, y que todo lo arrostran por socorrerse unos á otros. »

El celo de los mártires igualaba á su intrepidez, porque iban proclamando el Evangelio por todo el camino, sobre todo Pablo Miki, jesuita japonés, y Fr. de la Asuncion, franciscano, familiarizado con el idioma del pais. Habiendo enviado el obispo al encuentro de los confesores á los jesuitas Pasio y Rodriguez, Fr. Bautista, comisario de los franciscanos, á quien un rayo de la luz celestial en el seno de la cual iba á volar su alma, disipaba las prevenciones, dijo con noble sencillez á Rodriguez: « Querido padre, podrá muy bien acontecer que nuestro sacrificio sea tan pronto, que nos veamos privados de hacer todo lo que deseáramos. En este caso, os suplico que hagais presentes mis humildes respetos al digno prelado que gobierna esta iglesia, y asegureis al R. P. vice-provincial y á los demás PP. de la Compañía, que siento muy mucho los disgustos que tal vez les he ocasionado, y que les ruego muy encarecidamente que tengan á bien perdonármelos. » Rodriguez contestó que ningun jesuita habia dudado jamás de la rectitud de las intenciones de los franciscanos, y que él á su vez, le rogaba en nombre de la Compañía, que olvidase por su parte los motivos de sentimiento que hubiesen podido darle. Despues de haberse dado aquellas esplicaciones, los religiosos se abrazaron derramando muchas lágrimas. Entretanto, veinte y seis cruces se levantaban mirando al mar, en una de las colinas ó montecillos de que casi está rodeada la poblacion de Nanga-saki; y como muchos otros misioneros y fieles la bañaron mas tarde con su sangre, fué llamada la *Santa Montaña* ó el *Monte de los Mártires*. El dia 5 de febrero llegaron los mártires á la ermita de San Lázaro, en donde el P. Pasio recibió la confesion general de Pablo Miki, y los votos de devocion de sus dos compañeros, honrados con el título de novicios. El P. Rodriguez se ocupó en preparar á los seculares para el combate, y los franciscanos se confesaron entre sí. Avisados los mártires de que los aguardaban en la colina, dirigiéronse á aquel sitio, seguidos de una inmensa multitud: los cristianos se prosternaban á su paso y les rogaban con las lágrimas en los ojos que no les olvidasen en sus oraciones. Habiendo llegado al pié del montecillo, luego que vieron las cruces corrieron á abrazarlas, lo que causó una nueva y general sorpresa entre los infieles. Las cruces del Japon, tienen en la parte inferior una pieza de madera colocada de través, en la que los pacientes apoyan los piés, y en el centro otro pedazo de zoquete que sale del madero principal, en el que está como sentado el que ha de ser crucificado. Se les sujetan los brazos por medio de cuerdas, y otro tanto se hace con el cuerpo, muslos y piés, que están un poco separados. A estos mártires se les añadió un collar de hierro, que les hacia levantar la cabeza. Cuando los pacientes quedan sujetados á la cruz del modo referido, se levanta esta en alto y se coloca en el hoyo que le está destinado; enseguida el verdugo empuña una especie de lanza á modo de cuchilla ó partesana, y atraviesa al crucificado, de modo que se la hace entrar por el costado y salir por la espalda; algunas veces lo atraviesa por ambas partes al mismo tiempo, y si el paciente respira aun, lo repite nuevamente, á fin de que no desfallezca en aquel suplicio. Iban á empezar la ejecucion, cuando Juan, uno de los santos, vió á su padre que habia venido para despedirse por última vez de él. « Ya veis, amado padre, dijo el noble jóven, que no hay nada que no deba sacrificar el hombre para asegurar su salvacion. — Ya lo sé,





hijo mio, contestóle el virtuoso japonés; doy gracias á Dios por la merced que os ha concedido, y le ruego de todo corazon que os dé hasta el fin la fuerza de ánimo necesaria para luchar y vencer. Estad bien persuadido, que tanto vuestra madre como yo, estamos muy dispuestos á imitar semejante ejemplo, y ojalá que hubiésemos tenido ocasion de demostrároslo!» En seguida ataron con sogas al mártir en la cruz, al pié de la cual tuvo su padre el valor de permanecer, recibiendo una parte de la sangre de su hijo, y dando á conocer por la alegría que brillaba en su semblante, que estaba mas satisfecho contemplando á su hijo mártir, que de verle elevado á la mas alta dignidad. Casi todos estaban atados á su cruz, y dispuestos á recibir el golpe mortal, cuando el P. Bautista, que se hallaba colocado en el centro de la santa cohorte formando una misma línea (1), entonó el cántico de Zacarías, que todos siguieron y acabaron con tanto ánimo y devocion, que electrizaron á los espectadores cristianos y enternecieron á los infieles. Cuando el P. Bautista hubo terminado, el niño Antonio, crucificado al lado del comisario de los franciscanos, le invitó á cantar con él el salmo *Laudate pueri Dominum*: (Alabad, jóvenes, al Señor, alabad el nombre del Señor. Salm. CXII. 1.); pero como el religioso estuviese absorto en una profunda meditacion, y nada contestase, empezó él solo; atravesado de un lanzazo pocos instantes despues, fué á terminarlo en el cielo con los ángeles. El primero que murió fué Felipe de Jesus; el P. Bautista fué el último. Pablo Miki predicó desde lo alto de su cruz con una elocuencia enteramente divina, y acabó con una ferviente plegaria pidiendo perdon por sus verdugos. (Pl. XCIX, n.° 1.) Todos los confesores dieron grandes muestras de fervor y de contento, y aquellos grandes ejemplos, escitaron en el corazon de los infieles que fueron testigos de ello, un maravilloso ardor por el martirio. Apenas los confesores hubieron espirado, las guardas tuvieron que ceder á los esfuerzos de

(1) Fueron todos veinte y seis mártires puestos en las cruces casi á un mismo tiempo, dice el cronista de la órden antes citado; los diez venturosos japoneses á un lado y los diez al otro, computando los tres de la Compañía y los seis frailes en medio, todos en hilera, los rostros hácia la ciudad al mediodia, apartados como cuatro pasos uno de otro, de modo quo hacian una muy concertada y devota procesion de crucificados. Junto á las cruces estaba la sentencia que el emperador habia dado, que declaraba la causa porque morian, y en cada cruz el nombro dol crucificado por el órden siguiente, comenzando en la parte del poniente:

1 Pablo Suziqui, hospitalero, natural de Oain, predicador intérprete do los frailes. 2 Gabriel, del reino de Iszo, *doxicu* de los frailes, de edad de 19 años. 3 Juan Quizaya, natural de Mean (Miyako), vecino y allegado de los frailes. 4 Tomé Ixe Danqui, intérprete de los frailes, vecino de Meaco. 5 Francisco, ciudadano de Meaco, médico é intérprete do los frailes. 6 Tomé Cosaqui, *doxicu* que ayudaba la misa á los frailes do edad de 12 años, bijo de Miguel Cosaqui, mártir. 7 Joaquin Soquier, natural de Osaka, cocinero de los frailes. 8 Ventura, natural de Meaco, que habiendo recibido el bautismo cuando niño, y despues quedando huérfano, habia vuelto á la idolatria y héchose bonzo, mas al fin tocándole Dios le reconcilió con la Santa Iglesia por medio de los frailes y se quedó con ellos, y despues mereció tan buena ventura como ser mártir en su compañia. 9 Leon Carasuma, natural de Oari, el principal intérprete de los frailes, grandemente dado á las obras do caridad, particularmente en la cura de los leprosos incurables, hermano menor de Pablo Ibariqui y tio del santo niño Luis; en la cruz, dicen testigos de vista, que por espacio de cuarenta dias quedó con el rostro hermoso y encendido como cuando murió. 10 Matías, natural de Meaco, que entró en lugar de él otro Matias, que se halló ausente cuando llevaron á los santos mártires á la cárcel. 11 Fr. Francisco de la Parrilla ó de San Miguel, religioso lego, natural del lugar de la Parrilla del obispado do Valladolid. 12 Fr. Francisco Blanco, sacerdote y predicador del condado do Monterrey, obispado de Orense en Galicia, de edad de 26 años. 13 Fr. Gonzalo Garcia Layco, natural de Bazain en la India oriental, hijo de padre portugués y de madre natural de la misma India. 14 Fr. Felipe de Jesus ó de las Casas, corista, natural de Méjico, hijo de españoles. 15 Fr. Martin de la Asuncion, por otro nombre de Aguirre, sacerdoto y predicador, lector en teologia, natural de Vergara en la provincia de Guipúzcoa. 16 Fr. Pedro Bautista, sacerdoto y predicador, comisario, natural de Santisteban, obispado de Avila. 17 Antonio, *doxicu* de los frailes, natural de Nanga-saki, que ayudaba á misa al santo comisario, de edad de 10 años, hijo do padre chino y de madre japona. 18 Luis, *doxicu* do los frailes, sobrino de los mártires Leon y Pablo Ibariqui, natural de Oari, de edad de 10 años. 19 Pablo Ibariqui, de Oari, vecino de Meaco. 20 Juan de Goto, natural de la isla de Goto, *doxicu* de los padres de la Compañía, de edad de 19 años, y recibido en ella el dia del martirio. 21 Pablo Miki, hermano de la Compañía de Jesas, y su predicador, japonés, que hacia nueve años que estaba en compañía de los PP. 22 Diego Quizay, morador de Osaka, *doxicu* de los PP. de la Compañía, recibido en ella el mismo dia de su dichoso martirio. 23 Miguel Cozaqui, padre del niño Tomé, natural del reino de Isze, vecino y muy allegado de los frailes. 24 Pedro Suquexiro Adaucto, que yendo á acompañar á los santos le pusieron los guardas en cadena y fué crucificado con ellos. 25 Cosme Taquia, natural del reino de Oari, morador en Meaco y ocupado en servir á los pobres del hospital de los frailes. 26 Francisco Carpintero Adaucto, que saliendo con el dicho Pedro en compañia de los santos do Meaco con bastimento para el camino, fué puesto en cadena y crucificado con ellos (Nota del Trad)

la multitud ávida de recojer la sangre de que estaba empapada la tierra. Al caer la tarde, el obispo, á quien no se habia permitido asistir á los mártires en el trance de la muerte, pero que les habia visto morir desde su ventana, acudió con todos los jesuitas de Nangasaki á prosternarse al pié de las cruces. El cielo dió á conocer por medio de señales sensibles. la gloria con que habia recompensado á aquellos invencibles soldados de Jesucristo. El viernes que siguió al de su triunfo, así como los sucesivos, aparecieron sobre la santa montaña unas como antorchas ó luces, á manera de columnas de fuego: todas salian como en procesion; de la cuesta bajaban al hospital de San Lázaro, que era la casa donde los santos mártires habian morado, y de allí iban á una ermita de Nuestra Señora donde desaprecian. El tercer dia despues de la muerte del P. Bautista, llegó un hombre para severenciarle como todos hacian y besarle los piés, y asiéndole un dedo con los dientes se lo cortó saliendo de él la sangre tan fresca como si estuviese vivo. Pasados mas de dos meses despues de crucificado, derramó el mismo santo sangre fresca y reciente por una de las heridas, como si entonces se las acabáran de hacer; el santo cuerpo se estremeció y tembló tres veces una tras otra, con tanto vigor y fuerza, que parecia estar vivo y querer dar en tierra juntamente con la cruz, saliéndole en esta ocasion gran copia de sangre, que bañó la cruz y regó la tierra, de cuya sangre y tierra recogieron algunos devotos y guardaron con reverencia. Un soldado italiano que en un buque portugués habia llegado al Japon, y que asistió á aquel martirio, habiendo recojido con su sombrero una cierta cantidad de sangre del mismo P. Bautista, del P. de la Asuncion, de Pablo Miki y de un cuarto confesor, y trasladadola despues á un vaso de porcelana, la llevó á Macao y fué vista por el vicario general en presencia de seis franciscanos, un dominico, dos jesuitas, un médico, un corro de varios otros testigos, y la encontraron líquida y tan encarnada como si acabase de salir de las heridas. Omitimos la relacion de muchas otras maravillas, para añadir únicamente que Urbano VIII, treinta años despues, otorgó á los veinte y seis confesores de Jesucristo, los honores de los santos mártires que la iglesia venera (1), y permitió hacer mencion de aquellos bienaventurados en las preces de todas las iglesias de la Compañía de Jesus, por lo que hace á los tres jesuitas, y en las de la órden de San Francisco respecto de los veinte y tres restantes, porque los seculares pertenecian á aquella órden.

A mediados del mes de marzo de 1597, sabedor Tayco-sama de que la isla de Kiusiu, estaba todavía llena de misioneros, mandó que fuesen embarcados á escepcion del P. Rodriguez, su intérprete, y dos ó tres jesuitas cuya presencia en Nanga Saki reclamaba el interés espiritual de los portugueses. El obispo del Japon, Pedro Martinez, que tenia necesidad de ir á conferenciar con el virey de las Indias, se hizo entonces á la vela para Goa, pero murió por el camino; y en el mes de octubre algunos portugueses disfrazados de jesuitas, aparentaron embarcarse en un buque que estaba en vísperas de partir, para que se creyeran las autoridades japonesas que se llevaba á efecto la órden del soberano, pero la mayor parte de los ciento veinte y cinco verdaderos apóstoles, esparcidos por el archipiélago, continuaron sus trabajos con igual fé y perseverancia. Aquella inocente estratagema del P. Gomez salvó su mision, la cual fué espuesta á un nuevo peligro en el año 1598 por la llegada de los franciscanos Gerónimo de Jesus y Gomez de San Luis. Este último, preso al poco tiempo de su llegada, fué embarcado y conducido á Manila; pero Gerónimo de Jesus que conocia el Japon, en donde ya habia estado otra vez, logró escapar á la persecucion de los idólatras.

La noticia de la muerte de Tayco-sama,

(1) Beatificados los veinte y seis mártires en Roma en los dias 14 y 15 de setiembre del año 1627, acaban de ser canonizados solemnemente por Su Santidad Pio IX en la capital del mundo cristiano el dia 8 de junio del presente año de 1862 en que traducimos esta obra, y por una notable coincidencia, en el mismo dia en que trasladamos al español este interesantísimo capítulo (Nota del Trad.)

acontecida el dia 16 de setiembre de 1598, sin que el P. Rodriguez, que se hallaba al lado de aquel príncipe en sus últimos momentos, hubiese podido lograr su conversion, apartó en un principio la atencion que estaba hasta entonces fijada en los misioneros y cristianos, á quienes consolaba la presencia de Luis Serqueira, coadjutor del obispo y la del P. Valignani. Habiendo terminado en fin en el año 1599 la guerra de Corea, y regresado las tropas adictas á los príncipes cristianos que las habian conducido á la victoria, fué aquel hecho un nuevo motivo de seguridad para los discípulos de Jesucristo. Restableciéronse poco á poco las iglesias, colegios y seminarios, y las cosas volvieron á ser puestas casi bajo el mismo pié en que se hallaban antes del primer edicto de Tayco-sama contra los cristianos. Tan feliz reaccion, que solo sufrió un quebranto á causa de una persecucion que hubo en el Firando, dulcificó los últimos instantes de la existencia del P. Pedro Gomez, á quien sucedió, en calidad de vice-provincial, el P. Francisco Pasio de Bolonia. Por último, la apoteosis de Tayco-sama, celebrada con estraordinaria pompa, motivando un nuevo desprecio por las sectas del Japon, consolidó y propagó por el contrario el aprecio hácia la religion cristiana hasta tal punto, que en el año 1599 se operaron setenta mil conversiones, de las cuales las veinte y cinco mil pertenecian á la provincia de Firando. No menos fecundo en buenos resultados fué el siguiente año 1600; pero los jesuitas no recogieron con una satisfaccion libre de todo sobresalto lo que habian sembrado con tanto trabajo, porque abrigaban el presentimiento de que la tranquilidad que se les habia concedido temporalmente, era á fin de que se preparasen para nuevos combates.

Como Dayfu-sama (1) gefe de la regencia, durante la menor edad del hijo de Tayco-sama, aspirase á apoderarse del poder supremo, formóse una liga contra él, en la que entró Agustin Tsucamidono, entonces dai-mio de Figo. Jecundono, dai-mio de Tango, adicto al partido del regente, previendo el caso de que sus adversarios asaltaran la ciudad de Osaka, en la que dejaba á Engracia, mandó á su mayordomo que sustrajera aquella princesa al enemigo, decapitándola y poniendo fuego á su palacio. La prevision de Jecundono se realizó en efecto; y habiendo ido el mayordomo á arrojarse á los piés de Engracia, le comunicó la órden de su esposo; manifestándole al propio tiempo que ninguno de los servidores le sobreviviria. La princesa le escuchó con sangre fria y le dijo: «Ya sabeis que soy cristiana, y que la muerte no tiene nada de espantoso para los discípulos de la verdadera religion. Esta santa ley me manda obedecer al que nuestras costumbres le han hecho árbitro de mi vida; pero no puedo pensar sin estremecerme, en lo que será de vos por toda una eternidad, si persistís en vuestra ciega idolatría. No me negueis la gracia que os pido y que será la última que os pediré en mi vida: contentaos con ejecutar las órdenes del príncipe por lo que toca á mi persona; pero no atenteis contra vuestra existencia. Prescribiendo el suicidio, las leyes del Japon son injustas, y no podrian escusaros ante el tribunal del Señor de la vida y de la muerte.» Despues entró en su oratorio, donde, prosternada delante de su crucifijo, se ofreció en sacrificio á la magestad divina, aceptando la muerte en expiacion de sus pecados. Enseguida llamó á las mugeres de su servidumbre, á todas las cuales abrazó con ternura y les dijo: que puesto que no habia órden de que muriesen, y siendo todas cristianas, su conciencia les obligaba á salir del palacio antes de que se prendiera fuego á él. En medio de tan general desolacion, la princesa fué la única que se mostró con aire sereno, disponiéndose á la muerte como si arreglase los preparativos para un viage de recreo. Despues de haber entrado por última vez en el oratorio, no tardó en hacer avisar al mayordomo de que podia ejecutar las órdenes de su dueño cuando mejor le pareciese. Habiendo acudido el servidor, contestóle que solo aguar-

(1) Dayfu-sama equivale en idioma del Japon á gran gobernador. (Nota del Trad.)

da balas suyas, y arrojándose á sus piés le suplicó otra vez que le perdonase su muerte. Concedido el perdon, Engracia se arrodilló, inclinó resignada la cabeza, y pronunciando los sagrados nombres de Jesus y Maria, recibió el golpe que le separó la cabeza del cuerpo. Asi murió la mas cumplida princesa, y quizás la mas ferviente cristiana del Japon. Cubrieron su cuerpo con un paño de oro; los servidores que no eran cristianos se encerraron en un aposento vecino y todos se abrieron el vientre; y uno de ellos habiendo prendido fuego á un gran reguero de pólvora, el palacio que estaba lleno de materias combustibles, no tardó en quedar reducido á cenizas; pero los cristianos pudieron descubrir los huesos de Engracia, que depositaron en poder del P. Gnecchi, que residia entonces en Osaka. Hizo celebrar un solemne oficio para el eterno descanso del alma de la princesa, quedándole muy agradecido por aquella honra fúnebre el dai-mio de Tango, cuyo príncipe habiendo vuelto á entrar en Osaka, á consecuencia de la guerra, dispuso que á sus costas, se celebrára otro oficio solemne, al cual asistió en persona. Habiendo sabido que las honras fúnebres habian sido acompañadas de abundantes limosnas: « Es preciso confesar, dijo, que estos religiosos estrangeros son unos hombres muy diversos de nuestros bonzos. » Agustin de Tsucamidono á quien hizo prisionero Dayfu-sama, terminó con una muerte no menos cristiana, una vida ilustrada con la conquista de la Corea. Encontróse en una faltriquera de su vestido una carta dirigida á su familia, en la cual la exhortaba á conformarse con la voluntad de Dios y á permanecer fiel á su servicio, cualesquiera que fuesen las tribulaciones que tuviese que soportar.

Si bien Dayfu-sama no queria á los cristianos, por política, en un principio, se mostró favorable á sus padres espirituales, y por medio de un edicto permitió que los jesuitas pudiesen establecerse en Osaka, Miyako y Nanga-saki. En semejante estado de cosas, nada podia venir mas á propósito que un refuerzo de obreros evangélicos, si todos hubiesen obrado de concierto. El refuerzo llegó efectivamente en el año 1601, y este se componia de algunos franciscanos, agustinos y dominicos procedentes todos de las Filipinas. Los primeros fueron á morar en su antiguo establecimiento de Miyako; los segundos pasaron al Bungo y se establecieron en Usuki; los terceros, es decir, el P. Francisco Morales, vice-provincial, con los PP. Tomás Hernandez, Alfonso de Mena, Tomás de Zumarraga y el lego Juan, se detuvieron en la pequeña isla de Coxiqui, dependiente del Satsuma. En las témporas de setiembre del año 1601, Serqueira promovió al sacerdocio á los primeros religiosos seculares del Japon, empezando de este modo á organizar un clero indígena; pero la imposibilidad de establecer algunos seminarios, hizo que no llegase á ser numeroso. El siguiente año 1602 se hizo notable, por la llegada de una ilustre cohorte de misioneros jesuitas, al frente de los cuales se hallaban los PP. Cárlos Spinola, genovés, y Gerónimo de los Angelis, siciliano.

Aquellos celosos varones encontraron al cristianismo floreciente bajo el cetro del gefe de la regencia que se habia hecho dar por el dairio, el título de kubosama ó seugun. Únicamente causó la persecucion graves males en Figo. Cinco jesuitas expiaron con un duro cautiverio, el valor con que habian prodigado los socorros espirituales en la ciudad de Udo, donde residia Canzugedono, nuevo dai-mio de la provincia; y el P. Alfonso Gonzalez, su superior, á quien mas de la mitad de Figo era deudora de su conversion, habia muerto, postrado por las fatigas y sufrimientos, en el mes de marzo del año 1601. Canzugedono sectario de Fo (1) trató de obli-

(1) Fo ó Foé, segun la mitologia china, es uno de sus principales dioses, fundador de una secta muy estendida en aquel imperio. Nació en la India mas de mil años antes de Jesucristo. A los treinta años se sintió inspirado del espiritu divino, tomó entonces el nombre de Fo, y empezó á predicar por todas partes su doctrina, deslumbrando al pueblo con prestigios, honrados con el nombre de milagros, que los bonzos han recojido en muchos volúmenes. Sus partidarios se multiplicaron tan prodigiosamente, que se cuenta haber sido ochenta mil los discipulos que le ayuda-

gar á todas las personas notables de Yatsu-siro á que abrazáran su secta, empezando por Juan Minami Gorozaimon y Simon Gifioye Taquenda, cuyos amigos se valieron de todos los medios para obtener de ellos al menos una muestra equívoca de su sumision á la voluntad del dai-mio. Lo que mas les admiró fué ver á las mugeres de los dos cristianos y á la madre de Simon exhortarles con valor á perseverar en la fé, de lo que habiendo hecho sabedor de ello al príncipe, mandó al punto que fuesen conducidos Juan y Simon á un pueblecillo vecino, llamado Cumamoto, donde debian ser decapitadas y crucificadas las tres mugeres. Apenas Juan Minami conoció aquella órden, que sin aguardar á que se la notificáran, partió para Cumamoto, y fué á encontrar al gobernador que era amigo suyo; pero este último trató en vano de vencer su constancia. Hízole finalmente sentar á su mesa y procuró persuadirle una vez mas de que era indispensable obedecer al gefe superior, hasta que habiendo llegado á los postres y conociendo que era inútil insistir por mas tiempo, mostróle la sentencia de muerte firmada por el mismo dai-mio. Despues de haber manifestado el confesor que hubiese deseado que el príncipe, por quien estaba dispuesto á sacrificar sus bienes y su existencia, pusiera á prueba de otro modo su fidelidad, dijo que ante todo era Dios, y que se consideraba dichoso en poder derramar su sangre en testimonio de su creencia; el gobernador le hizo conducir á otro aposento donde fué decapitado el dia 8 de diciembre del año 1602, á la edad de treinta y cinco años. El mismo dia, habiendo hecho prevenir el gobernador á Simon Taquenda que deseaba tener una entrevista con él, en presencia de su madre y de su esposa, partió para Yatsu-siro. Al entrar en casa de su amigo las lágrimas se le agolparon en los ojos, y enternecido Taquenda no pudo contener las suyas; habiendo acudido en esto, Juana, madre del cristiano, dijole el gobernador: «Tengo que ir á dar cuenta al dai-mio de la disposicion en que habré dejado á vuestro hijo, y espero de vuestra prudencia los consejos saludables de que tiene necesidad para no obstinarse en unos sentimientos que el príncipe reprueba. — Nada tengo que decir á mi hijo, contestó la virtuosa madre, sino que todo sacrificio es poco para alcanzar una dicha eterna. — Pero sabed que si no obedece al dai-mio, tendreis el sentimiento de verle decapitar. — ¡Quiera el Dios á quien adoro, que me sea dado mezclar mi sangre con la suya! Si vos consentís en procurarme este favor, me concedereis la mas grande merced que pueda esperar del mejor de mis amigos.» Creyendo el gobernador de que obtendria mas fácilmente la apostasía de Taquenda, si lo separaba de aquella valerosa cristiana, le hizo conducir á casa de un idólatra, donde con grande esfuerzo se trató de persuadirle de que renunciase al cristianismo; pero todo fué en vano. Por último, al llegar la noche envióle el gobernador á uno de sus parientes, para darle á conocer y para llevar á cabo al propio tiempo la sentencia de muerte. Taquenda lo recibió como un favor esperado y con muestras de impaciencia; retiróse un momento para orar, y fuese enseguida á participar la feliz nueva á su madre Juana y á su esposa Inés. Las dos heroinas, que ya estaban entregadas al descanso en aquella hora, se levantaron enseguida sin manifestar la menor emocion, é hicieron ellas mismas los preparativos de la ejecucion, á la que debian asistir segun lo dispuesto en la sentencia. Taquenda, por su parte, ponia en órden con la misma tranquilidad sus negocios domésticos, y cuando todo estuvo ya arreglado, Inés se arrojó á los piés de su esposo suplicándole que le cortase los cabellos, porque queria renunciar al mundo, sino se la condenaba á muerte. Dudaba Taquenda si haria lo que Inés le pe-

ron á propagar sus dogmas por el Oriente. Murió á los 73 años, declarando que el vacío y la nada son el principio de todo lo que existe. Los bonzos aseguran que Fo nació ocho mil veces y que pasó sucesivamente al cuerpo de un gran número de animales antes de ser elevado á la categoria de divinidad, y por esto se halla representado este impostor en las pagodas bajo la figura de un dragon, de un elefante, de un mono, etc. Los sacerdotes de este mentido Dios, dicen que recibieron de Fo cinco mandamientos que consisten en no matar, no robar, guardar la castidad, no mentir, y en fin, no beber vino. (Nota del Trad.)

dia; pero habiéndole rogado su madre que diese aquella última satisfaccion á su compañera, lo hizo enseguida. Habiendo entrado en esto en casa de Taquenda un apóstata llamado Figida, á cuya noticia habia llegado la condenacion lel cristiano, quedó sorprendido de que una casa donde esperaba encontrar el luto y las lágrimas, todo fuese contento y satisfaccion. No pudo ver sin conmoverse á las mugeres entregadas á la oracion, á los criados santamente ocupados, y á algunos cristianos consolando á los que creian haber perdido la esperanza de morir por Jesucristo, felicitando á Taquenda por su triunfo. Figida corrió á abrazar el confesor, alabó su valor, acusóse de su propia infidelidad y prometió repararla por mas que le costára la vida. El mártir despues de haber dado gracias á Dios por aquel último consuelo, abrazó á su madre y á su esposa, recompensó y despidió á sus criados, se recojió un momento al pié de un crucifijo, y presentó su cabeza al ejecutor que se la separó del tronco de un solo golpe, el dia 9 de diciembre, á las dos de la madrugada. Las dos cristianas recojieron entonces la cabeza del confesor, la besaron con amor y respeto y ofreciéndola al cielo, suplicaron al Señor, por los méritos de una muerte tan preciosa, que se dignase tambien aceptar el sacrificio de su vida. Todo el dia siguiente lo consagraron á la oracion para obtener de Dios la gracia del martirio; y al llegar la noche, quedaron agradablemente sorprendidos al ver entrar á Magdalena, viuda de Juan Minami, con su sobrino Luis, de edad de ocho años. Al anunciarles Magdalena que todas tres serian crucificadas aquella misma noche, fué tan grande su alegría, que no cabian en sí de contento, y despues de haber puesto término á la espresion de su júbilo, se arrodillaron para dar gracias á Dios por haberlas concedido la gloria del martirio. El niño Luis, cuya alegría veíase impresa en su semblante, y en quien la gracia suplia á la razon, habló con delicia del honor de derramar su sangre por Jesucristo. Sus verdugos aguardaron para conducirlas al suplicio á que la noche hubiese cerrado enteramente, y á fin de evitarlas la fatiga del camino y la vergüenza de verse espuestas á los insultos del populacho, se las condujo en litera al lugar de la ejecucion. Quizás era la vez primera que se imponia aquel género de suplicio á unas personas de su clase; pero las siervas de Jesucristo no se quejaron sino de los miramientos que se tenian por ellas. La madre de Simon pidió con vivas instancias que se la clavase en su cruz, por mas asemejarse, decia ella, á su divino Salvador. Los verdugos contestaron que no tenian órden de hacerlo y se contentaron con atarla por medio de sogas, segun costumbre, levantándola despues. La ilustre japonesa viendo delante de ella una gran multitud que habia acudido á presenciar el espectáculo, á pesar de la oscuridad de la noche, habló con mucho esfuerzo de la falsedad de las sectas del Japon; pero aun no habia terminado, cuando fué herida, si bien que ligeramente, de un lanzazo; un momento despues otro lanzazo le atravesó el corazon espirando enseguida. Luis y su tia fueron entonces agarrotados en sus cruces que levantaron una enfrente de la otra. Mientras que Magdalena exhortaba á su hijo adoptivo, en quien no se notaba otro sentimiento que el de una angélica piedad, un verdugo que quiso atravesarle, erró el golpe, abriéndole el corte de la cuchilla únicamente la superficie de la carne, y temiendo Magdalena que no se asustára, le gritó que invocase á Jesus y María. Luis, tan tranquilo como si nada hubiese sucedido, hizo lo que la voz maternal le sujeria, y un instante despues recibió un segundo golpe al que espiró; apenas el soldado hubo retirado la lanza del cuerpo del hijo, fué á hundirla en el seno de su madre Inés que quedaba sola: su juventud, su extrema belleza, su dulzura y candor, habian enternecido hasta los ejecutores. Rogaba arrodillada el pié de su cruz y nadie se presentaba para atarla en ella; notólo la esposa cristiana, y á fin de decidir á los soldados á que le prestasen aquel servicio, se ató ella misma en el leño fatal lo mejor que le fué posible.

La gracia y la modestia de sus movimientos acabaron de cautivar los corazones mas insensibles; pero, por último, algunos miserables impulsados por la esperanza del lucro, se ofrecieron á servirla de verdugos; mas como no sabian manejar la lanza, acribillaron su cuerpo de heridas sin causarle la muerte. Todo el mundo sufria en presencia de aquella carnicería, y poco faltó de que no fuesen despedazados aquellos infelices por los irritados espectadores. Unicamente Inés se mostraba insensible y no cesó de bendecir al cielo y de pronunciar los sagrados nombres de Jesus y María, hasta el momento en que lograron atravesarle el corazon.

Aquellas sangrientas ejecuciones en vez de disponer á los cristianos del Figo para la apostasía, les confirmaron mas y mas en su fé. Canzugedono supo sobre todo con despecho que el pariente de Simon Taquenda, que habia degollado á aquel mártir, movido por lo que habia visto, acababa de pedir y recibir el bautismo, llevando despues al obispo del Japon el sable tinto en sangre del confesor, protestando que su único deseo era sufrir igual suerte. Pidióse al dai-mio permiso para enterrar los cuatro cuerpos que habian quedado espuestos en las cruces; pero lo negó, de modo que fué preciso recojer los huesos á medida que iban cayendo. Se pusieron aquellos santos restos en cajas separadas, enviándose á Nangasaki, donde recibieron, por órden del obispo, todos los honores que les eran debidos; y el prelado hizo redactar al propio tiempo un acta formal de aquel martirio para ser enviada á Roma. La persecucion continuada en el Figo, no parecia deber estenderse en las provincias vecinas cuyos dai-mios eran ó cristianos ó favorables al cristianismo. Habiendo hecho burla Canzugedono de que Jecundono, entonces dai-mio de Buzen, no se olvidase jamás en el dia del aniversario de la muerte de Engracia, de hacer celebrar un oficio para el descanso de su alma y de que fuese á comer despues con los jesuitas, é irritado el citado dai-mio por sus invectivas contra la religion cristiana, le afeó públicamente su conducta, retóle en presencia de sus amigos y desenvainó su espada; pero afortunadamente aquellos lograron separarles y evitar un funesto lance. Terazaba, apóstata del cristianismo y señor de la isla de Amakusa, mandó derribar todas las iglesias, pero se estrelló contra la invencible fidelidad de los cristianos en su fé. Al dai-mio de Satsuma, cuyo puerto frecuentaban los portugueses y españoles, no le tenia á cuenta apelar á la violencia; pero el de Naugato se dejó llevar de su carácter iracundo, de modo que habiéndose negado á abjurar el cristianismo Melchor Bugendono, le condenó á ser decapitado. Sabedor de aquella resolucion, pidió el confesor como una merced que fuese conducido antes por las calles de Amanguchi, á fin de participar de aquel modo de las ignominias que habia sufrido el Salvador de los hombres; pero el príncipe en vez de dar publicidad á la ejecucion, quiso, por temor, que se verificase en casa de Melchor, cuya esposa, hijos, yerno y sobrinos, obtuvieron la misma palma. Un ciego, llamado Damian, obligado por la necesidad á tener que mendigar de puerta en puerta, y quien en ausencia de los misioneros, habia operado admirables conversiones, fué tambien condenado á ser decapitado á instancias de los bonzos, cuya mala fé confundia. Aquellos falsos sacerdotes, dominados por el rencor, se cebaron hasta en el cadáver del infeliz mendigo que fué despedazado y arrojado al rio; pero los cristianos lograron salvar los brazos y la cabeza, que dieron al obispo del Japon. Aunque contrariada en algunos puntos, la religion cristiana florecia en la mayor parte de las grandes ciudades que estaban bajo la inmediata obediencia del seugun, quien, en aquella época, hizo dar por el dairio el título de xogun-sama á su hijo mayor; prueba evidente de la intencion que abrigaba de perpetuar el poder supremo en su familia, en perjuicio de su pupilo Fide-Jori. Unicamente la imprudencia de un europeo indispuso al seugun contra los religiosos procedentes de Filipinas, porque habiendo hablado aquel en presencia del princi-

pe de la conquista de las Molucas, á cuyo efecto se estaban reuniendo entonces las armas y municiones en Manila, receloso el monarca japonés de sus emprendedores vecinos, juzgó que debia tomar algunas medidas para evitar cualquiera sorpresa; y la primera que se le ocurrió fué á expulsar del Japen á todos los religiosos españoles, á fin de que no pudiesen favorecer á sus compatriotas; pero á pesar de las pesquisas practicadas á consecuencia de esta órden, no se pudo descubrir ninguno. Por lo demás, si la desconfianza del seugun era grande para con los misioneros procedentes de Filipinas, parecia que no era menor su benevolencia para con los que los buques portugueses conducian de Macao; por manera que fué entonces cuando los jesuitas restablecieron con todo su lustre en Nanga-saki el antiguo seminario de los nobles Se contaban en el Japon, á últimos del año 1605, muchos miles de cristianos y su número aumentaba todos los dias.

Si el cristianismo se mantenia en la isla de Kiu-siu, la gloria, despues de Dios, era debida mas que á ningun otro á Sancho, príncipe de Omura. La defeccion de aquel príncipe, motivada por una injusta prevencion contra los jesuitas Francisco Pasio y Juan Rodriguez, que creyó haber sido contrarios á sus intereses en las cuestiones que hubo con el seugun, empañaron el brillo de su vida anterior. Por el contrario Constantino Joscimon, que quizás de todos los japoneses era el que mas habia deshonrado el carácter de cristiano, hizo olvidar su doble apostasía y sus persecuciones, aceptando con una resignacion admirable, las duras pruebas que tuvo que sufrir en los últimos dias de su existencia; pruebas tales, que despojado de todo cuanto tenia, muchas veces habria carecido hasta de lo mas indispensable, sin el ausilio que le prestaba el P. Gnecchi. Desde entonces, si bien el cristianismo se propagó entre las clases inferiores, se vió raras veces á los príncipes del Japon abrazar la ley de Jesucristo, y en esto se reconoció que en el fondo el seugun no le era favorable. Despues de haber acogido con distincion á Luis Serqueira, obispo del Japon, á quien aquella lisonjera recepcion le animó para visitar las provincias, espidió á instancias de la madre de Fide Jori, su pupilo, un edicto que prohibia abrazar la religion de los europeos, y mandaba á todos los japoneses convertidos que renunciasen á ella. Verdad es que aquel edicto únicamente fué publicado en Osaka, residencia de Fide-Jori, cuya madre, por otra parte, no tardó en cambiar de sentimientos; no lo es menos tambien que el seugun quiso que el P. Pasio, vice-provincial de los jesuitas, fuese á verle en Suruga y que visitó á su hijo el xogun-sama en Yedo; pero los jesuitas no se hacian ilusiones acerca del estado real de la iglesia del Japon, y comprendian que si el seugun les tenia algunos miramientos y no se declaraba abiertamente contra los cristianos, era porque su número era mas considerable ya para secundar eficazmente, ó bien para hacer fracasar el proyecto que abrigaba de hacerse dueño absoluto del imperio. Así es que no disfrutaban sino á medias de la dulzura de aquellos dias de otoño en vísperas de un triste invierno. No obstante, el obispo se aprovechó de aquella calma para visitar á los cristianos de la isla de Kiu-siu.

Independientemente de los jesuitas, los dominicos evangelizaban las islas que dependen del Satsuma y la parte del Fizen, donde se halla el principado de Isafay. El P. Moreno, del convento de Segovia, y otros cinco frailes predicadores, ya se habian hecho á la vela para reunirse con ellos y ayudarles, cuando al llegar cerca de Guadalupe, fueron alcanzados por las flechas de los idólatras, y sucumbieron gloriosamente en el año 1604. Aunque privados de aquel refuerzo, los apóstoles dominicos llevaron á cabo muchas conversiones, logrando además la proteccion del príncipe Tono, en la isla Coxiqui, quien les señaló doscientos sacos de arroz anuales para su manutencion; pero el P. Morales, así como sus compañeros, consecuentes al voto de pobreza, se negaron á aceptar aquella dádiva. Fontana, dice, que en

el año 1607, un oficial de ilustre cuna, á quien estimaba mucho el dai-mio de Satsuma, fué á encontrarles; y que habiéndole instruido en la fé, pidió el bautismo; pero que los religiosos se abstuvieron de concedérselo, porque segun un decreto del príncipe incurria en la pena capital cualquier militar que abandonase la religion del pais; no obstante, acabaron por acceder á sus ruegos y le regeneraron con el agua bautismal en las fuentes sagradas, poniéndole el nombre de Leon. Sabedor de ello el dai-mio, dió al nuevo cristiano el plazo de tres dias para que obtase entre la abjuracion ó la muerte; mas como aquel oficial no habia sido preso, partió en busca de un ministro del Evangelio, y habiendo encontrado á un fraile dominico, lego, le fortificó este en la fé, le enseñó á despreciar la muerte y le dió el rosario de la Santa Vírgen y una imágen del Crucificado. Despues de haber recibido la bendicion del lego, Leon fué á avistarse con el dai-mio á quien dijo que no podia abjurar la fé cristiana, y que por consiguiente estaba dispuesto á morir. Habiendo ordenado el príncipe que lo decapitasen, se arrodilló, sacó de su seno los rosarios y la imágen del Salvador, é hizo un rato de oracion besando repetidas veces aquellos sagrados símbolos; luego volvió á guardar el crucifijo en el seno, ató los rosarios en el brazo derecho, y volviéndose al ejecutor le dijo: «Dame la muerte temporal, á fin de que reciba la vida eterna.» Aquel mártir entregó su alma á Dios el dia 17 de noviembre del año 1607, y su sangre fué recogida con veneracion por los fieles que estuvieron presentes en su suplicio.

No tardaron los dominicos en poseer tres iglesias en el Fizen, desde donde los PP. Alfonso de Mena y Tomás del Espíritu Santo, escribieron el dia 10 de marzo del año 1608, la carta que el ilustre Diego Advarte hizo leer en el capítulo general de su órden, en el año 1610. Como este documento arroja mucha luz sobre el estado de aquella mision, creemos oportuno trasladarle en este lugar. «Despues de nuestra partida de ese pais, el rey (dai-mio) del Fizen, no ha cesado de favorecernos. En el último año, nos concedió un sitio en las tierras de su propiedad, para construir en él una iglesia, que hemos dedicado y puesto bajo la proteccion de Nuestra Señora del Rosario. Desde entonces han crecido nuestras esperanzas de poder estender la religion, porque agradecidos los japoneses á la solicitud de que para su dicha hemos dado constantes pruebas, nos piden todos los dias que les hagamos cristianos. El rey, no se opone á sus deseos; por el contrario, los secunda, puesto que tambien este año, nos ha cedido unos terrenos muy estensos en dos de las principales ciudades de su reino, en una de las cuales reside ordinariamente dicho príncipe, y uno de sus tios habita en la otra. Este último, que estuvo algunos dias en Fizen, vino á visitarnos con la reina, y conversó familiarmente con los religiosos, ocupándose de los medios de poder establecer de un modo sólido la fé en el pais; de modo que el cristianismo, va haciendo muchos progresos, merced á la proteccion que le dispensa este príncipe. En el momento que estoy escribiendo, nos traen mucha madera para poder construir nuestra casa, y llevo mucha prisa porque hay varias personas que me están aguardando para ser bautizadas. Ya sabeis, R. P., que este pais es bueno, y el aire es mucho mas sano que en el resto del Japon; los habitantes, por lo comun, bondadosos y honrados, tienen mucho dicernimiento, lo que nos hace esperar que se les podrá inculcar fácilmente las verdades de nuestra fé, y que con el ausilio de Dios, todos los dias haremos nuevas conversiones, sin estar expuestos á las contrariedades que hemos sufrido en el reino de Satsuma. Por lo demás, como no ignorais R. P. cual es la vida penitente de nuestros religiosos de la provincia del Santo Rosario, tanto por lo que toca á los hábitos y alimento, como por la asistencia al coro, las predicaciones y los viages contínuos que nos vemos obligados á hacer, á fin de visitar y animar á los cristianos dispersos en diversos territorios, bastará que os

diga que seguimos aquí como en Europa, las prácticas de nuestra religion; y si bien no hay mas que dos religiosos en cada casa del Japon, se levantan exactamente á media noche para recitar maitines ó entregarse á la oracion. Ahora nos dedicamos con tanto mas cuidado á aprender la lengua del pais, cuanto confiamos que su conocimiento ha de darnos muy copiosos frutos. Tampoco debo pasar en silencio, que el aprecio en que tienen los grandes de este reino la ciencia y santidad de nuestros religiosos, y el motivo que ha inducido al rey á darnos una casa en su capital, están principalmente fundados en la idea que tienen de nuestro desinterés. El príncipe ha creido hacer nuestro elogio llamándonos *Xaxinofin*, esto es, hombres que desprecian las cosas de este mundo, y que no tienen otro deseo que trabajar por la salvacion de las almas. En tanto que los misioneros obrarán de modo que convenzan á los que evangelicen, que no tienen para ellos ninguna estimacion los bienes terrenales, recogerán copiosos frutos, porque es el medio mas eficaz para obtener la confianza de los japoneses. Por este mismo medio, los religiosos de San Francisco han alcanzado del emperador del Japon el permiso para construir un convento en la ciudad de Nanga-saki, en donde un habitante de Manila les ha comprado una casa. Confiamos que dentro de poco tiempo obtendremos igual permiso, porque tanto los portugueses como los japoneses, en la citada ciudad, muestran el mismo afecto á nuestros religiosos.»

Tanto el general como todo el capítulo, animados de un mismo celo, tomaron nuevas disposiciones para el acrecentamiento de las misiones entre los gentiles; y fué ordenado que en cada provincia de la órden, y sobre todo en los estados del rey de España, se estableciera oportunamente el estudio de las lenguas orientales. A los provinciales encargados de la ejecucion de este acuerdo, se les encargó al propio tiempo que redoblasen su atencion en la eleccion de los misioneros que debiesen pasar á las Indias, á fin de no destinar á ellos mas que á aquellos religiosos cuya capacidad y costumbres pudiesen hacer esperar el buen éxito que se proponian obtener. En el mismo año en que Advarte regresó á España, hizo partir á varios misioneros, siendo de aquel número el P. Alfonso Navarrete, que el mismo Diego Advarte habia agregado á aquella santa milicia, y cuya vida y martirio escribió mas tarde.

CAPÍTULO XXIV.

Medidas tomadas por Sicco para la propagacion de la fé. — Misiones de las diversas órdenes en el Japon.

El capítulo celebrado en Paris en el año 1611, presidido por Galamini, fué seguido en 1612, por otro capítulo congregado en Roma y presidido por el nuevo general Serafin Sicco. La presencia de los superiores de las provincias dominicanas, recientemente establecidas ya en América, ya en Filipinas y en otras partes de las Indias, permitió á Sicco enterarse exactamente del estado de aquellas lejanas misiones, y de lo que importaba hacer para el acrecentamiento de la fé en los pueblos del Japon, donde la palabra de Dios habia sido anunciada con fruto, aunque muchas veces á costa de terribles persecuciones. Despues de haber alabado el celo de los misioneros presentes y de haberles exhortado á la perseverancia, el sábio general les dió varios consejos que debian comunicar á sus coloboradores presentes y futuros. Sus recomendaciones tuvieron principalmente por objeto, el modo de establecer el cristianismo, y la conducta que debian guardar con los misioneros de las demás órdenes religiosas. Entre los nuevos cristianos que vivian bajo la dominacion de los príncipes infieles, no era raro encontrar algunos que poco instruidos ó poco moderados en sus costumbres, sucumbian á la primera persecucion; por manera, que se les veia sucesivamente idólatras, cristianos y apóstatas, deshonrando con la mancha de su desercion, la santidad del cristianismo. Con el fin de prevenir seme-

jantes escándalos, Sicco encargó á los dominicos que no se apresurasen á admitir en las pilas bautismales, á todos los infieles que solicitáran ser bautizados; sino que pusieran á prueba á los neófitos, tanto como las circunstancias lo permitieran; que los instruyeran tanto en las máximas del Evangelio, como en los misterios de la fé; que se asegurasen de la sinceridad de su voluntad y de su conversion, y que jamás tolerasen la vergonzosa mezcla de las supersticiones paganas con la religion de Jesucristo. Animado del mismo espíritu, del mismo celo y prevision, Sicco recomendó á los misioneros de su órden, que conservasen constantemente la paz y la caridad con los demás ministros de la palabra, cualquiera que fuese el instituto á que pertenecieran. Estaba persuadido de que si los hombres apostólicos no combaten de concierto y con las mismas armas la idolatría y el pecado, jamás lograrán establecer de un modo sólido el reino del Salvador, porque no podrán edificar templos, ni hacerles respetar las máximas de la religion, que no verán puestas en práctica en su conducta. Antes de despedirse de los provinciales del Perú y de las Filipinas, manifestóles Sicco que no t rdaria en enviarles nuevos obreros evangélicos, y eligió en efecto cierto número de ellos, que partieron para las misiones estrangeras con los poderes y privilegios que Paulo V les habia concedido en su bula: *Cœlestium munerum thesauros*.

En el capítulo reunido en el año 1615 en Bolonia, el P. Sicco, presentó un acuerdo para establecer en la ciudad de Manila, capital de las islas Filipinas, un colegio que fuese como un seminario de teología y de misioneros aplicados al estudio de las lenguas estrangeras, y siempre dispuestos para ir á anunciar á Jesucristo do quiera fuese necesaria su presencia; es decir, que el colegio de Sto. Tomás, que ya existia, recibió de este modo una nueva aprobacion y un gran desarrollo: medida tanto mas oportuna, cuanto que el provincial de las Filipinas, estaba encargado de hacer pasar á los misioneros de su reino á los reinos vecinos, cuyos habitantes eran todavía idólatras. El primer cuidado del general, en el capítulo celebrado en Lisboa, en el mes de junio del año 1618, fué asegurarse de la ejecucion de aquel acuerdo, y del estado en que se hallaba el colegio de Manila.

La España y Portugal, desde sus conquistas en las Indias occidentales y orientales, estaban en posesion de enviar á ellas los ministros del Evangelio; y es preciso hacerles la justicia de decir, que, ellos solos han dado mayor número de obreros evangélicos para la conversacion de los americanos, asiáticos, chinos y japoneses, que todos los demás reinos cristianos juntos. En Lisboa quiso el P. Sicco que los provinciales de España, Aragon y Portugal, le diesen cuenta del número, edad, conducta, capacidad y demás cualidades de los religiosos con quienes se podia contar para socorrer las misiones. Este socorro era necesario y debia ser tanto mas pronto, cuanto se acababa de saber que la persecucion, en tierra de infieles, habia sido muy violenta en los últimos años, y que la mayor parte de los antiguos misioneros, habian sido víctimas de ella con casi todos sus catequistas y muchos de los nuevos cristianos. Pero antes de seguir adelante, es preciso que entremos en algunos pormenores respecto del Japon.

El fuego de la persecucion habia consumido en la provincia de Figo algunas ilustres víctimas. Joaquin Girozayemon, Faciemon, Miguel Mizuisci y Juan Tingoro, directores de una cofradía de la Misericordia, formada bajo el modelo de la de Nanga-saki, fueron encarcelados, pereciendo Joaquin en el abandono en que le dejaron. Habiendo mandado Canzugedono que decapitasen á los que hubiesen sobrevivido, así como á sus hijos, condujeron á los tres confesores con la soga al cuello fuera de la ciudad de Yatsu-siro, mientras que los soldados iban en busca de sus tres hijos. Tomás, de edad de doce años, hijo de Faciemon, corrió en busca de los guardias, vestido con su mas hermoso trage; luego habiendo

encontrado á su padre en la puerta de la ciudad, se arrojó en sus brazos y le abrazó con los mayores trasportes de alegría. Pedro, hijo de Juan Tingoro, no tenia mas que siete años. Al llegar los confesores al lugar del suplicio, aguardaron por mucho tiempo al tercer niño, pero como tardase mucho, los decapitaron. Aquel niño que llegó algunos momentos despues, le habian encontrado dormido en casa de su abuelo. Dispertáronle para decirle que era preciso ir á morir con su padre, cuya cabeza iban á cortar por el nombre de Jesucristo; y aquella noticia en vez de afligirle, le causó la mas viva alegría. Vistiéronle con esmero y lo entregaron á un soldado que lo tomó por la mano y le condujo al lugar de la ejecucion. El pueblo les seguia atropelladamente y la mayor parte de los espectadores no podian reprimir sus lágrimas. Al llegar, sin dar muestras de sorprenderle el sangriento espectáculo que se ofrecia á su vista, se arrodilló al lado del cuerpo de su padre, desabrochóse él mismo, cruzó sus manecitas y aguardó tranquilamente el golpe mortal. En vista de tanta resignacion, se elevó un confuso rumor, mezclado de sollozos y suspiros; enternecido el verdugo, arrojó su sable y se retiró llorando; otros dos que intentaron reemplazarle se retiraron del mismo modo, de manera que fué necesario recorrer á un esclavo de Corea, quien despues de haber descargado varios golpes en la cabeza y espaldas de aquel corderito, que no lanzó un solo grito, le hizo pedazos antes de decapitarle. Tambien hubo algunos mártires en la provincia de Firando; pero aquellas tempestades no impidieron que la iglesia gozára de una gran tranquilidad en el resto del imperio. En Osaka, residencia de Fide-Jori, los jesuitas cautivaron á los japoneses por medio de la ciencia y de la religion. Construyeron en aquel punto un observatorio, y los indígenas, poco versados en la astronomía, se sorprendian al verles predecir los eclipses y esplicar varios fenómenos naturales que consideraban como otros tantos secretos reservados al solo Autor de la naturaleza; de modo que todos los dias crecia la concurrencia en casa de los misioneros para oirles disertar sobre el curso de los astros y aprender el uso de muchos instrumentos desconocidos hasta entonces en el Japon. Los jesuitas, sin abusar de sus conocimientos dando una apariencia maravillosa á sus operaciones astronómicas, lo que no creian permitido, ni aun para acreditar el cristianismo, se aprovechaban, no obstante, de la sorpresa y de la curiosidad de los japoneses para los fines de su mision; y era muy frecuente oir entre los mas sábios de los indígenas, que no era verosímil que con tantos conocimientos y humildad, con unas costumbres tan puras y tan raro desinterés, pudiesen aquellos hombres estar cegados en materias de religion. Dos niños de unos doce años, entraron un dia en la iglesia de los jesuitas de Osaka, pidiendo el bautismo. Despues de haber demostrado que estaban debidamente instruidos, manifestaron que sus familias consentian en que se hicieran cristianos, y arrodillándose, protestaron de que no se levantarian sin haber visto satisfecho su mas vivo deseo. Enternecido el misionero regeneró á los dos niños con el agua bautismal. A los pocos dias el padre de uno de aquellos niños, habiendo notado en el dormitorio de su hijo una imágen sagrada, le preguntó encolerizado si era cristiano: «Lo soy, contestóle, y si no me engaño, vos me permitisteis que lo fuese. —¡Cómo! esclamó aquel hombre, ¿es posible que yo te hubiese permitido abandonar nuestros dioses? Si no los adoras al instante, te aplasto la cabeza.» Negándose terminantemente á hacerlo el niño, arrancóle los vestidos, suspendióle enteramente desnudo por debajo de los sobacos y á fuerza de latigazos cubrió todo su cuerpo de sangre, sin debilitar su constancia. En fin, enteramente llagado el cuerpo de la admirable criatura, el bárbaro padre, descolgó á su hijo y le dejó con una simple túnica, expuesto á un frio agudísimo, á los reproches de su familia y á los insultos de los criados. La angélica dulzura y la invencible paciencia del mártir acabaron de exasperar á su padre, quien supo por un cristiano de la vecin-

dad de que su hijo se habia hecho bautizar. Aquel idólatra hubiera acabado por dar muerte á su hijo sin la intervencion del gobernador de Osaka, reclamada por los jesuitas. La aficion que la corte de Osaka habia manifestado por el estudio de las matemáticas, hizo creer á los jesuitas de Miyako, y sobre todo al P. Spinola, que habia enseñado con lucimiento aquella ciencia en Italia, que su cultivo podria ser en su residencia de algun provecho á la religion. Al efecto, establecieron una especie de academia, compuesta de las personas mas distinguidas por su mérito ó su dignidad que habia en Miyako; reuníanlas frecuentemente, y esplicándoles el curso de los astros y dándoles á conocer los mas hermosos secretos de la naturaleza, tuvieron buen cuidado de elevar sus almas al Ser invisible que ha creado el cielo y la tierra, conservador de su admirable armonía. No se tardó en decir en Miyako, como se decia ya en Osaka, que unos hombres tan instruidos en las maravillas de la naturaleza, no podian ser acusados, sin una manifiesta prevencion, de ignorancia ó error en materia de religion. Durante el poco tiempo que duró aquella academia, muchos grandes recibieron el bautismo; el pueblo siguió su ejemplo y se contaron hasta ocho mil adultos bautizados en un solo año en Miyako.

El jesuita Organtin Gnecchi, fundador de un gran número de hospitales de leprosos, en donde se sanaban las almas aliviando la miseria corporal, terminó su largo apostolado en el año 1609, época memorable del primer establecimiento de los holandeses en el Japon. En el año 1610 murió el P. Melchor Ito, uno de los cuatro embajadores japoneses que habian ido á Roma; y al propio tiempo siete jesuitas destinados para llenar los vacíos que habia ocasionado la muerte, cayeron en manos de los corsarios chinos que los degollaron. En aquel mismo año de 1610, se recibió en el Japon un breve de Paulo V, quien á peticion de las coronas reunidas de España y Portugal, autorizaba á todas las religiones, de cualquier órden que fuesen, para pasar al Japon indiferentemente por las dos vias de Macao ó de Manila. Desde que el comercio era libre por ambas partes, y que se atendia de mas cerca á las gestiones de los portugueses, este permiso habia llegado á ser necesario hasta por los mismos jesuitas; y por lo que toca á los demás institutos, correspondia á la prudencia del pontífice romano, tolerar que continuasen haciendo lo que hacian sin su permiso, á fin de evitar el escándalo y la desobediencia.

Cuando la Santa Sede abria la puerta del Japon á un número mayor de misioneros, la conducta de Protasio, dai-mio de Arima, no solamente hizo perder al seugun todo el aprecio que habia abrigado por el cristianismo, sino que le hizo concebir tal horror por esta religion, que se le oyó declarar que no habia en el mundo una secta mas mala ni mas perniciosa que la de los cristianos; que no hacia mas que malvados; que tendia á la destruccion de los estados, y que queria librar de ella al imperio. Con un poco mas de lógica, hubiera comprendido que la perdicion de Protasio consistia en haberse dejado llevar de una loca ambicion que precisamente condenaba la religion que habia abrazado. El dai-mio de Arima faltó manifiestamente al cristianismo, permitiendo, por un interés puramente particular, y en provecho de su hijo Miguel, un adulterio que arrastró á este último, primero á la apostasía y despues al parricidio. Por lo demás, si se perdió cesando de ser cristiano prácticamente, rehabilitóse con el heroismo y la resignacion de su muerte enteramente cristiana. Al propio tiempo que por una injusticia tan antigua como el mundo, el seugun hacia responsable al partido de la justicia y de la verdad, de las faltas individuales, los ingleses que habian obtenido el permiso de comerciar con el Japon, exasperaron el ánimo del monarca por conducto de un piloto de aquella nacion, llamado Guillermo Adams, confirmando en el año 1613 lo que algunos años antes habia dicho otro europeo (1).

(1) Véase el lib. II, cap. XXIII.

Dicho inglés pintó á los misioneros como unos emisarios, que bajo una apariencia de celo por la salvacion de los pueblos, los separaban de la obediencia debida al soberano indígena, á fin de someterlos á un yugo estrangero; añadiendo que por este motivo les habian desterrado de Inglaterra, Suecia, Dinamarca y Holanda; é hizo observar que los portugueses y españoles estaban entonces sometidos al mismo príncipe, y que por consiguiente, era preciso desconfiar tanto de los unos como de los otros (1). «Puesto que es así, esclamó el seugun, nadie se admirará si yo, que pertenezco á otra religion diferente de la de los europeos, arrojo de mi imperio á unos falsos amigos, que no toleran en Europa, y á quienes los que adoran el mismo Dios que ellos, consideran como sugetos peligrosos.» Resuelto á no tolerar por mas tiempo el ejercicio de la religion cristiana, empezó por exigir á catorce nobles japoneses que volviesen á la idolatría, y como se negasen á hacerlo, les desterró. Tres de los mas ilustres japoneses, prefirieron como ellos la miseria y alejamiento de sus parientes y amigos antes que apostatar.

Ciento treinta jesuitas, de los cuales la mitad eran sacerdotes, treinta religiosos de San Francisco, de Santo Domingo y de San Agustin, y algunos eclesiásticos seculares, militaban entonces en el campo de batalla del Japon. De todas las provincias de la isla de Kiusiu, la de Arima, donde reinaba Miguel, hijo adúltero y parricida de Protasio, era la que mayor número contaba, circunstancia tanto mas favorable, cuanto que aquel príncipe, cuyo trono estaba cimentado únicamente en los crímenes, y cuya voluntad dirigia Safioya, gobernador de Nanga-saki, hizo mayor número de mártires. Citaremos, entre otros, á los dos hermanos Tomás Ferboya y Matías Xocuro. Algunos amigos de Tomás le aconsejaban que se ocultase; pero él contestóles, que léjos de hacerlo, en ninguna parte se hallarian mejor, tanto él como sus hijos, que bajo la cuchilla que les inmolaria al Señor. Sabedor de que el gobernador de Arima queria hablarle, fué á implorar la bendicion de su madre Marta, bendijo á sus hijos, y se fué á casa del gobernador que le convidó á comer con él. Mientras que al parecer se hacian los preparativos para la comida, este último se hizo traer un sable, lo desenvainó, y enseñándoselo á su huésped, le preguntó lo que pensaba de él. Tomás lo tomó, examinóle atentamente y devolviéndoselo al gobernador, le dijo: «Hé aquí un sable muy bueno para cortar la cabeza de un hombre, que está en la íntima conviccion de que será el único plato que le ofreceréis.» Nada contestó el gobernador; pero aprovechandose un instante en que Tomás, habia desviado la vista, le descargó en la cabeza tan recio sablazo, que le dejó muerto á sus piés. Habiendo sido mandado á buscar Matías por otro oficial casi al mismo tiempo, fué bendecido por su madre, y encontró lo que su hermano habia encontrado en casa del gobernador de Arima. Advertida Marta de que pereceria á su vez, lo propio que sus nietos Diego y Justo, les anunció con sumo gozo que iban á reunirse con su padre y su tio. «¿Entonces moriremos como ellos? preguntaron aquellos inocentes niños. — En efecto, les contestó su abuela. — ¡Oh! que contentos estamos de poder morir mártires!» No obstante la sentencia que se notificó entonces á Marta, no hacia mencion de ella, lo que le ocasionó un gran desconsuelo y lloró amargamente; pero al ver á sus piés á los niños vestidos con sus túnicas blancas que iban á teñir con su sangre, pedirle su bendicion y el socorro de sus oraciones, enjugó de repente sus lágrimas para inspirarles todo el valor de que se sentia animada. Proclamándose cristiana, se la admitió vestida de blanco como ellos, en la litera en que se los llevaron, rodeados de un

(1) No es este el primer ejemplo que ofrece la historia de lo funestos que han sido los ingleses á la Iglesia de Jesucristo y á sus verdaderos ministros, desde que el cisma ocasionado por la desobediencia de Enrique VIII, promovió un divorcio con la Santa Sede, y puso en hostilidad mas ó menos abierta á sus súbditos y á sus descendientes con los católicos, apostólicos romanos, cualquiera que fuese su nacionalidad. (Nota del Trad.)

inmenso pueblo ávido de contemplarles. Al salir de la litera, los niños vieron á un soldado con un sable desnudo en la mano: corrieron á arrodillarse á su lado, cruzaron las manos, y pronunciaron en alta voz los nombres de Jesus y María, aguardando con una tranquilidad admirable el golpe que debia darles la muerte (Pl. XCIX, n.º 2.) El soldado empezó por el mayor, cuya cabeza, despues de haber dado varios saltos, fué á caer cerca del mas jóven; pero léjos de mostrarse asustado aquel niño, pareció mostrar mayor alegría, y se puso á rogar con nuevo fervor, de modo, que temiendo el soldado no poder dominar su emocion, se apresuró á inmolar aquella segunda víctima. Marta, puesta de rodillas, en medio de la plaza pública, conservaba toda su dignidad, y parecia mas contenta por ver desaparecer de la tierra á su familia, que si la hubiese visto encumbrada á las mas altas dignidades de este mundo. A su vez presentó su cabeza al verdugo, con una firmeza digna de su virtud y de la causa por la cual sufria el martirio. Tenia entonces sesenta y un años; Tomás contaba cuarenta y uno, Matías veinte y ocho, Diego doce y Justo diez. Su martirio fué consumado el dia 28 de enero del año 1613. Miguel, dai-mio de Arima, tenia dos hermanos: Francisco, de edad de ocho años, y Mateo, de seis, hijo del segundo matrimonio de Protasio. A instigacion de Safioya, el parricida fué tambien fratricida. Habiendo secuestrado el gobernador de Arima, por órden del dai-mio, á los dos pequeños príncipes en un aposento retirado, donde únicamente podia penetrar el cristiano Ignacio, no dudaron que sufririan una muerte violenta, y se prepararon á ella con tanto cuidado, como hubiesen podido hacerlo unos hombres consumados en la virtud. El dia 27 de abril del año 1613, Ignacio fué advertido que serian degollados aquellos niños en la noche inmediata. Por la tarde, les dijo, como de costumbre, que comiesen; pero Francisco contestó, que habiendo dado sin quererlo, un motivo de disgusto á uno de sus guardas, queria expiar aquella falta involuntaria por medio de la abstinencia, y fueron precisas todas las instancias de Ignacio para que quisiera asistir á la comida de su hermano. Mientras que este último se acostaba, entró en su oratorio, donde tuvo que ir á buscarle Ignacio para advertirle que se hacia tarde. «¡Ah! querido Ignacio, contestó el santo niño, estaba pensando en la pasion de nuestro adorable Redentor, y no podia reprimir mis lágrimas! ¡Qué bondad tan grande por parte de un Dios, querer morir por unos miserables esclavos! ¡Dignos son de compasion, los que no conocen tan bondadoso Salvador!» Sus actos de devocion edificaron á Ignacio, quien despues de haber rociado su cama con agua bendita, se retiró á un aposento inmediato para hacer oracion. A media noche, un soldado penetró en el que dormian los príncipes, hundió su puñal en el seno del mas jóven, luego en la garganta del mayor, y les dejó bañados en su sangre. El fratricida Miguel, viendo consternados á los cristianos, encargó al bonzo Banzui, que volviese á conducirles á la idolatría; pero su firmeza resistió todos los esfuerzos, como puede juzgarse por el siguiente hecho. El mismo dai-mio habiendo querido dar á un niño de nueve años, una especie de rosarios que el bonzo distribuia, «Príncipe, le dijo el niño, mejor harias en volver á tomar los de los cristianos de que os habeis servido por tanto tiempo, en vez de intentar hacernos cómplices de vuestra apostasía.» Hostigado mas que nunca por Safioya, á fin de que destruyera el cristianismo en la provincia de Arima, Miguel trató de lograr de los principales cristianos, que disimulasen su religion, protestando que él mismo no habia cesado de ser cristiano en el fondo del corazon. Su hipocresía engañó á algunos, y Safioya le aconsejó que venciera la perseverancia de los otros, condenándoles á las llamas con sus mugeres é hijos; género de suplicio que el dai-mio de Fizen habia sido el primero en aplicar á los discípulos de Jesucristo. Aquel príncipe, en un principio favorable á los frailes predicadores, habia en-

trado despues en las miras del seugun, y los dominicos Alfonso de Mena, Juan de Rueda y Jacinto Orfanelli, que acudieron al socorro de los fieles perseguidos, tuvieron la dicha de verles bendecir al cielo, en medio de las llamas que los consumian. Como se presentasen en descubierto con los hábitos de su órden, se les castigó con el destierro, que les honró sin duda con el glorioso título de confesores de Jesucristo, pero que les privó por algun tiempo de los medios de consolar á los fieles, en los momentos en que mas necesidad tenian de su presencia. Habiéndolo comprendido así, dejaron, como los jesuitas, el hábito de su órden, y vistieron como los letrados japoneses, pudiendo de aquel modo ejercer con mas seguridad el ministerio apostólico.

La pena del fuego, empleada en el Fizen, fué aplicada en primer lugar en la provincia de Arima, contra los cristianos Adriano Tacafati Mondo, Leon Faiuxida Luguyemon y Leon Taquendomi Caniemon. La muger de Mondo se llamaba Juana, su hija, Magdalena, y Diego su hijo, de edad de doce años. La muger de Faiuxida se llamaba Marta, y el hijo de Caniemon, de edad de veinte años, Pablo. Por consideracion á la clase distinguida de los cautivos, en vez de conducírseles á la cárcel pública, se les arrestó en una casa particular donde la muger de Caniemon trató de reunirse con ellos. Cuando se divulgó la nueva de su próximo martirio, mas de veinte mil cristianos acudieron de todas partes, aunque desarmados, á Arima, pidiendo que fuesen todos degollados, espectáculo tan conmovedor, que condujo de la apostasía á la profesion manifiesta del cristianismo, á casi todos los que por complacer al dai-mio, habian creido poder disimular su religion. El dia 7 de octubre del año 1613, señalado para la ejecucion, dos jesuitas lograron ponerse en contacto con los mártires, á quienes confesaron y dieron la comunion; luego á una señal convenida, los veinte mil cristianos del campo penetraron con órden en la poblacion, con la cabeza coronada de guirnaldas y los rosarios en la mano. Los de Arima, en número casi igual, ceñidos tambien de flores y llevando cirios les aguardaban, y cuando los ocho confesores salieron á la calle, formóse el cortejo. Los mártires, colocados en el centro, no iban atados; únicamente seguíanles los verdugos con una compañía de soldados, débil defensa contra cuarenta mil hombres, é inútil precaucion contra cuarenta mil cristianos, cuyo único sentimiento era no poder morir con los que acompañaban á la hoguera. Al llegar al lugar en que esta se hallaba, cada uno ocupó su puesto sin confusion y con una prontitud que se hubiera admirado en la tropa mas bien disciplinada. Por lo que hace á los mártires, apenas divisaron los postes, corrieron á abrazarlos. Consistian estos en ocho columnas que sostenian un techo de madera, especie de edificio levantado en medio de una espaciosa esplanada, en frente de las ventanas del palacio. Mientras que todo se disponia para el último acto de aquella sangrienta tragedia, Caniemon subió sobre el techo que sostenian las columnas, el cual no era muy elevado, y habiendo reclamado el silencio con la mano, dijo con acento tranquilo: « Hermanos mios, admirad la fuerza de la fé en unas débiles criaturas; los preparativos de un suplicio espantoso solo nos inspiran alegría, y confio que esta alegría redoblará en medio de las llamas; que consideren pues los infieles cual debe ser la santidad y superioridad de una religion que nos hace superiores á las flaquezas humanas. Tampoco á vosotros, hermanos en Jesucristo, deben asustaros estas llamas; su actividad no hará mas que acelerar nuestra victoria, ó mas bien la de la gracia quo nos hace combatir, y algunos momentos de dolor nos producirán un tesoro inmenso de gloria por toda una eternidad. » Interrumpido por los aplausos de los fieles, bajó y volvió á dirigirse á la columna en la que fué atado, habiéndolo sido ya los demás, y se prendió enseguida fuego á la leña que se habia amontonado á tres piés de distancia de los mártires. Un cristiano, que se habia colocado espresamente cerca de la hoguera, les dirigió entonces una corta, pero pa-

tética exhortacion, y levantando en seguida un estandarte que representaba al Salvador de los hombres, atado como ellos á la columna, les encargó que levantasen frecuentemente los ojos hácia aquel divino modelo, y recordasen que Jesucristo habia hecho primero por ellos, lo que ellos iban á hacer por él. Una nube de denso humo rodeó en un principio la hoguera, y cuando se hubo disipado algun tanto, admiróse con el mas profundo silencio, la heróica constancia de los mártires, porque ninguno de ellos dió la menor muestra de debilidad. La mayor parte estaban muertos ó á punto de espirar, cuando dos incidentes excitaron una admiracion general. El fuego habia consumido las ligaduras de Diego, hijo de Adriano Mondo, y parecia respetar todavía á aquel niño que se arrojó al través de las llamas y de las brasas. En un principio se creyó que no pudiendo ya soportar el ardor de aquel horrible horno, probaba de escaparse, y le gritaron que tuviese valor; pero pronto conocieron que se habian engañado, al verle correr hácia su madre, á quien estrechó amorosamente en sus brazos para morir con ella. La piadosa Juana, que no daba ya ninguna señal de vida, pareció revivir en aquel momento; olvidó sus propios dolores para exhortar á su hijo á consumar su sacrificio con la misma firmeza que habia mostrado desde un principio, hasta que por último el niño cayó á sus piés, desplomándose ella un instante despues, confundiendo su último suspiro con el de su hijo. Magdalena, hija de aquella heroina, era la única que quedaba de pié, y aunque enteramente abrasada, parecia todavía llena de vida y de vigor. Al ver su inmovilidad con los ojos clavados en el cielo, hubiérase dicho que era enteramente insensible, ó que se hallaba en un éxtasis que la aislaba de los sentidos, cuando de repente vióse que recojia algunas ascuas encendidas, las colocaba sobre su cabeza, formando con ellas una especie de corona, como si sintiendo acercarse su fin, quisiera adornarse para salir al encuentro de su celestial Esposo. No obstante, consumíase poco á poco; pero á medida que su cuerpo se debilitaba, su fervor parecia reanimarse, y sin cesar se la oyó alabar las misericordias del Señor, hasta que se la vió deslizar lentamente de la columna y tenderse sobre los carbones ardientes con tanta tranquilidad como hubiera podido hacerlo en su cama, y exhalar el último suspiro. Entonces los soldados que guardaban una especie de barrera alrededor de la hoguera, no pudieron dominar el ímpetu de la multitud de cristianos que se apoderaron sin resistencia de los cuerpos de los mártires, que fueron encontrados enteros y sin despedir mal olor. Hasta se llevaron los carbones en que habian descansado aquellas reliquias y el resto de las columnas en que habian sido atados. Los cuerpos fueron depositados en unas cajas de una madera preciosa, interiormente forradas de terciopelo y trasportados á Nanga-saki, donde el obispo del Japon les hizo tributar todos los honores que les eran debidos. Tomás Cavacami, decapitado en su propia casa el dia 29 de octubre del año 1613, siguió de cerca á la gloria aquellos ilustres confesores.

Hasta entonces los misioneros únicamente habian tenido establecimientos pasageros en el norte del Japon, y muchas provincias septentrionales no habian recibido todavía la simiente de la divina palabra. Fr. Luis Sotelo, hijo de una ilustre casa de Sevilla, religioso franciscano de la antigua Observancia, pero que habia ido al Japon, bajo los auspicios de los Reformados, cuyo hábito habia vestido, aconsejó á Dato Mazamoney, el mas poderoso de los príncipes que poseian la region de Oxu, en la isla Nifon, que enviase una embajada al Papa y al rey de España, para obtener del primero algunos misioneros, y del segundo las relaciones de comercio entre Méjico y su provincia. Aquel religioso habiendo ido á Yedo, procuró tambien hacer entrar al xogun-sama en negociaciones comerciales, que debian ser el pase del cristianismo y de la civilizacion europea. Los franciscanos reformados, á los cuales se habia sometido entrando en la mision del Japon, y que le habian nombrado comisario en aquellas apartadas regiones, supieron con

sentimiento que queria llamar allí algunos observantes, y le mandaron comparecer en Nanga-saki; pero Fr. Luis Sotelo, persuadido de que el éxito de las negociaciones daria por resultado la conversion de la mayor parte del imperio japonés, se creyó en derecho de suponer que los superiores, mejor informados del estado de las cosas, no le habrian llamado; asi es que, no solo continuó ejerciendo su ministerio en Yedo, sino que construyó en Osakusa, cerca de aquella, una pequeña iglesia. Pero faltó poco para que su celo le perdiese, y con él á toda la cristiandad de la ciudad imperial. Varios japoneses pagaron con su cabeza su fidelidad á la ley de Jesucristo; pero la pena de muerte, fulminada contra Fr. Luis Sotelo fué conmutada por la de destierro, de modo que pudo embarcarse con el embajador que Mazamoney enviaba á Europa en el año 1614, fecha en la que Luis Serqueira, obispo del Japon, fué arrebatado por la muerte á su rebaño.

En virtud de un breve apostólico, el P. Vicente Carvaglio, provincial de los jesuitas, se encargó de la administracion de la diócesis, la que le fué muy disputada. Un fallo dado por el arzobispo de Goa en calidad de primado, confirmado por Paulo V en el año 1618 y por Urbano VIII en 1632, declaró, contra los disidentes, al provincial de los jesuitas y sus sucesores, únicos administradores del Japon, cuantas veces quedase la sede vacante.

Otro error ocasionó en aquellos dias una terrible persecucion en el Japon. Un cristiano, habitante en Nanga-saki, convicto de haber hecho circular por la isla de Kiu-siu moneda que no llevaba la marca real, fué condenado al suplicio de la cruz en Moyako, lugar en que fué preso. Otros cristianos que le acompañaron para animarle en sus últimos momentos, se arrodillaron cuando el verdugo iba á atravesarle con su lanza, á fin de pedir á Dios que le concediese la gracia de una buena muerte; pero algunos idólatras se aprovecharon de aquel hecho tan sencillo, para publicar que los cristianos, en desprecio de las leyes, adoraban á los reos condenados por sus crímenes. Safioya haciendo creer aquella calumnia al seugun, le hizo dar en el mes de enero del año 1614 un edicto, por el que ordenaba que todos los sacerdotes y religiosos de la creencia de los portugueses, cualquiera que fuese la nacion á que pertenecieran, saliesen inmediatamente del Japon; y que todos los japoneses que habian abrazado su doctrina renunciáran á ella en seguida, bajo pena de muerte, debiendo además ser demolidas todas las casas de los primeros y todas las iglesias que habian sido construidas en el imperio. En Miyako se publicó que los que no abjurasen la religion de los europeos, serian quemados vivos; y el pregonero, habiendo añadido, sin duda por burla, que los refractarios, no tenian mas recurso que preparar sus postes ó vigas para ser quemados, con gran admiracion de los idólatras, vióse al siguiente dia delante de las casas de los cristianos, tantas vigas cuantos eran los fieles que encerraban; de modo que para poder seguir aquel bello ejemplo, y comprar sus vigas, un pobre hombre llegó á vender sus vestidos, y una muger su cinturon. La firmeza de los fieles indujo á un agente del tirano á elegir veinte y siete de los principales, entre hombres, mugeres y niños, á quienes se despojó á los unos enteramente de sus vestidos dejándolos desnudos y á los otros á medias, encerrándolos en sacos hechos de un tejido de esparto, cuyos cabos estaban todos en la parte interior, y despues de haberles frotado con mucha violencia con aquellos envoltorios llenos de agudas puntas, se amontonaron los sacos, los unos sobre los otros, como si estuviesen llenos de trigo. Temiendo que los que estaban encerrados en ellos no se ahogasen, puesto que los habia que ni siquiera sacaban la cabeza fuera, no se les dejó por mucho tiempo en aquel estado, sino que se les puso en línea, permaneciendo en un mismo sitio por espacio de veinte y cinco horas, sin tomar ningun alimento, y espuestos á todo el rigor de la estacion que era muy fria. Durante aquel intervalo, algunos bonzos, acompañados de

los parientes y amigos de los confesores, no cesaron de exhortarles á que se sometiesen á los mandatos del seugun, en tanto que, por un tierno contraste, un número considerable de niños que habian acudido para participar de sus sufrimientos, lloraban amargamente porque les habian negado aquella gracia. La invencible constancia de los mártires, que fueron entregados á idólatras fanáticos, no impidió que se divulgase la falsa nueva de que habian obedecido la órden imperial. Algunas japonesas, asociadas á una princesa llamada Julia, con el objeto de catequizar á las mugeres en cuyas casas no podian entrar los misioneros, fueron igualmente presas, desnudadas y encerradas hasta el cuello en espuertas de esparto que suspendieron en unas vigas. Despues de haber permanecido durante algun tiempo de aquel modo, descolgaron las espuertas, algunos soldados se las cargaron á cuestas y las pasearon por las principales calles de Miyako en medio del escarnio de los infieles. Un vecino logró que le entregasen á una de aquellas magnánimas cristianas que acompañó á casa de su padre idólatra; las demás fueron conducidas á la plaza, donde ajusticiaban á los criminales, y puestas en hileras, permanecieron en el mismo sitio hasta el dia siguiente, bendiciendo al cielo por aquella ignominia. Lo que puso el colmo á su consuelo, fué ver que regresaba la compañera que habian separado de su gloriosa cohorte, llevando ella misma la espuerta en la que la volvieron á meter los guardias.

El seugun, en vez de derramar sangre, se limitó á mandar que un gran número de las mas notables familias cristianas de Miyako, Sakai y Osaka fuesen desterradas á las provincias del norte, con setenta y tres de entre los mas ilustres japoneses. El número de los proscritos aumentó de tal modo en los meses siguientes, que el distrito de Tsugaru (1), que hasta entonces habia sido un espantoso desierto, quedó poblado por ellos. Justo Ucondono que residia en la provincia de Kanga; Juan Naytandono, antiguo dai-mio de Tanba; su hijo Tomás, su hermana Julia, de cuya fidelidad hemos hecho mencion, y muchos otros cristianos, condenados á la deportacion, fueron conducidos á Nanga-saki, para ser embarcados para Tifon. Al ver que el seugun adoptaba semejantes medidas, los príncipes idólatras juzgaron que nada favorable podia esperar ya de él la religion de los cristianos, y siguieron mas bien por lisonjearle que por fanatismo, su impulsion contra los amantes de Jesucristo. Si el monarca retrocedia ante la efusion de sangre, persuadido que unas ejecuciones de aquella naturaleza encenderian la fé en vez de apagarla, y que despues de la partida de todos los misioneros, el fervor de sus discípulos no tardaría en enfriarse, toleraba que sus emisarios sometieran á los fieles á pruebas mucho mas peligrosas que la cuchilla y la hoguera. Así es que en Miyako, eligieron de entre las mugeres de los cristianos á doce de las mas jóvenes y hermosas, á las que encerraron en los lugares públicos de prostitucion. Apenas aquellas fervientes cristianas se vieron en aquel horrible lugar, bajo pretexto de cortarse los cabellos, pidieron unas tijeras y con ellas se desfiguraron hasta el punto de que los que hubiesen podido tentar á su virtud, retrocediesen espantados. Se las devolvió entonces á sus maridos, en quienes su deformidad no hizo mas que aumentar el amor que las profesaban, y cuyos cuidados apresuraron su curacion, quedándoles empero las cicatrices, testigos gloriosos de su castidad. En Kokura, capital del Buzen, aquel medio diabólico tuvo mejor éxito: los hombres que la presencia de horribles suplicios no hubiese podido vencer, cedieron ante el temor de ver á sus madres, esposas é hijas espuestas desnudas y entregadas á los ultrajes del pueblo, caida deplorable con la que contrastó la constancia de pobres leprosos, quienes habiendo sido amenazados de que serian quemados vivos en su hospital, sino abjuraban el cristianismo, protestaron que no saldrian de él aunque sa-

(1) Corresponde este distrito á la provincia de Simodsuck en la isla de Tifon. (Nota del Trad.)

nasen, temerosos de que tomasen su salida como un acto de apostasía. En la provincia de Arima, encarnizado Miguel contra los cristianos, y resuelto á extirpar su religion á toda costa, resolvió atacar á los fieles condenando á la prostitucion á sus mugeres é hijas. Dirijiéronle una diputacion para rogarle que se atuviese á los decretos del seugun, y que aun añadiese á la pena del destierro y confiscacion de bienes, la de la cruz, del fuego y otros suplicios; pero que no se cubriese de eterno oprobio persistiendo en satisfacer la brutal pasion de los que le aconsejaban el infame propósito de que se hablaba. El apóstata se avergonzó de sí mismo, y por otra parte recibió entonces la pequeña provincia de Fiuga en cambio de la de Arima que fué dada á Safioya, gobernador de Nanga-saki, entonces muy ocupado en la próxima partida de los desterrados. Dos juncos chinos condujeron á Macao á setenta y tres jesuitas y á una multitud de japoneses de todas clases. Otro junco trasportó á Filipinas veinte y tres jesuitas, así como los religiosos de San Francisco, de Santo Domingo, de San Agustin, á Justo Ucondono, al dai-mio y al príncipe de Tanba con sus familias. Juan de Silva, gobernador de Manila, acogió respetuosamente á aquellos ilustres confesores, quienes, considerando la pobreza á que se hallaban reducidos, como infinitamente mas preciosa que todo lo que habian sacrificado, quisieron pasar el resto de sus dias en el destierro. «A nadie recomiendo los mios, dijo Justo Ucondono en su lecho de muerte; como yo mismo, tienen el honor de estar proscritos por la religion, y esta lo suple todo.» Cuando aquel héroe hubo entregado su alma á Dios, no se oyeron por las calles de Manila mas que alabanzas de aquel santo varon, que hubiera sido la gloria de su patria, si la idolatría no hubiese cegado á los japoneses.

No obstante, un buen número de misioneros se habian quedado en el Japon, á los que se agregaban de vez en cuando algunos otros, ya procedentes de Europa, ya de las Indias; y los que acababan de salir con el hábito de su órden, no tardaron en volver disfrazados de mercaderes, soldados, marineros ó esclavos; de modo, que nunca aquel archipiélago estuvo menos desprovisto de socorros espirituales que durante los seis primeros años que siguieron al destierro de sus ministros. La provincia de Arima, sometida entonces á Safioya, y en la que diez mil hombres, divididos en tres cuerpos, penetraron por tres diferentes puntos, reclamaba sobre todo el consuelo de los misioneros. Luego de haber llegado la fuerza armada á una localidad, los comisarios nombrados por el dai-mio, hacian constituir el tribunal en medio de la plaza principal, rodeándole de una estacada, y eran citados ante él los cristianos mas conocidos, quienes á medida que iban llegando al cercado, les cojian por las orejas por medio de garfios de hierro, les arrastraban por los cabellos, les arrojaban al suelo y les pateaban; otras veces les azotaban con tal violencia, que permanecian mucho tiempo como muertos, ó les rompian las piernas ó brazos, metiéndoselos y oprimiéndoselos entre dos maderos. Condenaron á muerte á algunos de los mas intrépidos, cuyas cabezas fueron expuestas en las empalizadas, y los cuerpos hechos pedazos quedaron abandonados en mitad de la plaza para que fuesen presa de los buitres ó de los perros. Fingieron perdonar á otros que dijeron haber abjurado la fé; pero que habiendo protestado contra aquella calumnia, fueron despues decapitados. En Cochinotzu, sesenta cristianos, sin haber sido llamados, se dirigieron el dia 22 de noviembre del año 1614 á la plaza que se creyó destinada para la ejecucion, provistos muchos de ellos de cuerdas, creyendo que los verdugos no tendrian bastantes para atarles á todos, y aguardaron con impaciencia á que fuesen á atormentarlos. Encolerizado Safioya al saber aquella noticia, cercó la plaza con una triple hilera de soldados, y luego se presentaron los verdugos armados de toda especie de instrumentos de tortura. Cuando el comisario Gozoimon, subió á un tribunal muy elevado, se dió comienzo á la sangrienta escena.

Hicieron subir á los cristianos de cinco en cinco, con los brazos atados en la espalda, y á medida que iban declarando su fé, les arrojaban desde lo alto del tribunal, de modo, que los unos quedaron gravemente heridos, y los otros tuvieron algunos músculos ó huesos rotos, derramando la mayor parte la sangre por los ojos, orejas ó boca, pareciendo imposible que uno solo hubiese podido sobrevivir á la caida. Despues de algun descanso, volvieron á apoderarse de ellos, los desnudaron, atáronles otra vez manos y brazos, hicieron pasar por su cuerpo instrumentos punzantes, arrojóseles de nuevo al suelo y les hollaron el rostro; pero se vió entonces á los mártires reunir las pocas fuerzas que les quedaban, y besar los piés de los que les trataban con tanta ignominia é inhumanidad. Despues de haberles levantado, el comisario fingiendo una tierna compasion, trató de persuadirles á que renunciasen á un Dios que les abandonaba, dijo, en poder de sus enemigos. Furioso por no haber logrado nada, sometióles á nuevos tormentos: tendiéronles en el suelo, boca arriba, atáronles en la cintura una gruesa piedra que cuatro hombres apenas podian llevar, y luego por medio de una polea les levantaron en el aire con unas cuerdas, que cogiéndoles por piés y brazos les doblaban de modo, que no podian menos de tener en un momento dislocados todos los miembros y el cuerpo fracturado; pero viendo que el dolor les habia hecho desmayar, volvieron á desatarles. Habiendo vuelto á recobrar los sentidos, les rompieron las piernas entre dos gruesas vigas octógonas cubiertas de puntas de hierro, que les penetraban hasta el interior de la carne; cortáronles los dedos de los piés y manos, y por fin, les imprimieron en la frente una cruz con un hierro incandecente. Marcados de aquel modo con el sello de los elegidos, manifestaron una alegría que desconcertó á sus verdugos, y les escitó mas y mas su despecho y furor. A medida que les iban marcando, les preguntaban si persistian en su obstinacion, y como contestasen que perderian mas bien mil vidas si tuviesen que cometer la menor bajeza, los verdugos les hicieron saltar con gruesas piedras todos los dientes. A algunos les arrancaron los ojos, habiendo perdido ya la vista otros, porque sus ojos habian salido de sus órbitas en la horrible postura de que hemos hablado. Por último, decapitaron á diez y ocho, cuatro espiraron á consecuencia del tormento, y cortaron los jarretes á los demás que abandonaron, pero que sin duda no vivirian mucho tiempo. Lo propio que tuvo lugar en Cochinotzu, en donde el dai-mio se hallaba presente, hicieron sus lugar-tenientes en Aria, Obama, Sima-bara, Sucuta y en la capital, sin que ninguno de los que comparecieron ante los tribunales, manifestase la menor debilidad. La persecucion no cesó hasta el momento en que Safioya, favorito del seugun, fué á reunirse con este para combatir al cambacundono Fide-Jori, cuya muerte dejó el trono sin disputa á la posteridad de su vencedor. Victorioso el seugun, decretó que cualquiera que diese asilo á los doctores cristianos, seria condenado á muerte sin remision, lo propio que toda su familia; y los misioneros por no exponer á los fieles, se retiraron por algun tiempo en los bosques y en las cavernas de los montes mas inaccesibles. Al morir en el mes de junio del año 1616 el emperador, encargó al xogun-sama, su hijo, que arrancase del Japon hasta las raices del cristianismo, y que procurase, sobre todo, que no quedase en el imperio ningun doctor europeo.

Las precauciones tomadas por los misioneros, les permitieron no solamente conservar el bien que habian hecho, sino adelantar la obra de Dios. En aquel momento se hallaban en el Japon treinta y tres jesuitas, diez y seis religiosos de las tres órdenes de San Francisco, Santo Domingo y San Agustin, y siete sacerdotes seculares, á quienes secundaban numerosos y escelentes catequistas. Los sacerdotes seculares, siete jesuitas y todos los demás religiosos, escepto el franciscano de Santa Marta, permanecian en Nanga-saki ó

en sus alrededores ; algunos jesuitas residian en otras ciudades imperiales y los demás recorrian las provincias. Vestidos á la portuguesa en Nanga-saki, los misioneros no podian ser conocidos bajo aquel disfraz de mercaderes, quienes gozaban de toda libertad para poder residir en la poblacion. En el centro del imperio habian adoptado el trage que usan los japoneses cuando han renunciado al mundo, esto es, una vestidura talar, sin armas y con la cabeza afeitada. En el norte y en los demás confines del Japon, iban vestidos á la japonesa, de diversos modos, segun fuese su propósito de relacionarse con los grandes ó con el pueblo. La confianza con que muchos misioneros volvieron á usar el hábito de su órden, y empezaron á predicar en público, fué causa de que el xogun-sama turbase la calma que parecia renacer. Encargó á Bartolomé, hijo de Sancho y príncipe de Omura, que hiciera arrestar á todos los sacerdotes que descubriera en el Fizen. Luego aquel príncipe, que adoraba en secreto á Jesucristo, pero que perseguia abiertamente á sus discípulos, hizo decapitar el dia 9 de abril del año 1617 á Pedro do la Asuncion, religioso franciscano español, y á Juan de Tavora Machado, jesuita portugués. Apenas el dominico Alfonso Navarreto, y el agustino Fernando de Avala, llamado de San José, supieron aquel doble martirio, poseidos de una santa emulacion, trocaron su trage japonés por el hábito de sus órdenes, recorrieron el pais evangelizándolo, fueron á presentarse á los guardas del príncipe de Omura que los buscaban, y por último, fueron conducidos á las islas Tacaxima ó de las Espinas, donde fueron decapitados con el indígena Leon Tonaca, el dia 1 ° de junio del año 1617 Fray Apolinario, comisario general de los franciscanos, preso en Arima, fué decapitado en el mes de octubre en la isla de Tacabuco, y Fr. Juan de Santa Marta, de la misma órden, al que hizo prender Safioya, sobrevivió á aquel feroz perseguidor, y fué decapitado en Miyako el dia 14 de agosto del año 1618. Gonzoco, nuevo gobernador de Nanga-saki, dispuso que fuesen empadronados todos los cristianos, y uno de sus agentes al entrar en una casa, pidió que le diesen papel para escribir los nombres de los que no querian obedecer los decretos del soberano. Una niña de ocho años se lo dió enseguida con tintero y un pincelito, rogándole que encabezára la lista con su nombre, y su madre que lo oyó solicitó el mismo favor. Ya el comisario habia salido de la casa, cuando aquella madre cristiana corrió á su encuentro llevando un hijo suyo en brazos, y le dijo: « Me habia olvidado de este niño ; hacedme el favor de tomar tambien su nombre. » Gonzoco ordenó que fuesen quemados vivos todos los fieles que se hallaban en las cárceles de Nanga-saki, sin esceptuar de aquel horrible suplicio, ni á los niños de dos ó tres años ni á una muger que estaba en el último período de su embarazo. El concurso de los cristianos alrededor de las cárceles de Nanga-saki era tan grande, que habiendo sido presos el jesuita Spinola con el hermano Ambrosio Fernandez, su compañero, no fué posible reunirles con los demás presos, y les enviaron, junto con dos dominicos á Suzuta, cerca de Omura, donde se hallaban ya cautivos un franciscano, un dominico y algunos seculares. La apostasía de Tomás Araqui, japonés, que habia ido á Roma á recibir órdenes sagradas, aumentó los peligros de los apóstoles, porque aquel renegado dió á conocer á Gonzoco los nombres de todos los misioneros que conocia, y los de los fieles que les daban habitualmente hospitalidad. Por el contrario, Antonio Iscida Pinto y Leonardo Kimura, japoneses tambien, honraron con su firmeza á la Compañía de Jesus, cuya regla habian adoptado ; acababan de ser arrestados en el Bungo, donde el P. Iscida quedó preso, al paso que el P. Kimura fué trasladado á Nanga-saki, su ciudad natal. La sola idea del martirio hacia estremecer de gozo á aquel siervo de Dios. « Hé aquí, decia, tomando en sus manos ascuas encendidas, hé aquí lo que debe reducir mi cuerpo á cenizas por la confesion del nombre de Je-

sucristo. ¿Puede darse en el mundo mayor dicha que la mia?» El celo de Kimura alcanzó la primera recompensa, porque logró bautizar en su cárcel á ochenta idólatras. Cuatro japoneses que participaban de su cautiverio, habiendo sido condenados á ser quemados vivos, les animaba á la constancia, cuando vinieron á decirles que se habian formado cinco hogueras en la plaza, y que una de ellas era mas elevada que las otras. «Esta hoguera es la que está destinada para mí, queridos hermanos, esclamó con entusiasmo. ¡Dios de mi alma, no permitais que sea vana esta esperanza!» En efecto, condujéronle con los cuatro condenados á presencia de Gonzoco, quien le anunció que seria quemado aquel mismo dia como predicador del cristianismo. Al oir aquellas palabras el santo religioso, volvióse hácia el auditorio con el rostro radiante de gozo diciendo: «Vosotros todos sois testigos, de que se me condena á muerte porque soy ministro del Dios vivo.» Cuando estuvo en la hoguera, el fuego sagrado que abrasaba su corazon, le hizo mirar al que consumia su cuerpo, como un suave rocío, y protestó hasta el fin que no sentia ningun dolor. Habiéndose quemado sus ataduras, se le vió como á Magdalena Mondo, coronarse con ascuas ardientes. Sus compañeros consumaron su martirio con él, el 18 de noviembre del año 1619, sin haber manifestado la menor debilidad. Nueve dias despues, once cristianos, entre los que se hallaba Vicente Kimura, de la misma familia de Leonardo, fueron decapitados en Nanga-saki. Tambien la llama de la persecucion se estendió á la isla de Kiusiu, en donde los cristianos eran conducidos al suplicio de veinte en veinte, ó en mayor número.

La sorpresa de los idólatras, en presencia del valor sobrenatural de los mártires, crecia al propio tiempo que la firmeza de los fieles, que multiplicaban las oraciones y las austeridades para aplacar al cielo. Las madres no daban de mamar á sus hijos sino una sola vez al dia, confiando que Dios, se dejaria enternecer por la abstinencia y las lágrimas de aquellas inocentes criaturas y concederia al fin la paz á su iglesia; pero el ejemplo del xogun-sama que condenó al fuego en Miyako á cincuenta cristianos, solo podia estimular la persecucion. El dia destinado para el suplicio, despues de haber atado á los confesores, les hicieron subir en nueve carretas, los hombres en la primera y última, y las mugeres y criaturas, algunas de las cuales eran de teta, en las del centro. Precedíales un pregonero anunciando en cada esquina, que el emperador habia mandado quemarles vivos, porque eran cristianos. «Es verdad, dijeron repetidas veces los mártires, vamos á morir por Aquel que dió su propia vida por nuestra salvacion,» y de vez en cuando, gritaban juntos: «¡Viva Jesus!» Al llegar á la plaza donde habian plantado algunas cruces, en torno de las cuales estaba amontonada mucha leña, su prontitud en bajar de las carretas, patentizó el gozo que sentian. Atáronles de dos en dos en las cruces por medio del cuerpo con el rostro pegado el uno al otro; los hombres estaban reunidos, lo propio que las mugeres, y á los niños y criaturitas les colocaron al lado de sus madres. Pero por órden del gobernador de Miyako, que tenia un corazon menos perverso que su señor, fué colocada la leña de modo que los pacientes fuesen mas bien ahogados por el humo y el calor que quemados por el fuego. Durante esta operacion, algunos cristianos tuvieron el valor de dar un poco de agua á los confesores, y el gobernador aparentó no notarlo. En fin, se encendió la leña, y cuando el humo que precedió á la llama se hubo disipado, vióse á los mártires con los ojos fijos al cielo, los cuerpos inmóviles, disfrutando en medio de aquella grande y ardiente hoguera de todos los goces del paraiso; luego se les oyó cantar juntos las alabanzas del Señor, y su canto, unido á los gritos de los espectadores y á las vociferaciones de los verdugos, formaba en mitad de la noche, alumbrada por el siniestro resplandor de las hogueras, un rumor confuso, que ya inspiraba terror, ya compasion. Lo que enternecia á los mas insensibles, era ver á las pobres madres ocupadas en sus hijos, olvidar

sus propios dolores para aliviar los sufrimientos de aquellos seres inocentes, pasar continuamente la mano por su rostro, para que sintiesen menos el ardor del fuego, acariciarles, besarles, enjugar sus lágrimas, reprimir sus gritos y animarles con palabras tiernas para que suportasen todavía por algunos momentos un suplicio que iba á acabar y que les procuraria una felicidad sin límites y sin fin. Espiraron todos, unos en pos de otros, y á medida que entregaban su alma á Dios, los suspiros y los sollozos redoblaban en la multitud, que presenciaba aquel martirio. Santa muerte, mil veces preferible á la del apóstata Sancho, príncipe de Omura, ó de su hijo Bartolomé, en quien se estinguió en el año 1620 la raza degenerada de Bartolomé Sumitanda, primer príncipe cristiano del Japon.

Parecia que la fé, perseguida en la isla de Kiusiu y en el mediodia de la isla de Nifon, se hubiese refugiado en las provincias del Norte que evangelizaban los jesuitas de Angelis, Mateo Adami y Diego Carvailho. Este último, desterrado del Japon en 1614, habia acompañado al P. Francisco Buzoni, de Macao á Cochinchina, en donde estos dos grandes obreros echaron los fundamentos de una de las mas hermosas cristiandades del oriente. El P. Buzoni, á quien los PP. Francisco Barret, Francisco de Pina y Manuel Porgez, fueron á secundar, trabajó durante mas de veinte años en Cochinchina, de la que fué el verdadero apóstol (1); pero el P. Diego Carvailho regresó al Japon en el año 1615, gobernó durante un año la iglesia de Omura y fué en seguida destinado á las provincias del norte. Recordará se que Mazamoney, príncipe de Oxu, habia enviado un embajador á Europa, quien fué bautizado en Madrid con el nombre de Felipe; el franciscano Luis Sotelo, que le acompañaba, fué instituido por el Papa obispo de la parte septentrional y oriental del Japon, y legado apostólico en aquellas provincias; pero el rey de España, manifestando que aquel nombramiento habia sido hecho en perjuicio de su derecho de patronato, se opuso á la consagracion del prelado. Por otra parte, creyendo Mazamoney incurrir en el desagrado del xogunsama, si continuaba favoreciendo á los cristianos, empezó por perseguirles; no permitió á su embajador Felipe que penetrase en su provincia, sino bajo condicion de que abjuraria el cristianismo; y en fin, intimó á sus súbditos la órden de volver á abrazar la idolatría, de denunciar á los discípulos de Jesucristo, y decretó la espulsion de los misioneros. Mientras esto tenia lugar, la isla de Jeso, que fué visitada en el año 1613 por el jesuita Camilo de Constansó, fué deudora en 1620, al P. de Angelis de la organizacion de una cristiandad que el P. Carvailho desarrolló mas tarde con buen éxito.

Entretanto, informado el Vicario de Jesucristo de la situacion crítica en que se hallaba la iglesia del Japon, no descuidó de proporcionar á los fieles perseguidos las armas espirituales de que tenian tan urgente necesidad. Una bula de Paulo V, fechada en el año 1617 y llegada al Japon el 20 de agosto de 1620, adelantó de tres años, en favor de los japoneses, el jubileo del año santo de 1625. Algunos indígenas, á quienes era menos difícil disfrazarse, la publicaron en aquellas partes del imperio donde era mas viva la persecucion. El P. Sebastian Kimura, uno de ellos, habiendo sido preso el dia 3 de junio del año 1621, fué enviado por Gonzoco, gobernador de Nangasaki, á la cárcel de Suzuta que consistia en un reducido espacio, rodeado por cuatro robustos muros, sin techo que protegiera á los cautivos de las injurias del aire; estaba rodeada de un campo cercado, por el cual los confesores tuvieron en un principio la libertad de pasearse, pero privados mas tarde de aquel desahogo y habiendo aumentado considerablemente el número de presos, apenas les quedó espacio para poder acostarse. A pesar de tantos sufrimientos, se disciplinaban diariamente despues

(1) Asi se lee en la obra titulada «Diversos viages y misiones del P. Alejandro de Rodas en China y otros reinos del Oriente, con su regreso á Europa, por Persia y Armenia.» Pág. 67. (Nota del Trad.)

de las oraciones, y el P. Spinola no dejó el cilicio, ni aun durante la grave enfermedad que sufrió en la cárcel. Los sacerdotes eran alternativamente superiores durante una semana; cada dia ofrecian los santos misterios y el oficio se recitaba á dos coros. Dios recompensó aquellas virtudes con tan gran abundancia de delicias espirituales, que pasaba el tiempo sin que lo notasen los cautivos. Sin embargo, no todos pudieron soportar hasta el fin un género de vida tan terrible: el P. Juan de Sto. Domingo, religioso dominico, murió en 1619, y Fr. Ambrosio Fernandez, compañero del jesuita Spinola le siguió de cerca al sepulcro. El P. Spinola no salió sino durante cortos momentos de la espantosa cárcel en que se hallaba, por el motivo que vamos á referir. Joaquin Firayama, japonés, establecido en Manila, habiendo resuelto pasar al Japon, recibió en su junco, en el que no admitia sino á cristianos, al español Pedro de Zuñiga, agustino, y al flamenco Luis Florez, dominico, ambos disfrazados de mercaderes. Un buque inglés ú holandés, capturó el junco, en el que se encontraron los hábitos y las licencias de los dos religiosos, lo que decidió á los malvados hereges á conducir su presa á Firando, donde declararon que sabiendo que se hallaban á bordo dos misioneros, habian creido que el buque iba dirijido contra los intereses del xogun-sama, y en consecuencia se habian apoderado de él. A fin de conocer, entre los hombres que componian la tripulacion del buque capturado, cuales eran los religiosos á quienes protegia su disfraz, trasladaron el dia 3 de noviembre del año 1621 de la cárcel de Suzuta á Firando, á un miembro de cada órden; esto es: á Fr. Pedro de Avila, franciscano, al P. Francisco de Morales, dominico, y al P. Cárlos Spinola, jesuita, con el japonés Pedro Antonio, sacerdote apóstata, que habia aceptado el vergonzoso destino de espía. El triste estado en que Spinola y sus dos compañeros estaban reducidos, movió el corazon hasta de los mismos enemigos de la religion. «Hubo de ser un espectáculo terrible para los herejes de Europa, dice el historiador Charlevoix, la presencia de un hombre de aquel ilustre apellido, hijo único de uno de los primeros dignatarios del emperador de Alemania (1), por cuyas venas corria la sangre de tantos héroes, en la postura de un criminal, sin mas que piel y huesos, con esposas en las manos y grillos en los piés, cubierto con una sotana toda agujereada y pudriéndose meses y meses en una hedionda cárcel que no habria querido admitir el menos mirado para establo de sus caballos.» Habiéndose franqueado imprudentemente el P. Zuñiga con unos ingleses, cesó de ocultar, por consejo del P. Spinola, su estado religioso, y mientras que se instruia su proceso, logró evadirse el P. Flores del poder de los hereges á quienes se habia devuelto por no haber encontrado prueba alguna contra él; pero no tardaron en prenderle otra vez, y cuando fué conducido de nuevo á Firando, los piratas europeos manifestaron su contento por medio de una salva que hicieron con toda la artillería de su buque, y entonces el dominico declaró á su vez que era misionero. El xogun-sama tomó tanto mas á pecho aquel negocio, cuanto se le habia hecho creer que el P. Zuñiga era un hijo natural del rey de España, que habia ido para ponerse al frente de los cristianos indígenas para someter el Japon á los españoles. En su consecuencia, condenó al fuego á los dos religiosos, así como á Firayama, y no satisfecho aun con esto, mandó decapitar á todos los individuos de la tripulacion, sentencia que fué ejecutada el dia 10 de agosto de 1622 en la plaza mayor de Nanga-saki. Algun tiempo despues Gonzoco, gobernador de aquella ciudad, condenó á treinta cristianos, hombres, mugeres y niños, á ser decapitados; pero al ver su alegría cuando salieron del tribunal, hubiérase dicho que acababan de absolverlos. Las mugeres, algunas de las cuales acompañaban criaturas menores de cuatro años, formaron un grupo á parte, y una de ellas abrió

(1) El P. Spinola era hijo de Octavio Spinola, conde de Tassarola, escudero mayor y favorito del emperador Rodolfo II. (Nota del Trad.)

la marcha, con un crucifijo en la mano, entonando un cántico que fué seguido por sus compañeras. De aquel modo llegaron á la cárcel con otros condenados, donde permanecieron hasta la llegada de treinta y dos confesores, casi todos religiosos, procedentes de Suzuta, para ser quemados vivos. Entre estos últimos, habia dos sacerdotes de la Compañía de Jesus, Cárlos Spinola y Sebastian Kimura, con siete novicios; seis sacerdotes de la órden de Santo Domingo, llamados Francisco Morales, Alfonso de Mena, Angel Orsucci, José de San Jacinto, Jacinto Orfanelli y Tomás del Rosario, con un lego llamado Alejo, y Juan de la Orden Tercera; y por último, dos sacerdotes de la órden de San Francisco, Pedro de Avila y Ricardo de Santa Ana, y dos legos del mismo instituto, llamados Leon y Vicente. Un jungo trasportó los treinta y dos cautivos de Suzuta á Nankoya, donde montaron á caballo, cada uno con una soga al cuello que tenia por un estremo el verdugo. El P. Spinola vió en Voracam á su catequista, á quien entregó algunas cartas, muchas de las cuales estaban firmadas así: «Cárlos, condenado á muerte por el nombre de Jesucristo.» Habia predicho á aquel hombre que no le sucederia ningun mal, y aunque corriendo gran peligro pudo acercarse á los cautivos, por lo que la profecía se cumplió. Continuando los confesores su viage, encontraron los caminos ocupados por una multitud de cristianos que al verles se arrodillaban para recibir su bendicion. No les dejaron entrar en Nanga-saki; pero aguardaron á los condenados de aquella ciudad en el lugar del suplicio, que era una pequeña colina muy cerca de la orilla del mar, distante unos cincuenta pasos del sitio en que veinte y cinco años antes, los veinte y seis mártires beatificados por Urbano VIII habian sido crucificados. Cuando en presencia de treinta mil cristianos al menos, además de los idólatras, las dos cuerdas de presos de Suzuta y Nanga-saki se hubieron reunido, el oficial encargado de presidir aquel sangriento drama, se sentó en una especie de tribunal cubierto de un hermoso tapiz de la China, é hizo seña de que empezára la ejecucion. Los que debian ser decapitados lo fueron enseguida, mientras que ataban á los demás en los postes de la hoguera. El P. Spinola dirigiéndose á algunos europeos que se hallaban al alcance de su voz, les dijo que no esperasen ver cesar la persecucion; que por el contrario creceria de dia en dia; exhortóles a dar buenos consejos á los japoneses, y les aconsejó que se volviesen á Europa, porque dentro de poco ya no serian libres de salir del Japon. Habiendo visto á Isabel Fernandez, viuda del huésped en cuya casa habia sido preso, y cuyo hijo llamado Ignacio habia bautizado la víspera de su arresto, estrañó mucho no ver al niño de quien se refieren rasgos maravillosos. Apenas hubo nacido, sus padres le ofrecieron al Señor., para servirle en la Compañía de Jesus. Cuando supo la muerte de Domingo Jorge, su padre, esclamó que él tambien seria mártir. «Sí, seré mártir, repuso con acento de conviccion; y tambien lo sereis vos, madre mia; pero no lo será mi hermana;» prediccion que se cumplió exactamente. No podia ver una cimitarra sin estremecerse de gozo; y cuando hacia un regalillo á alguna persona, le decia: «Guardad bien esto, porque yo seré mártir.» No obstante, el P. Spinola temia le hubiesen escondido para librarle de la muerte:» ¿Dónde está mi Ignacito? preguntó á la madre ¿qué habeis hecho de él?—Hélo aqui contestó Isabel, tomándole en sus brazos; me he guardado muy bien de privarle de la única dicha que puedo proporcionarle. Hijo mio, dijo enseguida al niño, he aquí á tu Padre espiritual, ruégale que te bendiga.» En seguida la inocente criatura se puso de rodillas, cruzó sus manecitas y pidió al religioso su bendicion; pero lo hizo de un modo tan tierno, que entre los espectadores, á quienes la accion de la madre habia llamado la atencion, se alzó de repente un confuso rumor de gritos y sollozos. (Pl. LXIII n.° 1.) Temiendo que el pueblo se sublevase, se apresuraron á poner fin á la primera parte de la ejecucion; y al instante se vieron volar dos ó tres cabezas que

fueron á caer á los piés del niño Ignacio, sin que mostrase este la menor sorpresa; tampoco cambió de color cuando vió cortar la cabeza de su madre, y con la misma intrepidez recibió el golpe mortal. El primer grupo habiendo consumado su sacrificio bajo la cuchilla, colocaron los verdugos sus cabezas enfrente de los que debian ser quemados y encendieron el fuego. Estaba distante unos diez ó doce pasos de los postes, y la leña dispuesta de modo, que la llama no pudiese llegar á formarse, teniendo además cuidado de apagarla cuantas veces vieron que tomaba pié. El P. Spinola, despues de haber dado por última vez la absolucion á una muger llamada Lucía Fraitez, que habia manifestado el deseo de morir á su lado, dijo con voz bastante robusta al presidente que, ya estaba viendo lo que los religiosos de Europa iban á buscar al Japon, y que su júbilo en medio de tan espantoso suplicio, debia disipar para siempre las sospechas que tan injustamente habian abrigado hasta entonces contra ellos. Por fin, el fuego se acercó sobre todo del lado del P. Spinola que era de donde soplaba el viento, y la llama no tardó en consumir los vestidos de Lucía Fraitez, quien, medio asada, contaba por nada su dolor, pero á la que casi desesperaba su desnudez. El P. Espinola la riñó, exhortándola á sufrir aquella confusion por el amor de Aquel á quien habia ofrecido de todo corazon sus sufrimientos y su muerte (Pl. LXIII, n.° 2.) Al cabo de media hora quedaron quemados los cordeles que sujetaban al P. Spinola; pero apagaron sin duda el fuego del que parecia enteramente rodeado, porque lo propio que el P. Kimura y algunos otros, colocados en el estremo opuesto, murió del solo ardor de la llama. Despues de muerto se le encontró todo entero con su sotana, que el fuego con el agua que le habian echado, habia pegado á su cuerpo. Contaba cincuenta y ocho años, de los cuales treinta y ocho habia pasado en la milicia cristiana, obteniendo los primeros honores tales como el apostolado y el martirio. Nada hubiese faltado á la gloria del cristianismo, si dos jóvenes japoneses, que habian vestido en la cárcel el hábito religioso, no hubiesen tenido un momento de debilidad. Pablo Nangaxi, que les vió dominados por la violencia del dolor, no omitió nada para animarles; y cuando abandonaron su sitio, el confesor les siguió para volver á conducirles á él; pero como corrian mas aprisa que su compatriota, este se volvió al suyo, donde murió con una heróica constancia. Los jóvenes religiosos fueron á arrojarse á los piés de los soldados, para pedirles que les decapitasen y pusieran fin con una pronta muerte, á un suplicio que no podian suportar; pero como no quisieron dar ninguna muestra de apostasía, volvieron á arrojarles al brasero, donde no tardaron en espirar. Esta ejecucion, que fué llamada el gran martirio, tuvo lugar el sábado 10 de setiembre de 1622; los cuerpos permanecieron espuestos durante tres dias en el mismo sitio para inspirar terror á los fieles, cuya presencia, por el contrario, no hizo mas que reanimar su fervor. Habiendo intentado Leon Fracuzayemon, aprovechando la oscuridad de la noche, cortar la mano de uno de los mártires, fué preso, y habiéndose negado á apostatar, fué condenado á ser quemado vivo. Al cabo de tres dias consumieron todos los cuerpos en un gran fuego; amontonaron enseguida las cenizas y hasta la tierra que habia sido regada con su sangre, metiéronlo todo en sacos y fueron á vaciarlos mar adentro unos soldados enteramente desnudos ,á fin de que no pudiesen ocultar ninguna reliquia. Pero la gloria de los confesores, cuyos restos destruian, fué revelada por medio de prodigios, de los cuales el mas patente fué sin duda la muerte del oficial que presidió la ejecucion, quien á los breves dias estando sentado á la mesa, quedó de repente exánime, y cuando recogieron su cuerpo observaron que estaba enteramente carbonizado como si acabase de salir de un horno. Desde entonces los perseguidores, que no habian podido inquietar á los cristianos á causa de su religion sin despoblar provincias enteras, pusieron todo su conato en esterminar á los obreros evan-

gélicos que quedaban en el Japon, é impidiendo que viniesen otros para ocupar su lugar. El dia 12 de setiembre quemaron vivos en Omura á Fr. Apolinario Franco, comisario de los franciscanos, al P. Tomás de Zumarraga, dominico, que estaba preso hacia cuatro ó cinco años, y al P. Apolinario, agustino. El P. Constansó, jesuita, sufrió el mismo martirio el 15 de setiembre en Firando, y sus catequistas Gaspar Contenda y Agustin Ota, presos con él, fueron decapitados. El P. Pedro Pablo Navarro, otro hijo de San Ignacio, preso hacia un año en Simabara, habiendo sabido por revelacion, que celebraria en el cielo la fiesta de Todos los Santos, fué en efecto quemado el dia 1.º de noviembre. Breves fueron los momentos que disfrutó de tranquilidad la iglesia del Japon, porque si bien el emperador tomando para su persona el título de kubo-sama ó seugun, obligó al dairio á dar el de xogun-sama á su hijo, en quien confió el cuidado de los negocios políticos y religiosos, este no tardó en probar que era todavía mas hostil que su predecesor á la religion de Jesucristo.

Si el martirio ocasionaba vacíos en la órden de Santo Domingo, lo propio que en la de San Francisco, San Agustin y San Ignacio, el general Serafin Sicco, consideraba aquellas pérdidas como una ganancia que enriquecia su órden, sabiendo que, segun la sentencia de un santo Padre, la sangre de los mártires es una simiente de cristianos. Nada omitió á fin de que los obreros apostólicos que ya habian recibido su recompensa, fuesen reemplazados por otros á quienes igual vocacion llamase al mismo trabajo. Sus visitas á las provincias de España, en las que empleó dos años enteros, le dieron ocasion de examinar por sí mismo las disposiciones de los dominicos que, con el consentimiento de los provinciales, se destinaban á las misiones estranjeras. Hizo diferir la partida de algunos demasiado jóvenes quizás, ó poco adelantados, y apresuró la de otros mas ejercitados en los trabajos de la penitencia y del santo ministerio.

Habiéndose reunido en Milan el año 1622 el capítulo general de los dominicos, el P. Sicco hizo leer en él las relaciones que se le habian mandado de las Filipinas, para anunciar la muerte de muchos religiosos, que habian alcanzado el martirio de manos de los infieles, los unos en algunas provincias del Japon, los otros en diferentes islas, sobre todo en las de Java, Timor y Flores (1), llamada mas comunmente Enda. Difícil seria poder espresar el efecto que causó la lectura de aquellas relaciones en el ánimo de todos los superiores de provincia que se hallaban congregados en el capítulo de Milan; el celo apostólico pareció reanimarse en los corazones de los que estaban todavía en estado de poder llevar á lo léjos la antorcha do la fé. El patético y circunstanciado relato de los trabajos y combates de tantos santos misioneros y su fin glorioso, causó mas impresion en los ánimos, de lo que hubieran podido hacerlo las mas vivas exhortaciones del general. Fácilmente se comprenderá que los dignos sucesores de Santo Domingo, tales como el P. Sicco, á pesar de la actividad de su celo por la propagacion de la fé, no hubiera logrado adelantar en la obra del Señor, si los superiores de las provincias, no les hubiesen secundado de un modo eficaz. El provincial de España, era, sobre todo, el cooperador mas apreciable, tanto por el gran número de conventos y de religiosos que se hallaban bajo su jurisdiccion, como por la facilidad que tenia siempre de hacer pasar los misioneros á Filipinas, y desde allí al imperio del Japon, al de la China y al Indostan, la mayor de las tres grandes regiones de la India, sujeta al gran Mogol. Por espacio de mas de cincuenta años, todas las provincias de España, habian considerado como un deber, proporcionar algunos obreros evangélicos para aquellos diversos paises, y el P. Domingo Pimentel, que tenia entonces aquel cargo, siguió en un todo

(1) Esta isla, una de las de la Sonda en la Malesia, muy rica en productos animales y vejetales, es conocida con tres nombres; con el de *Madgerai*, que le dán los indigenas, con el de *Flores*, que le dieron los portugueses, que fueron los primeros que se establecieron en ella, y con el de *Enda*, que la llamaron los holandeses que siguieron, como casi siempre, en pos de los portugueses. (Nota del Trad.)

la conducta de sus predecesores; por manera que no trascurrió un solo año de su gobierno, sin que enviára algun socorro considerable á las misiones dominicanas de Asia ó América. En el año 1621 ó 1623, sobre todo, hizo partir á la vez treinta misioneros, bajo la direccion del célebre Diego Advarte, quien, durante los diez años que habia pasado en Europa, en calidad de procurador general de la provincia del Santo Rosario, habia procurado él mismo muchos medios de salvacion á un gran número de pueblos. No habian sido tan solo las islas Filipinas las que se habian aprovechado de su celo; tambien la provincia de Méjico que le habia dado muestras de su confianza, habia recibido de este religioso los mismos servicios. Por otra parte, al propio tiempo que Diego Advarte se ocupaba sin descanso en el envio de misioneros, preparaba para la posteridad un precioso documento. Las observaciones que habia hecho en sus diversos viages, y las exactas relaciones que se le comunicaban, casi de año en año, sobre lo que pasaba en las misiones dominicanas de Oriente, le sugirieron la idea de perpetuar la memoria de una multitud de hechos que solo podian edificar á la Iglesia y honrar á la religion. Empezó pues una « Historia de la provincia del Santo Rosario, » y de todo lo que los frailes predicadores habian hecho hasta entonces por la conversion de los idólatras, tanto en las islas Filipinas, como en el Japon y en la China, pero no se apresuró á dar su obra á la estampa, esperando que un dia podria enriquecerla y perfeccionarla, despues de haber aclarado varios hechos, y héchose mas atento cargo de algunas cosas que deseaba examinar, en los mismos sitios en que habian tenido lugar. La Providencia le puso en el caso de poder realizar su propósito, porque habiendo pedido y obtenido que le relevâran de su destino de procurador general de las Filipinas, nombrósele por sucesor al P. Mateo de la Vella, quien condujo un buen número de religiosos españoles á Méjico, y despues á Manila. Merced á su esperiencia, distribuyó tan á propósito aquellos nuevos ministros de la palabra, que varias comarcas sacaron de ello un gran provecho; pues un gran número de infieles abrazaron el cristianismo, y despues de haber destruido ellos mismos sus ídolos, levantaron altares al verdadero Dios, y construyeron conventos para abrigar á sus padres espirituales. Por lo que es respecto á Diego Advarte, dividió en un principio su tiempo entre la oracion, el ministerio de la palabra y la continuacion de su «Historia;» despues los dominicos de Manila le eligieron por segunda vez superior, y mientras llenaba esta funcion, el rey de España le nombró obispo de Segovia la Nueva, de cuyo cargo no pudo escusarse por mas que hizo, porque la corte de España, ni escuchó sus ruegos ni atendió sus razones, y Urbano VIII, hizo espedir las bulas en el año 1632; pero no llegaron á las Filipinas hasta tres años mas tarde. La víspera de la consagracion, una persona muy rica y muy amiga del siervo de Dios, le presentó una hermosa cruz de oro, enriquecida de diamantes; pero como queria vivir pobre en el episcopado, como lo habia sido en el claustro, no pudieron hacérsela aceptar. En el poco tiempo que gobernó la diócesis confiada á sus cuidados, aumentó su rebaño con un gran número de conversiones. La primera parte de su «Historia de la provincia del Santo Rosario», habia visto la luz pública en Roma en el año 1632; publicó la segunda en Manila en 1633, y prometió el resto para 1635; pero las atenciones del episcopado, le hicieron interrumpir aquel trabajo, que fué despues continuado y publicado por el P. Domingo Gonzalez, superior de la misma provincia, y del colegio de Santo Tomás de Manila. No se sabe de fijo la época de la muerte del P. Diego Advarte; pero consta que Segovia la Nueva ó mas bien toda la isla de Manila, y en particular la capital, sintieron vivamente la pérdida de aquel famoso obispo. Los chinos y japoneses que habia en gran número en Filipinas, hasta los que no habian abrazado aun el cristianismo, mezclaron sus lágrimas con

ias de los cristianos. El cuerpo del siervo de Dios, primero enterrado en la catedral, fué despues trasladado á la iglesia de su órden; y en el capítulo general de los religiosos dominicos, celebrado en Roma en el año 1644, se habló con elogio de Diego Advarte, al tratarse de los religiosos muertos en olor de santidad, en la provincia del Santo Rosario.

CAPÍTULO XXV.

Misiones de los jesuitas en China. — Tentativa de los dominicos para penetrar en aquel imperio.

Aunque el cristianismo no encontrase en la China la misma persecucion que en el Japon, tambien algunos confesores alcanzaron allí la palma del martirio. El P. Alejandro Valignani, á quien se ha visto ejercer las funciones de visitador en el archipiélago japonés, habiendo querido llenar los deberes de su cargo en el Celeste Imperio, envió allí á un religioso de la Compañía, natural de la China, llamado Francisco Miz, segun Du-Jarric, y Francisco Martinez, segun Tanner. El noble propósito del visitador, encontró un terrible obstáculo en la animosidad de algunos europeos harto conocidos, que se esforzaban en arruinar las misiones católicas. Aquellos malvados, fingieron divulgar á algunos chinos de Macao y Canton un secreto de la mayor importancia. Dijéronles que los jesuitas eran unos hombres ambiciosos, que so pretesto de anunciarles la religion cristiana, intentaban nada menos que apoderarse de todo el imperio; y para engañarles mas fácilmente, les hicieron notar con refinada malicia, la situacion geográfica de las residencias establecidas desde Macao hasta Pekin. Les aseguraron que una flota holandesa, que cruzaba hacia algun tiempo por las costas de la China, tenia por objeto favorecer su empresa; que el gobernador de Macao debia apoyarles con todas las tropas portuguesas; que los cristianos del Japon irian á aumentar el número de los invasores, y que el P. Lázaro Cattaneo, que se hallaba entonces en Macao, vistiendo el trage de letrado chino, era el destinado por aquellos religiosos conquistadores, á ceñir la corona imperial. Los que recibieron aquellas pérfidas insinuaciones, se apresuraron á participárselas á los mandarines de Canton, donde se tomaron tantas medidas de seguridad, como si las flotas holandesa y japonesa hubiesen estado amenazando la poblacion; los mismos rumores esparcidos por las provincias vecinas, motivaron igual fermentacion, y en las que se decia que el P. Ricci habia sido ejecutado en Pekin. Desgraciadamente Francisco Martinez volvia en aquellas circunstancias, á anunciar el resultado de su viage al P. Valignani, cuando supo en Canton, que aquel ilustre apóstol del Oriente habia muerto en Macao el dia 20 de enero del año 1606, á la edad de sesenta y nueve años. Aunque Martinez se ocultase con cuidado, fué descubierto y encarcelado como cómplice del P. Cattaneo; hundiéronle agudas espinas entre las uñas y la carne de los piés y manos, y despues le apalearon tan bárbaramente, que murió el 31 de marzo. La conspiracion de los misioneros era una fábula demasiado absurda, para que pudiese gozar de mucho crédito; la impostura no tardó en disiparse por sí misma; los chinos fueron los primeros en avergonzarse de sus ridículos temores, y el cristianismo continuó sus progresos en el Celeste Imperio. Los trabajos científicos ó literarios que el P. Mateo Ricci se habia visto obligado á emprender, al par de sus trabajos apostólicos, las penalidades que tenia que sufrir por conservar con un gran número de personages distinguidos las relaciones que los usos de la China hacen muy fatigosas, no tardaron en agotar sus fuerzas, y murió á la edad de cincuenta y ocho años, el dia 11 de mayo del año 1610. Los principales letrados que se hallaban en Pekin, creyeron de su deber contribuir, al menos con su presencia, á la pompa de sus exequias fúnebres. Los cristianos le llevaron procesionalmente y con cruz alta, por en medio de la capital, hasta una alquería de los arrabales, abusivamente trasformada en tem-





plo por un favorito, que habia perdido el favor, y la que el emperador concedió para servir de sepultura al hombre religioso. Aquel edificio fué consagrado al verdadero Dios, y los jesuitas dispusieron en él una habitacion, de la que el P. Dorleans decia en el año 1693, que aun en la China, era un santuario religioso. El P. Nicolás Longobardi, que habia nacido en Calatagirona de Sicilia, en el año 1565, hijo de una familia patricia, admitido á la edad de diez y siete años en la Compañía de Jesus, y embarcado en el año 1596 para la China, habia sido enviado por Ricci á la provincia de Kiang-si, donde permaneció muchos años, teniendo únicamente por ausiliar á un hermano coadjutor, encargado de procurar la manutencion de ambos, mientras el religioso evangelizaba las ciudades y aldeas. Como fuesen numerosas las conversiones que logró hacer, dispertaron los celos de los bonzos, quienes á fin de desacreditar sus doctrinas, le denunciaron como culpable de adulterio. Sabedor de ello el P. Longobardi, tuvo un empeño en que se instruyera por el mandarin del lugar un proceso, al efecto de ser conocida su inocencia; y resultando probada la calumnia, quedó perdonado aquel escelente misionero, á quien el P. Mateo Ricci, designó como sucesor suyo, en calidad de superior general de las misiones de la Compañía de Jesus en la China, cargo importantísimo que el P. Longobardi desempeñó con celo por espacio de doce años.

Aquel sucesor, elejido por el mismo Ricci, no aceptaba sin embargo los mismos principios que éste, porque apartándose de la creencia del fundador de la mision, declaró, despues de un detenido exámen de los libros clásicos de la China, que sus naturales jamás habian conocido una substancia espiritual distinta de la materia y que sus letrados eran todos ateos. El contraste de las dos opiniones, queda mucho mas demostrado por un escritor, del que trasladarémos algunas líneas. (1) «El P. Ricci, que llegó á la China en el año 1580, juzgó que el medio mas seguro de atacar las preocupaciones y conducir á los chinos por la senda de la verdad, era el participar en parte de los elogios que la nacion y el gobierno no cesan de tributar á Confucio, á quien tienen por el mayor de los sábios, el maestro de la gran ciencia y el legislador del imperio. Creyó haber descubierto que la doctrina de aquel filósofo sobre la naturaleza de Dios, se acercaba mucho y no diferia esencialmente de la del cristianismo; y que no era el cielo material y visible, sino el verdadero Dios, el Señor del cielo, el Ser Supremo invisible y espiritual en su esencia, infinito en sus perfecciones, creador y conservador de todas las cosas, el único Dios en fin, cuya adoracion y culto prescribia Confucio á sus discípulos. Por lo que es respecto á los honores tributados á los antepasados, las prosternaciones, hasta los mismos sacrificios que se ofrecian para honrar su memoria (Pl. C n.º 1.), el P. Ricci se persuadió y trató de persuadir á los demás que, en la doctrina de Confucio, bien entendida, aquellos homenajes eran ceremonias puramente civiles, manifestando aquel filósofo, que no debia verse en ellas nada religioso ó sagrado; que estaban basadas únicamente en el sentimiento de veneracion, respeto filial, reconocimiento y amor, que los chinos, desde los mas remotos siglos, han abrigado siempre por los autores de sus dias y por los sábios que los han instruido en las verdades de la ciencia; de modo que yendo á buscar el orígen de aquellas fiestas nacionales y sus ceremonias en los comienzos del imperio chino, veíase, segun aquel filósofo, que no eran un culto supersticioso é idólatra, sino un culto civil y político que podia permitirse, respecto de Confucio y sus antecesores, á los chinos convertidos al cristianismo. Tal habia sido, hasta su muerte acaecida en el año 1610, la opinion del P. Ricci; tal ha sido tambien la de un gran número de misioneros; pero el P. Longobardi que le sucedió, vió aquellas cos-

(1) «Coleccion de las Cartas edificantes escritas de las misiones estrangeras, precedida de algunas noticias geográficas, políticas, históricas, religiosas y literarias de los paises evangelizados» Tomo I.

tumbres bajo un aspecto muy diferente. El respeto que le inspiraban el talento y la virtud del P. Ricci, habia suspendido su juicio y sus escrúpulos acerca del sistema y práctica de aquel hombre apostólico; pero al verse al frente de la mision, y responsable de todos los abusos que pudieran cometerse en ella, creyó de su deber examinar mas detenidamente aquellas importantes cuestiones; viéndose además obligado á hacerlo á instancias del P Paria, visitador general, quien le manifestó que los misioneros del Japon no aprobaban el sistema de su predecesor. Entonces empezó á leer atentamente las obras de Confucio y de sus mas célebres comentadores, y consultó á los letrados que pudiesen prestarle algunas luces é inspirarle mayor confianza; al propio tiempo, varios otros misioneros jesuitas discutieron entre sí aquel tema de controversia, resultando pareceres muy encontrados. Algun tiempo despues el P. Longobardi escribió una obra en la que trataba muy á fondo aquella cuestion, sacando por consecuencia que la doctrina de Confucio y la de sus discípulos eran mas que sospechosas de materialismo y ateismo; que bien considerados, los chinos no reconocian otra divinidad que el cielo y su virtud natural esparcida entre todos los seres del universo; que en su sistema, el alma no era mas que una sustancia sutil y aérea; y que en fin, su opinion acerca de la inmortalidad del alma, se parecia mucho al absurdo sistema de la metemsícosis, que habian tomado de los filósofos de la India. Considerados bajo este punto de vista, los usos de la China parecieron al P. Longobardi y á los que pensaban como él, hijos de una manifiesta idolatría, y por consiguiente, fruto de una superstición abominable que no podia admitir en modo alguno la santidad del cristianismo. Considerada criminal aquella práctica, creyóse que se debia dar á conocer su impiedad á los chinos, que la gracia de Dios llamaba á la luz del Evangelio, y que era preciso prohibir rigurosamente á todos los cristianos, cualquiera que fuese su posicion ó empleo en el imperio, que la siguiesen en adelante. Los partidarios de aquella opinion no se contentaron aun con esto, sino que prohibieron á los nuevos cristianos que se sirvieran de las palabras *King*, *Tien y Xanté*, pretendiendo que no significaban el Señor del cielo, segun lo entendian los chinos, sino el cielo imperante; entendiendo por ello el cielo material, la única divinidad que reconocian hasta los mismos letrados y el único objeto de su culto.» Nos basta haber consignado que el antagonismo en estas graves cuestiones murió en el mismo seno de la Sociedad de Jesus, antes de la llegada á la China de misioneros pertenecientes á otros institutos. Ahora volverémos á la relacion de los hechos.

En el año 1612, que fué cuando empezó á ejercer su ministerio el P. Logobardi, cuyo nombre chino era Loung-hoa-min, el P. Juan de la Piedad, dominico español, obispo de Macao desde el año 1604, y vicario apostólico, envió á los PP. Tomás Mayor y Bartolomé Martinez, religiosos dominicos, al Celeste Imperio; pero hallaron la misma dificultad para establecerse en él que habia esperimentado el P. Diego Advarte que les habia precedido á fines del siglo XVI; por consiguiente, fueron los jesuitas los únicos que continuaron evangelizando aquel vasto pais. Citarémos entre otros, á Nicolás Trigaut, hijo de Douai, quien habiendo abrazado en el año 1594, á la edad de diez y siete años la regla de San Ignacio, cursó las humanidades en Gante, y mas tarde se dispuso con el estudio de las ciencias y de las lenguas orientales para la carrera de las misiones. En el año 1606, pasó á Lisboa, donde mientras aguardaba la partida del buque que debia conducirle á las Indias, trazó el retrato del perfecto misionero en la vida del P. Gaspar Barzeo, uno de los compañeros de San Francisco Javier. Habiéndose embarcado el dia 5 de febrero del año 1607, llegó el 10 de octubre á Goa; pero resentida su salud á causa de lo que habia padecido por mar, no pudo partir para Macao hasta el año 1610. Despues de haberse asociado al apostolado de

los misioneros de la China, se le encargó que fuese á Europa para dar cuenta del estado y de las necesidades de aquella viña espiritual. Llegado á la India, prosiguió su viage por tierra; y provisto de un saco de cuero que encerraba sus provisiones, atravesó, no sin correr graves riesgos, la Persia, la Arabia desierta y una parte del Egipto. Un buque mercante lo condujo del Cairo á Otranto, desde donde pasó á Roma. Sus superiores le presentaron á Paulo V, quien aceptó la dedicatoria de un libro titulado: «El viage hecho al reino de la China, por los PP. de la Compañía de Jesus.» Esta obra es á la vez una descripcion de la China, de las costumbres y hábitos de sus habitantes, y una historia del establecimiento de los jesuitas en aquel imperio, con una escelente biografía del P. Ricci. Trigaut volvió á partir de Lisboa en el año 1618 con cuarenta y cuatro misioneros de su órden, que todos habian solicitado por favor el permiso de acompañarle; muchos murieron en la travesía, y él mismo cayó gravemente enfermo en Goa; pero logrando restablecerse al fin, embarcóse con sus compañeros el 20 de mayo de 1620, llegó sin novedad á Macao, y desde allí entró en la China siete años despues de haber partido para Europa. Durante la ausencia de aquel misionero, una persecucion que databa del año 1615, habia tomado un funesto desarrollo. Segun Semedo (1), el mandarin Kio-tchin, enviado aquel año de Pekin á Nanking, fué escitado por los bonzos, á quienes disgustaba los progresos del cristianismo, para que se declarase contra sus apóstoles, y el presidente del tribunal de Lipu en Pekin, encargado de los asuntos religiosos, entró en sus miras, é hizo presente que convenia para la seguridad del imperio, que fuesen espulsados los jesuitas. Por último, el 20 de agosto del año 1616, fueron espedidos correos á todas las provincias, portadores de la órden de que fuesen presos aquellos religiosos. El dia 30 llegó á Nanking aquella órden, de la que sabedores los misioneros fueron enseguida á la iglesia para ofrecerse á Jesucristo en calidad de víctimas, y retiraron las imágenes y vasos sagrados que ocultaron en casa de un indígena cristiano. Los PP. Nicolás Longobardi, superior de la mision y Julio Levi, partieron para Pekin á fin de remediar, si posible era, aquella desgracia; los PP. Alfonso Vagnon y Alvarez Samedo aguardaron en la casa á que se presentasen los esbirros. Samedo, que se hallaba entonces enfermo, se quedó en un aposento bien cerrado; pero se llevaron al P. Vagnon en una litera, lo presentaron al tchin ó magistrado, y fué despues trasladado á la cárcel en medio de los gritos de la multitud idólatra. Los cristianos dieron grandes muestras de su fervor en aquellas tristes circunstancias. Juan Yao, entre otros, corrió á la casa de los jesuitas, llevando en la mano un cartel que resumia los principales puntos del cristianismo. Habiendo sido interpelado por los guardas, contestó: «Quiero morir como cristiano y derramar mi sangre con los religiosos por la fé de Jesucristo.» Al siguiente dia, por órden del tchin, el P. Samedo, el hermano Sebastian y algunos cristianos que vivian con ellos, fueron trasladados á la cárcel donde se hallaba el P. Vagnon, quedando á poco separados unos de otros. Mientras que el P. Longobardi, que habia llegado á Pekin, secundado por los PP. Jacobo Pantoja y Sebastian de Orsi, se esforzaba en vano para hacer llegar á manos del emperador una respetuosa esposicion, la persecucion tomó creces en Nanking. «No me detendré, dice Samedo, en referir detalladamente los insultos, afrentas y ultrajes que sufrimos pasando de un tribunal á otro; unas veces nos despedian á puntapiés, otras á empujones; aquí nos abofeteaban, allí nos hacian rodar por el suelo; ora nos escupian en el rostro, ora nos lo cubrian de fango; estos nos arrancaban la barba, aquellos nos asian de los cabellos, con mil otras insolencias que inevitablemente deben sufrir los criminales si no llevan la bolsa bien repleta para poder redimirse de aquellas vejaciones, y procurarse la

(1) «Historia Universal del gran reino de la China,» por Alvarez Semedo, pág. 304 y siguientes.

humanidad de los ministros de la justicia, lo que los cristianos no podian hacer á causa de su pobreza.» El P. Vagnon habia sido condenado ya á ser apaleado, y sufrido aquel tormento, cuando el tchin le preguntó como pretendia hacer adorar como Dios á un criminal condenado á muerte judicialmente. El misionero aprovechó aquella ocasion para esplicar el misterio de la Encarnacion; pero el tirano, refiere Samedo, no pudo sufrir que le hablase con aquella libertad, y mandó que le diesen otros veinte palos para amortiguar el fuego que le animaba. Como sus heridas no estaban todavía cicatrizadas, se abrieron todas, sufriendo el paciente terribles dolores, manando la sangre de ellas como de otros tantos caños y saltando hasta los piés del tchin. El estado de salud del P. Samedo le libró de verse apaleado.

Entretanto la órden de destierro, al pié de la cual habian hecho poner por sorpresa la firma del emperador, fué llevada á cumplimiento en todas partes, pero en ninguna con tanto rigor como en Nanking. En esta ciudad, el dia 6 de marzo del año 1616, los religiosos fueron conducidos con la soga al cuello en presencia del tchin, y como el P. Samedo no podia andar, le llevaron en andas. El perseguidor les dijo, que si bien habian incurrido en la pena capital por haber predicado una religion nueva en la China, no obstante, el emperador en su bondad, les concedia la vida, contentándose con hacerles dar á cada uno diez palos y acompañarles á la frontera. «La grave enfermedad del P. Samedo, le libró de aquel tormento, dice este historiador; pero al P. Vagnon le fué aplicado con tanta violencia, que estuvo enfermo por espacio de un mes, sin poder cicatrizar sus heridas. Despues de haber sido proferida esta sentencia, se apoderaron de nuestra casa, nuestros muebles y particularmente nuestros libros, diciendo los ejecutores que éramos indignos de llevar el nombre de letrados. Luego nos metieron en una especie de jaula de madera, muy angosta, de que se sirven para trasladar á los reos condenados á muerte de un lugar á otro, con una cadena al cuello, esposas en las manos, sueltos los cabellos, los hábitos desabrochados, para manifestar que éramos estranjeros y medio salvajes; y así encerrados como unas fieras, nos trasladaron, el dia 30 de abril, desde la cárcel á un tribunal para hacer sellar nuestras jaulas con el sello real.... Estraordinario era el estruendo que hacian con las cadenas de hierro que llevaban los soldados y otros agentes públicos que nos custodiaban. Delante de nosotros, en tres grandes tablas, habia escrito en gruesos caractéres la sentencia del rey, que prohibia á todos los chinos tener ninguna relacion con nosotros; salimos de Nankin encerrados del modo referido, empleando un mes para llegar á la primera ciudad de la provincia de Canton, donde fuímos presentados al *tutan*, quien, despues de habernos reprendido severamente por lo que habíamos hecho y por anunciar una nueva ley en la China, nos puso en manos de los mandarines, quienes nos llevaron por todos los tribunales acompañados de un inmenso gentío; y por último, nos hicieron salir de la ciudad para emprender la ruta de Macao, donde llegamos al cabo de algunos dias.» No logró sin embargo cumplidamente su objeto el perseguidor que habia logrado obtener la proscripcion general de los misioneros, porque esceptuando Nanking y Pekin, en todas partes encontraron los jesuitas asilo y socorro en casa de los indígenas convertidos. En la misma ciudad de Pekin, dos hermanos coadjutores, naturales de la China, y por consiguiente no comprendidos en la sentencia de destierro, continuaron habitando el local concedido por el emperador para sepultura de los misioneros, cuyo respetable destino salvó la casa y el jardin contra las codiciosas tentativas de los idólatras. La residencia de Ham-cheu, la última que los jesuitas habian fundado hasta entonces, fué para ellos el puerto mas seguro en medio de aquella tempestad: á fin de manifestar que obedecian la órden de destierro, partieron en mitad del dia acompañados de los principales

cristianos; pero volvieron á entrar en secreto al poco tiempo, y encontraron en casa del letrado Miguel una habitacion y una iglesia dispuesta preventivamente para el caso de una persecucion.

La dispersion de los jesuitas les obligó á establecer nuevas residencias, así como á reorganizar su academia ó colegio, lo que hicieron en Kia-tin en casa del letrado Ignacio, contando ya desde un principio con doce jóvenes chinos, número considerable, atendidas las circunstancias y lugares. Al cabo de tres años volvió á entrar el P. Samedo en la China protegido por un disfraz, siguiéndole dos años despues el P. Vagnon. La iglesia parecia haber recobrado su libertad, pero en el año 1622 volvió á declararse la persecucion por haber querido confundir á los cristianos con ciertos sectarios, que se habian sublevado en la provincia de Chan-toung, apoyándose para acreditar aquella calumnia, en el poco caso, decian, que los jesuitas hacian de las órdenes del emperador, permaneciendo en la China contra su voluntad. La prudencia obligó á los misioneros á ocultarse con mayor cuidado, hasta el momento en que el tchin, su encarnizado perseguidor, habiendo caido en desgracia, pudieron por fin respirar. Durante aquella persecucion, dice Samedo, los indígenas ambicionaron el martirio, pero Dios no lo concedió sino á un anciano, llamado Andrés, quien sucumbió á consecuencia de haberle apaleado violentamente por su heróica constancia. Las primeras insurrecciones de los tártaros mandchues (1), que el emperador Chin-tsong, muerto en el año 1620, habia despreciado, empezaron á alarmar á su sucesor, y los mandarines amigos del cristianismo se aprovecharon de aquella circunstancia para sacar un partido de ella en favor de la mision. Representaron que se habia cometido una gran falta proscribiendo á los jesuitas, matemáticos muy hábiles, cuya ciencia podia haber sido consultada con gran provecho en aquellas críticas circunstancias; y que como aquellos religiosos no habian podido tal vez salir todos del territorio del imperio, seria muy conveniente buscarles y llamarles á la córte para utilizar sus profundos conocimientos. Sabedores los jesuitas de aquellos pasos que se habian dado, objetaron á sus amigos que ellos no eran hombres guerreros; pero se les contestó que no debian alarmarse por el medio que se habia empleado para obtener que volviesen á ser llamados, pues una vez restablecidos en su primera posicion, no tendrian que representar otro papel que el de civilizadores y apóstoles. El nuevo emperador, segun el informe favorable del consejo de guerra, autorizó el regreso de los jesuitas, de modo que habiéndose dirijido á Pekin los PP. Nicolás Longobardi y Manuel Diaz, se instalaron de nuevo en su casa, donde volvieron á seguir sus antiguos ejercicios. La autorizacion imperial protejió tambien las diversas residencias de las provincias.

(1) Los tártaros mandchues, habitan una vasta region del imperio chino comprendida principalmente en el gran valle formado por el rio Amor y sus tributarios, confinando con la Rusia y la Tartaria. Cuentan una poblacion de cerca de dos millones de almas. Los mandchues tienen la nariz achatada, los ojos pequeños y de color amarillento; son de mediana estatura. Profesan el budismo. A fines del siglo XVI empezaron á formar una nacion, declarando la guerra á los chinos. En 1644 Psing, uno de sus principes, hizo la conquista de la China y empezó la dinastia imperial que reina hoy dia en aquel imperio; pero á pesar de una dominacion de cerca do dos siglos, los mandchues son considerados aun por los chinos como unos bárbaros cuyo yugo pretenden sacudir. (Nota del Trad.)

CAPÍTULO XXVI.

Misiones de los jesuitas, franciscanos, capuchinos, dominicos y carmelitas en Turquía, Armenia y Persia.

En su lecho de muerte, decia el P. Mateo Ricci á sus hermanos, segun Trigaut: «Amo singularmente en Nuestro Señor, al P. Pedro Cotton, que reside en la córte del rey de Francia. Habia resuelto escribirle este año, aunque no le conozco, para congratularme con él por lo que ha adelantado la gloria de Dios, y darle á conocer particularmente el estado de nuestra mision. Ahora os suplico á vosotros, porque no me es dado á mi hacerlo, que me escuseis

con él.» El ilustre jesuita que así ocupaba los últimos instantes de Ricci, no solamente habia abierto la Arcadia á los hijos de San Ignacio(1), sino que acababa de asegurar su mision de Constantinopla, cuyo orígen vamos á referir. Los católicos de Pera (arrabal de aquella ciudad) que en otro tiempo formaban cinco ó seis grandes parroquias, viéndose reducidos á diez y siete familias, se dirigieron al baron de Germiny, embajador de Enrique III en la Sublime Puerta, y le rogaron que emplease su valimiento para procurarles una mision de jesuitas. El embajador obtuvo de Gregorio XIII cinco religiosos de aquella órden, que estableció en la iglesia de San Benito, cedida por el sultan. El P. Julio Mancinelli, superior de la mision, era un varon ejemplar, á quien el Espíritu Santo revelaba las cosas futuras como á los profetas, segun refiere el P. Dorleans. El éxito que obtuvieron los esfuerzos de aquellos hombres apostólicos, fué extraordinario; pero habiendo obligado algunos asuntos al superior á volver á Italia, y habiendo estallado la guerra entre turcos y venecianos, la mision sufrió muchísimo; siguió la peste que hizo grandes estragos en Constantinopla, de la que perecieron todos los jesuitas, coronando su apostolado con el martirio de la caridad, sin que ni uno solo se salvára para escribir á Roma, de modo, que su casa quedó abandonada. Las cosas permanecieron en aquel estado, por espacio de mas de veinte años, hasta que el P. Cotton, sugirió á Enrique IV la idea de restablecer aquella mision, tan útil para hacer revivir la fé católica entre los cismáticos de Levante. El baron de Germiny, habia tenido por sucesor á M. de Breves, á quien sucedió á su vez el baron de Salignac, que queria mucho á la Compañía de Jesus, y en particular al P. Cotton. Consideraba como un gran consuelo para él, tener á los jesuitas cerca de su persona en un pais estrangero é infiel; así es, que, encargado por el rey de procurar su regreso á Constantinopla, negoció aquel asunto con tanto celo, que en breve el sultan escribió á Enrique IV, participándole su consentimiento. No queriendo diferir el P. Cotton la ejecucion de una empresa tan útil á la religion, empezó á tomar sus medidas; pero el rey creyó que M. de Breves, que habia sido veinte y dos años embajador en Constantinopla, podria informar debidamente; y como se hallaba en Levante, aguardóse su regreso. En aquel intervalo, los herejes de Francia pusieron todo su empeño en impedir el restablecimiento de la Compañía de Jesus en Turquía; sobornaron al monge griego Joasaph, que se hallaba en Paris, y le persuadieron que escribiese al patriarca de Constantinopla que los jesuitas iban á Oriente con el objeto de apoderarse de todos los antiguos manuscritos de los padres griegos, para corromperlos y hacer de ellos despues un arma contra los dogmas de la iglesia griega. Habiendo enseñado el patriarca la carta del monge al baron de Salignac, desengañóle tan completamente el embajador, que se la dejó en su poder. Como Joasaph, á fin de dar mas fuerza á sus palabras, citaba las personas de las cuales era eco, el rey les habria castigado, si los autores de la calumnia no hubiesen desmentido á su agente, que fué espulsado del reino. Cuando M. de Breves regresó á Paris, el P. Cotton eligió cinco jesuitas para ir á inaugurar el nuevo establecimiento, bajo la direccion del P. Francisco de Cavillac. El P. Guillermo Levesque, uno de ellos, es citado en el Menologio de su Compañía, como un religioso de una perfeccion consumada, y el P. Dorleans hasta le atribuye algunos milagros. Cuando los apóstoles llegaron á Constantinopla en el año 1609, se dedicaron á aprender el griego vulgar, y lo lograron tan cumplidamente, que al cabo de seis meses el P. Caudillac se halló en estado de predicar en griego, y oir la confesion de los cristianos de aquella nacion, cuyo concurso fué considerable en la Pascua del año 1610; porque apenas se supo que los misioneros empezaban á hablar el idioma del pais, cuando acudió á su casa tanta afluencia de pueblo, sacerdotes, obispos y metropolitanos, que no po-

(1) Véase libro II cap. 15.

dian dar el abasto á tanto trabajo. No hubo una sola persona, incluso el patriarca, que no les diese señaladas muestras de aprecio, y dejára de manifestarles sus vivos deseos de reunirse con el pontífice romano. Habiendo pasado por Constantinopla el patriarca de Jerusalen, quedó tan prendado de su conversacion, que al regresar á su diócesis les mandó á su hermano para que le instruyesen en su doctrina. Pero al paso que eran solicitados por los cismáticos, los jesuitas tenian el sentimiento de ver el bailío ó embajador de Venecia, muy diferente del ilustre Morosini, su antecesor, que buscaba todas las ocasiones para desacreditarles y humillarles, imaginando que agradaba con aquel proceder á su República, enojada entonces contra los jesuitas, con motivo del interdicto de que tanto ha hablado la historia. El celo y el crédito de que gozaba el baron de Salignac, apaciguaron aquella tempestad, contribuyeron á que fuese tranquila su permanencia en Constantinopla, y á que pudiesen restablecer todas las funciones de la mision en su antigua iglesia de San Benito. Sin embargo, otra peste aniquiló la segunda colonia, como lo habia hecho con la primera; pero merced á los nuevos obreros que le mandó el P. Cotton, tan celosísimo protector de las misiones católicas, pudo restablecerse la de Constantinopla, hasta que en el año 1616, el embajador veneciano, se declaró ostensiblemente enemigo de los jesuitas.

Dudaba tanto menos del rigor con que se trataria á los misioneros, cuanto que sabia las crueldades ejercidas en una época reciente en la persona de San José de Leonisa. Este santo, nacido en el año 1556 en el pueblo de Leonisa, cerca de Otricoli, que pertenece á los Estados pontificios, habia profesado á los diez y ocho años en el convento que tenian allí los Capuchinos, y trocado su nombre de Eufranio por el de José. Siempre fué un cumplido modelo de dulzura, humildad, paciencia, obediencia y castidad. La vivacidad de su fervor, hacia muy meritorias todas sus acciones, hasta las que parecian mas indiferentes á los ojos del mundo. Tres dias por semana ayunaba á pan y agua, y pasaba muchas cuaresmas del mismo modo. Dormia sobre una tarima y por almoada tenia un tronco de árbol. Nunca era mayor su alegría, que cuando tenia ocasion de sufrir algunas injurias ó desprecios; considerábase como el último de los pecadores y tenia por costumbre decir: « Es verdad que por la misericordia de Dios no me he manchado con enormes crímenes, pero he aprovechado tan mal la gracia, que he merecido mas que ninguna otra criatura ser abandonado por el que me la dispensó. » Su celo en estinguir en su corazon todos los deseos humanos, habia preparado su alma para recibir las mercedes estraordinarias que comunica el Espíritu Santo á los elejidos en el ejercicio de la oracion y la contemplacion. Tenia una singular devocion á Jesus crucificado, y los sufrimientos del Salvador eran el objeto mas ordinario de sus meditaciones. Habitualmente predicaba con el crucifijo en la mano, usando palabras de fuego que abrasaban en amor sagrado el corazon de sus oyentes. En el año 1587 sus superiores le enviaron á Turquía, para trabajar, en calidad de misionero, en la instruccion de los cristianos de Pera, arrabal de Constantinopla, del que hemos hablado anteriormente. Consagróse con una caridad verdaderamente heróica, al servicio de los galeotes, sobre todo mientras la peste hacia mayores estragos. Aquella cruel enfermedad le atacó á su vez, pero Dios le devolvió la salud para el bien de una multitud de almas. No contento con arraigar la fé en el corazon de los cristianos, quiso volver á conducir al seno de la religion á los que por temor ó por la esperanza del logro de bienes materiales, la habian abandonado vergonzosamente, y convirtió á varios apóstatas, entre ellos á un bajá. Furiosos los musulmanes por los resultados que daban sus predicaciones, le encarcelaron por dos veces y le condenaron á muerte. Le colgaron en lo alto de una horca atravesándole con unos garfios de hierro la mano y el pié derechos, y encendieron debajo del mártir un brasero cuyo ardor y denso hu-

mo parecia que no debia tardar en sofocarle; no obstante, permitió Dios que soportase aquel terrible suplicio por espacio de tres dias, finidos los cuales le descolgaron. El sultan conmutó en destierro la pena de muerte que le habia impuesto, y entonces José se embarcó para Italia, llegó á Venecia y se trasladó á su convento despues de una ausencia de dos años. De regreso á su patria con el mérito del martirio, cuya consumacion no habia dependido de él, volvió á emprender sus trabajos apostólicos que Dios continuó protejiendo. Atormentado por un horrible cáncer que destruyó sus carnes, soportó por dos veces, en los últimos años de su vida, las operaciones de los cirujanos, sin lanzar el menor suspiro. Habiendo propuesto uno de los asistentes que le sujetasen durante la operacion, dijo mostrando el crucifijo: «Hé aquí el mas fuerte de todos los lazos, el cual me tendrá seguramente mas inmóvil que todas las ataduras.» Le estrechó amorosamente entre sus brazos y únicamente se le oyeron pronunciar estas palabras: «Santa María, rogad á Dios por nosotros, miserables pecadores.» Murió el dia 4 de febrero del año 1612 como lo habia predicho. Su rostro desfigurado por sus trabajos y mortificaciones, volvió á tomar despues de su muerte una maravillosa hermosura; y su corazon que fué conservado sin marchitarse, despidiendo una suave fragancia, era el símbolo de la pureza en que habia vivido. Beatificado por Clemente XIII en el año 1737, José de Leonisa fué canonizado por Benedicto XIV en el año 1746.

El baile (1), para perder á los jesuitas «con mas seguridad» dice el P. Dorleans, y para encubrir al mundo una accion tan horrible, trató secretamente el asunto con el caimacan y algunos otros oficiales de la Puerta. A fin tambien de ocultar mejor su plan, envolvió en la causa de los jesuitas al P. Juan de San Gal, de la órden de S. Francisco, vicario apostólico. Habia nacido súbdito de la república; pero el embajador creyó que no le seria difícil salvarle en el borde del abismo, cuando habria arrastrado allí á los que tenia intencion de hacer perder. Tomadas aquellas medidas, sin que nada se trasluciese, los oficiales del caimacan fueron á prender, al mismo tiempo que al vicario, á todos los jesuitas de los cuales era entonces superior el P. Juan Bautista Joubert. Desgraciadamente para las intenciones del baile, los oficiales sorprendieron al vicario apostólico cuando iba á quemar algunas cédulas dispuestas para ser firmadas y entregadas á renegados convertidos, lo que hizo que no se le tratára mas favorablemente que á los demás, y habiendo sido conducido á Constantinopla con ellos, fueron todos encerrados en un mismo calabozo. Apenas el baron de Sancy, que entonces era embajador de Francia en la Puerta, supo la desgracia de los misioneros, hizo cuanto pudo por lograr su libertad, la que sin duda no hubiera obtenido si la Providencia no acudiera en su ausilio. Tambien á los jesuitas como al vicario de la Santa Sede, les habian sido ocupados algunos papeles concernientes á la religion que podian dar motivo para formarles un proceso, sobre todo deseándolo tan vivamente sus enemigos. El caimacan mandó llamar á un intérprete para traducirlos, esperando hallar en ellos motivo para hacer condenar á los PP. y contentar á la persona que lo deseaba, pero quiso Dios que el intérprete de que se sirvió fuese un hombre adicto á los jesuitas, por haber sido en otro tiempo discípulo del P. Maldonado. Era un judío llamado Jacob, hermano del mayordomo del caimacan, y por consiguiente nada sospechoso, á quien se le presentó la ocasion de servir á sus amigos, interpretando favorablemente los escritos que se les habian encontrado. Habiendo sido examinados jurídicamente aquellos papeles y declarados inocentes los PP., el embajador francés logró que al poco tiempo fuesen puestos en libertad. La única víctima de aquella persecucion fué el vicario apostólico, porque las cédulas que le fueron ocupadas, no habiendo podido recibir ninguna interpre-

(1) Nombre que daban los venecianos á su embajador en la Puerta Otomana. (Nota del trad.)

tacion favorable, fué condenado á ser ahorcado; mas afortunado alcanzando aquel martirio, que los demás con su libertad, si puede llamarse tal los padecimientos que tuvieron luego que soportar, porque el baile, mucho mas irritado que antes, á causa de la pérdida del que queria salvar y la justificacion de los que queria perder, ofreció nuevas sumas al caimacan para obligarle á volver á empezar el proceso. Aquel magistrado habia ordenado encarcelarles otra vez, cuando uno de sus oficiales, indignado al ver tal sin razon, descubrió á los misioneros los manejos del baile, lo que exitó de tal modo el celo y la indignacion del baron Sancy, que tomó aquel asunto con tanto interés, como si perteneciese á la iglesia y á la nacion. Sin esto, aquellas inocentes víctimas por último hubieran sido sacrificadas al implacable furor de su enemigo, quien, no guardando ya ningun miramiento cuando se vió descubierto, luchó abiertamente contra el embajador francés, logrando con sus intrigas que el caimacan partiese la diferencia Despues de haber pasado los misioneros cuatro meses enteros en las cárceles de los Dardanelos, á donde fueron enviados en un principio, acordóse que de los seis que eran, se quedarian dos al lado del embajador, y los cuatro restantes serian embarcados para ser enviados á su pais. Estraordinarias fueron las contrariedades que sufrieron estos últimos durante su viage: su buque habiendo sido perseguido por un corsario, se refugiaron en las costas de Calabria donde naufragaron; habiendo logrado salvar sus vidas, apenas pusieron el pié en la playa, cuando los guardacostas dispararon contra ellos creyendo que eran piratas turcos, y solo despues de haber corrido grave riesgo, lograron darse á conocer. Desde allí fueron trasladados á un hospital, y merced á la proteccion del príncipe de Rochette, de la casa de Caraffa, pudieron pasar al mas próximo colegio de la Compañía, regresando por fin desde allí á Francia para confirmar las noticias que ya se tenian de la decadencia de su mision. El P. Cotton no habia aguardado su regreso para ocuparse en reparar las pérdidas y buscar los medios de enviar nuevos obreros á Constantinopla. En el tratado de tregua que el emperador Matías acababa de firmar con la Puerta, habia un artículo que decia: que los jesuitas podian permanecer y ejercer sus funciones en las ciudades de la dominacion otomana. El siervo de Dios, aprovechando aquella facultad y las buenas intenciones del baron de Sancy, hizo tanto para sí y sus amigos, que no tardó en presentársele la ocasion de poder enviar á Constantinopla nuevos socorros en obreros y limosnas. Desde entonces, aquella mision no tan solo ha sido muy permanente, sino que tambien se ha estendido por varios otros lugares del imperio otomano y del reino de Persia.»

Despues que el duque de Mercœur, uno de los principales gefes de la liga, se hubo sometido á Enrique IV, en el año 1598, el emperador Rodolfo II, atacado por los turcos, le ofreció el mando del ejército en el año 1601, y esta circunstancia favoreció el apostolado de los jesuitas, porque se hizo preceder por ellos en Hungría; y los hijos de San Ignacio continuaron desde entonces en aquellos paises, amparando á las almas contra el islamismo. El P. Francisco Zgoda, uno de ellos, manifestó de un modo notable que ningun sacrificio era superior á su celo. Su propósito era penetrar en Crimea; pero un embajador, enviado por el khan de la pequeña Tartaria al rey de Polonia, le hizo saber que no se podia entrar en aquel pais sin estar provisto de un firman ó con el título de esclavo. No por esto se desanimó Zgoda, pero fué preso por los tártaros. Regresando el embajador á su patria, le rescató, presentóle á sus compatriotas como un doctor de la ley católica, y el apóstol se estableció no lejos de Caffa, en uno de los puertos del mar Negro, predicando el Evangelio á los indígenas, muchos de los cuales abrazaron la religion cristiana.

Los dominicos, precursores de los jesuitas en Levante, alcanzaron el mismo éxito y corrieron los mismos peligros. La isla de Sira

(Pl. C, n.º 2) situada casi en el centro del archipiélago griego (1), recibió en 1607 al P. Andrés Garge, veneciano, revestido del carácter episcopal, encargado por el Pontífice romano de confirmar á los católicos en la fé: pero en cambio de su abnegacion, los cismáticos debian perderle en el año 1632. En Valaquia, el P. Andrés Bobbio, lombardo, del convento de Faenza, acompañado del P. Mateo de Ulonis, moravo, del convento de Leopol, estableció algunas iglesias del rito romano, y volvió á la unidad á varios cismáticos; pero algunos soldados hereges, enemigos de la fé católica y de la órden de los dominicos, tan celosa por su propagacion, le prendieron en el año 1610, haciéndole sufrir una horrible muerte. Su compañero, que escapó al través de espesos bosques, pudo librarse de sus manos, y desapareció de su vista, permitiéndolo Dios así, á fin de que el martirio del misionero no quedase oculto en las tinieblas del olvido. En fin, la Armenia, gracias á los esfuerzos de los dominicos, conservaba aun el depósito de la fé. Cuando la muerte de Azarias Fridonis, Paulo V habia propuesto para la iglesia católica de aquel pais al P. Márcos, armenio, que murió en Roma en el año 1607; el mismo Papa, á fin de que no estuviese por mas tiempo la sede vacante, instituyó enseguida arzobispo de Nakchivan al P. Mateo Erasmo, armenio, que se encontraba en Italia, y cuyo celo debia ser de mucho provecho para la salvacion de los cismáticos. Aquel prelado á quien acompañaban los dominicos Agustin y Pablo María, se encargó, en el año 1616, en union de varios religiosos del Carmelo y de San Agustin, de emprender una mision en Persia, de cuyas resultas Melquisedech, patriarca asiático, conoció la verdad; tambien lograron persuadir al rey de Persia, que dejára en completa libertad á los obreros evangélicos, y que enviase una embajada de honor al Pontífice romano. El dominico Pablo María, fué el encargado de ir á dar cuenta á Paulo V del estado de aquella mision en Persia. El Sumo Pontífice le recibió con mucha bondad; pero como se tratase, para utilizar sus talentos, de enviarle en calidad de obispo á los paises ocupados por los turcos, salió de Roma, se retiró á Nápoles sin consultar á sus superiores, y entró en la Cartuja, donde tomó el hábito. Apenas lo supo el general de los dominicos quejóse al Papa de que los cartujos, contra su voluntad, hubiesen admitido en su comunidad á Pablo María, y el Pontífice dispuso que le devolvieran á la órden de Santo Domingo. De regreso á Roma, permaneció aquel religioso durante algunos meses en el convento de San Sixto, y apenas habia trascurrido un año, cuando sabedor el Papa de que hablaba perfectamente el armenio, le nombró arzobispo de Myra y sufragáneo de la iglesia armenia de Nakchivan con futura sucesion. El prelado se trasladó á su iglesia de Myra, donde residió, llenando todos los deberes de un buen pastor para con su rebaño. Habiendo muerto en el año 1620 Mateo Erasmo, se apresuró á visitar las ovejas que le habian sido confiadas, llevando una vida apostólica hasta el año 1627, época de su muerte. Debemos añadir aquí, que sobre el año 1622, Gregorio XV, á ruegos del general Serafin Sicco, emprendió el establecimiento de un colegio en la provincia de Nakchivan para la instruccion de los cristianos armenios. El P. Gregorio Ursino, profeso en el convento de la Minerva, fué el designado para encargarse de la fundacion y direccion de aquel colegio; pero como fuese preso en el mar y cautivado por los infieles, ocupó su puesto el P. Juan Domingo Nazarius, natural de Armenia, quien fundó venturosamente el colegio, para cuya conservacion y gasto, la sagrada congregacion llamada *de Propaganda Fide*, le señaló una pension anual de quinientos escudos romanos.

Se ha visto que el espíritu de las misiones animaba á la congregacion de los carmelitas descalzos de España (1). « El P. Tomás de

(1) Monarquía de las Cicladas al S. O. de Tino. Tiene unos 15 kil. de longitud por 8 kil. de anchura. Su clima es dulcísimo, su suelo muy fértil, y la poblacion en su totalidad llega á unos 30,000 habitantes. (Nota del Trad.)

(1) Véase libro II cap. XX.

Jesus, dice el autor del *Viage á Oriente* (1), habiendo partido de España, de donde á su vez lo habian hecho tan gran número de misioneros, se dirigió á Roma, donde escribió aquel libro de oro de la conversion de todas las naciones, describiendo con mano maestra todos los errores de los infieles y sus soberanos remedios, el cual va acompañado de un tratadito que lleva por título *Aguijon de las misiones*, cuya sola lectura basta para despertar en los mas insensibles un vivo deseo de salvar las almas de tantos infieles que se pierden miserablemente todos los dias. El primero de nuestros padres que dió comienzo á las misiones orientales, fué N. V. P. Pedro de la Madre de Dios, natural de Aragon, hijo de la ciudad de Daroca, quien estableció nuestra congregacion en Italia, y fué el predicador ordinario de los papas Clemente VIII, Leon XI y Paulo V.» A contar del año 1604, se empezó la mision de Persia (2). Clemente VIII espidió en 12 de julio de dicho año, un breve á este efecto, y escribió al propio tiempo una carta al rey de Persia. Los misioneros se hallaban ya en camino, cuando Paulo V, sucesor de aquel Pontífice, les envió á su vez, fechado á 20 de julio del año 1605, otro breve en el que les conferia varias gracias. Aquellos religiosos se llamaban Pablo de Jesus María, genovés, de la familia de Rivarola, que fué nombrado tres veces general, y Juan de San Eliseo, natural de Calahorra en España, que andando el tiempo fué obispo de Ispahan y primado de toda la Persia. El Papa, cuando partieron, quiso que tomasen por patronos á los santos apóstoles de aquel pais, así es que se les llamó Pablo Simon, y Juan Tadeo. Llegaron á Persia acompañados del P. Vicente de San Francisco, valenciano, y fundaron en Ispahan, capital del imperio, un hospicio, que llegó á ser un convento en forma, en el que se practicaban todos los ejercicios de comunidad, como en los monasterios de los cristianos. El toque de campanas y la celebracion de misas y oficios, era tolerado por el soberano persa Abbas, quien tenia encargado á los carmelitas, que le avisasen si se les ocasionaba algun daño. Tenian entera libertad de predicar en lengua persa en su iglesia, cuya puerta estaba abierta dia y noche, manteniendo así en la fé á los antiguos católicos, y consolidándola en los nuevos convertidos. Tambien se permitia que anunciasen á Jesucristo por las plazas y calles, y manifestasen á los musulmanes engañados los desórdenes de Mahoma; pero los ciegos sectarios del islamismo contestaban á los misioneros que aunque hubiera sido mala su conducta, no por esto dejaba de ser un profeta á quien el ángel Gabriel, le habia confiado la ley, de modo que era preciso hacer lo que habia dejado escrito, sin cuidarse de lo que él habia hecho. Los religiosos penetraban en las casas particulares, donde les proponian algunas dudas que se complacian en resolver; y como los persas son muy curiosos, aquellas conferencias por lo general muy concurridas, les daba pié para esponer toda la doctrina de la religion católica, produciendo muy felices resultados. Muchos musulmanes recibieron secretamente el bautismo, y por prudencia se les envió en pais cristiano, porque si hubiesen sido descubiertos, habrian tenido que renegar de la fé ó sufrir el martirio, como aconteció en el mes de febrero del año 1622. Hacia tres meses que los carmelitas habian bautizado á cuatro persas, y les hicieron acompañar al superior de su convento de Ormuz, por otro persa igualmente bautizado. Descubiertos por el camino, los nuevos cristianos fueron conducidos á Ispahan, condenados á ser apedreados y quemados, cuyo cruel martirio soportaron con heróica constancia. Mucho sufrieron los religiosos en aquella ocasion, pero el rey no consintió en que atentasen contra su vida. Los carmelitas eran sobre todo muy útiles á la infancia; porque en caso de enfer-

(1) *Viage á Oriente*, por el R. P. Felipe de la Santísima Trinidad, carmelita descalzo. Pág. 406

(2) Veánse los *Anales de los carmelitas descalzos*, por el R. P. Luis de Santa Teresa, carmelita descalzo, visitador general. Tom. I pág. 332.

medad grave, los padres de las criaturas las llevaban al convento, ó hacian ir á su casa á los misioneros, para que rogasen á Dios que devolviera la salud á sus hijos, la mayor parte de los cuales eran bautizados. Aquellos religiosos trabajaban además en la conversion de los cismáticos, armenios, jacobitas y nestorianos, que habitaban en Ispahan y en sus inmediaciones. Los armenios comparando el desinterés de los carmelitas con la codicia de sus sacerdotes, profesaban á aquellos mucha estimacion. No contentos con fundar un convento en Ispahan, y un hospicio en Chiraz, junto al Roknabad, los carmelitas descalzos se procuraron para el establecimiento de su casa de Ormuz un lugar seguro, en donde, bajo la proteccion portuguesa, podian guardar limosnas para la mision persa, enviar los musulmanes convertidos, y retirarse ellos mismos en caso de destierro; pero aquel asilo fué destruido en el año 1622, cuando la isla de Ormuz cayó en poder de los persas, que arrojaron de ella á los cristianos. No obstante, Dios habia inspirado á los carmelitas otra idea feliz, procurándose un refugio muy estable y un centro de accion mas importante, cuando en el año 1620, el P. Leandro de la Anunciacion, fundador del convento de Ormuz, obtuvo del virey de las Indias y de Cristóbal de Lisboa, arzobispo de Goa, la autorizacion para edificar en aquella ciudad uno de los mas bellos establecimientos que el órden haya poseido. La iglesia fué consagrada bajo la advocacion de Nuestra Señora del Monte Carmelo. De aquel convento se originaron varios otros, entre ellos el de Santa Teresa, cerca de Goa, el de San José, en Diu, y otro en Mozambique. El colegio y noviciado, quedaron establecidos en el monasterio de Goa, destinado á procurar obreros apostólicos á las misiones orientales del instituto, tales como la de Tattá, á orillas del Indo, capital del Sindhy, establecida por el español P. Fr. Luis Francisco; y la de Bassorah, en la márgen derecha del Cha-el-Arab, fundada sobre el año 1623, por el portugués P. Basilio de San Francisco.





LIBRO TERCERO.

DESDE EL ESTABLECIMIENTO DE LA CONGREGACION DE LA PROPAGANDA, HASTA LA SUPRESION DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

CAPÍTULO I.

Orígen y objeto de la congregacion de la Propagacion de la Fé. — La Francia, ausiliar é instrumento de la Santa Sede para la obra de las misiones: el P. Cotton, el P. José y San Vicente de Paul.

El carmelita Felipe de la Santísima Trinidad, segun dice el P. Pedro de la Madre de Dios, fué el varon eminente que intentó inducir á Clemente VIII á fundar la Congregacion de la Propagacion de la Fé.... Nuestro venerable padre Domingo de Jesus María, añade el propio autor, natural de Calatayud, llamado antes Bilbilis, universalmente conocido por la rara santidad de su vida y por los hechos milagrosos que habia practicado, dió gran impulso al establecimiento de aquella Congregacion durante el pontificado de Gregorio XV, á la que contribuyó tambien por su parte procurando crecidas limosnas, debidas á personas piadosas, para fundar las rentas destinadas á las misiones que habian de predicar la santa ley del verdadero Dios en tantos puntos del globo.

Véase de que modo describe Urbano Cerri, secretario de la Congregacion de la Propaganda, el orígen y el objeto de aquella santa institucion.

«Hay, dijo Cerri á Inocencio XI, cuatro congregaciones de cardenales, que son otras tantas columnas que sostienen el mundo cristiano, gobernado por el alto saber de Vuestra Santidad. La primera es la de *los Ritos*, á cuyo cuidado está la direccion del culto de Dios y de los Santos; la segunda es la de *los Obispos* y regulares, que cuidan de los ministros sagrados; la tercera, es la congregacion del *Santo Oficio*, que sana ó separa á los gangrenados miembros de la iglesia cristiana; y por último, es la cuarta la congregacion de *Propaganda Fide*, destinada á conservar y estender la religion en todas las partes del mundo. Debe esta su orígen al papa Gregorio XV, de santa memoria, que, animado por el celo del P. Narni, predicador apostólico, la erigió, disponiendo por una bula, que fuese erigida y compuesta de trece cardenales, dos sacerdotes, un religioso y un secretario, los cuales deberian reunirse al menos una vez al mes; dándole luego conocimiento de todas las resoluciones que adoptasen. Al propio tiempo destinó el Pontífice para su conservacion los emolumentos de los *anelli cardenalitii*, les cedió un palacio que valia diez mil escudos, y además un capital de otros quince mil escudos en metálico. Tan santo principio fué continuado aun despues con mas ardor bajo el pontificado de Urbano VIII, quien nombró diferentes teólogos y predicadores de las órdenes religiosas, para que fuesen en calidad de misioneros á diferentes partes del mundo, concediendo además grandes privilegios y sumas considerables á la referida congregacion. Escitadas diferentes personas por tan noble ejemplo, dejaron bienes considerables á aquella sociedad, por lo que se vió pronto en estado de hacer grandes progresos, y de construir el vasto colegio que lleva hoy dia el nombre de *Urbano* ó de *Propaganda Fide* (Pl. CI, n.° 1.) Hé ahí los prin-

cipales bienhechores de la *Propagacion*: el cardenal S. Onofrio, que la dejó al morir doscientos siete mil escudos; el cardenal Cornaro, treinta y cuatro mil quinientos; el cardenal de Galamina, cincuenta y cuatro mil cuatro cientos; el cardenal Capponi, ocho mil; el cardenal Giustiniani, doce mil quinientos; el cardenal Ubaldini, cuarenta mil; monseñor Vives, cuarenta y dos mil; y finalmente, sesenta y cuatro mil el piadoso Juan Savanier. Contó además la sociedad con algunas pequeñas sucesiones, legados y limosnas, que juntos ascendieron á la suma de un millon de libras. Las cantidades que le habian sido ofrecidas en diversas épocas por personas desconocidas, ascendian á veinte y dos mil seiscientas libras; deduciendo de estas cantidades, la de cien mil escudos invertidos en la construccion de la iglesia y del colegio, cuenta la Congregacion con un capital de seiscientos quince mil escudos, que le produce anualmente unos veinte mil. Esta renta, junto con alguna mas que producen varias casas de su pertenencia, es recogida por un empleado, al que se dá el título de agente, que debe colocarla en el *Monte della Pieta*, no pudiendo ser sacada de él sin una órden de la Congregacion, firmada por el cardenal prefecto, el secretario y el oidor de cuentas. Hay una oficina en la que se registran cuidadosamente todos los gastos, así como tambien las órdenes á que se ha dado cumplimiento en virtud de lo dispuesto por la Congregacion, de modo que es de todo punto imposible el malversar cantidad alguna. Al fin de cada año, son todas las cuentas examinadas por una congregacion particular, á la que se dá el nombre de congregacion *dello Stato temporale*. Además de todas estas precauciones, ha dispuesto Su Santidad nombrar al cardenal Spinola, á fin de que velase muy particularmente sobre los intereses de la Congregacion, á la que ha logrado ya S. E. procurar diferentes ventajas, estinguiendo algunas de las deudas que pesaban sobre ella. A fin de dar ahora á Vuestra Santidad una idea general de los gastos que la Sociedad se ve obligada á hacer, incluyo la relacion de las siguientes obligaciones á que ha de atender: para el sosten del colegio necesita anualmente cincuenta mil libras; para los empleados de la Congregacion, mil setecientas; para la imprenta, mil; para la dotacion de los obispos, de los misioneros y de los colegios que existen fuera de Roma, diez mil; por algunos legados y otras deudas, dos mil setecientas; por gastos estraordinarios, como limosnas, reparaciones de casas y otros gastos indispensables, tres mil. Veamos ahora el colegio *Urbano*, ó de *Propaganda Fide*.

«Fué eregido este colegio en el año 1627 por Urbano VIII. Debió su orígen á una fundacion considerable, hecha por monseñor Juan Bautista Vives para mantener diez jóvenes, cualquiera que fuese la nacion á que perteneciesen. Fué aquella fundacion confirmada por el Papa, que tomó desde luego el nuevo colegio bajo su proteccion, concediéndole todos los privilegios é inmunidades de que gozaban los colegios de los alemanes, ingleses, griegos, y todas las escuelas de Roma; nombró, al propio tiempo á tres canónigos de tres iglesias patriarcales para dirigir aquel colegio, conforme consta en el breve *Inmortalis* de 1.° de agosto del año 1627. Diez años despues, ó sea en 1637, el cardenal S. Onofrio hizo una fundacion para doce jóvenes naturales de seis reinos de Africa y Asia, á saber: de los de Georgia, Persia, Nestoria, Jacobita, Melchita y Coftica, á los que añadió el de Armenia, caso de que faltasen jóvenes de alguno de los reinos antes citados; siendo igualmente aquella fundacion aprobada por el breve *Altitudo*. El propio cardenal hizo en el año 1639 otra fundacion para trece etíopes y brachmanes, de la que obtuvo así mismo la aprobacion por el breve *Onerosa*. Aquellas dos fundaciones, que contenian diferentes cláusulas referentes á la edad, y á la eleccion, fueron unidas ó agregadas al colegio *Urbano* en 1641 por el breve *Romanus Pontifex*. Se quitó á los canónigos de las iglesias patriarcales la administracion de los dos primeros colegios para



conferirse esto á la Congregacion instituida por Gregorio XV. Pero como ha habido siempre gran dificultad en encontrar jóvenes de las naciones anteriormente citadas, la Congregacion, de acuerdo con la casa de los Barberini, y prévia la autorizacion del Papa, dispuso, y ha dispuesto varias veces de aquellas plazas *pro tempore*, en favor de otros jóvenes. El colegio Urbano está regido por un rector, que es sacerdote secular, bajo la inspeccion del secretario, el cual da cuenta cada cuatro meses al cardenal llamado *Mensario*, que tiene á su vez la obligacion de visitar el colegio y ver si los estudiantes están bien dirigidos. Puede decirse, para el consuelo de Vuestra Santidad, que aquellos alumnos son tratados, educados é instruidos mucho mejor de lo que lo son en ningun otro colegio ni seminario de Roma.... Los cursos de aquellos jóvenes están confiados á sábios lectores que les enseñan teología escolástica, controversia, moral, filosofía, humanidades, y las lenguas latina, griega, hebrea y árabe. El cardenal encargado de inspeccionar los estudios de aquellos novicios, asiste anualmente á sus exámenes con el secretario y los lectores.

Imprenta. —En el palacio de la Congregacion, hay una sala en la que abundan caractéres en cuarenta y ocho lenguas diferentes, teniendo á su frente un buen impresor y corrector; imprímense contínuamente en ella varias obras destinadas á conservar y propagar la fé católica, las cuales son luego distribuidas gratis entre los obispos, misioneros y otras personas piadosas, á fin de que á su vez las esparzan tambien gratis por toda la faz de la tierra.

Archivos. —Todas las memorias y cartas que la Congregacion recibe, así como tambien las copias de todas cuantas escribe, son cuidadosamente guardadas en los archivos, al igual que todos sus decretos y resoluciones; pero por mas exacto que sea el registro, son tan numerosas y diferentes las materias que contiene, que solo á costa de un gran trabajo pueden encontrarse en él las antiguas deliberaciones.

Despues de haber presentado á la Propaganda, como un foco, desde el cual los misioneros, cual otros tantos luminosos rayos, van á desvanecer las tinieblas de la infidelidad en todos los pueblos de la tierra, no podemos dejar de hacer mencion, de que la Francia parecia ser la destinada por la Providencia á secundar del modo mas eficaz la obra civilizadora y santa de aquella Congregacion. En tiempos de San Luis, el ascendiente del reino cristianísimo se hacia sentir en todas las partes del mundo conocido; y en la época presente va estendiéndose con simultaneidad en América, Asia y Africa: sin hablar de los reyes ni de sus ministros, de cuya proteccion decidida podríamos hacer mencion en el presente relato, limitarémonos á indicar tan solo tres nombres ilustres, los del P. Cotton, del P. José y do S. Vicente de Paul.

Sabida es ya la influencia benéfica que ejerció el P. Cotton, confesor de Enrique IV y de Luis XIII, en el interés de las misiones estrangeras; el P. Dorleans nos dice, que aun despues de haber abandonado la corte, no fué por ello menos decidida la proteccion que continuó el célebre jesuita dispensando á esta obra. « Hacia ya algunos años, dice aquel historiador, que los ingleses habian arrojado á los misioneros del Canadá, para hacerles dirigir nuevamente á Francia, lo que vió el P. Cotton con gran disgusto, por considerar aquel acto injusto como la ruina de su propia obra, ruina que de ningun modo le era posible evitar. Sin embargo, no debia tardar en verse nuevamente en el caso de poder prestar todo su apoyo á las misiones, objeto particular y constante de su predileccion. Dos jóvenes jesuitas que estaban cursando teología en la Fleche, se conferenciaban con el P. Mané, residente en aquella casa convento desde su regreso de Nueva-Francia, lo que hizo que aquellos dos jóvenes se sintiesen animados de un vivo celo por restablecer aquella mision. Habiéndose dirigido luego aquellos dos jóvenes á Paris para terminar su carrera, hablaron del celo de que estaban poseidos á un

gran siervo de Dios, llamado el P. de la Bretesche, y como en breve animase á este el mismo deseo, habló de ello al duque de Ventadour. Tomó el duque á su vez tan á pechos aquel importante asunto, que por llevarlo mas fácilmente á buen término, tuvo el celo de comprar á su tio el duque de Montmorenci, el gobierno del Canadá. Así las cosas, el duque de Ventadour se dirigió al P. Cotton, pidiéndole misioneros que le procurasen la realizacion de la mas grata de sus esperanzas. Á semejante peticion, el santo provincial bendijo la Providencia amorosa que por tales medios le procuraba el consuelo de restablecer por sí mismo una obra que habia empezado ya anteriormente para la mayor gloria de Dios y salvacion de las almas; así que, hizo el provincial por su parte todo lo posible en favor de aquella mision que le habia sido siempre tan querida. Los dos primeros autores de aquel plan, que eran los PP. Le Jeune y Vimond, no pudieron formar parte de la primera cohorte evangélica, por hallarse aun algo atrasados en su carrera; reservándoseles para la segunda espedicion que saliese para el Canadá. El P. Cárlos Lalemant, el P. Massé y el P. de Brebeuf, este hombre ilustre que habria sido un gran santo, á no haber logrado ser despues un gran mártir, fueron los primeros que partieron para aquellas regiones. Para dar mas fácilmente cima á aquella obra piadosa, Dios llamó á la Compañía á un hijo del marqués de Gamache, el cual teniendo á su entrada la devocion de formar un colegio en Quebec, no tardó en obtener de su padre el permiso y todo lo demás que era necesario para poder realizarlo. De este modo fué establecida sólidamente aquella mision, á la cual parece dispensó Dios una gracia especial para santificar á sus operarios.»

La direccion de las misiones del Canadá, de Levante y de Marruecos, fué ejercida por un personage ilustre, Francisco Le Clerc del Tremblay, tan conocido bajo el nombre de P. José, que habia tomado al hacerse capuchino, uno de los agentes mas fieles y activos del cardenal de Richelieu. Hé aquí lo que dice el abate Richard respecto á la mision que nos ocupa, y el celoso sacerdote que tanto se desveló por ella: «Todo lo puso aquel religioso en obra cuando se trató de la gloria de Dios, y de llevar su nombre á los paises mas lejanos; á fin de obrar con mas acierto, pidió permiso á Urbano VIII, que se lo dió con tanto mayor gusto, cuanto vió que el rey favorecia aquella empresa con sus liberalidades y con la proteccion que dispensó en todo al P. José. Fué nombrado éste superior de la gran mision de Oriente en el año 1625; inaugurando su cargo con la compra de varios hospicios para hospedar á los religiosos que envió con los ornamentos necesarios para la celebracion de los divinos oficios, y administrar los sacramentos. Como tenia la facultad de escoger en todos los conventos de su órden los religiosos que le pareciesen mas á propósito para las misiones, no tardó en tener á su disposicion mas de ciento que ardian en deseos de justificar su eleccion, llevando la ley de Jesucristo á todas las partes del mundo, y de mostrarse capaces de sufrir el martirio por la propagacion de su Evangelio. Todos ellos fueron destinados de dos en dos y de cuatro en cuatro, á Grecia, Palestina y Armenia; el rey de Georgia, que habia reconocido la autoridad espiritual del Papa, pidió el ausilio de alguno de aquellos misioneros, así como lo reclamaron tambien los habitantes de Scio, Esmirna, Alepo y los de otras grandes ciudades. Las conversiones que obraron en aquellos paises fueron tan numerosas y de tal consideracion algunas de ellas, que en breve llegaron á oidos del Papa y de la Congregacion de *Propaganda Fide*. Al ver los grandes triunfos que coronaban la obra del P. José, le pidieron uno y otra que enviase religiosos á Túnez, Argel, al gran Cairo y á Naxia, cuyo arzobispo los reclamaba con las mas vivas instancias. El embajador de Francia en la Puerta, obtuvo tambien del sultan, la autorizacion competente para establecer misiones católicas en todo su imperio; si bien no tardó el gran

visir en hacer anular aquella disposicion, ó al menos en hacer que quedase sin efecto en todos los puntos donde no habia cónsules franceses. Con todo, se permitió á los capuchinos establecer escuelas para la juventud en Constantinopla, con lo que se aumentó considerablemente en poco tiempo el número de los cristianos. Al ver el impulso que iba tomando el cristianismo en aquel imperio, acudieron á él religiosos de varios puntos de España y de Italia, para cooperar de consuno con los misioneros allí establecidos, á la propagacion de las doctrinas católicas; siendo particularmente la Persia, la Armenia, el Líbano y Babilonia, los principales puntos en que hizo brillar la pura luz de la fé, aquella nueva milicia evangélica. Los misioneros que se dirigieron á Ispahan, fueron á hospedarse en el palacio real, donde permanecieron por espacio de veinte años, y sin duda continuarian habitándole aun, si los holandeses, envidiosos de aquella alta honra dispensada á los súbditos del rey, no les hubiesen presentado como sospechosos á los ojos de los ministros del rey de Persia. El emir Fakardin, príncipe del monte Líbano. recibió á los misioneros mucho mejor aun que ningun otro soberano; manifestóles desear ardientemente que el príncipe de Orleans, ó cualquier otro de la familia real de Francia, emprendiese la conquista de Tierra Santa, y que para secundar tan grande empresa, gustoso ofrecería al rey todos sus estados, sus tropas y todas sus riquezas. El patriarca de los maronitas, el arzobispo de Heden, y todos los prelados que gemian bajo el yugo del sultan y de los demás príncipes mahometanos, se pusieron al frente de los misioneros, logrando obrar maravillosas conversiones; el arzobispo de Naxia, al dirigirse desde Roma á Francia en el año 1626, fué al poco tiempo de su llegada presentado al rey por el P. José, al que pidió su proteccion por los obispos y cristianos del archipiélago y de la isla de Andros, asegurándole que en las rogativas públicas se le nombraba despues del Papa, y que eran tantas las ventajas reportadas por las predicaciones de los capuchinos franceses, que no podia menos de considerárseles en todas partes como verdaderos apóstoles; que aquellos PP. habian restablecido en varios puntos la confesion auricular, confundido á los jacobitas y nestorianos, convertido á un gran número de turcos y de cismáticos griegos, é iniciado é instruido en las eternas verdades católicas, á un gran número de judíos que se dedicaban al comercio en Tesalónica. Increibles son los progresos que hicieron en dos años aquellos misioneros; es imposible que nuestra religion, objeto del ódio de todos los pueblos bárbaros, hubiese podido difundirse con tanta rapidez por todas las provincias de Levante, á no haber sido la decidida proteccion que dispensó el cielo á los trabajos de aquellos hombres apostólicos, y á no haber aunado el Papa y el rey sus esfuerzos para cooperar unánimemente á la realizacion de sus grandes designios. De este modo lograron vencerse todos los obstáculos: el Papa acordó al P. José todo cuanto podia desear para la ejecucion de su proyecto, y el rey atendió á las necesidades de los misioneros, procurando al ilustre capuchino sumas considerables, que empleaba este en la compra de todos los ornamentos necesarios para el culto, en limosnas y en el sosten de sus preclaros hijos, los cuales podian ejercer así mas libremente su ministerio, por no depender su sustento mas que del gefe del Estado. Desde que el cardenal de Richelieu hizo entrar al P. José en la direccion de los negocios públicos, no cesó de consagrarse con tierna solicitud á los de aquella mision, que habia sido siempre objeto principal de todos sus cuidados. Basta á demostrarlo lo que acababa de hacer una hora antes del ataque apoplético que le condujo al sepulcro, esto es: contestó á diferentes cartas de los misioneros de Constantinopla y del monte Líbano, y espidió nuevas órdenes que contribuyeron á conservar aquellas misiones despues de su muerte en el floreciente estado en que se hallaban. Hé aquí á lo que llamaba un emperador romano morir en la brecha.»

San Vicente de Paul, que habia estado cautivo en Túnez, y que habia visto por lo mismo de cerca las tinieblas y las inmorales consecuencias de la infidelidad, suspiraba sin cesar por aquellos pobres hermanos suyos, olvidados del resto de los hombres, que yacian en la idolatría y la barbárie. Así que, dice Collet, (1) «las alas de paloma, que el rey profeta pedia con tanto ardor para trasladarse á un punto separado del trato y de la injusticia de los hombres, Vicente de Paul las pedia para volar allende los mares y anunciar el Evangelio á los infieles, por mas que debiese su caridad costarle la vida. ¡Ah! miserable de mí, decia algunas veces en el esceso de su celo, me he hecho indigno, por mis pecados, de servir á Dios en los pueblos que le desconocen! — ¡Que feliz, decia otras veces, que feliz es la condicion de un misionero que, en sus trabajos por Jesucristo, no tiene otros límites que los de la tierra conocida! ¿Por qué, pues, fijarnos en un punto y prescribirnos límites, cuando nos ha concedido Dios toda la estension de la tierra para ejercer nuestro celo?» De estos sentimientos nacia en el corazon del hombre apostólico, aquella veneracion profunda en que tuvo siempre á S. Francisco Javier, y en general á todos los misioneros de las órdenes religiosas que se consagraron á evangelizar los paises estranjeros. Cuando el interés de sus respectivas misiones les llamaba á Francia, é iban á visitarle en San Lázaro, reunia Vicente la comunidad en su presencia, á fin de que viesen sus hermanos los bienes que Dios se habia dignado obrar por medio de aquellos santos varones, y se animasen para seguir sus huellas. Finalmente, deseando mas bien saber la cosecha prodigiosa que podia aun recojerse, que los frutos ya obtenidos, se ofreció con toda su comunidad á Jesucristo para desbrozar, como los demás, una parte del vasto campo del Padre de la familia humana. Sin embargo, como fué siempre su principal máxima, el no emprender cosa alguna sin una vocacion legítima, aguardó en paz aquella hora del Señor que no es dado anticipar, tan dispuesto á no partir jamás, como resuelto á hacerlo al primer llamamiento; aquella hora empero tan deseada no sonó para él, por unirle la Providencia á su patria con lazos que Vicente no pudo romper; con todo, sonó para diferentes de sus hijos, algunos de los cuales llevaron la luz de la fé á paises en que era desconocida, al paso que la conservaron otros en una region, en la que habria convertido en hombres libres á muchos mas esclavos, á no haber reprimido su generoso impulso los temores de la apostasía. Los primeros de los hijos de San Vicente de Paul predicaron la fé en Madagascar en medio de grandes sufrimientos, y los últimos la anunciaron en Berberia, donde sufrieron quizás aun mucho mas.

De este modo fueron entonces Roma y Francia, como en tiempos de San Luis, inseparables, mereciendo á porfía el reconocimiento de los pueblos en que los misioneros anunciaron la purísima doctrina del Evangelio. Nos limitamos á hacer aquí estas indicaciones, por ser las que mas nos han de servir en el curso de la presente *Historia*, para continuar la relacion de los hechos, brevemente interrumpida.

CAPÍTULO II.

Celo por las misiones en la órden de Santo Domingo. — Los Frailes predicadores en Scio. — El P. Domingo de Santo Tomás.

Despues de haberse celebrado el capítulo de Milan en el año 1622, hizo el maestro general Serafin Sicco confirmar por la Santa Sede los privilegios anteriormente concedidos á los dominicos que se consagrarian á las funciones apostólicas en los paises infieles. (1) Y á fin de estender mas y mas el beneficio de las misiones, dispuso que se enseñáran en diferentes conventos de su órden, establecidos

(1) Vida de S. Vicente de Paul, fundador de la Congregacion de las Misiones y de la órden de Hermanas de la Caridad.

(1) Turon, *Historia de los hombres ilustres de la órden de Santo Domingo*.

en Rusia, las lenguas armenia, valaca y tártara; por su parte, Urbano VIII favoreció la ejecucion de su proyecto, concediendo á los que estudiasen aquellos idiomas, así como tambien á sus profesores, los privilegios que Paulo V habia acordado á los frailes predicadores que se dedicaban al estudio de las lenguas griega, hebrea, caldea y árabe.

Tambien procuró el maestro general con el mismo empeño, sostener el convento de dominicos do Ragusa, junto con otros dos que habia empezado á hacer construir en aquel pais. Situados en las fronteras de Turquía, no solo eran aquellos establecimientos religiosos sumamente útiles, si que tambien indispensables para conservar la fé entre los pueblos tributarios de los musulmanes, y siempre espuestos á sus insultos. Así que, Urbano VIII, á instancias del P. Sicco, escribió á Felipe IV, rey de España, implorando su liberalidad en favor de aquellos conventos, á los que daba el nombre de baluartes del cristianismo.

En el año 1628 el capítulo general de los Dominicos se reunió en Tolosa, donde las relaciones enviadas por los superiores de Filipinas, acerca de los hechos ocurridos los años anteriores en el Japon, el pequeño reino de Solor, las islas Molucas y en algunos otros puntos de las Indias orientales, escitaron no menos vivamente el celo de los ministros apostólicos, de lo que habian logrado enardecerlo las relaciones comunicadas á los capítulos anteriores. Leyéronse con vivo placer en aquellas *Relaciones* los nombres, los inmensos trabajos y los gloriosos triunfos de un gran número de misioneros que en su mayor parte habian alcanzado ya la palma del martirio, y sobrellevado con resignacion por la gracia divina, todas las violencias y todos los tormentos. Así mismo se leyó con emocion profunda, que entre aquella multitud de isleños y otros gentiles que habian abandonado el culto de los ídolos para abrazar el Evangelio, habia habido muchos de entre ellos que se habian mostrado tan fervientes en la fé y tan constantes en los suplicios, como sus padres espirituales. Las mugeres, durante la persecucion, igualaron, y hasta sobrepujaron algunas veces en valor á los hombres; muchas fueron tambien las jóvenes y hasta los niños de la mas tierna edad, que sufrieron sin quejarse los tormentos y la muerte, antes que renunciar á Jesucristo y postrarse ante los falsos dioses. Hízose mencion de aquellos altos hechos de heroismo en las actas del capítulo general de Tolosa.

Nicolás Rodolfo, sucesor de Serafin Sicco, no desplegó menos solicitud por las misiones de los paises infieles; en el capítulo en que se procedió á su eleccion, celebrado en Roma el año 1629, mandó que todos los misioneros dominicos que estaban evangelizando las Indias orientales y occidentales, hiciesen uso del Catecismo romano para instruir á los neófitos. Sin entrar en los demás reglamentos adoptados para las misiones, solo dirémos que en el propio capítulo se destinó un fondo para atender á las necesidades mas apremiantes, que el sábio superior destinó en parte á la redencion de los cautivos; además, no trascurrió año alguno, sin que enviase apóstoles á Africa, América y Asia. Además de los españoles, acostumbrados hacia ya dos siglos á atravesar los mares, hubo tambien diferentes dominicos italianos y franceses que se consagraron generosamente á aquel apostolado; pudiéndose asegurar que no fueron sus trabajos menos difíciles y gloriosos de lo que lo habian sido los de los ilustres varones que les precedieron en su carrera, terminada por el martirio de los mas de ellos. Fontana ha consignado en sus *Monumentos* las relaciones exactas que fueron dirigidas anualmente, tan pronto á la congregacion de la Propaganda, como al maestro general y al Papa. Procurando Nicolás Rodolfo que tanto las misiones de Oriente como de Occidente, tuviesen siempre el número necesario de operarios evangélicos, logró que fuesen inmensas las conquistas hechas por la cruz en todos los puntos confiados á su ardiente celo. Tanto los superiores de las misiones establecidas en Filipinas y los reinos de Asia, como

los provinciales que residian en todos los puntos de Europa, debian comunicarle cada dos ó tres meses los adelantos hechos en sus respectivas provincias, debiendo además los últimos darle conocimiento del número de religiosos que habian partido ya, sin omitir los nombres de los que estaban dispuestos á hacerlo para ir á ejercer su santo ministerio allende los mares.

Las misiones de Levante, de las que querémos ocuparnos mas especialmente, contaban con Jacobo Goar, uno de los religiosos mas sábios y celosos de la familia de Santo Domingo. Nació Goar en Paris el año 1601; desde su infancia emprendió el estudio de la lengua griega, que le habia de procurar mas tarde la gloria de ser uno de los misioneros que con mas fruto trabajáran en la conversion de los cismáticos. Poco tiempo despues de haberse fundado el convento de San Honorato, época en que se habia emprendido con mas ardor la reforma, y en la que descollaron muchos sábios, entró Goar en el instituto de los frailes predicadores. Despues de haber terminado sus cursos de filosofía y teología, fué á enseñar una y otra ciencia en Toul, sin descuidar por esto la lengua griega, que habia de servirle de llave para abrir las puertas de Oriente á las doctrinas del catolicismo. En su decidido empeño, no paró Goar hasta conocer á fondo la doctrina de los orientales, sus ritos, sus ceremonias, su liturgia, y todo cuanto tenia relacion con su creencia, su moral, su disciplina y sus costumbres, ya fuese en la celebracion de los santos misterios, ya en la administracion de los demás sacramentos. Cuando en el año 1631 fué Nicolás Rodolfo á Paris, resolvió completar los conocimientos de Goar, por reconocer ya desde el primer dia en el jóven religioso, que solo contaba á la sazon treinta años, el talento y la virtud de que le dotára el cielo. Dióle en su virtud el título de misionero apóstolico, le nombró prior del convento de San Sebastian, en la isla de Scio, y se lo llevó á Roma, de donde no tardó en salir Goar para su destino. Su natural inclinacion por los griegos, el aprecio en que tenia á sus sábios y el conocimiento de su religion, bastaron á atraerle en breve su confianza y su amistad; así que, los mas hábiles de entre ellos, los sacerdotes y sus prelados, se complacieron en tratarle, recibirle en sus asambleas y en consultarle en todos los casos árduos, en los cuales seguian siempre su opinion. Los mas de entre ellos llegaron de tal modo á aprovecharse de sus lecciones, que en breve conocieron todos les dogmas de la iglesia latina, la conformidad en que estaba su doctrina con la de todos sus antiguos doctores, así como tambien lo frívolo de los pretestos que podian alegar los modernos para disculpar su separacion. En tanto no podian refutar los griegos sus raciocinios, cuanto que les atacaba Goar con sus propias armas; y, sobre todo, cuando á la ventaja de la lógica, va unida la facultad de cautivar á las personas que se quiere persuadir, es imposible dejar de obtener el objeto propuesto. Si la larga permanencia de ocho años que hizo el P. Goar en la isla de Scio, fué en gran manera útil á cierto número de griegos cismáticos que se reconciliaron con la iglesia romana, no lo fué menos al propio misionero, puesto que aprendió á fondo todo lo concerniente á las creencias y costumbres de la iglesia griega de nuestros dias, reuniendo además muchos conocimientos que utilizó despues en la mejor de sus obras. Al regresar á Roma á fines del año 1639, fué nombrado prior del convento de San Sixto, comunidad que habian empezado á reformar diferentes de sus antiguos amigos. En el retiro de su celda, le procuraron las bibliotecas de Roma nuevos datos para las obras que estaba meditando; pero nada le fué á la vez tan ventajoso y grato, como el trato frecuente que tuvo allí con los hombres mas eruditos y eminentes de su siglo. Su mérito le valió así mismo el aprecio de los cardenales Francisco y Antonio Barberini, sobrinos de Urbano VIII, que regia á la sazon los destinos del orbe cristiano; siendo empero mucho mas estrecha aun la amistad que le unió con el célebre Leon Alaz-

zi, conocido bajo el nombre de *Leo Allatio*.

Este sábio varon, nacido en la isla de Scio, de una familia de griegos cismáticos, y trasladado desde su infancia á Italia, habia empezado sus estudios en Calabria, perfeccionándolos luego en el colegio de los griegos de Roma. Colocado luego en el número de los profesores de aquella casa, dió grandes pruebas de su erudicion, de la pureza de su fé y de su celo ardiente por la conversion de sus compatriotas cismáticos; el deseo de reconciliarles con la iglesia romana, le hizo fundar diferentes colegios en la isla de Scio, á donde se dirigió él mismo pocos años despues. Cuando el P. Goar llegó por segunda vez á Roma, *Allatio*, que estaba tambien de regreso, gozaba de una justa y merecida reputacion en la capital del orbe católico. Las dos obras tituladas, la *Grecia ortodoxa* y la *Apología del concilio de Efeso*, le dieron mucha gloria, siendo empero el mas conocido y notable de sus escritos, su famoso tratado acerca del consentimiento perpétuo de la iglesia oriental y occidental. A fin de unir mas y mas á los griegos y latinos, intenta probar que ha sido siempre la misma fé la que ha regido á entrambas iglesias; demostrando que los griegos no solo están de acuerdo con los latinos en el dogma, si que tambien en los puntos mas esenciales de la disciplina, y que no han condenado menos que los mismos católicos, las innovaciones de los supuestos reformados. Pruébalo con el mal trato que acababa de recibir Cirilo Lucar, patriarca de Constantinopla, depuesto y anatematizado por sus cólegas, á causa de haberse unido con los calvinistas, y de haber querido introducir sus errores en la iglesia griega; así mismo cita en apoyo de su opinion *Leo Allatius*, todos los nombres de los ilustres prelados y otros grandes personages de aquella iglesia que han estado siempre unidos con la Santa Sede, sobre todo desde el concilio de Florencia y el pontificado de Eugenio IV. Demuestra tambien que las dos Iglesias, han cambiado en diferentes épocas muchas cosas en su antiguo rito; añadiendo, que únicamente la fé es inmutable, y que de ningun modo la diversidad de ceremonias debe causar la division. Además, contiene aquella obra una historia exacta de aquella iglesia griega, y da á conocer á los autores de la misma nacion que han escrito en pro ó en contra de la iglesia romana. Estaba Allatius escribiendo la obra que acabamos de analizar, cuando conoció al P. Goar, con el que la conformidad de sentimientos y de estudios le unió en breve estrechamente; comunicáronse ambos recíprocamente sus luces, de lo que reportaron uno y otro iguales ventajas. Allatius, era mucho mas profundo en la ciencia de los griegos, y mucho mas conocido por sus obras; pero las recientes investigaciones que Goar acababa de hacer en las iglesias de Scio, le sirvieron en gran manera para perfeccionar los escritos que no habia publicado aun. En su tratado sobre el *Consentimiento perpétuo de la iglesia oriental y occidental*, cita el testimonio del P. Goar, para probar que así entre los orientales, como en la iglesia romana, comulgan los fieles bajo una sola especie.

En el año 1642, regresó el P. Goar nuevamente á Paris, donde aceptó el cargo de maestro de novicios en el convento de San Honorato, teniendo al año siguiente que dirigirse otra vez á Roma, por reclamarlo así los intereses de la órden, si bien no tardó en volver á desempeñar su nuevo cargo. Como le dejase el profesorado algunas horas libres, resolvió publicar las obras que habia escrito anteriormente; siendo la primera que dió á la estampa en el año 1647 su *Eucólogo*, ó Ritual de los griegos, cuya obra comprende toda la liturgia sagrada de los orientales, todo lo perteneciente á las ceremonias y prácticas observadas por los antiguos y por los modernos griegos en sus solemnidades; esto es, en la celebracion de los divinos oficios, en la administracion de sacramentos, y ordenacion de los sacerdotes, consagraciones, bendiciones, funerales, rogativas públicas, etc. Luego esplica el autor, haciendo las observaciones mas sábias y acertadas, el orígen, la antigüedad

y el verdadero sentido de las santas ceremonias; y entre aquella diversidad de prácticas, modificadas algunas veces segun las épocas y las circunstancias locales, demuestra la fé constante de los pueblos con respecto á la verdad, unidad, perpetuidad y uniformidad del sacrificio, que es, y ha sido siempre el mismo, como en la iglesia cristiana. Tambien publicó el P. Goar diferentes traducciones de obras griegas, algunas de las cuales contenian una gran parte de la historia bizantina; dedicó una de ellas en el año 1648 al cardenal Mazarino, religioso de su órden, á la sazon arzobispo de Aix. Continuaba entregado incesantemente á sus tareas literarias, cuando fué nombrado vicario general de la congregacion de San Luis, cuyo nuevo destino aceptó como un sacrificio por privarle de sus estudios; pero como estaba ya su salud quebrantada, á causa de su trabajo nunca interrumpido, murió Goar el dia 23 de setiembre del año 1653.

Bajó al sepulcro tres años antes que Jacinto Subiani, celoso defensor de la fé en Oriente, y de cuya vida no podemos dejar de hacer mencion. Nació Subiani en la ciudad de Arezzo, en Toscana, el año 1593; y despues de haber tomado en su juventud el hábito de Santo Domingo, y de haber asombrado á la Italia con la elocuencia y santidad de su palabra, resolvió ir, con inminente peligro de su vida, á evangelizar las regiones de la infidelidad. Accediendo á los deseos de la congregacion de la Propaganda, le confirió Urbano VIII en el año 1640, el título de misionero apostólico de Oriente; en su virtud, recorrió las costas del archipiélago y otras diferentes regiones de Turquía, llamando á los cismáticos á la obediencia de la Iglesia romana, y predicando la ley de Jesucristo á los musulmanes. Inmensos fueron los triunfos que obtuvo en el apostolado; siendo no pocos los apóstatas que sacó del precipicio en que su desesperacion les lanzára, y los esclavos que alentó en la fé, ya que no le era dado romper sus cadenas Su constancia se vió á cada paso sujetada á las mas rudas pruebas; el hambre, la sed, el cansancio, la desnudez, probaron su paciencia; vióse rodeado de todos los peligros, pero todo fué inútil, nada bastó á entibiar el ardoroso celo de Subiani. En cumplimiento de los mandatos de la Santa Sede, despues de haber asistido y alentado á los católicos que aun conservaban la pureza de su fé en varios puntos del Asia dominados por los infieles, regresó Subiani á Roma el año 1644, para dar cuenta á la congregacion de la Propaganda, del estado en que se hallaban en Oriente las iglesias cristianas; y en vista de sus recientes noticias, se adoptaron nuevas medidas para propagar el Evangelio en aquellas regiones. Así mismo se dispuso enviar nuevamente á Subiani al pais que acababa de recorrer, honrándole empero con un nuevo carácter que debia darle mas estensos poderes; nombróle, Urbano VIII, arzobispo de Edesa y coadjutor del arzobispo de Esmirna. Confióse además á Subiani la direccion de las iglesias metropolitanas de Efeso y Metelin, lo que probaba el triste estado en que se hallaban aquellas iglesias desamparadas, á las que nada quedaba de su esplendor pasado, puesto que no contaban á la sazon con otro apoyo que el de la caridad de algun esforzado ministro del Evangelio. Habiendo muerto Urbano VIII el dia 29 de julio del año 1644, sin haber declarado en un consistorio público el nombramiento del arzobispo de Edesa, ni hecho espedir las bulas, tuvieron que llenarse aquellas formalidades por su sucesor Inocencio X; luego partió el nuevo prelado para la isla de Scio, donde fué consagrado el dia 29 de setiembre por el dominico Pedro de Marchis, arzobispo de Esmirna, ante una gran multitud de cristianos y turcos. Las necesidades de la iglesia de Scio y las vivas instancias de aquellos isleños, detuvieron allí por algun tiempo á Subiani; mientras que entregado enteramente en la isla al ministerio apostólico, alentaba á los ortodoxos, confundia á los cismáticos é intentaba hacer brillar la fé á los ojos de los musulmanes, quiso la Providencia hacerle presenciar el martirio del P. Alejandro de Lugo, religioso de su órden, y uno de los compañeros de su apostolado.

Alejandro Baldrati, natural de Lugo, habia entrado á los diez y siete años en la órden de Predicadores, el dia 13 de enero del año 1612. Despues de haber estudiado en uno de los conventos de Nápoles, enseñó teología en el de Bolonia; era uno de los oradores que se dedicaba con mas fruto á la predicacion, cuando una grave enfermedad le interrumpió los triunfos que alcanzaba en su carrera evangélica. Dotado de un carácter vivísimo y de un celo sin igual, léjos de esperar á que el reposo y la eficacia de los remedios le curasen, se dirigió Alejandro á Venecia, desde donde salió luego en un buque que se hizo á la vela para Oriente, llegando á Scio antes que el arzobispo de Edesa, quien, á su llegada, lo asoció á su mision, despues de ver con asombro las conversiones obradas por el ministerio de aquel dominico. Pero como los enemigos de la iglesia no podian ver sin temor aquellos triunfos, procuraron impedirlos á toda costa, encargándose al efecto un apóstata, llamado Aga Cusaim, de hacer cundir la voz de que el P. Alejandro habia abrazado el islamismo; semejante calumnia, como era de esperar, desalentó á los débiles en la fé, por haber asegurado el apóstata ante el gobernador de la isla, que tenia pruebas incontestables para justificar su impostura. El gobernador, que era un musulman fanático, convencido de la realidad del hecho, hizo llamar al religioso, al que hizo grandes promesas, caso de que continuase mostrándose partidario de la ley de Mahoma. Poseido de una santa indignacion el discípulo de Jesucristo al oir semejante proposicion, no pudo menos de esclamar: «¡Yo, mahometano! qué impostura! Sabed que por la misericordia de Dios soy cristiano, y quiero vivir y morir como tal. Soy además sacerdote y predicador del Evangelio; así que, me vereis siempre dispuesto á dar mi vida y á derramar hasta la última gota de mi sangre, antes que renunciar á la fé de Jesucristo, Salvador de toda especie humana.» Como el gobernador le advirtiese estarle prohibido llamarse cristiano ni profesar el Evangelio, despues de haber reconocido la santidad del Alcoran, se inflamó de tal modo el celo del siervo de Dios, que manifestó en los términos mas enérgicos el horror que le inspiraban Mahoma y su secta. Entonces el gobernador y todos los que formaban la asamblea, esclamaron como el gran sacerdote de los judíos y su consejo: «Ese hombre merece la muerte por haber blasfemado.» El apóstata no tuvo ya que justificar la calumnia inventada contra el P. Alejandro, puesto que solo se trató de hacer retractar á este de lo que habia dicho en contra de la religion de los turcos, ó de hacerle morir en los tormentos. Pero como se hacia aquella proposicion á un hombre que ardia en deseos de morir por su fé, continuó el P. Alejandro predicando en voz alta la divinidad de Jesucristo y necesidad de creer para alcanzar la salvacion eterna. Al ver el gobernador tanta constancia, mandó que fuese conducido el P. Alejandro á la cárcel, y que fuese al dia siguiente presentado al cadí, ó juez de la ciudad, ante el cual le acusaron los turcos de haber blasfemado contra el gran profeta, y de haber hablado de su ley con el mas profundo desprecio. El divan reunido, repitió las exhortaciones, promesas y amenazas para triunfar del religioso; pero igualmente sordo á unas y otras el generoso confesor, dijo con la misma firmeza que el dia anterior, estar resuelto á sufrir todos los suplicios, antes que faltar en lo mas mínimo á su Dios. Mandóse entonces llamar al prior de los dominicos de Scio, al que recibió el cadí con furor, por haberse atrevido á admitir en su compañía á un traidor, y por haberle prohibido abrazar públicamente el islamismo. El P. Alejandro, sin dejar á su superior el tiempo necesario para contestar, dijo: que no habiendo tenido nunca la idea de hacerse musulman, eran sin fundamento los cargos que se hacian al superior por habérselo impedido; que solo se habia dirigido á aquella isla para predicar en ella el Evangelio, y que con el ausilio del cielo contaba dar á conocer al divan la constancia de que estaban dotados los ministros del Dios de los cristianos para defender las verdades que anuncian en su nom-

bre. Luego hizo el cadí llamar á Pedro de Marchis, arzobispo de Esmirna, al que preguntó cuál era su patria y su estado. «Soy natural de Florencia, contestó el prelado; soy cristiano, religioso de Santo Domingo, arzobispo y superior general de todos los dominicos que se encuentran en la isla de Scio.» — «Luego eres, replicó el cadí, el primero de los enemigos del Gran Señor, y mereces la muerte por haber predicado y hecho predicar tu religion en los dominios de Su Alteza.» El arzobispo presentó entonces el firman que le autorizaba, así como á todos los religiosos de su órden, para residir y predicar en los estados del sultan; en su virtud, tuvo que limitarse el cadí á preguntar al prelado, porque habia impedido que el P. Alejandro abrazase el islamismo. El generoso confesor, que hasta entonces habia guardado silencio, contestó lo mismo que habia dicho ya anteriormente, al dirigirse aquel infundado cargo á su superior. Justificados de este modo el superior y el arzobispo pudieron volverse al convento, prohibiéndoseles empero salir de él hasta nueva órden. De este modo quedó el P. Alejandro sin apoyo alguno, entregado al furor de los musulmanes, quienes, no omitieron promesa, amenaza ni tormento por triunfar de su heróica constancia, como si de su caida ó debilidad hubiesen dependido la gloria de los musulmanes y el honor de su falsa religion. Pero viendo que eran inútiles todas sus tentativas, el cadí despidió al confesor diciéndole que le señalaba aun tres dias para que se resolviese, ó bien á morir como un miserable criminal, ó á vivir respetado y feliz bajo la proteccion del profeta. He dicho ya, y repito nuevamente, contestó el religioso, que nada podrá hacerme renunciar á la fé de Jesucristo: la fidelidad que me ha concedido hasta aquí, y que espero me concederá su gracia divina hasta mi postrer suspiro, es la que puede únicamente asegurarme la dicha y la salvacion eterna. — ¡Pues qué! ¿crées que nosotros no podemos salvarnos observando nuestra ley? — Sí, contestó el religioso; no puede haber salvacion para los que no creen en Jesucristo.» Al ver el juez á los demás turcos estremecerse de ira, procuró aun aumentar su furor diciéndoles: «Vengad, pues, á nuestro profeta, y haced sentir á ese perro que blasfema contra nuestra ley, lo que pueden sus celosos defensores.» No tardó en ser esta órden cumplida; fueron tan terribles los azotes que recibió el generoso mártir, que es imposible les hubiese resistido, á no haber reservado el cielo otras pruebas aun mas crueles para aumentar la gloria de su martirio. Lleno de heridas y cubierto de sangre, fué conducido el P. Alejandro á su calabozo, desde cuya puerta se le empujó con violencia, haciéndole rodar las doce gradas que habia para descender á él, sin que exhalára el apóstol de Jesucristo ni una sola queja. En su ciego furor contra los dominicos, y particularmente contra los arzobispos de Esmirna y de Edesa, difundieron los turcos la voz de que iban á ser todos degollados; pero léjos de intimidarse ante el peligro que creian inevitable, no cesaron los dos prelados y los demás religiosos de predicar públicamente, y de pedir á Dios les diese la fuerza necesaria para continuar predicando su doctrina, cualesquiera que fuesen los tormentos y suplicios á que por ello estuviesen destinados. El arzobispo de Esmirna, además, sin imponerse en vista de la amenazadora actitud de los turcos, mandó hacer rogativas públicas, esponer el Santísimo Sacramento en las iglesias, y exhortar todos los cristianos á que pidiesen para el confesor la gracia de la perseverancia. El rigor con que era tratado el P. Alejandro, no permitió á ningun religioso penetrar hasta su calabozo; solo pudo lograrlo un carpintero católico, muy conocido entre los turcos por su habilidad en el oficio que ejercia, el cual le vió orando y bañado en su propia sangre; su carcelero, aunque infiel, declaró haberle visto siempre en oracion desde que estaba bajo su custodia, sin que se quejára nunca de nadie ni tomase alimento alguno. Luego añadió, que habiendo un judío en el mismo calabozo, que, compadecido de la triste situacion del misionero le dijo, que no

debia sufrir de aquel modo, cuando le era tan fácil librarse de todas sus penas profiriendo una sola palabra, á lo que contestó el religioso: «No creais, amigo, que sea el esceso de mis dolores ni el temor de los tormentos que me aguardan lo que me hace llorar; al contrario, todas estas penas me son tan agradables que quisiera fuesen aun mucho mayores las que me quedan aun por sufrir en defensa de la fé. Solo lloro mis pecados, y siento la obcecacion de los infieles, y particularmente la de los judíos: ¿queréis procurarme un gran consuelo? abrid hoy mismo los ojos á la luz del cristianismo; reconoced en la persona de Jesucristo al Mesías prometido á vuestros padres; y, si es preciso, morid por él conmigo. Si no pensais de este modo, dejadme, y no perdais el tiempo en procurarme inútiles consuelos.» Llegado el tercer dia señalado por el cadí para pronunciar la sentencia, procuraron los turcos dar á su tribunal un aspecto imponente, á fin de ver si lograban por este medio someter al misionero á su voluntad; antes de hacerle comparecer al tribunal le enviaron uno de sus jueces, hombre de reconocida elocuencia, para que le hiciese todas las promesas y ofrecimientos capaces de halagar la ambicion y la codicia; y por último, le pintó con los colores mas sombríos los tormentos y el suplicio á que iba á condenársele si continuaba perseverando en la fé, y en negarse á preferir el Alcoran al Evangelio. Vanos fueron empero, todos los esfuerzos del doctor musulman, por ser el P. Alejandro un hombre superior á todas las pasiones, un teólogo profundo que conocia todas las sólidas verdades de su religion, un confesor animoso y resuelto á sufrir con gusto todos los tormentos á que quisiese condenársele. Conducido el misionero por segunda vez ante el consejo, reveló su frente serena la paz de que disfrutaba su alma, á pesar de las fuertes cadenas que le sujetaban y de los insultos que le dirigian los verdugos encargados de su custodia. Preguntósele si continuaba siendo tenaz como antes, á lo que contestó, que continuaba siendo cristiano; entonces pronunció el cadí la sentencia que le condenaba á ser quemado vivo, y á sufrir palos de muerte en su cárcel hasta que estuviese dispuesta la hoguera. Despues de haber oido el P. Alejandro su sentencia con la mayor serenidad, se volvió hácia el juez y le dijo: «Gracias os doy por el beneficio que me dispensais hoy, puesto que al reducir mi cuerpo á cenizas, haréis volar mi alma al cielo para gozar en el de la gloria que la muerte de Jesucristo nos ha procurado.» Levantóse la hoguera en la plaza mayor de la ciudad de Scio, ante una numerosa multitud de turcos y cristianos, alentados unos por ver perecer al enemigo de su religion, y tristes, pero resignados los otros, por animarles la esperanza de que el triunfo del mártir de Jesucristo contribuiria á propagar el cristianismo. Los griegos, aunque cismáticos, participaban tambien de la misma esperanza que los cristianos; hubo uno de los primeros que al presentarse el P. Alejandro en la plaza, atravesó animoso la multitud y fué á arrojarse á los piés del mártir, pidiéndole se sirviese orar por él. «Ruego al Señor, le contestó el generoso apóstol, que os conceda todo cuanto deseais; si bien por alcanzar su misericordia, no debeis diferir el momento de reconciliaros con la verdadera iglesia.» En el momento en que iban á arrojársele al fuego, anuncióle un iman que aun podia salvársele, si consentia en levantar un dedo, en señal de que abrazaba la ley de Mahoma. «Detesto esa ley, repuso el misionero, y levantando tres dedos, dijo, con voz inteligible: *Sancta Trinitas, unus Deus.* Luego, subiendo á la hoguera continuó su profesion de fé, y repitió varias veces las siguientes palabras: *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus sancti.* Se asegura que Dios renovó en aquella ocasion el milagro obrado en favor de los tres israelitas arrojados en un horno encendido; puesto que las llamas respetaron al mártir, y mientras los cristianos levantaban los brazos al cielo bendiciendo las misericordias del Señor, furiosos los musulmanes, no cesaban de arrojar á la hoguera nuevos combusti-

bles. Al ver empero, la inutilidad de sus esfuerzos, resolvió un turco asestar un golpe en la cabeza del santo; otro le hundió su puñal en el pecho, y por último, arrojó un tercero á la hoguera un saco de pólvora, y el humo y el hierro hicieron lo que las llamas no habian podido hacer. Consumó el P. Alejandro su martirio el dia 10 de febrero del año 1645, en presencia de mas de cuarenta mil espectadores, segun lo afirma el arzobispo de Edesa. Todos los cristianos, añade el propio prelado, sintieron una santa alegría; siendo tambien muchos los griegos que se unieron á ellos para gritar: «¡Viva la fé romana, por la que se muere tan generosamente!» Si bien hubo algunos turcos que se entregaron á sérias reflexiones despues de lo que acababan de presenciar, los fanáticos musulmanes no se mostraron por ello menos endurecidos, retiraron el santo cuerpo de en medio de las brasas que no habian podido consumirle; y unos por saciar su furor, y otros su codicia, lo cortaron á pedazos, que vendieron los últimos despues como reliquias, y, en efecto, muchos fueron los cristianos griegos y latinos, que dieron sumas considerables por poseer un solo pedazo del cuerpo del mártir. Grandes fueron los milagros que obró en Scio y en Italia despues de su muerte el apóstol dominico, siendo invocado por los cristianos de aquella isla que regó con su preciosa sangre, en todas sus necesidades tanto espirituales como temporales.

Sin embargo, el triunfo de los cristianos solo contribuyó á aumentar mas el furor de los turcos; siendo desde entonces los dominicos mas y mas el blanco de sus iras; pues continuaron acusándoles de haber escitado al P. Alejandro á despreciar la ley de Mahoma, y de sostenerle en todas las pruebas hechas por el cadí para lograr su apostasía. Tambien el arzobispo de Edesa fué encerrado en una torre, donde estuvo por mucho tiempo privado de toda comunicacion, amenazándosele muchas veces con hacerle morir al fuego lento; al recobrar su libertad despues de un año de encierro, se trasladó á Esmirna, cuyo arzobispo titular estaba detenido tambien en Scio. En calidad de coadjutor, ejerció Subiani las funciones pastorales, atendió á las necesidades mas urgentes del clero; y dando luego las instrucciones necesarias al que nombró vicario general, se disponia á visitar las demás iglesias confiadas á su solicitud, cuando recibió del Papa el nombramiento de vicario apostólico de la iglesia patriarcal de Constantinopla, y la órden de trasladarse lo mas pronto posible á aquella ciudad imperial. Deseaba la Santa Sede con ardor que los patriarcas latinos, nombrados por el Papa para dirigir á los católicos establecidos en el patriarcado de Constantinopla, pudiesen residir en la capital del imperio; y á fin de solicitar la autorizacion competente, á la que se habian opuesto siempre los patriarcas griegos, se enviaba al arzobispo de Edesa á la corte del sultan. No se ocultaron al arzobispo las dificultades y peligros á que le esponia la mision confiada; pero acostumbrado á vencer todos los obstáculos con su sola confianza en Dios, solo pensó en dar cumplimiento á la órden recibida. A su llegada á Constantinopla, se presentó al embajador de Francia, que le acogió con toda la consideracion debida; pero léjos de prometerle intervenir en su favor cerca de la Puerta, le declaró que se veia su vida seriamente amenazada, y que procurase por lo mismo retirarse desde luego, por no permitirse á ningun obispo católico permanecer en Constantinopla. Léjos empero de imponer los temores del embajador en lo mas mínimo al celoso prelado, ejerció su ministerio públicamente, con gran asombro de los políticos, por haberse sabido grangear el afecto de muchos turcos en los primeros viages que hizo á Oriente. Por espacio de diez años, desempeñó públicamente, tan pronto en el arrabal de Pera, como en la misma Constantinopla, las funciones episcopales, instruyendo á los fieles, confiriendo órdenes, celebrando los santos misterios; mereciendo siempre el respeto de los católicos y de los musulmanes. Al esponer Subiani los dogmas de la fé católica y las reglas de la

moral cristiana, se abstenia de clamar contra los errores de los cismáticos, atacando tan solo abiertamente al islamismo. De este modo lograba el prudente arzobispo hacer ver á unos y otros lo que debian creer y practicar, con solo probarles la verdad y santidad de una religion opuesta á la que ellos profesaban. El patriarca de los griegos y los cismáticos mas ardientes, hubieran deseado guardase el arzobispo menos moderacion, á fin de tener un pretesto para oponerle obstáculos que le detuvieran en su camino; por fin, aquel patriarca, que gozaba de mas ó menos favor cerca de los ministros del sultan, segun eran mas ó menos crecidas las sumas de dinero que les ofrecia, se creyó en estado de poder obrar enérgicamente contra el arzobispo católico en el año 1655; así que, todo lo puso en juego para presentar al arzobispo de Edesa como enemigo de los intereses del sultan. Informado el siervo de Dios, de todos los ocultos manejos del patriarca que, derramaba el dinero a manos llenas para hacer triunfar sus intrigas, resolvió alejarse de Constantinopla, por creer que su presencia en aquella capital podia comprometer la seguridad de los fieles. En su virtud regresó á Roma el año 1655, cuando Alejandro VII acababa de ocupar el solio pontificio; como su avanzada edad no permitia ya á Subiani emprender nuevas misiones, consagró el resto de sus dias á la oracion y al retiro, primeramente en el convento de Santa Sabina, y luego en el de la Minerva, donde murió á 15 de octubre del año 1656. Fué enterrado en la iglesia de San Pablo, situada en el camino de Ostia. Segun Fontana, fué Subiani, de un carácter firme y emprendedor; se parecia mucho á Sixto V, no solo en la elevacion de carácter, si que hasta tambien en la fisonomía; solo quedaron de este prelado dos obras, una sobre el martirio del P. Alejandro, y otra acerca de sus misiones y viages á las provincias de Oriente.

No creemos separarnos de nuestro objeto, al unir á la historia de tantos mártires cristianos la de un príncipe de sangre otomana, que renunció á todos los goces de la vida para abrazar la cruz de Jesucristo. Príncipe, dice Turon (1), al que tal vez el mundo dará el nombre de desgraciado, por haber perdido ya en la infancia su libertad, y un gran imperio que debia regir por derecho de sucesion; pero al que la fé nos obliga á considerar como hombre verdaderamente feliz, puesto que fué llamado por el bautismo á gozar de la libertad de los hijos de Dios, y á participar de una gloria mucho mas esplendente y segura que la que puede dar á todos los monarcas de la tierra, todo el poder de sus cetros y coronas. El sultan Ibrahin habia prometido bajo juramento, considerar al primer hijo concedido á sus votos como un don del cielo, y que lo consagraria al profeta, haciéndolo conducir á la Meca junto con otros presentes dignos de un emperador. En el año 1642 tuvo Ibrahin dos príncipes que dieron á luz las sultanas Záfira y Elmina; el de la primera nació el dia 2 de enero, y recibió el nombre de Osman; el hijo de Elmina, nacido el 22 de marzo, fué el que reinó mas tarde bajo el nombre de Mahometo IV. Cuando trató Ibrahin de cumplir su voto, Záfira y Osman se embarcaron en Constantinopla para Alejandría; pero los caballeros de Malta se apoderaron de aquella rica presa el dia 28 de setiembre del año 1644, muriendo la sultana Záfira á 6 de enero del año siguiente en la ciudad de Malta. (Pl. CI, n.° 2.) Se mandó á Roma el informe verbal que contenia las declaraciones de los demás cautivos, los cuales acreditaban la cualidad del príncipe Osman, cuyo padre Ibrahin fué estrangulado en Constantinopla el año 1649, sucediéndole en el trono el jóven Mahometo. La conversion del ilustre prisionero habria sido mucho mas fácil, si luego de ocurrida la muerte de Záfira, no se hubiese permitido al jóven príncipe permanecer entre su servidumbre; pero en cambio, habria sido menos brillante y glorioso el triunfo de la gracia. Osman contaba ya trece años, cuando

(1) *Historia de los hombres ilustres de la Orden de Santo Domingo.*

fué su educacion confiada á los frailes Predicadores de Porto-Salvo, que residian en la ciudad de La Valette; entrando en el propio convento el dia 17 de noviembre del año 1654. A pesar de la docilidad de su carácter, como la servidumbre de la sultana habia inculcado á Osman las mas odiosas preocupaciones contra la religion cristiana, no podia hablársele de Jesucristo, ni en contra de las supersticiones musulmanas sin causársele un vivo dolor: bastaba una palabra contra el Alcoran, para afligirle hasta el punto de quitarle el apetito y el sueño. Así pues, el religioso encargado de obrar su conversion, vió por mucho tiempo perdido el fruto de sus afanes, de su solicitud y su paciencia; pero léjos de desalentar al religioso la obstinacion de su discípulo, continuó por el contrario dirigiéndole con creciente empeño sus santas amonestaciones, como si hubiese sabido de antemano que habia dispuesto el cielo convertir aquel obstinado mahometano en cristiano ardiente y celoso. Tan pronto como descendió la gracia del Señor al corazon de Osman, mostró ya este ser un hombre enteramente distinto; dócil en lo sucesivo á las instrucciones que se le daban, y reconocido al amor y caridad de los que querian salvar su alma, solo pensó ya en seguir sus consejos. Finalmente, persuadido de la verdad y santidad de nuestros misterios, pidió con fervor y humildad el bautismo, á fin de que pudiese ser admitido en el número de los cristianos; y trocando el nombre de Osman por el de Domingo, solo habló ya desde el dia de su regeneracion, de las misericordias del Señor, que habia dispuesto cayera su cuerpo en la esclavitud para que fuese su alma enteramente libre. Apenas hacia dos años que habia entrado en la grey cristiana, cuando manifestó vivos deseos de consagrarse enteramente á Dios por medio de la profesion religiosa, á los que accedieron gustosos sus directores, yendo siempre en aumento desde aquel dia el fervor del jóven postulante. El obispo de Malta, para escitar mas aun su piedad, le confirió el sacramento de la Confirmacion á 4 de agosto del año 1658; recibiendo el dia 20 de octubre del propio año el hábito de Santo Domingo. La modestia llena de gracia y magestad que guardó siempre el jóven Domingo, así como tambien la fé y el fervor que no se desmintieron nunca en él, le valieron la admiracion y el aprecio de toda la comunidad. Aunque de complexion delicada, y atacado de cuartanas en el año de su noviciado, no quiso faltar nunca á ninguna de sus obligaciones por mas que los superiores le relevasen de su cumplimiento, como si hubiese encontrado la fuerza de que necesitaba en su misma debilidad. Era verdaderamente admirable en el hijo de un sultan, cuya educacion primera habia sido tan contraria á las máximas del Evangelio, encontrar una piedad tan constante, un olvido tan completo de todas las grandezas terrenas, un amor tan decidido á la mortificacion cristiana, y finalmente aquella práctica contínua de todas las virtudes, que solo la secreta uncion del Espíritu-Santo puede procurar. Pronunció Domingo sus votos á 21 de octubre del año 1659, viéndose libre aquel mismo dia de las cuartanas que tanto le mortificaban desde que entró en el noviciado. Los caballeros de Malta se negaron constantemente á aceptar las crecidas sumas que ofrecia el sultan por el rescate del príncipe cautivo, mostrando con ello preferir la conquista de un alma á todas las riquezas; y para dar mayor prueba aun de su noble desprendimiento, tan pronto como vieron al hijo de Ibrahin consagrado enteramente á Jesucristo, renunciaron á todos los derechos que tenian sobre su persona, como esclavo suyo; deseando tan solo en lo sucesivo su perseverancia y su dicha. Habiendo resuelto despues el Papa que Domingo de Santo Tomás (modificacion que sufrió el nombre del jóven príncipe) prosiguiese sus estudios en Italia, fué conducido á Nápoles el año 1660, desde donde pasó despues á Roma; Alejandro VII, luego de su llegada, dió un breve especial declarándole hijo del convento de la Minerva; y el maestro general, quiso que en lo sucesi-

vo no dependiese Domingo mas que de él solo. Pero el modesto religioso, léjos de prevalecerse de aquel derecho, obedeció siempre puntualmente no solo á los superiores de los conventos en que se encontró, sino hasta al mismo religioso lego que se le destinó para servirle. En la esperanza de que no tardaria el rey de Francia en declarar la guerra á los turcos, y de que el cardenal Mazarino echaria mano del jóven príncipe para sembrar la discordia entre los infieles, el cardenal Antonio Barberin, protector de la órden de Predicadores, juzgó prudente llamar á Paris á Domingo de Santo Tomás. Durante el viage, recibió el siervo de Dios, los honores debidos al hijo del sultan, lo que le mortificó en gran manera, por ser su humildad sin límites; prosiguiendo empero su camino con otros dos dominicos, sorprendióle la noche en el paso de los Alpes, donde no halló otro abrigo que el de una pobre cabaña en la inmensidad del desierto. «Tiempo era ya, dijo el príncipe á sus compañeros al llegar á ella, que encontrásemos una morada digna, ó que estuviese en relacion con el estado de pobres religiosos: es mejor para nosotros esta cabaña que todo el esplendor de las córtes.» El rey Cristianísimo recibió á Domingo con todos los honores debidos á un príncipe de regia estirpe: los embajadores turcos se postraron á sus piés, y como llorasen amargamente al ver al hijo de su emperador vistiendo un tosco sayal, contestóles Domingo de Santo Tomás que mucho mas dolor le causaba á él contemplar su obcecacion; y que el hábito que creian tan despreciable, le preferia él en mucho á la púrpura de los reyes que no tenian la dicha de conocer á Jesucristo. Terminadas las diferencias que existian entre la Francia y la Puerta, recibió Domingo de Santo Tomás cartas de casi todos los patriarcas griegos y del hijo del príncipe de Valaquia, en las que le ofrecian el apoyo de diferentes naciones, caso de que intentase hacer valer sus derechos y empuñar las armas contra su hermano Mahometo IV. El embajador de Venecia, cuya república estaba en vísperas de verse arrebatar por el sultan la isla de Candia, instó vivamente á Domingo, para que aprovechase en bien de la cristiandad, la favorable disposicion de los pueblos. Si bien es cierto que en el estado en que la gracia le habia colocado, no tenia Domingo ningun deseo de reinar, no lo es menos el que no habia retrocedido ante ningun peligro para estender el imperio de Jesucristo y hacer brillar la luz de la fé en medio de las tinieblas de su reino. Animado pues de este cristiano celo, tuvo una entrevista con el dux y el senado de Venecia en el año 1667, en el que se acordó que se presentaria Domingo en la isla de Candia; bastando, en concepto del senado y del papa Clemente IX su sola presencia, para causar una sublevacion general. Dictáronse desde luego todas las disposiciones necesarias para llevar á cabo aquella arriesgada empresa, pero como fué la espedicion mal dirigida, no se alcanzó el triunfo deseado; dirigiéndose Domingo de Santo Tomás nuevamente á Italia, luego de haber abierto Candia sus puertas á los turcos. Altas razones de estado y de política, habian impedido hasta entonces á los superiores de Domingo, conferir las órdenes sagradas á un jóven á quien la Providencia destinaba tal vez á ocupar un trono; pero como todas aquellas razones dejaron de existir desde que los venecianos firmaron la paz con los turcos el 17 de setiembre del año 1669, se advirtió á Domingo que se dispusiera para recibir órdenes sagradas; lo que hizo por medio de la penitencia, el ayuno, la oracion y el retiro. Luego de haber recibido el sacerdocio, no se le vió mas que en el altar donde celebraba los santos misterios con un fervor angelical, ó bien haciendo algunos ejercicios de caridad; deseoso de la salvacion de las almas, se propuso establecer en Italia un convento en el cual serian recibidos todos los religiosos destinados á evangelizar á los mahometanos. Se dedicaba con el mas vivo afecto á instruir á los turcos catecúmenos que se encontraban en Roma; mas tarde pidió al maestro general que le permitiese dirigirse á Ar-

menia, para alentar á los cristianos en medio de la persecucion que sufrian, y atraer los infieles á la fé, aunque debiese esponer contínuamente su vida. Estaba ya á punto de ver cumplidos sus deseos, cuando el cardenal Altieri, protector entonces de la Órden de Santo Domingo, considerando su débil complexion y los inminentes peligros á que iba á verse espuesto, se opuso formalmente á que se le diese el permiso que solicitaba con tanto empeño. Sin embargo, por no privársele enteramente de ejercer su celo, se nombró á Domingo de Santo Tomás en el año 1675, doctor de la órden y vicario general de los conventos situados en la isla de Malta. Al poco tiempo de habérsele nombrado se declaró la peste en la isla, lo que le hizo volar mas pronto á ella, para socorrer al pueblo y á los religiosos, que empezaban á verse ya en los mas grandes apuros. Aquel acto de noble abnegacion debia costar la vida al hijo de Ibrahin, por haber dispuesto el cielo terminára su carrera en el mismo pais en que empezó á conocer á Jesucristo y á vivir en conformidad á su ley divina. Murió Domingo de Santo Tomás en Malta á 25 de octubre del año 1676, á la temprana edad de treinta y cinco años; las circunstancias que precedieron á su conversion, y las virtudes que practicó constantemente despues de haber abrazado el cristianismo, desmuestran que fué Domingo de Santo Tomás en un todo el elegido del Señor.

CAPÍTULO III.

Misiones de los jesuitas en Grecia.

Constantinopla, en cuya ciudad se albergaban mas de cien mil griegos, cuarenta mil armenios, un número casi igual de judíos, cerca de treinta mil esclavos de diferentes naciones, y un gran número de europeos de todas las religiones, contaba con muy pocos misioneros, cuando habria debido ser tan grande su número. La Compañía de Jesus, no tenia en ella mas que seis (1); pero su iglesia estaba siempre abierta y desempeñaban todas sus funciones con la misma libertad que en Francia. Sin embargo, habia una congregacion fundada bajo la invocacion de la Vírgen, cuyos cofrades desempeñaban el cargo de misioneros en las cárceles, en los hospitales y en las casas de los cristianos que evangelizaban con su ejemplo y sus palabras. La mas penosa y á la vez consoladora ocupacion de los jesuitas, era la mision que hacian dos de ellos en los presidios del sultan, nombre que daban los mahometanos á las cárceles en que encerraban á los esclavos comprados ó cogidos á los cristianos en tiempo de guerra. Las cárceles del Gran Señor contenian como unos tres mil de aquellos desgraciados, entre rusos, polacos, alemanes, franceses, etc.; nadie podia acercarse á aquellos inmensos depósitos, sin que se le oprimiera el corazon al oir el ruido de las cadenas que sujetaban á aquellos infelices, el de los golpes que recibian y los gritos que les arrancaba el dolor. Dábaseles por todo alimento pan y agua, y por lecho el duro suelo; iban medio desnudos; el aire corrompido que respiraban en aquellas fétidas mazmorras les acarreaba frecuentes enfermedades; siendo tratados, los que eran víctimas de ellas, con la misma crueldad que á los demás compañeros de infortunio, á quienes su robusta constitucion les obligaba á prolongar de algunos dias mas aquella agonía lenta y terrible. Los guardias no hablaban á aquellos desgraciados mas que con el palo en la mano y la injuria en la boca; castigábanles con tanto rigor la mas leve falta, que no pocas veces eran aquellos infelices presa de la mayor desesperacion. El único bien que les quedaba era la libertad de vivir y morir como cristianos; y haciéndoles conocer los misioneros todo el precio de aquel bien inestimable, lograron restablecer la paz cristiana en el fondo de aquellas lóbregas mazmorras.

A fines del año 1623, fueron los jesuitas

(1) «Estado de las misiones en Grecia, presentado á los ilustrisimos señores Arzobispos, Obispos, y á los depulados del clero de Francia, en el año 1695.»

enviados á Esmirna á instancia de Mr. de Cesy, embajador de Francia en Constantinopla. A los siete años de haber ejercido en aquella region un ministerio fecundo, sucedieron, por haber sido cambiado el cónsul, otros años de esterilidad y de zozobra, hasta que Jacobo, arzobispo griego de Esmirna, se dirigió el 20 de octubre del año 1632 á Luis XIII, pidiéndole hiciese ceder una casa á aquellos misioneros, y que se dignase mandarles algun socorro. Por su parte, Juan Xalepti, metropolitano de los armenios, escribió á Urbano VIII y á Luis XIII una carta concebida en estos términos: «Santísimo Padre, vos, que ocupais el lugar de Jesucristo en la tierra, y que estais sentado en la silla de San Pedro, príncipe de los apóstoles; y vos, rey de los reyes, césar de los césares, Luis, rey de Francia, que gobernais por la gracia de Dios, á vosotros nos dirigimos con las lágrimas en los ojos, ya que despues de Dios sois nuestra esperanza, y los únicos apoyos de los que adoramos la cruz. Nosotros, pobres sacerdotes armenios de Esmirna, todo el clero y todo el pueblo elevamos hasta vosotros la presente carta, pidiéndoos os digneis aliviar con vuestra liberalidad la miseria de los misioneros que nos enseñan el camino del cielo, y procurarles una casa en la que puedan habitar y esplicarnos los misterios sublimes de esa religion divina que profesamos todos. Son estos religiosos tan buenos, caritativos y humildes, que les invitamos á todas nuestras fiestas; ante ellos ofrecemos nuestro incienso, usamos nuestros ornamentos sacerdotales y celebramos todas nuestras ceremonias segun la costumbre armenia. Por su parte los francos, al celebrar sus fiestas, nos invitan tambien á ellas, nos acompañan á su iglesia, en la que celebran la santa misa, segun la costumbre de la iglesia romana; viviendo de este modo unos y otros en el mas perfecto acuerdo. Pero como los misioneros, por la malicia de sus enemigos y por el esceso de su pobreza, es probable se vean obligados á salir de esta ciudad, tememos con fundamento, el vernos privados de la amistad de que nos han dado tantas pruebas. Por esto nosotros, pobres pecadores armenios, os pedimos, Santísimo Padre, y vos, poderosísimo Rey, nos concedais la gracia que os pedimos por ellos con las mas vivas instancias. Desde las lejanas playas en que la Providencia nos ha colocado, continuarémos pidiendo con fervor á la Magestad Divina os ampare con su gracia, y que sea siempre el Señor con vosotros. Esmirna, año 1681 de los armenios, jueves, 5 de octubre.» A consecuencia de las dos cartas trascritas, recibió el embajador francés la instruccion siguiente de su soberano, la cual creemos deber continuar aquí, para manifestar el interés con que miraban los reyes cristianísimos la propagacion de la verdad católica: «El principal objeto del embajador del Rey cerca de la Puerta, debe ser el de proteger en nombre de Su Magestad, las diferentes misiones católicas, establecidas en varios puntos de Levante, así como tambien á todos los cristianos que van á visitar los Santos Lugares de Tierra Santa. Así pues, Su Magestad encarga á Mr. de Marcheville, su embajador en la Puerta, que procure sostener con empeño á los religiosos en la posesion de sus casas, en el completo goce de sus libertades y franquicias que les han sido concedidas en virtud de lo acordado entre el Rey y el Gran Señor; procurando, si es posible, el aumento de ellas, á fin de asegurar mas y mas á los referidos religiosos en sus establecimientos, y ponerles al abrigo de las persecuciones suscitadas contra ellos por los enemigos de nuestra religion. Pero como son los jesuitas, entre todos los religiosos, los que se han visto espuestos siempre á mas violencias y peligros, encargamos á Mr. de Marcheville que vele con preferencia sobre ellos, para impedir que se les turbe en el santo ejercicio de sus funciones, y evitar cualquier nuevo ataque que contra ellos sea dirigido. Si á pesar de su celo y vigilancia, llegasen á ser los jesuitas y los demás religiosos objeto de algun insulto, acudirá el embajador inmediatamente al sultan y á sus ministros, pidiendo se cumpla el tratado que asegura la libertad de los religiosos,

firmado por Su Alteza. » En cumplimiento de estas instrucciones, el embajador de Francia procuró á los siete jesuitas residentes en Esmirna, un establecimiento sólido y el libre ejercicio de su ministerio. Formóse luego una congregacion bajo el título de la Inmaculada Concepcion, que fué como un cuerpo ausiliar de los misioneros, cuyos miembros preparaban ó daban mayor impulso á los frutos de su apostolado. Cuando fué destruida la iglesia de los jesuitas, á consecuencia de un terremoto que arruinó en 10 de julio de 1688 las dos terceras partes de la ciudad de Esmirna, á pesar de la funesta política turca, logró la influencia francesa no solo la reconstruccion de la capilla que antes tenian los jesuitas, si que tambien levantar una vasta iglesia, que hizo construir á sus espensas la junta de comercio de Marsella, siendo la primera que llevó en Asia el glorioso nombre de San Luis. Así mismo fundaron los jesuitas en Esmirna un seminario, destinado no solo á iniciar á sus nuevos misioneros en la vida apostólica, si que tambien á procurarles el conocimiento de las lenguas y los dogmas de los orientales, y hasta á albergar además en su seno á los niños de las diferentes naciones de Levante, que estaban llamados á la dignidad eclesiástica, y que debian contribuir un dia á arrojar el cisma de su patria.

Uno de los primeros establecimientos que lograron fundar los jesuitas en las islas del Archipiélago, á los que llevaron sucesivamente la antorcha de la fé católica, fué el de la isla de Scio: llegó su nueva casa á sostener doce de ellos, naturales todos de la propia isla, que procuraron escelentes súbditos á la provincia de Sicilia. Su mision de Naxos, empezó el año 1627, á peticion del arzobispo de aquella ciudad, quien ofreció á los jesuitas la antigua capilla ducal, á la que se añadió despues una nave, que la convirtió en un hermoso y vasto templo. Coronello, primer cónsul de la nacion francesa, les cedió tambien su casa, inmediata á la capilla; tomando á la vez el P. Mateo Hardi posesion de una y otra; tambien llamó la propia familia Coronello algun tiempo despues á los capuchinos, cediéndoles un terreno conveniente para que pudiesen en él levantar su iglesia. En el año 1641, el arzobispo de Naxos envió los jesuitas á la isla de Paros, y obligó al P. Jacobo de Anjou á aceptar el título de vicario general; pasando además los misioneros de la propia órden anualmente á la isla de Santorin, hasta que al ver el obispo latino Andrés Sofiano el resultado de sus correrias apostólicas, quiso obtener en ella un establecimiento estable, á cuyo objeto se dirigió al superior general de las misiones de Grecia. Visto el buen deseo que animaba al virtuoso obispo, le envió el superior general al P. Fournier junto con otro religioso, á los cuales cedieron los habitantes de Scaro en 1642, una casa y la capilla ducal, á fin de que pudiesen ya desde el primer dia consagrarse al ejercicio de su ministerio. Sin embargo, despues de aquella digna acogida, sonó la hora de la persecucion para los jesuitas; con este motivo Mr. de La-Haye, embajador á la sazon en Constantinopla, habló en su favor á nombre de la Francia, y escribió además, á principios de febrero del año 1655, á los notables de Santarin, la carta siguiente: «Señores: Hé sabido que los RR. PP. Jesuitas que permanecen en vuestra isla, se ven perseguidos por algunas personas que les son poco afectas, sin que hayan dado los religiosos motivo alguno para obrar contra ellos de esta manera; así pues, me veo en el caso de escribiros la presente para advertiros que, siendo esos religiosos franceses, están bajo mi proteccion, y que por lo mismo me veré obligado á sostenerles y ampararles en todo, por habérmelo prevenido así el rey, mi augusto amo. Por esto, señores, os pido encarecidamente, que procureis defenderles contra la malicia de sus adversarios, y hacer que puedan permanecer en vuestra isla con toda seguridad, dedicándose como hasta aquí á la salvacion de las almas, único fin á que consagran todos sus esfuerzos. Obrando de este modo, señores, haréis una obra de caridad



que será sumamente grata á Su Magestad Cristianísima; y me obligaréis á mí á emplear siempre mi valia en vuestro provecho, á lo que desde ahora me ofrezco con el mayor gusto.» La contestacion de los notables fué conforme en un todo á los deseos del representante de Francia; dice así: «Monseñor: Nunca la lluvia benéfica que cae del cielo sobre nuestros agostados campos, ha sido por nosotros mejor recibida que vuestra amable carta. En ella V. E. nos manda proteger y conservar á los PP. jesuitas, y no permitir que sus enemigos los molesten ó aflijan; en verdad, no podia V. E. prevenirnos cosa que nos fuese mas grata, puesto que deseamos ardientemente ser en un todo útiles á esos buenos Padres, que son la luz de los ignorantes, la fuerza de los débiles, la salud de los enfermos, el consuelo de los afligidos, y la salvacion de todos nosotros, pobres pecadores, que sin ellos viviríamos aun en el embrutecimiento y la barbarie. Tres años ha que la Congregacion de *Propaganda Fide* queria quitarnos al R. P. Francisco Richard; pero reconociendo luego lo indispensable que nos era su apoyo, tanto para la salvacion de nuestras almas como por la de nuestros cuerpos, consintió aquella Congregacion en que continuára entre nosotros, con lo que cumplió el mas ardiente de todos nuestros deseos. ¿Quién, pues, se atreveria á hacer salir de aquí á los Padres Jesuitas, cuando son tan generalmente apreciados en toda la isla, no ofenden á nadie y viven con tan santa edificacion? ¿No sabemos además, que han obtenido por vuestra mediacion un firman y hasta varias recomendaciones del mismo emperador otomano? No lo dudeis, nadie se atreverá á molestar en lo mas mínimo á los jesuitas, tanto por las razones antes citadas, como por saber ahora que les protege eficazmente Su Magestad Cristianísima, cuyo inmenso poder, despues del amor profundo que les profesan la mayor parte de los habitantes de esta isla, será su mas segura salvaguardia.»

A estas misiones de los jesuitas franceses, deben unirse la que los jesuitas italianos cultivaron en la isla de Tina, perteneciente á los venecianos (1). Los brillantes resultados obtenidos por los hijos de San Ignacio, indujeron al obispo de Tina á pedir misioneros; siendo el P. Miguel Albertin, natural de la propia isla, el que le fué enviado junto con otro compañero en el año 1677, para que procurase aumentar en su patria los triunfos de la religion verdadera. La república de Venecia por su parte, procuró tambien mas tarde al piadoso obispo otros dos ausiliares, que unieron sus esfuerzos á los de Albertin y su amigo; despues de haber logrado aquellos cuatro ministros del Evangelio regenerar en gran parte la isla de Tina, suplicóles el obispo que recorriesen las de Termia, Zea, Miconi, Andro y Milo.

Es verdaderamente admirable el que fuesen los turcos los primeros que invitaron á la Compañía de Jesus á que fundára una colonia en Atenas (Pl. CII, n.º 1.) A su peticion el bajá escribió al embajador de Francia, y pidió á la Puerta que se permitiese á los jesuitas una casa en la ciudad de Atenas; tan pronto como se hubo alcanzado el permiso, fueron á instalarse en la casa que les habia sido destinada; pero la falta de operarios no permitió atender á la vez á tantas residencias diferentes, por lo que se vieron obligados á salir de Atenas, limitándose á hacer de vez en cuando en ella algunas misiones. De este modo evangelizaron tambien la isla de Negroponto, situada á dos jornadas de Atenas, y á cinco leguas de Tebas.

En una carta fechada á 4 de marzo de 1714 por el P. Tarillon, de la Compañía, espone este al conde de Pontchartrain el estado de las misiones de su órden en Grecia, é indica como principales residencias, las ciudades de Constantinopla, Esmirna y Tesalónica, en Tracia, Jonia y Macedonia, y las islas de Scio, Naxos y Santorin en el archipiélago.

Mision de Constantinopla. — Cita el P. Tarillon como superior eclesiástico de los católicos en aquella mision, al dominico Rai-

(1) «*Estado de las misiones de Grecia*» «*Cartas edificantes.*»

mundo Galani, natural de Ragusa, arzobispo de Ancira, prelado de mucha virtud y saber. Hé ahí la descripcion que hace el mismo Tarillon de la casa que ocupaban los jesuitas: « Estamos, dice, casi en el centro de Galata, cerca del mar, y en el centro de la gran via que conduce al puerto. Nuestra iglesia es considerada como la mas hermosa y rara de Turquia; las columnas que sostienen su vestíbulo, y la balaustrada de la escalera que conduce á él, son de mármol blanco; las bovedas del templo y la cúpula estan cubiertas de plomo, de cuyo privilegio únicamente gozan las mezquitas. Adornan la nave diferentes sepulturas de embajadores de Francia, y la de la jóven princesa Tekeli; la de la princesa Ragotzki, su madre, casada en segundas nupcias con el príncipe Tekeli, está en una capilla separada. Murió aquella piadosa y esforzada princesa en Nicomedia, en la que los jesuitas mientras vivió, se creyeron en el deber de hacer por ella todo cuanto en otro tiempo habian hecho ya en Constantinopla. Con este motivo, empezaron en Nicomedia una pequeña mision, que quedó interrumpida por haber muerto la princesa, pues no quedaba ya entonces pretesto para continuarla, no pudiéndose repetir las visitas á la augusta princesa.... Se predica en griego, en turco, en italiano y en francés, por asistir sucesivamente á la iglesia personas que observan los ritos franco, griego y armenio. Los hombres y las mugeres ni siquiera pueden verse en la iglesia, por ocupar las últimas, insiguiendo la costumbre de Oriente, una tribuna separada, circuida de altas celosías. » Luego describe el mismo P. Tarillon el *baño* del Gran Señor en estos términos: « El baño, así llamado de la palabra italiana *bagno*, por tener los turcos un baño en aquel sitio, es un vasto local cerrado por altas y fuertes paredes, en el que hay una sola entrada cerrada por dos distintas puertas, habiendo en cada una de ellas una numerosa guardia. En el centro de aquel gran patio se elevan dos edificios, de forma casi cuadrada, pero de grandor desigual (son el grande y el pequeño baño).... En un ángulo de cada uno habia sido construida una doble capilla, parte de la cual era para los esclavos del rito franco, y la restante para los del rito griego ó moscovita; tenia cada capilla su altar y sus pobres ornamentos separados. Solo eran comunes sus hermosas y grandes campanas, hasta que se las quitaron los turcos cinco ó seis años atrás, por despertar segun decian, su sonido, á los ángeles que iban á dormir en el techo de una mezquita recientemente construida en las inmediaciones. Junto al pequeño baño se ha construido y adornado, con las limosnas de los fieles, una pequeña iglesia bajo la advocacion de San Antonio, en la que además de todos los ornamentos necesarios, hay algunas alhajas de bastante precio: es la iglesia de los empleados y de los enfermos. Todos los domingos y fiestas del año van dos jesuitas á uno y otro baño, en los que permanecen ya desde la víspera en medio de los esclavos, por mas que tenga cada religioso en la misma capilla un pequeño aposento separado. Cuando hay peste ó cualquiera otra enfermedad reinante, como es preciso socorrer á los que se vean atacados, y no hay aquí mas que cuatro ó cinco misioneros, no se puede enviar al baño mas que uno solo, el cual permanece allí todo el tiempo que dura la enfermedad. El que merece que se le nombre para el desempeño de aquel cargo espuesto y difícil, se dispone á su cumplimiento por medio de algunos dias de retiro, y luego se despide de todos sus hermanos, como si se hallase en el último trance de su vida; lo que no es estraño si se atiende á que las mas veces muere en el cumplimiento de aquel deber espuesto y penoso. El último jesuita que ha muerto en aquel ejercicio de sublime piedad, es el P. Vander Mans, flamenco, quien sucumbió al rigor de la enfermedad á los quince dias de asistir á los esclavos que se veian atacados; luego que se vió el religioso en algun peligro, lo comunicó al superior, pidiéndole la gracia de que le permitiese morir en medio de sus hermanos; por lo que se le condujo á una casita que hay

al estremo de nuestro jardin, donde murió contento y feliz por la gracia que acababa de dispensarle el cielo. Unicamente ha sido atacado, despues de Vander Mans, asistiendo á los esclavos, el P. Pedro Besnier, tan conocido por la dulzura de su carácter y por la superioridad de su talento, si bien no murió de aquella enfermedad. En el último período de su carrera, se consagró Besnier por segunda vez á la mision de Constantinopla, á la que habia prestado ya anteriormente tan importantes servicios, y en la que sucumbió del contagio que le atacó mientras estaba confesando á un enfermo. Otro de los jesuitas que hubiera debido tambien morir de la peste en esta mision á no haber sido la decidida proteccion del cielo, es sin duda el P. Jacobo Cachod.» Luego añade el P. Tarillon, que era aquel jesuita natural de Friburgo, en Suiza, y que habia desempeñado durante algunos años el cargo de misionero en Friburgo y Brisgau, antes de consagrarse á las misiones de Levante. Dábasele en Malta y en Constantinopla el nombre de padre de los esclavos. «Hace ocho ó diez años, dice el mismo Tarillon, que está casi incesantemente ocupado en las obras de caridad que ofrecen mas peligro, sea en el baño, sea en los buques ó en las galeras del Gran Señor. El año 1707, en el que fué víctima de la peste una tercera parte de la poblacion de Constantinopla, me escribió aquel Padre á Scio la carta siguiente: «Me hecho superior á todos los temores que causan generalmente las enfermedades contágiosas; puesto que, Dios mediante, no debo ya morir de esta enfermedad, despues de los peligros á que me he visto espuesto. Salgo del baño, en el que he administrado los últimos sacramentos y cerrado los ojos á ochenta y seis personas, las únicas que han muerto de quince dias á esta parte en aquellas horrendas mazmorras. Durante el dia no esperimentaba ningun temor; solo en las pocas horas que se me permitia descansar durante la noche, torturaban mi imaginacion espantosísimas ideas. El mayor peligro á que sin duda me he visto espuesto durante mi vida, ha sido en el fondo de una sultana (buque) que montaba ochenta y dos cañones, en la que los esclavos, de acuerdo con las guardias, me habian hecho entrar la víspera para confesarles durante la noche y celebrarles la misa al romper el dia. Entre los cincuenta y dos esclavos que confesé, hubo tres que murieron de la peste aquella misma noche: figuraos el aire que se respiraria en aquella estrecha cárcel que no tenia abertura alguna. Dios, que por su infinita bondad, me preservó de aquel inminente peligro, me librará sin duda aun de muchos otros.» Aquel jesuita, llamado el padre de los esclavos, lo era tambien de los armenios; solo en el año 1712, dice el P. Tarillon, convirtió á mas de cuatrocientos cismáticos, y confesó mas de tres mil personas; ascendiendo casi al mismo número de los primeros los que convirtió el año siguiente, ó sea en el año 1713. Tenia el P. Cachod cierto número de católicos celosos y prudentes, á los que destinaba á diferentes puntos con el encargo de que le presentáran todos los cismáticos que hubiesen empezado á catequizar, y que conociesen estar algo dispuestos á recibir la luz de la gracia. «Muchos son los sacerdotes ortodoxos dice, que han contribuido poderosamente á conservar la fé; siendo como los centinelas avanzados de su nacion, que han dado la voz de alarma al ver amenazadas las creencias de sus hermanos. Los armenios, por cuya salvacion se esmeró tanto el P. Cachod, dice el propio Tarillon, tienen un carácter mucho mas apacible que los griegos, y están mucho mas animados del deseo de conocer los misterios de nuestra religion sacrosanta. Para ellos las prácticas de piedad, forman por decirlo así, el objeto de todas sus delicias; despues de haber oido por espacio de dos ó tres horas la palabra divina con la mayor complacencia, se quejan de que haya sido tan corto el tiempo en que se les ha estado hablando de la sublimidad de los misterios cristianos que nunca se cansarian de oir. Muchas son las familias armenias cuyo fervor es en un todo digno de los primitivos

tiempos de la Iglesia. Cuando se trata de procurar algun consuelo, ó de compadecer siquiera, á alguna de aquellas familias ricas que se han arruinado en defensa de su fé, casi llegan á escandalizarse: « ¿Pensais en ello? dicen á los amigos que intentan hacerlo; ya sabeis lo que dice Jesucristo: quien todo lo pierda por él, hasta su vida, todo lo encontrará en él. » Nada hay tan edificante como ver á aquellos buenos ancianos, rodeados de sus hijos y nietos, acercándose cada ocho dias á la sagrada mesa, siguiendo tras ellos sus esposas y sus hijas; al ver su modestia y su devocion profunda, no puede menos de regocijarse el alma cristiana. Aunque pudiésemos disponer de todas las horas del dia, y se las consagrásemos enteramente, no podríamos satisfacer la ávida piedad de aquel buen pueblo. » Véase cuan distinta es la pintura que hace el P. Tarillon de los griegos: « Conozco á un gran número de griegos en Constantinopla que están animados de buenos sentimientos; pero generalmente hablando, no debemos esperar de aquellos cismáticos grandes conversiones. La impresion que les causan los restos de su esplendor pasado, léjos de entristecerles y humillarles, les dá por el contrario cierto orgullo que les hace indóciles y hasta impertinentes. Diríase que toda aquella gran ciudad junto con el poder que encierra, no ha dejado aun de pertenecerles, al ver el orgullo con que tratan los griegos á los demás pueblos. Uno de sus mas claros talentos, hombre muy honrado y digno, me ha dicho varias veces que por poder ser el pueblo griego sólidamente convertido, deberia ser pobre y humilde: «Dios, añade, que nos conoce y quiere salvarnos, nos ha condenado á la desgracia hace mas de seis siglos; y á pesar de todo, no hemos podido olvidar aun el recuerdo de una pujanza que se desvaneció como el humo causando nuestra ruina. » Visitamos con frecuencia al patriarca griego que nos recibe con tierna solicitud, y nos colma de caricias; cuando versa la conversacion sobre materias religiosas, nos espone con franqueza sus ideas, así como nosotros le manifestamos las nuestras, sin faltarle nunca al respeto. Antes de dirigirme á Levante, me habia formado una escelente idea de aquel patriarca de la nueva Roma; la primera vez que fui á visitarle, me quedé admirado al ver la sencillez en que vivia. Su cuarto era pobre y desmantelado; consistia toda su servidumbre en dos criados de miserable aspecto y dos otros humildes clérigos. En todas sus visitas iba siempre á pié, sin que le distinguiera su trage en lo mas mínimo de los demás religiosos griegos; solo se le conoce por acompañarle algunos prelados, vestidos tan sencillamente como él. Su única distincion consiste en precederle siempre de algunos pasos, un diácono ó sacerdote llevando una especie de muleta ó maza de madera adornada con figuras de márfil y nácar. Sin embargo, toma el título de patriarca universal, por lo que debe llamársele, no santísimo Padre, sino santísimo *Panosiotatos*. Cuando los griegos hablan de sus demás prelados, no dicen como nosotros el arzobispo ú obispo, sino el *Santo* de tal ciudad, como el *Santo de Heraclea*, el *Santo de Calcedonia*, etc. Las buenas relaciones en que procuramos estar con el patriarca y los demás prelados griegos, predispone mucho mas al pueblo á oir nuestra voz; contribuyendo asimismo á que los padres envien sin recelo sus hijos á nuestras escuelas. »

Misiones de Esmirna. — En aquel conjunto de misiones del archipiélago, segun las llama el P. Tarillon, no habia mas que cuatro jesuitas, dos de los cuales eran octogenarios; siendo su superior el P. Adriano Verseau, hombre dotado de una actividad poco comun. El P. Francisco Lestrigant que habia ejercido aquel cargo cuando ocurrió el terremoto de 10 de julio del año 1688, fué sacado medio muerto de entre las ruinas de la casa de los jesuitas, mientras estaba orando aun, rogó despues, á pesar de su avanzada edad, que se le permitiera hacer todos los años el sermon en el aniversario de aquella catástrofe, por no poder hacerlo nadie, decia, con mas conocimiento

de causa. No hay en Esmirna baño de esclavos; únicamente se destinaban cuatro galeras á aquella ciudad durante el invierno, cuyos jefes no querian por lo regular permitir que se administrasen los sacramentos á los esclavos cristianos. «Solo á costa de muchos sacrificios y por medio del poco dinero de que podian disponer, añade el P. Tarillon, lograban aquellos desgraciados poder frecuentar las iglesias, cargados de cadenas y sin que les perdiesen de vista sus guardias. En cambio, tenemos los buques franceses é italianos en el puerto, donde vamos á confesar é instruir á las tripulaciones que no pueden saltar en tierra, y á enseñar la doctrina á los grumetes que no han hecho aun su primera comunion, á pesar de tener aun en su mayor parte mas de quince años.»

Misiones de Tesalónica. — Cree el P. Tarillon que la Macedonia, esa hermosa parte de la Grecia, cuyo solo nombre despierta tantos recuerdos, no tardará en poseer una parte de aquel fervor cristiano, que San Pablo logró conservar con sus epístolas entre los tesalónicos. Como era Tesalónica en el año 1690 una de las ciudades mas populosas de la Turquía europea, la Compañía habia dispuesto enviar á ella una corta mision, que renovó despues de un modo mas estable, en el año 1706. El P. Juan Bautista Souciet (1), dice, que el P. Francisco Braconnier, fundador de la mision de Tesalónica, era hombre de un gran mérito, puesto que á una alma grande y generosa y á una irresistible inclinacion al bien, unia un valor á toda prueba. Como poseia el aleman, cuando fué á las misiones de la Grecia, prestó grandes beneficios á los esclavos de aquella nacion que habia á la sazon en Constantinopla: tales fueron los primeros actos ó ejercicios á que se dedicó el religioso. Nombrado Braconnier superior general de las misiones de Grecia, se atrajo la confianza y estimacion de todos cuantos estuvo obligado á tratar durante el desempeño de su cometido; uno de sus admiradores fué el famoso conde de Tekeli, cuya confianza se grangeó hasta el punto de hacerle abjurar el luteranismo. Sin embargo, en nada se mostró siempre tan solícito, como en procurar á los esclavos todos los consuelos que reclamaba su triste situacion, por mas que debiese esponerle su celo á morir de la enfermedad contagiosa que diezmaba á aquellos desgraciados.» Hé ahí como refiere el mismo Braconnier de que modo penetró en Tesalónica: «Animábame el deseo de recorrer la Galacia, la Capadocia y las provincias vecinas para consagrar mis cuidados á los armenios ó cismáticos, cuando un mercader europeo que desde Salónica se habia dirigido á Constantinopla, me aconsejó dirigirme á Macedonia. Díjome que la capital de esta última provincia y las islas vecinas ofrecerian mas vasto campo á mi celo, y que serian mucho mayores los frutos que podria mi mision dar en ellas. El mismo dia en que tuve aquella conversacion con el mercader cristiano, leí por casualidad las *Actas* de los apóstoles, llamándome muy particularmente la atencion el décimo sexto capítulo, donde consta que encontrándose San Pablo en el Asia menor, tuvo durante la noche un sueño milagroso, en el que un macedonio le hacia esta súplica: «Pensad en Macedonia, y socorrednos.» El efecto causado por esta lectura y la conversacion que tuve despues con el mercader, me parecieron un aviso del cielo, y no pensé ya mas que en seguir el camino que me habia trazado el apóstol. Nuestro embajador en la Puerta (el marqués de Feriol), tan celoso por los intereses de la religion como por el honor del rey y del nombre cristiano, favoreció mi empresa, y me procuró además cien piastras para hacer frente á las primeras necesidades del viage. Recibióme el cónsul de Francia bondadosamente á mi llegada; y juntos convenimos en que predicaria yo en su capilla todos los domingos, los miércoles y los viernes á los cristianos del rito latino, cualquiera que fuese la nacion á que perteneciesen. Inmensa era la multitud que asis-

(1) *Relacion del establecimiento y de los progresos de la mision de Tesalónica*, estraida de las Memorias del P. Braconnier, en las *Cartas edificantes*.

tia á aquellas funciones, á causa de no tener los armenios en Salónica iglesia ni sacerdote alguno; preparados ya de antemano durante la cuaresma, casi todos ellos confesaron y comulgaron devotamente al llegar la Pascua. Despues de haber conferenciado con algunos griegos acerca de la religion, pude convencerme de que no diferian mucho de nuestras creencias. Se me pidió encarecidamente que me quedase en aquella ciudad, ó que me decidiese al menos á permanecer un año en ella, diciéndome que mucha gente, y sobre todo, los armenios y los griegos, no comprendian el francés, por lo que necesitaban un misionero que poseyese sus diversas lenguas; así que resolví quedarme, por mas que fuese mi intencion recorrer otros puntos » Despues de haber hablado Braconnier de sus escursiones á las islas de Scopoli y Negroponto, y de las que hizo á los monasterios del monte Athos, cuyos monges cismáticos le parecieron tan buenos y sencillos como ignorantes, añade: « Recibí el breve del rey, por el cual Su Magestad se dignaba nombrar á los jesuitas capellanes de su cónsul en Salónica; lo que fué para mí un poderoso motivo para dirigirme nuevamente á la capital. A los dos dias de mi llegada se leyó aquel nombramiento en el consulado ante los principales negociantes de la ciudad, siendo recibido con general aplauso. Cuando en el mes de abril del año 1707 se me reunió el P. Mateo Piperi, convenimos con él en que se quedaria siempre uno de nosotros en Salónica, mientras continuaria recorriendo el otro los paises circunvecinos; consagramos todos nuestros esfuerzos á construir una capilla en la ciudad, lo que al fin logramos conseguir el año 1713, sin que los turcos ni los griegos cismáticos se opusiesen á la realizacion de nuestro proyecto; al contrario, la mayor parte de ellos se alegraban de que los Padres *Negros*, formasen un establecimiento sólido en aquella capital de la Macedonia. » El P. Souciet nos dice que el fundador de la mision Tesalónica, cayó gravemente enfermo al ser nombrado superior de las misiones de Persia; pero que triunfando de su misma naturaleza desfallecida, se embarcó para la capital del imperio otomano, halagado, decia, por la esperanza de morir en brazos de sus hermanos. Llegó medio muerto al castillo de los Dardanelos, en el que le administró el P. Recolet, limosnero del cónsul francés, los últimos sacramentos; despues de haber dispuesto sus funerales con una presencia de ánimo y una tranquilidad de alma admirables, espiró en la paz, la calma y la santa alegría que solo la religion puede procurar, á principios del año 1716. Fué Braconnier enterrado en el cementerio de los armenios (1). Una carta del P. Suciet, fechada á 20 de agosto del año 1734, refiere hechos gloriosos para la fé ocurridos en Macedonia. En la antigua ciudad de Berea, que los griegos llaman actualmente Veria, hubo un jóven francés, de diez y ocho años de edad, que tuvo la desgracia de renunciar á la religion cristiana; avergonzado de esta debilidad, confesó su crímen á un sacerdote griego, por no haber en Veria sacerdotes latinos, y recibió la comunion. Pero como no le pareciese el escándalo suficientemente reparado, indújole su fervor á clavarse en las piernas puntas agudísimas, á ponerse una corona de espinas en la cabeza, y á atarse por el cuello en una crnz; en cuyo estado se presentó al centro de la ciudad, desnudo hasta la cintura, azotándose con una cuerda y gritando: « Hé sido apóstata, pero ahora soy cristiano. » A fin de obligársele á apostatar por segunda vez fué reducido á prision; y á pesar de habérsele hecho todas las promesas,

(1) Despues de la muerte de aquel insigne varon cristiano que siguiendo las huellas de San Pablo, no omitió esfuerzo ni sacrificio para hacer brillar la luz de la fe en Macedonia, se pidió á la córte de Roma para mas honrar su memoria, que fuese erigida en curato la capilla que fundó en aquella provincia, objeto principal de su solicitud y de todos sus desvelos, durante los muchos años que la edificó con su ejemplo y su palabra. El arzobispo de Cartago, que conocia mejor que nadie lo acreedor que era el ilustre misionero á aquella gloria póstuma, hizo de su parte todo lo posible para que fuese aquella ereccion concedida; y la córte de Roma por su parte, deseosa de dar una prueba del interés que le inspiraba aquella mision, accedió gustosa á los deseos del ilustre prelado y de todo el pueblo en general. (Nota del Trad.)

y de recorrerse al ver su constancia á todas las amenazas, se mostró fiel á su fé hasta morir en el tormento. Otro hecho no menos glorioso ocurrió casi al mismo tiempo en la ciudad de Tesalónica: habia en ella un turco que concibió una violenta pasion por una jóven búlgara de quince años. Halagos, promesas, regalos, todo lo puso en juego para seducirla; pero todo fué igualmente inútil, por no querer la jóven de modo alguno corresponder á su amor. Al verse el turco desechado por la jóven inocente y pura, trocóse su amor en desesperacion y rabia, y juró vengarse cruelmente En efecto, sobornó unos cuantos testigos, que declararon haberle dado la jóven en su presencia palabra de casamiento, y prometídole además que abrazaria la religion mahometana. Habiéndose procedido á su arresto, negó constantemente aquella doble promesa, pero no por ello dejó de ser conducida á la cárcel, en la que repitió sin cesar estas palabras: «Salvador mio, bien sabeis que sois vuestra; libradme, pues, del peligro que me amenaza, y llamadme á vos.» El cielo atendió á su súplica: á los dos dias de cautiverio dejó de existir. Como notasen los guardias un gran resplandor en su habitacion, entraron en ella, y hallaron á la jóven sin vida. Juan Bautista Souciet, que es el que nos ha trasmitido todos estos detalles, era el penúltimo de seis hermanos que abrazaron sucesivamente la regla de San Ignacio para consagrarse á Dios; al talento del hombre de letras útil á su patria, unia Souciet la virtud y todas las demás cualidades que hacen al hombre de celo útil á la religion. La gloria de Dios y la salvacion de las almas le condujeron á las misiones de Levante, donde no hubo obstáculo que no venciera, peligro que no despreciára, ni empresa á que no diera cima. Hé ahí un hecho que demuestra claramente la intrepidez de su carácter: habia dos esclavos, uno lituanio y otro italiano, que abjuraron la fé, y en los que el arrepentimiento siguió muy de cerca á su apostasía. Al ver los infieles que hacian penitencia pública para borrar su falta, juraron vengarse; en su virtud, fueron detenidos los dos esclavos y conducidos ante el juez, quien empleó para vencer su fé los azotes, el tormento y la amenaza del último suplicio. Los misioneros, que temian una nueva caida, resolvieron arrostrarlo todo para acudir en su ausilio; siendo el P. Souciet el que se ofreció á llegar hasta ellos, por mas que no se le ocultasen los peligros á que iba á esponerse. Animado, pues, del deseo de salvar á sus hermanos, aunque fuese esponiéndose él mismo á morir por la fé, penetró en la cárcel, habló á los dos confesores de Jesucristo, y despues de haberles procurado el sacramento de la penitencia, les animó tan vivamente con sus discursos, que derramaron generosamente su sangre por la religion que poco antes habian abjurado, y repararon la apostasía por medio del martirio. Tampoco descuidó el activo misionero la instruccion de las tripulaciones de los buques que se encontraban en el puerto; puesto que reunia á los marineros todos los domingos y fiestas en la casa de los jesuitas, é iba él los demás dias á visitarles en los buques, para esplicarles el catecismo y enseñarles todo lo demás que como cristianos tenian obligacion de saber. Durante estos penosos y cotidianos ejercicios, contrajo Souciet una fiebre violenta que le llevó al sepulcro el dia 23 de julio del año 1738.

Mision de Scio. — Los jesuitas, en número de ocho ó diez, poseian desde mucho tiempo en Scio una iglesia y un colegio, cuando aquella isla fué conquistada en el año 1694 por los venecianos que, no tardaron en dejarla otra vez á merced de los turcos. Como al acercarse la armada naval otomana se negasen los hijos de San Ignacio á alejarse, á pesar del ejemplo dado por los demás religiosos que residian en aquella isla, su iglesia y su casa fueron conservadas. El *seraskier* Misir Oglow alabó su constancia, y les destinó algunos soldados para que atendieran á su seguridad hasta que hubiese pasado el tumulto que causó la entrada en las filas turcas. Los griegos cismáticos en su despecho al ver la

conducta observada con los jesuitas, acusaron á los latinos de Scio de haber llamado á los venecianos, como lo demostraba, segun ellos, el haber secundado aquella empresa las galeras del Papa. Aquella acusacion indujo á los turcos á destruir las iglesias cristianas, ó á trasformarlas en mezquitas ó cederlas á los griegos; aquella injusta medida, alcanzó al fin hasta á los mismos jesuitas. « Los griegos cismáticos, dice el P. Tarillon, decididos á quitar todo recurso al rito latino que querian destruir, no pararon hasta lograr que fuese nuestra casa bruscamente saqueada. En un instante hundieron los turcos el techo de nuestra iglesia, sacaron á los padres con violencia de sus celdas, llegando á herir á algunos de ellos; cuando hubieron pasado á saco la iglesia y la casa, fueron ofrecidas en clase de regalo á un turco del pais, que no tardó en convertirlas en casas de alquiler. Al propio tiempo se dió una órden prohibiendo bajo severas penas profesar la religion romana, en las que incurriria cualquiera que practicase el menor ejercicio de piedad. Sin embargo, los jesuitas no pudieron resolverse á quitar aquella isla, por mas que se lo aconsejasen, por no abandonar á cuatro ó cinco mil católicos, de los que eran el único apoyo en aquellas críticas circunstancias; no pudiendo presentarse ya en público con el hábito religioso, tomaron otro trage, y empezaron á recorrer las casas de los latinos, para celebrar la misa, administrar los sacramentos é inducir á los fieles á sufrirlo todo antes que renunciar á la santa doctrina del Cordero inmaculado (1). Bastará un solo hecho, para demostrar lo resueltos que estaban los cristianos á sufrirlo todo antes que renunciar á sus creencias. A fin de desterrar para siempre el rito latino por medio del terror, procuraron lograr los cismáticos á fuerza de dinero, que fuesen condenados á muerte cuatro de los principales cristianos que habia en la isla, dos de los cuales pertenecian á la noble familia de los Justiniani. Aquellas cuatro ilustres víctimas, cuya sola falta, en concepto de los mismos infieles y cismáticos, consistia en profesar la religion cristiana, sufrieron con una resignacion sobrehumana el injusto suplicio á que fueron condenadas. Al dia siguiente de su muerte, sus esposas, no obstante la delicadeza y timidez de su sexo, se presentaron al *seraskier*, llevando de la mano á los tiernos hijos, y le dirigieron estas palabras: « Señor, ya que hicisteis morir ayer á nuestros esposos por ser católicos, haced otro tanto con nosotras y con estos inocentes que veis, ya que todos profesamos la misma religion, y que, como ellos, queremos conservarla hasta la muerte. » Enternecido el *seraskier* al ver semejante espectáculo, les regaló algunos pañuelos ricamente bordados de oro, y les dijo con voz conmovida: « No me imputeis la muerte de vuestros esposos; pues no soy yo el que les ha hecho morir; son aquellos, añadió luego, señalando con la mano á los primados griegos. » Con todo, siguió la persecucion contra los pobres latinos, hasta que Mr. de Castagneres, embajador de Francia en la Puerta, compadecido de la opresion en que gemian los fieles, y de los continuos peligros á que estaban espuestos los misioneros para socorrerles, mandó al cónsul de Esmirna que enviase un vice-cónsul á Scio, asociándole al P. Martin, jesuita francés, en calidad de capellan. Solo se proponia el embajador al dar aquel paso, procurar á la religion un asilo seguro por medio de una capilla francesa, y hacer que los jesuitas pudiesen ejercer mas libremente su ministerio con el apoyo que les

(1) Terrible fué la persecucion que por espacio de un año enrojeció las calles de Scio con la sangre cristiana; pero si por una parte contrista el corazon el ver á un gran número de inocentes víctimas inmoladas en aras de su divinal doctrina, consuela por otra al alma católica el ver los triunfos continuados que alcanzaron en ella los inmortales hijos de la Iglesia. En vano los griegos cismáticos, en union con los infieles, intentaron entonces perseguirla; en vano los impios que siguieron despues su funesto camino, trataron de hacerla á su vez víctima de sus injustos ataques; en vano posteriormente, y hasta en nuestros dias, se ha pretendido y se pretende rodearla de nuevos dias de amargura: basada la Iglesia en un principio inmutable y eterno, continuará su marcha triunfante hasta la consumacion de los siglos, cualesquiera que sean los ataques que dirija la impiedad contra ella, por haberle dicho Aquel que no puede engañarse: Triunfarás, por mas que seas combatida. (N. del T.)

prestaria uno de sus hermanos que, no habia de temer la influencia y el poder de los griegos y los turcos, por estar agregado al cuerpo consular de Francia. Si bien contribuyó en gran parte aquella prudente medida á conservar la religion en Scio, no por esto cesó aun la persecucion que causára tantas víctimas. Incalculables son los trabajos, privaciones y disgustos que tuvieron que sufrir el P. Martin y los demás jesuitas, para atender solos á la direccion de tantos fieles durante aquella época de prueba tan larga y terrible. De los seis jesuitas que habia en la isla, sucumbieron dos, por no poder resistir tantas fatigas: fueron aquellas dos víctimas de su abnegacion, los PP. Ignacio Albertin y Francisco Ottaviani. Finalmente, á la tempestad sucedió la bonanza, y como todo fuese restableciéndose paulatinamente, empezaron á regresar todos los religiosos que se habian ausentado en los dias de la persecucion, á todos los que acogió el P. Martin con gozo en su capilla y en el otro templo católico. A fin de hacer menos sensibles los efectos de la destruccion del colegio, abrieron los PP. Antonio Grimaldi y Estanislao de Andria numerosas clases, á las que hasta los griegos mas contrarios de los jesuitas enviaban sus hijos. Los beys de las cuatro galeras pertenecientes á la isla, miraron tambien á los jesuitas con mejores ojos, permitiéndoles en lo sucesivo administrar libremente los sacramentos á los esclavos que tenian bajo su dominio. Sorprendióme en gran manera, dice el P. Tarillon, el aviso que recibí cierta ocasion de parte de un bey, para que me dirigiera inmediatamente á su galera con el libro de que me servia para bendecir el agua, por haber visto sus esclavos algunos espíritus malignos que les quitaron el sueño durante la noche. Habia á la sazon en las galeras mas de mil doscientos esclavos, entre alemanes, españoles, italianos y franceses; habiéndose declarado la peste en las galeras en el momento en que debian salir para el Mar Negro en el año 1711, sucumbió el P. Ricardo Gorré en ellas ejerciendo el apostolado. Despues de pasar en ellas dias enteros, á fin de que pudiesen todos los esclavos cumplir con el precepto pascual, ya que tanto lo deseaban aquellas pobres almas que sin su generosa abnegacion habrian quedado enteramente abandonadas, sucumbió por último al rigor de la enfermedad reinante, que lo llevó al sepulcro en cuarenta y ocho horas. Todos los habitantes de Scio asistieron al entierro del P. Gorré, llorándole unos como padre, é invocándole otros como santo.

Mision de Naxos. — Observa el P. Tarillon que desde la toma de la isla de Rodas, (Pl. CII, n.º 2.) cuyo obispo era primado del mar Egeo, habia sido trasferida la primacia al arzobispo de Naxos, al que debieron los demás obispos considerar desde entonces como su metropolitano. «Vive en esta isla, dice el propio religioso, la principal nobleza del archipiélago, perteneciente en su mayor parte al rito latino; desciende aquella de las antiguas familias de Francia, España é Italia, que habian ido á establecerse en Grecia, con motivo de las conquistas hechas por nuestros príncipes occidentales. La iglesia catedral y el arzobispado están en el castillo; su clero capitular consiste en doce canónigos primitivos, á los cuales se han unido posteriormente algunos de nueva creacion; es aquel capítulo el mas antiguo de Turquía.» Asimismo supone aquel religioso, ser Naxos el centro de las misiones que hacian los jesuitas al recorrer todas las islas del archipiélago.

Mision de Santorin. — Despues de haber hablado de las persecuciones que el patriarca griego de Constantinopla ocasionó en el año 1704 á los latinos de Santorin, menta el P. Tarillon á dos misioneros de su Compañía que evangelizaron aquella isla: tales son, el P. Luis de Boissy, muerto el año 1705 en el ejercicio de su apostolado, del que los mismos griegos se disputaban sus hábitos que consideraban como reliquias, y el P. Jacobo Bourgnon, que utilizaba sus profundos conocimientos en la medicina para propagar la fé.

CAPÍTULO IV.

Misiones de los carmelitas y jesuitas en Siria y en Egipto.

Lo que vamos á referir sobre las misiones de Siria, probará que la proteccion del rey cristianísimo favoreció el establecimiento de todas las que tuvieron lugar en Levante.

El carmelita descalzo Próspero del Espíritu Santo, prior en un principio del convento de Ispahan, y luego llamado á Roma en el año 1624 para atender á los intereses de la mision de Grecia, fué encargado por la Congregacion de la Propaganda (1) de fundar en el año 1625 una residencia en Alepo, donde tuvo que vencer grandes obstáculos, opuestos por los turcos y hasta por los mismos cristianos, antes de ver realizado su proyecto. Unicamente su paciencia á toda prueba podia dar cima á aquella dificilísima empresa, no obstante de haberle secundado en ella, segun el P. Felipe de la Santísima Trinidad, el rey cristianísimo. El primer cuidado de Próspero fué escoger una casa en el khan, en el que vivian el cónsul de Francia y los principales mercaderes con numerosas guardias para atender á su seguridad; dedicó la iglesia á Nuestra Señora del Monte Carmelo; y aquella mision tan útil á los europeos que el comercio atraia á Alepo de las naciones de Francia y de Italia, fué un punto no menos grato que útil para los carmelitas de los conventos de Europa, que se dirigian continuamente á Persia.

El P. Próspero del Espíritu Santo no tardó en conocer que los piadosos discípulos del profeta Elías, podrian tener el consuelo de ir á establecerse en la misma montaña del Carmelo. Así que, cuando le mandaron sus superiores en el año 1631, que realizára el mas vivo de todos sus deseos, se fué el P. Próspero á Genim, villorrio situado al pié de la montaña de Efraim en la campiña de Esdrelon, donde convino con el emir príncipe del Monte Carmelo en que mediante una retribucion anual de doscientos escudos, habitarian los carmelitas descalzos bajo su proteccion la santa montaña. Los franciscanos, que deseaban conservar solos la custodia de Tierra Santa, vieron con disgusto á los carmelitas descalzos apoderarse de una parte de ella; pero como intervino el Pontífice romano, no tardó en reinar la paz y la mas tierna union entre ambas órdenes. Algunos *derviches* que se habian establecido en la gruta de Elías, no contentos con suscitar sérias dificultades á los carmelitas, acudieron á Constantinopla; sin embargo, fueron rechazadas sus pretensiones, merced á la decidida proteccion que dispensó el emir á los carmelitas. « Aunque los religiosos de nuestra órden que habitan el Monte Carmelo, consideren la contemplacion como el ejercicio principal de su vida, dice el P. Felipe de la Santísima Trinidad, no desatienden por esto la salvacion de los demás hombres; puesto que procuran atraer á la fé de Jesucristo y ausiliar en todas sus necesidades á los habitantes del Carmelo, quienes, segun la tradicion, descienden de los primitivos cristianos que fueron á procurarse un retiro en aquella montaña que lograron santificar con sus piadosas obras. Su amor al prójimo, les obliga á dejar la apacible soledad del Carmelo (Plancha CIII, n.° 1), para ir en busca de los mercaderes franceses é italianos que ejercen su comercio en Tolemaida, llamada comunmente San Juan de Acre (Pl. CIII, n.° 2), los cuales, por falta de sacerdotes, no pueden asistir á los divinos oficios, y tienen gran necesidad de oir la palabra de Dios; por mas que diste el Carmelo tres leguas de la ciudad de Tolemaida, van los religiosos á pié diariamente á ella, solo por procurar á sus hermanos el dulce consuelo de la religion. »

Para conservar en su órden el ejercicio de las misiones, fundaron los carmelitas en Roma el seminario de San Pablo, dedicado al apóstol de los gentiles; siendo enviados á él dos religiosos de cada provincia, para aprender las lenguas estranjeras y acostumbrarse á la con-

(1) Luis de Santa Teresa. *Anales de los Carmelitas descalzos de Francia.*



troversia contra los infieles. El capítulo general convocado en Roma el año 1632, dió á 17 de mayo un decreto, en el que se prevenia estar aquella fundacion destinada á favorecer tambien el generoso proselitismo de los discípulos del profeta Elías. Habiendo entrado el cardenal Ginneti en la sala del capítulo el dia 22 de mayo, declaró en nombre de la Congregacion de la Propaganda, desear que abrazasen los carmelitas con ardor la carrera de las misiones; no tardando en convencerse del celo de que estaban los religiosos animados por la propagacion de la fé.

Las disposiciones que fueron en consecuencia dictadas, dieron orígen á la mision del Monte Líbano, de la que fué fundador en el año 1643 el P. Celestino de Santa Liduvina, uno de los religiosos que estaban evangelizando la ciudad de Alepo. Edificados los maronitas por las virtudes y la predicacion de los carmelitas, les cedieron una casa que poseian junto á los cedros (1).

Al ver la Propaganda cuan necesario era enviar misioneros á Siria lo mas prontamente posible para conservar la religion en aquel pais, en que el Hijo del Hombre la habia establecido, se dirigió á los discípulos de San Ignacio y á los del profeta Elías. En el año 1625, dice el jesuita Nacchi, superior de las misiones de la Compañía de Jesus en Siria y en Egipto, mandó Urbano VIII al P. Mucio Vittelleschi, general de la Compañía, que enviase á Siria algunos jesuitas de los mas celosos.

Mision de Nuestra Señora de Alepo. — En virtud de la órden recibida, llegaron aquel mismo año á la ciudad de Alepo los PP. Gaspar Manilier y Juan Stella, procedentes ambos de la provincia de Lion; obteniendo por desgracia, que fueran aquellos dos jesuitas espulsados de Alepo, un personage interesado en sostener el cisma. Puestos los dos misioneros á disposicion de un capitan inglés que debia conducirlos á Francia, consideraban ya poco menos que inútil su largo viage, cuando azotado por la tempestad el buque que les conducia tuvo que tocar en Malta, donde desembarcaron los dos religiosos, dirigiéndose hácia Constantinopla, donde el embajador francés les logró el permiso para residir en la ciudad de Alepo. Luis XIII, cuya proteccion acababan de implorar, previno á su cónsul que protegiera en un todo su establecimiento; y como el poderoso enemigo de los jesuitas instára al nuevo bajá que les espulsase otra vez de la ciudad, hizo llamar á los dos misioneros, y les dijo en presencia de sus acusadores: «Ya os conozco, por haber firmado yo mismo la órden que os autoriza para permanecer aquí y haberos visto en Constantinopla.» Luego volviéndose hácia los que pedian su espulsion, añadió: «Sois unos miserables impostores; sabed que castigaré con rigor al que moleste en lo mas mínimo á esos dos hombres, que por deber y por justicia estoy obligado á proteger.» El P. Estella, que habia sido enviado á Francia, al objeto de asegurar la subsistencia de los demás misioneros, murió en Aviñon; sucedióle en su apostolado el P. Gerónimo Queyrot, procedente de Esmirna, el cual, junto con el P. Manilier, ausilió á todos los enfermos durante la peste, granjeándose ambos jesuitas con su abnegacion el aprecio de sus antiguos adversarios. Los mercaderes franceses, que no sin fundamento temian perder á los dos sacerdotes de que tanto necesitaban, les obligaron al fin á retirarse con ellos á su khan; cuando hubo cesado el contagio, el metropolitano griego, que era tambien católico, les permitió enseñar en su casa el catecismo á los niños y celebrar conferencias para los eclesiásticos. El bien que obraban bajo la doble proteccion del bajá y del arzobispo, despertó nuevamente el ódio de los hereges, que no pararon, despues de haber sido cambiado el bajá, hasta hacer encarcelar á los PP. Gerónimo Queyrot y Amado Chezeaud, así como tambien á los hermanos coadjutores Fleuri Bechesnes y Raimundo Bourgeois; solo el P. Manilier, llamado á la sazon para ejercer las funciones de su ministerio, dejó de ser víctima de aquella injusta agresion. No tardaron

(1) Luis de Santa Teresa, *Anales de los Carmelitas descalzos de Francia*.

empero los jesuitas en recobrar su libertad, merced á la intervencion del cónsul de Francia y á la de los ricos mercaderes franceses y holandeses, con satisfaccion de todos los demás cónsules y de cuantas personas honradas habia en la ciudad. Entregados los jesuitas con mas ardor que nunca á sus misiones, abrieron una escuela para instruir á los niños, y organizaron tres congregaciones, la primera para los franceses, la segunda para los armenios y la última para los maronitas y los sirios. El esceso del trabajo abrevió al fin la existencia de aquellos primeros operarios cristianos, de los que fueron sucesores en diversas épocas, los PP. Juan Amieu, Guillermo Godet, Renato Clisson, Miguel Nau, Avril y José Besson que, habiendo nacido en Carpentrás (1), el año 1607, renunció al rectorado del colegio de Nimes para ir á consagrar el resto de sus dias á la mision de Siria. «Su vocacion, dice el P. Nacchi, y su obediencia, dignas de un profeso de nuestra compañía, le hicieron acudir siempre á la primera órden de su superior á cualquier punto que se le llamára, aunque fuese de uno á otro confin de la tierra, para atender á la salvacion de las almas.» Habiendo manifestado el provincial de Tolosa la necesidad que habia en Siria de obreros apostólicos, contestóle el P. Besson en estos términos: «Por mi parte, padre mio, estoy dispuesto á todo, hablad, y partiré desde luego.» Y como fuese aceptada su generosa proposicion, se dirigió inmediatamente á Siria. Un misionero, que tan bien comprendia el ejercicio de la caridad, no podia menos de producir un gran fruto en aquella mision lejana que exigia tanta abnegacion y celo, como así fué en efecto. Lo que habia de mas admirable en el P. Bresson, era la mortificacion continua y terrible á que se entregaba en medio de su incesante trabajo; su cama se componia de dos tablas, y dos libros le servian de almohada; dormia muy poco, puesto que se acostaba tarde y se levantaba muy de mañana, á fin de pasar algunas horas en oracion. Su confesor aseguró haberle dispensado Dios insignes favores, entre otros, el de haber permitido le visitára con frecuencia su ángel custodio para darle saludables consejos; procurando siempre el humilde siervo ocultar á los hombres las gracias que recibia del cielo. No se limitó su celo á evangelizar la ciudad de Alepo, sino que procuró estender en lo posible el imperio de Jesucristo hasta los últimos confines de la mision de que formaba parte, sin que nunca le arredráran en lo mas mínimo los obstáculos y peligros á que se veia contínuamente espuesto. La conversion de los jacidias (kurdos) fué por algun tiempo el objeto principal de su celo; adoran los jacidias el sol y tributan un culto al demonio, como autor del mal. Habia resuelto ya el P. Besson llevar por sí mismo á aquellos pueblos el conocimiento del verdadero Dios, cuando habiendo sido nombrado superior de la mision tuvo que desistir de su empeño, y confiar á otros religiosos lo que él intentaba hacer por sí solo. Pero como no estaban aquellos pueblos dispuestos aun á recibir la luz de la gracia, tuvieron que retirarse los misioneros sin lograr su objeto, despues de haberse sacudido el polvo de sus sandalias. Nada deseaba tan ardientemente el generoso apóstol como consagrarse noche y dia al cuidado de los apestados, y morir, si posible era, al rigor del contagio en el ejercicio de su caridad, favor que al fin le dispensó el cielo. Habiendo afligido la peste á la ciudad de Alepo, se arrojó el misionero en medio del peligro, y despues de haber procurado una santa muerte á un gran número de personas que perecieron del contagio, murió á su vez de la peste el dia 17 de marzo del año 1691, dejando varios escritos notables, entre los que habia la *Siria* santa, obra de reconocido mérito. El P. Besson, y casi todos los demás misioneros de que hemos hecho ya mencion, terminaron santamente su carrera, por lo que fué preciso nombrarles otros sucesores que continuasen la obra por ellos empezada; siendo los PP. Deschamps y Gabriel de Clermont, de la provincia de Fran-

(1) Poblacion situada entre Avignon y Tarascon, en el mediodia de Francia. (Nota del Trad.)

cia, junto con el P. Sauvage y el P. Pagnon, los que merecieron aquella honra. En breve sonó la hora de la persecucion para esos nuevos hijos de Loyola: habiendo sido nombrado el P. Pagnon superior de Alepo, dispuso se hiciesen algunas reparaciones en la casa que les habia cedido el cónsul Lemaire, por lo que fué acusado de haber construido una capilla pública, y á pesar de la falsedad notoria de aquella acusacion, fué preso por órden del cadí y cargado de cadenas. Solo logró el religioso recobrar su libertad despues de haber sufrido todos los tormentos, merced á la mediacion del cónsul de Francia. Tambien el patriarca y el arzobispo de Alepo, fueron acusados de haber profesado públicamente la religion cristiana; por lo que se condenó al patriarca Ignacio Pedro á recibir ochenta azotes, y á ser luego encerrado en un oscuro calabozo junto con el arzobispo Dionisio Rezkallah, del que solo salieron para ser trasladados al castillo de Adané, donde fueron encerrados perpétuamente de órden del sultan. Fueron tantas la fatigas que sufrieron los dos ilustres presos durante el viage, que sucumbió el arzobispo al poco tiempo de haber llegado á su nueva cárcel. El patriarca murió á su vez despues de algunos meses, á consecuencia de las privaciones que sufrió durante su horroroso cautiverio. « Aquellos dos eminentes varones, dice Nacchi, á quienes la santidad de su vida valió la palma del martirio, son, en nuestro concepto, el mas firme apoyo de nuestra mision, y lo que nos ha inducido á creer que la union de los tres patriarcas de la iglesia griega de Alejandria, de Alepo y de Damasco á la iglesia romana, ha sido tambien efecto de su poderosa intercesion cerca de Dios. » Entre los misioneros de Alepo, no puede dejar de hacerse mencion del P. Bernardo Couder, de la provincia de Guyena; despues de haber dirigido á los novicios de aquella provincia, se dirigió Couder á Siria, á la edad de treinta y ocho años, valiéndole el celo que desplegó por espacio de treinta y cuatro, el glorioso nombre de apóstol de aquel pais. « Solo en Alepo, dice el P. Nacchi, convirtió á mas de novecientas familias, y á fin de que pudiese dirigirlas mas fácilmente, distribuyó la ciudad en siete barrios, uno de los cuales visitaba diariamente para atender al cuidado espiritual de sus habitantes. Llegó á ser tan grande su celo por la salvacion de las almas, que se le vió aguardar en el mismo sitio á un pecador por espacio de diez dias, solo para obligarle á cambiar de vida con la elocuencia de su palabra. La vida austera y penitente de aquel santo misionero, sus grandes trabajos y su avanzada edad, le causaron en sus últimos dias contínuas enfermedades que soportó siempre Couder con una paciencia y una resignacion heróicas. Al ver que se acercaba su última hora, hizo un supremo esfuerzo para visitar por última vez á sus discípulos queridos, procurarles sus saludables consejos y encargarles que no le olvidasen en sus oraciones; á su regreso, pidió que se le administrasen los últimos sacramentos, que recibió con una piedad angelical, y se durmió al fin sonriendo en el seno de Dios. A la muerte del P. Couder, siguió la de otros diferentes misioneros de la Compañia y de las demás órdenes religiosas; todos los cuales sucumbieron cuidando á los apestados en el año 1719. » El P. Ivo de Lerna, superior de la mision de Alepo, vió morir en sus brazos al P. Arnoudie, al hermano coadjutor Juan Martha, y al P. Manuel, carmelita descalzo, que durante cuatro meses habia procurado contínuos consuelos á los apestados. « Muchas veces me he visto obligado, escribia el P. Manuel á 7 de marzo del año 1720, á tener que echarme en medio de dos apestados para confesarles uno despues de otro, teniendo el oido junto á sus lábios á fin de oir su voz moribunda. Despues de haber procurado á sus almas todos los ausilios necesarios, han llevado algunos de nuestros misioneros su caridad hasta el punto de lavar sus cuerpos y vestidos cubiertos de horrible infeccion, y de besar sus manos y sus piés. » Terminarémos la reseña de la mision de Alepo, haciendo una observacion importante; á saber: Mr. Picquet, cónsul de Francia, habia cedi-

do su capilla á los jesuitas en calidad de capellanes, título que, al colocarles bajo la proteccion del rey de Francia, les permitia ejercer libremente su ministerio. El caballero de Arvieux, cónsul á su vez, obtuvo que los religiosos, á quienes solo el interés y el aprecio de los agentes consulares habia puesto en posesion de sus capillas, fuesen confirmados en su posesion por la real órden siguiente: «Hoy, 7 de junio del año 1679, encontrándose el rey en San German de Laye, y queriendo recompensar el celo de los PP. jesuitas franceses que se consagran á las misiones de Levante, por las ventajas que procuran á los súbditos franceses que residen y frecuentan aquellos puertos de escala, les nombra Su Magestad capellanes de la iglesia consular de Alepo, en Siria. Por tanto, quiere que sean los jesuitas reconocidos como tales en lo sucesivo, por todos los mercaderes que se encuentren en aquel pais; que se les confie la administracion de la referida iglesia ó capilla consular, y que hagan en ella todos los ejercicios que les prescribe su institucion. Y Su Magestad, en prueba de su deseo, me ha mandado estender el presente decreto, que ha querido firmar de su mano, y hacer refrendar por mí, su consejero secretario de Estado y de Hacienda. Firmado. = Luis. = Colbert.» Como aquel título de capellanes multiplicaba las ocupaciones de los misioneros, fué preciso aumentar tambien su número, á fin de que pudiesen unos dedicarse esclusivamente á las obras de piedad en la capilla consular y en las congregaciones, mientras iban los otros en busca de las ovejas descarriadas que habia en la ciudad y en sus alrededores.

Mision de San Pablo de Damasco. — Despues de la ruina de Antioquía (Pl. CIV, n.° 1) fué la silla patriarcal trasladada á la ciudad de Damasco (Pl. CIV, n.° 2). El arzobispo griego Eutimio, natural de Scio, llamado á ocupar aquella sede, fué causa de que se establecieran los jesuitas en aquella ciudad patriarcal, por haberse llevado consigo al P. Gerónimo Queyrot en el año 1643, á fin de que le ayudára con sus consejos, de que se encargase de la instruccion de su sobrino, destinado á la carrera eclesiástica, y para evangelizar á Damasco. Enteramente versado en las lenguas orientales y en el estudio de los padres griegos, cuya autoridad es mas decisiva entre los cismáticos de aquella nacion, que todas las razones mas sólidas é incontestables, debia Queyrot ser de suma utilidad al patriarca. Tenia además el religioso en su Compañía al hermano coadjutor Guillermo Volrad Bengen, que estaba dotado de un talento sin igual para el estudio de las lenguas, como lo indicaba el poseer ya admirablemente el árabe, el griego, el italiano, el aleman, el francés y el flamenco. Así que, mientras Queyrot se entregaba á sus controversias particulares ó públicas y á las demás funciones de su ministerio, el hermano enseñaba el catecismo á los niños. En su sed insaciable de oro, exigieron los turcos injustamente al patriarca griego y á los de su nacion, la suma de siete mil escudos, lo que obligó á Eutimio á abandonar su silla, yéndose con él su protegido Queyrot, al que no obstante volvió á llamarse luego, por haberse notado la gran falta que hacia su presencia en Damasco. A causa de la guerra suscitada algun tiempo despues entre los turcos y los venecianos, mandó la Puerta espulsar de Damasco á todos los venecianos y latinos, tanto mercaderes como religiosos; sin embargo, ningun turco pensó en hacer salir de la ciudad al hombre que era objeto de la veneracion pública, y continuó ejerciendo el P. Queyrot con toda libertad sus ejercicios cotidianos. El cristiano Miguel Condoleo, gefe de la artillería del sultan, que amaba tiernamente al jesuita, su director espiritual, quiso, á fin de asegurar mas su permanencia en la ciudad, hacerle adquirir una casa situada en un barrio libre, que fué la cuna de la mision de los jesuitas. Como llegó Queyrot á Damasco la víspera del dia del apóstol S. Pablo, pensó dar su nombre á la mision naciente á que iba á dar comienzo, y en la que no tardó en reunírsele el P. Cárlos Malval que, proce-





dente de las misiones de Grecia iba á secundarle en su empresa, por mas que debiesen en breve sus fatigas conducirle al sepulcro. A su vez Queyrot, despues de haber ejercido el ministerio apostólico por espacio de treinta y ocho áños, dejó en Damasco un nombre imperecedero; los griegos lloraron su muerte como la de un padre querido; el mismo Miguel Condoleo quiso llevar el ataud del varon cristiano, del confesor, del amigo; y todo el clero de la iglesia parroquial asistió á sus funerales. Sucediéronle en la mision de que habia sido fundador, los PP. Parvilliers, Richelius, Resteau, Clisson y Nau; siendo estos dos últimos autores de varias obras contra los errores de los sirios. Clisson, que por espacio de treinta y cinco años se dedicó á las misiones de Siria, terminó gloriosamente su vida en el servicio de los apestados. Miguel Nau, nació el año 1631 en Paris, y á pesar de ser de ilustre cuna, fué destinado ya desde su juventud á las misiones, en las que trabajó sin cesar por espacio de diez y ocho años. «Habia recibido del cielo todas las cualidades de gran misionero, dice el P. Nacchi; puesto que, estaba dotado de un espíritu recto y sólido, de un corazon caritativo y tierno, de una gran inclinacion al trabajo, de una resolucion firme en la prosecucion de sus empresas y de una escrupulosidad sin límites en el cumplimiento de todos sus deberes. Su celo por establecer las misiones en los puntos en que las creia necesarias para la salvacion de las almas, fué causa de que sufriera en Meredin todos los horrores de un encierro que le hicieron perder la salud y que abreviaron considerablemente su vida. Murió el dia 8 de marzo del año 1683 en Paris, donde le llamaban los intereses de su mision; manifestando en sus últimos momentos el dolor que le causaba no poder morir en Siria, entregado á los deberes del apostolado que Dios le confiára; sin embargo, luego se conformó gustoso á los decretos de la Providencia que lo habia dispuesto de otro modo. Entre las varias obras que dejó el P. Nau, figuran *Un nuevo viage á Tierra Santa*, el *Verdadero retrato de las iglesias romana y griega* y el *Estado actual de la religion mahometana.* Entre los misioneros que prestaron mayores servicios en Damasco, cita luego Nacchi á los PP. José y Jacobo-José de la Thuillerie, Pedro de Maucolot y Pedro Blein, de cuyo último religioso refiere hechos de la caridad mas acendrada.

Mision de San Juan, en Trípoli. — Despues de haber evangelizado el P. Juan Amieu las ciudades de Alepo y Damasco, se dirigió en peregrinacion á Jerusalen, y al pasar á su regreso por Trípoli (Pl. CV, n.º 1), el dia 6 de mayo del año 1645, supo que habia en aquella ciudad y en sus alrededores un gran número de cristianos, maronitas, griegos y sirios, que carecian de a instruccion necesaria. Al ver Amieu lo muy útil que podia ser á sus hermanos, resolvió quedarse; pero habiendo declarado los turcos la guerra á los venecianos, mandó prender el sultan á todos los venecianos y francos que se encontraban en Trípoli. Como estaba el P. Amieu en la ciudad hacia ya dos dias, fué reducido á prision y encerrado en un calabozo con otros veinte y cinco franceses, en el que tomó orígen la nueva mision, por medio de las instrucciones que dió el apóstol durante veinte y dos dias á sus compañeros de cautiverio. Cuando recobraron los presos su libertad, les exhortó el misionero á que no olvidasen nunca las promesas que habian hecho á Dios, y despues de abrazarles tiernamente á todos, se fué á visitar á los católicos de la ciudad para procurarles los consejos de que tanto necesitaban. Habiendo llegado á Trípoli el dia en que la Iglesia celebra la fiesta del discípulo muy amado, puso la casa que le habian cedido los católicos bajo la proteccion de San Juan. Por muchas que fuesen sus ocupaciones, nunca dejó el misionero de recorrer los pueblos situados en las llanuras de Zaovia, Patron y Gebail, hácia la parte de Beirut, por necesitar las cabañas mucho mas que los palacios de la ciudad, los consuelos de la religion cristiana. Despues de haber empleado de este modo una gran parte del

dia, veíase obligado á regresar precipitadamente á Trípoli para dirigir la palabra divina á los fieles; empleando las restantes horas que le quedaban en asistir los enfermos. Una vida tan laboriosa no podia menos de minar su existencia; así es que, murió el P. Amieu mientras estaba haciendo una mision en Beirut, habiendo vaticinado ya antes su muerte á un amigo que enfermó con él; dijo además á su amigo, que no le diese su enfermedad ningun cuidado porque no habia llegado aun su última hora, y que hiciera un santo uso de la salud quo le seria restituida. Todo sucedió del mismo modo que habia predicho el P. Amieu: su amigo recobró la salud, y él, despues de treinta y cinco años de haber ejercido una vida de ferviente misionero, fué á recoger en el cielo la recompensa que Dios reserva á los justos. Murió en Beirut (Pl. CV, n.º 2), siendo enterrado en la puerta de la iglesia de los maronitas, dedicada á San Jorge, en la que tantas veces se habia hecho oir la voz del predicador del Evangelio. Todos los pueblos circunvecinos acudieron presurosos á prestar su último homenage al varon santo, al padre cariñoso, y al amigo verdadero que habia sacrificado generosamente su vida para enseñarles y hacerles perseverar en la fé. La pérdida de aquel digno misionero, la guerra que los griegos cismáticos hicieron á los turcos y á los cristianos, de los que son igualmente enemigos, y, sobre todo, la muerte de otros varios misioneros que cuidaban á los apestados, fueron otras tantas causas que contribuyeron á que quedase interrumpida la mision que bajo tan buenos auspicios habia empezado el P. Amieu en Beirut. Solo despues de haber cesado la guerra, pudieron enviarse á aquella ciudad nuevos misioneros que continuasen la obra regeneradora de Amieu; siendo los PP. Pillon, Bazire y Verseau los que siguieron el camino trazado por su generoso predecesor. El P. Nicolás Bazire, es el que despues de Amieu, merece ser llamado fundador de la mision de Trípoli, por haber pasado en ella diez y ocho años, durante los cuales su virtud, su prudencia y su caridad le valieron la confianza y la veneracion de todos los cristianos; hasta los mismos turcos le apreciaban y hacian de él los mayores elogios. Sus profundos conocimientos en medicina, contribuyeron en gran parte á que le amasen los infieles casi tanto como los cristianos; no habia nunca un enfermo sin que fuese el P. Nicolás inmediatamente llamado. Increible es el número de niños que bautizó, abriéndoles las puertas del reino de los cielos, que sin su solicitud, les habrian estado quizás para siempre cerradas. Era el P. Nicolás tan severo y amante de la mortificacion para sí mismo, como indulgente y compasivo para los demás; nunca brillaron tanto su caridad, su benevolencia y su profunda humildad, como despues de haberle puesto la Providencia al frente de la mision de Trípoli. La mayor parte de los superiores generales de los apóstoles de la Compañía de Jesus en Siria, permanecian regularmente en Trípoli, por poder allí recibir con mas facilidad noticias de las otras misiones, y trasmitir al propio tiempo sus órdenes. El P. Nacchi dice acerca del P. Bazire: « Todos los misioneros le honraban y querian como un padre; todos deseaban que su mando durase el mayor tiempo posible; pero las fatigas de su vida laboriosa habian debilitado sus fuerzas, y murió mientras estaba visitando á Saida. El P. Juan Barse, que sucedió á Nicolás Bazire en el cargo de superior general de nuestras misiones en Siria, abrió aquí hace algunos años una escuela parecida á la que tenemos en Damasco, y en la que enseñando á los niños, instruia al propio tiempo á sus familias. El tiempo que empleaba Barse en estas obras de caridad, no le impedia consagrar todas las horas necesarias para atender al cuidado de nuestras misiones; pero Dios, cuyas miras son muy distintas de las nuestras, llamó á sí al P. Barse el dia 7 de diciembre del año 1715, por mas que debiese causarnos su muerte una afliccion profunda. Entonces tuvo nuestra mision la ventaja de poseer por algun tiempo á los PP. Paulet y Grenier. » Finalmente, murió en esta

ciudad, despues de haber consagrado treinta y cinco años á las misiones de Levante, el P. Ivo de Lerna, jesuita de la provincia de Francia, quien resistió con una resignacion verdaderamente heróica, todas las persecuciones y trabajos que le acarreó su largo apostolado. Vióse encerrado varias veces en horribles calabozos; fué atacado del contagio mientras cuidaba á los apestados; vióse espuesto á todos los horrores del hambre, sin que nunca se le oyese proferir ni una queja. Pero nunca reveló tanto el P. Ivo su grandeza de alma como en su última hora; habia desafiado tantas veces la muerte, que de ningun modo podia ya temerla, así es, que la consideró como la entrada de la eternidad gloriosa en que iba á disfrutar de la presencia de Dios. Poseido de esta certeza, murió el P. Ivo contento y feliz en el mes de julio del año 1746; el cura y sus feligreses de Sgorta, villorrio poco distante de Trípoli, pidieron que fuese enterrado en su iglesia, y se accedió á su peticion confiándoseles aquel precioso depósito.

Mision de Nuestra Señora de Saida. — El P. Francisco Rigordy estaba desplegando toda su caridad y celo en favor de los apestados de Damasco en el año 1644 (1), cuando despues de haber desaparecido el contagio en esta última ciudad, se declaró en la poblacion de Saida haciendo grandes estragos; los franceses, que fueron en un principio los que mas sufrieron del terrible azote, pensaron en recorrer desde luego á los remedios espirituales. « En tan triste situacion, dice el P. Nacchi, llamaron á Francisco Rigordy que se encontraba en Damasco, y que no tardó en llegar para servir espiritual y temporalmente á todos los enfermos que gemian en el lecho del dolor. Por fortuna no fué el contagio de larga duracion, lo que dió lugar al P. Crasset, religioso de la Observancia, y comisario de Tierra Santa, á proponer al P. Rigordy que predicase la cuaresma en su iglesia. Fué tanta la impresion que produjeron los discursos de Rigordy en el ánimo de sus oyentes, que suplicaron al religioso se quedase en Saida para establecer allí una mision igual á la de Damasco; ofreciéndole una habitacion en una de las mejores casas, así como tambien todo lo necesario para su sustento y el de los otros dos religiosos que debia llamar el P. Rigordy, á fin de que compartiesen con él los cuidados y trabajos de la nueva mision. El primer cuidado del religioso fué fundar una congregacion igual á todas las demás que nuestra Compañía ha establecido en nuestras casas, para acostumbrar á las personas de todas las condiciones y edades á la práctica de los deberes de sus respectivos estados. Propúsolo á los mas antiguos y distinguidos de los mercaderes, asegurándoles al propio tiempo que una congregacion en honor de la Santísima Vírgen, les aseguraria la proteccion de la Reina de los cielos, la cual no podria menos de atraer sobre ellos, sus familias y su negocio las bendiciones del Eterno. Aquella promesa, hecha por un hombre que merecia toda su confianza y su aprecio, produjo todo el efecto que el P. Rigordy deseaba; no solo consintieron gustosos en que se fundára aquel establecimiento, sino que hasta se dedicaron junto con el Padre á levantar una capilla conveniente, á fin de que pudiesen empezarse desde luego los ejercicios de la congregacion. Las personas que mas secundaron al religioso fueron Mr. Andrés, que fué elegido luego patriarca de la nacion siriaca, y los señores Stoupans, Honorato Audifroy, Francisco Lambert y Picquet, los cuales empleaban gustosos en aquella grande obra todo el tiempo que les dejaba libre su negocio. Todos los demás franceses pidieron desde luego ser admitidos en aquella sociedad, tal fué el buen ejemplo que dieron los primeros cofrades que pertenecieron á ella; hasta los estranjeros, edificados por la práctica constante de la virtud, no pudieron menos de elogiar los saludables efectos que habia producido aquel nuevo establecimiento. La ciudad de Saida, continua Nacchi, habitada por un gran número de griegos y maronitas, nos acogió con la mayor benevolencia; por nuestra parte, procuramos

(1) Beson, *la Siria santa*.

instruir en lo posible á unos y otros, abrimos escuelas para los niños, cuidamos á los enfermos, anunciamos la palabra divina, previa la autorizacion de los PP de Tierra Santa, que son los curas natos de Siria y Palestina, y pusimos á los adultos en estado de recibir dignamente los sacramentos. Los habitantes del campo, sobre todo, eran los que mas llamaban nuestra atencion, por estar confundidos entre otros pueblos que profesaban religiones distintas, y que nos hacian temer corrompiesen sus costumbres y su fé; así pues, á fin de evitar estas desgracias, y de procurar á los maronitas todo el bien posible, preferian nuestros misioneros dirigirse á las montañas, á quedarse en las ciudades. Es preciso confesar en honor del pueblo maronita, que hay en él almas puras, inocentes y capaces de seguir ó practicar las mas grandes virtudes; bastará en prueba de ello referir lo que sucedió aquí hace algunos años. Habia una virtuosa viuda maronita, llamada Josefa Yonni, que por evitar las turbulencias que agitaban entonces el monte Líbano, se fué á vivir en un pueblo que hay cerca de Saida; era la pobre muger anciana y enfermiza, puesto que tenia su cuerpo cubierto de úlceras. Cuantas veces era preciso curárselas revelaba, á pesar del vivo dolor que sentia, una paciencia admirable. Entre las vecinas que la visitaban con mas frecuencia, habia una jóven de veinte años, que habia sido educada en la religion y los errores de su pueblo; admirada la jóven al ver la virtud de la enferma, le preguntó como era posible que sufriendo tanto no se quejase nunca, y estuviese siempre tan contenta y feliz. «Es porque no sufro sola, le contestó la virtuosa maronita; el Dios que yo adoro, único que es digno de adoracion, me ayuda á sufrir, siendo su gracia la que me da la fuerza necesaria para soportar mis males. Cuanto mas sufro, mas digna y agradable soy á sus ojos; porque él ha sufrido tambien mucho, muchísimo mas que todas las criaturas juntas, para salvar sus almas. Pero vos teneis la desgracia de ignorar, añadió la pobre enferma dirigiéndose á la jóven, que habeis tenido tanta parte como yo en sus sufrimientos. — ¿Qué es pues, lo que ese Dios ha sufrido por mí? preguntó la jóven: mucho desearia saberlo. — Yo os lo esplicaré cuando gusteis, contestó la maronita. Admirada la jóven de oir semejantes discursos, visitaba con frecuencia á la enferma, que procuraba instruirla en las principales verdades del cristianismo y de nuestros augustos misterios. Cuando habia empezado ya á fructificar la semilla cristiana en aquel jóven corazon, se presentó un maronita y pidió al padre la mano de su hija; como considerase el padre ventajoso el partido que acababa de ofrecérsele, dió su consentimiento, sin consultar antes siquiera la voluntad de su hija. Informada empero la jóven de que estaba ya decidida su suerte, se presentó á su padre suplicándole no la obligase á unirse con un hombre, á quien no amaba, y que dejase á su cuidado la eleccion de un esposo que pudiese labrar su ventura y su dicha. El padre, que tenia interés en que se realizase el proyectado enlace, desatendió las súplicas de su hija, y dispuso, á pesar de las lágrimas que no cesaba de derramar la jóven, que se celebrase inmediatamente el matrimonio, ó que fuese la jóven desde luego arrojada de su casa. Sin embargo, al ver la resistencia obstinada de su hija, dispuso que procurase uno de sus tios inducirla á que aceptase el ventajoso matrimonio que se le presentaba, manifestándole por una parte la posicion brillante en que iba á verse colocada, y por otra, lo mucho que tendria que sufrir si se esponia á la indignacion de un padre justamente irritado por verse desobedecido. Gustoso accedió el tio á lo que de él se exigia; pero no produjeron sus razones ningun efecto en el ánimo de su sobrina, la cual, lejos de dar su asentimiento, suplicó á su tio procurase hacer todo lo posible para que renunciase su padre á casarla contra su voluntad. Procuraba la jóven informar á su piadosa vecina de todo cuanto pasaba, y esta á su vez la asistia con sus consejos, y la consolaba en sus tribulaciones con la esperanza de la dicha eterna que concede Dios á los que su-

fren por su santo nombre. Trascurridos algunos dias, volvió el padre de María Teresa, tal era el nombre de la jóven, á insistir en su primera resolucion; pero como no fuesen sus nuevas órdenes mejor atendidas que antes, resolvió casar su hija segunda y deshacerse de la mayor, que solo era ya para él un objeto odioso. María Teresa, que no tardó en saber las intenciones de su padre, fué á ver á su amiga maronita, para comunicarle el temor de que estaba poseida y preguntarle que es lo que debia hacer en tales circunstancias; aconsejóle entonces la anciana que sufriera con resignacion los disgustos, segura de que tarde ó temprano alcanzaria el premio de sus sufrimientos. No contento aquel padre desnaturalizado con hacer sentir á su hija cada dia el peso de su injusta cólera, quiso á toda costa deshacerse de ella, envenenándola con una taza de café el mismo dia en que se celebró la boda de su segunda hermana. Poco tiempo despues, sufrió María Teresa una fiebre lenta, seguida de calofrios y de frecuentes desmayos, que le anunció su próxima muerte, y que era ya tiempo de poner en práctica las máximas que le habian sido inspiradas por la piadosa maronita; así pues, solo pensó ya la jóven en cumplir todos los preceptos de nuestra religion sublime, y en aguardar resignada la hora de ofrecer á Dios el sacrificio de su vida. Llegó en efecto para ella aquel momento supremo, y el alma de la jóven mártir, libre ya de los lazos que la sujetáran hasta entonces en este mundo de miseria, voló al cielo para gozar en él la eterna dicha que le estaba reservada. No dejó Dios impune aquel crímen horrendo, puesto que murió su autor repentinamente á los pocos dias de haber espirado su inocente víctima. Ocurrió el hecho citado á últimos del año 1697.»

Mision de San José de Antura. — Despues de haber hablado de la congregacion de Saida, refiere Nacchi lo que sucedió por disposicion del cielo á uno de sus principales protectores. «Francisco Lambert, dice el propio autor, era natural de Marsella, y uno de los mas acreditados negociantes que habia á la sazon en Siria, tanto por su brillante posicion, como por la regularidad de su vida. Las relaciones que trabó con los misioneros, la práctica constante de todas las virtudes que vió en ellos, y sobre todo, el haber sabido que se trataba de establecer una mision en Ispahan, capital del reino de Persia, donde se veia en inminente peligro la fé de los cristianos que vivian en aquella region, despertaron en Lambert el deseo de seguir las huellas de los apóstoles de la fé, y cual otro S. Mateo, dejó su comercio para volar á Persia, donde el Salvador le llamaba. Luego de haber dejado en regla todos sus negocios, partió de Saida para ir á reunirse con los misioneros que iban á dirigirse á Persia; pero la Providencia, que acababa de llamarle á su servicio lo dispuso de otro modo, puesto que lejos de guiarle á Persia, lo condujo á las costas de las Indias cerca de Meliapur. Asombrado nuestro viagero, al verse trasladado, por decirlo así, sobre el sepulcro del apóstol Santo Tomás, bendijo los designios de la Providencia que le destinaba á una nueva region; y para mejor disponerse á seguir con acierto el nuevo camino que acababa de trazársele, resolvió visitar el sepulcro del santo apóstol, confiando que le serian en él revelados los designios de Dios. Postróse Lambert ante la misma piedra en que fué atravesado de una lanzada el cuerpo de aquel gran santo, y permaneció largo rato en oracion, repitiendo luego sin cesar estas palabras del apóstol San Pablo: «Señor, ¿que queréis que haga?» Dios, que oye siempre benigno las súplicas de los que están dispuestos á seguir su voluntad, le inspiró el deseo de entrar en la Compañía de Jesus, y de ser uno de sus misioneros. Recordó entonces Lambert la vida y los trabajos de los operarios evangélicos que habia conocido en Siria; su celo infatigable por la salvacion de los que el cisma, el error y el desarreglo de su vida lanzan á su perdicion; el fruto que producian sus palabras; su vida irreprensible y pura, su desinterés en todo el bien que hacian; comprendiendo que de nin-

gun modo podia imitar tan fácilmente la vida que llevó el Salvador en la Judea, como entrando en el número de aquellos discípulos que procuraban en lo posible seguir sus huellas é imitar su ejemplo Con todo, por no equivocarse en la resolucion que acababa de tomar, consultó á un religioso de San Agustin, hombre de mucho talento y de reconocida virtud, al cual, despues de haberle referido su vida, espuso las ideas que habia concebido junto al sepulcro del apóstol Santo Tomás, y acabó por suplicarle le dijera cuales eran, en su concepto, las miras que Dios tenia sobre él. Despues de haberse tomado el tiempo necesario para examinar su vocacion, le dijo el religioso que no le cabia duda de que estaba llamado á la vida apostólica para dedicarse á la salvacion de las almas en el pais en que la Providencia le habia conducido, y que todo cuanto le habia acontecido desde su salida de Saida, le parecian otros tantos medios que Dios habia empleado para hacerle abrazar la nueva vida que estaba entonces resuelto á seguir. Solo pensó ya desde entonces Lambert en cumplir la voluntad de Dios, entrando lo mas pronto posible en nuestra Compañía; pero como era su edad algo avanzada un obstáculo que podia impedir la realizacion de su proyecto, resolvió ir en peregrinacion á Roma para presentarse al general de los jesuitas y esponerle las poderosas causas que habian motivado su vocacion, no dudando que se serviria este admitirle. Poseido pues de esta grata esperanza, se embarcó para Italia; procuráronsele medios durante la travesía para redimir dos esclavos, á los que instruyó Lambert en la fé católica, antes de disponerles para recibir el santo bautismo. Al dia siguiente de su llegada á la capital del orbe católico, espuso al general de la Compañía el objeto de su viage, las diferentes circunstancias de su vida, los medios de que se valió por saber la voluntad de Dios, y las causas que le habian obligado á ir á pedirle la gracia de ser admitido en la órden de San Ignacio. El P. general, despues de haberle oido diferentes veces, no titubeó en recibirle, siendo él mismo quien lo presentó al noviciado, en el que fué Lambert un modelo de todas las virtudes. Terminados los dos años de su noviciado, se le destinó al estudio de las ciencias necesarias para ejercer las funciones apostólicas á que estaba destinado; disponiéndosele luego para recibir órdenes sagradas. El sacerdocio con que se vió en breve honrado, inflamó mas y mas en su corazon el deseo de ir á predicar el reino de Jesucristo en la Judea y en Palestina; así pues, tan pronto como estuvo enterado de todo lo que un misionero debe saber, obtuvo del P. General el permiso para ir á terminar sus dias en nuestras misiones de Siria. Salió Lambert de Roma con dos jóvenes jesuitas que deseaban seguirle, embarcándose los tres en un buque que salia para el puerto de Saida ó de Trípoli; pero la Providencia que habia conducido hasta entonces al P. Lambert, y que queria se dedicase al establecimiento de una mision entre los maronitas, permitió que fuese arrojado el buque por la tempestad en una de las costas inmediatas al pequeño pueblo de Antura. Los habitantes de aquel pais, al notar el buque que se acercaba á sus costas, le creyeron un buque corsario; por lo que se arrojaron sobre él, cogieron al P. Lambert, á sus dos amigos y á los demás pasageros, y los presentaron al gobernador de la provincia. Era el gobernador Abunaufel, maronita tan recomendable por su saber y sus virtudes, que el rey Luis XIV, de feliz memoria, le nombró, á pesar de ser súbdito del sultan, cónsul de la nacion francesa. Preguntados por Abunaufel el P. Lambert y los otros dos jesuitas, dijeron ser misioneros; y como no tuviese el gobernador ninguna duda acerca de la veracidad de sus palabras, les dispensó una digna acogida, por ver que los supuestos corsarios se habian convertido en dignos misioneros que el cielo le enviaba. La llegada de los tres misioneros y las conversaciones que tuvo con ellos, sugirieron á Abunaufel la idea de fundar una mision en su pais, á fin de procurar á los maronitas del monte Líbano los socorros espiri-

tuales de que se veian con frecuencia privados. No tardó en proponerlo al P. Lambert, ofreciéndole al propio tiempo un terreno de su propiedad, situado en el punto llamado Kesroan del monte Líbano; el P. Lambert, despues de haberlo consultado á los superiores de nuestras misiones de Siria, aceptó los ofrecimientos de Abunaufel. No solo se limitó este á ceder el terreno ofrecido, sino que hasta sufragó una gran parte de los gastos ocasionados por la construccion de la capilla y de la casa; quedando de este modo establecida la mision de Antura, en el año 1656, de la que debia ser el P. Lambert fundador por disposicion del cielo. Todos los pueblos circunvecinos acudieron solícitos á presenciar el acto solemne de la inauguracion, y asistieron gozosos á los primeros ejercicios de piedad que tuvieron lugar en la nueva capilla consagrada al Señor. Secundado por sus dos compañeros, continuó el P. Lambert hasta la muerte el apostolado á que Dios le llamára, con un celo verdaderamente cristiano; pudiendo ver Abunaufel con placer los brillantes resultados que daba su establecimiento, cuya fundacion no cesaban de ponderarle todos los maronitas. Pasados algunos años, descendió el P. Lambert al sepulcro, tal vez á causa de sus contínuos trabajos, ó quizás por haber querido Dios recompensar ya en la otra vida los sacrificios de su siervo. Despues de aquella pérdida, que causó en todo el pais una afliccion general, no ha cesado la mision de Antura de enviar sus obreros á diferentes puntos del monte Líbano. »

Era Abunaufel el Tobías de aquellos alrededores. Justo es que demos á conocer al Occidente á aquel cristiano incomparable, del que por tanto tiempo ha admirado el Oriente sus virtudes. « Aquel grande hombre, dice un jesuita (1), misionero en Siria, era el mas virtuoso y mas rico de los maronitas de nuestras montañas. Aunque no habia nacido en régia cuna, tenia sentimientos dignos de un hombre destinado á ocupar el trono: era noble en sus maneras, generoso hasta el desprendimiento; distinguiéndole siempre de los demás magnates una magnificencia sin fausto. Era además considerado en todo el pais como el hombre de mas talento entre todos los maronitas. El príncipe de los drusos, no obstante la diferencia de su religion, le honraba como á un padre y le consultaba como á un oráculo; permitiéndole recoger el tributo que debian pagar los cristianos, y ser el encargado de administrarles justicia. Nombrado, por eleccion del soberano, juez de su pueblo, era Abunaufel al propio tiempo su padre por la bondad de su corazon; su celo por todo lo que interesaba á la religion era infatigable; bastaba ser cristiano para tener ya un derecho á su ternura. No podia oir hablar de las persecuciones que sufrian los cristianos en las provincias turcas sin derramar abundantes lágrimas; y si alguna vez se le reprendia su ternura como un esceso de debilidad, contestaba: «Todos los cristianos son mis hermanos; ¿cómo quereis pues que deje de sentir sus penas? Sí, añadia; todos caben en mi corazon, y aunque retirado en mi casa, siento, á pesar de la distancia que me separa de ellos, todos los golpes que reciben en los baños de Constantinopla. » Nunca tuvieron los jesuitas un amigo mas sincero; entre los muchos beneficios que no cesó de dispensarnos, le debemos el de haber contribuido á aumentar el respeto con que oyen los naturales la palabra de Dios y con que miran á los que la anuncian, por ser el ejemplo de un hombre de su posicion y autoridad, una ley para todos. Vivia Abunaufel regularmente en Agelton, desde donde bajaba algunas veces á Antura, por gozar de la amable conversacion de los jesuitas, é informarse de los progresos de la religion; sus visitas habrian sido mucho mas frecuentes, á no haber temido caer en poder de los turcos que le habrian maltratado, por ser el protector decidido de los cristianos. Como gozaba en todo el pais de gran fama el nombre de Abunaufel, hubo un turco poderoso que vivia junto al pais ocupado por los drusos, que

(1) *Cartas edificantes acerca de una mision hecha en los alrededores del monte Líbano.* Tom. III.

mostró deseos de conocer á aquel hombre tan célebre entre los cristianos; á cuyo objeto, le envió un espreso suplicándole se sirviese acudir al punto que le señalaba para tener una entrevista. Pero como temiese Abunaufel que queria el turco tenderle un lazo, dejó de asistir á la cita, pero entregó en cambio al mensagero la siguiente carta, que nos creemos obligados á trascribir aquí, por revelarse en ella todo el poder de su genio y la dulzura de su carácter: «Señor, podeis desear verme, porque no me conoceis; pero yo, que me conozco, no tengo el menor deseo de ser visto, y os afirmo, además, no merecer de modo alguno el honor que quereis dispensarme. Con todo, me halaga tanto vuestro deseo, que me considero obligado á satisfacer en parte vuestra curiosidad, permitiéndoos ver al menos retratada la persona que tanto os han ponderado. Mi talla es algo mas que mediana; tengo la cabeza grande, los ojos salientes y de altiva mirada; tengo la frente ancha, la barba poblada, el color sano, y la nariz, aunque corta y gruesa, no sienta mal en mi rostro. Los que quieren halagarme, dicen que hay en mi fisonomía y en toda mi persona cierto aire de nobleza y dignidad que infunde respeto. Por mi parte, solo puedo asegurar que se parece bastante mi rostro al que se ve esculpido en esas antiguas medallas que dejaron los romanos en nuestras montañas, así como tambien al de esos antiguos reyes que he visto muchas veces pintados en los tapices. Ahí teneis mi retrato: juzgad ahora, señor, si puede tenerse la curiosidad de conocer á un hombre semejante, y si debe él tener la vanidad de ofrecerse en espectáculo. Creo dispensaros un obsequio al ahorraros un viage solo por ver un objeto igual, en lo que, ni vos, ni yo, ganaríamos cosa alguna.» De este modo supo evitar el prudente Abunaufel la entrevista, que sin duda en su daño, acababa de serle propuesta. Por desgracia de su pueblo, murió aquel hombre cuando estaba aun, á pesar de su avanzada edad, en el caso de continuar prestándole grandes servicios: su muerte, como su vida, fué la de un héroe cristiano. Si debemos creer las tradiciones del pais, fué su muerte anunciada por varios acontecimientos notables; pero sus virtudes y su religion le encomian aun mucho mas que todos esos dichos dudosos é inciertos, que propala sin razon, las mas veces, un pueblo crédulo. Desde que hubo espirado, todos sus parientes y criados lanzaron grandes gritos en el interior de la casa y fuera de ella, segun la costumbre del pais, é invitaron á sus funerales á todos los pueblos comarcanos. Todos los naturales se creyeron obligados á honrar la memoria de aquel ilustre finado, regando con sus lágrimas el sepulcro del que habia sido su amigo, su protector y su padre. Los pueblos vecinos, y todos los estrangeros que vivian en el pais acudieron tambien solícitos á pagar el último tributo al varon cristiano, y empezaron á lanzar grandes gritos, á los que contestaban los parientes del difunto que habian salido á recibirles, durando aquella triste escena hasta que fué enterrado el cuerpo de Abunaufel. Aquella lúgubre gritería despierta en el alma un sentimiento de horror y de ternura indefinible; cuando pertenece el finado á la clase noble, al presentarse las personas que van á dar el pésame á la familia y que no han asistido al entierro, se les presenta el escudero con el caballo que montaba el finado, y estendiendo su túnica sobre la cabeza y la grupa del noble animal, le hace dar algunas vueltas por la habitacion ó sala en que están aquellas reunidas, exhalando todos los asistentes á su vista hondos suspiros. Luego sigue un silencio triste y profundo en medio del cual se retiran los maronitas para gemir y orar.»

«Antura (*Manantial de la peña*), así llamada, dice Nacchi, por estar la poblacion inmediata á una montaña pedregosa, de la que mana una fuente abundante que cruza la ciudad, abasteciéndola de agua pura y cristalina. Es la ciudad de Antura por su templado clima y puros aires, la que procura por lo regular el restablecimiento de nuestros misioneros enfermos; siendo además el asilo seguro

en que vamos á refugiarnos todos cuando estalla la revolucion en los demás puntos, por reunir la circunstancia de ser los hàbitantes en su mayor parte cristianos. Es además Antura un punto céntrico, desde el cual podemos dirigir fácilmente nuestras escursiones apostólicas á los pueblos del Kesroan y hasta á los mas apartados montes del Líbano.» Como los primeros misioneros dedicaron su capilla á San José, recibió la mision el nombre de su poderoso protector, bajo cuyos auspicios empezaron sus trabajos los PP. Gravier, Cordier, Heuré, le Mole y Cárlos Neret, del que hay una obra interesante sobre la peregrinacion que hizo á Jerusalen el año 1713 (1). Tambien el P. Nicolás Trefons se dedicó al servicio de las misiones de las montañas que, segun Nacchi, fueron tan escabrosas como consoladoras: «Para llegar á ellas, dice el propio religioso, era preciso recorrer caminos escarpados, interrumpidos á menudo por enormes peñas, por las que nos era preciso trepar, muchas veces descalzos, á pesar de lastimarnos los piés las agudas puntas de las rocas. Añádase á esta y otras privaciones el tener que sufrir los rayos de un sol abrasador en verano, ó pisar la nieve y sufrir el rigor del frio en el invierno, con la capilla ó el altar á cuestas y el botiquin necesario para atender al cuidado de los enfermos, y fácilmente podrá comprenderse lo penosa que es aquella mision. En medio empero de aquellos sinsabores, tenemos el consuelo de que todos los sencillos montañeses nos reciben con los brazos abiertos, por ser un pueblo dócil que desea ardientemente oir la palabra de Dios y entregarse á la oracion. El tiempo de las misiones se pasa en instruir á los naturales, asistir sus enfermos y en confesiones, las cuales son en aquel pais tanto mas necesarias, cuanto que los curas en las grandes festividades, se limitan á preguntar á la multitud de penitentes que se les presentan, si tienen un verdader dolor de todos sus pecados, y sin mas exámen que el de su respuesta afirmativa, les dan la absolucion. No hacemos mas que una comida en todo el dia, al caer la tarde, y aun es esta muy frugal, particularmente en cuaresma; siendo aun debida á la generosidad de alguno de los vecinos del pueblo. Los platos que regularmente se nos sirven en aquel convite diario, consisten en aceitunas, un poco de trigo asado, algunas cebollas cocidas en el rescoldo, y en arroz muy espeso; cuando nuestros huéspedes quieren celebrar alguna fiesta ó regalarse en la mesa mas de lo regular, nos presentan un plato lleno de aceite, en el que moja cada cual su pan, comida de un gusto insípido por ser aquel de tan mala calidad, que mas bien parece carton que pan. Se colocan todos aquellos platos sobre una estera que se tiende en el suelo, y que sirve á la vez de mesa, de manteles y de servilleta. En nuestras conversaciones con aquellos sencillos montañeses, les referimos algunas historias del Antiguo Testamento y de la vida de los santos que les son conocidos, á fin de inculcarles mas las virtudes que deben practicar, segun sus respectivos estados. Hacemos juntos á última hora la oracion de la noche, terminada la cual nos retiramos todos á nuestro aposento, no sin que antes nos saluden los maronitas á la usanza del pais, esto es, llevándose la mano á la cabeza, besándonos la nuestra, y diciéndonos en estilo oriental: «Pedirémos al Señor que cierre tus párpados un dulce sueño, y que dé á tu cuerpo el reposo necesario; que tu ángel bueno te guarde durante la noche, y que salga mañana para iluminarte el sol mas bello que hayas visto nunca.» Por mas que la fatiga del dia exija el reposo de la noche, nos es casi siempre imposible conciliar el sueño, ya por consistir nuestra cama en una piel de cabra, ya por los gritos de los niños que no cesan de llorar en toda la noche, y sobre todo, por la nube de insectos que nos hacen una guerra incesante, siendo los enemigos mas obstinados de nuestro reposo. Añádanse á todas las incomo-

(1) *Carta del P. Neret, misionero de la Compañía de Jesus en Siria, dirigida al P. Fleuriau, de la propia Compañía, en las Cartas edificantes*, T. III.

didades citadas, la del humo que despide un fuego medio estinguido que inunda la habitacion por no tener salida, y nadie estrañará que aguardemos con impaciencia la próxima aurora. Sin embago, por penosas que estas misiones sean en las cuaresmas, puedo aseguraros, mi reverendo Padre, que la buena disposicion que vemos en todo el pueblo maronita, y los frutos abundantes que de ellas recogemos, nos las hacen no solo soportables, si que hasta tambien en estremo gratas y consoladoras.»

Gregorio XIII habia fundado ya un colegio en Roma para la educacion de la juventud maronita, que tan ardientemente deseaba abrazar el cristianismo; y el P. Nacchi habla tambien de una fundacion francesa en favor de los orientales. «Imitando el cristiano celo de Gregorio XIII por la conservacion de la fé, dice aquel misionero, tomó Luis XIV, de feliz memoria, la resolucion de llamar á Francia hace algunos años á doce jóvenes de diferentes pueblos de Levante, tales como armenios, griegos y sirios, para hacerlos educar en nuestro colegio de Paris. La intencion de Su Magestad era que fuesen instruidos aquellos jóvenes en la doctrina católica, al paso que se les enseñaban las ciencias humanas, á fin de que despues de haber recibido en Francia una escelente educacion, regresasen á su pais vivamente reconocidos al rey bienhechor y á la Francia hospitalaria que se la habian procurado. Pero lo que mas aun movió al rey á dar aquella prueba de su munificencia, fué el procurar á aquellos jóvenes el medio de infundir á sus compañeros los sentimientos de religion y piedad que habian concebido en el colegio de Luis el Grande. Tambien Monseñor el duque de Orleans por conformarse con las intenciones del difunto rey, habia protegido y sostenido en un principio aquel establecimiento, en el que despues, á instancias del marqués de Bonnac, embajador francés cerca de la Puerta otomana, acababan de hacerse cambios notables. Aquel sábio y celoso ministro, propuso á Su Magestad, que seria mucho mas útil á la religion y á su servicio, educar en el colegio de Paris á jóvenes franceses que podrian despues ser destinados á servir de intérpretes y drogmanes de los cónsules franceses en los pueblos de Levante; y Monseñor el duque de Orleans, insiguiendo la opinion del conde de Tolosa, gran almirante, ordenó: «que en lugar de doce orientales serian educados en el colegio de jesuitas de Paris diez jóvenes franceses, que serian nombrados por Su Magestad, y procedentes de las familias de sus súbditos que viviesen en Francia, y de las de los mercaderes, drogmanes ú otros franceses establecidos en los puntos de escala de Levante; los cuales serian instruidos en el referido colegio, debiéndoseles enseñar la lengua latina, así como tambien el turco y el árabe.» Casi todos los drogmanes educados en Paris por los jesuitas, se acostumbraban ya desde su mas temprana edad á halagar la idea de secundar en un dia en las tareas del apostolado á los directores de su infancia.

Ya hemos visto la carta del P. Nacchi acerca de las misiones de Siria; veamos lo que dice ahora acerca de los maronitas. «Tengo la ventaja de conocerles desde mi juventud, escribia al general de su órden; ya sabe Vuestra Paternidad que nací súbdito del dueño de aquel gran imperio, si bien me dispensó Dios el favor señalado de hacerme pertenecer al pueblo maronita que ha profesado siempre la religion cristiana, lo que me complazco en repetir aquí por mas que no lo ignore el orbe católico.» Aunque hayamos hecho mencion de las alteraciones que sufrieron en ciertas épocas las creencias de los maronitas, pretende el P. Fromage, lo mismo que Nacchi, que nunca el cisma y la heregía habian estinguido en ellos el sentimiento católico (1), por mas que se observasen algunos abusos hasta en el santuario. José Assemani, maronita de nacimiento, educado en Roma en el seminario de su nacion, fué

(1) *Carta del P. Fromage, misionero de la Compañía de Jesus, al P. Lecamus, de la propia órden, procurador de las misiones de Levante, en la que refiere el concilio nacional celebrado por los maronitas á 30 de setiembre del año 1736, Cartas edificantes*, T. III.

encargado de ir en calidad de legado apostólico á cooperar á la reforma de sus compatriotas; siendo el que presidió el concilio nacional celebrado el año 1736 en el convento de Louaisé. El P. Fromago, que pronunció el discurso de apertura, observa que todos los misioneros se colocaron por órden de antigüedad en el pais: esto es, los PP. de Tierra Santa despues de los obispos, luego los jesuitas, despues los capuchinos, á los que seguian los carmelitas, por ser los últimos que habian ido á evangelizar aquel pais. Esta observacion sirve para resolver las dudas cronológicas que podrian resultar del órden que hemos seguido al hablar del establecimiento de los tres últimos institutos establecidos en Siria Nació Pedro Fromage en Laon á 12 de mayo de 1678; estuvo en el noviciado de Nanci, en el que demostró ya desde un principio un gusto especial por las misiones. En su ardiente celo, no se limitó á evangelizar de viva voz diferentes pueblos de Oriente; sino que para aumentar la piedad de aquellos naturales, estableció una imprenta árabe en el convento de San Juan Bautista, dice Chovair, en la montaña de los drusos, procurándose en Roma caractéres, prensas y operarios. Las obras que tradujo al árabe, segun dice él mismo en una carta al P. Oudin, ascendian á veinte y cinco; pero en las *Cartas edificantes* consta que enriqueció aquel siervo de Dios el Oriente con treinta y dos de las mejores obras francesas que tradujo al árabe. Dotó de catecismos á las tres iglesias de Alepo; enseñó la predicacion á los sacerdotes maronitas; erigió dos congregaciones que aun hoy dia conservan la fé en aquella gran ciudad, y contribuyó mas que nadie á la fundacion de un convento que será para siempre el asilo de la piedad y la inocencia. Con efecto, á peticion de los religiosos de Louaisé, fueron autorizadas doce mugeres piadosas para crear cerca de Antura un convento de la Visitacion, destinado á recibir ó á educar á las viudas y las hijas de los católicos. Al poco tiempo de haberse celebrado el concilio, murió Fromage en medio de las bendiciones y las lágrimas de un pueblo reconocido que no podia olvidar nunca sus beneficios; durante el curso de su última enfermedad, se le oyó esclamar varias veces: «¡Qué bueno es el Dios que servimos!» Enternecidos los que oian semejantes palabras, no podian menos de esclamar: «Es un santo.» Entregó el alma á su Creador el 15 de diciembre del año 1740, á la edad de sesenta y cinco años; pareciendo su entierro mas bien un triunfo que un acto fúnebre. «Perdemos mas que vosotros, decian los naturales á los jesuitas, á vosotros os ha arrebatado la muerte un hermano, y á nosotros un padre.»

Mision del Cairo. — El superior general de las misiones de Siria tuvo bajo su direccion un nuevo establecimiento, desde que Luis XIV, siempre atento á lo que podia procurar la gloria de Dios hasta en los paises mas distantes de sus estados, dispuso en el año 1698 enviar misioneros á Egipto, cuya region habia hecho Colbert visitar recientemente por el dominico Juan Miguel Wansleben, y que fué entonces comprendido en el número de las misiones que tenia la Compañía de Jesus en Levante. De Maillet, cónsul de Francia en el Cairo, recibió la órden de disponer una casa para los jesuitas, en la que tuviesen todos los medios necesarios para ejercer su ministerio. El jesuita Cárlos Francisco Javier Brevedent, fué uno de los primeros que tomó posesion de ella; hijo de una de las mas opulentas familias de Ruan, habia mostrado siempre Brevedent estar poseido de un vivo deseo por trabajar en la conversion de las almas, y do una resolucion capaz de arrostrarlo y sufrirlo todo por la gloria de Jesucristo; podia ser su celo tanto mas útil á la religion, cuanto que estaba dotado de un claro talento, y era además un profundo teólogo y matemático. Despues de haber publicado en el año 1685 una disertacion físico-matemática que le valió una justa reputacion entre los hombres mas eminentes de Francia, pidió á sus superiores algunos años despues el permiso para consagrarse á las misiones; y como no creyesen aquellos deber oponerse á una vo-

cacion tan santa, accedieron á los deseos del jóven jesuita. Durante diez años trabajó Brevedent en las islas del Archipiélago y en Siria, donde dió una alta idea de su virtud, siendo además objeto de algunas conversiones tan sorprendentes, que aun hoy dia es bendecida su memoria en aquellas regiones. Su dulzura y sus palabras llenas de uncion obligaban á los mas endurecidos á dejar su mala vida, y á los hereges mas obstinados á abjurar sus errores; considerábasele en todas partes como un verdadero apóstol; entregado á la mas austéra penitencia, apenas podia Brevedent llenar las funciones de su ministerio, hasta que por fin le obligaron sus superiores á moderar el rigor de su vida, por no perder á un hombre tan útil á su mision. Mientras que permaneció en el Cairo, y que la peste asoló el Egipto, se consagró al servicio de los apestados con un celo y abnegacion de que quedaron los infieles y los cristianos igualmente edificados. Cárlos Poncet (1), cirujano del Franco-condado que le conoció en el Cairo, dice que era tan grande la reputacion de Brevedent, que se le consideraba dotado del don de profecía y del de obrar milagros. «Lo que es lo cierto, añade Poncet, que hizo ante mí varias predicciones acerca de su muerte y de otros acontecimientos, y todas ellas fueron puntualmente cumplidas.» Uno de los mas ardientes deseos del P. Brevedent era el de derramar su sangre por Jesucristo, como otros muchos jesuitas que habian tenido la dicha de morir en Abisinia defendiendo la fé y la primacía de la iglesia de Roma; así que, entró con el mas vivo placer en una mision fecunda en mártires y cuya historia vamos á reasumir.

CAPÍTULO V.

Misiones de los Jesuitas, Capuchinos y Franciscanos reformados en Abisinia.

Habiendo pedido Melec Segued al Papa un patriarca, se consagró al jesuita Alfonso Mendez, hombre de mucho saber, dice Bruce (1), el dia 25 de mayo de 1624 en la ciudad de Lisboa, al que se dieron dos coadjutores: el primero, con el título de obispo de Nicea, que fué Jacobo Sicco, profesor de teología en el colegio Romano; y el segundo, que fué Juan de La Roca, tuvo el título de obispo de Hierapolis. Sin embargo, ninguno de los dos coadjutores llegó siquiera al país de Abisinia, por haber muerto Sicco durante el viage, y haberse visto obligado Juan de La Roca á quedarse en Goa; reemplazándoles el P. Apolinario Almeida, natural de Lisboa. A fin de que nadie estrañase los honores que el Negus se proponia tributar al patriarca, hizo publicar aquel príncipe poco tiempo despues de su conversion, los motivos que le obligaban á obrar de aquel modo. Tan pronto como Melec Segued y el *ras* Sela-Cristos, su hermano, supieron el nombramiento de Mendez, le escribieron pidiéndole que anticipára en lo posible su llegada, y que se llevase numerosos operarios; advertíale además el negus que podia entrar en sus Estados por Dankali; pero el secretario en lugar de Dankali escribió Zeila, equivocacion funesta que debia costar la vida á los PP. Francisco Machado y Bernardo Pereira (2). Eran tales las dificultades y peligros que tenian que vencer el patriarca y los suyos para entrar en Abisinia, así por mar como por tierra, que obligaron á Mendez á dividir su séquito en dos partidas, una de las cuales debia embarcarse, y continuar la otra su camino por tierra. Los cuatro jesuitas que se dirigieron por mar, llegaron sin mas percance que el de no haberles permitido el bajá de Massauah continuar su viage hasta que el negus le hubo enviado un «zeura» ó asno salvage, animal de gran precio en aquellas regiones, sobre todo cuando es procedente de Abisinia, por ser los mejores que se conocen. Los otros cuatro religiosos que seguian su viage por tierra, tuvieron que separarse de nuevo, por ignorar hasta el nombre de los pueblos á que debian dirigirse; tomando

(1) *Viage de Mr. Poncet, médico francés, á Etiopía en el año 1698, 1699 y 1700, en las Cartas edificantes.*

(1) *Viage á las riberas del Nilo.*
(2) Lobo, *Relacion histórica de Abisinia.*

dos de ellos el camino de Zeila, y los dos restantes el de Melinda. El rey de Zeila mandó encerrar á los PP. Francisco Machado y Bernardo Pereira en un calabozo, donde sufrieron por mucho tiempo todas las privaciones; por último, despues de haberse negado aquel déspota á aceptar ninguna de las ventajosas proposiciones que le hizo el negus por lograr su libertad, mandó decapitar á los dos religiosos. Despues de haberse dirigido los otros dos de sus compañeros hácia el interior del pais, se vieron al fin obligados á retroceder, y á ir á reunirse despues de muchos meses con el patriarca en Bazaim para desembarcar en Bailur, uno de los puertos del reino de Dankali. Por fin, despues de haber atravesado durante seis semanas ardientes arenales é inmensos desiertos, infestados por los gallas, llegaron el dia 17 de junio del año 1625 al pié de las montañas de Duan, donde les estaba aguardando ya hacia mucho tiempo el P. Manuel Baradas, un sobrino del negus, varios abisinios notables y algunos portugueses. El dia 21 de junio llegó el patriarca á Fremona, poblacion santificada por los sudores y la dichosa muerte de Andrés Oviedo.

Encontrábase á la sazon Melec Segued á una gran distancia empeñado en una guerra sangrienta y terrible; y como era por otra parte en aquella estacion imposible emprender un viage, á causa de las contínuas lluvias que hacen desbordar los rios y torrentes que es imposible pasar por falta de puentes y barcas, no pudo el negus ir á reunirse con sus deseados huéspedes. Por no permanecer en la inaccion, hicieron los apóstoles algunas misiones en los alrededores de Fremona, siendo abundante la primera cosecha cristiana con que se dignó la Providencia recompensar sus afanes. Iban de pueblo en pueblo, en los que alzaban su tienda y su altar portátil debajo de altos y frondosos árboles. «Allí mi compañero y yo, dice, el P. Gerónimo Lobo (1), empezábamos cada dia al salir el sol, á instruir y catequizar á los nuevos católicos, para hacerles abjurar sus errores; cuando ya nos faltaban las fuerzas para hablar, reuníamos en grupos á los que estaban ya en disposicion de recibir el bautismo, y despues de hacerles repetir los actos de fé y de contricion, los bautizábamos segun el modo y forma que prescribe la iglesia. Como era escesivo su número, les decíamos en voz alta: «Los de tal grupo se llaman Pedro, los del otro Antonio.» Lo propio hacíamos con las mugeres, á las que teníamos separadas de los hombres. Como les bautizábamos á todos bajo condicion, procurábamos antes confesarles, y luego despues de la misa, les ofrecíamos el pan eucarístico, que recibian con devocion profunda. Apenas teníamos á la noche tiempo para tomar un bocado, y eso que no hacíamos mas que una comida en todo el dia.» Los sacerdotes y religiosos cismáticos hicieron todos los esfuerzos posibles por contener el impulso que iba tomando la verdad católica, ya poniendo en ridículo á los misioneros, ya acusándoles de acarrear sobre los pueblos las maldiciones de Dios, conforme lo indicaban, segun ellos, las nubes de insectos voraces que devastaban la Abisinia. En un principio, dieron los naturales crédito á sus falsas palabras; pero no tardaron en convencerse de que léjos de aumentar las langostas iban disminuyendo á medida que el pueblo abisinio abria los ojos á la fé, por lo que se convencieron de la impostura de los cismáticos. Por otra parte, convocó Mendez un sínodo en Górgora, en el que se decidió conferir, lo mas pronto que fuese posible, órdenes sagradas á los indígenas que fuesen dignos de ello, y que se reiteraria bajo condicion la ordenacion de los que eran ya sacerdotes, á fin de disipar todas las dudas que pudiese haber acerca de su validez.

Despues de haber terminado gloriosamente la guerra, se dirigió el negus hácia el punto en que se encontraba el patriarca, y al llegar con su ejército á la poblacion mas inmediata de la en que estaba Mendez, le envió un cuerpo de quince mil hombres, junto con su hijo, su hermano, los vireyes y todos los gran-

(1) *Relacion histórica de Abisinia.*

des del reino, con órden de que le acompañáran tributándole los mas altos honores. Revestido con todos los ornamentos pontificales, montó el patriarca en un caballo blanco ricamente enjaezado, del que tenian las riendas los sobrinos del negus; seis vireyes llevaban desplegado un quitasol cubierto de oro y pedrería, mientras que Melec Segued estaba ya aguardando al prelado en una iglesia dedicada á la santísima Vírgen. Al entrar Mendez en el templo, se levantó el negus, le abrazó y se arrodilló ante el altar para dar gracias al Señor que acababa de dispensarle tan señalados beneficios. El patriarca dirigió despues una alocucion breve y patética á la multitud que ocupaba el templo; encaminándose luego al palacio del negus, donde le fijó este el dia en que reuniria su corte y toda la grandeza del reino, para reconocer públicamente la supremacía del Pontífice romano, y abrazar la fé de la iglesia católica. Fué aquel el dia mas solemne y feliz que ha presenciado el pueblo de Abisinia: veiase en una parte del vasto salon de palacio, al monarca, los príncipes, los gefes militares, los gobernadores de las ciudades, los monges con sus archimandritas y un inmenso pueblo; habiendo en la otra el patriarca, los misioneros y la nobleza portuguesa. Levantábase en el centro un trono magnífico que contenia dos asientos, uno de los cuales ocupó Mendez para esponer la causa que motivaba la reunion de aquella numerosa y brillante asamblea. Luego trató de los diferentes puntos en que los abisinios difieren de nuestras creencias; recordó el orígen de la iglesia de Abisinia, que reconoce por su apóstol á San Frumencio, enviado á aquel pais por San Atanasio en el año 327 de Jesucristo, del cual dijo: «Entonces creia y profesaba Frumencio lo mismo que Atanasio ha creido y enseñado en sus escritos.» Recordó así mismo las varias embajadas que en diferentes épocas habian enviado á Roma los soberanos de Abisinia; y terminó ensalzando la noble resolucion del monarca que con todo su pueblo iba á entrar desde aquel dia en el seno de la iglesia católica. Entonces uno de los notables de la asamblea contestó en nombre del segus, que iba aquel príncipe á abrazar la fé romana y á hacer pública profesion de ella en nombre de todo su pueblo; terminadas estas palabras, se levantó Melec Segued, y con la mano puesta sobre los Santos Evangelios, hizo el juramento siguiente: «Nos, sultan Segued, emperador de Etiopía, creemos y confesamos que Jesucristo instituyó á San Pedro príncipe de sus apóstoles y gefe de la iglesia universal, y que le dió la primacía sobre toda la tierra. Creemos y confesamos además que, el soberano Pontífice, legítimamente nombrado, es el verdadero sucesor de San Pedro, y que como tal, tiene el mismo poder, la misma dignidad, la misma primacía sobre la iglesia universal. Finalmente, prometemos y juramos obediencia y fidelidad sincera á nuestro santísimo padre y señor Urbano VIII, papa por la divina Providencia; poniendo á sus piés con entera sumision nuestra persona, nuestros sucesores y todo nuestro imperio. ¡Así nos sean Dios y los Santos Evangelios siempre en nuestra ayuda!» A su vez hicieron todos los príncipes el mismo juramento; Facilidas ó Basilidas, su hijo primogénito y sucesor presunto, puso el colmo al entusiasmo general, esclamando que perseveraria en la fé romana hasta su postrer suspiro. El ras Sela-Cristos, hermano del negus, desenvainando su espada y teniéndola en alto, juró que seria fiel á Melec Segued y á su hijo, con tal que supiesen aquellos príncipes cumplir fielmente sus solemnes promesas; pero que en el caso de que faltasen á ellas, seria el primero en declararse contra uno y otro. Prohibióse bajo severas penas el seguir otra religion que no fuese la católica, apostólica, romana.

La noticia del renacimiento de la iglesia católica en Abisinia, enardeció mas y mas al recibirse en Europa, el deseo de todos los jesuitas, siendo muchos los que pidieron ser destinados á aquella mision. Inmediatamente se dirigieron cuatro padres italianos al Cairo; pero tuvieron la desgracia de no llegar á su

destino, por haber caido durante la travesia en poder de los turcos. Partieron casi al mismo tiempo otros cinco de Lisboa, llevándose un pálio para el patriarca Mendez, al que Melec Segued acababa de ceder Enfraz con todo su territorio. Fundó además el monarca varias casas en diferentes provincias para los misioneros, y un seminario en la ciudad de Fremona, que no tardó en reunir la flor de la juventud abisinia. En su celo infatigable por la propagacion de la fé, no cesaba Mendez de publicar obras piadosas, escritas en idioma de Abisinia, el cual poseia ya perfectamente al poco tiempo de su llegada; las primeras que publicó fueron los seis primeros concilios con magníficas notas, en las que combatia de un modo incontestable todos los errores de los abisinios. Despues de haber dispuesto así los ánimos, empezó su visita pastoral, en la que le fué preciso emplear algunos años; empezó por recorrer la provincia de Woggara que contenia setenta iglesias y algunos conventos, confirmando en ella cuarenta mil cristianos. Aunque procuraban los misioneros seguir en todas partes el noble ejemplo de abnegacion que les ofrecia el patriarca, no podian recoger la abundante cosecha que ofrecia á sus desvelos aquella tierra vírgen; por lo que se vieron obligados á recurrir á algunos religiosos y á otros sacerdotes de reconocida virtud, á fin de que les secundasen en el apostolado. Su cualidad de indígenas y el perfecto conocimiento que tenian de la lengua del pais, hicieron obtener á aquellos sacerdotes señalados triunfos, procurándoles además la ventaja de ser acogidas sus misiones en todas partes con la mayor benevolencia. En la sola provincia de Dembea lograron hacer abjurar de sus errores á cuatro mil personas; en la de Woggara á veinte y dos mil; á treinta mil en el pais del Baharnagash y á un número mucho mayor todavía en el de los Agovos. Un solo religioso atrajo diez y siete mil hereges al redil del buen Pastor en una de las provincias del interior del imperio. No se crea sin embargo que no fuesen aquellos triunfos adquiridos á costa de grandes sacrificios, ni que dejasen algunos misioneros de derramar su sangre en diferentes de las provincias evangelizadas. Dos sacerdotes que habian sido destinados al distrito del Tigre, apenas empezaban á predicar, cuando fueron presos y decapitados á los pocos dias por órden del gobernador ó gefe que mandaba en él. Los monges y sacerdotes cismáticos que no se convertian al cristianismo, eran aun mucho mas enemigos que antes de la Iglesia católica; hubo sesenta monges de un convento en que se publicó el edicto del negus, que prefirieron arrojarse de lo alto de una peña antes que cumplir la órden de su soberano; además, hubo un choque entre los hereges y las tropas de Melec Segued, en el que iban al frente de los rebeldes seiscientos cismáticos. Fueron estos los primeros en marchar contra las tropas reales, llevando sobre su cabeza piedras de los altares, y asegurando á aquel pueblo crédulo que los católicos se desbandarian á la sola vista de aquellas piedras; pero como fueron los primeros en ser pasados al filo de la espada, contribuyó su muerte en gran manera á abrir los ojos á aquellas sencillas gentes.

La prosperidad de que gozaba la iglesia de Abisinia era harto grande para que pudiese ser duradera; el error, la supersticion y la disolucion de costumbres, habian echado hondas raices en el curso de los siglos, que no era posible quedasen estirpadas en tan corto tiempo; así que, á los años de paz y ventura de que hemos antes hablado, siguieron otros años de dolor y de luto. Una muger voluptuosa causó la ruina de la religion católica en Abisinia. Cuando nos remontamos hasta el orígen de los males que en diferentes épocas y en varias regiones del universo han afligido á la iglesia, siempre vemos que es aquella causa ú orígen indigno y detestable. Georgis, virey del Tigre habia casado con una hija del negus, cuya conducta era muy reprehensible; Georgis se quejó á Melec Segued que, en su amor de padre, la habia acogido en su palacio junto con el cómplice de sus desórdenes.

Viendo Georgis el ningun caso que habia hecho el negus de sus justas quejas, se entregó al mas vivo dolor, al que en breve sucedió la cólera; no contento con apostatar se declaró desde luego gefe de partido. Los monges que no se habian convertido aprovecharon aquella ocasion favorable para atizar mas el fuego de la civil discordia, y empezaron á recorrer las iglesias, predicando abiertamente contra Melec Segued y la religion católica. Una vez estuvo resuelto el degüello de todos los misioneros, se nombró á Georgis, gefe de la rebelion, obligándosele en cambio á dirigir el primer golpe contra la iglesia; pero advertidos los misioneros oportunamente del peligro que les amenazaba, lograron poner en salvo sus vidas. Ciego de furor entonces Georgis se dirigió contra Jacobo, su confesor, uno de los mejores sacerdotes indígenas que habia en Abisinia, y haciéndolo llevar á su campo atado de piés y manos, se convirtió el gefe rebelde en verdugo, pues derramó por sí mismo la sangre inocente del mártir. Alentados sus secuaces al ver el triste ejemplo que les ofrecia su bárbaro caudillo, juraron no deponer las armas hasta haber arrojado del imperio á la religion católica y haber dado muerte á cuantos la profesaban. Al ver el negus los rápidos progresos de los sublevados, conoció, aunque ya sobrado tarde, la falta que le habia hecho cometer su ternura por una hija que le deshonraba, y trató de repararla en lo posible, repeliendo la fuerza con la fuerza. Keba Cristos, católico celoso, fué nombrado virey del Tigre, al que se dirigió al frente de numerosas tropas para hacer respetar la autoridad de que estaba revestido. No tardaron en estar los dos ejércitos en presencia uno de otro, y en apelar á las armas; pero como fuese la suerte de estas propicia á los soldados de la buena causa, quedaron los rebeldes completamente derrotados; y habiendo sido Tecla Cristos, ó Georgis, hecho prisionero en la cueva en que habia ido á ocultar su derrota, fué conducido al campo del negus, y condenado á muerte. Pero en breve se vió la religion espuesta nuevamente á todos los peligros: la imprudencia del gobernador de la provincia de Lasta, pais erizado de altas montañas, y por lo mismo el mas favorable para los sediciosos, dió una órden severa imponiendo la pena de muerte á los que se negasen á abrazar el cristianismo. Aquel pueblo salvage y altivo que sin duda se habria dejado conducir al redil del buen Pastor por medios de suavidad y de dulzura, se sublevó indignado al ver la órden injusta que acababa de darse para someterle á la iglesia, atacó y derrotó en diferentes encuentros á las tropas del virey, y se declaró enemigo implacable de la fé católica. Animados los cismáticos en vista de las frecuentes victorias alcanzadas por los montañeses, instaron vivamente al negus que restableciera la antigua liturgia, suprimida por Mendez á causa de los muchos errores que entrañaba; y por complacer el príncipe á los muchos que la deseaban, la restableció despues de haberla hecho corregir por el patriarca. Seguro iba á ser ya el triunfo de los adversarios de Mendez, á no haber cambiado una circunstancia especial el curso de los acontecimientos. El P. Apolinario Almeida, nombrado coadjutor del patriarca, acababa de llegar á Abisinia á últimos de diciembre de 1630, despues de haber hecho un penosísimo viage de dos años; siendo portador de tres cartas de Urbano VIII, de las que habia una para el negus, otra para su hijo Basilidas y la tercera para Mendez. Enviaba Su Santidad al propio tiempo un breve concediendo al pueblo de Abisinia, para el año 1631, el jubileo publicado en Roma seis años antes, ó sea en el de 1625. Melec Segued recibió con vivo placer y veneracion profunda aquel testimonio de la solicitud y benevolencia del gefe de la iglesia; además, produjo el jubileo abundantes frutos de salvacion, puesto que muchas provincias que hasta entonces se habian mostrado indiferentes, abrazaron con ardor la fé, y se obraron en todas numerosas conversiones.

Entretanto Basilidas, de edad ya algo avanzada, suspiraba por la corona que debia ceñir despues de la muerte de su padre; y en

su impaciencia, desaprobaba siempre todo cuanto disponia Melec, dando no pocas veces órdenes contrarias ó que estaban en oposicion con las de su padre. Si habia abrazado Basilidas la religion católica, era mas bien por un acto de condescendencia, que por efecto de una conviccion profunda de la escelencia de nuestras doctrinas; muchos abisinios que habian obrado del mismo modo, solo aguardaban como él una ocasion favorable para profesar otra vez públicamente sus antiguos errores y reunirse de nuevo á la iglesia cismática de Alejandría. El que lo deseaba mas ardientemente era Serca Cristos, virey del Gojam, hombre solapado y cruel, que sabia las secretas intenciones de Basilidas, al que instó é hizo aceptar el título de gefe de la conspiracion que proyectaba, y que hizo fracasar por su impaciencia. Descubierta la conjuracion, fué Serca Cristos uno de los primeros presos; y habiendo sido interrogado por Melec Segued le descubrió á sus cómplices y hasta al mismo Basilidas, gefe del complot que acababa de fracasar. Consternado el negus al saber los pérfidos designios de su hijo, y temiendo exasperar mas aun á aquel jóven ambicioso y turbulento, léjos de desplegar el celo y actividad que las circunstancias exigian, dió pruebas del mayor desaliento. Dió un edicto por el que permitia observar de nuevo todos los antiguos ritos, sin que las reclamaciones del patriarca lograsen mas que el permiso de corregir los errores que se notase en ellos. Ocupado entonces el príncipe en someter á los fieros montañeses del Lasta, cuyo apoyo constituia la principal fuerza de los cismáticos, en breve alcanzó sobre ellos una señalada victoria que parecia deber anunciar el triunfo de la religion católica, por haber asegurado Melec Segued y los principales gefes que no pararian, caso de ser vencedores, hasta restablecer el cristianismo en toda la Abisinia. Pero léjos de cumplir aquella solemne promesa, dijeron á Melec algunos gefes al dia siguiente de la batalla: « Príncipe, los que veis tendidos á vuestros piés sin vida, aunque rebeldes, y dignos como tales del castigo sufrido, son vuestros súbditos. En esos montones de cadáveres, veis á numerosos servidores, antiguos amigos y hasta parientes vuestros; lo que ha causado su muerte es la nueva religion introducida, así como será tambien ella la que causará aun mas terribles y sangrientos conflictos. No vayais á creer que ponga nuestra victoria feliz término á la guerra; pensad, al contrario, que es solo el principio de mayores desastres; en todas partes el pueblo se agita y pide abrazar nuevamente la fé de Alejandría, trasmitida por sus padres. Ya conoceis, príncipe, la audacia y el furor de las masas: nada respetan, ni aun el trono de los mismos reyes, cuando se trata de atacar su religion; por nuestra parte, os juramos no abandonaros nunca, pero ¿de qué servirán nuestros esfuerzos para luchar contra todas las provincias? Muchos son ya los soldados y hasta los gefes que por desgracia han abandonado vuestra bandera; y, no lo dudeis, muchos serán aun los que la abandonarán si persistis en escuchar á los doctores estranjeros; no negarémos que sea la fé romana mas santa que la nuestra, ni que no deban de reformarse nuestras costumbres; pero es preciso aguardar á que los ánimos estén mas dispuestos á ello. Continuar por mas tiempo en la senda seguida hasta aquí, es correr á la ruina, es perderos, y perder vuestro imperio. » Como todos los neguses de Abisinia solo podian sostenerse por la fuerza de las armas, no habia ninguno de ellos que pudiese disgustar al ejército, sin esponerse á una caida inevitable; además, la alternativa de sacrificar su corona ó su religion, es para todo príncipe una prueba peligrosa y delicada: pocos son los que tienen una fé ardiente y una alma asaz generosa por preferir la religion al cetro. Así que, desconcertado Melec Segued por el discurso de sus gefes, y por las encubiertas amenazas de su hijo que les apoyaba, permitió que se reuniesen los cuerpos del estado, á fin de que discutiesen á su presencia aquella proposicion, que seria despues aceptada, caso de que optase por ella la mayoría de votos.

Como se tuvo buen cuidado de alejar de la asamblea al patriarca y á los misioneros, triunfaron los cismáticos, y fué proscrita la religion católica. Sin embargo, como en todas las épocas azarosas que ha atravesado la iglesia, tuvo en Abisinia dignos discípulos de los cristianos de los primeros siglos, y generosos defensores que ante la misma asamblea, en el interior de las ciudades y en las campiñas, juraron no abandonar la fé que habian abrazado. Acusado el patriarca Mendez como gefe de la sedicion, fué privado de predicar en lo sucesivo, y se destinó á los misioneros á un puerto marítimo, en el que debian aguardar la órden de embarque para dirigirse á las Indias. Nada mas triste y desconsolador que el espectáculo que ofrecian aquellos dignos apóstoles al separarse de la grey amada que tantos sacrificios les costaba. Basilidas dió el dia 14 de junio de 1632 un edicto por el que se declaraba la fé de Alejandría religion del estado; mientras que el infortunado Melec Segued, padre del apostolado, testigo de los escesos causados por su debilidad, y entregado á los remordimientos mas atroces, se veia privado del alimento y del descanso. Notando los rápidos progresos de su enfermedad, llamó al P. Diego de Matos, renovó ante él la promesa de restablecer el culto católico si recobraba la salud; pero espiró en sus brazos á 26 de setiembre del año 1632, diez años despues de su conversion. Murió á la edad de sesenta y un años, habiendo regido por espacio de veinte y ocho los destinos de su pueblo.

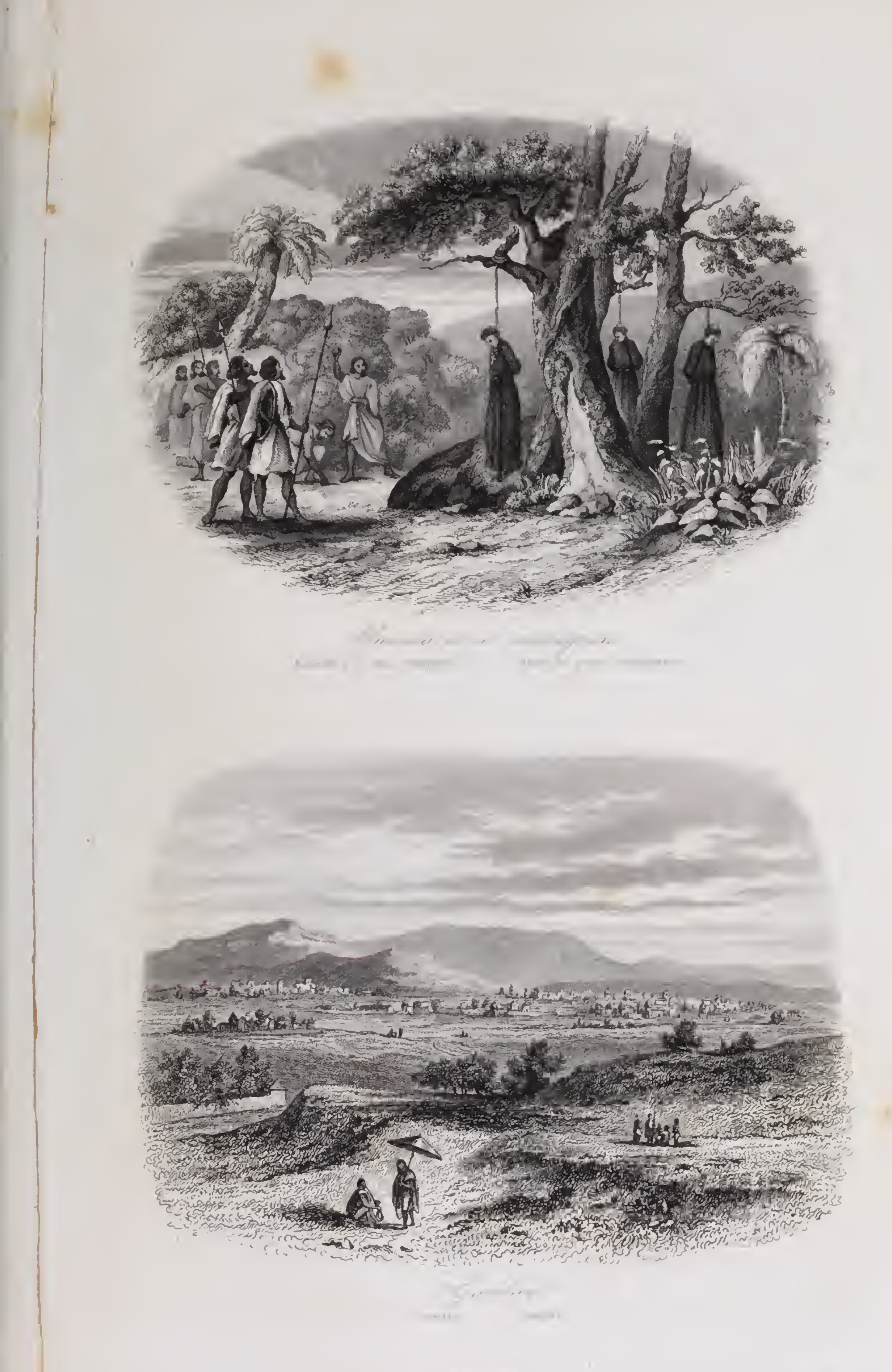
Desde entonces Basilidas, que tomó el nombre de sultan Segued, dió rienda suelta á todas sus malas pasiones. Su primer cuidado fué el de hacer encarcelar á sus hermanos, que eran en número de veinte y cinco, á los que hizo perecer por medio del veneno ó en manos del verdugo; luego como temiese el valor y el prestigio de Sela Cristos, su tio, lo desterró á un desierto, despues de haberle despojado de todo cuanto poseia. Nombró *abuna* á un aventurero egipcio, que dijo ser enviado del patriarca de Alejandría, el cual declaró que no podia permanecer en Abisinia, si continuaban los jesuitas en ella, por lo que fueron inmediatamente desterrados. Mendez dirigió con este motivo una carta á Basilidas, que era á la vez respetuosa y enérgica, preguntándole la causa que habia motivado el destierro de los jesuitas, á fin de poder comunicarlo al soberano Pontífice y á los príncipes católicos, que no dejarian de pedirle esplicaciones acerca de aquella disposicion. Luego le pedia la convocacion de una asamblea, en la que reuniese el negus sus sacerdotes, los monges mas sábios y los principales abisinios, á fin de examinar con los misioneros, en su presencia, la verdad de la religion católica. Pero conociendo los seides del cisma el talento y la erudicion de Mendez, indujeron á Basilidas á que no permitiese aquella controversia, por ser ya inútil, despues de haber sido reconocida en Abisinia la iglesia de Alejandría. Los cismáticos procuraron anticipar en lo posible la partida de los jesuitas, quienes recibieron en el mes de marzo del año 1633 la órden de dirigirse á Fremona; esceptuando únicamente de aquella disposicion al P. Luis Acevedo, anciano venerable, que habia pasado veinte y ocho años en aquella difícil mision, y que sucumbió á los pocos meses de haber partido sus hermanos. Despues de confiar la custodia de su rebaño á algunos sacerdotes celosos é inteligentes, se retiraron los jesuitas, no sin formar los mas de ellos la resolucion de no separarse de Abisinia, cualesquiera que fuesen los peligros á que debiesen esponerse. Sabedores luego de que querian los abisinios entregarlos á los turcos, se dirigieron los jesuitas al príncipe Juan Akay, que se habia proclamado independiente, y le pidieron una hospitalidad que les fué acordada. Tan pronto como supo el negus la noble conducta de Akay, envió contra él un cuerpo de tropas; pero como fuesen estas derrotadas en diferentes encuentros, y conociese aquel que era imposible dominarle por medio de la fuerza, recurrió á las súplicas y pidió á Akay que obligase á los jesuitas á partir para las

Indias. En vista de las súplicas del negus y de las instancias de algunos de sus allegados, accedió Akay á lo que se le pedia, por lo que no quedó ya á los jesuitas esperanza alguna de poder continuar por mas tiempo en Abisinia. El P. Apolinario Almeida, obispo de Nicea, fué designado para quedarse con seis de ellos: permanecieron además otros dos con Akay, debiendo partir los restantes, junto con el patriarca, para el punto á que se les destinaba. Sin embargo, les recomendó eficazmente Akay al gobernador turco de Massauah, puerto del mar Rojo, hasta el cual les hizo acompañar por una fuerza de seiscientos hombres. Como los cismáticos habian hecho creer á los turcos que se llevaban los jesuitas todo el oro de Abisinia, se les registró á todos escrupulosamente, sin que se les encontrára mas que algunos cálices y algunos otros objetos de escaso valor. El bajá, á cuyas órdenes estaba el gobernador de Massauah, hombre violento y avaro que contaba enriquecerse con el despojo de los jesuitas, se enfureció al ver que carecian estos de todo, y en la esperanza de que los portugueses pagarian su rescate, detuvo á los jesuitas, diciéndoles que si dentro breves dias no le entregaban quince mil escudos, les haria ahorcar á todos. Algunos de sus súbditos, que no podian dudar de su codicia ni de su brutal ferocidad, temiendo que si mataba á los jesuitas, se presentarian los buques portugueses para vengar su muerte, ofrecieron adelantar la suma exigida, con tal que los religiosos respondiesen de ella bajo su palabra. Por último, convino el bajá en dar libertad á los misioneros mediante la suma de cuatro mil quinientos escudos que le aprontaron los mercaderes portugueses, con la condicion de que debian embarcarse los religiosos en el término de dos horas; pero cambiando luego de resolucion, advirtió el bajá que queria los quince mil escudos que habia pedido en un principio, y que se quedaria en rehenes á tres de los principales misioneros, dando libertad á los demás para que se procurasen el rescate exigido. El patriarca, Diego de Matos y Antonio Fernandez, fueron los tres que designó el bajá para quedarse en rehenes; pero como fuese Fernandez de muy avanzada edad, pidió y obtuvo el P. Lobo quedarse en su lugar, por haber dicho al bajá que podia morir aquel de un momento á otro á consecuencia de sus achaques y de su ancianidad. Alentado el generoso misionero por el triunfo adquirido, procuró entonces salvar al patriarca, pero como le saliese ya mal el primer paso que dió al efecto cerca del odioso tirano, tuvo que desistir de su noble propósito. Pasó mas tarde el P. Lobo desde la India á Lisboa y á Roma, á fin de esponer el triste estado de la mision de Abisinia; apenas supo Vitelleschi, general de los jesuitas, el cautiverio del patriarca, se dirigió inmediatamente al embajador de Francia en Roma, y este á su vez al cónsul de su nacion en el Cairo, encargándole negociára la libertad de Mendez y sus compañeros. A la primera reclamacion del cónsul francés, mandó el bajá del Cairo al de Suakim que pusiese desde luego en libertad á los misioneros que tan injustamente habia detenido, lo que hizo el codicioso musulman, no sin que antes empero impusiese por el rescate á los mercaderes europeos la suma de seis mil cruzados. No era menos triste la situacion de los jesuitas que se habian quedado ocultos en Abisinia; obligados sin cesar á cambiar de morada por no ser descubiertos, veíanse espuestos cada dia á ser devorados por las fieras ó á perecer de miseria. Basilidas, que supo existian aun hijos de S. Ignacio en el reino de Tigre, hizo cargar de cadenas al virey Tecla Manuel que los protegia, y confió aquel gobierno á Melca Cristos, enemigo violento del catolicismo. Sabiendo el nuevo gobernador que habia tres jesuitas y algunos portugueses ocultos en un valle sombrío, envió tropas en su persecucion, y despues de haberse apoderado de los PP. Bruno de Santa Cruz, Gaspar Paez y Juan Pereira, les hizo asesinar barbaramente el dia 25 de abril de 1635 (1). Los por-

(1) Tanner, « Societas Jesu usque ad sanguinis et vitæ profusionem militans, p. 193.»

tugueses que iban á dar sepultura á los cuerpos de los mártires, notaron que Bruno y Pereira no habian sucumbido aun, en vista de lo cual les procuraron todos los ausilios, logrando salvar al primero y prolongar la vida á Paez hasta el 2 de mayo. A fin de apoderarse mas fácilmente del obispo de Nicea y de los demás jesuitas que habia aun en Abisinia, mandó el bárbaro Basilidas que nadie se atreviese á insultar los misioneros, á los que permitió regresar á sus antiguas casas, manifestando vivos deseos de volver á verles en su córte. Por mas que temiesen los jesuitas ser aquella proteccion un nuevo lazo que les tendia su perseguidor, y que hubiese algunas almas generosas, como Za-Mariam, virey del Temben, quien no cesó de repetirles que desconfiasen del negus, prefirieron no obstante esponerse á una muerte gloriosa, á continuar por mas tiempo ocultos, comprometiendo á los cristianos que les daban hospitalidad. Así pues, se dirigió Almeida á la capital con los PP. Jacinto Franceschi y Francisco Rodriguez, recibiendo durante el viage las mayores pruebas de afecto; pero apenas llegaron á la capital, fueron presos y cargados de cadenas por órden de Basilidas. Condenados mas tarde á muerte por un tribunal compuesto de los grandes del imperio, iban ya a sufrir la pena impuesta, cuando el tirano la conmutó, solo por prolongar sus sufrimientos y complacerse en su lenta agonía. Confió el negus su custodia á un herege inhumano que les hacia sufrir todos los horrores del hambre y la sed, y llevaba su barbarie hasta el punto de atarles á su carro; habiendo sido desterrados algun tiempo despues á una isla del lago de Dembea, poblada de monges fanáticos, tuvieron que sufrir los jesuitas nuevamente los tormentos mas atroces, hasta que por fin se vieron atados en las ramas de los árboles, pereciendo apedreados por aquellos monges cismáticos. (Pl. CVI, n.º 1) Alcanzaron la palma del martirio en el mes de junio del año 1638. Solo quedaron desde entonces en Abisinia los PP. Bruno y Cardeira, por no haber querido permitir nunca Za-Mariam que abandonasen el asilo seguro que les habia ofrecido; aquel generoso defensor del catolicismo, despues de haber alcanzado una victoria sobre el virey del Tigre, fué muerto por un destacamento enemigo. Privados los misioneros del apoyo que les prestaba aquel piadoso virey, no tardaron en ser presos por sus perseguidores y en alcanzar, como sus compañeros, la muerte gloriosa que debia poner término á sus sufrimientos: tuvo lugar su martirio el dia 12 de abril del año 1640. No quedaba ya ningun jesuita en toda la Abisinia; para administrar en ella los sacramentos á los católicos que habian permanecido fieles, quedaban cinco sacerdotes portugueses y cuatro religiosos abisinios. Los portugueses eran Bernardo Nogueira, vicario del patriarca, Alfonso Mendez, Juan Gabriel, Gregorio Pirez, Antonio Almanza y Cristóbal Gonzalez; siendo los abisinios Melca Cristos, superior del seminario de Górgora, Abala Melca Cristos, que lo era del monasterio de Selalo, Pablo de Santa Cruz y Orasi Cristos, abad del monasterio de Debraoré. Es imposible formarse idea de lo que sufrieron aquellos piadosos confesores; medio desnudos, muertos de hambre y faltos de todo, fueron en su mayor parte inmolados por sus bárbaros perseguidores.

Los capuchinos franceses que desde algunos años tenian una mision en Egipto, fueron encargados por el Pontífice romano de reanimar la fé en Abisinia. El P. Agatange, superior de aquella mision, al saber el estado deplorable á que se habia visto reducida la fé entre los abisinios, suplicó al patriarca de Alejandría que se apiadase de la triste suerte de aquellos católicos perseguidos, y que enviase á aquel pais un abuna cuya prudencia y caridad calmasen en él la efervescencia de los ánimos. Con efecto, el patriarca escribió al negus encargándole que tratase á los católicos con menos dureza, y nombró abuna al abate Márcos, amigo del P. Agatange, que en varias conferencias que tuvo con él, logró inspirarle sentimientos favorables á la unidad católica.



Mendez, á quien Márcos entregó una carta de Agatange en Suakim, vió que por desgracia se habia equivocado el buen capuchino acerca de los sentimientos del nuevo abuna, conforme tuvo ocasion de conocerlo despues el mismo Agatange. Cuando los misioneros de su órden se hubieron encargado de la mision de Abisinia, seis de entre ellos, á cuyo frente estaba el superior, intentaron penetrar en aquel imperio; el P. Agatange de Vendoma y fray Casiano de Nantes (1) partieron del Cairo á 23 de diciembre del año 1637, embarcándose con un bajá que el sultan enviaba á Suakim, quien les trató con la mayor benevolencia; pero apenas llegaron á Abisinia fueron inmediatamente presos y presentados al abuna Marcos. Este, sin ninguna consideracion á la amistad que le profesaba Agatange, declaró que eran este y su compañero dos sacerdotes romanos, enemigos de la iglesia de Alejandría, á la que iban á combatir. Como equivalian estas palabras á una sentencia de muerte, fueron apedreados los dos religiosos en el año 1638, merced á la perfidia é ingratitud del jacobita que les debia el destino que ocupaba. Los PP. Querubin y Francisco, que habian pertenecido por tanto tiempo á las misiones de Basorah, se embarcaron en Mascate, y fueron asesinados en Magadoxo; los PP. Antonio de Virgoleta y de Petra Santa, permanecieron en Massauah bajo la proteccion del bajá de Suakim, donde trabajaron con provecho en favor de los mercaderes abisinios que, por carecer de socorros espirituales, habian vuelto á profesar sus pasados errores. Murió Virgoleta á principios del año 1642, sucediéndole en aquel apostolado los PP. Felix de San Severino y José Tortulani de Altino, cuya llegada alarmó vivamente á toda la Abisinia. Basilidas envió desde luégo al bajá ciento cincuenta onzas de oro y cincuenta esclavas, suplicándole al propio tiempo que le entregase aquellos religiosos, ó bien que les condenase á muerte. Como no era ya bajá el generoso turco que por espacio de tantos años habia tratado á los misioneros con sin igual ternura, hizo su bárbaro sucesor comparecer á Felix de San Severino y José Tortulani, á los que hizo decapitar en su presencia; respecto del P. Antonio de Petra Santa, se limitó el tirano á hacerse presentar su cabeza.

Alfonso Mendez, á pesar de encontrarse en la India, continuaba mirando á la iglesia católica de Abisinia como su verdadera esposa; solo pensaba en procurar socorros á tantos cristianos ortodoxos como habia amamantado en la fé de Jesucristo. Los jesuitas que le habian secundado en sus trabajos apostólicos, y que habian sido arrojados con él de aquel imperio, se ofrecieron á volver á Abisinia, para alcanzar la corona del martirio que hubieran logrado ya ceñir á haber permanecido por mas tiempo en ella. Damian Calaca, que habia evangelizado á Diu y merecido el aprecio de los banianos, fué el primero en presentarse para volver á Abisinia; y, dirigiéndose á Massauah, aguardó allí á que la Providencia le deparase una ocasion oportuna para entrar en el imperio del negus. El bajá empero le confió una mision cerca del virey de las Indias, al objeto decia, de lograr la libertad de comercio en el mar Rojo; por mas que el jesuita conociese el lazo que se le tendia, para hacer fracasar su propósito, no le fué dado evitarle. Tampoco pudieron lograr su objeto los PP. Antonio Almeida y Botelko, por no haberles permitido las circunstancias salir de Suakim; pero no se entibió por esto el ardiente celo del patriarca Mendez, quien recibió poco tiempo despues la carta siguiente, escrita en nombre del ras Sela Cristos, y que le dirigió Nogueira desde Massauah: «Ilustrísimos Sres. obispos de las Indias, el *ras* Sela Cristos á todos los católicos verdaderos hijos de Dios, paz y salud en Ntro. Sr. Jesucristo. No sé en que lengua debo escribiros ni cuales los términos que he de usar, por demostraros los peligros y sufrimientos de esta Iglesia, los cuales me afligen tanto mas, cuanto que me veo obligado á presenciarlos cada dia. En mi justo do-

(1) Ferrot, «Resumen histórico de la vida de los Santos de las tres órdenes de San Francisco,» t. III pag 376.

lor, solo puedo rogar á Jesucristo, clavado y muerto en cruz por su misericordia infinita, que permita lleguen á noticia de todos nuestros hermanos, los párrocos, obispos, arzobispos, reyes, vireyes, príncipes, gobernadores y á la de todos aquellos que tienen algun poder allende los mares. Siempre he creido que nos hubieran socorrido y arrancado del poder de nuestros enemigos que tanto abundan en esta nacion perversa, á no haberlo impedido hasta aquí la enormidad de mis pecados. Cuando no habia aun iglesia católica en este pais, cuando el nombre de cristiano nos era aun desconocido, se acudió en nuestro ausilio; y hoy dia que hay tan gran número de fieles, nadie piensa en socorrernos. ¿Por ventura el Pontífice romano, nuestro Padre, nuestro Pastor, al que tanto queremos, no existe ya en la eterna cátedra de Pedro, ó no quiere consolarnos? Ya que somos sus ovejas, y nos vemos espuestos cada dia á ser víctimas de la voracidad de los lobos que sin cesar nos persiguen, ¿no tendrémos la satisfaccion de saber algun dia que piensa en nosotros? ¿No tiene ya el Portugal príncipes que están animados del celo que inflamaba á Cristóbal de Gama? ¿No hay prelado que levante sus manos al cielo para implorar el ausilio de que tanto necesitamos? No puedo mas: la lengua se me seca y mis lágrimas no me permiten descubrir ningun objeto; solo me quedan fuerzas para suplicar á todos los fieles que nos socorran prontamente si no quieren vernos perecer. A cada instante se me hace mas pesada mi cadena: abrazad nuestro partido, me dicen los enemigos de nuestra comunion para que perezcan todos los católicos, y levantarémos vuestro destierro. Si hay pues cristianos allende los mares, dígnense reconocernos por hermanos en Jesucristo, ya que defendemos la verdad como ellos, y líbrennos de esta heregía, de este cautiverio de Egipto». — Aquí, añadió Nogueira, terminan las palabras de nuestro amigo Sela Cristos. Me las dictó llorando amargamente durante la visita que le hice en el mes de agosto último. A mi vez un torrente de lágrimas me hace caer la pluma de la mano; juzgad cuales serán mi tristeza y mi dolor: llegué á este puerto el 26 del corriente (enero de 1649), y despues de haber arrostrado todos los peligros y espuesto continuamente mi vida, no he podido procurarme aquí ningun socorro, por no haber enviado nada nuestros amigos de Portugal. Hé escrito diferentes cartas desde Dembea, sin haber recibido hasta ahora contestacion á ninguna de ellas; me vuelvo al lado de Sela Cristos, dejando aquí á Jacobo Xarem, que es tambien muy conocido de los banianos, para que reciba las cartas y me las remita sin demora. Mis compañeros Melca Cristos, Tensa Cristos, Juan Gabriel, Gregorio, Antonio de Almanza y Cristóbal, no son ya mas que unos esqueletos animados; arrastrados de cárcel en cárcel y azotados en todas ellas, han sufrido y sufren tormentos mas atroces que la misma muerte. El dia 21 de octubre del año 1647 fueron sacrificados en aras de nuestra santa religion Zara Cristos, discípulo del abad Keril, hermano del abad Gregorio, y el senador Ando, tan recomendable por su piedad; siendo otros muchos los que se ven cada dia reducidos á prision y espuestos á sufrir el martirio. Todos los portugueses de Fremona han apostatado, y despues de haberse entregado á todos los escesos, me han denunciado al infiel Emana Cristos, el mas cruel de nuestros enemigos, que tantos católicos ha hecho perecer. Parto de Massauah sin ninguna esperanza y falto de todo, por esponerme á caer en poder de los turcos si retardo mas mi partida; el año próximo volveré, si Dios lo permite. Ruego al Señor que permita llegue esta carta á vuestras manos, á fin de que puedan leerla todos nuestros prelados y demás eclesiásticos, y particularmente el patriarca y el P. Manuel de Almeida, si existen todavía, y cuya bendicion imploro de rodillas. Massauah, 30 de enero del año 1649. — Bernardo Nogueira.» Este vicario del patriarca, despues de haber visto perecer en defensa de la fé á todos sus compañeros, fué á su vez estrangulado en Gojam, el año 1653.

Tanner (1) le continua en el número de los mártires de la Compañía de Jesus, á la que no pertenecia. Alfonso Mendez murió en las Indias á la edad de setenta y seis años; por su piedad, su paciencia, su firmeza, su celo y su erudicion, merece ser considerado aquel patriarca como uno de los misioneros mas santos y sábios de su tiempo. Se le acusó de haber exigido á los abisinios que renunciasen á ciertos usos á que estaban acostumbrados desde muchos siglos, que la Iglesia no habia condenado; pero á fin de demostrar lo injusto de aquella acusacion, citarémos los abusos que trató de corregir el virtuoso Mendez. El vicio mas arraigado entre los abisinios era el de la pluralidad de mugeres, para la estincion del cual fueron inútiles todos los esfuerzos de los patriarcas de Alejandría; es cierto que las concubinas despedidas por los nuevos cristianos, contribuyeron en gran parte á preparar sordamente la triste revolucion de que nos hemos ocupado; pero es la ley del Evangelio tan terminante sobre este punto, que no puede hacerse ningun cargo á los misioneros por haberla predicado en toda su pureza. Pretender así mismo que hubiesen tolerado la circuncision, la observancia del sábado y otras prescripciones legales observadas por los judios, etc., habria sido llevar el laxismo hasta límites desconocidos, aun á los teólogos mas indulgentes de la Compañía de Jesus.

Urbano Cerri (2), hablando de los esfuerzos hechos para evangelizar la Abisinia despues de la espulsion de Mendez, se espresa de esta manera: « Los reformados y los capuchinos que intentaron establecerse en Etiopía posteriormente, fueron condenados á muerte en Suakim y otros puntos; y el obispo de Crisopoli, que fué enviado á aquel pais en calidad de vicario apostólico, no pudo llegar mas que hasta el Cairo. Luego un maronita que hacia treinta años estaba en Etiopía, llegó de Jerusalen el año 1665, y nos refirió lo siguiente: que el rey, que perseguia la religion habia muerto el 30 de setiembre de aquel mismo año; que su hijo Oelafe Segued, que le habia sucedido, demostraba ser favorable á los católicos, á los que permitia ejercer libremente su religion; que en una provincia inmediata al Egipto habia mas de treinta mil católicos, y que en la ciudad en que estaba con su familia, ascendia su número á unos seis mil; y finalmente, que podia convertirse á muchos cismáticos, con tal que los misioneros hiciesen de su parte todo lo posible por dar á conocer la gloria de Dios. Habiendo sido comunicadas todas estas noticias á una congregacion en 7 de diciembre del año 1666, se resolvió renovar aquella mision, y enviar allí á Antonio Andrada, al que se dió el título de vicario apostólico, y que fué nombrado posteriormente obispo de Calípoli. Al llegar los nuevos misioneros á Suez, comunicaron á la Congregacion en el año 1669, que continuaba reinando la persecucion en Abisinia, si bien era menos violenta que durante el reinado del último segus; y luego dos años mas tarde supo la Congregacion, que aquellos misioneros habian sido condenados á muerte por los tiranos abisinios que continuaban persiguiendo la religion católica. Abandonóse por entonces aquella mision, que fué despues unida á la de Egipto, á cuyo superior se previno enviase misioneros á Etiopía, procurándole al propio tiempo los recursos necesarios para que pudiese efectuarlo. »

He ahí lo que dice de Maillet acerca de los esfuerzos hechos por los misioneros para evangelizar la Abisinia: « Hace ocho ó diez años (1) que habia en el Cairo algunos misioneros italianos de la Reforma de S. Francisco, que no estaban á las órdenes del guardian de Jerusalen, á pesar de vivir en el mismo convento y á espensas de la custodia de Tierra Santa. Los gastos que importaba la manutencion de aquellos misioneros, y que tal vez no podia

(1) *Societas Jesu usque ad sanguinis et vitæ profusionem militans. pag.* 205.

(2) *Estado actual de la Iglesia romana. pag.* 218.

(1) *Relacion enviada por el cónsul del Cairo* (15 de Febrero de 1702) *á Mr. de Ferriol, embajador en Constantinopla, acerca de los planes de los misioneros para entrar en Abisinia.*

sostener el convento de Jerusalen, obligaron sin duda á su guardian á dirigirse á Roma y proponer que su comunidad se encargaría de la mision de Egipto, puesto que al poco tiempo le fué confiada aquella por la Congregacion de *Propaganda Fide* Luego despidieron los franciscanos á los demás religiosos que habian pertenecido á aquella mision, quienes se presentaron al Papa á fin de que se les repusiera, entregando una relacion, segun la cual en el pais de Fungi, situado en los confines de Etiopía, existian numerosas familias cristianas que se habian retirado de Abisinia cuando empezó en el año 1641 la persecucion contra los católicos. Por último, decian que aquellas pobres almas carecian de todo ausilio espíritual, y se ofrecian aquellos religiosos para ir á socorrerlas y penetrar hasta en Etiopía, cuya Iglesia aseguraban estar dispuesta á unirse á la católica.... No solo se accedió á la peticion de aquellos religiosos, sino que convencido de la certeza de todo cuanto acababan de esponer acerca de la union de la iglesia etíope, creó el papa Inocencio XII los fondos necesarios para sostener un gran número de religiosos destinados á aquella mision llamada de Etiopía, y de la que se encargó á los reformados de San Francisco. Al propio tiempo se les permitió tener dos ó tres frailes de su órden en el Cairo en calidad de procuradores de aquella mision, y á los que se autorizaba para tener un convento en Achmin (la Panapolis de los antiguos), á fin de que nada faltase á los religiosos que irian ó vendrian de Etiopía. De este modo aquellos misioneros, escluidos en cierto modo de Egipto, hallaron un medio para establecerse nuevamente en él con mucha mas seguridad que la que antes tenian. Como solo se habló desde entonces en Roma y en todas las cortes católicas de aquella gran mision, creyeron los jesuitas no deber abstenerse de contribuir por su parte á dar cima á aquella gloriosa empresa en la que tenia fijos los ojos todo el orbe cristiano.... Antes pues de dirigirse á Su Santidad, creyeron prudente participar al rey la resolucion que habian tomado de enviar algunos de sus operarios á aquella mision de Etiopía, la cual aprobó en gran manera el soberano, prometiendo secundarla. Dado aquel primer paso, se dirigió el P. Verseau á Roma, desde donde pasó al Cairo en el año 1697, con órden de que se le diera toda la proteccion posible, la que le procuré gustoso, lo mismo que á todos los demás de sus hermanos que se me presentaron en lo sucesivo. Recibíle en mi propia casa, y luego insté á mi gobierno (el gobierno francés) y obtuve que le comprase una. Acerca de sus planes, sobre la Etiopía, dije francamente al P. Verseau mi opinion, esto es, que seria un milagro el poder penetrar en ella, y mucho mas aun el sostenerse allí y hacer algunos progresos; aseguréle que cuanto se decia respecto de los cristianos establecidos en los confines de Etiopía era una mera fábula; pero que no por ello dejaria de cooperar á todo lo que pudiese facilitarle la entrada en aquel imperio. Al poco tiempo se dirigió el P. Verseau á Siria, donde fijó su residencia en calidad de superior general de su Compañía; encontrábanse á la sazon en el Cairo dos religiosos de su instituto, uno de los cuales era el P. Brevedent, santo misionero que atesoraba todas las virtudes. En el año 1698 se presentó al Cairo un sugeto llamado Hadgi-Ali, mercader procedente de Etiopía, diciendo haberle encargado el negus (Yasus I) que le presentára todos los médicos que pudiese procurarse. Habiendo caido el mercader enfermo, procuróle el francés Cárlos Poncet, cirujano establecido en el Cairo, todos los ausilios del arte; y como curase el etíope á los pocos dias, propuso al cirujano si queria seguirle á su pais, en el que le prometió podria hacer en poco tiempo una fortuna considerable. Indeciso el señor Poncet me consultó acerca de lo que debia hacer, y yo le induje á que aceptára aquella proposicion, esperando lograr por su medio facilitar á los jesuitas su entrada en la corte de Abisinia. Participé á los jesuitas mi plan, que aprobaron en todas sus partes; y el P. Brevedent partió del Cairo el 10 de junio del año 1698

como criado del señor Poncet, sin permiso siquiera de su superior por estar este á la sazon ausente del Cairo. Obligada la caravana á detenerse por mucho tiempo en el alto Egipto por no caer en poder de los árabes, recibió allí Brevedent una órden de su superior para que renunciase á su viage; pero como viese luego aquel las acertadas disposiciones quo habian sido tomadas, le autorizó á los pocos dias para que lo continuase. « Dice Poncet en su curiosa *Relacion*, que durante el trayecto de Moscho á Dongola encontró numerosos pueblos que, aunque profesaban la ley de Mahoma, no tenian ningun conocimiento de ella; luego añade el propio viagero: lo que mas contristaba al P. Brevedent, era el recuerdo de haber sido aquel pais cristiano y haber perdido su fé á falta de personas celosas que se consagrasen á la instruccion de aquel pobre pueblo abandonado. Asimismo encontramos durante el viage muchas ermitas é iglesias medio arruinadas. » A su paso por Sennaar, capital de la Nubia, presentaron á Poncet una niña mahometana de cinco ó seis meses para que la curára; pero como la criaturita estaba ya á punto de espirar, bautizóla el P. Brevedent so pretesto de procurarla un remedio, por lo que tuvo aquella niña la dicha de morir cristiana. Cuando se encontraba aquel misionero en la ciudad de Trípoli, en Siria, se le ministró un purgante violento de piñones de la India, *catapulia*, cuyo medicamento, en estremo peligroso, le procuró un flujo que ocultó siempre á Poncet por modestia; llegando á agravarse de tal modo su enfermedad en Barcos, que se vió en pocos dias reducido Brevedent al último apuro. « Tan pronto como supe su tristo estado, dice Poncet (1), me dirigí á su cuarto, donde mis lágrimas, mejor que mis palabras, no tardaron en darle á conocer que desesperaba de su curacion y que habia llegado su última hora. La paz angelical que revelaba el rostro del misionero y sus santas palabras de amor y reconocimiento hácia Dios, bicieron en mí una impresion tan profunda, que no las olvidaré nunca. Murió el generoso apóstol en tierra estrangera, á la vista de la capital de Etiopía, como habia muerto en otro tiempo S. Francisco Javier, cuyo nombro llevaba, á la vista de la capital de la China, cuando iba á conquistar con la cruz de Jesucristo aquel vasto imperio. La muerte del P. Brevedent, acaecida á 9 de julio del año 1699, edificó á todos los religiosos de Etiopía que asistieron á ella; despues de habérsele hecho las acostumbradas preces, quisieron los mismos religiosos llevar el cuerpo del misionero á una iglesia dedicada á la Santísima Vírgen, en la que fué solemnemente enterrado. » A su llegada á Gondar (Pl. CVI, n.° 2), fué Poncet recibido por el emperador, quien le dijo haber sentido mucho la muerte de su compañero, por habérsele ponderado en gran manera su virtud, su talento y su mérito. Como no se recibiese noticia alguna del P. Brevedent ni de Poncet, partieron los jesuitas Grenier y Paulet para la mision de Abisinia; siendo recibidos por el rey de Sennaar como enviados de Francia, y recomendados por el mismo al embajador del negus, con el que acababa de firmar un tratado de paz. Acompañaron los dos misioneros al embajador hasta Abisinia, sin que desde entonces volviese á recibirse ya noticia alguna de ellos. Aunque tenian los franciscanos reformados un religioso de su órden que ejercia las veces de médico cerca del rey de Sennaar, menos favorecidos por este que los jesuitas, tuvieron que aguardar la contestacion del abuna y de los monges abisinios, antes de penetrar en Abisinia. El viage de Poncet tenia un doble objeto, á saber: curar al negus que se encontraba gravemente enfermo, lo que logró, y hacer que enviase Yasus un embajador al rey de Francia, lo que tambien consiguió, como lo indica el haberse presentado Poncet en el Cairo con un tal Mourad, á los cuales acompañó el P. Verseau hasta Paris. Cuando en el año 1703 regresaron Poncet y Mourad á Abisinia, fué el P. Bernado á aguardarles en Suez, para penetrar con ellos en aquel imperio; pasando á

(1) *Cartas edificantes*, p. 148.

su vez aquel jesuita por criado del médico; reunióse tambien con ellos Jacobo Cristóbal, mercader cipriota. Al llegar empero á Djedda, se vieron el P. Bernardo y Cristóbal obligados á regresar al Cairo, mientras que Mourad y Poncet continuaban siguiendo su destino errante: el primero de ellos murió en Maskate y el segundo pasó á Persia, donde terminó tambien su carrera, notable por el vasto campo que ofreció á la geografía con la descripcion de las diferentes regiones desconocidas que habia recorrido. El armenio Elías, súbdito de la nacion francesa, fué enviado á Abisinia por la via de Massauah, á fin de inducir á Yasus á que recibiera como embajador de Francia á Negro del Rule, vice-cónsul en Damieta; pero como desgraciadamente fué asesinado del Rule en Sennaar el dia 25 de noviembre del año 1705, quedaron cerradas á los jesuitas las puertas de aquel imperio. Bruce (1) atribuye calumniosamente aquella desgracia á los franciscanos reformados, residentes en Nubia, á quienes, segun supone, su odio á los jesuitas, hizo dar muerte al embajador que iba á abrirles el camino de Abisinia. La sórdida avaricia de los nubios, vivamente escitada por los ricos presentes que estaba encargado Rule de ofrecer al negus, fué la que motivó el asesinato de que fueron víctimas los enviados franceses; siendo la calumnia de Bruce tanto mas patente, cuanto que los franciscanos reformados no vivian en Sennaar, al cometerse el atentado. Por otra parte, solo se limita el autor anglicano á reproducir las odiosas acusaciones del consul de Maillet (2).

No obstante la desgracia de Rule en Sennaar, hubo en Atbara algunos misioneros esforzados que intentaron hacer un viaje á Abisinia, logrando penetrar en ella. Oustas, (que no descendia de la familia de Salomon), ocupaba el trono cuando llegaron á aquel imperio los PP. Liberato Weis, prefecto apostólico austríaco, Miguel Pio de Zerba, de la provincia de Padua, y Samuel de Bienno, milanés, religiosos de la órden San Francisco. Aquel príncipe, dice Bruce, se habia formado como Yasus, una idea ventajosa de la religion romana; por lo que les recibió dignamente, confiándolos al cuidado de Ain Egzié, antiguo oficial de Yasus, y gobernador del Walkayt. Les dió además por intérprete á un monge abisinio que habia estado en Jerusalen, y que era muy adicto á la comunion de Roma, al cual encargó estuviese constantemente á su lado, y veláse por sus intereses. No obstante de admirar la pobreza de los misioneros y su empeño en no aceptar nada de cuanto les ofrecia, no les permitió el sultan predicar públicamente, por temer que el pueblo se le sublevase. « La obra que vamos á emprender es difícil, les dijo; y es preciso obrar con mucho tino para llevarla á cabo; no creó Dios el mundo en un instante, pero sí en seis dias. » En breve se supieron en la córte las intenciones del soberano; sin embargo, nadie osó oponerse á ellas por temer la severidad del negus. La raza de Salomon volvió á apoderarse del trono de Abisinia en el mes de enero del año 1714, ocupándolo David, hijo de Yasus. El superior de los monges de Debra-Líbanos, declaró entonces ante el clero del reino que habia tres sacerdotes católicos con un intérprete abisinio en el Walkayt hacia ya algunos años, y que habian sido sostenidos y consultados por Oustas, quien acostumbraba asistir á la misa, celebrada segun el rito romano. Educado David en el cisma, mandó arrestar desde luego á los misioneros y al abbas Gregorio; y se obligó á los confesores á comparecer ante el mas parcial y bárbaro de los tribunales. Hé ahí la primera pregunta que les fué dirigida: « ¿ Reconoceis el concilio de Calcedonia, y creeis que fué legítimamente presidido por el Papa Leon? » Contestaron los confesores que lo reconocian como cuarto concilio general; que admitian

(1) *Viage á las márgenes del Nilo*, tomo IV, pag. 199.

(1) *Memorias sobre las circunstancias de la muerte de Mr. de Rule y los suyos, con una relacion circunstanciada de todo lo que ocurrió antes y despues de su nombramiento, de las personas que cometieron aquel atentado, de la inutilidad de las misiones en Egipto y Etiopia, de las suposiciones, miras y conducta de los misioneros italianos reformados*, á continuacion de la *Reseña histórica de Abisinia*, p. 436.

sus decisiones como reglas de fé, y que el Papa Leon le habia presidido legítimamente como gefe de la Iglesia católica y Vicario de Jesucristo en la tierra. A estas palabras contestó un grito de indignacion general: «¡Que sean apedreados! El que no les arroje tres piedras será enemigo de la Vírgen María.» Y fué inmediatamente cumplida aquella bárbara sentencia; solo un sacerdote distinguido por su saber y su piedad, declaró con vehemencia que eran los misioneros juzgados y condenados injustamente; pero su voz se perdió entre el clamor de aquellos hombres sedientos de sangre. Fueron conducidos los misioneros con la cuerda al cuello hasta el camino de Tedda, donde recibieron la muerte con una resignacion digna de los primitivos mártires. No contentos los sacerdotes cismáticos con aquel triple asesinato, querian inmolar aun al abbas Gregorio; pero David se limitó á desterrarle á su provincia.

CAPÍTULO VI.

Mision de los Jesuitas en Egipto.

Despues de haber demostrado que el establecimiento de los jesuitas en el Cairo fué con el objeto de poder dirigirse á Abisinia, creemos deber continuar la relacion de sus trabajos en Egipto.

Los primeros misioneros se dedicaron desde un principio á conocer el espíritu y las costumbres del pueblo que habian de instruir; no tardando en convencerse de que para la conversion de las almas habian de contar mas con la proteccion de Dios que, puede hasta de las mismas piedras hacer salir hijos de Abrahan, que con la favorable disposicion de aquellos hombres endurecidos. Obligados los misioneros á ser en escaso número por la falta de medios, no habrian podido resistir al peso de sus inmensas obligaciones, á no haber el cielo centuplicado sus fuerzas con los triunfos que les permitió alcanzar en aquella mision.

Véase lo que escribia el P. du Bernat (1) desde el Cairo á 20 de julio del año 1711, al religioso que estaba encargado en Francia de atender á las necesidades de las misiones de Levante: «El Egipto, visitado en otro tiempo por las personas que deseaban identificarse con la vida admirable de los santos que lo habitaban, ofrece hoy dia un triste espectáculo. Aquella floreciente Iglesia de Alejandría ya no existe, y no se levantan ya para el consuelo del alma cristiana en estos desiertos, ni los monasterios que acogian siempre benignos á los peregrinos, ni los anacoretas que solo huian de los demás hombres para orar por ellos. Me recuerda sin cesár su triste cambio estas palabras del profeta: *Cane lúgubre super multitudinem Ægypti*, llorad al ver el triste estado de Egipto. Cuando veo á esos pobres coptos, mis hermanos en la fé, que siguen con indiferencia el camino de la perdicion, se me parte el alma de dolor por no poder procurarles el consuelo de que tanto necesitan; pero ya veis que es insuficiente el número de operarios con que contamos para cultivar el vasto y fértil reino de Egipto.»

El apóstol mas ilustre que tuvo la Compañía de Jesus en Egipto fué el P. Claudio Sicard. Dotado por la Providencia de todas las cualidades que debe reunir un misionero, abandonó la Francia para dirigirse á Siria, obrando ya durante la travesía muchas conversiones. Llegó á la ciudad de Alepo en el mes de diciembre del año 1706, y sin repararse de las fatigas de su largo viage, se dedicó Claudio al estudio de la lengua árabe, en la que hizo rapidísimos progresos, por conocer lo mucho que debia servirle en la carrera del apostolado. Luego de conocer los usos y costumbres de aquel pueblo que estaba llamado á evangelizar, escribió dos obritas en árabe para convencer á los hereges y cismáticos, en las que refutaba todas las razones en que aquellos se fundan; disponiendo por órden didáctico las

(1) *Carta del P. du Bernat, misionero de la Compañía de Jesus en Egipto, al P. Fleuriau, de la propia compañía*, en las *Cartas edificantes*, t. VII, pag. 247.

autoridades sacadas de la Sagrada Escritura ó de los Padres de la iglesia, y todos los principales argumentos teológicos para combatir el dogma herético, y establecer las verdades católicas de un modo sólido. Terminadas sus dos obras, buscó á los pretendidos doctores de cada secta, y despues de haberles hecho esponer las interpretaciones erróneas que daban á la Sagrada Escritura y á la de los santos Padres, les entregaba sus dos obras, en las que eran tan completamente refutados todos sus errores, que los hereges y cismáticos de buena fé, no podian menos de acatar la verdad católica. Pero, como casi siempre los hombres, sea por orgullo, sea por terquedad, prefieren oponerse á la verdad á confesar haberse engañado, buscaba el misionero con preferencia á las familias oscuras que ignoraban la santidad de nuestros misterios y los deberes del cristianismo. Habia en el estremo de la ciudad de Alepo un arrabal que contenia mas de diez mil cristianos, que á pesar de honrarse con este nombre, ignoraban lo que es ser católico; inútil nos parece advertir que fué desde luego aquel pueblo objeto de la predileccion de Sicard. Dirigíase el misionero, todas las mañanas al arrabal citado, y despues de haber enseñado el catecismo á los niños y de haber visitado y socorrido á los enfermos, no volvia á dirigirse nunca á su convento sin haber logrado conquistar muchas almas; siendo cada vez su auditorio mas numeroso. En la imposibilidad de atender por sí solo á sus inmensas obligaciones, tuvo el misionero que compartir su trabajo con el P. de Maucolot, quien le secundó tan admirablemente, que en breve estuvo instruido aquel inmenso arrabal en las verdades de la fé cristiana; fueron tantos los afanes de estos dos misioneros, que á ellos fué debida la floreciente mision que tuvieron los jesuitas en Alepo. Continuaba el P. Sicard trabajando con empeño en la conversion de las almas, cuando la mision del Cairo perdió su superior; se le nombró á él para que fuese á dirigirla, y por mas sensible que le fuese el separarse de aquel rebaño querido que le costaba tantos sacrificios, se dispuso á partir para la capital de Egipto, desde el momento en que recibió la órden de sus superiores. Tratábase en su nuevo destino de procurar á los coptos todo el bien posible, y á ello se consagró Sicard con el mismo ardor que le hemos visto desplegar en el arrabal de Alepo; las numerosas dificultades que tuvo que vencer el misionero para convertir á aquellos cristianos degenerados, quedan demostradas por la siguiente carta que escribió Sicard al poco tiempo de estar al frente de aquella mision: «Inútiles han sido todos los medios que he empleado hasta aquí para atraerme á los coptos; antes de hacer brillar á sus ojos la pureza de la fé, me veo en el caso de hacerles conocer la dignidad del hombre. Es el pueblo mas ignorante y grosero que he visto en mi vida, inclusos sus sacerdotes, que, solo conocen de nombre la religion que profesan; en cambio, son tan orgullosos, que os vuelven la espalda así que tratais de instruirles.» Despues de haber estudiado Sicard el carácter de los coptos, empezó por visitar á los que vivian en las márgenes del Nilo; procurando captarse su benevolencia por todos los medios que sugiere la caridad cristiana. Adoptó sus costumbres, socorrió á los pobres, asistió á los enfermos; y sin embargo, trascurrieron muchos años, sin que el grano sembrado por el misionero en aquel campo de abrojos, produjera fruto alguno. Solo despues de haber sufrido todos los insultos por espacio de ocho ó nueve años, tocó Dios el corazon de una familia copta. Las atenciones que esta manifestó tener al misionero, y sobre todo, el respeto que infundia su posicion social, fué causa de que los demás coptos mirasen al religioso con buenos ojos, y que empezáran á obrarse algunas conversiones. Tal fué el principio de la obra regeneradora y santa que ejerció despues el P. Sicard con tanto éxito en toda la baja y alta Tebaida, y desde la desembocadura del Nilo en el Mediterráneo, hasta sus cataratas. Las primeras observaciones que trasmitió el célebre jesuita al P. Fleuriau de Armenonvi-

lle, encargado de atender en Francia al cuidado de las misiones, merecieron de tal modo la aprobacion de todos los hombres mas eminentes, que se encargó al misionero prosiguiera en sus investigaciones. El duque de Orleans, regente del reino, mandó al P. Sicard que le enviase planos de todos los antiguos monumentos de Egipto, á cuyo objeto prolongó sus misiones hasta Tebas, el Delta, el mar Rojo, el monte Sinaí y las cataratas; y despues de sus profundas investigaciones en todos aquellos vastos paises, compuso su *Descripcion del Egipto antiguo y moderno*; procurándole el ministro francés, conde de Maurepas, todos los elementos necesarios para dar cima á aquella importante obra que desapareció mas tarde en grave perjuicio de las letras. Solo ha quedado de ella el plan dividido en doce capítulos. Un discurso sobre el Egipto (1), descripcion breve y exacta de aquel pais, que dejó el misionero, dá una cabal idea de lo que debia ser su obra. Como supiese el misionero al regresar del alto Egipto en el año 1726 que estaba la peste diezmando la ciudad del Cairo, se dirigió inmediatamente á ella, donde se dedicó desde su llegada al cuidado de los apestados; cuando el superior de Tierra Santa, religioso de San Francisco, cayó enfermo del contagio fué á visitarle, y no tardó Sicard en sentirse á su vez atacado. Con todo, sin pararse en sus propios sufrimientos, procuró aun durante dos dias aliviar los de los demás enfermos, hasta que al fin tuvo que ceder á la violencia del mortal veneno que debia conducirle al sepulcro. Previendo el religioso la muerte que iba á coronar su vida de abnegacion y penitencia, pidió los últimos sacramentos, y murió en la paz del Señor á 12 de abril del año 1726. Hasta los mismos infieles manifestaron el dolor profundo que les causaba la pérdida de aquel hijo ilustre de Loyola. El superior general de las misiones de la Compañía de Jesus en Siria y en Egipto, escribió al P. Fleuriau con motivo de aquella sensible muerte: «¡Eran sus cualidades un don precioso del cielo; su celo por la gloria del Señor y la salvacion de los pueblos fué siempre ilimitado; solo podia moderarlo la esperanza, ó mejor la condescendencia, para atraerse una nueva alma. Su aliento supo vencer todas las dificultades y las mas crueles persecuciones; muchas veces le oíamos decir que cuando solo se buscaba á Dios se llegaba siempre al apetecido objeto, ó se hacia cuando menos la voluntad divina. ¡Gran manantial de dicha y de consuelo para un misionero! Su caridad en instruir á los niños y á los ignorantes, y en asistir á los pobres enfermos fué siempre imponderable, así como fué heróica su paciencia en todos los sufrimientos que buscó siempre con afan en su dichosa vida.» Despues de la muerte del P. Sicard, se procuró con empeño reunir sus Memorias; el P. Márcos Antonio Treffond, superior general de las Misiones de la Compañía en Siria y en Egipto, envió á uno de los mas antiguos misioneros para ponerlas en órden, y recorrer todos los puntos para comprobar los manuscritos y dibujos que habia hecho el P. Sicard por órden del rey. Como sus escritos, á causa de su muerte prematura, no habian recibido aun la última mano, revisólos uno de los misioneros antes de ser remitidos á Paris; despues de la desaparicion de su obra, solo quedan del P. Sicard algunos fragmentos que corroboran todo cuanto hemos dicho acerca de su instruccion, su virtud, su tacto y su celo infatigable. Sus observaciones sobre el Egipto han sido publicadas en las *Cartas edificantes*, de las que no forman en verdad la parte menos interesante; sus dos cartas mas notables las escribió el misionero al conde de Tolosa y al P. Fleuriau; en la primera, fechada en el Cairo á 1.° de mayo del año 1716, refiere el P. Sicard una escursion hecha al desierto de San Macario el año 1712, un viage al Delta, en mayo de 1714, y otro al alto Egipto, que empezó en el mes de setiembre del propio año. Subió en él por el Nilo hasta la poblacion de Abusia, junto á la cual copió un sacrificio hecho al sol, que está esculpido en la ladera

(1) *Cartas edificantes*, tom. VIII, p. 225.

de una montaña, y en cuyo viage hizo además los dibujos de varios monumentos antiguos. En la segunda carta trata de una escursion hecha con José Assemani á los monasterios del desierto de San Macario, donde el sábio maronita, bibliotecario del Vaticano, encontró un gran número de obras rarísimas; contiene así mismo la propia carta el viage que hicieron al desierto de la baja Tebaida el año 1716, en el que visitaron los conventos de San Antonio y de San Pablo y las orillas del mar Rojo. Tambien refiere en otras dos cartas escritas al propio religioso, que visitó el monte Sinaí, que evangelizó á Tebas el año 1708, y que luego volvió á ella trece años mas tarde con el abate Pineia, anticuario piamontés, que queria cotejar los mas bellos monumentos de Italia con los que el Egipto habia conservado; fueron juntos hasta la primera catarata, admirando los ricos monumentos de Elefantina y de Filea. Mientras el P. Sicard evangelizó el Delta en el año 1723, descubrió diferentes ciudades antiguas; tenemos además una *Disertacion* de aquel misionero acerca del paso del mar Rojo por los israelitas; una relacion sobre los diferentes modos de pescar en Egipto, y la *Contestacion* á una Memoria de los miembros de la Academia de ciencias sobre el *anatron*, el *amoníaco* y diferentes piedras y mármoles de Egipto. D'Anville adoptó un gran mapa de Egipto, hecho en el Cairo en 1722 por el P. Sicard; todos los escritores y viageros que se han ocupado del Egipto, han hecho justicia á la exactitud del P. Sicard; todo cuanto este misionero ha escrito sobre aquella region, está traducido al aleman en la *Recopilacion de los viages mas notables á Oriente*, publicada por Paulus en Jena, en el año 1798; y su *Discurso sobre el Egipto*, ha sido continuado en las *Reflecsiones históricas y políticas sobre el imperio otomano*.

Vamos á completar ahora el cuadro de las misiones de Levante, pasando de Egipto á las otras diferentes regiones en que fué ejercido el ministerio evangélico con la misma abnegacion.

CAPÍTULO VII.

Misiones de los jesuitas, teatinos, agustinos, capuchinos, dominicos y carmelitas en Georgia, Armenia y Persia. — Creacion del obispado de Babilonia.

Los jesuitas de Constantinopla habian enviado en el año 1606 algunos misioneros á Georgia; pero como murieron todos en breve tiempo, quedó aquella mision abandonada.

Pedro Avitable, clérigo regular teatino, fué enviado con algunos de sus compañeros á Georgia por Urbano VIII; y el relato que hizo á su regreso acerca del estado del cristianismo en los paises situados entre el mar Negro y el mar Caspio, mostró cuán necesario era fundar allí una mision permanente (1). La Congregacion de la Propaganda confió á cinco teatinos aquel apostolado, que fueron Celso de Nigro, Francisco Abril, Jacobo de Stefano, Jacobo Filomias y su superior Pedro Avitable (2); procurando Urbano VIII á aquellos misioneros cartas para tres príncipes de las regiones que iban á evangelizar. Lograron los teatinos en el año 1627 ser admitidos como médicos en la ciudad de Mingrelia, por haberse hecho presente al *Dadian* lo útil que seria al pais la permanencia de unos hombres versados en el arte de curar. Cuando en el año 1631 fué Pedro Avitable á Roma, para procurarse nuevos ausiliares, manifestó ya el proyecto que realizó despues, de fundar diferentes residencias de su órden en Mingrelia y Georgia. Fué mas tarde enviado Avitable á la India, donde rivalizaron los teatinos en celo con los demás institutos; muriendo aquel superior en Goa el año 1650. Clemente Galanus, sábio teatino, del que se conservan aun preciosas obras, fué á Georgia hácia el año 1636, y permaneció en aquellas regiones por espacio de doce años, cumpliendo con todos los deberes del aposto-

(1) *Clementis Galani, Surrentini, clerici regularis, theologi, et Sanctæ Sedis apostolicæ ad Armenos missionarii*, *Historia armena*, p. 112-145.

(2) *Historiarum clericorum regularium á congregatione condita pars altera, auctore Josepho Silos, Bituntino, ex eisdem clericis regularibus presbytero, t. II*, p. 570.



lado. No obstante las guerras que asolaban de contínuo á varias de aquellas provincias, lograron los teatinos hacer progresar en ellas la religion católica; pero como tuviesen con aquel motivo que abandonar sus residencias en Tartaria, Circasia, Armenia y Georgia, fueron reemplazados por los capuchinos italianos que envió allí la Propaganda; estableciéronse los misioneros capuchinos en la ciudad de Tiflis. (Pl. CVII, n.º 1) Tambien habrian abandonado la Mingrelia, al ver la esterilidad de sus esfuerzos, á no haber sido por el honor de la iglesia católica que procuraba tener apóstoles en todos los puntos de la tierra; casi todo el fruto que podian producir los teatinos en Mingrelia consistia en bautizar á algunos niños; sus habitantes solo acudian á ellos cuando se veian en algun grave apuro.

La Armenia, en la que continuaban los dominicos ejerciendo su celo, fué teatro de los trabajos apostólicos del P. Pablo Piromalli, hombre recomendable á la vez por su virtud, su abnegacion y su saber profundo; fué uno de los escritores mas eminentes de su órden (1). Abrazó Pablo el instituto dominicano con el deseo de procurar la conversion de los infieles, á cuyo fin aprendió desde luego las lenguas orientales; procurando antes de dirigirse á Oriente, ejercer, como por via de ensayo, el ministerio apostólico en algunas provincias de Nápoles. Despues de haber desempeñado varias cátedras, fué destinado Pablo á la Grande Armenia, y cual otro apóstol de los gentiles, cuyo nombre llevaba, fué en busca del cautiverio y de la muerte por el amor de Jesucristo, mostrando en todo el curso de su vida seguir puntualmente las huellas de San Pablo. A su llegada á Malta, catequizó á dos mahometanos de Berbería; y despues de haber sufrido dos terribles tempestades durante la travesía, llegó Piromalli con los demás religiosos á la ciudad de Alejandreta el dia mismo de la conversion de San Pablo, ó sea á 25 de enero del año 1632, de cuyo punto salieron inmediatamente para Alepo. Luego continuó el misionero su camino por la Mesopotamia ó Diarbekir, atravesó el Eufrates, y llegó á la ciudad de Harán, célebre por haber vivido en ella el patriarca Abrahan; trascurridos algunos dias entró en Armenia y se dirigió á la poblacion de Abaraner, en la que habia trescientas familias católicas bajo la obediencia del «sofy» de Persia. Tenian los dominicos un convento en la propia ciudad, en el que vivia el arzobispo de Nakchivan, religioso de la propia órden; despues de tantas fatigas, solo se detuvo Piromalli el domingo de Ramos en la ciudad, dirigiéndose al dia siguiente á Nakchivan, poblacion situada al pié del monte Ararat, cuyo pais debia ser el centro de su mision y el teatro de la guerra que iba á empezar contra el cisma y la heregía. Todos los armenios sin distincion recibieron al misionero con vivas muestras de aprecio, sobre todo al saber que le habia conferido Urbano VIII los mas estensos poderes, para perdonar los pecados, conceder indulgencias y hacer todo lo demás que en vista de las circunstancias le dictára su prudencia. Para mejor atraerse á los armenios, procuró el prudente misionero hacerles observar que los dogmas católicos, que les esplicaba segun la fé de la iglesia romana, eran los mismos que sus padres habian recibido de S. Gregorio, el obispo y el apostol de Armenia en el tercer siglo, y cuya autoridad era en aquel pais la mas respetable que podia citarse. Esto, unido á la pureza de sus costumbres, hizo que en breve se notase un cambio notable en las de un gran número de armenios; cada dia iba creciendo el rebaño de los fieles por las conversiones de los cismáticos y eutiquios. Como intentase el P. Piromalli convertir al arzobispo cismático, dió este aviso de ello á Ciriaco, patriarca de la Grande Armenia, el cual mandó prender al misionero, cargarle de cadenas y ponerle á pan y agua, siendo aquella órden puntualmente cumplida. La lectura del Nuevo Testamento fué el único consuelo que tuvo durante los veinti-

(1) Turon, *Historia de los hombres ilustres de la órden de Santo Domingo*, t. v. p. 435, Fontana, *Monumenta dominicanos*, año 1654, 1659.

dos meses de su injusto cuanto cruel cautiverio; llegando al fin sus virtudes á ablandar un tanto el corazon de los dos prelados cismáticos. Cuando se le dió pues alguna mayor libertad, compuso Piromalli varias obras, si bien ninguna le ocupaba tanto como la de convertir á Ciríaco, cuyo corazon acababa de predisponer Dios en su favor, en el momento mismo en que Urbano VIII reclamaba con mas vigor la libertad de su ministro. No contento el patriarca de Armenia con restituir la libertad al misionero, le llamó á su convento de Echmiatzin, para enseñarle su comunidad compuesta de unos tres cientos religiosos que observaban la vida mas austera y penitente á pesar de haber alterado su fé el cisma y la heregía de Dioscoro. Si bien encomió Piromalli la piedad de Ciríaco y de sus monges, no por esto dejó de manifestarles que sin la fé no puede hacerse cosa alguna que sea grata á los ojos de Dios, y de reiterar lo mismo que le habia causado su largo cautiverio; luego pidió al patriarca, en nombre de Jesucristo, que le permitiese predicar ante la comunidad, pero se negó este último á ello, diciéndole airado que no volviese á hacerle nunca mas una peticion semejante. Animado del amor mas vivo por sus hermanos, se postró Piromalli á los piés del patriarca y le dijo: « Concededme la gracia que os pido: es innegable que vos ó yo estamos en un error, puesto que pensamos de un modo tan distinto en materias de fé; permitidme pues que esponga públicamente mis creencias. Si me engaño, vos me corregireis; pero desde ahora me ofrezco á sufrir la clase de muerte que querais imponerme, si no os pruebo que la fé romana que nosotros profesamos, es la misma que os predicó San Gregorio, ápostol de vuestra nacion. » La vehemencia apostólica del misionero desarmó á Ciríaco, quién no solo le permitió predicar, sino que hasta el mismo asistió á su sermon. El modo con que Piromalli trató el dogma de las dos voluntades en Jesucristo y las pruebas con que apoyó la doctrina católica, parecieron tan luminosas al patriarca, que no pudo menos de abrazar tiernamente al misionero, y dirigirle estas palabras que algunos senadores habian dirigido en otro tiempo á S. Pablo en el areópago de Atenas: « No será esta la última vez que os oirémos hablar acerca de esto mismo. » (1) Despues del segundo y tercer discurso, hizo llamar á uno de los religiosos mas sábios del pais, y le dijo el patriarca ser el misionero enviado del cielo, conforme lo indicaban claramente la pureza de su doctrina y la santidad de su vida. Acababa de abrir Ciríaco sus ojos á la luz de la fé. Sin embargo, antes de manifestar públicamente sus nuevas ideas acerca de los artículos que le habian obligado á vivir separado hasta entonces de la Iglesia romana, encargó á un doctor armenio que tuviese algunas conferencias con el P. Piromalli para proponerle todas las dificultades que se le ocurriesen; pero como fuesen todas ellas satisfactoriamente resueltas, abjuró el patriarca sus errores para unirse á la Iglesia católica, y el doctor armenio y casi todos los demás monges cismáticos siguieron su ejemplo (2). No solo se permitió desde entonces á Piromalli predicar las verdades católicas en toda la estension de la grande Armenia; sino que por una prueba de señalada confianza, le encargó Ciríaco la educacion de los jóvenes que habia en el convento de Echmiatzin, y la correccion de las obras pertenecientes á la secta que acababa de abjurar. El siervo de Dios utilizó todos los medios de que pudo disponer para enseñar en todas partes las reglas de la moral cristiana y establecer la fé en toda su pureza. Nada importaba al celoso misionero verse espuesto á inminentes peligros, con tal que pudiese, arrostrándolos, atraer nuevas almas al camino de la virtud y

(1) *Audiemus te de hoc iterum.*

(2) Conviene añadir que algunas personas, poco enteradas de aquel hecho, lo atribuyeron á Clemente Galanus; pero el doctor Tomás, nuevo patriarca de Armenia, quiso hacer á Piromalli la justicia que le era debida. Hé aqui sus palabras: « *Todo el Oriente sabe que el patriarca ciriaco fué convertido por el P. Pablo Piromalli, actual arzobispo de Nakchivan, así como tambien nadie ignora que antes de la llegada del P. Galanus á Constantinopla, habia sufrido ya aquel prelado las mayores persecuciones de parte de los cismáticos. Lo que declaro por haber sido testigo ocular de ello nos, Tomás, patriarca de Armenia. Viena,* 11 *de octubre de* 1656. » (Not. del Aut.)

de la gracia; algunas veces que se vió mal tratado por los cismáticos obstinados del pais, acudieron en su ausilio los turcos que, á pesar de no profesar su religion, respetaban su virtud. En la imposibilidad de procurarse los operarios evangélicos necesarios para atender al cuidado de su vasta mision, escogió entre sus discípulos á los de mas virtud y celo, y despues de haberles instruido suficientemente, les envió como catequistas á diferentes puntos, á fin de que por el ausilio de la gracia, hiciesen todo cuanto el mismo hacia en aquellas regiones. Luego se dirigió mas tarde á Georgia, confiada entonces á los teatinos, donde logró Piromalli abolir una antigua supersticion, con solo demostrar á los armenios ser aquella supersticion contraria á las doctrinas de su apóstol San Gregorio. Despues de haber permanecido algun tiempo en Mingrelia, situada en la parte septentrional de la Georgia á lo largo del mar Negro, se dirigió á Persia, con unas veinte personas de esta nacion, que habia logrado convertir; siendo á su llegada presentado al *sofy*, al que ofreció un pequeño *Tratado de la fé cristiana*, que habia escrito en lengua persa. Como le permitiese aquel príncipe predicar en sus estados, acababa de empezar en ellos el ejercicio de su ministerio, cuando le nombró Urbano VIII nuncio apostólico cerca de la córte de Polonia. A su paso por Constantinopla obró grandes conversiones; los armenios residentes en aquella capital, despues de haberle hecho una recepcion magnífica, suplicaron á Piromalli que predicase en su iglesia, cuya peticion no habian hecho sin duda nunca á ministro alguno de la Santa Sede. Sus predicaciones en ella dieron por resultado la entrada de toda aquella comunion en el seno de la iglesia romana. Sabedor de la division y animosidad que reinaban entre los armenios cismáticos y los que seguian la fé católica en Luvu, Lemburgo ó Leopol, capital de la Rusia Roja, no paró el misionero hasta haber calmado enteramente los ánimos y hacer ren cer la paz en aquel pueblo hermano. Los que, insiguiendo el ejemplo de sus padres, habian abrazado hasta entonces el cisma, reconocieron dos naturalezas en Jesucristo, acataron las decisiones del concilio general de Calcedonia, celebrado en el siglo v para estirpar la heregía, y renunciaron para siempre al culto tributado á Dióscoro, autor de su cisma, anatematizado por aquel santo concilio. El rey de Polonia, á cuya peticion habia sido Piromalli nombrado nuncio en su córte, vió con tanta mayor satisfaccion el triunfo que acababa de alcanzar el nuncio, cuanto que deseaba ardientemente la union de los armenios, ricos mercaderes que se habria visto en el caso de espulsar de sus estados, á haber continuado turbando la paz en su reino. Los cardenales de la Propaganda, siempre atentos y dispuestos á procurar los progresos del Evangelio, aprovecharon la feliz disposicion del príncipe con respecto al nuncio, haciendo que este le pidiese el establecimiento de un nuevo colegio en Leopol para sostener y educar á doce jóvenes armenios que debian despues consagrarse á la instruccion y conversion de sus compatriotas. Hácia el año 1638 regresaba el P. Piromalli á Italia, para dar cuenta á la Congregacion de la Propaganda de lo ocurrido en Armenia y Polonia, cuando fué preso por los piratas musulmanes y conducido á Túnez. Mientras estuvo en las mazmorras africanas, reveló la misma paciencia y firmeza de que habia dado tantas pruebas; y despues de haber pagado su rescate el general de la órden, fué á Roma, donde Urbano VIII y toda la Congregacion encomiaron sus muchos servicios, encargándole revisára y corrigiera una traduccion de la Biblia en lengua armenia. Despues de permanecer algun tiempo en Roma, partió nuevamente para Armenia, siendo portador de varias cartas que el Papa dirigia al patriarca y á los obispos de aquella region, á la que llegó en el año 1642.

Además del colegio de Nakchivan, la órden de Santo Domingo habia establecido otro en Roma para los religiosos armenios. « Hé aquí, dice Turon, las sábias precauciones que se han tomado por procurar á aquellos pue-

blos dignos ministros de la fé. Los jóvenes católicos de Armenia, que por su piedad y su talento, dan alguna esperanza de poder con el tiempo ser útiles á la iglesia, son mantenidos y educados gratis en nuestros conventos; despues de su profesion religiosa, todos los que son considerados aptos para el santo ministerio, son enviados á Roma para que estudien filosofia y teología; y solo son restituidos á su pais, cuando por sus progresos en la virtud y en las ciencias, pueden desempeñar con fruto las obligaciones de su estado. Pero aunque pudiesen por sus conocimientos prestar grandes servicios á Italia ó á cualquier otro reino de Europa, está terminantemente prohibido que se queden allí, por considerarse que será su ministerio mucho mas útil en Armenia. Tales fueron las disposiciones adoptadas por el capítulo general celebrado en Roma el año 1644. Merced á aquellas disposiciones, ha podido conservarse en Armenia un clero católico bastante numeroso para atender á las necesidades de aquel pueblo. Mr de Tournefort, que habia viajado por mucho tiempo el Asia, nos dá una prueba de ello en su itinerario, en el que dice que, entre los religiosos armenios, hay muchos cismáticos que pertenecen á la órden de San Basilio, y otros católicos, que son de la de Santo Domingo. De lo que puede inferirse que el P. Bartolomé de Bolonia no tuvo el consuelo de ver que todos los monges de Armenia abrazasen la union y la reforma.»

Fué nombrado el P. Piromalli arzobispo de Nakchivan el año 1655; sin embargo, lo mismo siendo arzobispo que como cuando era misionero, se le vió siempre esponer los misterios del cristianismo, evangelizar á los pueblos y sostener las verdades ortodoxas contra los ataques de los cismáticos. A instancia del *sofy* de Persia escribió un tratado titulado *Economía de Nuestro Salvador*, ó *Esplicacion del misterio inefable de la Encarnacion por los solos oráculos de los profetas*. Además de sus obras de teología ó controversia, escribió otras muchas, tanto para facilitar á los misioneros europeos el modo de aprender las lenguas persa y armenia, como para poner á los persas y armenios en estado de entender las obras de los PP. latinos. Cuando á causa de sus achaques y de su avanzada edad no pudo continuar Piromalli la carrera del apostolado, pidió que se le nombrase un sucesor, á lo que accedió Alejandro VII, solo por oir de su boca cual era el estado de la iglesia de Oriente; trasladándole al propio tiempo á la sede de Bessignano en Calabria, la cual no dependia mas que de la de Roma; tomó Piromalli posesion de ella á 15 de diciembre de 1664, y murió á los tres años, ó sea á 28 de diciembre del año 1667.

Como las iglesias armenias no ortodoxas, se regian en materias de religion por su patriarca, los jesuitas no menos ardientes que los teatinos y los dominicos por la conversion de los cismáticos, pensaron que el regreso del patriarca á la fé católica causaria un feliz cambio en el pueblo; así que, se procuraron desde luego un establecimiento en Erivan, poblacion situada en las inmediaciones del convento de Echmiatzin, á fin de poder con sus frecuentes conversaciones modificar las ideas de los monges.

Madama Ricouart, viuda, dotada de aquel celo espansivo que abrasa al mundo todo en sus miras generosas, habia cedido poco antes sesenta y seis mil libras para la fundacion del obispado de Babilonia, pidiendo que fuese el primer obispo Juan Duval, profeso del convento de Carmelitas descalzos en el año 1615, bajo el nombre de Bernardo de Santa Teresa, y que debiesen ser franceses todos sus sucesores. Segun los deseos de la fundadora, fué nombrado aquel religioso obispo de Babilonia en el año 1638 por el Pontífice romano que le dió además el título de vicario apostólico de Ispahan (Pl. CVII, n.° 2) y el de visitador de Ctesifon. Tomó el nuevo obispo posesion de su diócesis el dia 7 de julio de 1640, empezando su apostolado bajo los auspicios mas favorables; pero en breve la traicion de un renegado le valió la gloria de verse maltratado por Jesucristo. Viendo el prelado la suma uti-

lidad que podia reportar á aquella mision el establecimiento de un seminario en Paris, se fué á Francia y compró en la capital un terreno á propósito, en el que no tardó en levantarse un colegio que fué mas tarde un semillero de apóstoles. El Papa dispensó á Juan Duval de residir en Babilonia á causa de sus enfermedades, y le nombró por coadjutor á Plácido Luis de Chemin, benedictino de la congregacion de San Mauro, el cual fué consagrado bajo el título de obispo de Neocesarea. Francisco Picquet, cónsul de Francia en Alepo el año 1652, debia ser el sucesor de Juan Duval; á él debieron una parte de los jacobitas de Alepo su regreso á la unidad; aunque laico á la sazon, todo indicaba ya estar Picquet destinado al sacerdocio. En efecto, dejó el consulado en el año 1660, recibió en Francia las sagradas órdenes, y fué nombrado quince años despues obispo de Cesaropla y coadjutor de Babilonia; Luis XIV le nombró al propio tiempo cónsul de la nacion francesa en Persia. «Los armenios católicos de la provincia de Nakchivan, mas oprimidos que nunca por los enemigos de la religion, creyeron hallar un remedio poniéndose bajo la proteccion de Luis el Grande, dice un escritor de la Compañía de Jesus (1), por haber oido decir que no paraba aquel poderoso monarca hasta proteger en todas partes la religion católica, haciendo que penetrára su voz hasta en los paises mas remotos. Sabian los armenios así mismo el alto aprecio en que el rey de Persia tenia á aquel soberano, del que contaba la fama tantas maravillas; así pues, resolvieron dirigirse á él, por medio del obispo de Cesaropla. La merecida fama de santidad de que gozaba el prelado, unida á los demás títulos de dignidad que le merecian la estimacion general, fueron otras tantas causas que determinaron á los católicos de Nakchivan á acudir al virtuoso obispo, suplicándole se dignase elevar sus súplicas hasta el trono de Francia. Compadecido el prelado de la triste suerte de aquellos católicos, víctimas de la avaricia y crueldad de los infieles, escribió al P. de La Chaise, pidiéndole que fuese cerca del rey el abogado y protector de aquellos fervientes cristianos.

«El P. de La Chaise, que conocia mejor que nadie el gran corazon de aquel príncipe, le presentó la instancia de los católicos armenios y la carta de su cónsul, lo que bastó para interesar vivamente al rey en favor de aquellos desgraciados. Desde luego el monarca francés se dirigió al príncipe de Persia recomendándole eficazmente á los armenios, y encargó al propio tiempo á uno de sus ministros que escribiese en el mismo sentido al primer ministro de aquel príncipe; y, á fin de lograr mas fácilmente su objeto, hizo magníficos presentes al rey de Persia. Consistian aquellos en unos hermosos relojes que indicaban á cada instante el movimiento ordinario del sol en su zodíaco y el de la luna; sus eclipses, el movimiento de los planetas y sus conjunciones, las horas, los meses y los años, todo en un órden sucesivo y natural. Eran aquellos relojes tan magníficos y raros que ni aun en Francia habian sido conocidos hasta entonces; y fueron confiados á los jesuitas Longeau y Pothier que debian partir para las misiones de Persia. Salieron de Paris el dia 5 de octubre del año 1682; y despues de muchos peligros y fatigas llegaron á Ispahan, capital del reino de Persia, precisamente en el mismo mes y dia que habian salido de Paris el año anterior. A su llegada, fueron á ofrecer sus respetos al obispo de Babilonia, (que era el mismo Picquet, poco antes su coadjutor) quien les recibió con aquel sincero afecto que profesó siempre á nuestra Compañía. Despues de haber descansado algunos dias, fueron los dos misioneros á ofrecer sus presentes al *sofy*; acompañándoles el obispo de Babilonia, encargado de presentarle las cartas de su soberano. Queriendo aquel gefe demostrar á sus súbditos el respeto que se debia al embajador de Francia, título conferido á Picquet, le recibió en audiencia, á la que obligó asistir á todos los grandes de

(1) *Memoria sobre la mision de Erivan*, en las *Cartas edificantes*, t. VI, p. 4.

su imperio vestidos de gala. Despues de recibir al embajador y á los dos misioneros con la mayor benevolencia y consideracion, elogió en gran manera al rey de Francia, demostrando conocer á fondo las brillantes cualidades de aquel príncipe. El prelado le presentó luego los dos misioneros junto con los regalos de que eran portadores; vivamente admirado se quedó el príncipe al contemplar de cerca aquellos preciosos objetos, en los que se veia con toda exactitud el sistema planetario y la bóveda celeste. En su entusiasmo, hacia notar el *sofy* á cuantos le rodeaban la delicadeza y novedad de aquellas obras desconocidas á todos los persas, no sin encomiar al rey que contaba entre sus súbditos á hombres capaces de ejecutar aquellos grandes prodigios del arte. Por último, dirigió el rey palabras tan benévolas al obispo de Babilonia, que creyó el prelado deber aprovechar aquella circunstancia tan favorable para hacer al *sofy* una peticion, que contenia á la vez muchas súplicas. Pedíale entre otras cosas, de parte del rey de Francia, que se dignase autorizar á los dos misioneros para establecerse en Erivan, y egercer allí las funciones de su ministerio; luego le suplicaba tambien humildemente que amparase bajo el manto de su proteccion á sus fieles súbditos de la provincia de Nakchivan, que contra su soberana voluntad se veian tan cruelmente perseguidos. El rey, despues de haberse hecho traducir la peticion del embajador, le aseguró que la tendria en consideracion, y autorizó desde luego á los dos misioneros para permanecer en Erivan y dedicarse á todas las prácticas religiosas que les imponia su estado. Poco tiempo despues fueron los misioneros á despedirse del rey, y se dirigieron á Erivan, á cuya ciudad llegaron el dia 18 de julio de aquel mismo año; su primer cuidado fué presentarse al palacio del Khan (gobernador), y manifestar á este la órden ó mejor la autorizacion que les permitia instalarse en la ciudad é instruir libremente á los cristianos Despues de recibirles el Khan benevolamente, les dijo: « Escoged el sitio que os parezca mejor para vivir en él, y luego prohibiré que os molesten en lo mas mínimo. » Con todo, á pesar de la buena disposicion del Khan, no tardaron los misioneros en esperimentar graves contrariedades que ya habian previsto desde un principio. Tan pronto como supo el patriarca de Echmiatzin los primeros progresos que habia hecho el cristianismo en Erivan, prohibió á los misioneros que continuasen sus predicaciones; pero informado el Khan de aquella disposicion, aseguró á los jesuitas que podian continuar en el ejercicio de sus funciones, á pesar de la prohibicion del patriarca cismático. Otro acontecimiento inesperado y grave desvaneció en gran parte las esperanzas fundadas en aquella mision naciente, empezada bajo tan buenos auspicios: tal fué la sensible muerte del P. Longeau. Cayó de repente aquel religioso en unas convulsiones espantosas, seguidas de una sed abrasadora y de un hambre contínua; conociendo el misionero que era su enfermedad mortal, pidió los últimos sacramentos y murió santamente á la temprana edad de treinta y ocho años. Los que le asistieron en sus últimos momentos juzgaron que su muerte no habia sido natural, por haber aparecido algunas manchas en el cuerpo del religioso, al poco rato de haber este espirado. El P. Roux, superior de la mision de Ispahan, al recibir la triste noticia de la muerte de Longeau, acudió en ausilio de aquella mision naciente que acababa de sufrir tan sensible pérdida, para continuar la obra tan generosamente empezada; partió al efecto de Ispahan el dia 29 de noviembre del año 1684, llegando á Erivan el 16 de enero del año siguiente. De tal modo logró el misionero merecer la confianza del patriarca, que en breve se convirtió este en partidario acérrimo de los jesuitas, no obstante las intrigas y calumnias inventadas contra ellos por los cismáticos; en prueba de ello dirigió el prelado una carta al general de la Compañía de Jesus, en la que despues de manifestarle la satisfaccion con que habia visto al P. Roux, suplicaba al general le enviase nuevos misioneros, que podrian en

su mayor parte dedicarse á instruir al pueblo armenio, puesto que solo deseaba tener él uno ó dos á su lado para ausiliarle con sus consejos é instruir á la comunidad que le estaba confiada. Aquella carta llegada oportunamente á Roma, procuró á la Armenia y á la Persia operarios que repararon las pérdidas pasadas y las que debian sufrir aun proximamente aquellas misiones; porque el P. Roux, no pudiendo soportar ya mas las contínuas fatigas de su trabajosa vida, murió santamente el dia 11 de setiembre de 1686. El patriarca dispuso se hiciesen al P. Roux magníficas exequias, y no cesó de llorar su muerte el resto de sus dias; hablaba contínuamente de las admirables virtudes que habia hallado en aquel gran siervo de Dios, al que no cesaba de dar el nombre de padre. El superior general de nuestras misiones en Persia y Armenia, que regularmente reside en Ispahan, tan pronto como supo la muerte del P. Roux, nombró al P. Dupuis para sucederle en aquella mision. »

Las *Cartas edificantes* (1) nos dan á conocer el motivo por el cual se establecieron los jesuitas polacos en la mision de Erivan: «Despues de haber hecho Simon Petrowitz sus estudios en Roma y recibido allí órdenes sagradas, desempeñó varios cargos á satisfaccion del rey Juan Sobieski. El amor á su patria inspiró al buen sacerdote el deseo de regresar á Armenia, para anunciar á sus compatriotas la religion cristiana; y como participase al rey su designio, le nombró embajador cerca de la corte de Persia, recomendóle eficazmente al patriarca de Echmiatzin, suplicándole al propio tiempo que se sirviese entrar con toda su grey en el redil de Jesucristo. Por su parte el cardenal primado de Polonia escribió tambien al patriarca en el mismo sentido; pero ni una ni otra carta habian de llegar á su destino, por haber muerto Petrowitz en Erivan. Su muerte y la del rey Sobieski que no tardó en seguirle al sepulcro (1696) desvanecieron nuestras esperanzas; hoy dia empero las vemos renacer por haber llegado á Erivan algunos de nuestros padres polacos, animados del celo de Petrowitz para atender á la mision de Armenia. »

(1) T. VI, pag. 27.

Deseosos los jesuitas de acudir en ausilio de aquellos pueblos abandonados, resolvieron establecerse en Chamakhi para procurar á los naturales y á los rusos y polacos que se dirigiesen á Persia, todos los socorros espirituales. Hácia aquella misma época llegó á Ispahan el conde de Siri en calidad de embajador del rey de Polonia (1); consistiendo una de sus instrucciones en pedir al *sofy* una real cédula para el establecimiento de algunos misioneros en Chamakhi. No solo obtuvo el conde de Siri la autorizacion pedida, si que tambien el que le acompañára á aquella ciudad el P. Pothier, cuando el conde regresó á Polonia. El primer objeto del religioso fué procurar una capilla para poder celebrar los divinos misterios y empezar los ejercicios de la mision que en breve habia de procurar abundante frutos. Con todo, pronto se vió obligada aquella comunion cristiana á llorar la muerte de su piadoso fundador, víctima de un musulman fanático. Nombróse entonces al P. de La Maze para la mision de Chamakhi, secundándole el P. Champion, recien llegado de Francia, jóven de talento y ánimo esforzado. En el año 1698 se dirigió el P. de La Maze á Ispahan en compañía del embajador polaco, donde encontró un protector decidido en el arzobispo de Ancyre, Pedro Pablo Palma de Artois Pignatelli, pariente de Inocencio XII. « Aquel prelado dice La Maze en su «Diario», recibió del rey la mas grata acogida que se haya hecho nunca á embajador alguno, siendo objeto de todas las atenciones mientras permaneció en aquella córte. En su audiencia de despedida, pidió al rey que nos permitiese agrandar nuestra iglesia y egercer libremente el culto católico, á todo lo cual accedió el monarca gustoso, dando al efecto las oportunas órdenes. »

(1) *Memoria sobre la provincia de Shirvan* (Chirwan), en forma de carta dirigida al P. Fleuriau, en las Cartas edificantes, t. VI, p. 98.

Estaba la Armenia dividida, aunque por partes iguales, entre los persas y los turcos. Erzerum, puerto comercial de ambos pueblos, y capital de la pequeña Armenia, pertenecia á los otomanos, y encerraba en su seno ocho mil armenios, cien familias griegas, además de muchos cristianos estrangeros que llegaban diariamente á ella en numerosas caravanas; por lo que trataron los jesuitas de establecer una mision en la propia ciudad. (1) Mr. de Guilleragues, embajador de Francia en la Puerta, obtuvo al efecto la autorizacion del sultan; dirigiéndose en su virtud los PP. Roche y Beauvoilier á Erzerum en el año 1688; la virtud, el saber y la dulzura de los misioneros fueron en breve la admiracion no solo de los católicos, si que tambien de todos los cismáticos. El obispo de Erzerum, que iba de buena fé en busca de la verdad católica, fué una de las primeras conquistas que hicieron los dos jesuitas, y á la que no tardaron en seguir otras de varios obispos y clerigos ó sacerdotes. El P. Beauvoilier que habia hecho voto de consagrarse á las misiones de la China, se dirigió al celeste imperio, á los pocos dias de haber llegado á Erzerum el jesuita que debia reemplazarle. Al poco tiempo de su partida sucumbió el P. Roche del contagio, despues de haber asistido á un gran número de enfermos que habrian carecido de todos los socorros espirituales y temporales, á no haber sido su caridad ardiente y pura. Dos hereges obstinados atribuyeron á los católicos ser la causa del contagio que estaba afligiendo al pais, por lo que se impusieron á los armenios fuertes multas, y fueron los jesuitas espulsados de Erzerum; sin embargo, pronto volvieron á hallarse al frente de su mision, en la que alcanzaron aun mayores triunfos, despues de haberse visto privados los pueblos de su paternal solicitud. Los PP. Ricard y Monier, encargados de su direccion, se vieron al fin obligados a dividir en dos partes aquella estensa mision, comprendiendo la primera las poblaciones de Torzon, Asemkalasi, Kars, Beazit, Arabkir y otros cuarenta pueblos; y la segunda las ciudades de Ispira, Baybourt, Akiska, Trebisonda, Gumiehkane y otras veinte y siete poblaciones de menos importancia. En una escursion que hizo el P. Ricard á Trebisonda el año **1711**, reconcilió con la Iglesia católica á un obispo cismático, veinte y dos sacerdotes y ocho cientas setenta y cinco personas mas que se habian separado de ella; por su parte el P. Monier recorrió el Kurdistan, donde alcanzó triunfos no menos señalados. Tantos progresos, empero, despertaron el odio del obispo de Kars y otros sacerdotes cismáticos que no pararon hasta acarrear á los misioneros una persecucion encarnizada; hasta los mismos PP. Ricard y Monier se vieron confundidos con los criminales en las cárceles de Erzerum y cargados de cadenas. Pasados aquellos dias de terrible prueba, volvieron á consagrarse los jesuitas á su apostólica tarea, merced al firman que obtuvo el P. Ricard en Constantinopla para continuar evangelizando á Erzerum, donde el rebaño católico se aumentó con mas de setecientos neófitos en el año 1714. El P. Ricard, uno de los mas virtuosos y esforzados misioneros que poseyó la Armenia, fué víctima de la peste en 6 de agosto del año 1719, por no haberse separado ni un momento del lado de los enfermos, hasta que á su vez se vió atacado. En aquella misma época fué el P. Monier destinado á las misiones de Persia, por lo que se dirigió á Ispahan, á fin de aprender el idioma del pais y disponerse á empezar su nuevo apostolado.

Conociendo el gobierno francés, lo útil que seria á los intereses católicos en Persia un consulado, nombró á Gardanne, cónsul de Ispahan, encargándosele que protegiese á los misioneros, lo que hizo en cuanto estuvo de su parte, durante su permanencia en la capital de Persia. Llevóse el nuevo cónsul á los PP. Bachoud y de La Garde, salvado milagrosamente este último por la intercesion de San Francisco de Regis, durante un espuesto viage que hizo al través de los desiertos de

(1) Memoria de la mision de Erzerum en las *Cartas edificantes*, t. VI, p. 30.

Asia. El P. de La Garde permaneció en Ispahan, y el P. Bachoud se dirigió á Chamakhi, en cuya mision le estaban reservados dias de terrible prueba Estalló en aquella ciudad el año 1721 una rebelion contra el *sofy*. «Dueños los insurrectos de la ciudad, escribia aquel misionero al P. Fleuriau, parecian estar resueltos á acabar con todos los católicos, por lo que se dirigieron estos al templo para implorar á Dios que les librase de tan inminente peligro. Como siempre que se eleva al cielo una plegaria ardiente, fué oida la voz de los cristianos de Chamakhi, libres de la muerte que entreveian por la proteccion divina.» No fueron menores los peligros á que se vió espuesta aquella mision, cuando el famoso Nadir tomó á los turcos la ciudad de Chamakhi hácia el año 1734; como no se viese el P. Bachoud en estado de pagar la enorme suma que el vencedor acababa de exigirle, estaba ya á punto de recibir palos de muerte, cuando se vió de repente libre y autorizado para continuar evangelizando á los pueblos, merced á la proteccion del príncipe de Gallitzin. (1)

Un edicto de Nadir-Chah, nombre que tomó Thahmas al subir al trono, concedió la libertad de cultos, permitiendo libremente á los católicos y cismáticos profesar su religion, sin que nadie pudiese oponerse á ello; sin embargo, mientras Nadir emprendia la conquista del Indostan, intentaron los armenios cismáticos, menospreciando las órdenes del soberano, hacer espulsar á los misioneros. Vanos fueron empero los esfuerzos de los cismáticos para lograr el destierro de los jesuitas, por haber tenido estos el apoyo de las mas opulentas familias y de todo el pueblo en general, merced á las virtudes que no habian cesado de practicar durante su permanencia en Chamakhi. Completo fué el triunfo que obtuvo la fé sobre la heregía; y solo el desprecio y la animadversion reportaron los «vartabeds» y su patriarca, como premio de la persecucion que habian promovido tan injustamente contra los católicos, y sobre todo contra los jesuitas.

Entretanto Nadir-Chah, victorioso en el Indostan, habia entrado en la ciudad de Delhi, pasándola á sangre y fuego. «Nuestra Compañía, dice el P. Saignes, tenia en Delhi dos iglesias que fueron quemadas en aquel incendio, las cuales habian sido construidas por la liberalidad del emperador Djihan-Guyr.... Los dos jesuitas que permanecian en la ciudad, para atender á los cuidados espirituales de los setecientos cristianos que residian en ella, lograron salvarse durante aquella matanza espantosa.» Nadir-Chah salió de Delhi el 16 de mayo del año 1739 para regresar á Persia; haciendo á su llegada concebir á los misioneros la esperanza de su conversion por haber querido que le fuesen traducidos al persa las obras de Moisés, los Salmos de David y el Evangelio. Cuando fueron presentadas al monarca aquellas obras, dijo que creia que no habiendo mas que un Dios, no podia haber mas que un profeta. Estas palabras contristaron en gran manera á los misioneros, pues veian con ellas desvanecidas sus mas gratas esperanzas. Con efecto, no volvió á hablarse mas ni de la conversion de Nadir, ni de las referidas obras. No solo dejó de abrazar el Nadir la religion cristiana, sino que hasta persiguió cruelmente á los católicos que habian abjurado el cisma de los armenios, para hacerles entrar nuevamente bajo la jurisdiccion de su antiguo patriarca. Los capuchinos que regian la iglesia de Tiflis, fueron los primeros en sufrir los rigores de aquella injusta persecucion, suscitada por el patriarca cismático; siendo por último arrojados de la ciudad, despues de haber sufrido grandes privaciones. En medio de tantas violencias, dirigió el Señor una mirada de piedad á su atribulada Iglesia, y la permitió triunfar de sus encarnizados enemigos. El P. Damian, religioso distinguido por su saber y su virtud, fué el instrumento de que se sirvió Dios para abatir el orgullo de los enemigos de su religion santa. Como tenia el P. Damian

(1) *Relacion histórica de las revoluciones de Persia hasta la espedicion de Thahmas-Kouli-Kan á las Indias*, segun diferentes cartas de Persia, escritas por los misioneros jesuitas, *Cartas edificantes*, t. VI, p. 219.

profundos conocimientos en medicina, curó de una grave enfermedad á Ibrahim-Khan, hermano del rey, el cual no solamente le protegió durante la persecucion, si que no paró hasta hacer espulsar ignominiosamente de Tauriz al patriarca cismático. Por el mismo medio logró salvar tambien á los capuchinos de Tiflis cuando mas terrible rugia la tormenta sobre su cabeza. Atacado á su vez el rey de una grave enfermedad en el hígado, tuvo tambien el P. Damian la suerte de curarle, con lo que logró frustrar para siempre los ocultos manejos é intrigas del patriarca cismático que no cesaba por todos los medios de atacar á los católicos. Despues de haber recorrido el rey á la ciencia médica de un capuchino, que era el ángel tutelar de la mision de Tiflis, nombró Nadir en el año 1746 á un jesuita su primer médico de cámara. (1) Hé ahí como refiere aquel hecho el mismo hermano Bazin: «No tenia Nadir confianza en los médicos persas; y como habia oido ponderar mucho la ciencia de los médicos europeos, encargó á Mr. Pierson, que le procurase uno ó dos de ellos, prometiéndoles en su nombre grandes ventajas. Encontrábame yo á la sazon en Ispahan, cuidando á los enfermos, y como habia estudiado los principios de la medicina, y tenia además bastante práctica, veíame en el caso de poder seguir el curso de cualquier enfermedad ordinaria. Pierson, que no ignoraba lo difícil que le era cumplir su promesa, fijó la vista en mí; y como hiciese presente al superior las ventajas que podia reportar á nuestra mision, siempre espuesta á insultos y persecuciones, el desempeño del cargo que pensaba confiarme, me ofrecí, en cuanto pudiese, á complacerle en todo. Presentóme pues á Nadir, cuya enfermedad consistia en un principio de hidropesía. Me recibió muy bien, disponiendo se me preparase una habitacion junto al harem, privilegio que solo era concedido al primer médico de cámara. Luego de haberme instalado preparé los remedios que debia emplear, y luego me observó uno de los antiguos médicos que, insiguiendo la costumbre establecida por el rey, debia yo tomar primeramente aquellos remedios á presencia del príncipe, en lo que consentí gustoso. Hallándose Nadir mucho mejor luego de estar bajo mi cuidado, empezó á honrarme con su confianza, lo que escitó vivamente el ódio de los cuatro médicos; al propio tiempo cometió el rey una imprudencia que les facilitó el medio de dirigirse contra mí é intentar mi descrédito. Díle cierto dia un purgante, y le encargué que se abstuviera de salir de su palacio; pero como faltase él á la última prescripcion, el movimiento, el frio, y el esceso de la fatiga, causaron en él un trastorno que le alarmó en gran manera. Sus médicos, que solo trataban de deshacerse de mí, me acusaron de haberle dado un corrosivo que le quemaba los intestinos. «Pero, en fin, decidme cual es ese infernal remedio,» no cesaba de repetir el rey á sus médicos, á lo que solo le contestaban estos, que el que habia preparado el veneno podia conocer su antídoto. Entonces me hizo llamar el rey, y mirándome con desconfianza me dijo ser yo la causa del mal que le aquejaba. Hícele presente que habia hecho mal en esponerse al aire, y le preparé al propio tiempo un lenitivo que le calmó la irritacion que sentia, con lo cual recobró él la salud y yo su confianza. Algun tiempo despues me dió la suma de trescientos tomanes, esto es, unos tres mil quinientos duros, diciéndome pensaba hacerme aun otros regalos mas dignos de su persona y del aprecio que me profesaba.» Cuando fué Nadir asesinado en el mes de junio del año 1747, se vió envuelta la Persia en la mas completa anarquía. La misma ciudad de Ispahan vióse pasada á saco en el año 1750 por los pueblos que Dios envió contra ella para castigar á los persas. Véase lo que dice el P. Grimod sobre aquella catástrofe: «Tambien nosotros sufrimos mucho al ocurrir aquellos escesos; y si no perecimos todos fué por no haber llegado

(1) *Memoria sobre los últimos años del reinado de Thahmas-kouly-Khan, y sobre su trágica muerte, cuya relacion contiene una carta del hermano Bazin, de la Compañia de Jesus, al P. Roger, procurador general de las misiones de Levante*, Cartas edificantes, t. VII, p. 69.

aun la hora de morir por Jesucristo. Hace dos ó tres meses que habiéndose fugado toda la gente del barrio en que vivimos, á causa de habérseles gravado con un nuevo impuesto, nos vimos en un inminente peligro; la tropa se entregó en el convento á todos los escesos; despues de habernos robado todo cuanto teníamos, maltrató de tal modo al P. Duban, nuestro superior, que murió á los ocho dias á consecuencia de los insultos sufridos. Era un misionero tan perfecto, que no solo los católicos si que tambien los hereges le consideraban como santo. Vémonos reducidos al mas triste estado, por habernos exigido nuevamente la feroz soldadesca toda la plata que habia en nuestra iglesia, pudiendo á duras penas salvar los vasos sagrados de manos de aquellos furiosos. Despues de haber vendido todo cuanto poseíamos para pagar las crecidas é injustas contribuciones que nos fueron impuestas, carecemos de medios hasta para comprar un poco de arroz, que es en este pais el principal alimento de los pobres. Teníamos aquí entre los ingleses y holandeses establecidos algunos protectores; pero como se retiraron al empezar la anarquía, no podemos contar ahora con ningun apoyo. Los PP. capuchinos y agustinos tambien se han retirado; solo quedan un carmelita y un dominico que viven con nosotros. Ha dispersado de tal modo la persecucion nuestra grey, y son por otra parte tantos los males que nos amenazan, que al fin tememos vernos tambien obligados á abandonar un pais en el que solo imperan el desórden, el terror y la muerte. Si logramos evitar los peligros que nos rodean para salir de Persia, irémos á llevar la luz del Evangelio á los pueblos de la India.»

CAPÍTULO VIII.

Nueva mision de los jesuitas en Crimea

Casi un siglo habia trascurrido desde que el jesuita Zgoda habia comprado con su esclavitud la dicha de evangelizar la Crimea, cuando logró la Compañía de Jesus establecer en aquel pais una nueva mision.

Era el francés Ferrand primer médico del Khan de la pequeña Tartaria, y el que acompañó á fines del año 1702 al hijo de aquel en su espedicion á Circasia (1). «Aquellos pueblos aman mucho á los cristianos, dice el citado autor; creen descender de los genoveses, quienes poseyeron por mucho tiempo una gran parte de aquel pais. En varios puntos se ven aun las ruinas de las poblaciones que levantaron los genoveses. Iba en trage francés y llevaba peluca, segun la órden del Khan; lo que escitó vivamente la curiosidad de los habitantes de Kabarda, pues todos corrian á agruparse en mi derredor solo por ver mi trage. La veneracion en que me tenian aquellos habitantes, subió de punto al saber que era primer médico del Khan; contribuyendo á aumentarla mas y mas el haberles yo dicho que era genovés. Admirado el bey de mi prudencia y saber, y sobre todo, de mi supuesta patria, se propuso casarme con una de sus sobrinas, á la que daria en dote treinta esclavas, con la condicion de que no podia ausentarme de Circasia mas que hasta Crimea, empeñando en ello mi palabra á presencia del Khan. Procuré librarme de sus ofrecimientos lo mejor que pude, costándome no poco trabajo el hacerle desistir de sus pretensiones. Al ver que tanto el bey como su familia eran escelentes personas, traté de bautizarles; pero como era antes preciso instruirles en los principales misterios de nuestra religion, y yo no poseia su idioma, resolví aguardar una ocasion mas oportuna.»

Dos años despues, obtuvo el médico Ferrand permiso para entrar en Crimea con un jesuita polaco, que, empezó á evangelizar desde luego á los esclavos de su nacion; á los diez meses empero de su llegada, ó sea á fines del año 1704, se declaró en Crimea una peste terrible que le llevó al sepulcro con mas de veinte mil de aquellos desgraciados.

(1) *Viage de Crimea á Circasia por el pais de los tártaros nogaes, hecho en el año 1702 por el señor Ferrand, médico francés*, en las *Cartas edificantes*, t. v. p. 85.

Contenia Crimea á la sazon una multitud de cristianos de todos sexos y edades, reducidos á la esclavitud, que carecian de todos los ausilios espirituales; sin que fueran menos dignos de lástima los demás católicos que vivian en aquel pais. Desde mucho tiempo los jesuitas de Constantinopla deseaban volar al lado de aquellos desgraciados; pero como no eran mas que cuatro, y no podian abandonar enteramente la mision que les estaba confiada, se dirigieron al marqués de Feriol, embajador de Francia en la Puerta, haciéndole presente la triste situacion de los cristianos de la pequeña Tartaria; y luego propusieron á Mr. de Feriol que enviase á uno de ellos en su ausilio, proposicion que fué inmediatamente aceptada.

« Quiso mi dicha, escribia el P. Duban al marqués de Torcy, ministro y secretario de Estado, en el año 1713, que fuese yo el nombrado para dirigirme á aquella mision. Embarquéme el dia 19 de agosto de aquel mismo año en compañía del médico Ferrand; luego que tomamos tierra, nos dirigimos lo mas pronto posible á Baktschisarai, capital del pais y córte del Khan, el cual nos dió audiencia luego de haber recibido las cartas y los ricos presentes que le hacia Mr. de Feriol. Como nos recibiese con las mayores muestras de afecto, aproveché aquella ocasion para pedirle me permitiese asistir á los esclavos y demás cristianos de sus Estados, á lo que accedió el Khan desde luego con el mayor gusto. Es imposible figurarse el triste estado en que se hallaba aquella pobre grey abandonada; las enfermedades contagiosas de los años anteriores habian hecho perecer á mas de cuarenta mil esclavos; y los que se habian salvado, en número de unos quince ó veinte mil, aguardaban sufrir la misma suerte de sus compañeros, sin pensar siquiera en los bienes ni males de otra vida. El rigor y la duracion de su esclavitud, los vicios y la infidelidad del pais en que habian envejecido sin ver un sacerdote, sin la palabra de Dios y sin los sacramentos, habian acabado por embrutecerles enteramente. Varios de ellos se habian hecho mahometanos, otros cismáticos, y los que habian conservado su religion habian llegado á olvidarla hasta el punto de no cumplir con ninguno de los deberes que impone. Los demás cristianos del pais, griegos y armenios, aunque eran libres y tenian sus iglesias y sus sacerdotes, se hallaban en el mismo estado, porque siendo los sacerdotes tan depravados como el pueblo que debian dirigir, léjos de edificarle, acababan de corromperle con su ejemplo; así que, solo dominaban la avaricia, la supersticion y el libertinage. En medio de aquella confusion horrible, pasé seis meses sin esperimentar ningun consuelo, sin columbrar una esperanza siquiera, tan inútiles habian sido mis esfuerzos en combatir el mal que tan arraigado estaba; á cualquier parte que dirigiera la vista, solo hallaba indiferencia y tibieza. Los armenios me cedieron una parte de su pobre iglesia, en la que empecé á reunir á algunos esclavos errantes para instruirles en las verdades de la salvacion eterna. La novedad de oir hablar de Dios y de predicar la penitencia en la iglesia armenia de Baktschisarai, hizo que se aumentára considerablemente el número de mis oyentes; teniendo por último el consuelo de ver que empezaban á fructificar en alguno de aquellos corazones las semillas evangélicas. Pronto tuvieron los esclavos que habia en el campo noticia de la llegada de un Padre franco, que era capellan de los católicos, y que como tal predicaba, decia misa y administraba los sacramentos en la iglesia de los armenios, debidamente autorizado por el Khan. Empezaron entonces á acudir esclavos de todos los puntos de Crimea, viéndome luego rodeado de hombres de siete ú ocho naciones distintas, puesto que eran mis nuevos oyentes, alemanes, polacos, húngaros, transilvanos, croatas, servios y rusos. Como notase que no todos ellos comprendian el aleman, en cuyo idioma habia predicado hasta entonces, resolví hablarles en lengua tártara que debian comprender todos por ser la de sus dueños, con lo que lograba al propio tiempo

atraerme mas y mas á los armenios. Algunas personas generosas, cuya caridad no cesaré de bendecir, me procuraron tres años há (1710) los recursos necesarios para comprar á los tártaros cuatro niños quo iban á ser pervertidos; envié á dos de ellos léjos de su patria, y me quedé con los dos restantes, que empiezan á ser ya celosos catequistas. El cambio de soberano me ha obligado á ser mas circunspecto y reservado en el ejercicio de mis funciones, sin que por ello haya tenido que interrumpirlas. Mr. de Feriol, empero, allanó, como siempre, todas las dificultades cuando yo menos lo esperaba; puesto que el nuevo Khan me mandó llamar y me dijo que podia continuar ejerciendo libremente las funciones del apostolado. La mision continuó desde entonces en el estado mas floreciente, á pesar de haber sido alejado de Constantinopla Mr. de Feriol, su protector y su padre; despues de haber desempeñado aquel digno embajador durante dos años un cargo tan difícil como glorioso y útil á la religion y al Estado, fué reemplazado por el conde des Alleurs, en quien encontré el mismo apoyo y el mismo celo. Cada dia es mayor el impulso que va tomando esta mision, desconocida hasta á mis propios ojos; á aquel indiferentismo aterrador que se notaba en todas partes, han sucedido felizmente un celo y ardor, del que participan hasta los mismos protestantes, que son aquí en bastante número, y cuyo nombre, á su ver, solo significa que son cristianos de Occidente Mis buenos católicos, libres del peso de sus pecados, y poseidos del celo de repararlos, procuran atraer con empeño á su religion á los compañeros que por su desgracia pertenecen aun á la heregía. Ha llegado, procedente de Bender, un ministro protestante sueco, bien provisto de dinero, para hacer abjurar, segun dice, el catolicismo á los luteranos pervertidos, y evitar que sigan otros su funesto ejemplo; pero viendo al fin que ni con sus liberalidades ni con sus discursos ha podido lograr el objeto que se proponia, se ha dirigido al Khan diciendo que yo faltaba á la ley de Mahoma, al obligar á los cristianos á pasar de una á otra secta. Informado yo de aquella intriga por el señor Ferrand, que estaba curando á la sazon una fístula al príncipe, contesté que no me comprendia aquella ley, por no introducir ninguna nueva secta en Crimea; que solo me limitaba á llamar á los luteranos á la religion de los franceses, la cual habian abandonado para poder entregarse mas libremente al libertinage y á la disipacion. Satisfecho el Khan al oir mi respuesta, hizo advertir al ministro reformado, que él mismo habia mandado al Padre franco que enseñase á los esclavos, y que procurase en lo sucesivo no volver á ocuparse de aquel asunto. A pesar de los muchos cuidados que exige esta capital como centro de la mision, puedo aun á veces dirigirme á otros puntos, para sostener y aumentar en ellos la divinal doctrina. Tengo en Karasou y en Kuslow un buen número de ortodojos fervientes, que á cada visita me presentan algun nuevo neófito que han logrado atraer al camino de la verdad durante mi ausencia; en mi última escursion á Karasou supe la llegada del P. Curnillon, á quien al fin se dignaron enviarme despues de haberlo reclamado con tantas instancias. El deseo de abrazarle anticipó mi regreso á Baktschisarai, donde le hallé gozando de la salud mas perfecta; es un religioso de mucha virtud y mérito; posee muy bien la lengua turca, y pronto sabrá igualmente la tártara. En verdad me era su apoyo indispensable, como lo comprenderá cualquiera que haya esperimentado como yo el rigor de la soledad en un pais estrangero durante seis años. El embajador me ha remitido el nombramiento de cónsul, á fin de que bajo esta calidad pueda construir una capilla; pero me temo que á pesar de nuestros deseos no podamos conseguirlo, por ser el consulado una cosa enteramente desconocida en estas regiones, en las que no han flotado nunca las banderas de Occidente.»

Los jesuitas, segun lo indica la siguiente carta fechada á 20 de mayo del año 1713, tuvieron una capilla y una casa en Baktschisa-

rai. Hé ahí pues lo que escribia con este motivo el P. Stefan, misionero de la Compañía de Jesus en Crimea de Tartaria, al P. Fleuriau, de la propia Compañía: «El nuevo Khan se veia afectado de una úlcera en un brazo, sin que nadie hasta entonces hubiese podido curársela. Como supiese al poco tiempo de su llegada que los misioneros establecidos en aquella ciudad recibian á menudo remedios de Francia, que procuraban á los enfermos sin interés alguno, nos mandó llamar y nos suplicó le diésemos el medicamento que á nuestro entender pudiese curar su dolencia. El P. de La Tour, continuamente ocupado en obras de caridad al lado de los enfermos, fué el encargado de visitar al Khan, y de procurarle el remedio que creyese necesario, despues de haberle visto la úlcera á que debia aplicarse. Enseñóle el modo con que debia usarse el remedio, y se despidió con la confianza de que seria su úlcera completamente curada en un plazo mas ó menos largo. Trascurridas algunas semanas, llamó el Khan nuevamente al misionero, y despues de hacerle mil elogios del ungüento que le habia procurado, le señaló como muestra de gratitud, ochocientos dracmas de carne, tres panes y dos velas por dia. Aquella pension contribuyó poderosamente al sosten de nuestra casa, la cual, como sabeis muy bien, carecia hasta de lo mas indispensable; pero todavía fué mucho mas útil á nuestra mision, por haber prometido el Khan al verse enteramente curado, hacer por el religioso y la comunidad todo cuanto estuviese á su alcance. El P. de La Tour aprovechó la favorable ocasion que la Providencia acababa de ofrecerle, para pedir al Khan la única gracia de que le diese una órden escrita con la cual autorizase á la mision para ejercer libremente todas las funciones del apostolado, y poder consagrarse sin obstáculo ni recelo al cuidado de los enfermos, y de todos los desgraciados que por cualquier causa ó motivo acudiesen á los religiosos para procurarse un consuelo en sus necesidades. El Khan, vivamente admirado del celo y desprendimiento de los jesuitas, les dispensó con tanto mas gusto lo que le pedian, cuanto que habia de redundar en beneficio de sus mismos súbditos y no le costaba sacrificio alguno.»

Desde entonces hizo la fé en Crimea grandes progresos, puesto que casi todos los esclavos de las ocho diferentes naciones que gemian en sus mazmorras, buscaron un consuelo en la religion cristiana que ya muchos de ellos habian profesado. Fué tal la influencia que ejerció luego el cristianismo en aquel pais antes tan desgraciado, que en breve fué la Crimea considerada por sus vecinos como un pueblo próspero y feliz que gozaba de todas las dulzuras de la paz, merced á la morigeracion que se notaba en las costumbres de sus hijos y en las de todos los estrangeros que vivian en ella, aunque los mas de estos se viesen reducidos á la triste condicion de esclavos. Los católicos que se veian libres del peso enorme de sus pecados, se consideraban en el deber de instar continuamente á sus compañeros á que renunciasen á la heregía; y como en su incansable celo aprovechaban cuantas ocasiones oportunas se les presentaban para demostrarles la verdad de las doctrinas que ellos profesaban, lograron obrar en poco tiempo muchas conversiones. Despues de haber regenerado la capital de Baktschisarai y sus alrededores, se dirigian los jesuitas á los demás pueblos, donde no eran menores los triunfos que alcanzaban con el ejemplo de sus obras y la santidad de su palabra; tanto como era general la satisfaccion que esperimentaban aquellos sencillos habitantes el dia de su llegada, era vivo y vehemente el dolor que sentian el dia de su separacion. Ya que sois nuestros padres, les decian aquellas sencillas gentes, no deberiais separaros nunca de nosotros, pues ya veis que á cada paso necesitamos que nos fortalezcais con vuestras máximas santas y nos guieis con vuestros prudentes consejos. Por no aumentar mas su pena, veíanse obligados los misioneros á partir sin despedirse de ellos, y á prometerles que no tardarian en volver á

verles tan pronto como se lo permitiesen sus muchas ocupaciones. Parece increible que aquellos mismos hombres que consideraban poco antes á los cristianos como perros, y que no paraban hasta hacerles morir en la hediondez de sus mazmorras, despues de haberles hecho sufrir todos los tormentos, pudiesen considerarles luego como hermanos y amarles como á sus propios padres. Esto nos demuestra claramente que, por pervertido que sea el corazon del hombre nunca debe desesperarse de hacer penetrar en él la luz de la gracia; y sobre todo, puede tenerse la seguridad de que cuando se haya esto logrado, será tal su eficacia, que nó parará hasta convertir en un dechado de virtudes aquel corazon que era antes un cúmulo de crímenes. Esta consoladora idea, ó mejor esta seguridad, es la que ha obligado á los misioneros de todos los tiempos á surcar los mares, á esponerse á todos los peligros, á arrostrar la misma muerte, cualquiera que haya sido la obstinacion de los hombres que han intentado convertir. Lo que en otros hombres podria ser considerado como una terquedad, es en los misioneros una virtud heróica. En su profundo conocimiento del corazon humano, saben que basta un albor de la gracia para convertir en foco de luz lo que era antes confusion y caos: y en su abnegacion y desprendimiento sin límites se han identificado, por decirlo así, con la vida del sacrificio, y prescinden para sí de lo terreno, para procurar á los demás la dicha eterna. Hé ahí descrito en pocas líneas la vida del misionero, el móvil de sus generosas acciones y el fin que se propone alcanzar aquí abajo. Por esto cuando les vemos llegar á un pais idólatra en el que han muerto ya los apóstoles que les han precedido, notamos en ellos la misma esperanza que vimos brillar en el semblante de aquellos que debian santificarlo con su sangre; por esto les vemos seguir paso á paso el camino que les trazaron sus hermanos, y adelantar en él por mas que esté sembrado de abrojos, y que deba al fin conducirlos á una tumba ignorada. Dignos imitadores del Mesías en esta vida de prueba, gustosos los misioneros se sacrifican por la especie humana, y aunque ingrata esta les dé en justa recompensa la muerte, la aceptan bendiciendo á sus verdugos, insiguiendo el ejemplo de su celeste Padre.

Cuando por primera vez recorrian los jesuitas el pequeño reino de Crimea, veíanse obligados á adoptar grandes pracauciones por no despertar el ódio de aquellos naturales; así es que, iban de noche á las habitaciones de los que les parecian mas dispuestos á abrazar la nueva ley, y empezaban siempre por socorrer sus necesidades, á fin de que les fuese despues mas fácil atraerlos á ella. A fuerza de beneficios fueron disponiendo los ánimos en su favor, y los que eran antes sus mas implacables enemigos, acabaron por ser sus admiradores. A medida que iba fructificando su palabra en aquel árido campo que acababa de sazonar por su mediacion el celestial rocío, no se contentaban ya los jesuitas con afirmar á los débiles en la fé por medio de sus frecuentes relaciones, sino que procuraban además conquistar cada dia nuevas almas que pertenecian al cisma y la heregía. Hácia el año de 1706 lograron los misioneros arrebatar á los idólatras dos jóvenes que se veian en el mas inminente peligro de perder sus almas, y que fueron despues dos modelos de perfeccion cristiana. Hubo tambien tres hermanos, pertenecientes á una de las mas opulentas familias del pais, que no se contentaron con renunciar al cisma y abrazar el cristianismo, sino que fundaron además una iglesia y procuraron propagar la fé con el ejemplo de sus virtudes y con la práctica de una caridad ardiente que preservó de los horrores de la miseria á un gran número de pobres. Sin embargo, el principal bien que obraron aquellos tres hermanos, fué el atraer á la religion de Jesucristo á toda su familia que, fué desde entonces para todo el pais una segunda providencia; procurando con su ejemplo otras muchas conversiones.

Los numerosos cristianos de todo sexo y edad que se veian reducidos á la esclavitud, vieron renacer en su corazon la esperanza y la

calma á medida que los misioneros fueron procurándoles los socorros espirituales de que habian carecido hasta entonces, y de que tanto necesitaban para soportar el rigor de su triste destino. No hay como la religion cristiana para endulzar los males por acerbos que sean; aquellos infelices, víctimas del egoismo y codicia de los tártaros, vivian contínuamente entregados á la desesperacion, y se deseaban sin cesar la muerte por considerarla como el término de sus sufrimientos; y sin embargo, al poco tiempo de haberse avivado en su corazon el fuego de sus antiguas creencias, sufrian resignados su desgraciada suerte, por haber encontrado en el fondo de la mazmorra, que era antes su suplicio, la dulce paz que sin la religion no habrian podido procurarse en parte alguna. A los dias de luto que pesaban sobre la pequeña Tartaria por hallarse aun envuelta en el negro manto de la idolatría, debian suceder otros dias de apacible calma, tan pronto como penetrase en ella un solo rayo de la luz divina que habia de disipar las densas sombras en que se veia sepultada. Cuantos mayores eran los triunfos alcanzados por la piedad del P. Duban en su nueva mision, mayor era tambien el celo que aquel desplegaba para aumentar cada dia el número de sus gloriosas conquistas; ya no era solo Bakstchisarai el teatro de sus hechos apostólicos, si no que fué ensanchándole sucesivamente hasta los últimos confines de todo el reino que abrasó en el fuego divino de su caridad. Cuando recibió el refuerzo del P. Curnillon, del que hemos hablado ya en el presente capítulo, puede decirse no habia ya pueblo ni cabaña tártara en que no hubiese penetrado el misionero para anunciar la divinal doctrina de Aquel que murió en la cruz por redimir á sus numerosos cuanto queridos hijos. Sin embargo, recibió Duban á su amigo con los brazos abiertos, pues no solo veia en él un nuevo apoyo que le deparaba la Providencia para asegurar la obra regeneradora que habia empezado bajo tan buenos auspicios, si que tambien para proseguirla y llevarla á feliz término, el dia que se dignase Dios llamarle á sí, ó que se viese Duban obligado á separarse de su comunion querida, por señalarle sus superiores un nuevo campo que desbrozar, y hacer brotar en él la fecunda semilla del Evangelio.

El Khan, que como hemos visto, debia á los conocimientos del P. La Tour el restablecimiento completo de su salud, no cesó de dispensar su proteccion á los misioneros, ya sufragando una parte de su manutencion, ya permitiéndoles que ejerciesen libremente en todos sus Estados el ejercicio del apostolado. Si aun en los paises en que se vé la religion mas cruelmente perseguida, logra tarde ó temprano establecerse y aumentarse, merced á la escelencia de sus doctrinas y á la sangre de sus mártires, ¿con cuánta mas razon no habia de hacer en la Tartaria grandes progresos, viéndose protegida por el Khan y aceptada por sus pueblos? Por algun tiempo creyeron los misioneros, con mas ó menos fundamento, que convencido el Khan de la verdad católica, abjuraria sus errores; pero por desgracia no se realizó aquella esperanza fundada en el buen deseo, mas bien que en las intenciones del soberano que la habia hecho nacer. Si bien continuó siempre el Khan mostrándose reconocido al favor señalado que recibió de los misioneros, no por ello manifestó nunca el designio de abrazar la religion cristiana que solo toleraba en sus Estados por la gratitud que debia á los apóstoles que la predicaban. Por otra parte, es tan difícil trocar un cetro por la pobreza de Jesucristo, y el poder por la obediencia, que es indispensable en el que tal hace una virtud sobrehumana.

Espuesta siempre á una contínua lucha, sufrió tambien la Iglesia de Jesucristo en Crimea sus dias de prueba y sus injustos ataques. El Catolicismo, que es en su esencia todo caridad y amor, si bien no podia en la Tartaria romper las cadenas que oprimian á tantos esclavos de todas sectas y razas, habia de procurar en lo posible aliviar á aquellos desgraciados de su enorme peso: esto fué lo que cabalmente hizo, y lo que le acarreó dias de amargura.

Interin la nueva ley no clamó contra la esclavitud, fué mirada hasta con complacencia por los bárbaros dueños que disponian á su capricho de los desgraciados que tenian en su poder; pero apenas tronó contra la esclavitud del hombre para con el hombre, cuando se vió aquella ley vivamente impugnada por cuantos vivian holgadamente á espensas del sudor y la sangre de sus hermanos. En vano los misioneros predicaban el respeto y la obediencia á los esclavos; en vano habian logrado hacerles su suerte mas llevadera por medio de la resignacion cristiana; en vano se entregaban aquellos hombres regenerados con mas ardor y constancia al trabajo á que se les destinaba, bastó clamar una sola vez contra la injusticia y la opresion, para que como un solo hombre, se alzasen todos los dueños de los esclavos contra la religion que tanto protegió sus intereses. Los misioneros, empero, continuaron su obra con aquella resolucion heróica que desafía todos los peligros, si bien procurando siempre no producir ningun conflicto, durante la injusta persecucion de que fueron víctimas. Por último, viendo sus mismos enemigos lo infundado de sus temores, cejaron un tanto en su funesto empeño, y pudieron los jesuitas entregarse mas libremente á sus tareas evangélicas. Pronto, sin embargo, esperimentaron los misioneros un nuevo azote, que fué para ellos aun mas terrible que el anterior: no fué ya la persecucion, sino la miseria la que llamó á su puerta. Obligada la Congregacion de Propoganda á enviar socorros á tantos y tan distantes puntos del globo, no se veia siempre en la posibilidad de atender á las necesidades de todas las misiones, por no permitírselo ni los socorros con que contaba, ni los medios de comunicacion de que habia de disponer para acudir con premura á todos los puntos que acudian á ella reclamando su ausilio. Además, habia misiones que por su importancia no podian ser desatendidas nunca, y esas eran las que con preferencia exigian todos los cuidados de la Congregacion, á fin de que pudiesen ser continuadas. Como los jesuitas han seguido siempre el sistema de no aceptar cosa alguna de los naturales en los paises que han evangelizado, á fin de que no crean aquellos que es el interés el móvil de sus generosas acciones, vióse al fin la mision de Tartaria en el mayor desamparo. Por las causas que hemos espuesto ya, no pudieron los misioneros recibir socorro alguno de Europa, viéndose por lo mismo obligados á vivir de la pension que el Khan señaló al P. de La Tour, despues de haberle curado; con todo, soportaron los religiosos aquel nuevo azote con la misma resignacion con que les hemos visto sobrellevar siempre todas sus desgracias. A medida que se les disminuian los recursos iba aumentándoseles el trabajo, por ser mayor cada dia la comunion de fieles que les estaba confiada; pero no por ello dejaron de cumplir sus santos deberes. Finalmente, compadecido el cónsul de Francia y algunos otros personages de su nacion, residentes en Constantinopla, de la triste suerte de los jesuitas que evangelizaban la Crimea, les procuraron algunos recursos para atender á sus necesidades, hasta que se vió la Congregacion de la Propaganda en el caso de prestarles su apoyo. Como siempre ha sido la vida para el misionero una contínua prueba, apenas se habia visto la mision de Tartaria libre de la miseria que la amenazaba, esperimentó ya un nuevo golpe que le fué mucho mas sensible aun, por ser sus ovejas las que iban á verse sériamente amenazadas. Se declaró la peste en las mazmorras de Tartaria, diezmando á sus esclavos: en poco tiempo perecieron mas de seis mil de aquellos desgraciados, no sin recibir antes empero los consuelos que procura la Iglesia á sus hijos en el duro trance de la muerte. Inútil nos parece observar que no se separaron los jesuitas ni un momento del lado de los moribundos; habríase dicho que la gravedad de la situacion centuplicaba sus fuerzas, al verse que solo seis hombres asistian noche y dia á mas de tres mil enfermos, procurándoles no solo los ausilios espirituales, sí que tambien todos los socorros temporales de que podian

disponer. Así como en las anteriores epidemias habian muerto los esclavos sin recibir los últimos sacramentos, y sin oir siquiera una palabra de esperanza y de consuelo en derredor de su lecho de muerte, viéronse asistidos entonces hasta su postrer aliento, gozando ya de la dicha anticipada de entrever el cielo que se abria ante sus casi estinguidos ojos, para recibirles en recompensa de los tormentos sufridos aquí abajo. ¡Cuán dulce habia de ser para aquellas pobres almas el volar de la mazmorra al cielo! Los esclavos que sobrevivieron no olvidaron nunca mas el generoso desprendimiento de los jesuitas; si bien tenian motivos sobrados para creer en su piedad, nunca habian llegado á imaginarse siquiera que no se separasen ni un momento de su lado durante el terrible contagio que condujo al sepulcro á una tercera parte de ellos.

El ministro protestante, que procedente de Bender, se habia presentado en Tartaria para contener los progresos de la mision é impedir á los de su secta que abrazasen la religion católica, tuvo que ausentarse al fin sin lograr su objeto, despues de haber gastado enormes sumas y de haber pasado algunos meses en Baktschisarai, empleando todas las intrigas para malquistar á los jesuitas. Insensato, creia al presentarse en la capital de Crimea con su oro y sus ponderadas ideas de reforma, abusar facilmente de la credulidad y buena fé de los tártaros, como si ante el ejemplo de las virtudes cristianas que estaban dando á aquel pueblo los misioneros, pudiesen tener ninguna fuerza las falsas palabras de un ministro de la reforma. Todas las misiones emprendidas por los protestantes han dado siempre el mismo resultado, á saber: ó desengañados los pueblos les han espulsado ignominiosamente, ó al verse amenazados han abandonado el campo que figuraban querer cultivar. Retamos á los protestantes á que nos presenten un solo mártir de las doctrinas de su secta. Mientras que la Iglesia católica ha logrado cristianizar el mundo por medio de esa pléyada numerosa y brillante de mártires que han derramado gustosos su sangre en todas las partes del mundo en defensa de la fé, ni uno solo puede presentarnos la llamada iglesia reformada. Y ¿cómo presentarlos? ¿podrán tener nunca los hijos de Lutero la virtud y el temple necesarios para morir en defensa de una idea, de la que son los primeros en separarse? ¿Pueden nunca la falsedad y el engaño infundir el valor que se necesita para morir con gloria? Cuando las pomposas palabras de los protestantes sean precedidas por obras de verdadera piedad; cuando al lujo, al apego á las riquezas y á las comodidades de la vida, sucedan en ellos la humildad, la pobreza y la abnegacion; cuando el ejercicio de su ministerio no lleve otras miras que el desinterés y el sacrificio; y finalmente, cuando se sientan con las fuerzas necesarias para dar al mundo el ejemplo de todas las virtudes que solo hasta ahora conocen de nombre, podrán conquistarse mas fácilmente el aprecio y confianza de los pueblos. En vano, no obrando de este modo lanzarán su voz á los cuatro vientos: nadie creerá en sus doctrinas.

En cualquier parte en que hayamos visto arraigar el catolicismo, han tenido que sufrir sus apóstoles las privacionos, la persecucion y hasta la misma muerte; desde los antiguos fieles que se reunian en las criptas de Roma para adorar á su Dios, hasta los misioneros que procuran en nuestros tiempos cristianizar las regiones de la Oceanía, han tenido que rocorrer los apóstoles el camino del sacrificio, por ser la religion como la flor que solo crece entre espinas. Nada importaba á la mision de Tartaria que la ambicion de los poderosos, la miseria, la peste y el protestantismo se alzasen contra ella, pues sabia que el noble y constante ardor de los inmortales hijos de Loyola habia de vencer todas las dificultades y triunfar de sus poderosos enemigos. Los nombres de Duban, Curnillon y La Tour, serán pronunciados siempre con respeto, no solo en Baktschisarai, si que tambien en todo el pequeño reino de Crimea.


GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00061 1380

